# OBRAS, TOMO III (1905-1912)

**V. I. Lenin**

**Edición:** Progreso, Moscú 1973.
**Lengua:** Castellano.
**Digitalización:** Koba.
**Distribución:** http://bolchetvo.blogspot.com/



**PREFACIO.**

El tercer tomo de las *Obras Escogidas* incluye trabajos escritos por Lenin entre junio de 1905 y octubre de 1912. Fueron éstos los años de la primera revolución rusa (1905-1907), de la reacción política que siguió a la derrota de esta revolución (1907-1910) y del comienzo del nuevo ascenso revolucionario (1911).

La primera revolución rusa, que empozó por la manifestación de los obreros petersburgueses del 9 de enero de 1905, alcanzó su punto culminante en el otoño del mismo año. A comienzos de octubre de 1905 los obreros declararon la huelga general política, que fue secundada por el personal de todas las industrias, del transporte, de los servicios, de correos y telégrafos. Asustado por la amplitud de la lucha revolucionaria, el zar lanzó el 17 de octubre de 1905 un manifiesto en el que prometía proclamar en Rusia la Constitución y "conceder" la libertad de palabra, reunión, etc. No se cumplió ninguna de las promesas del manifiesto. El pueblo empuñó las armas. Entre diciembre y enero del año siguiente extendióse por el país una oleada de insurrecciones armadas. Hubo combates en las calles de Moscú, Nizhni Nóvgorod, Rostov del Don, Novorrossiisk, Krasnoyarsk y otras ciudades; los obreros peleaban en las barricadas contra la policía y las tropas zaristas. Los insurrectos exigían la supresión del zarismo, la convocatoria de la Asamblea Constituyente y la instauración de una república democrática. En el verano de 1906 estallaron insurrecciones campesinas en varias provincias y hubo acciones revolucionarias en el ejército y la marina de guerra.

El gobierno zarista lanzó las tropas contra el pueblo revolucionario. Las expediciones de castigo campaban por sus respetos en todo el país; la artillería cañoneaba poblados y aldeas; perecieron miles y miles de obreros, campesinos, mujeres y niños inermes. A mediados de 1907 quedó claro que el pueblo no tenía fuerzas suficientes para vencer al zarismo. La revolución se replegó lentamente, combatiendo. Se volcaron inhumanas represiones, ante todo, sobre la clase obrera y su vanguardia, el partido de los bolcheviques. Los tribunales militares dictaban condenas de muerte; el país se cubrió de horcas; los presidios estaban repletos. Comenzó un período de reacción despiadada que duró hasta 1910.

Ocupa el lugar principal del tomo el trabajo *Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática,* escrito entre junio y julio de 1905. Desarrollando el marxismo de manera creadora, Lenin resolvió en este trabajo los problemas de las peculiaridades de la revolución democrática burguesa en Rusia, que transcurría en la época del imperialismo, de sus fuerzas propulsoras y sus perspectivas, del paso de la revolución democrática burguesa a la revolución socialista y de las condiciones de este paso, del papel dirigente del partido proletario de nuevo tipo y de la alianza de la clase obrera con el campesinado, conservándose el papel dirigente del proletariado. El vigor y la vitalidad de las ideas expuestas por Lenin en este trabajo pasaron la prueba de la experiencia de las tres revoluciones rusas, de la victoria de la Gran Revolución Socialista de Octubre.

En los artículos escritos en los meses de mayor ascenso de la revolución y después de la derrota de ésta *(Las enseñanzas de la insurrección de Moscú, Apreciación de la revolución rusa, A propósito de la revolución de toda la nación, La guerra de guerrillas, Las enseñanzas de la revolución, Las fuerzas armadas y la revolución, Algunas particularidades del desarrollo histórico del marxismo,* etc.), se analiza y sintetiza la experiencia de la revolución democrática burguesa de 1905-1907 en Rusia; a la vez, y en ello estriba el rasgo distintivo y la magna trascendencia de las obras de Lenin, estos artículos ofrecen a todo el movimiento obrero internacional magníficos modelos de cómo se debe aplicar la teoría del marxismo al análisis de una época histórica concreta. En los artículos enumerados, Lenin plantea, por ejemplo, el problema de las formas de lucha de la clase obrera. "El marxismo -escribe- se distingue de todas las formas primitivas del socialismo en que no vincula el movimiento a una sola forma determinada de lucha. El marxismo admite las formas más diversas de lucha; además, no las "inventa", sino que sintetiza, organiza y hace conscientes las formas de lucha de las clases revolucionarias que aparecen de por sí en el curso del movimiento" (véase el presente volumen). Lenin muestra con datos concretos de la historia y con hechos de la realidad viva qué dicta, en la época dada, la necesidad de recurrir a tal o cual forma de lucha, cuáles son los vínculos existentes entre las formas de lucha y qué las hace depender de las condiciones objetivas, de la actividad revolucionaria de las masas, del nivel de conciencia política de éstas, etc.

Pero la actualidad y la trascendencia de los trabajos de Lenin en nuestros días no acaban en lo dicho. Como dijera él, "algunos de los rasgos fundamentales de nuestra revolución tienen una

importancia no local, específicamente nacional, exclusivamente rusa, sino internacional" (V. I. Lenin. *La enfermedad infantil del "izquierdismo" en el comunismo*). En este sentido es de suma importancia, por ejemplo, la experiencia de cómo resolvió la revolución rusa el problema agrario. En el presente volumen se han incluido varios trabajos de Lenin sobro el problema agrario: *Revisión del programa agrario del partido obrero, El socialismo y el campesinado, El proletariado y el campesinado* y otros, en los que se expone y argumenta el programa de nacionalización de la tierra y supresión de la propiedad terrateniente. No cabe duda de que en los países donde el problema agrario es hoy muy agudo, el análisis leninista de la posición de las distintas clases ante el problema agrario, la crítica profunda de todos los aspectos de las opiniones erróneas existentes en torno a este problema y, sobre todo, las vías de solución del mismo que propone Lenin ofrecen inmenso interés práctico, y no sólo teórico. En estos artículos se expone asimismo la experiencia de la lucha del partido de los bolcheviques por ganar al campesinado como aliado de la clase obrera.

La primera revolución rusa ejerció inmensa influencia en el desarrollo de la lucha de liberación nacional en las colonias y países dependientes. Lenin se congratula de los éxitos del movimiento de liberación nacional en Persia, Turquía, India y China. Tienen una importancia excepcional sus artículos *Material inflamable en la política mundial, El militarismo belicoso y la táctica antimilitarista de la socialdemocracia,* en los que Lenin define la táctica de los socialdemócratas en la lucha contra la política colonialista y la opresión nacional. Con el ejemplo del aplastamiento de la lucha de liberación nacional en Persia, India y otros países, Lenin muestra que "los "políticos" europeos más "civilizados", que han cursado la escuela suprema del constitucionalismo, se convierten en verdaderas *fieras* cuando las cosas llegan al despertar de la lucha de las masas contra el capital, contra el sistema colonial capitalista, es decir, contra el sistema de sojuzgamiento, saqueo y violencia" (véase el presente volumen). La lucha de Lenin contra el colonialismo adquiere singular importancia hoy día, cuando bajo los golpes de los movimientos de liberación nacional se desmorona el sistema colonial del imperialismo, cuando una de las tareas más importantes es acabar de la manera más rápida y completa con el colonialismo y sus secuelas en todas sus formas y manifestaciones.

Lenin dedicaba también mucha atención por aquellos años a la lucha contra el creciente peligro de guerra (véanse los artículos *El Congreso Socialista Internacional de Stuttgart, La propaganda antimilitarista y las organizaciones de la juventud socialista obrera, El militarismo belicoso y la táctica antimilitarista de la socialdemocracia).* Exhortaba a los partidos de la clase obrera a luchar contra el militarismo y por conjurar la guerra imperialista mundial que se avecinaba. Concedía suma importancia a la propaganda de las ideas de la solidaridad internacional entre las masas trabajadoras. Se pronunciaba como internacionalista consecuente y enemigo inconciliable de la política imperialista y de la guerra mundial que estaban preparando las potencias imperialistas, tanto en los congresos socialistas internacionales como en la prensa, sobre todo en las incesantes polémicas con el ala nacionalista y patriotera, que se acusaba más cada día, de los partidos socialdemócratas.

Después de la derrota de la revolución de 1905-1907, cuando entre parte de la socialdemocracia cundieron los sentimientos de decadencia y misticismo, apostasía de la revolución, dispersión en los problemas de teoría y táctica y oportunismo en todas sus manifestaciones, Lenin dedicó singular atención a los problemas de la teoría marxista. "Nada hay tan importante como la cohesión de *todos* los marxistas, conscientes de la profundidad de la crisis y de la necesidad de combatirla -escribe-, para salvaguardar las bases teóricas del marxismo y sus tesis cardinales, desfiguradas desde los lados más opuestos al extenderse la influencia burguesa entre los diversos "compañeros de viaje" del marxismo" (véase el presente volumen). Lenin criticó la teoría y la táctica de los oportunistas de la II Internacional en una serie de artículos, entre los que destaca *Marxismo y revisionismo,* Este artículo es también de gran actualidad en la lucha que el movimiento comunista internacional sostiene contra el oportunismo y el revisionismo contemporáneos. Las tesis en él expuestas sobre el revisionismo como manifestación de la influencia burguesa en el proletariado, sobre las raíces clasistas del revisionismo, su carácter internacional y los métodos de lucha que él emplea contra el marxismo revolucionario contribuyen a ver mejor el fondo del revisionismo contemporáneo.

Ofrece asimismo gran interés, desde este punto de vista, el artículo *La cuestión de las cooperativas en el Congreso Socialista Internacional de Copenhague.* Lenin refutó en este artículo las opiniones de los reformistas franceses, los cuales tenían las cooperativas por un elemento de "transformación social" de la sociedad capitalista. También criticó duramente a los oportunistas alemanes que plantearon la tesis de "superar el capitalismo" en lugar de la tesis programática de la socialdemocracia de expropiar a los capitalistas.

Lo que Lenin dijo de las cooperativas conserva hoy su vigencia en la lucha de los partidos comunistas y obreros contra los revisionistas y reformistas contemporáneos, los cuales repiten con

machaconería que el capitalismo se "transforma" gradualmente en socialismo y que son posibles reformas sociales cardinales en el marco de la sociedad burguesa.

Lenin utiliza asimismo la correspondencia de Marx y Engels como arma teórica en la lucha contra el oportunismo. Destaca de ella los pasajes que ofrecen singular importancia desde el punto de vista del desarrollo de la táctica del partido proletario. Además, previene contra la adopción de los consejos de Marx y Engels sin estudiar las condiciones históricas concretas y las peculiaridades del movimiento obrero de los distintos países y hace hincapié en la necesidad de aprender el método marxista, recalcando que el marxismo no es un dogma rígido, sino una guía para la acción.

* * *

Todos los trabajos incluidos en este tomo van por orden cronológico. Al final del volumen se insertan notas aclaratorias y un índice onomástico.

LA EDITORIAL

# DOS TAREAS DE LA SOCIALDEMOCRACIA EN LA REVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA.

**Prologo**

En los momentos revolucionarios es muy difícil seguir el paso de los acontecimientos, que proporcionan una asombrosa cantidad de datos nuevos para valorar las consignas tácticas de los partidos revolucionarios. Este folleto fue escrito antes de los acontecimientos de Odessa*. Hemos indicado ya en *Proletari*[3] (núm. 9, *La revolución enseña*)** que dichos acontecimientos han obligado incluso a los socialdemócratas que crearon la teoría de la insurrección-proceso y negaban la propaganda a favor de un gobierno provisional revolucionario, a pasar o empezar a pasar en la práctica al lado de sus contrincantes. La revolución enseña, indudablemente, con tal rapidez y tal profundidad que parece increíble en los períodos pacíficos de desarrollo político. Y, lo que tiene una importancia singular, enseña no sólo a los dirigentes, sino también a las masas.

No cabe la menor duda de que la revolución inculcará el espíritu socialdemócrata a las masas obreras de Rusia. La revolución confirmará en la práctica el programa y la táctica de la socialdemocracia, mostrando la verdadera naturaleza de las distintas clases sociales, mostrando el carácter burgués de nuestra democracia y las verdaderas aspiraciones de los campesinos, revolucionarios en el sentido democrático burgués, pero que no entrañan la idea de la "socialización", sino una nueva lucha de clase entre la burguesía campesina y el proletariado rural. Las viejas ilusiones del viejo populismo[4], que se translucen de un modo tan claro, por ejemplo, en el proyecto de programa del "partido de los socialistas-revolucionarios"[5] -en lo relativo a los problemas del desarrollo del capitalismo en Rusia, del espíritu democrático de nuestra comunidad campesina, y de la trascendencia de la victoria completa de la insurrección campesina- todas estas ilusiones serán disipadas implacable y definitivamente por la revolución. Esta dará por vez primera el auténtico bautismo político a las distintas clases, que saldrán de la revolución con una fisonomía política definida, mostrándose tales y como son no sólo en los programas y en las consignas tácticas de sus ideólogos, sino también en la acción política manifiesta de las masas.

Es indudable que la revolución nos aleccionará, que aleccionará a las masas populares. Ahora bien, para el partido político en lucha, la cuestión estriba en si sabremos enseñar algo a la revolución, en si sabremos aprovechar lo justo de nuestra doctrina socialdemócrata, de nuestra ligazón con el proletariado, única clase consecuentemente revolucionaria, para imprimir a la revolución un sello proletario, para llevar la revolución hasta la verdadera victoria, decisiva, efectiva y no verbal, para paralizar la volubilidad, la ambigüedad y la traición de la burguesía democrática.

Hacia este fin debemos dirigir todos nuestros esfuerzos. El conseguirlo depende, por una parte, del acierto con que valoremos la posición política, de que sean justas nuestras consignas tácticas y, por otra parte, de que dichas consignas estén respaldadas por la fuerza combativa real de las masas obreras. Toda la labor habitual, regular y corriente de todas las organizaciones y grupos de nuestro partido, la labor de propaganda, agitación y organización está orientada a fortalecer y ampliar la ligazón con las masas. Esta labor es siempre necesaria, pero en los momentos revolucionarios puede ser considerada suficiente menos que nunca. En dichos momentos, la clase obrera se siente instintivamente impulsada a la acción revolucionaria manifiesta, y nosotros debemos saber plantear con acierto las tareas de esa acción con el fin de difundirlas después con la mayor extensión posible y de hacer que sean comprendidas. No hay que olvidar que el pesimismo en boga sobre nuestra ligazón con las masas encubre ahora con especial frecuencia las ideas burguesas relativas al papel del proletariado en la revolución. Es indudable que hemos de trabajar todavía muchísimo para educar y organizar a la clase obrera; pero, actualmente, toda la cuestión consiste en determinar dónde debe hallarse el centro de gravedad político principal de dicha educación y de dicha organización: ¿en los sindicatos y en las asociaciones legales o en la insurrección armada, en la formación de un ejército revolucionario y de un gobierno revolucionario? La clase obrera se educa y se organiza tanto en lo uno como en lo otro. Tanto lo uno como lo otro, naturalmente, es necesario. Toda la cuestión ahora, en la revolución actual, se reduce, sin embargo, a determinar dónde residirá el centro de gravedad de la educación y de la organización de la clase obrera: en lo primero o en lo segundo.

El desenlace de la revolución depende del papel

---

* Se alude a la sublevación del acorazado *Príncipe Potemkin*[2]. (Nota de Lenin para la edición de 1907. *N. de la Edit.*)

** Véase el presente volumen. (*N. de la Edit.*)

que desempeñe en ella la clase obrera: de que se limite a ser un auxiliar de la burguesía, aunque sea un auxiliar poderoso por la fuerza de su empuje contra la autocracia, pero endeble en política, o de que asuma el papel de dirigente de la revolución popular. Los representantes conscientes de la burguesía se dan perfecta cuenta de ello. Por eso ensalza *Osvobozhdenie*[6] el akimovismo, el "economismo"[7] en la socialdemocracia, el cual coloca actualmente en primer plano los sindicatos y las asociaciones legales. Por eso el señor Struve celebra (núm. 72 de *Osvobozhdenie*) las tendencias de principio del akimovismo en el neoiskrismo[8]. Por eso arremete también contra la odiada estrechez revolucionaria de las resoluciones del III Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia.

Las acertadas consignan tácticas de la socialdemocracia tienen ahora una importancia particular para dirigir a las masas. No hay nada más peligroso que rebajar en las épocas revolucionarias la importancia de las consignas tácticas adictas a los principios. Por ejemplo, *Iskra*, en el número 104, se pasa de hecho al lado de sus contrincantes de la socialdemocracia, pero, al mismo tiempo, habla con desdén de la importancia de las consignas y resoluciones tácticas que se adelantan a la realidad, que señalan el camino por el que avanza el movimiento con una serie de reveses, errores, etc. Por el contrario, la elaboración de resoluciones tácticas acertadas tiene una importancia gigantesca para el partido que quiere dirigir al proletariado en el espíritu de los firmes principios del marxismo y no seguir únicamente a la zaga de los acontecimientos. En las resoluciones del III Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia y de la conferencia de la parte que se ha separado del partido* tenemos la expresión más exacta, más meditada y completa de las concepciones tácticas no manifestadas de un modo casual por algunos autores, sino aprobadas por los representantes responsables del proletariado socialdemócrata. Nuestro partido marcha al frente de todos los demás, con un programa preciso y aceptado por todos. Nuestro partido también debe dar ejemplo a los demás partidos con una actitud severa respecto a sus resoluciones tácticas, en oposición al oportunismo de la burguesía democrática de *Osvobozhdenie* y de la palabrería revolucionaria de los socialistas-revolucionarios, los cuales sólo durante la revolución se han acordado de presentar un "proyecto" de programa y de ocuparse por primera vez de saber si es burguesa la revolución que se despliega ante sus ojos.

He aquí por qué consideramos, que la tarea más actual de la socialdemocracia revolucionaria es estudiar detenidamente las resoluciones tácticas del III Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia y de la conferencia, fijar las desviaciones de los principios del marxismo que se advierten en dichas resoluciones y aclarar las tareas concretas del proletariado socialdemócrata en la revolución democrática. A esta labor precisamente está consagrado el presente folleto. La comprobación de nuestra táctica desde el punto de vista de los principios del marxismo y de las enseñanzas de la revolución es necesaria también para todo el que quiera preparar realmente la unidad de táctica como base de la futura unificación completa de todo el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia y no limitarse únicamente a pronunciar palabras exhortativas.

Julio de 1905.

### 1. Una cuestión política urgente

En los momentos revolucionarios que atravesamos está a la orden del día la convocatoria de una Asamblea Constituyente de todo el pueblo. Las opiniones divergen cuando se trata de determinar cómo resolver dicha cuestión. Se manifiestan tres tendencias políticas. El gobierno zarista admite la necesidad de convocar a representantes del pueblo, pero en modo alguno desea permitir que esa asamblea sea de todo el pueblo y sea constituyente. Parece ser que está de acuerdo, si se da crédito a las noticias de la prensa sobre la labor de la Comisión Bulyguin[10], con una Asamblea Consultiva, elegida sin libertad de agitación y conforme a un sistema electoral restringido con trabas de tipo tributario y social. El proletariado revolucionario, por cuanto está dirigido por la socialdemocracia, exige el paso completo del poder a la Asamblea Constituyente, tratando de conseguir con este fin no sólo el sufragio universal y no sólo la completa libertad de agitación, sino, además, el derrocamiento inmediato del gobierno zarista y la sustitución del mismo por un gobierno provisional revolucionario. Finalmente, la burguesía liberal, que expresa sus deseos por boca de los jefes del llamado "partido demócrata constitucionalista"[11], no exige el derrocamiento del gobierno zarista, no propugna la consigna de gobierno provisional, no insiste en las garantías reales para que las elecciones sean completamente libres y justas, para que la Asamblea de los representantes pueda ser en efecto de todo el pueblo y en efecto constituyente. En el fondo, la burguesía liberal, única que constituye un

* En el III Congreso del POSDR (celebrado en Londres en mayo de 1905) sólo participaron los bolcheviques. En la "conferencia" (celebrada por entonces en Ginebra) sólo participaron los mencheviques[9], a los que se denomina a menudo en el presente folleto "neoiskristas", porque, al seguir publicando *Iskra*, manifestaron por boca de Trotski, correligionario suyo a la sazón, que entre la vieja y la nueva *Iskra* mediaba un abismo. (Nota de Lenin para la edición de 1907.- *N. de la Edit.*)

apoyo social serio de la tendencia de *Osvobozhdenie*, trata de conseguir una transacción lo más pacífica posible entre el zar y el pueblo revolucionario, una transacción tal, además, que deje la mayor parte posible del poder en sus manos, en las manos de la burguesía, y la menor posible en manos del pueblo revolucionario, del proletariado y los campesinos.

Tal es la situación política en el momento actual. Tales son las tres tendencias políticas principales, correspondientes a las tres fuerzas sociales principales de la Rusia contemporánea. Hemos hablado ya más de una vez en *Proletari* (núms. 3, 4 y 5)* de cómo los seguidores de *Osvobozhdenie* encubren con frases seudodemocráticas su política de medias tintas, es decir, hablando de un modo más franco y llano, de felonía, de traición a la revolución. Veamos ahora cómo conciben los socialdemócratas las tareas del momento. Constituyen en este sentido unos datos excelentes las dos resoluciones, adoptadas recientemente por el III Congreso del POSDR y por la "conferencia" de la parte que se ha separado del partido. Es de inmensa importancia saber cuál de estas resoluciones enjuicia con mayor acierto el momento político y define con mayor acierto la táctica del proletariado revolucionario, y todo socialdemócrata que desee cumplir conscientemente sus deberes de propagandista, agitador y organizador debe orientarse con toda atención en este problema, dando de lado por completo las consideraciones que no atañen al fondo de la cuestión.

Se entiende por táctica de un partido su conducta política o el carácter, la orientación y los procedimientos de su labor política. Las resoluciones tácticas son aprobadas por el congreso del partido para definir de un modo preciso la conducta política del partido, en su conjunto, en relación con las nuevas tareas o en vista a una nueva situación política. La revolución iniciada en Rusia, es decir, la divergencia completa, decidida y palmaria entre la inmensa mayoría del pueblo y el gobierno zarista ha creado una nueva situación de esta naturaleza. El nuevo problema consiste en determinar qué procedimientos prácticos se deben emplear para convocar una Asamblea que sea en verdad de todo el pueblo y que sea en verdad constituyente (desde el punto de vista teórico, el problema de una Asamblea así ha sido oficialmente resuelto ya por la socialdemocracia en su programa del partido, hace mucho tiempo y con anterioridad a todos los demás partidos). Si el pueblo se ha divorciado del gobierno y las masas han comprendido la necesidad de implantar un nuevo orden de cosas, un partido que se ha impuesto como fin derribar al gobierno debe necesariamente pensar con qué gobierno va a remplazar al viejo, al que derriba. Surge el nuevo problema del gobierno provisional revolucionario. Para resolverlo por completo, el partido del proletariado consciente debe dilucidar: primero, *la importancia* del gobierno provisional revolucionario en la revolución que se está operando y en toda la lucha del proletariado en general; segundo, *su actitud* frente al gobierno provisional revolucionario; tercero, las condiciones precisas de *la participación* de la socialdemocracia en este gobierno; cuarto, las condiciones de la presión sobre dicho gobierno *desde abajo*, es decir, en el caso de que la socialdemocracia no participe en el mismo. Sólo dilucidando todas estas cuestiones, la conducta política del partido en este terreno será una actitud de principios, clara y firme.

Veamos, pues, cómo resuelve estas cuestiones la resolución del III Congreso del POSDR. He aquí el texto completo:

"*Resolución sobre el gobierno provisional revolucionario*.

Considerando:

1) que tanto los intereses inmediatos del proletariado como los intereses de su lucha por los objetivos finales del socialismo exigen la libertad política más completa posible y, por consiguiente, la sustitución de la forma de gobierno autocrática por la república democrática;

2) que la instauración de la república democrática en Rusia sólo es posible mediante una insurrección popular triunfante, cuyo órgano será el gobierno provisional revolucionario, único capaz de garantizar una libertad completa de agitación electoral y convocar, basándola en el sufragio universal, igual, directo y secreto, una Asamblea Constituyente que exprese en realidad la voluntad del pueblo;

3) que esta revolución democrática en Rusia, dado el régimen socioeconómico actual, no debilitará, sino que fortalecerá la dominación de la burguesía, la cual intentará sin falta, en un momento determinado y sin detenerse ante nada, arrebatar al proletariado de Rusia la mayor parte posible de las conquistas del período revolucionario,

el III Congreso del POSDR acuerda que:

a) es necesario difundir entre la clase obrera una idea concreta de la marcha más probable de la revolución y de la necesidad de la aparición, en un momento determinado de la misma, de un gobierno provisional revolucionario, del cual el proletariado exigirá la realización de todas las reivindicaciones políticas y económicas inmediatas de nuestro programa (programa mínimo);

* Véase V. I. Lenin. *La lucha revolucionaria y el mercantilismo liberal*, *Las tareas democráticas del proletariado revolucionario* y *Los primeros pasos de la traición burguesa*. (*N. de la Edit.*)

b) conforme a la correlación de fuerzas y a otros factores que no es posible determinar con exactitud de antemano, es admisible la participación de mandatarios de nuestro partido en el gobierno provisional revolucionario con el fin de combatir implacablemente todos los intentos contrarrevolucionarios y defender los intereses propios de la clase obrera;

c) condición necesaria para esta participación es el control riguroso del partido sobre sus mandatarios y la salvaguardia constante de la independencia de la socialdemocracia, que aspira a la revolución socialista completa y es, por tanto, enemiga inconciliable de todos los partidos burgueses;

d) independientemente de que sea o no posible la participación de la socialdemocracia en el gobierno provisional revolucionario, debe propagarse entre los más extensos sectores del proletariado la idea de que es necesario que éste, armado y dirigido por la socialdemocracia, presione constantemente al gobierno provisional con el fin de proteger, consolidar y extender las conquistas de la revolución".

## 2. ¿Que nos da la resolución del III congreso del POSDR sobre el gobierno provisional revolucionario?

Como se ve por el título, la resolución del III Congreso del POSDR está entera y exclusivamente consagrada al problema relacionado con el gobierno provisional revolucionario. Lo cual quiere decir que la participación de la socialdemocracia en el gobierno provisional revolucionario aparece aquí como una parte de la cuestión. Por otro lado, se trata sólo de un gobierno provisional revolucionario y no de cualquier otra cosa; por consiguiente, aquí no figuran para nada cuestiones como la de la "conquista del poder" en general y otras. ¿Ha obrado bien el congreso, eliminando esta última cuestión y otras análogas? Indiscutiblemente ha obrado bien, pues la situación política de Rusia en modo alguno pone dichas cuestiones a la orden del día. Por el contrario, el problema puesto a la orden del día por todo el pueblo es el derrocamiento de la autocracia y la convocatoria de la Asamblea Constituyente. Los congresos del partido no deben resolver las cuestiones a que se refiere, oportuna o inoportunamente, este o el otro autor, sino las de gran alcance político en virtud de las condiciones del momento y de la marcha objetiva del desarrollo social.

¿Qué importancia tiene el gobierno provisional revolucionario en la revolución presente y en la lucha general del proletariado? La resolución del congreso lo explica, indicando desde el comienzo la necesidad de la "libertad política más completa posible" tanto desde el punto de vista de los intereses inmediatos del proletariado como desde el punto de vista de los "objetivos finales del socialismo". Pero la libertad política completa exige la sustitución de la autocracia zarista por la república democrática, como se reconoce ya en el programa de nuestro partido. Subrayar la consigna de república democrática en la resolución del congreso es necesario desde el punto de vista lógico y de los principios, pues el proletariado, como combatiente de vanguardia por la democracia, trata de alcanzar precisamente la libertad completa; además, subrayar esto es tanto más conveniente en el momento actual cuanto que precisamente ahora enarbolan la bandera de la "democracia" los monárquicos, a saber: el llamado partido "demócrata" constitucionalista o de *Osvobozhdenie*. Para instaurar la república es absolutamente necesaria la Asamblea de representantes del pueblo, Asamblea que debe ser necesariamente de toda la nación (elegida por sufragio universal, igual, directo y secreto) y constituyente. Eso es lo que reconoce más adelante la resolución del congreso. Pero no se limita a ello. Para establecer un nuevo orden de cosas que "exprese efectivamente la voluntad del pueblo" no basta con dar a la asamblea representativa la denominación de constituyente. Es preciso que dicha asamblea tenga poder y fuerza para "constituir". Dándose cuenta de ello, el congreso no se limita en su resolución a dar la consigna formal de "Asamblea Constituyente", sino que añade las condiciones materiales y únicas que posibilitan el cumplimiento de la misión de dicha asamblea. Indicar las condiciones en que la Asamblea Constituyente nominal puede convertirse en Asamblea Constituyente efectiva es de una necesidad imperiosa, ya que la burguesía liberal, personificada en el partido monárquico constitucionalista, falsea deliberadamente, como hemos indicado ya más de una vez, la consigna de Asamblea Constituyente de todo el pueblo, reduciéndola a una frase vacía.

La resolución del congreso dice que *sólo* un gobierno provisional revolucionario que sea el órgano de la insurrección popular triunfante es capaz de garantizar la libertad completa de la agitación electoral y de convocar una asamblea que exprese realmente la voluntad del pueblo. ¿Es justa esta tesis? Quien piense ponerla en tela de juicio debe afirmar que el gobierno zarista puede no tender la mano a la reacción, que es capaz de ser neutral durante las elecciones, que puede preocuparse de la expresión real de la voluntad del pueblo. Semejantes afirmaciones son tan absurdas que nadie las defenderá sin tapujos; pero precisamente los de *Osvobozhdenie* las hacen pasar a la chita callando bajo la bandera liberal. La Asamblea Constituyente debe convocarla alguien; las elecciones libres y justas deben ser garantizadas

por alguien; alguien debe otorgar enteramente a esta asamblea la fuerza y el poder: sólo un gobierno revolucionario que sea el órgano de la insurrección puede quererlo con entera sinceridad y tener fuerzas para hacer todo lo necesario con el fin de realizado. El gobierno zarista se opondrá inevitablemente a ello. Un gobierno liberal que concertara un arreglo con el zar sin apoyarse por entero en la insurrección popular no sería capaz de querer sinceramente esto ni de realizarlo, aun en el caso de que lo deseara con la mayor sinceridad. Por consiguiente, la resolución del congreso da la única consigna democrática acertada y consecuente por completo.

Pero la apreciación de la importancia del gobierno provisional revolucionario sería incompleta y errónea si se perdiera de vista el carácter de clase de la revolución democrática. Por eso la resolución añade que la revolución fortalecerá la dominación burguesa, lo cual es inevitable bajo el régimen socioeconómico existente, es decir, el régimen capitalista. Pero el resultado del fortalecimiento de la dominación de la burguesía sobre un proletariado más o menos libre en el aspecto político deberá ser inevitablemente una lucha desesperada entre ellos por el poder, deberán ser unas tentativas desesperadas de la burguesía para "arrebatar al proletariado las conquistas del período revolucionario". Al luchar por la democracia a la vanguardia y al frente de todos, el proletariado no debe olvidar ni un momento las nuevas contradicciones y la nueva lucha implícitas en la democracia burguesa.

La significación del gobierno provisional revolucionario es apreciada, pues, de un modo completo en la parte de la resolución que hemos examinado: tanto en su actitud ante la lucha por la libertad y la república como en su actitud ante la Asamblea Constituyente y ante la revolución democrática, la cual desbrozará el terreno para una nueva lucha de clases.

Cabe preguntar a renglón seguido: ¿cuál debe ser la actitud del proletariado en general con respecto al gobierno provisional revolucionario? La resolución del congreso contesta a esto, ante todo, dando al partido el consejo explícito de persuadir a la clase obrera de que es preciso formar un gobierno provisional revolucionario. La clase obrera debe saber que eso es necesario. Mientras la burguesía "democrática" deja en las tinieblas el problema del derrocamiento del gobierno zarista, nosotros debemos colocado en primer plano e insistir en que se necesita un gobierno provisional revolucionario. Es más, debemos apuntar el programa de acción de dicho gobierno, programa que corresponda a las condiciones objetivas del momento histórico que estamos atravesando y a las tareas de la democracia proletaria. Dicho programa es *todo* el programa mínimo de nuestro partido, el programa de las transformaciones políticas y económicas inmediatas, completamente realizables, por una parte, basándolo en las relaciones socioeconómicas actuales y, por otra, necesarias para dar el paso siguiente, para alcanzar el socialismo.

Así pues, la resolución aclara completamente el carácter y los fines del gobierno provisional revolucionario. Por su origen y por su carácter fundamental, dicho gobierno debe ser el órgano de la insurrección popular. Por su destino formal, debe ser un instrumento para convocar la Asamblea Constituyente de todo el pueblo. Por el contenido de su actuación, debe cumplir el programa mínimo de la democracia proletaria, único capaz de garantizar los intereses del pueblo en pie de lucha contra la autocracia.

Se puede objetar que el gobierno provisional, por ser provisional, no puede llevar a cabo un programa positivo que no ha sido aprobado aún por todo el pueblo. Semejante objeción no sería más que un sofisma de reaccionarios y "autocratófilos". No realizar ningún programa positivo significa tolerar la existencia del régimen feudal de la autocracia podrida. Sólo podría tolerar tal orden de cosas un gobierno de traidores a la causa de la revolución, y no un gobierno que fuera el órgano de la insurrección popular. ¡Sería una burla que alguien propusiera renunciar al ejercicio práctico de la libertad de reunión hasta que la Asamblea Constituyente la reconozca, so pretexto de que la Asamblea Constituyente puede no reconocer la libertad de reunión! Una burla análoga es objetar contra la aplicación inmediata del programa mínimo por el gobierno provisional revolucionario.

Señalemos, por último, que, al fijar como tarea del gobierno provisional revolucionario la aplicación del programa mínimo, la resolución elimina con ello las absurdas ideas semianarquicas de plasmación inmediata del programa máximo y de conquista del poder para llevar a cabo la revolución socialista. El grado de desarrollo económico de Rusia (condición objetiva) y el grado de conciencia y organización de las grandes masas del proletariado (condición subjetiva, indisolublemente ligada con la objetiva) hacen imposible la absoluta liberación inmediata de la clase obrera. Sólo la gente más ignorante puede no ver el carácter burgués de la revolución democrática que se está operando; sólo los optimistas más cándidos pueden olvidar cuán poco conocen aún las masas obreras las metas del socialismo y los procedimientos para alcanzarlo. Pero todos nosotros estamos persuadidos de que la emancipación de los obreros puede ser obra sólo de los obreros mismos; sin la conciencia y la organización de las masas, sin su preparación y su educación mediante la lucha manifiesta de clase

contra toda la burguesía, no se puede ni hablar de revolución socialista. Y como respuesta a las objeciones anárquicas de que aplazamos la revolución socialista, diremos: no la aplazamos, sino que damos el primer paso hacia la misma por el único procedimiento posible, por la única senda certera, a saber: por la senda de la república democrática. Quien quiera ir al socialismo por otro camino que no sea el de la democracia política, llegará infaliblemente a conclusiones absurdas y reaccionarias, tanto en el sentido económico como en el político. Si en un momento determinado tales o cuales obreros nos preguntan por qué no realizamos nuestro programa máximo, les contestaremos indicándoles cuán ajenas son aún al socialismo las masas del pueblo, impregnadas de espíritu democrático, cuán poco desarrolladas están aún las contradicciones entre las clases, cuán desorganizados se hallan aún los proletarios. ¡Organizad a centenares de miles de obreros en toda Rusia, difundid entre millones la simpatía por vuestro programa! Probad a hacerlo, sin limitaros a pronunciar estrepitosas pero hueras frases anárquicas, y veréis inmediatamente que llevar a cabo esta organización, difundir esta educación socialista depende de la realización más completa posible de las transformaciones democráticas.

Continuemos. Una vez aclaradas la significación del gobierno provisional revolucionario y la actitud del proletariado con respecto al mismo, surge la siguiente pregunta: ¿es admisible, y en qué condiciones, nuestra participación en dicho gobierno (acción desde arriba)? ¿Cuál debe ser nuestra acción desde abajo? La resolución da respuestas exactas a estas dos preguntas: declara resueltamente que, de acuerdo con los principios, la participación de la socialdemocracia en el gobierno provisional revolucionario (en la época de la revolución democrática, en la época de la lucha por la república) es *admisible*. Con esta declaración nos separamos rotundamente tanto de los anarquistas, que dan a esta pregunta una respuesta negativa, por atenerse a los principios, como de los "seguidistas" de la socialdemocracia (tales como Martínov y los neoiskristas), que nos *intimidaban* con la perspectiva de una situación en la cual dicha participación pudiera resultar indispensable para nosotros. Con esta declaración, el III Congreso del POSDR ha rechazado de plano la idea de la nueva *Iskra*, según la cual la participación de los socialdemócratas en el gobierno provisional revolucionario es una variedad de millerandismo[12] e inadmisible desde el punto de vista de los principios por significar una consagración del orden de cosas burgués, etc.

Pero el problema de la admisibilidad desde el punto de vista de los principios aún no resuelve, naturalmente, el de la conveniencia práctica. ¿En qué condiciones es conveniente esa nueva variedad de lucha, de lucha "desde arriba", aceptada por el congreso del partido? Cae de su peso que ahora no es posible hablar de condiciones concretas como la correlación de fuerzas y otras, y la resolución, naturalmente, renuncia a definir previamente dichas condiciones. Ninguna persona sensata se decidirá a pronosticar nada en el momento actual con respecto a la cuestión que nos interesa. Se pueden y se deben determinar el carácter y los fines de nuestra participación. Es lo que hace la resolución, al indicar dos objetivos de la participación: 1) lucha implacable contra los intentos contrarrevolucionarios y 2) defensa de los intereses propios de la clase obrera. En el momento que los burgueses liberales empiezan a hablar con empeño de la psicología de la reacción (véase la muy edificante *Carta abierta* del señor Struve en el número 71 de *Osvobozhdenie*), esforzándose por intimidar al pueblo revolucionario e incitarle a ser condescendiente con la autocracia, es muy oportuno que el partido del proletariado recuerde el objetivo de la guerra que hoy sostenemos frente a la contrarrevolución. En última instancia, las grandes cuestiones de la libertad política y de la lucha entre las clases las decide únicamente la fuerza, y nosotros debemos preocuparnos de preparar y organizar esta fuerza y de emplearla con energía no sólo en la defensa, sino también en la ofensiva. La prolongada época de reacción política, que reina en Europa casi sin interrupción desde los tiempos de la Comuna de París[13], nos ha familiarizado demasiado con la idea de la acción sólo "desde abajo", nos ha acostumbrado demasiado a ver sólo la lucha defensiva. Hemos entrado ahora, indudablemente, en una nueva época; se ha iniciado un período de conmociones y revoluciones políticas. En un período como el que está atravesando Rusia es intolerable limitarse a los viejos clisés. Hay que propagar la idea de la acción desde arriba, hay que prepararse para las acciones ofensivas más enérgicas, hay que estudiar las condiciones y las formas de dichas acciones. La resolución del congreso coloca en primer plano dos de estas condiciones; una se refiere al aspecto formal de la participación de la socialdemocracia en el gobierno provisional revolucionario (control riguroso de los mandatarios del partido por el partido mismo); otra, al propio carácter de dicha participación (no perder de vista ni un instante el objetivo de hacer la revolución socialista completa).

Después de haber aclarado, por tanto, en todos los aspectos, la política del partido en la acción "desde arriba" -este nuevo procedimiento de lucha, casi nunca visto hasta ahora-, la resolución también tiene en cuenta el caso de que no consigamos obrar desde arriba. Estamos obligados a presionar desde abajo sobre el gobierno provisional revolucionario

en cualquier caso. Para ejercer esta presión desde abajo, el proletariado debe estar armado -pues en los momentos revolucionarios las cosas llegan con una rapidez particular hasta una auténtica guerra civil- y dirigido por la socialdemocracia. El fin de esta presión armada es "proteger, consolidar y extender las conquistas de la revolución", esto es, las conquistas que, desde el punto de vista de los intereses del proletariado, deben consistir en aplicar todo nuestro programa mínimo.

Con esto terminamos nuestro breve examen de la resolución del III Congreso sobre el gobierno provisional revolucionario. Cómo ve el lector, esta resolución aclara la importancia de la nueva cuestión, así como la posición del partido del proletariado con respecto a la misma y la política del partido, tanto dentro del gobierno provisional revolucionario como fuera de él.

Veamos ahora la resolución respectiva de la "conferencia".

**3. ¿Que es "la victoria decisiva de la revolución sobre el zarismo"?**

La resolución de la "conferencia" está dedicada al problema de la "*conquista del poder y la participación en el gobierno provisional*"*. Este modo de plantearlo es ya, como hemos indicado, confuso. Por una parte, se plantea con estrechez: se habla sólo de nuestra participación en el gobierno provisional y no, en general, de las tareas del partido con respecto al gobierno provisional revolucionario. Por otra parte, se confunden dos cuestiones completamente distintas: nuestra participación en una de las fases de la revolución *democrática* y la revolución *socialista*. En efecto, la "conquista del poder" por la socialdemocracia es precisamente la revolución socialista y no puede ser ninguna otra cosa si se emplean estas palabras en su significación directa y habitual. Pero si no se las comprende en el sentido de la conquista del poder para la revolución socialista, sino para la revolución democrática, entonces ¿qué sentido tiene hablar no sólo de participación en el gobierno provisional revolucionario, sino también de "conquista del poder" *en general*? Evidentemente, nuestros "conferencistas" mismos no sabían muy bien de lo que tenían que hablar en realidad: si de la revolución democrática o de la revolución socialista. Quien haya estado al tanto de las publicaciones consagradas a esta cuestión sabe que es el camarada Martínov quien dio comienzo a dicha confusión en sus famosas *Dos dictaduras*: los neoiskristas recuerdan de mala gana cómo se plantea la cuestión (ya antes del 9 de enero)[14] en esa obra, modelo de seguidismo, pero la influencia ideológica de la misma en la conferencia no ofrece duda.

Dejemos a un lado el título de la resolución. Su contenido nos muestra errores incomparablemente más profundos y graves. He aquí la primera parte de la misma:

> "La victoria decisiva de la revolución sobre el zarismo puede implicar, bien la formación de un gobierno provisional, surgido de la insurrección popular triunfante, bien la iniciativa revolucionaria de tal o cual institución representativa que decida, bajo la presión revolucionaria directa del pueblo, organizar una Asamblea Constituyente de todo el pueblo".

Así pues, se nos dice que la victoria decisiva de la revolución sobre el zarismo puede ser tanto la insurrección triunfante como... ¡la decisión de una institución representativa de organizar una Asamblea Constituyente! ¿Qué significa esto? ¿Cómo es esto? ¿¿La victoria decisiva puede implicar la "decisión" de organizar una Asamblea Constituyente?? ¡¡Y semejante "victoria" se coloca al lado de la formación de un gobierno provisional "surgido de la insurrección popular triunfante"!! La conferencia no se ha dado cuenta de que la insurrección popular *triunfante* y la *formación* de un gobierno provisional implican la victoria de la revolución *de hecho*, mientras la "decisión" de organizar una Asamblea Constituyente implica la victoria de la revolución sólo *de palabra*.

La conferencia de los mencheviques neoiskristas ha incurrido en el mismo error en que incurren constantemente los liberales, las gentes de *Osvobozhdenie*. Estas gentes lanzan frases sobre la Asamblea "Constituyente", cerrando púdicamente los ojos ante la conservación de la fuerza y del poder en las manos del zar, olvidando que para "constituir" hay que tener *fuerza* constitutiva. La conferencia ha olvidado asimismo que de la "decisión" de unos representantes cualesquiera al cumplimiento de dicha decisión hay un gran trecho. La conferencia también ha olvidado que mientras el poder esté en manos del zar, cualquier decisión de cualquier representante no es más que charlatanismo huero y desdeñable, como resultaron serlo las "decisiones" del parlamento de Fráncfort[15], famoso en la historia de la revolución alemana de 1848. Marx, representante del proletariado revolucionario, en su *Nueva Gaceta del Rin*[16], fustigaba con sarcasmos implacables a los liberales de Fráncfort, análogos precisamente a los actuales adeptos de *Osvobozhdenie*, porque pronunciaban bellos discursos, tomaban toda clase de "decisiones" democráticas, "instituían" toda clase de libertades, pero, en la práctica, dejaron el poder en manos del rey y no organizaron la lucha armada

* El lector podrá restablecer el texto completo de esta resolución por las citas que figuran en las páginas 400, 403-404, 407, 431, 433 y 434 del presente folleto. (Nota de Lenin para la edición de 1907. Véase el presente volumen. *N. de la Edit.*)

contra las fuerzas militares de que disponía este último. Y mientras esos liberales de Fráncfort, análogos a los actuales adeptos de *Osvobozhdenie*, discurseaban, el rey esperó el momento oportuno, reforzó sus efectivos militares, y la contrarrevolución, apoyándose en la fuerza real, infligió una derrota completa a los demócratas y a todas sus magníficas "decisiones".

La conferencia ha equiparado a la victoria decisiva lo que carece precisamente de condición decisiva para la victoria. ¿Cómo pudieron unos socialdemócratas que aceptan el programa republicano de nuestro partido incurrir en tal error? Para comprender este fenómeno extraño hay que ver la resolución del III Congreso sobre la parte que se ha separado del partido*. En dicha resolución se indica la pervivencia en nuestro partido de distintas tendencias "afines al "economismo"". Nuestros "conferencistas" (por algo se hallan, en verdad, bajo la dirección ideológica de Martínov) razonan sobre la revolución absolutamente con el mismo criterio con que los "economistas" razonaban sobre la lucha política o sobre la jornada de ocho horas. Los "economistas" ponían inmediatamente en juego la "teoría de las fases": 1) lucha por los derechos; 2) agitación política; 3) lucha política; o 1) jornada de diez horas, 2) jornada de nueve horas, 3) jornada de ocho horas. Todo el mundo conoce bien cuáles fueron los resultados obtenidos con esta "táctica-proceso". Ahora nos proponen asimismo dividir con mucha meticulosidad, por anticipado, la revolución en fases: 1) el zar convoca una institución representativa, 2) esta institución representativa "decide", bajo la presión del "pueblo", organizar la Asamblea Constituyente, 3) ...sobre la tercera fase, los mencheviques no se han puesto todavía de acuerdo; han olvidado que la presión revolucionaria del pueblo tropieza con la presión contrarrevolucionaria del zarismo y que, por tanto, o la "decisión" queda sin aplicar o el asunto lo deciden en este caso también la victoria o la derrota de la insurrección popular. La resolución de la conferencia se parece como dos gotas de agua al siguiente razonamiento de los "economistas", la victoria decisiva de los obreros puede significar bien la implantación de la jornada de ocho horas por vía revolucionaria bien la concesión de la jornada de diez horas y la "decisión" de pasar a la de nueve... Exactamente lo mismo.

Se nos puede objetar, quizás, que los autores de la resolución no se proponían *equiparar* la victoria de la insurrección a la "decisión" de la institución representativa convocada por el zar, que querían únicamente estipular la táctica del partido para uno y otro caso. Contestaremos a esto: 1) El texto de la resolución califica de un modo directo e inequívoco de "victoria decisiva de la revolución sobre el zarismo" *la decisión* de la institución representativa. Es posible que esto sea el resultado de una redacción desaliñada, es posible que se la pueda enmendar, recurriendo a las actas, pero mientras no haya sido enmendada, el sentido de dicha redacción no puede ser más que uno, y dicho sentido es íntegramente el del espíritu de "*Osvobozhdenie*". 2) El curso del raciocinio propio de *Osvobozhdenie* en que han caído los autores de la resolución aparece con un relieve incomparablemente mayor en otros escritos de los neoiskristas. Por ejemplo, en *Sotsial-Demokrat*[17], órgano del comité de Tiflis (publicado en georgiano y ensalzado por *Iskra* en su número 100), en el artículo *El Zemski Sobar y nuestra táctica* se llega incluso a decir que la "táctica" consistente en "elegir como centro de nuestra actividad el Zemski Sobor" (¡sobre la convocatoria del cual, añadiremos por cuenta nuestra, aún no sabemos nada con exactitud!) "*es más ventajosa para nosotros*" que la "táctica" de la insurrección armada y de la formación de un gobierno provisional revolucionario. Más adelante aún volveremos a

* Damos el texto completo de esta resolución:
"El congreso hace constar que en el POSDR, desde la época de su lucha contra el "economismo", se conservan hasta hoy matices que le son afines en distinto grado y en diversos sentidos, matices que se caracterizan por una tendencia general a mermar la importancia de los elementos de conciencia en la lucha proletaria, supeditando dichos elementos a los de la espontaneidad. En el problema de la organización, los representantes de estos matices propugnan, en teoría, el principio de organización-proceso, principio que no corresponde a la labor sistemática del partido, y, en la práctica, emplean en numerosos casos un sistema de evasivas en el cumplimiento de la disciplina del partido, y en otros casos, dirigiendo a la parte menos consciente del partido sus prédicas a favor del empleo a gran escala del principio de elección sin tener en cuenta las condiciones objetivas de la realidad rusa, intentan socavar las bases únicas, posibles en el presente, de los vínculos del partido. En los problemas de táctica dan pruebas de la tendencia a reducir el alcance de la labor del partido, pronunciándose en contra de la táctica acabadamente independiente del partido con respecto a los partidos burgueses liberales; en contra de la posibilidad y de la conveniencia de que nuestro partido asuma el papel de organizador en la insurrección popular; en contra de la participación del partido, en cualesquiera condiciones, en el gobierno provisional democrático revolucionario.
El congreso propone a todo a los miembros del partido que desplieguen por doquier una enérgica lucha ideológica contra semejantes desviaciones parciales de los principios de la socialdemocracia revolucionaria, pero a la vez considera que se puede admitir la participación en las organizaciones del partido de gentes que, en uno u otro grado, se adhieren a semejantes ideas con la condición indispensable de que, reconociendo los congresos del partido y los Estatutos del mismo, acaten plenamente la disciplina del partido". (Nota de Lenin para la edición de 1907. *N. de la Edit.*)

ocuparnos de este artículo. 3) No se puede oponer nada al examen previo de la táctica del partido ni para el caso de victoria de la revolución, ni para el caso de su derrota, ni para el caso de éxito de la insurrección, ni para el caso de que la insurrección no pueda convertirse en una fuerza imponente. Es posible que el gobierno zarista logre convocar una asamblea representativa con el fin de hacer componendas con la burguesía liberal; la resolución del III Congreso, previniéndolo, habla claro de la "política hipócrita", de la "seudodemocracia", de las "formas caricaturescas de representación popular, tales como el llamado Zemski Sobor"*. Pero el quid está en que esto no se dice en la resolución sobre el gobierno provisional revolucionario, pues no tiene nada que ver con él. Este caso relega el problema de la insurrección y de la formación del gobierno provisional revolucionario, lo modifica, etc. Pero ahora no se trata de que sea posible toda clase de combinaciones, de que sean posibles la victoria y la derrota, los caminos rectos y los rodeos; de lo que se trata es de que a un socialdemócrata no le está permitido llevar la confusión a la idea que los obreros tienen del camino verdaderamente revolucionario, de que no se puede permitir llamar victoria decisiva a lo que carece de la condición *fundamental* de la victoria, como hacen los de *Osvobozhdenie*. Es posible que ni aun la jornada de ocho horas la obtengamos de golpe, sino dando un largo rodeo; pero ¿qué dirán del hombre que califica de victoria de los obreros una impotencia, una debilidad tal del proletariado, que éste *no tenga fuerza* para impedir los aplazamientos, las demoras, el tira y afloja, la traición y la reacción? Es posible que la revolución rusa acabe en un "aborto constitucional", como en cierta ocasión dijo *Vperiod***, pero ¿acaso puede justificar esto al socialdemócrata que, en vísperas de la lucha decisiva, se pusiera a calificar dicho aborto de "victoria decisiva sobre el zarismo"? Es posible que, si las cosas van mal, lejos de conquistar la república, sea incluso ilusoria la constitución "a lo Shípov"[19] que obtengamos; mas ¿por ventura se podría perdonar a un socialdemócrata que escamoteara nuestra consigna republicana?

Naturalmente, los neoiskristas no han llegado todavía a ese escamoteo. ¡Pero el hecho de que en su resolución *se hayan olvidado* precisamente de hablar de la república evidencia con singular claridad hasta qué punto se ha disipado en ellos el espíritu revolucionario, hasta qué punto la afición a los razonamientos muertos les ha eclipsado las tareas de combate del momento! Es inverosímil, pero es un hecho. Todas las consignas de la socialdemocracia se ratifican, se repiten, se aclaran, se detallan en distintas resoluciones de la conferencia, no se olvida ni tan siquiera la elección por los obreros, en las empresas, de delegados y diputados; únicamente no se ha hallado la ocasión de recordar la república en la resolución sobre el gobierno provisional revolucionario. Hablar de "victoria" de la insurrección popular, de formación de un gobierno provisional y no indicar la relación que dichos "pasos" y actos guardan con la conquista de la república significa escribir una resolución para ir a la zaga del movimiento proletario, y no para dirigir la lucha del proletariado.

Resumamos: la primera parte de la resolución 1)

---

* He aquí el texto de esta resolución sobre la actitud ante la táctica del gobierno en vísperas de la revolución:
"Teniendo en cuenta que, con el fin de sostenerse en el período revolucionario que atravesamos, el gobierno, al recrudecer las represiones habituales encaminadas sobre todo contra los elementos conscientes del proletariado, a la vez 1) trata de corromper políticamente a la clase obrera mediante concesiones y promesas de reformas, para distraerla así de la lucha revolucionaria; 2) para el mismo fin reviste su política hipócrita de concesiones con el ropaje de formas seudodemocráticas, comenzando por invitar a los obreros a elegir sus representantes para las comisiones y asambleas y terminando por crear formas caricaturescas de representación popular, tales como el llamado Zemski Sobor; 3) organiza las llamadas centurias negras[18] y alza contra la revolución a todos los elementos del pueblo reaccionarios, inconscientes o cegados por el odio de raza o de religión;
El III Congreso del POSDR acuerda proponer a todas las organizaciones del partido:
a) al desenmascarar los fines reaccionarios de las concesiones del gobierno, subrayar en la propaganda y agitación su carácter obligado, por una parte, y la absoluta imposibilidad en que la autocracia se encuentra para conceder reformas que satisfagan al proletariado, por otra parte;
b) aprovechando la campaña electoral, explicar a los obreros el verdadero sentido de semejantes medidas adoptadas por el gobierno y demostrar que el proletariado debe convocar por vía revolucionaria la Asamblea Constituyente, basada en el sufragio universal, igual, directo y secreto;
c) organizar al proletariado para implantar inmediatamente por vía revolucionaria la jornada de 8 horas y conseguir otras reivindicaciones inmediatas de la clase obrera;
d) organizar la resistencia armada a las intentonas de las centurias negras y de todos los elementos reaccionarios en general que son dirigidos por el gobierno". (Nota de Lenin para la edición de 1907. *N. de la Edit.*)

** El periódico *Vperiod* ("Adelante") empezó a publicarse en Ginebra, en enero de 1905, como órgano de la fracción bolchevique del partido. De enero a mayo aparecieron 18 números. A partir del mes de mayo comenzó a publicarse *Proletari* como Órgano Central del POSDR, en lugar de *Vperiod*, de acuerdo con la resolución del III Congreso del POSDR (dicho congreso se celebró en Londres en el mes de mayo; los mencheviques no asistieron y organizaron su propia "conferencia" en Ginebra). (Nota de Lenin para la edición de 1907. *N. de la Edit.*)

no ha aclarado en lo más mínimo la significación del gobierno provisional revolucionario desde el punto de vista de la lucha por la república y de la garantía de una asamblea realmente de todo el pueblo y realmente constituyente; 2) ha introducido una franca confusión en la conciencia democrática del proletariado, equiparando a la victoria decisiva de la revolución sobre el zarismo un estado de cosas tal en que aún falta precisamente la condición fundamental para la verdadera victoria.

### 4. La liquidación del régimen monárquico y la instauración de la república

Pasemos a la parte siguiente de la resolución:

> "...Tanto en uno como en otro caso, esa victoria será el principio de una nueva fase de la época revolucionaria.
>
> La tarea planteada espontáneamente por las condiciones objetivas del desarrollo social a esa nueva fase es la liquidación definitiva de todo el régimen estamental monárquico en el proceso de la lucha recíproca entre los elementos de la sociedad burguesa, emancipada en el aspecto político, en pro de la defensa de sus intereses sociales y de la posesión directa del poder.
>
> Por eso, el gobierno provisional que asuma el cumplimiento de las tareas de esa revolución, burguesa por su carácter histórico, no sólo deberá, al regular la lucha recíproca entre las clases antagónicas de la nación que se emancipa, impulsar el desarrollo revolucionario, sino también combatir los factores del mismo que supongan un peligro para las bases del régimen capitalista".

Detengámonos en esta parte, que representa en sí un apartado independiente de la resolución. La idea fundamental de los razonamientos que reproducimos coincide con la expuesta en el tercer punto de la resolución del congreso. Pero si se comparan las dos resoluciones en esta parte, salta inmediatamente a la vista la siguiente diferencia radical entre ellas: después de caracterizar en dos palabras la base socioeconómica de la revolución, la resolución del congreso dirige toda su atención a la lucha de las clases, netamente definida, por conquistas determinadas, y coloca en primer plano las tareas de combate del proletariado. Tras describir de un modo extenso, nebuloso y confuso la base socioeconómica de la revolución, la resolución de la conferencia habla de un modo muy poco claro de la lucha por conquistas determinadas y deja por completo a oscuras las tareas de combate del proletariado. La resolución de la conferencia habla de la liquidación del antiguo régimen en el proceso de una lucha recíproca entre los elementos de la sociedad. La resolución del congreso dice que nosotros, partido del proletariado, debemos efectuar esta liquidación, que sólo la instauración de la república democrática constituye la liquidación verdadera, que debemos conquistar esta república, que lucharemos por ella y por la libertad completa no sólo contra la autocracia, sino también contra la burguesía cuando ésta intente (y lo hará sin falta) arrebatarnos nuestras conquistas. La resolución del congreso llama a la lucha a una clase determinada, por un objetivo inmediato y definido de un modo preciso. La resolución de la conferencia razona sobre la lucha recíproca de las distintas fuerzas. Una resolución expresa la psicología de la lucha activa; otra, la de la contemplación pasiva; una está impregnada de llamamientos a la acción viva; la otra, de razonamientos muertos. Ambas resoluciones declaran que la revolución que se está desplegando es, para nosotros, sólo el primer paso, al cual seguirá el segundo; pero una de las resoluciones saca de aquí la conclusión de que hay que dar con mayor rapidez este primer paso, acabado con la mayor celeridad, conquistar la república, aplastar implacablemente la contrarrevolución y preparar el terreno para el segundo paso; en cambio, la otra resolución rebosa, por decirlo así, de descripciones prolijas de este primer paso y (perdón por lo vulgar de la expresión) se saca de la manga lo que piensa al respecto. La resolución del congreso toma las viejas y eternamente nuevas ideas del marxismo (sobre el carácter burgués de la revolución democrática) como prólogo o primera premisa para sacar conclusiones sobre las tareas de vanguardia de la clase de vanguardia que lucha tanto por la revolución democrática como por la revolución socialista. La resolución de la conferencia no va más allá del prólogo, repitiéndolo con machaconería y sutilizando sobre el mismo.

Esta diferencia es precisamente la que desde hace mucho divide a los marxistas rusos en dos alas: ala raciociniadora y ala combativa, en los tiempos pasados del marxismo legal[20]; ala económica y ala política, en los albores del movimiento de masas. De la premisa acertada del marxismo sobre las profundas raíces económicas de la lucha de las clases en general y de la lucha política en particular, los "economistas" sacaban la original conclusión de que había que volver la espalda a la lucha política y contener su desarrollo, reducir su alcance, minimizar sus tareas. Los políticos, por el contrario, extraían de las mismas premisas otra conclusión, a saber: que cuanto más profundas sean ahora las raíces de nuestra lucha, tanto más amplia, valerosa y resuelta debe ser ésta, con tanta más iniciativa debemos sostenerla. En la actualidad, en otras circunstancias, en una forma modificada, nos hallamos ante el mismo debate. De las premisas de que la revolución democrática no es aún, ni mucho menos, la revolución socialista; de que "interesa" no sólo y exclusivamente a los

desposeídos; de que sus raíces profundísimas están en las necesidades y en las demandas ineluctables de *toda* la sociedad burguesa en su conjunto sacamos la conclusión de que la clase avanzada debe plantear con tanta mayor audacia sus tareas democráticas, debe formularlas hasta el fin con tanta mayor precisión, propugnar la consigna inmediata de república, propagar la idea de que se necesita un gobierno provisional revolucionario y de que se debe aplastar implacablemente la contrarrevolución. Mientras nuestros adversarios, los neoiskristas, deducen de estas mismas premisas que no hay que formular hasta el fin las conclusiones democráticas, que entre las consignas prácticas se puede prescindir de la república, que se puede permitir no propagar la idea de la necesidad del gobierno provisional revolucionario, que se puede calificar de victoria decisiva incluso la resolución de convocar la Asamblea Constituyente, que se puede no propugnar la tarea de la lucha frente a la contrarrevolución como tarea activa nuestra, sino hundirla en una alusión nebulosa (y formulada erróneamente, como veremos en seguida) al "proceso de lucha recíproca". ¡No es éste un lenguaje propio de dirigentes políticos, sino de ratas de archivo!

Y cuanto más atención se ponga al examen de las distintas fórmulas de la resolución de los neoiskristas, tanto más claras se verán las particularidades fundamentales de la misma que ya hemos indicado. Se nos habla, por ejemplo, del "proceso de lucha recíproca entre los elementos de la sociedad burguesa emancipada en el aspecto político". Recordando el tema que se trataba en la resolución (gobierno provisional revolucionario), preguntamos perplejos: si se habla de proceso de lucha recíproca, ¿cómo se puede guardar silencio sobre los elementos que esclavizan en el aspecto político a la sociedad burguesa? ¿Se imaginan los conferencistas que porque hayan supuesto la victoria de la revolución, dichos elementos han desaparecido ya? Esta idea sería absurda en general y la mayor de las ingenuidades políticas, una miopía política en particular. Después de la victoria de la revolución sobre la contrarrevolución, ésta no desaparecerá, sino que, al contrario, empezará inevitablemente una nueva lucha más desesperada todavía. Al consagrar nuestra resolución al examen de las tareas que nos plantearía la victoria de la revolución, debemos dedicar suma atención a las tareas que tienen como norte rechazar la acometida de la contrarrevolución (como se hace precisamente en la resolución del congreso), y no hundir estas tareas políticas inmediatas, esenciales, candentes, de un partido combativo, en razonamientos generales a propósito de lo que habrá *después* de la época revolucionaria actual, de lo que habrá cuando nos hallemos ya ante una "sociedad *emancipada* en el aspecto político". Del mismo modo que los "economistas" encubrían su incomprensión de las tareas políticas candentes con alusiones a las verdades generales sobre la subordinación de la política a la economía, los neoiskristas, al remitirse a las verdades generales sobre la lucha en el interior de la sociedad *emancipada* en el aspecto político, encubren su incomprensión de las tareas revolucionarias candentes de *la emancipación* política de dicha sociedad.

Tomen la expresión "liquidación definitiva de todo el régimen estamental monárquico". En ruso, liquidación definitiva del régimen monárquico se llama instauración de la república democrática. Pero al buenazo de Martínov y a sus admiradores les parece demasiado sencilla y clara esta expresión. Quieren "ahondar" sin falta y decir las cosas de un modo más "sabihondo". Así resultan, de una parte, pujos ridículos por demostrar profundidad de pensamiento, y de otra, en vez de una consigna resulta una descripción; en vez de un llamamiento alentador a ir adelante resulta una especie de mirada melancólica atrás. Parece que no se trata de gente viva que quiere luchar ahora mismo, sin más tardanza, por la república, sino de una especie de momias petrificadas que *sub specie aeternitatis*[*] examinan la cuestión en *plusquamperfectum*.

Prosigamos: "... El gobierno provisional... que asumiera el cumplimiento de las tareas de esa... revolución burguesa..." En este punto se ve en seguida que nuestros conferencistas han descuidado una cuestión concreta que se alza ante los dirigentes políticos del proletariado. La cuestión de la futura serie de gobiernos que cumplirán las tareas de la revolución burguesa en general les hace perder de vista la concreta del gobierno provisional revolucionario. Si se desea examinar la cuestión en el plano "histórico", el ejemplo de cualquier país europeo evidenciará que precisamente una serie de gobiernos, que en modo alguno eran "provisionales", cumplieron las tareas históricas de la revolución burguesa, que incluso gobiernos que habían vencido a la revolución se vieron obligados, a pesar de ello, a cumplir las tareas históricas de esa revolución vencida. Pero "gobierno provisional revolucionario" no se llama en absoluto a ése del que hablan: se llama así al gobierno de la época revolucionaria que remplaza directamente al gobierno derribado y que se apoya en la insurrección popular y no en unas instituciones representativas surgidas del pueblo. El gobierno provisional revolucionario es el órgano de la lucha por la victoria inmediata de la revolución, de la lucha por la represión inmediata de los intentos contrarrevolucionarios, y en modo alguno un

[*] Desde el punto de vista de la eternidad. (*N. de la Edit.*)

órgano para cumplir las tareas históricas de la revolución burguesa en general. Dejemos, pues, señores, a los futuros historiadores de la futura *Rússkaya Stariná*[21] que determinen qué tareas de la revolución burguesa habrán sido las realizadas por nosotros o por tal o cual gobierno; esto se podrá hacer aunque sea dentro de treinta años; pero lo que ahora necesitamos es dar consignas e indicaciones prácticas para la lucha por la república y para la participación más enérgica del proletariado en esta lucha.

Por las causas indicadas tampoco son satisfactorias las últimas tesis de la parte de la resolución reproducida por nosotros. Es desacertada en extremo o, por lo menos, torpe, la expresión de que el gobierno provisional debería "regular" la lucha entre las clases antagónicas: los marxistas no deberían emplear una fórmula liberal, de *Osvobozhdenie*, como ésta, que da motivo a pensar que es posible un gobierno que no sirva de órgano de la lucha de clases, sino de "regulador" de la misma... El gobierno debería "no sólo impulsar el desarrollo revolucionario, sino también luchar contra los factores del mismo que amenacen las bases del régimen capitalista". ¡Este "factor" es precisamente ese mismo proletariado en cuyo nombre habla la resolución! En vez de indicar cómo, en tal momento, el proletariado debe precisamente "impulsar el desarrollo revolucionario" (empujarlo más allá de lo que quisiera la burguesía constitucionalista), en vez de aconsejar prepararse de un modo determinado para la lucha contra la burguesía cuando ésta se vuelva contra las conquistas de la revolución; en vez de esto se nos da una descripción general del proceso que nada dice sobre las tareas concretas de *nuestra* actuación. La manera que los neoiskristas tienen de exponer sus ideas nos recuerda la opinión de Marx (en sus famosas "tesis" sobre Feuerbach) acerca del viejo materialismo, extraño a la idea de la dialéctica. Los filósofos no han hecho más que *interpretar* de diversos modos el mundo -decía Marx-, pero de lo que se trata es de *transformarlo*[22]. Del mismo modo, los neoiskristas pueden describir y explicar no del todo mal el proceso de la lucha que se despliega ante sus ojos, pero son incapaces por completo de dar una consigna justa en esta lucha. Marchando con celo, pero dirigiendo mal, empequeñecen la interpretación materialista de la historia, pues hacen caso omiso del papel activo, dirigente y orientador que pueden y deben desempeñar en la historia los partidos que conozcan las condiciones materiales de la revolución y que se pongan al frente de las clases avanzadas.

### 5. ¿Cómo hay que "impulsar la revolución adelante"?

He aquí otro pasaje de la resolución:

"En tales condiciones, la socialdemocracia debe esforzarse por mantener a lo largo de toda la revolución una postura que le garantice del mejor modo la posibilidad de impulsar la revolución adelante, que no le ate las manos en la lucha contra la política inconsecuente e interesada de los partidos burgueses y la preserve de ser diluida en la democracia burguesa.

Por eso, la socialdemocracia no se debe proponer el fin de conquistar o compartir el poder en el gobierno provisional, sino que debe seguir siendo el partido de la oposición revolucionaria extrema".

El consejo de ocupar una posición que garantice del mejor modo la posibilidad de impulsar la revolución adelante nos gusta sobremanera. Lo único que desearíamos es que, además de este buen consejo, hubiera indicaciones directas de cómo precisamente ahora, en la situación política presente, en la época de disquisiciones, suposiciones, habladurías y proyectos de convocatoria de representantes del pueblo, la socialdemocracia tiene que impulsar la revolución adelante. ¿Puede actualmente impulsar la revolución adelante quien no comprenda el peligro de la teoría del "acuerdo" del pueblo con el zar, sostenida por los elementos de *Osvobozhdenie*, quien califica de victoria la sola "decisión" de convocar la Asamblea Constituyente, quien no se plantea como tarea la propaganda activa de la idea de que se precisa un gobierno provisional revolucionario, quien deja en las tinieblas la consigna de república democrática? Esa gente, en realidad, *impulsa la revolución atrás*, porque, en el sentido *político-práctico*, se ha detenido al nivel de la posición de los *adeptos de "Osvobozhdenie"*. ¿Qué valor puede tener su aceptación del programa que exige la sustitución de la autocracia por la república, si en la resolución táctica que define las tareas actuales e inmediatas del partido en el momento revolucionario falta la consigna de la lucha por la república? ¡Pero si es justamente la posición de los adeptos de *Osvobozhdenie*, la posición de la burguesía constitucionalista, la que se caracteriza realmente en la actualidad por el hecho de que la decisión de convocar la Asamblea Constituyente de todo el pueblo es considerada una victoria decisiva, en tanto se guarda prudente silencio sobre el gobierno provisional revolucionario y sobre la república! Para impulsar la revolución *adelante*, esto es, más allá del límite hasta donde la empuja la burguesía monárquica, hay que preconizar activamente, subrayar y colocar en primer plano consignas que *excluyan* la "inconsecuencia" de la democracia burguesa. En el momento actual, estas consignas son *sólo dos*: 1) gobierno provisional revolucionario, y 2) república,

porque la consigna de Asamblea Constituyente de todo el pueblo *ha sido aceptada* por la burguesía monárquica (véase el programa de Unión de Liberación)[23] y ha sido aceptada precisamente para escamotear la revolución, para no permitir la victoria completa de la revolución, para servir a los intereses de una transacción, producto del tira y afloja entre la gran burguesía y el zarismo. Y vemos que, de estas dos consignas, las únicas capaces de impulsar la revolución adelante, la conferencia ha olvidado por completo la de república y ha equiparado directamente la de gobierno provisional revolucionario a la de Asamblea Constituyente de todo el pueblo, propugnada por *Osvobozhdenie*, ¡¡calificando de "victoria decisiva de la revolución" lo uno y lo otro!!

Sí, tal es el hecho indudable que, estamos persuadidos de ello, servirá de jalón para el futuro historiador de la socialdemocracia de Rusia. La conferencia de los socialdemócratas, celebrada en mayo de 1905, adopta una resolución que contiene buenas palabras sobre la necesidad de impulsar la revolución democrática adelante y que, de hecho, la impulsa atrás y no va más allá de las consignas democráticas de la burguesía monárquica.

A los neoiskristas les gusta reprocharnos que pasamos por alto el peligro de dilución del proletariado en la democracia burguesa. Quisiéramos ver quién se atrevería a demostrar este reproche fundándose en el texto de las resoluciones aprobadas por el III Congreso del POSDR. Respondemos a nuestros contradictores: la socialdemocracia, que opera en el terreno de la sociedad burguesa, no puede participar en la política sin marchar, en tal o cual caso, *al lado* de la democracia burguesa. La diferencia entre nosotros y, vosotros, en este punto, consiste en que nosotros vamos al lado de la burguesía revolucionaria y republicana sin fundirnos con ella, mientras que vosotros vais al lado de *la burguesía liberal y monárquica* sin fundiros tampoco con ella. *Así es como están las cosas*.

Vuestras consignas tácticas, dadas en nombre de la conferencia, *coinciden* con las consignas del partido "demócrata-constitucionalista", esto es, *con las del partido de la burguesía monárquica*, con la particularidad de que esta coincidencia no la habéis advertido, no os habéis dado cuenta de ella, yendo a parar de este modo, de hecho, *a la zaga de las gentes de "Osvobozhdenie"*.

Nuestras consignas tácticas, dadas en nombre del III Congreso del POSDR, coinciden con las consignas de la burguesía democrática revolucionaria y republicana. Esta burguesía y la pequeña burguesía no han formado todavía un gran partido popular en Rusia*. Pero sólo puede dudar de la existencia de los elementos del mismo quien no tenga la menor idea de lo que sucede actualmente en Rusia. Nos proponemos dirigir (en caso de que la gran revolución rusa se desenvuelva con éxito) no sólo al proletariado, organizado por el Partido Socialdemócrata, sino también a esa pequeña burguesía capaz de ir a nuestro lado.

En su resolución, la conferencia *desciende* inconscientemente al nivel de la burguesía liberal y monárquica. Con su resolución, el congreso del partido *eleva* conscientemente a su nivel a los elementos de la democracia revolucionaria capaces de luchar y no andar con trapicheos.

Dichos elementos se encuentran sobre todo entre los campesinos. Sin cometer un gran error, al clasificar los grandes grupos sociales por sus tendencias políticas, podemos identificar a la democracia revolucionaria y republicana con la masa campesina, naturalmente, en el mismo sentido y con las mismas reservas y condiciones sobrentendidas con que se puede identificar a la clase obrera con la socialdemocracia podemos, en otros términos, formular asimismo nuestras conclusiones del modo siguiente: la conferencia, con sus consignas *políticas de interés para toda la nación*** en el momento revolucionario, *desciende* inconscientemente *al nivel de la masa de los terratenientes*. El congreso del partido, con sus consignas políticas de interés para toda la nación, *eleva a la masa campesina al nivel revolucionario*. Al que nos acuse, por esta conclusión, de afición a las paradojas le hacemos el siguiente reto: que refute la tesis de que si no tenemos fuerzas para llevar la revolución hasta el fin, si la revolución *termina*, como lo quieren los elementos de *Osvobozhdenie*, en una "victoria decisiva", en forma únicamente de asamblea representativa convocada por el zar, a la cual sólo en tono de burla se podría calificar de constituyente, entonces eso será una revolución con el predominio de los elementos *terratenientes y de la gran burguesía*. Por el contrario, si estamos destinados a pasar por una revolución efectivamente grande, si esta vez la historia no permite un "aborto", si tenemos fuerzas para llevar la revolución hasta el fin, hasta la victoria decisiva, no en el sentido que dan a esta palabra las gentes de *Osvobozhdenie* y los neoiskristas, eso será una revolución con predominio de elementos campesinos y proletarios.

Quizás algunos vean en el hecho de admitir la

---

* Los socialistas-revolucionarios son más bien un grupo terrorista de intelectuales que el embrión de dicho partido, aunque la significación objetiva de la actividad de este grupo se reduce, precisamente, a cumplir las tareas de la burguesía revolucionaria y republicana.

** No hablamos de las consignas campesinas especiales a las que se dedican resoluciones aparte.

idea de tal predominio una renuncia a nuestra convicción del carácter burgués de la revolución próxima. Esto es muy posible si se tiene en cuenta el abuso que se hace de esta noción en *Iskra*. Por ello no estará de más, ni mucho menos, detenerse en esta cuestión.

**6. ¿De qué lado amenaza al proletariado el peligro de verse con las manos atadas en la lucha contra la burguesía inconsecuente?**

Los marxistas están absolutamente convencidos del carácter burgués de la revolución rusa. ¿Qué significa esto? Esto significa que las transformaciones democráticas en el régimen político y las transformaciones socioeconómicas, que se han convertido en una necesidad para Rusia, lejos de implicar de por sí el socavamiento del capitalismo, el socavamiento de la dominación de la burguesía, desbrozarán por primera vez como es debido el terreno para un desarrollo vasto y rápido, europeo y no asiático, del capitalismo; por primera vez harán posible la dominación de la burguesía como clase. Los socialistas-revolucionarios no pueden comprender esta idea porque desconocen el abecé de las leyes del desarrollo de la producción mercantil y capitalista, no ven que ni el éxito completo de la insurrección campesina, ni la redistribución de toda la tierra en beneficio de los campesinos y conforme a sus deseos ("reparto negro" o algo en este sentido) no destruirían en lo más mínimo al capitalismo, sino que, por el contrario, darían un impulso a su desenvolvimiento y acelerarían la diferenciación de clase de los campesinos mismos. La incomprensión de esta verdad convierte a los socialistas-revolucionarios en ideólogos inconscientes de la pequeña burguesía. Insistir en esta verdad tiene para la socialdemocracia una importancia inmensa, no sólo en teoría, sino también en política práctica, pues de ello se desprende el carácter obligatorio de la independencia completa de clase del partido del proletariado en el presente movimiento "democrático general".

Pero de ahí no se desprende, ni mucho menos, que la revolución *democrática* (burguesa por su contenido socioeconómico) no ofrezca inmenso interés para el proletariado. De ahí no se desprende, ni mucho menos, que la revolución democrática no se pueda producir tanto en forma ventajosa, sobre todo para el gran capitalista, para el magnate financiero, para el terrateniente "ilustrado", como en forma ventajosa para el campesino y para el obrero.

Los neoiskristas interpretan de un modo cardinalmente erróneo el sentido y la trascendencia de la categoría "revolución burguesa". En sus razonamientos se transluce constantemente la idea de que la revolución burguesa es una revolución que puede dar únicamente lo que beneficia a la burguesía. Y, sin embargo, nada hay más erróneo que esta idea. La revolución burguesa es una revolución que no rebasa el marco del régimen socioeconómico burgués, esto es, capitalista. La revolución burguesa expresa las necesidades del desarrollo del capitalismo no sólo sin destruir sus bases, sino, al contrario, ensanchándolas y profundizándolas. Por tanto, lejos de expresar sólo los intereses de la clase obrera, esta revolución expresa también los de toda la burguesía. Por cuanto la dominación de la burguesía sobre la clase obrera es inevitable en el capitalismo, puede afirmarse con pleno derecho que la revolución burguesa expresa los intereses no tanto del proletariado como de la burguesía. Pero es completamente absurda la idea de que la revolución burguesa no expresa en lo más mínimo los intereses del proletariado. Esta idea absurda se reduce bien a la ancestral teoría populista de que la revolución burguesa se halla en pugna con los intereses del proletariado, de que no tenemos necesidad, por este motivo, de libertad política burguesa, bien al anarquismo, que niega toda participación del proletariado en la política burguesa, en la revolución burguesa, en el parlamentarismo burgués. En el aspecto teórico, esta idea es un olvido de las tesis elementales del marxismo sobre la inevitabilidad del desarrollo del capitalismo en el terreno de la producción mercantil. El marxismo enseña que una sociedad fundada en la producción mercantil y que tiene establecido el intercambio con las naciones capitalistas civilizadas, al llegar a un cierto grado de desarrollo entra inevitablemente por sí sola en la senda del capitalismo. El marxismo ha roto para siempre con las lucubraciones de los populistas y anarquistas, según las cuales, Rusia, por ejemplo, podría eludir el desarrollo capitalista, saltar del capitalismo, o por encima de él, de alguna otra manera que no fuese la lucha de clases en el terreno y en los límites de ese mismo capitalismo.

Todas estas tesis del marxismo han sido demostradas y repetidas con lujo de pormenores, tanto en general como en concreto, aplicadas a Rusia. Y de estas tesis se deduce que es una idea *reaccionaria* buscar la salvación de la clase obrera en algo que no sea un desarrollo mayor del capitalismo. En países como Rusia, la clase obrera no sufre tanto del capitalismo como de la insuficiencia de desarrollo del capitalismo. Por eso, la clase obrera *está absolutamente interesada* en el desarrollo más vasto, más libre, más rápido del capitalismo. Es *beneficiosa* por completo para la clase obrera la supresión de todas las reminiscencias del pasado que entorpecen el desarrollo amplio, libre y rápido del capitalismo. La revolución burguesa es, precisamente, la revolución que barre del modo más resuelto los restos de lo

antiguo, las supervivencias del feudalismo (a las cuales pertenecen no sólo la autocracia, sino también la monarquía) y que garantiza por completo el desarrollo más amplio, libre y rápido del capitalismo.

Por eso, la revolución burguesa *es beneficiosa en extremo para el proletariado*. La revolución burguesa *es absolutamente* necesaria para los intereses del proletariado. Cuanto más profunda, decidida y consecuente sea la revolución burguesa, tanto más garantizada se hallará la lucha del proletariado por el socialismo contra la burguesía. Esta conclusión puede parecer nueva o extraña, paradójica, únicamente a los que ignoran el abecé del socialismo científico. Y de esta conclusión, dicho sea de paso, se desprende asimismo la tesis de que, *en cierto sentido*, la revolución burguesa *es más beneficiosa* para el proletariado que para la burguesía. He aquí, justamente, en qué sentido es indiscutible esta tesis: a la burguesía le conviene apoyarse en algunas supervivencias del pasado contra el proletariado, por ejemplo, en la monarquía, en el ejército permanente, etc. A la burguesía le conviene que la revolución burguesa no barra con demasiada resolución todas las supervivencias del pasado, sino que deje en pie algunas de ellas; es decir, que esta revolución no sea del todo consecuente, que no se lleve hasta el fin, que no sea decidida e implacable. Los socialdemócratas expresan a menudo esta idea de un modo algo distinto, diciendo que la burguesía se traiciona a sí misma, que la burguesía traiciona la causa de la libertad, que la burguesía es incapaz de una democracia consecuente. A la burguesía le conviene más que los cambios necesarios en un sentido democrático burgués se produzcan con mayor lentitud, de manera más paulatina y cautelosa, de un modo menos resuelto, mediante reformas y no mediante la revolución, que estos cambios sean lo más prudentes posible con respecto a las "honorables" instituciones de la época del feudalismo (tales como la monarquía), que estos cambios desarrollen lo menos posible la acción independiente, la iniciativa y la energía revolucionarias del pueblo sencillo, es decir, de los campesinos y principalmente de los obreros, pues de otro modo a estos últimos les será tanto más fácil "cambiar de hombro el fusil" , como dicen los franceses, es decir, dirigir contra la propia burguesía el arma que ponga en sus manos la revolución burguesa, la libertad que ésta les dé, las instituciones democráticas que broten en el terreno desbrozado de feudalismo.

Por el contrario, a la clase obrera le conviene más que los cambios necesarios en un sentido democrático burgués se introduzcan precisamente no mediante reformas, sino por la vía revolucionaria, pues el camino reformista es el camino de las dilaciones, de los aplazamientos, de la muerte dolorosa y lenta de los miembros en putrefacción del organismo popular, y los que más y primordialmente sufren de este proceso de muerte lenta son el proletariado y los campesinos. El camino revolucionario es el camino consistente en una operación rápida, la menos dolorosa para el proletariado: la amputación directa de los miembros que se pudren; es el camino de las mínimas concesiones y miramientos con respecto a la monarquía y a sus instituciones repelentes, ignominiosas y putrefactas, que contaminan la atmósfera con su descomposición.

He ahí por qué nuestra prensa liberal burguesa deplora, y no sólo por salvarse de la censura, por miedo al poder de los potentados, la posibilidad de un camino revolucionario, teme la revolución, asusta al zar con la revolución, se preocupa de evitar la revolución, se humilla y prosterna servil en aras de reformas mezquinas como base del camino reformista. Sostienen este punto de vista no sólo *Rússkie Viédomosti*[24], *Syn Otéchestva*[25], *Nasha Zhizn* y *Nashi Dni*[26], sino también la ilegal y libre *Osvobozhdenie*. La situación misma de la burguesía, como clase en la sociedad capitalista, es la causa ineludible de su inconsecuencia en la revolución democrática. La situación misma del proletariado, como clase, le obliga a ser demócrata consecuente. Temerosa del progreso democrático, que amenaza con el fortalecimiento del proletariado, la burguesía vuelve la vista atrás. El proletariado no tiene nada que perder, más que sus cadenas; tiene, en cambio, un mundo que ganar mediante la democracia[27]. Por eso, cuanto más consecuente es la revolución burguesa en sus transformaciones democráticas, menos se limita a lo que beneficia exclusivamente a la burguesía. Cuanto más consecuente es la revolución burguesa, tanto más garantiza las ventajas del proletariado y de los campesinos en la revolución democrática.

El marxismo no enseña al proletario a quedarse al margen de la revolución burguesa, a no participar en ella, a entregar su dirección a la burguesía; por el contrario, le enseña a participar en ella del modo más enérgico y a luchar con la mayor decisión por la democracia proletaria consecuente, por llevar la revolución hasta el fin. No podemos salirnos del marco democrático burgués de la revolución rusa, pero podemos ensanchar en proporciones colosales dicho marco, podemos y debemos, en los límites del mismo, luchar por los intereses del proletariado, por satisfacer sus necesidades inmediatas y por crear las condiciones de preparación de sus fuerzas para la futura victoria completa. Hay democracia burguesa y democracia burguesa. El monárquico de los zemstvos[28], partidario de una cámara alta, que "reclama" el sufragio universal y llega a la chita callando a un compromiso con el zarismo para

obtener una Constitución enteca es un demócrata burgués. El campesino que se alza con las armas en la mano contra los terratenientes y los funcionarios y, por "republicanismo ingenuo", propone "echar al zar"*, es también un demócrata burgués. Hay regímenes democráticos burgueses como el de Alemania y el de Inglaterra; como el de Austria y el de Norteamérica o el de Suiza. Bueno sería el marxista a quien se le escapara, en la época de la revolución democrática, esta diferencia entre los grados de democracia y entre el diferente carácter de tal o cual forma de la misma y se limitara a "discurrir con gran ingenio" a propósito de que, a pesar de todo, esto es una "revolución burguesa", es fruto de una "revolución burguesa".

Pues bien, nuestros neoiskristas son precisamente unos sabihondos de este jaez que se vanaglorian de su miopía. Los neoiskristas se limitan precisamente a razonar en torno al carácter burgués de la revolución, cuando lo que se precisa es saber diferenciar la democracia burguesa republicana y revolucionaria de la monárquica y liberal, sin hablar ya de la diferencia existente entre la democracia burguesa inconsecuente y la democracia proletaria consecuente. Se contentan - como si se hubieran convertido verdaderamente en "hombres enfundados"[29]- con disquisiciones melancólicas sobre el "proceso de lucha recíproca de las clases antagónicas", cuando de lo que se trata es de dar una *dirección democrática* a la revolución actual, de subrayar las consignas *democráticas de vanguardia* para distinguirlas de las consignas traidoras del señor Struve y Cía., de indicar de un modo directo y tajante las tareas inmediatas de la lucha verdaderamente revolucionaria del proletariado y de los campesinos, a diferencia del tira y afloja liberal de los latifundistas y fabricantes. En esto consiste ahora, señores, el fondo de la cuestión que se les ha escapado: ¡en que nuestra revolución se vea coronada por una verdadera y grandiosa victoria o tan sólo por una transacción mezquina; en que llegue hasta la dictadura democrática revolucionaria del proletariado y de los campesinos o que "agote sus fuerzas" en una Constitución liberal a lo Shípov!

A primera vista puede parecer que, al plantear esta cuestión, nos apartamos totalmente de nuestro tema. Pero sólo a primera vista. En realidad, es precisamente en esta cuestión donde se halla la raíz de la divergencia de principio que se ha perfilado ya por completo entre la táctica socialdemócrata del III Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia y la táctica fijada en la conferencia de los neoiskristas. Estos últimos han dado ya ahora tres pasos atrás, y no dos, resucitando los errores del "economismo" al resolver las cuestiones de la táctica de un partido obrero, cuestiones incomparablemente más complejas, más importantes y más vitales para él, en el momento de la revolución. He aquí por qué es necesario detenernos con toda atención en el examen del problema planteado.

En la parte de la resolución de los neoiskristas reproducida por nosotros se indica el peligro de que la socialdemocracia se ate las manos en la lucha contra la política inconsecuente de la burguesía, de que se diluya en la democracia burguesa. La idea de este peligro está presente en todas las publicaciones específicamente neoiskristas y constituye el verdadero eje de toda la posición de principio en la escisión de nuestro partido (desde que los elementos de intriga mezquina en esta escisión han quedado relegados por completo a último término ante los elementos de viraje hacia el "economismo"). Reconocemos asimismo sin ambages que este peligro existe realmente, que es ahora mismo cuando, en el apogeo de la revolución rusa, este peligro ha tomado un carácter de particular seriedad. A todos nosotros, los teóricos o publicistas de la socialdemocracia, y yo preferiría incluirme entre los segundos, nos incumbe la tarea inaplazable y de extraordinaria responsabilidad de analizar *de qué lado* amenaza realmente este peligro. Pues el origen de nuestra divergencia no está en el debate a propósito de si existe o no dicho peligro, sino en el de saber si proviene del llamado seguidismo de la "minoría" o del llamado revolucionarismo de la "mayoría".

Para evitar interpretaciones erróneas y malentendidos consignemos, ante todo, que el peligro de que hablamos no reside en el aspecto subjetivo de la cuestión, sino en el objetivo, no en la posición formal que la socialdemocracia ocupe en la lucha, sino en el desenlace material de toda la lucha revolucionaria presente. La cuestión no consiste en saber si tales o cuales grupos socialdemócratas querrán diluirse en la democracia burguesa, de si se darán cuenta de que se diluyen; de esto huelga hablar. Ni sospechamos que abrigue tal deseo ningún socialdemócrata; por lo demás, no se trata aquí de deseos, ni mucho menos. La cuestión tampoco estriba en saber si tales o cuales grupos socialdemócratas conservarán su autonomía formal, su fisonomía propia, su independencia de la democracia burguesa en todo el transcurso de la revolución. No sólo pueden dichos grupos proclamar esa "independencia", sino también mantenerla formalmente, y, sin embargo, *las cosas pueden suceder de manera* que se vean con las manos atadas en la lucha contra la inconsecuencia de la burguesía. El resultado político definitivo de la revolución puede ser que, a pesar de la "independencia" formal, a pesar de que la socialdemocracia conserve plenamente su

* Véase *Osvobozhdenie*, núm. 71, pág. 337, nota 2.

fisonomía propia como organización, como partido no sea independiente de hecho, no se halle con fuerzas para imprimir a la marcha de los acontecimientos el sello de su independencia proletaria, se sienta tan débil que, en suma, a fin de cuentas, en el balance definitivo, su "dilución" en la democracia burguesa sea, a pesar de todo, un hecho histórico.

En eso consiste el peligro real. Veamos ahora de qué lado nos amenaza: ¿del de la desviación de la socialdemocracia hacia la derecha, personificada por la nueva *Iskra*, como creemos nosotros, o del de la desviación de la misma hacia la izquierda, personificada por la "mayoría", por *Vperiod*, etc., como creen los neoiskristas?

Como hemos indicado, la solución de este problema está determinada por la combinación objetiva de la acción de las distintas fuerzas sociales. El carácter de estas fuerzas viene determinado en teoría por el análisis marxista de la realidad rusa y, en la práctica de hoy día, por las acciones manifiestas de los grupos y las clases en la marcha de la revolución. Ahora bien, todo el análisis teórico, hecho por los marxistas mucho antes de la época que estamos atravesando, y todas las observaciones prácticas sobre el desarrollo de los acontecimientos revolucionarios nos muestran que son posibles, desde el punto de vista de las condiciones objetivas, dos rumbos y dos desenlaces de la revolución en Rusia. La transformación del régimen económico y político de Rusia en el sentido democrático burgués es inevitable e irrebatible. No hay fuerza en el mundo capaz de impedir esta transformación. Pero la combinación del empuje de las fuerzas en presencia, creadoras de esta transformación, puede tener un desenlace en dos sentidos o dar dos formas de transformación. Una de dos: 1) o las cosas terminan en la "victoria decisiva de la revolución sobre el zarismo", o 2) no habrá fuerzas suficientes para la victoria decisiva, y las cosas acabarán en un arreglo entre el zarismo y los elementos más "inconsecuentes" y "egoístas" de la burguesía. Toda la variedad infinita de detalles y combinaciones, que nadie puede prever, se reducen, en suma, justamente a uno de estos dos resultados.

Analicemos ahora estos resultados: primero, desde el punto de vista de su trascendencia social y, después, desde el punto de vista de la situación de la socialdemocracia (de su "dilución" o de que se vea con las "manos atadas") en uno y en otro caso.

¿Qué es "la victoria decisiva de la revolución sobre el zarismo"? Hemos visto ya que, al emplear esta expresión, los neoiskristas no la comprenden ni aun en su sentido político inmediato. Menos todavía se advierte que comprendan el contenido de clase de este concepto. Pues nosotros, los marxistas, en ningún caso debemos dejarnos seducir por *las palabras* "revolución" o "gran revolución rusa", como ahora se dejan seducir por ellas muchos demócratas revolucionarios (por el estilo de Gapón). Debemos tener una idea exacta de las fuerzas reales de la sociedad que se enfrentan con el "zarismo" (fuerza completamente real y comprensible para todos) y que son capaces de obtener "la victoria decisiva" sobre él. Esas fuerzas no pueden ser la gran burguesía, ni los terratenientes, ni los fabricantes, ni la "sociedad" que sigue a los de *Osvobozhdenie*. Vemos que ni siquiera desean una victoria decisiva. Sabemos que son incapaces, por su posición de clase, de una lucha resuelta contra el zarismo: para ir a una lucha decidida, la propiedad privada, el capital y la tierra son un lastre que pesa demasiado. Esas gentes tienen excesiva necesidad del zarismo, de las fuerzas policiaco-burocráticas y militares del zarismo, contra el proletariado y los campesinos, para que puedan aspirar a destruirlo. La fuerza capaz de obtener "la victoria decisiva sobre el zarismo" no puede ser más que *el pueblo*, es decir, el proletariado y los campesinos, si se toman las grandes fuerzas fundamentales, distribuyendo a la pequeña burguesía rural y urbana (que también es "pueblo") entre el uno y los otros. "La victoria decisiva de la revolución sobre el zarismo" es *la dictadura democrática revolucionaria del proletariado y de los campesinos*. Nuestros neoiskristas no podrán eludir esta conclusión, indicada hace ya tiempo por *Vperiod*. Nadie más podrá obtener la victoria decisiva sobre el zarismo.

Y esa victoria será precisamente una dictadura: es decir, deberá apoyarse inevitablemente en la fuerza de las armas, en las masas armadas, en la insurrección, y no en tales o cuales instituciones creadas "por la vía legal", "por la vía pacífica". Podrá ser sólo una dictadura porque la implantación de los cambios inmediata y absolutamente necesarios para el proletariado y los campesinos provocará la resistencia desesperada de los terratenientes, de la gran burguesía y del zarismo. Sin dictadura será imposible aplastar esta resistencia, rechazar las intentonas contrarrevolucionarias. Pero no será, naturalmente, una dictadura socialista, sino una dictadura democrática. Esta dictadura no podrá tocar (sin pasar por toda una serie de grados intermedios de desarrollo revolucionario) las bases del capitalismo. En el mejor de los casos, podrá llevar a cabo una redistribución radical de la propiedad de la tierra a favor de los campesinos, implantar una democracia consecuente y completa hasta llegar a la república, extirpar no sólo de la vida del campo, sino también del régimen fabril, todos los rasgos asiáticos y de servidumbre, iniciar una mejora seria de la situación de los obreros, elevar el nivel de vida de

éstos y, finalmente, *last but not least*[*], hacer que la hoguera de la revolución prenda en Europa. Semejante victoria no convertirá aún, ni mucho menos, nuestra revolución burguesa en socialista; propiamente la revolución democrática no rebasará el marco de las relaciones socioeconómicas burguesas; pero, no obstante, tendrá una importancia gigantesca para el desarrollo futuro de Rusia y del mundo entero. Nada elevará a tal altura la energía revolucionaria del proletariado mundial, nada acortará tanto el camino que conduce a su victoria total como esta victoria decisiva de la revolución que se ha iniciado en Rusia.

Hasta qué punto es probable esa victoria es ya harina de otro costal. En modo alguno somos propensos al optimismo insensato a este respecto; no olvidamos, ni mucho menos, las enormes dificultades de esta tarea; pero, al ir a la lucha, debemos desear la victoria y saber indicar el verdadero camino que conduce a ella. Las tendencias capaces de conducir a esta victoria existen sin discusión. Es verdad que nuestra influencia, la influencia de los socialdemócratas sobre las masas del proletariado, es aún insuficiente en sumo grado; el influjo revolucionario sobre las masas campesinas es muy insignificante; la dispersión, el escaso desarrollo, la ignorancia del proletariado y, sobre todo, de los campesinos son aún imponentes. Pero la revolución cohesiona e instruye con rapidez. Cada paso en el desarrollo de la misma despierta a las masas y las atrae con una fuerza irresistible precisamente hacia el programa revolucionario, único que expresa de modo consecuente y completo sus verdaderos intereses, sus intereses vitales.

Una ley de la mecánica dice que la acción equivale a la reacción. En la historia, la fuerza destructora de la revolución depende asimismo, y no poco, de la fuerza y de la duración del período de aplastamiento de las aspiraciones de libertad y de la profundidad que alcance la contradicción entre la "superestructura" antediluviana y las fuerzas vivas de la época actual. La situación política internacional va siendo asimismo en muchos sentidos la más ventajosa para la revolución rusa. La insurrección de los obreros y los campesinos ha empezado ya; se halla dispersa, es espontánea, débil, pero demuestra de un modo indiscutible y absoluto la existencia de fuerzas capaces de ir a una lucha enérgica y que marchan hacia una victoria decisiva.

Si estas fuerzas resultan insuficientes, el zarismo podrá concertar la transacción que están preparando ya, de una parte, los señores Bulyguin, y de otra, los señores Struve. Entonces las cosas terminarán en una Constitución enteca o incluso, en el peor de los casos, en una parodia de la misma. Esto será también una "revolución burguesa", pero abortada, será un abortón, un engendro monstruoso. La socialdemocracia no se hace ilusiones, conoce la naturaleza traicionera de la burguesía, no se desalentará ni abandonará su labor tenaz, paciente y firme, para dar al proletariado una educación de clase incluso en los días más encapotados de bienandanza burguesa constitucional "a lo Shípov". Este desenlace se parecería más o menos al de casi todas las revoluciones democráticas de Europa a lo largo del siglo XIX y, en tal caso, el desarrollo de nuestro partido seguiría una senda difícil, tortuosa y prolongada, pero conocida y trillada.

Ahora cabe preguntar: ¿en cuál de estas dos salidas posibles se vería la socialdemocracia en la práctica con las manos atadas frente a la burguesía inconsecuente y egoísta? ¿Se vería de hecho "diluida" o casi diluida en la democracia burguesa?

Basta con formular de un modo claro esta pregunta para contestada en seguida y sin titubeos.

Si la burguesía consigue frustrar la revolución rusa mediante un arreglo con el zarismo, la socialdemocracia se verá en la práctica precisamente atada de manos frente a la burguesía inconsecuente, la socialdemocracia se verá "diluida" en la democracia burguesa en el sentido de que el proletariado no conseguirá imprimir su clara impronta a la revolución, no conseguirá ajustar las cuentas al zarismo a la manera proletaria, o, como decía en su tiempo Marx, "a la manera plebeya".

Si se consigue una victoria decisiva en la revolución, ajustaremos las cuentas al zarismo a la manera jacobina o, si queréis, plebeya. "Todo el terrorismo francés –escribía Marx en 1848, en la famosa *Nueva Gaceta del Rin*- no fue sino un procedimiento plebeyo para ajustar las cuentas a los enemigos de la burguesía: al absolutismo, al feudalismo y al filisteísmo". (Véase *Marx'Nachlass*, edición de Mehring, tomo III, pág. 211.)[30] ¿Han pensado alguna vez en el sentido de estas palabras de Marx quienes intimidan a los obreros socialdemócratas rusos con el espantajo del "jacobinismo" en la época de la revolución democrática?

Los girondinos[31] de la socialdemocracia rusa actual, los neoiskristas, no se funden con los elementos de *Osvobozhdenie*; pero, como consecuencia del carácter de sus consignas, marchan efectivamente a la zaga de los mismos. Y los elementos de *Osvobozhdenie*, esto es, los representantes de la burguesía liberal, quieren ajustar las cuentas a la autocracia con suavidad, a la manera reformista, haciendo concesiones, sin ofender ni a la aristocracia, ni a la nobleza, ni a la corte, con cautela, sin romper nada, con amabilidad y cortesía, como caballeros, poniéndose guantes

[*] El último por el orden, mas no por su importancia.

blancos (como los que se puso, quitándoselos de las manos a un bachibozuk[32], el señor Petrunkévich en la recepción dada a los "representantes del pueblo" (?) por Nicolás el Sanguinario[33]. Véase *Proletari*, núm. 5[*]).

Con sus consignas, los jacobinos de la socialdemocracia moderna -bolcheviques, partidarios de *Vperiod*, congresistas o partidarios de *Proletari*[34] no sé ya cómo denominarlos- quieren elevar a la pequeña burguesía revolucionaria y republicana, sobre todo a los campesinos, al nivel de la democracia consecuente del proletariado, el cual conserva íntegramente su propia fisonomía de clase. Quieren que el pueblo, es decir, el proletariado y los campesinos, ajuste las cuentas a la monarquía y a la aristocracia "a la manera plebeya", aniquilando implacablemente a los enemigos de la libertad, aplastando por la fuerza su resistencia, sin hacer ninguna concesión a la herencia maldita del feudalismo, del asiatismo, del escarnio del hombre.

Esto en modo alguno significa que queramos sin falta imitar a los jacobinos de 1793, adoptar sus concepciones, su programa, sus consignas, sus métodos de acción. Nada de eso. Tenemos un programa nuevo, y no viejo: el programa mínimo del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia. Tenemos una consigna nueva: la dictadura democrática revolucionaria del proletariado y los campesinos. Tendremos también, si vivimos hasta la victoria auténtica de la revolución, nuevos métodos de obrar que corresponderán al carácter y a los fines del partido de la clase obrera, partido que aspira a la revolución socialista completa. Con nuestra comparación no queremos sino aclarar que los representantes de la clase avanzada del siglo XX, del proletariado, esto es, los socialdemócratas, se dividen asimismo en las dos alas (oportunista y revolucionaria) en que se dividían también los representantes de la clase avanzada del siglo XVIII, la burguesía, esto es, girondinos y jacobinos.

Sólo en el caso de que triunfe por completo la revolución democrática se verá el proletariado con las manos sueltas en la lucha contra la burguesía inconsecuente; sólo en este caso no se "diluirá" en la democracia burguesa, sino que imprimirá a toda la revolución su impronta proletaria o, siendo más exactos, la impronta proletaria y campesina.

En pocas palabras: si no quiere verse con las manos atadas en la lucha contra la democracia burguesa inconsecuente, el proletariado debe ser lo suficiente consciente y fuerte para elevar hasta la conciencia revolucionaria a los campesinos, para dirigir la acometida de éstos, para plasmar así de un modo independiente la democracia consecuentemente proletaria.

Así está planteada la cuestión, resuelta con tan poca fortuna por los neoiskristas, del peligro de vernos atados de manos en la lucha contra la burguesía inconsecuente. La burguesía será siempre inconsecuente. No hay nada más cándido y estéril que los intentos de exponer las condiciones o puntos[**] cuyo cumplimiento permitiría considerar a la democracia burguesa amiga sincera del pueblo. Sólo el proletariado puede ser un luchador consecuente por la democracia. Pero puede ganar la batalla por la democracia sólo con la condición de que las masas campesinas se unan a su lucha revolucionaria. Si al proletariado no le alcanzan las fuerzas para ello, la burguesía se pondrá al frente de la revolución democrática e imprimirá a la misma un carácter inconsecuente e interesado. No hay otro medio de impedirlo que la dictadura democrática revolucionaria del proletariado y los campesinos.

Así pues, llegamos a la conclusión indudable de que es precisamente la táctica neoiskrista la que, por su significación objetiva, *hace el juego a la democracia burguesa*. La prédica de la imprecisión orgánica, que llega hasta los plebiscitos, hasta la transacción erigida en principio, que llega a separar del partido las publicaciones del partido; el minimizar las tareas de la insurrección armada; el confundir las consignas políticas populares del proletariado revolucionario con las de la burguesía monárquica; el adulterar las condiciones de "la victoria decisiva de la revolución sobre el zarismo": todo esto junto tiene precisamente por resultado la política del seguidismo en los momentos revolucionarios que desorienta y desorganiza al proletariado, lleva la confusión a su conciencia y aminora la táctica de la socialdemocracia, en vez de indicar el único camino de la victoria y agrupar en torno a la consigna del proletariado a todos los elementos revolucionarios y republicanos del pueblo.

- - -

Para confirmar esta conclusión, a la que hemos llegado analizando la resolución, abordaremos este mismo problema desde otros aspectos. Veamos primero de qué manera un menchevique cándido y sincero ilustra la táctica neoiskrista en el periódico georgiano *Sotsial-Demokrat*. Segundo, veamos quién recurre de hecho, en la actual situación política, a las consignas de la nueva *Iskra*.

### 7. La táctica de "retirar a los conservadores del gobierno"

El artículo arriba mencionado, publicado en el órgano del "Comité" menchevique de Tiflis

---

[*] Véase V. I. Lenin. *"Revolucionarios" con guantes blancos*. (*N. de la Edit.*)

[**] Como los de Starovier en su resolución[35], anulada por el III Congreso, y como los de la conferencia en una resolución no menos desafortunada.

(*Sotsial-Demokrat*, núm. 1) se titula *El Zemski Sobar y nuestra táctica*. Su autor no ha olvidado aún del todo nuestro programa; lanza la Consigna de república, pero razona sobre táctica de la siguiente manera:

"Para conseguir este objetivo (la república) se pueden indicar dos caminos: o no prestar ninguna atención al Zemski Sobor que el gobierno convoca, derrotar a éste a mano armada, formar un gobierno revolucionario y convocar la Asamblea Constituyente o declarar el Zemski Sobor centro de nuestra acción, presionando con la fuerza de las armas en sus componentes y en su actividad y obligarle a declararse Asamblea Constituyente o a convocar la Asamblea Constituyente por su conducto. Estas dos tácticas se diferencian con meridiana claridad la una de la otra. Veamos, pues, cuál de las dos es más ventajosa para nosotros".

He ahí cómo los neoiskristas rusos exponen las ideas plasmadas luego en la resolución examinada por nosotros. Obsérvese que eso fue escrito antes de Tsushima[36], cuando el "proyecto" de Bulyguin[37] aún no había salido a la luz. Hasta los liberales perdían la paciencia y expresaban su desconfianza en las columnas de la prensa legal, en tanto que un socialdemócrata neoiskrista resultó ser más confiado que los liberales. Declaró que "se estaba convocando" el Zemski Sobor y creía en el zar hasta el punto de proponer que se hiciera de este Zemski Sabor (o quizás de una "Duma de Estado" o de un "Sobor legislativo consultivo"), inexistente aún, el centro de nuestra acción. Más franco y más ingenuo que los autores de la resolución adoptada en la conferencia, nuestro ciudadano de Tiflis no consideraba equivalentes las dos "tácticas" (expuestas por él con un candor inimitable), sino que declaró más "ventajosa" la segunda. Escuchen:

"Táctica primera. Como sabrán, la revolución que se avecina es una revolución burguesa, es decir, está dirigida a lograr un cambio del régimen actual en el cual (cambio) está interesado no sólo el proletariado, sido también toda la sociedad burguesa. Todas las clases, incluso los capitalistas mismos, se oponen al gobierno. El proletariado en lucha y la burguesía en lucha van, en cierto sentido, juntos y atacan juntos al absolutismo desde diversos lados. El gobierno está aislado por completo y privado de la simpatía de la sociedad. Por eso es muy fácil destruirlo. No todo el proletariado de Rusia es aún consciente ni está tan organizado como para poder hacer él solo la revolución. Y si pudiera hacerla, no haría una revolución burguesa, sino proletaria (socialista). Por tanto, nos interesa que el gobierno se quede sin aliados, que no pueda desunir a la oposición, que no se gane a la burguesía y deje así aislado al proletariado..."

¡De manera que va en beneficio del proletariado que el gobierno zarista no pueda separar a la burguesía del proletariado! ¿N o se llamará por error *Sotsial-Demokrat* en vez de *Osvobozhdenie* el órgano georgiano? ¡Miren qué inimitable filosofía de la revolución democrática! ¿No vemos nosotros aquí, con nuestros propios ojos, al pobre ciudadano de Tiflis, desorientado totalmente por la pedante interpretación seguidista del concepto de "revolución burguesa"? Examina la cuestión del posible aislamiento del proletariado en la revolución democrática y se olvida..., se olvida de una minucia..., ¡de los campesinos! Entre los posibles aliados del proletariado, él conoce y encuentra de su agrado a los terratenientes de los zemstvos, pero no sabe nada de los campesinos. ¡Y esto en el Cáucaso! Pues bien, ¿no teníamos razón nosotros cuando decíamos que, con sus razonamientos, la nueva *Iskra* desciende al nivel de la burguesía monárquica en vez de elevar al suyo, como aliados, a los campesinos revolucionarios?

"...En caso contrario, la derrota del proletariado y la victoria del gobierno son inevitables. Y precisamente a esto es a lo que tiende la autocracia. No cabe duda que ésta se ganará en su Zemski Sobor a los representantes de la nobleza, de los zemstvos, de la administración urbana, de las universidades y demás instituciones burguesas. Se esforzará en ganárselos con pequeñas concesiones y, de esta manera, conciliarlos con ella. Reforzada de este modo, dirigirá todos sus golpes contra el pueblo obrero, que quedará aislado. Estamos en el deber de impedir desenlace tan desdichado. Pero ¿acaso se puede hacer esto por el primer camino? Supongamos que no hemos prestado ninguna atención al Zemski Sobor, sino que hemos empezado a prepararnos nosotros mismos para la insurrección y un buen día salimos armados a la calle, dispuestos a luchar. Y he aquí que, en lugar de topar con un solo enemigo, topamos con dos: el gobierno y el Zemski Sobor. Mientras nosotros nos preparábamos, a ellos les dio tiempo de entenderse, de llegar a una componenda, de redactar una Constitución ventajosa para ellos y de repartirse el poder. Esta es una táctica directamente beneficiosa para el gobierno, y nosotros debemos renunciar a ella de la manera más enérgica..."

¡Eso es hablar con franqueza! ¡Hay que renunciar con energía a la "táctica" de preparar la insurrección porque, "mientras tanto", el gobierno llegará a una componenda con la burguesía! ¿Sería posible encontrar en las viejas publicaciones del más inveterado "economismo" algo parecido a esa difamación de la socialdemocracia revolucionaria? Las insurrecciones y las revueltas obreras y

campesinas que estallan aquí y allá son hechos reales. El Zemski Sobor es una promesa de Bulyguin. Y el *Sotsial-Demokrat* de la ciudad de Tiflis decide renunciar a la táctica de preparar la insurrección y esperar que se instituya el "centro de acción", el Zemski Sobor...

> "...La segunda táctica, por el contrario, consiste en colocar al Zemski Sobor bajo nuestra vigilancia, en impedir que haga lo que quiera y que llegue a una componenda con el gobierno*.
>
> Nosotros sostendremos al Zemski Sobor siempre que luche contra la autocracia y lo combatiremos en los casos en que se concilie con ella. Por una intervención enérgica y por la fuerza, desuniremos a los diputados**, atraeremos a nuestro lado a los radicales, retiraremos del gobierno a los conservadores y, de esa manera, colocaremos a todo el Zemski Sobor en el camino revolucionario. Gracias a esta táctica, el gobierno quedará aislado permanentemente, la oposición será fuerte y, con ello, se facilitará la implantación de un régimen democrático".

¡Sí! ¡Sí! Que nos digan ahora que exageramos el viraje de los neoiskristas hacia la más vulgar variedad de "economismo". Esto es ya exactamente igual que los famosos polvos contra las moscas: se atrapa la mosca, se la espolvorea, y ella muere. Desunir *por la fuerza* a los diputados del Zemski Sobor, "retirar del gobierno a los conservadores", y *todo* el Zemski Sobor emprenderá *el camino revolucionario*... Todo eso, sin ninguna clase de insurrección armada "jacobina", con mucha nobleza, casi a la manera parlamentaria, "presionando" sobre *los miembros del Zemski Sobor*.

¡Pobre Rusia! Se ha dicho de ella que lleva siempre los sombreros pasados de moda y desechados en Europa. Nosotros aún no tenemos parlamento, ni siquiera lo ha prometido Bulyguin; pero cretinismo parlamentario[38] hay todo el que se quiera.

> "...¿Cómo debe producirse esta intervención? Ante todo, exigiremos que el Zemski Sobor sea convocado mediante el sufragio universal, igual, directo y secreto. Con la publicación*** de este procedimiento electoral, la ley**** debe garantizar la completa libertad de agitación electoral, es decir, la libertad de reunión, de palabra, de prensa, la inviolabilidad de electores y elegidos y la liberación de todos los presos políticos. Se debe fijar la fecha de las elecciones con la máxima antelación posible a fin de que haya tiempo suficiente para informar y preparar al pueblo. Y puesto que la elaboración del reglamento de convocatoria del Sobor ha sido encargada a una comisión presidida por el ministro del Interior, Bulyguin, debemos presionar sobre esta comisión y sobre sus miembros*****. Si la Comisión Bulyguin se niega a satisfacer nuestras reivindicaciones****** y concede el derecho a elegir diputados sólo a los pudientes, debemos intervenir en estas elecciones y obligar a los electores por la vía revolucionaria a votar a los candidatos progresistas y exigir en el Zemski Sobor la Asamblea Constituyente. En fin, obligar al Zemski Sobor por todos los medios posibles: manifestaciones, huelgas y, si es necesario, la insurrección, a convocar la Asamblea Constituyente o a proclamarse Asamblea Constituyente. El proletariado en armas debe ser el defensor de la Asamblea Constituyente, y los dos******* juntos marcharán hacia la república democrática.
>
> Esta es la táctica socialdemócrata, y únicamente ella nos asegurará la victoria".

No piense el lector que todo este absurdo inverosímil es un simple ensayo periodístico de cualquier neoiskrista irresponsable y sin influencia. No, esto se dice en el órgano de todo un comité neoiskrista, el de Tiflis. Más aún, este absurdo *es aprobado abiertamente por "Iskra"* en su número 100, donde leemos estas líneas a propósito de *Sotsial-Demokrat*:

> "*El primer número está redactado con amenidad y talento, Se percibe la pluma ducha y diestra de un redactor que es literato... Puede afirmarse con seguridad que el periódico cumplirá de un modo brillante la misión que tiene planteada*".

¡Sí! Si esta misión consiste en demostrar palmariamente a todo el mundo la plena descomposición ideológica del neoiskrismo, la ha cumplido en realidad de un modo "brillante". Nadie habría sabido expresar con mayores "amenidad, talento y destreza" el hundimiento de los neoiskristas en el oportunismo liberal burgués.

---

* ¿Qué medios hay para impedir que hagan su voluntad las gentes de los zemstvos? ¿No será un papel de tornasol especial?

** ¡Vaya por Dios! ¡Ahí tenéis la táctica "profundizada"! No hay fuerzas para luchar en la calle, pero se puede "desunir a los diputados" por "la fuerza". Escuche, camarada de Tiflis; se puede mentir, pero hasta cierto punto...

*** ¿En la *Iskra*?

**** ¿Promulgada por Nicolás?

***** ¡He ahí lo que significa la táctica de "retirar del gobierno a los conservadores"!

****** ¡Esto no puede suceder si aplicamos una táctica tan acertada y tan meditada!

******* ¿El proletariado en armas y los conservadores "retirados del gobierno"?

**8. La tendencia de *Osvobozhdenie* y la del neoiskrismo**

Pasemos ahora a otra confirmación patente de la trascendencia política del neoiskrismo.

En un artículo excelente, magnífico, muy instructivo, titulado *Cómo encontrarse a sí mismo* (*Osvobozhdenie*, núm. 71), el señor Struve hace la guerra al "revolucionarismo programático" de nuestros partidos extremos. El señor Struve se muestra descontento, sobre todo, de mí*. Por lo que a mí se refiere, estoy tan contento del señor Struve que no se puede pedir más. No podría desear mejor aliado en la lucha contra el "economismo" renaciente de los neoiskristas y contra la falta absoluta de principios de los "socialistas-revolucionarios". Ya hablaremos en alguna otra ocasión de cómo el señor Struve y *Osvobozhdenie* han demostrado en la práctica todo el carácter reaccionario de las "enmiendas" hechas al marxismo en el proyecto de programa de los socialistas-revolucionarios. De cómo el señor Struve me ha prestado un servicio leal, honrado y verdadero cada vez que ha aprobado *en principio* a los neoiskristas ya hemos hablado reiteradamente** y volveremos a hablar ahora.

El señor Struve hace en su artículo toda una serie de interesantísimas declaraciones que aquí podemos señalar únicamente de paso. Abriga el propósito de "crear una democracia rusa, apoyándose en la colaboración de las clases y no en la lucha", con la particularidad de que los "intelectuales con privilegios sociales" (como la "nobleza instruida", a la cual el señor Struve hace reverencias con el auténtico donaire... de un lacayo) aportarán el "peso de su posición social" (el peso de la talega de oro) a este partido, "que no será de clase". El señor Struve expresa el deseo de hacer saber a la juventud que es falso ese "clisé radical de que la burguesía se ha asustado y ha traicionado al proletariado y la causa de la libertad". Aplaudimos con toda el alma este deseo. Nada confirmará mejor la veracidad de ese "clisé" marxista que la guerra declarada por el señor Struve contra él. ¡Señor Struve, tenga la bondad de no aplazar para las calendas griegas la ejecución de su excelente plan!

Para tratar nuestro tema, nos interesa señalar contra qué consignas *prácticas* combate en la actualidad un representante de la burguesía rusa tan sutil y tan sensible a la menor variación del clima político. En primer lugar, contra la consigna de republicanismo. El señor Struve está firmemente convencido de que esta consigna "ni la comprenden ni la sienten las masas populares". (Se olvida de añadir: ¡La burguesía la comprende, pero no le conviene!) Desearíamos ver qué responderían al señor Struve los obreros en nuestros círculos y en nuestras reuniones de masas. ¿O es que los obreros no son pueblo? ¿Y los campesinos? Suelen profesar, según el señor Struve, "un republicanismo ingenuo" ("echar al zar"), pero la burguesía liberal cree que el republicanismo *ingenuo* será remplazado ¡por un monarquismo consciente y no por un republicanismo consciente! *Ça dépend*, señor Struve, esto depende aún de las circunstancias. Ni el zarismo ni la burguesía pueden menos de oponerse a una mejora radical de la

* "En comparación con el revolucionarismo del señor Lenin y sus compañeros, el revolucionarismo de la socialdemocracia de Europa Occidental, de Bebel y hasta de Kautsky, es oportunismo, pero las bases de este revolucionarismo, ya suavizado también, han sido minadas y destruidas por la historia". El ataque es muy violento. Pero hace mal el señor Struve en pensar que se me pueden imputar todas las cosas como a un muerto. A mí me basta con hacer un reto al señor Struve, que él nunca será capaz de aceptar. ¿Dónde y cuándo he dicho yo que el revolucionarismo de Bebel y de Kautsky sea "oportunismo"? ¿Dónde y cuándo he pretendido yo crear en la socialdemocracia internacional una tendencia especial, *no idéntica* a la de Bebel y Kautsky? ¿Dónde y cuándo han salido a la luz discrepancias, entre Bebel y Kautsky por una parte, y yo por otra, discrepancias que se aproximen por su seriedad, aunque sea un poco, a las surgidas entre Bebel y Kautsky en Breslau, por ejemplo, en el problema agrario?[39] Que pruebe el señor Struve a contestar a estas tres preguntas.

Y a los lectores les decimos: la burguesía liberal, *en todas partes y siempre*, pone en juego el procedimiento que consiste en hacer creer a sus adeptos de un país determinado que los socialdemócratas de dicho país son la gente más insensata, mientras que sus compañeros del país vecino son "buenos chicos". La burguesía alemana ha puesto *cientos de veces* como ejemplo ante los Bebel y los Kautsky a los socialistas franceses, que son unos "buenos chicos". No hace mucho, la burguesía francesa puso a los socialistas franceses como ejemplo al "bueno" de Bebel. ¡Viejo procedimiento, señor Struve! Sólo niños e ignorantes morderán ese anzuelo. La solidaridad completa de la socialdemocracia revolucionaria internacional en todas las grandes cuestiones programáticas y tácticas es un hecho de lo más incontrovertible.

** Recordamos al lector que el artículo *¿Qué es lo que no hay que hacer?* (*Iskra*, núm. 52) fue acogido a bombo y platillos por *Osvobozhdenie* como un "significativo viraje" hacia concesiones a los oportunistas. *Osvobozhdenie* aprobó las tendencias de principio de los neoiskristas, particularmente en una nota sobre la escisión entre los socialdemócratas rusos. *Osvobozhdenie* ha indicado respecto al folleto de Trotski *Nuestras tareas políticas* la analogía de las ideas de este autor con lo que escribieron y expresaron en un tiempo los colaboradores de *Rabócheie Dielo*[40] Krichevski, Martínov y Akímov (véase la hoja titulada *Un liberal servicial* que editó *Vperiod*). El folleto de Martínov *Dos dictaduras* ha sido aplaudido por *Osvobozhdenie* (véase el suelto de *Vperiod*, núm. 9). En fin, las quejas tardías de Starovier con motivo de la vieja consigna de la vieja *Iskra*: "primero deslindar los campos y luego unirse", han encontrado simpatía especial en *Osvobozhdenie*.

situación de los campesinos a costa de la tierra de los terratenientes, y la clase obrera no puede menos de cooperar en ello con los campesinos.

En segundo lugar, el señor Struve afirma que "en la guerra civil, la razón nunca está de parte del atacante". Esta idea se acerca mucho a las tendencias del neoiskrismo, expuestas más arriba. No diremos, como es natural, que en la guerra civil *siempre* sea ventajoso atacar; no, a veces la táctica defensiva es obligatoria *durante cierto tiempo*. Pero exponer una tesis como la del señor Struve y aplicada a la Rusia de 1905 es, precisamente, mostrar un fragmento del "clisé radical" ("la burguesía se asusta y traiciona la causa de la libertad"). Quien no quiera atacar ahora a la autocracia, a la reacción, quien no se prepare para este ataque, quien no lo propugne no puede llamarse de veras partidario de la revolución.

El señor Struve condena las consignas de "clandestinidad" y "motín" (esta "insurrección en miniatura"). ¡El señor Struve desprecia lo uno y lo otro desde el punto de vista "del acceso a las masas"! Nosotros preguntaríamos al señor Struve si puede indicar dónde se predica el motín, por ejemplo, en una obra como *¿Qué hacer?*, de un revolucionarista tan extremo, a su modo de ver. Y, en cuanto a "la clandestinidad", ¿es tan grande la diferencia, por ejemplo, entre nosotros y el señor Struve? ¿No trabajamos ambos en periódicos "ilegales", introducidos "clandestinamente" en Rusia y que sirven a los grupos "secretos" de la Unión de Liberación o del POSDR? Nuestras reuniones obreras de masas son en muchos casos "clandestinas"; se comete este pecado. ¿Y las asambleas de los señores de *Osvobozhdenie*?, señor Struve, ¿de qué puede usted presumir ante los despreciables partidarios de la despreciable clandestinidad?

Para proveer de armas a los obreros se necesita, es cierto, la clandestinidad más estricta. Aquí el señor Struve habla ya con más franqueza. Escuchen: "Por lo que se refiere a la insurrección armada o a la revolución en el sentido técnico, sólo una propaganda del programa democrático entre las masas puede crear las condiciones sicológicas y sociales de la insurrección armada general. Así pues, aun desde el punto de vista, no compartido por mí, que considera la insurrección armada el coronamiento *indefectible* de la actual lucha por la emancipación, el inculcar a las masas las ideas de la transformación democrática es la obra más fundamental y más necesaria".

El señor Struve trata de eludir la cuestión. Habla de la indefectibilidad de la insurrección en vez de hablar de su necesidad para la victoria de la revolución. Una insurrección no preparada, espontánea, dispersa ha empezado ya. Nadie podrá garantizar absolutamente que llegará hasta la insurrección popular armada íntegra y total, pues eso depende tanto del estado de las fuerzas revolucionarias (que no se puede medir del todo más que en la propia lucha) como de la conducta del gobierno y de la burguesía y de una serie de otras circunstancias que no se pueden prever con exactitud. Huelga hablar de inevitabilidad en el sentido de esa seguridad absoluta en un acontecimiento concreto en torno de la cual perora el señor Struve. Si se quiere ser partidario de la revolución hay que hablar de *si es necesaria* la insurrección *para la victoria* de la revolución, de si hace falta o no preconizada activamente, propugnarla, prepararla inmediata y enérgicamente. El señor Struve tiene que comprender por fuerza esta diferencia: por ejemplo, no vela la cuestión, indiscutible para un demócrata, de la necesidad del sufragio universal con la cuestión, discutible y subordinada para todo dirigente político, de que se consiga inevitablemente este sufragio en el curso de la presente revolución. Al eludir el problema de la necesidad de la insurrección, el señor Struve expresa el fondo más oculto de la posición política de la burguesía liberal. La burguesía, en primer lugar, prefiere confabularse con la autocracia en vez de aplastarla; en todo caso, la burguesía deja la lucha armada para los obreros (esto en segundo lugar). He aquí el sentido real de las evasivas del señor Struve. He aquí por qué *retrocede* del problema de la necesidad de la insurrección al de sus condiciones "sicológicas y sociales" y al de la "propaganda" previa. Exactamente lo mismo que los charlatanes burgueses del parlamento de Fráncfort se ocupaban en 1848 de redactar resoluciones, declaraciones, decisiones, de hacer "propaganda para las masas" y preparar las "condiciones sicológicas y sociales", cuando de lo que se trataba era de resistir a la fuerza armada del gobierno, cuando el movimiento "había conducido a la necesidad" de la lucha armada, cuando la sola acción verbal (cien veces necesaria en el período de preparación) se había convertido en una vil inacción y cobardía burguesas; el señor Struve elude exactamente igual el problema de la insurrección, encubriéndose con *frases*. El señor Struve nos demuestra palmariamente lo que se empeñan en no ver muchos socialdemócratas, a saber: que los períodos revolucionarios se diferencian de los ordinarios y cotidianos, de los períodos históricos de preparación, en que el estado de ánimo, la excitación y el convencimiento de las masas deben traducirse, y se traducen, *en acción*.

El revolucionarismo vulgar no comprende que la palabra es también una obra. Esta es una tesis incontestable, aplicada a la historia *en general* o a épocas de la historia en las que no hay acción política abierta de las masas, y esta acción no puede ser remplazada ni creada artificialmente por ningún

motín. El seguidismo de los revolucionarios no comprende que cuando ha comenzado el momento revolucionario, cuando la vieja "superestructura" se resquebraja por todas sus junturas, cuando la acción política abierta de las clases y de las masas, que crean para sí una nueva superestructura, se ha convertido en un hecho, cuando la guerra civil ha comenzado, limitarse *como antes* "a las palabras" sin dar *la consigna directa* de pasar a las "obras", eludir la acción, invocando las "condiciones sicológicas" y la "propaganda" en general, significa falta de vigor y de vida, verborrea casuística o bien equivale a traicionar la revolución. Los charlatanes de la burguesía democrática de Fráncfort son el ejemplo histórico inolvidable de una tal traición o de una tal estupidez casuística.

¿Quieren que les aclaremos esta diferencia entre el revolucionarismo vulgar y el seguidismo de los revolucionarios con ejemplos de la historia del movimiento socialdemócrata de Rusia? Se lo aclararemos. Recuerden los años 1901-1902, que están aún tan cerca y que parecen ya pertenecer a un pasado muy lejano. Empezaron las manifestaciones. El revolucionarismo vulgar lanzó el grito de "al asalto" (*Rabócheie Dielo*); fueron publicadas las "octavillas sanguinarias" (de procedencia berlinesa, si mal no recuerdo); fueron duramente atacados la "afición desmedida a escribir" y el aspecto puramente teórico de la idea de hacer propaganda en toda Rusia por medio de un periódico (Nadiezhdin)[41]. El seguidismo de los revolucionarios se presentó entonces, por el contrario, con las prédicas de que "la lucha económica es *el mejor* medio para la agitación política". ¿Cuál fue la posición de la socialdemocracia revolucionaria? Atacó estas dos tendencias. Condenó los "motines descabellados" y los gritos de "al asalto", pues todos veían o debían ver claro que la acción abierta de las masas era cosa del mañana. Condenó el seguidismo y planteó explícitamente la consigna *incluso* de insurrección armada de todo el pueblo, no en el sentido de un llamamiento directo (por entonces el señor Struve no encontraría entre nosotros llamamiento al "motín"), sino en el sentido de una conclusión *indispensable*, en el sentido de la "propaganda" (de la que el señor Struve no se había acordado hasta ahora; nuestro respetable señor Struve se retrasa siempre unos cuantos años), en el sentido de la preparación justamente de estas mismas "condiciones sicológicas y sociales" de las que nos hablan hoy, "con melancolía y a destiempo", los representantes de una burguesía desconcertada y propensa al trapicheo. *Entonces*, el estado objetivo de cosas colocaba realmente en primer plano la propaganda y la agitación, la agitación y la propaganda. *Entonces*, como piedra de toque de la labor preparatoria de la insurrección podía plantearse (y se planteaba en *¿Qué hacer?*) la de crear un periódico político central para toda Rusia, cuya salida semanal nos parecía un ideal. *Entonces*, las consignas de agitación de las masas, *en lugar* de acciones armadas directas, y preparación de las condiciones sicológicas y sociales de la insurrección, *en lugar* de motines descabellados, eran las únicas justas de la socialdemocracia revolucionaria. ¡*Ahora* los acontecimientos han rebasado esas consignas, el movimiento se ha adelantado, y ya no son más que trastos viejos y andrajos que no sirven más que para disimular la hipocresía de la tendencia de *Osvobozhdenie* y el seguidismo neoiskrista!

¿O quizás me equivoco? ¿Acaso la revolución no ha empezado aún? ¿Acaso no ha llegado aún el momento de la acción política abierta de las clases? ¿Acaso la guerra civil no ha comenzado aún y, por tanto, no ha llegado el momento de que la crítica por las armas sea el heredero *necesario* y obligatorio, el sucesor, el ejecutor testamentario, el colofón del arma de la crítica?

Miren en derredor suyo, asómense desde su despacho a la calle para contestar a estas preguntas. ¿Acaso el gobierno mismo no ha comenzado ya la guerra civil, asesinando en masa en todas partes a ciudadanos pacíficos e inermes? ¿Es que no actúan las centurias negras armadas como "argumento" del absolutismo? ¿Es que la burguesía (hasta la burguesía) no ha reconocido la necesidad de una milicia civil? ¿Acaso el mismo señor Struve, este mismo señor Struve tan idealmente moderado y puntual, no dice (¡ah!, ¡lo dice sólo para salir del paso!) que "el carácter abierto de las acciones revolucionarias" (¡miren cómo hablamos nosotros ahora!) "es hoy una de las condiciones más importantes de la influencia educativa en las masas populares"?

El que tenga ojos para ver no puede dudar de cómo los partidarios de la revolución deben plantear en la actualidad el problema de la insurrección armada. Pues bien, observen *los tres* modos de plantear este problema, publicados en los órganos de prensa libre capaces de influir algo en las masas.

Primer planteamiento: Resolución del III Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia[*]. Se reconoce y se declara públicamente que

[*] He aquí su texto completo.
"Teniendo en cuenta:
1) que el proletariado, la clase más avanzada y única consecuentemente revolucionaria por la posición que ocupa, está llamado, por lo mismo, a desempeñar el papel dirigente en el movimiento democrático revolucionario general de Rusia;
2) que en la actualidad este movimiento ha hecho ya necesaria la insurrección armada;
3) que el proletariado participará inevitablemente en esta

el movimiento democrático revolucionario general *ha conducido ya a la necesidad* de la insurrección armada. La organización del proletariado para la insurrección está planteada a la orden del día como una de las tareas esenciales, primordiales y *necesarias* del partido. Se ha encargado tomar las medidas *más enérgicas* para armar al proletariado y para asegurarle la posibilidad de la dirección inmediata de la insurrección.

Segundo planteamiento: El artículo programático, publicado en *Osvobozhdenie*, del "jefe de los constitucionalistas rusos" (así ha llamado recientemente al señor Struve un órgano tan influyente de la burguesía europea como la *Gaceta de Fráncfort*[42]) o del jefe de la burguesía progresista rusa. No comparte la opinión de que la insurrección sea indefectible. La clandestinidad y el motín son procedimientos específicos de un revolucionarismo insensato. El republicanismo, un método de aturdimiento. La insurrección armada es, de hecho, una cuestión solamente técnica, mientras que "lo fundamental y más necesario" es la propaganda entre las masas y la preparación de las condiciones sicológicas y sociales.

Tercer planteamiento: La resolución de la conferencia neoiskrista. Nuestra tarea es preparar la insurrección. La posibilidad de una insurrección llevada a cabo con orden está excluida. Las condiciones favorables para la insurrección las crean la desorganización gubernamental, nuestra agitación y nuestra organización. Sólo entonces "pueden adquirir una importancia más o menos seria los preparativos técnicos de combate".

¿Nada más? Sí, nada más. Los dirigentes neoiskristas del proletariado no saben aún si la insurrección se ha hecho indispensable o no. Para ellos no está claro aún si es inaplazable o no la tarea de organizar al proletariado para la lucha inmediata. No es necesario llamar a la adopción de las medidas más enérgicas; es mucho más importante (en 1905 y no en 1902) aclarar, en líneas generales, en qué condiciones "pueden" estas medidas adquirir una importancia "más o menos sería"...

¿Veis ahora, camaradas neoiskristas, a dónde os ha llevado vuestro viraje hacia el martinovismo? ¿Comprendéis que vuestra filosofía política ha resultado ser una reedición de la filosofía de *Osvobozhdenie*, que os habéis colocado (contra vuestra voluntad y al margen de vuestra conciencia) a la zaga de la burguesía monárquica? ¿No está claro ahora para vosotros que al insistir en las viejas cantilenas y perfeccionaros en la pedantería habéis perdido de vista la circunstancia de que -empleando las inolvidables palabras del inolvidable artículo de Piotr Struve- "el carácter abierto de las acciones revolucionarias es hoy una de las condiciones más importantes de la influencia educativa en las masas populares"?

**9. ¿Qué significa ser el partido de la oposición extrema durante la revolución?**

Volvamos a la resolución sobre el gobierno provisional. Hemos señalado que la táctica de los neoiskristas no impulsa la revolución adelante -cuya posibilidad querrían garantizar con su resolución-, sino atrás. Hemos señalado que es precisamente esta táctica la que *ata las manos* a la socialdemocracia en la lucha contra la burguesía inconsecuente y que no la preserva de la dilución en la democracia burguesa. Se comprende que de las premisas falsas de la resolución se deduce una falsa conclusión: "Por eso, la socialdemocracia no se debe proponer el fin de conquistar o compartir el poder en el gobierno provisional, sino que debe seguir siendo el partido de la oposición revolucionaria extrema". Fíjense en la primera mitad de esta conclusión, que se refiere al planteamiento de los fines. ¿Plantean los neoiskristas como fin de la actividad socialdemócrata la victoria decisiva de la revolución sobre el zarismo? Sí, la plantean. No saben formular acertadamente las condiciones de la victoria decisiva, desviándose hacia la formulación de *Osvobozhdenie*, pero plantean el fin indicado. Prosigamos: ¿relacionan el gobierno provisional

---

insurrección del modo más enérgico, determinando con ello la suerte de la revolución en Rusia;
4) que el proletariado puede desempeñar el papel dirigente en esta revolución sólo si está cohesionado en una fuerza política independiente y unida, bajo la bandera del Partido Obrero Socialdemócrata, el cual dirige su lucha no sólo en el terreno ideológico, sino también práctico;
5) que sólo el cumplimiento de este papel puede asegurar al proletariado las condiciones más ventajosas para la lucha por el socialismo contra las clases poseedoras de la Rusia democrática burguesa,
el III Congreso del POSDR reconoce que la tarea de organizar al proletariado para la lucha directa contra la autocracia por medio de la insurrección armada es una de las más importantes e inaplazables del partido en el momento revolucionario actual.
Por eso, el congreso encarga a todas las organizaciones del partido:
a) aclarar al proletariado por medio de la propaganda y de la agitación no sólo la trascendencia política, sino el aspecto práctico y orgánico de la próxima insurrección armada,
b) aclarar en esa propaganda y agitación el papel de las huelgas políticas de masas, que pueden tener una gran importancia en el comienzo y en la marcha misma de la insurrección,
c) tomar las medidas más enérgicas para armar al proletariado, así como para elaborar el plan de la insurrección armada y de su dirección inmediata, creando para ello, en la medida que sea necesario, grupos especiales de funcionarios del partido". (Nota de Lenin para la edición de 1907. *N. de la Edit.*)

con la insurrección? Sí, lo relacionan de un modo directo al decir que el gobierno provisional surgirá "de la insurrección popular triunfante". Finalmente, ¿se proponen el fin de dirigir la insurrección? Sí, pero eluden, como el señor Struve, reconocer que la insurrección es necesaria e impostergable; al mismo tiempo dicen, a diferencia del señor Struve, que la "socialdemocracia aspira a *subordinarla* (la insurrección) a su influencia y *dirección* y a utilizarla en beneficio de la clase obrera".

¿No es verdad que todo esto resulta muy coherente? Nos planteamos *el fin* de subordinar la insurrección de las masas proletarias y *no proletarias* a nuestra influencia, a nuestra dirección y utilizarla en provecho propio. Por consiguiente, nos planteamos el fin de dirigir, durante la insurrección, tanto al proletariado como a la burguesía revolucionaria y a la pequeña burguesía ("grupos no proletarios"), es decir, de "*repartir*" la dirección de la insurrección entre la socialdemocracia y la burguesía revolucionaria. Nos planteamos el fin de alcanzar *la victoria* de la insurrección, la cual debe conducir a la instauración de un gobierno provisional ("surgido de la insurrección popular triunfante"). ¡¡*Por eso...* por eso no debemos fijarnos el fin de adueñarnos del poder o compartirlo en el gobierno provisional revolucionario!!

Nuestros amigos no pueden atar cabos. Vacilan entre el punto de vista del señor Struve, que elude la insurrección, y el punto de vista de la socialdemocracia revolucionaria, que incita a cumplir esta tarea impostergable. Vacilan entre el anarquismo, que condena desde el punto de vista de los principios, como una traición al proletariado, toda participación en el gobierno provisional revolucionario, y el marxismo, que exige dicha participación siempre y cuando la socialdemocracia ejerza una influencia dirigente en la insurrección*. No tienen ninguna posición independiente: ni la posición del señor Struve, que desea llegar a un entendimiento con el zarismo y que, por lo mismo, debe escurrir el bulto y andar con rodeos en el problema de la insurrección, ni la posición de los anarquistas, que condenan toda acción "desde arriba" y toda participación en la revolución burguesa. Los neoiskristas confunden la componenda con el zarismo y la victoria sobre él. Quieren participar en la revolución burguesa. Han ido algo más allá que las *Dos dictaduras* de Martínov. Están incluso de acuerdo en dirigir la insurrección del pueblo con tal de renunciar a dicha dirección inmediatamente después de la victoria (¿o quizá momentos antes de la victoria?), esto es, con tal de *no aprovecharse de los frutos de la victoria* y cederlos todos, *por entero*, *a la burguesía*. Y llaman a esto "utilizar la insurrección en beneficio de la clase obrera"...

No hay necesidad de que nos sigamos deteniendo en este embrollo. Será más útil examinar *el origen* de dicho embrollo en la fórmula del mismo, que reza así: "Seguir siendo el partido de la oposición revolucionaria extrema".

Esta es una de las conocidas tesis de la socialdemocracia revolucionaria internacional. Esta tesis es acertada por completo. Se ha convertido en un lugar común para todos los adversarios del revisionismo o del oportunismo en los países parlamentarios. Ha adquirido carta de naturaleza como respuesta legítima e imprescindible al "cretinismo parlamentario", al millerandismo, al bernsteinianismo[43], al reformismo italiano a lo Turati. Nuestros buenos neoiskristas se han aprendido al dedillo esta buena tesis y la aplican celosamente... *muy a deshora*. Las categorías de la lucha parlamentaria se incluyen en resoluciones escritas para condiciones en las que no existe parlamento alguno. El concepto de "oposición", reflejo y expresión de una situación política en la que nadie habla seriamente de *insurrección*, se traslada de manera absurda a una situación en la que la insurrección *ha empezado* y en la que piensan en la dirección de la misma y hablan de ella todos los partidarios de la revolución. El deseo de "*seguir*" en la misma posición de antes, es decir, obrando sólo "desde abajo", se expresa de un modo pomposo y rimbombante *precisamente cuando* la revolución ha planteado el problema de la necesidad, en caso de victoria de la insurrección, de obrar *desde arriba*.

¡No, nuestros neoiskristas no tienen la menor suerte! Ni aun cuando formulan una tesis socialdemócrata acertada saben aplicarla con acierto. No han pensado en cómo se transforman y convierten en su antítesis las nociones y los términos de la lucha parlamentaria en la época en que se ha iniciado la revolución, cuando no hay parlamento, cuando se está en guerra civil, cuando se oye el fragor de la insurrección. No han pensado que, en las circunstancias de que se trata, las enmiendas se proponen por medio de manifestaciones en las calles, las interpelaciones se hacen mediante acciones ofensivas de los ciudadanos armados, y la oposición al gobierno se efectúa derrocándolo por la violencia.

Del mismo modo que el famoso héroe de nuestra épica popular repetía los buenos consejos precisamente cuando eran inoportunos, también nuestros admiradores de Martínov repiten las lecciones del parlamentarismo pacífico precisamente cuando ellos mismos consignan el comienzo de las operaciones militares directas. ¡No hay nada tan curioso como esta manera de formular

* Véase *Proletari*, núm. 3, *Sobre el gobierno provisional revolucionario*, artículo segundo.

con empaque la consigna de "oposición extrema" en una resolución que empieza aludiendo a "la victoria decisiva de la revolución", a la "insurrección popular". ¡Reflexionen bien, señores! ¿Qué significa desempeñar el papel de "oposición extrema" en la época de la insurrección'? ¿Significa denunciar al gobierno o derribarlo? ¿Significa votar contra el gobierno o infligir una derrota a sus fuerzas armadas en un combate al descubierto? ¿Significa negarse a llenar la caja del gobierno o apoderarse por vía revolucionaria de dicha caja para destinada a satisfacer las necesidades de la insurrección, al armamento de los obreros y campesinos, a la convocatoria de la Asamblea Constituyente? Señores ¿no empiezan ustedes a comprender que el concepto de "oposición extrema" no expresa más que acciones negativas: denunciar, votar en contra, denegar? ¿Por qué? Porque esta noción se refiere sólo a la lucha parlamentaria y esto en una época en la que nadie se plantea como fin inmediato de la lucha la "victoria decisiva". ¿No empezarán ustedes a comprender que la cosa cambia radicalmente en este sentido cuando el pueblo oprimido en el aspecto político inicia un asalto denodado en todo el frente para luchar con todas sus energías por la victoria?

Los obreros nos preguntan: ¿hay que emprender con energía la causa inaplazable de la insurrección? ¿Qué hacer para que triunfe la insurrección iniciada? ¿Cómo aprovechar la victoria? ¿Qué programa se podrá y deberá realizar entonces? Los neoiskristas ahondadores del marxismo responden: hay que seguir siendo el partido de la oposición revolucionaria extrema... Bien, ¿teníamos razón al llamar paladines del filisteísmo a esos caballeros?

**10. Las "comunas revolucionarias" y la dictadura democrática revolucionaria del proletariado y los campesinos**

La conferencia de los neoiskristas no se ha sostenido en la posición anarquista a la que había llegado la nueva *Iskra* (sólo "desde abajo" y no "desde abajo y desde arriba"). Lo absurdo de admitir la insurrección y no admitir la victoria y la participación en el gobierno provisional revolucionario saltaba demasiado a la vista. Por eso, la resolución hace salvedades y restricciones a la solución del problema ofrecida por Martínov y Mártov. Analicemos estas salvedades, expuestas en la siguiente parte de la resolución:

> "Esta táctica ("seguir siendo el partido de la oposición revolucionaria extrema"), naturalmente, no excluye en lo más mínimo la conveniencia de la toma parcial, episódica, del poder y de la formación de comunas revolucionarias en tal o cual ciudad, en tal o cual región, con el interés exclusivo de contribuir a extender la insurrección y a desorganizar el gobierno".

Si es así, quiere decir que se acepta en principio la acción no sólo desde abajo, sino también desde arriba. Quiere decir que la tesis sostenida en el conocido artículo satírico de L. Mártov en *Iskra* (núm. 93) se rechaza, teniéndose por justa la táctica del periódico *Vperiod*: no sólo "desde abajo", sino también "desde arriba".

Además, la toma del poder (aunque sea parcial, episódica, etc.) presupone, evidentemente, la participación no sólo de la socialdemocracia y no sólo del proletariado. Eso se debe a que no es sólo el proletariado quien está interesado en la revolución democrática y participa activamente en ella. Se debe a que la insurrección es "popular", como se dice al comienzo de la resolución examinada, a que en ella participan asimismo "grupos no proletarios" (expresión de la resolución de los conferencistas sobre la insurrección), es decir, la burguesía también. De esta manera, *la conferencia arrojó por la borda*, como procuraba *Vperiod*, el principio según el cual toda participación de los socialistas con la pequeña burguesía en el gobierno provisional revolucionario es una traición a la clase obrera. La "traición" no deja de ser traición por el hecho de que la acción que la determina sea parcial, episódica, comarcal, etc. Por lo tanto, *la conferencia ha arrojado por la borda*, como procuraba *Vperiod*, esa equiparación de la participación en el gobierno provisional revolucionario con el jauresismo vulgar[44]. No porque su autoridad se extienda a una sola ciudad, y no a muchas, a una sola comarca, y no a muchas, como tampoco por el nombre que lleve, deja de ser gobierno el gobierno. Así pues, *la conferencia ha desechado ese planteamiento, conforme con los principios*, que la nueva *Iskra* intentó hacer de la cuestión.

Veamos ahora si son razonables los peros que la conferencia impone a la formación, aceptada ahora en principio, de gobiernos revolucionarios y a la participación en ellos. No sabemos en qué se diferencia el concepto de "episódico" del concepto "provisional". Tememos que, en este caso, una palabra extranjera y "nueva" no sirva aquí más que para ocultar la ausencia de una idea clara. Esto *parece* "más profundo"; pero, en realidad, es sólo más oscuro y confuso. ¿En qué se diferencia la "conveniencia" de la "toma del poder" de una manera parcial en una ciudad o comarca, de la participación en el gobierno provisional revolucionario de todo un Estado? ¿Acaso entre las "ciudades" no figura San Petersburgo, donde ocurrió lo del 9 de enero? ¿Acaso entre las comarcas no figura el Cáucaso, mayor que muchos Estados? ¿Acaso las tareas (que desconcertaban en un tiempo a la nueva *Iskra*) en todo lo referente a

las cárceles, a la policía, al Tesoro, etc., no se nos plantean también con la "toma del poder" incluso en una ciudad, sin hablar ya de una comarca? Nadie negará, naturalmente, que si las fuerzas son insuficientes, si el éxito de la insurrección no es completo, si la victoria no es decisiva, son posibles gobiernos provisionales revolucionarios parciales, de ciudades y otros. Pero ¿a qué viene esto? ¿¿No sois vosotros mismos los que habláis, al comienzo de la resolución, de "la victoria decisiva de la revolución", de la "insurrección triunfante"?? ¿Desde cuándo los socialdemócratas asumen la obra de los anarquistas: dispersar la atención y los fines del proletariado, orientar a éste hacia lo "parcial" y no hacia lo universal, lo único, lo íntegro y completo? Al presuponer la "toma del poder" en una ciudad, vosotros mismos habláis de "extender la insurrección" ¿a otra ciudad? -nos atreveremos a pensarlo-, ¿a todas las ciudades? -cabe esperarlo-. Vuestras conclusiones son tan vacilantes y casuales, contradictorias y confusas como vuestras premisas. El III Congreso del POSDR ha dado una respuesta exhaustiva y clara a la cuestión del gobierno provisional revolucionario en general. Esta respuesta se extiende asimismo a todos los gobiernos provisionales parciales. En cambio, la respuesta de la conferencia, separando de un modo artificial y arbitrario *una parte* de la cuestión, no hace sino *rehuir* (pero sin éxito) la cuestión en su conjunto y sembrar la confusión.

¿Qué significa eso de "comunas revolucionarias"? ¿Se distingue este concepto del de "gobierno provisional revolucionario"? y en caso afirmativo ¿en qué? Los mismos señores conferencistas lo ignoran. La confusión en las ideas revolucionarias los conduce, como sucede habitualmente, *a la palabrería revolucionaria*. Sí, el empleo del término "comuna revolucionaria" en la resolución de los representantes de la socialdemocracia es una simple frase revolucionaria, y nada más. Marx condenó en reiteradas ocasiones semejante frase, en la que, tras un término "sugestivo" *de un pasado caduco*, se velan las tareas del porvenir. El carácter sugestivo de un término que ha desempeñado un papel en la historia se convierte en casos semejantes en un oropel inútil y nocivo, en una sonaja. Nosotros necesitamos dar a los obreros y a todo el pueblo una noción clara e inequívoca de *por qué* queremos un gobierno provisional revolucionario, *de cuáles son precisamente las transformaciones* que realizaremos mañana mismo si ejercemos una influencia decisiva sobre el poder, en caso de que el desenlace de la insurrección popular ya iniciada sea victorioso. Estas son las cuestiones planteadas ante los dirigentes políticos.

El III Congreso del POSDR les da respuesta con la mayor claridad, presentando un programa completo de esas transformaciones: el programa mínimo de nuestro partido. Entretanto, la palabra "comuna" no responde a nada y no hace más que llenar la cabeza de ecos lejanos... o frases vacías. Cuanto más entrañable es para nosotros, por ejemplo, la Comuna de París de 1871, tanto menos podemos tolerarnos salir del paso con alusiones a la misma sin examinar sus errores y sus condiciones peculiares. Hacer eso significaría reproducir el absurdo ejemplo de los blanquistas, ridiculizados por Engels, los cuales se prosternaban (en 1874, en su "Manifiesto") ante todo acto de la Comuna[45]. ¿Qué dirá el conferencista al obrero cuando le interrogue sobre esta "comuna revolucionaria" de que se habla en la resolución? Le podrá decir únicamente que en la historia se conoce por dicho nombre un gobierno obrero que ni sabía ni podía distinguir entonces los elementos de la revolución democrática y de la revolución socialista, que confundía las tareas de la lucha por la república con las de la lucha por el socialismo, que no supo cumplir la tarea de una ofensiva militar enérgica contra Versalles, que cometió el error de no apoderarse del Banco de Francia, etc. En pocas palabras, tanto si os referís en vuestra respuesta a la Comuna de París como a cualquier otra comuna, dicha respuesta será: La Comuna fue un gobierno *como no debe ser el nuestro*. ¡Buena respuesta, ni que decir tiene! El guardar silencio sobre el programa práctico del partido y empezar inoportunamente a dar una lección de historia en la resolución ¿no es testimonio de la vanilocuencia con que el exegeta expone sus razones y de la debilidad de un revolucionario? ¿No es esto indicio de que se incurre precisamente en el error que en vano querían imputarnos, en confundir la revolución democrática con la socialista, entre las cuales ninguna "comuna" ha hecho distinción?

Se presenta como fin "exclusivo" del gobierno provisional (tan inoportunamente calificado de comuna) la extensión de la insurrección y la desorganización del gobierno. Este fin "exclusivo" elimina, en el sentido literal de la palabra, cualquier otra tarea, siendo una reincidencia en la absurda teoría de "sólo desde abajo". Una eliminación semejante de otras tareas es, una vez más, prueba de miopía e irreflexión. La "comuna revolucionaria", esto es, el poder revolucionario, aunque sólo sea en una ciudad, deberá ejercer inevitablemente (si bien con carácter "temporal, parcial, episódico") *todas* las funciones del Estado, y, en este caso, es el colmo de la necedad esconder la cabeza bajo el ala. Dicho poder deberá legalizar la jornada de ocho horas, instituir la inspección obrera de las fábricas, organizar la enseñanza general gratuita, implantar la elegibilidad de los jueces y constituir comités campesinos, etc.; en suma, deberá llevar a cabo, sin falta, una serie de

reformas. Incluir dichas reformas en el concepto de "contribuir a extender la insurrección" significaría jugar con las palabras y aumentar deliberadamente la confusión allí donde hace falta una claridad meridiana.

- - -

La parte final de la resolución neoiskrista no proporciona nuevos datos para la crítica de las tendencias de principio del "economismo" resucitado en nuestro partido, pero ilustra en otro aspecto un poco diferente lo dicho más arriba.

He aquí esa parte:

> "Sólo en un caso debería la socialdemocracia encaminar por su iniciativa sus esfuerzos en el sentido de adueñarse del poder y retenerlo en sus manos el mayor tiempo posible; a saber: en el caso de que la revolución se extendiera a los países avanzados de Europa Occidental, en los cuales han alcanzado ya cierta (?) madurez las condiciones para plasmar el socialismo. En este caso, los limitados marcos históricos de la revolución rusa se podrían ensanchar considerablemente y se daría la posibilidad de entrar en la senda de las transformaciones socialistas.
>
> Basando su táctica en el propósito de conservar para el partido socialdemócrata, en el transcurso de todo el período revolucionario, la situación de oposición revolucionaria extrema con respecto a todos los gobiernos que se sucedan en el poder durante la revolución, la socialdemocracia podrá prepararse también del modo mejor para utilizar el poder gubernamental, si éste va a parar (??) a sus manos".

Aquí, la idea fundamental es la misma que ha formulado reiteradamente *Vperiod*, al decir que no debemos temer (como la teme Martínov) la victoria completa de la socialdemocracia en la revolución democrática, esto es, la dictadura democrática revolucionaria del proletariado y los campesinos, pues una victoria tal nos permitirá levantar a Europa; y el proletariado socialista europeo, sacudiéndose el yugo de la burguesía, nos ayudará, a su vez, a hacer la revolución socialista. Pero miren hasta qué punto aparece empeorada esta idea en la exposición de los neoiskristas. No nos detendremos en pormenores como el absurdo de que el poder puede "ir a parar" a las manos de un partido consciente que considere nociva la táctica de la toma del poder; que en Europa las condiciones para el socialismo no han alcanzado cierta madurez, sino madurez en general; que el programa de nuestro partido no trata de transformaciones socialistas algunas, sino solamente de la revolución socialista. Tomemos lo principal y fundamental que distingue las ideas de *Vperiod* de las de la resolución. *Vperiod* indicaba al proletariado revolucionario de Rusia una misión activa: triunfar en la lucha por la democracia y aprovechar esta victoria para propagar la revolución a Europa. La resolución no comprende esta conexión existente entre nuestra "victoria decisiva" (no en el sentido neoiskrista) y la revolución en Europa, y, por lo mismo, no habla de los fines del proletariado ni de las perspectivas de *su* victoria, sino de una de las posibilidades en general: "Si la revolución se extendiera"... *Vperiod* indicaba de un modo directo y concreto -y estas indicaciones entraron en la resolución del III Congreso del POSDR- cómo precisamente se puede y debe "utilizar el poder gubernamental" en beneficio del proletariado, teniendo en cuenta lo que se puede realizar inmediatamente, en el grado actual de desarrollo de la sociedad, y lo que es necesario realizar primero como premisa democrática de la lucha por el socialismo. También en este sentido la resolución va sin remedio a la zaga al decir "podrá prepararse para utilizar", sin saber decir *cómo* podrá prepararse, *cómo* habrá de prepararse y en *qué sentido* utilizará el poder. No dudamos, por ejemplo, de que los neoiskristas "puedan prepararse para utilizar" la situación dirigente en el partido; pero lo que hay es que, hasta ahora, su experiencia de dicha utilización y su preparación no alientan ninguna esperanza respecto a la transformación de la posibilidad en realidad...

*Vperiod* decía con exactitud en qué consiste precisamente la "posibilidad real de mantener el poder en nuestras manos": en la dictadura democrática revolucionaria del proletariado y los campesinos, en su masiva fuerza mancomunada, capaz de superar todas las fuerzas de la contrarrevolución, y en su coincidencia inexorable de intereses en relación con las transformaciones *democráticas*. La resolución de la conferencia tampoco da nada positivo en este sentido, limitándose sólo a eludir el problema. La posibilidad de mantenerse en el poder en Rusia depende de la composición de las fuerzas sociales de Rusia misma y de las condiciones de la revolución democrática que se está desplegando actualmente en nuestro país. La victoria del proletariado en Europa (y de la propagación de la revolución a Europa a la victoria del proletariado hay aún cierto trecho) provocará una lucha contrarrevolucionaria desesperada de la burguesía rusa; y la resolución de los neoiskristas no dice una palabra de esta fuerza contrarrevolucionaria cuya importancia se evalúa en la resolución del III Congreso del POSDR. Si en la lucha por la república y la democracia no pudiéramos apoyarnos en los campesinos, además del proletariado, "mantener el poder" sería una causa perdida. Si no es una causa perdida, si "la victoria decisiva de la revolución sobre el zarismo" abre tal posibilidad,

debemos indicarla, exhortar activamente a transformarla en realidad, dar consignas prácticas no sólo *para el caso* de que la revolución se propague a Europa, sino también *para que* dicha propagación se efectúe. ¡Los seguidistas de la socialdemocracia, al referirse a los "limitados marcos históricos de la revolución rusa", no hacen más que encubrir la concepción limitada que tienen de las tareas de esta revolución democrática y del papel avanzado del proletariado en esta revolución!

Una de las objeciones contra la consigna de "dictadura democrática revolucionaria del proletariado y los campesinos" consiste en que la dictadura presupone "unidad de voluntad" (*Iskra*, núm. 95), y la unidad de voluntad entre el proletariado y la pequeña burguesía es imposible. Esta objeción no vale porque se funda en la interpretación abstracta, "metafísica", del concepto "unidad de voluntad". La voluntad puede ser unánime en un sentido y no serio en otro. La ausencia de unidad en los problemas del socialismo y en la lucha por el socialismo no excluye la unidad de voluntad en las cuestiones de la democracia y en la lucha por la república. Olvidar esto significaría olvidar la diferencia lógica e histórica que existe entre la revolución democrática y la revolución socialista. Olvidar esto significaría olvidar el carácter *popular* de la revolución democrática: si es "popular", esto significa que *hay* "unidad de voluntad" precisamente en tanto en cuanto esa revolución satisface las necesidades y las exigencias del pueblo en general. Más allá de los límites de la democracia no se puede hablar siquiera de unidad de voluntad entre el proletariado y la burguesía campesina. La lucha de clases entre ellos es inevitable; pero, en la república democrática, esta lucha será la lucha popular más profunda y amplia *por el socialismo*. La dictadura democrática revolucionaria del proletariado y los campesinos tiene, como todo en el mundo, su pasado y su porvenir. Su pasado es la autocracia, el régimen feudal, la monarquía, los privilegios. En la lucha contra este pasado, en la lucha frente a la contrarrevolución, es posible la "unidad de voluntad" del proletariado y los campesinos, pues hay unidad de intereses.

Su porvenir es la lucha contra la propiedad privada, la lucha del obrero asalariado contra el patrono, la lucha por el socialismo. Aquí la unidad de voluntad es imposible*. Aquí no nos hallamos en presencia del camino que va de la autocracia a la república, sino del camino que conduce de la república democrática pequeñoburguesa al socialismo.

Naturalmente, en una situación histórica concreta se entrelazan los elementos del pasado y del porvenir, se confunden uno y otro camino. El trabajo asalariado y su lucha contra la propiedad privada existen también bajo la autocracia, nacen incluso en el régimen feudal. Pero esto no nos impide en lo más mínimo distinguir lógica e históricamente las grandes fases del desarrollo. Todos nosotros contraponemos la revolución burguesa a la socialista, todos nosotros insistimos absolutamente en la necesidad de hacer una distinción rigurosa entre las mismas, pero ¿acaso puede negarse que en la historia se entrelazan elementos sueltos, *particulares* de una y otra revolución? ¿Acaso la época de las revoluciones democráticas no registra en Europa una serie de movimientos socialistas y de tentativas socialistas? ¿Y acaso la futura revolución socialista en Europa no tendrá todavía mucho que hacer para dar fin a lo que ha quedado incompleto en el terreno de la democracia?

El socialdemócrata no debe olvidar nunca, ni por un instante, la indefectibilidad de la lucha de clase del proletariado por el socialismo contra la burguesía y la pequeña burguesía más democráticas y republicanas. Esto es indudable. De eso se desprende la necesidad absoluta de que la socialdemocracia tenga un partido propio independiente y rigurosamente clasista. De aquí se desprende el carácter temporal de nuestra consigna de "batirnos juntos", al lado de la burguesía, y el deber de vigilar rigurosamente "al aliado, como si se tratara de un enemigo", etc. Tampoco ofrece nada de esto la menor duda. Pero sería ridículo y reaccionario olvidar, hacer caso omiso o menospreciar, a causa de ello, las tareas esenciales del momento, aunque sean transitorias y temporales. La lucha contra la autocracia es una tarea temporal y transitoria de los socialistas, pero todo olvido o menosprecio de esa tarea equivale a traicionar al socialismo y a prestar un servicio a la reacción. La dictadura democrática revolucionaria del proletariado y de los campesinos es, indiscutiblemente, sólo una tarea transitoria y temporal de los socialistas, pero desentenderse de esta tarea en la época de la revolución democrática es algo francamente reaccionario.

Las tareas políticas concretas deben plantearse en una situación concreta. Todo es relativo, todo transcurre, todo cambia. La socialdemocracia alemana no incluye en el programa la reivindicación de la república. En dicho país, la situación es tal que esta cuestión difícilmente puede separarse en la práctica de la cuestión del socialismo (¡si bien Engels, en las observaciones al proyecto de programa de Erfurt, hechas en 1891, ponía asimismo en guardia, respecto a Alemania, contra la tendencia a menospreciar la importancia

* El desarrollo del capitalismo, todavía más vasto y rápido bajo la libertad, pondrá inevitablemente rápido fin a la unidad de voluntad, tanto más rápido cuanto antes sean aplastadas la contrarrevolución y la reacción.

de la república y de la lucha por la misma![46]). La socialdemocracia de Rusia ni siquiera se ha planteado suprimir la reivindicación de la república del programa y de la agitación, pues en nuestro país no se puede hablar siquiera de que exista un lazo indisoluble entre el problema de la república y el del socialismo. Un socialdemócrata alemán de 1898 que no colocara en primer plano la cuestión especial de la república era un fenómeno natural que no causaba ni sorpresa ni censura. Un socialdemócrata alemán que en 1848 no planteara la cuestión de la república, habría sido sencillamente un traidor a la revolución. No hay verdad abstracta. La verdad es siempre concreta.

Llegará un tiempo -cuando haya terminado la lucha contra la autocracia rusa, cuando haya pasado para Rusia la época de la revolución democrática- en que será ridículo incluso hablar de "unidad de voluntad" del proletariado y de los campesinos, de dictadura democrática, etc. Entonces pensaremos de lleno en la dictadura socialista del proletariado y hablaremos de ella con más detenimiento. Pero en la actualidad, el partido de la clase de vanguardia no puede menos de esforzarse por conseguir con la mayor energía la victoria decisiva de la revolución democrática sobre el zarismo. Y la victoria decisiva no es otra cosa que la dictadura democrática revolucionaria del proletariado y de los campesinos.

*Observación*

1. Recordamos al lector que en la polémica de *Iskra* con *Vperiod*, la primera aludía, entre otras cosas, a la carta de Engels a Turati en que Engels prevenía al jefe (futuro) de los reformistas italianos para que no confundiese la revolución democrática con la revolución socialista. La revolución que se avecina en Italia -escribía Engels a propósito de la situación política de Italia en 1894- será pequeñoburguesa, democrática y no socialista[47]. *Iskra* reprochaba a *Vperiod* el haberse apartado del principio establecido por Engels. Este reproche es injusto, pues *Vperiod* (núm. 14) reconocía plenamente, y en general, la certeza de la teoría de Marx sobre la diferencia de las tres fuerzas principales de las revoluciones del siglo XIX[*]. Según esta teoría, contra el viejo régimen, contra la autocracia, el feudalismo y la servidumbre luchan: 1) la gran burguesía liberal; 2) la pequeña burguesía radical; 3) el proletariado. La primera no lucha más que por una monarquía constitucional; la segunda, por una república democrática; y el tercero, por una revolución socialista. El socialista que confunda la lucha pequeñoburguesa por la revolución democrática completa con la lucha proletaria por la revolución socialista se ve amenazado de sufrir una bancarrota política. Esta advertencia de Marx es completamente justa. Pero por esta precisa razón es errónea la consigna de "comunas revolucionarias", pues las comunas que se conocen en la historia confundían la revolución democrática y la revolución socialista. Por el contrario, nuestra consigna de dictadura democrática revolucionaria del proletariado y los campesinos nos preserva por completo de ese error. Nuestra consigna reconoce incondicionalmente el carácter burgués de la revolución, que no es capaz de rebasar *de un modo inmediato* el marco de una revolución solamente democrática; al propio tiempo, nuestra consigna *impulsa adelante* esta revolución concreta, trata de darle las formas más convenientes para el proletariado, trata, por lo tanto, de aprovechar al máximo la revolución democrática para que tenga el mayor éxito la lucha que seguirá desplegando el proletariado por el socialismo.

**11. Breve comparación de algunas resoluciones del III congreso del POSDR y de la "conferencia"**

La cuestión del gobierno provisional revolucionario es el punto central de los problemas tácticos de la socialdemocracia en el momento actual. No hay ni posibilidad ni necesidad de detenerse tanto en el resto de las resoluciones de la conferencia. Nos limitaremos a indicar en breve algunos puntos que confirman la diferencia de principios, analizada por nosotros más arriba, en cuanto a la orientación táctica, entre las resoluciones del III Congreso del POSDR y las resoluciones de la conferencia.

Tomen el problema de la actitud ante la táctica del gobierno en vísperas de la revolución. Volverán a encontrar una respuesta completa a él en la resolución del III Congreso del POSDR. Esta resolución tiene en cuenta las diversas condiciones y tareas del momento peculiar: el desenmascaramiento de la hipocresía de las concesiones del gobierno, la utilización de las "formas caricaturescas de la representación popular", la satisfacción revolucionaria de las reivindicaciones imperiosas de la clase obrera (en primer lugar, la jornada de ocho horas) y, en fin, la resistencia a las centurias negras. En las resoluciones de la conferencia, la cuestión está desperdigada en diversas secciones: la "resistencia a las fuerzas negras de la reacción" se menciona sólo en la exposición de motivos de la resolución acerca de la actitud ante los demás partidos. La participación en las elecciones a las instituciones representativas es examinada aparte de los "compromisos" del zarismo con la burguesía. En vez de exhortar a la implantación por vía revolucionaria de la jornada de ocho horas, una resolución especial titulada pomposamente "sobre

[*] Véase V. I. Lenin. *La socialdemocracia y el gobierno provisional revolucionario*. (*N. de la Edit.*)

la lucha económica" no hace más que repetir (después de palabras sonoras y muy poco inteligentes acerca del "lugar central que ocupa la cuestión obrera en la vida social rusa") la vieja consigna de hacer agitación por el "establecimiento legislativo de la jornada de ocho horas". La insuficiencia y el retraso de esta consigna en el momento presente son demasiado claros para que sea preciso detenerse a demostrarlo.

El problema de la acción política manifiesta. El III Congreso tiene en cuenta un próximo cambio *radical* de nuestra actividad. En modo alguno se debe abandonar la actividad clandestina y el desarrollo del aparato clandestino: esto sería hacer el juego a la policía y vendría como anillo al dedo al gobierno. Pero ahora tampoco puede menos de pensarse ya en la acción manifiesta. Hace falta preparar en seguida las formas convenientes de esta acción y, por consiguiente, organismos especiales -menos conspirativos- para este fin. Hace falta aprovechar las asociaciones legales y semilegales, para convertirlas, en la medida de lo posible, en puntos de apoyo del futuro Partido Obrero Socialdemócrata legal de Rusia.

También en esto, la conferencia fragmenta la cuestión sin dar ninguna consigna enjundiosa. Resalta sobre todo el ridículo encargo, dado a la Comisión de Organización, de preocuparse de "colocar" a los literatos legales. Es completamente absurda la decisión de "someter a nuestra influencia los periódicos democráticos que se proponen contribuir al movimiento obrero". Se lo proponen todos nuestros periódicos liberales legales, que siguen casi totalmente la orientación de *Osvobozhdenie*. ¿Por qué no comienza la redacción misma de *Iskra* por seguir su consejo y no nos da el ejemplo de cómo hay que someter a *Osvobozhdenie* a la influencia socialdemócrata? En vez de la consigna de aprovechar las asociaciones legales para crear puntos de apoyo del *partido*, se nos da, en primer lugar, un consejo particular sobre organizaciones únicamente "sindicales" (participación obligatoria de los miembros del partido en ellas) y, en segundo lugar, el consejo de dirigir "las organizaciones revolucionarias de los obreros", es decir, "las organizaciones no reglamentadas", o sea, "los clubs revolucionarios de los obreros". Alá sabrá cómo estos "clubs" han venido a parar entre las organizaciones no reglamentadas ni qué clase de "clubs" son éstos. En vez de directrices exactas y claras del organismo supremo del partido, vemos unos retazos de pensamientos y un borrador de notas de literato. No hay manera de tener un cuadro íntegro de cómo ha de pasar el partido a una base completamente distinta en todo su trabajo.

El congreso del partido y la conferencia divergen por completo en el planteamiento de la "cuestión campesina". El congreso ha redactado una resolución sobre "la actitud ante el movimiento campesino". La conferencia ha aprobado otra sobre "el trabajo entre los campesinos". En el primer caso se colocan en primer plano las tareas de dirigir, en provecho de la lucha de todo el país contra el zarismo, el amplio movimiento democrático revolucionario. En el segundo, la cosa se reduce al "trabajo" entre una capa social determinada. En el primer caso se plantea, como consigna central práctica de la agitación, la creación inmediata de comités campesinos revolucionarios para realizar todas las transformaciones democráticas. En el segundo, la "reivindicación de organizar los comités" debe ser presentada a la Asamblea Constituyente. ¿Por qué debemos esperar necesariamente a esta Asamblea Constituyente? ¿Será constituyente en efecto? ¿Será sólida sin la constitución previa y simultánea de los comités campesinos revolucionarios? Todas estas cuestiones han sido soslayadas por la conferencia. En todas sus resoluciones se refleja, efectivamente, la idea general observada por nosotros de que en la revolución burguesa debemos limitarnos a nuestro trabajo especial únicamente sin plantearnos el objetivo de dirigir todo el movimiento democrático y de realizarlo nosotros mismos. Igual que los "economistas" insistían permanentemente en que la lucha económica era para los socialdemócratas, y la lucha política para los liberales, así insisten también los neoiskristas, en todos sus razonamientos, en que nosotros deberíamos ocupar un modesto rincón al margen de la revolución burguesa y que la burguesía es la que debería llevarla a cabo activamente.

Por último, no se puede menos de señalar la resolución sobre la actitud ante los demás partidos. La resolución del III Congreso del POSDR habla de desenmascarar toda limitación e insuficiencia del movimiento emancipador de la burguesía sin entregarse a la idea ingenua de enumerar de congreso en congreso todos los casos posibles de dicha limitación y trazar una línea divisoria entre burgueses buenos y burgueses malos. La conferencia, repitiendo el error de Starovier, busca tenazmente esta línea y desarrolla la famosa teoría del "papel de tornasol". Starovier partía de una idea muy buena: imponer a la burguesía condiciones más severas. Pero sólo olvidaba que todo intento de separar de antemano a los demócratas burgueses que merecen aprobación, que merecen que se llegue a un acuerdo con ellos, etc. Y los que no lo merecen, conduce a una "fórmula" que el desarrollo de los acontecimientos lanza en seguida por la borda y lleva la confusión a la conciencia de clase del proletariado. El centro de gravedad se traslada de la unidad real en la lucha a declaraciones, promesas, consignas. Starovier consideraba que

esta consigna radical era "el sufragio universal, igual, directo y secreto". No habían pasado ni dos años, y el "papel de tornasol" demostraba ya su ineficacia; los elementos de *Osvobozhdenie* hicieron suya la consigna de sufragio universal, sin que por ello se aproximaran a la socialdemocracia, sino que, todo lo contrario, con esta consigna precisamente han intentado sembrar la confusión entre los obreros y apartarlos del socialismo.

Ahora los neoiskristas presentan "condiciones" aún "más severas", "exigen" de los enemigos del zarismo que "se apoye de una manera enérgica e inequívoca (!?) toda acción decisiva del proletariado organizado", etc., e incluso hasta "una participación activa en la causa del autoarmamento del pueblo". La línea divisoria ha sido llevada mucho más allá y, a pesar de todo, *ya ha quedado anticuada otra vez*, ha demostrado inmediatamente que no sirve. ¿Por qué, por ejemplo, falta la consigna de república? ¿Cómo es que, en beneficio de la "guerra revolucionaria sin cuartel contra todos los cimientos del régimen monárquico y estamental", los socialdemócratas "exigen" de los demócratas burgueses todo lo que queráis menos lucha por la república?

Que esto no es buscar las cosquillas, que el error de los neoiskristas tiene la importancia más vital lo demuestra la Liga de Emancipación de Rusia (véase el núm. 4 de *Proletari*)[*]. Estos "enemigos del zarismo" responderán plenamente a todas las "exigencias" de los neoiskristas. Pero nosotros hemos demostrado que el espíritu de *Osvobozhdenie* reina en el programa (o en la ausencia de programa) de esta Liga de Emancipación de Rusia y que las gentes de *Osvobozhdenie* pueden llevarla a remolque con facilidad. Sin embargo, la conferencia declara al final de la resolución que "la socialdemocracia seguirá actuando, como contra *falaces amigos del pueblo*, contra todos los partidos políticos que, enarbolando, la bandera liberal y democrática, se nieguen a prestar apoyo real a la lucha revolucionaria del proletariado". La Liga de Emancipación de Rusia, lejos de negar este apoyo, lo ofrece con ahínco. ¿Es esto garantía de que sus jefes no sean "falaces amigos del pueblo", aunque sean partidarios de la emancipación?

Ya lo ven: presentando de antemano "condiciones" y planteando "reivindicaciones", cómicas por su temible impotencia, los neoiskristas no tardan en hacer el ridículo. Sus condiciones y reivindicaciones resultan en seguida insuficientes para apreciar la realidad viva. Su afán por las fórmulas es vano, ya que ninguna fórmula puede captar todas y cada una de las manifestaciones de hipocresía, inconsecuencia y limitación de la democracia burguesa. No se trata del "papel de tornasol", ni de fórmulas, ni de reivindicaciones escritas e impresas, ni de distinguir de antemano a los verdaderos "amigos del pueblo" de los falsos, sino de la unidad real de la lucha, de la crítica persistente, por parte de los socialdemócratas, de todo paso "vacilante" de la democracia burguesa. Para la "cohesión auténtica de todas las fuerzas sociales interesadas en la reorganización democrática" no hacen falta los "puntos" debatidos por la conferencia con tanto tesón y tanta ineficacia, sino capacidad para lanzar consignas verdaderamente revolucionarias. Para esto se necesitan consignas que eleven al nivel del proletariado a la burguesía revolucionaria y republicana, y no que empequeñezcan las tareas del proletariado hasta el nivel de la burguesía monárquica. Para esto hay que participar con la mayor energía en la insurrección y no oponer reservas raciocinadoras a la tarea inaplazable de la insurrección armada.

### 12. ¿Disminuirá el alcance de la revolución democrática si la burguesía le vuelve la espalda?

Estaban ya escritas las líneas precedentes cuando recibimos las resoluciones de la conferencia caucasiana de los neoiskristas, publicadas por *Iskra*. No podíamos imaginar mejores datos documentales *pour la bonne bouche* (para postre).

La redacción de *Iskra* observa con razón: "En el problema fundamental de la táctica, la conferencia caucasiana ha redactado asimismo una decisión *análoga*" (¡es verdad!) "a la aprobada por la conferencia de toda Rusia" (es decir, la neoiskrista). "La actitud que la socialdemocracia ha de adoptar ante el gobierno provisional revolucionario ha sido decidida por los camaradas caucasianos en el sentido más negativo frente al nuevo método preconizado por el grupo *Vperiod* y los delegados al llamado congreso que se han adherido a dicho grupo". "Se debe reconocer que la fórmula, ofrecida por la conferencia, de la táctica del partido proletario en la revolución burguesa, es *muy afortunada*".

Lo que es verdad, es verdad. Nadie hubiera podido dar una fórmula más "afortunada" del error capital de los neoiskristas. Vamos a citar esta fórmula completa, destacando primero entre

[*] En el número 4 de *Proletari*, aparecido el 4 de junio de 1905, ha sido publicado un extenso artículo titulado *Nueva Liga obrera revolucionaria*. En él se da a conocer el contenido de los llamamientos de esta Liga que ha tomado el nombre de Liga de Emancipación de Rusia y que se plantea el objetivo de convocar la Asamblea Constituyente mediante la insurrección armada. Más adelante, en el artículo se define la actitud de la socialdemocracia ante estas asociaciones sin filiación política. No sabemos en absoluto en qué medida fue viable dicha Liga y qué suerte corrió en la revolución. (Nota de Lenin para la edición de 1907. *N. de la Edit.*)

paréntesis algunas flores y luego todo el ramillete presentado al final.

Resolución de la conferencia caucasiana de los neoiskristas sobre el gobierno provisional:

"Considerando que nuestra tarea consiste en utilizar el momento revolucionario para profundizar" (¡sí, naturalmente!, sólo que habría de agregarse: profundizar a la manera de Martínov) "la conciencia socialdemócrata del proletariado" (¿únicamente para profundizar la conciencia y no para conquistar la república? ¡Qué "profunda" comprensión de la revolución!), "la conferencia, con el fin de garantizar al partido la más completa libertad de crítica del naciente régimen estatal burgués" (¡garantizar la república no es cosa nuestra! Nuestra misión es sólo garantizar la libertad de crítica. Las ideas anarquistas dan paso al lenguaje anarquista: ¡el régimen "estatal burgués"!), "se declara contra la formación de un gobierno provisional socialdemócrata y contra la entrada en el mismo" (acuérdense de la resolución de los bakuninistas[48] que cita Engels, adoptada diez meses antes de la revolución española; véase *Proletari*, núm. 3)[49] "y estima que lo más conveniente es ejercer desde fuera" (desde abajo y no desde arriba) "una presión sobre el gobierno provisional burgués para democratizar tanto como sea posible (?!) el régimen estatal. La conferencia estima que la formación de un gobierno provisional por los socialdemócratas o su entrada en este gobierno alejaría, por una parte, del Partido Socialdemócrata a las grandes masas del proletariado, a las que el partido habría decepcionado, pues la socialdemocracia, a pesar de la toma del poder, no podría satisfacer las necesidades vitales de la clase obrera, hasta que se plasme el socialismo" (¡la república no es una necesidad vital! ¡Los autores no advierten, en su inocencia, que emplean un lenguaje puramente anarquista, como si negasen la participación en las revoluciones burguesas!) "y, por otra parte, *obligaría a las clases burguesas a dar la espalda a la revolución y, con ello, disminuiría su alcance*".

He aquí el quid de la cuestión. He aquí dónde se entretejen las ideas anarquistas (como les ocurre continuamente también a los bernsteinianos de Europa Occidental) con el más puro oportunismo. Figúrense: ¡no entrar en el gobierno provisional porque eso obligaría a la burguesía a volver la espalda a la revolución y disminuiría así el alcance de la revolución! Vemos ya, pues, de cuerpo entero, en su aspecto puro y consecuente, esa filosofía neoiskrista que nos hace inclinarnos ante la vulgaridad burguesa y cederle el paso, ya que la revolución es burguesa. Si nos guiamos, siquiera en parte, siquiera un momento, por la idea de que nuestra participación puede obligar a la burguesía a dar la espalda a la revolución, cedemos totalmente por ello la hegemonía en la revolución a las clases burguesas. Entregamos así enteramente el proletariado a la tutela de la burguesía (¡¡reservándonos la plena "libertad de crítica"!!), obligando al proletariado a ser moderado y dócil para evitar que la burguesía vuelva la espalda. Castramos las demandas más vitales del proletariado, precisamente sus demandas políticas, nunca bien comprendidas por los "economistas" y sus epígonos; las castramos para que la burguesía no vuelva la espalda. Pasamos totalmente del terreno de la lucha revolucionaria por la conquista de la democracia, en los límites necesarios para el proletariado, al terreno del tira y afloja con la burguesía, consiguiendo, al precio de nuestra traición a los principios, al precio de la traición a la revolución, el beneplácito de la burguesía ("para que no vuelva la espalda").

En dos breves líneas, los neoiskristas del Cáucaso han sabido expresar todo el fondo de la táctica de traición a la revolución, de conversión del proletariado en un miserable apéndice de las clases burguesas. Lo que hemos deducido más arriba de los errores de los neoiskristas como tendencia se erige ahora ante nosotros en principio claro y concreto: ¡a la zaga de la burguesía monárquica! Como la instauración de la república obligaría (y obliga ya: ejemplo, el señor Struve) a la burguesía a volver la espalda a la revolución, venga esa consigna de ¡abajo la lucha por la república! Como toda reivindicación democrática del proletariado sostenida enérgicamente y llevada hasta el fin obliga siempre y en todas las partes del mundo a la burguesía a volver la espalda, ¡escondeos en vuestros agujeros, camaradas obreros, actuad sólo desde fuera, no penséis en utilizar para la revolución las armas y los procedimientos del régimen "estatal burgués", conservad vuestra "libertad de crítica"!

Aquí se manifiesta el error fundamental en la comprensión misma del término "revolución burguesa". La "comprensión" martinoviana o neoiskrista del mismo lleva directamente a traicionar la causa del proletariado en beneficio de la burguesía.

Quien haya olvidado el antiguo "economismo", quien no lo estudie ni se acuerde de él difícilmente podrá comprender la actual reincidencia del "economismo". Recuerden el *Credo*[50] bernsteiniano. De los puntos de vista y de los programas "puramente proletarios", esas gentes han sacado la conclusión siguiente: para nosotros, socialdemócratas, la economía, la verdadera causa obrera, la libertad de criticar toda politiquería, la verdadera profundización de la labor socialdemócrata; para ellos, para los liberales, la política. Dios nos libre de caer en el "revolucionarismo"; esto obligaría a la burguesía a

volver la espalda. Quien relea por entero el *Credo* o el suplemento especial al número 9 de Rabóchaya Mysl[51] (septiembre de 1899), verá todo el curso de este razonamiento.

¡Ahora ocurre lo mismo, pero a gran escala aplicado al enjuiciamiento de toda la "gran" revolución rusa, envilecida, ¡ay!, de antemano y rebajada al nivel de su caricatura por los teóricos del filisteísmo ortodoxo! Para nosotros, socialdemócratas, la libertad de crítica, la profundización de la conciencia, la acción desde fuera. Para ellos, para las clases burguesas, la libertad de acción, el campo libre para su dirección revolucionaria (léase liberal), la libertad de realizar "reformas" desde arriba.

Estos vulgarizadores del marxismo jamás han meditado en las palabras de Marx sobre la necesidad de remplazar las armas de la crítica por la crítica de las armas[52]. Invocando en vano el nombre de Marx, elaboran de hecho resoluciones tácticas absolutamente en el espíritu de los charlatanes burgueses de Fráncfort, que criticaban libremente el absolutismo, profundizaban la conciencia democrática y no comprendían que la época de la revolución es la época de la acción, de la acción tanto desde arriba como desde abajo. Al convertir el marxismo en verborrea de razonamientos, han hecho de la ideología de la clase de vanguardia, de la clase revolucionaria más decidida y enérgica, una ideología de los sectores menos desarrollados de esta clase, los cuales rehúyen las difíciles tareas democráticas revolucionarias y confían estas tareas democráticas a los señores Struve.

Si, como consecuencia de la entrada de la socialdemocracia en el gobierno revolucionario, las clases burguesas vuelven la espalda a la causa de la revolución, "disminuirán con ello su alcance".

¿Lo oís, obreros rusos? El alcance de la revolución será mayor si la hacen -a menos que los socialdemócratas los muevan a volver la espalda- los señores Struve, que no quieren obtener la victoria sobre el zarismo, sino pactar con él. El alcance de la revolución será mayor si, de los dos resultados posibles señalados más arriba por nosotros, es el primero el que se obtiene, es decir, ¡si la burguesía monárquica llega a entenderse con la autocracia, para que otorgue una "constitución" a lo Shípov!

Los socialdemócratas que, en resoluciones destinadas a ser directriz para todo el partido, escriben cosas tan vergonzosas o aprueban esas "afortunadas" resoluciones, están tan obcecados por la pedante verborrea que ha despojado de toda vida al marxismo que no ven cómo esas resoluciones convierten en frases vacías todas sus otras palabras excelentes. Tomen cualquier artículo de *Iskra*, tomen incluso el famoso folleto de nuestro ilustre Martínov y encontrarán en ellos divagaciones sobre la insurrección *popular*, sobre la necesidad de llevar la revolución *hasta el fin*, sobre la aspiración a apoyarse en los *sectores profundos del pueblo* para luchar contra la burguesía inconsecuente. Pero todas estas cosas buenas se convierten en frases - miserables desde el momento en que adopten o aprueben la idea- de que el "alcance de la revolución disminuirá" si la burguesía se desentiende de ella. Una de dos, señores: o bien debemos aspirar a hacer la revolución con el pueblo y obtener una victoria completa sobre el zarismo, *a pesar* de la burguesía inconsecuente, egoísta y cobarde, o bien no admitimos este "a pesar", tememos que la burguesía "vuelva la espalda" y entonces entregamos el proletariado y el pueblo a manos de esta misma burguesía inconsecuente, egoísta y cobarde.

No traten de interpretar mis palabras a su manera. No griten que se les acusa de traición consciente. No; han tendido siempre a hundirse, y están ahora hundidos en la charca, con la misma inconsciencia con que los antiguos "economistas" se deslizaban incontenible e irremediablemente por la pendiente de la "profundización" del marxismo hasta la pedantería antirrevolucionaria sin alma y sin vida.

¿De qué fuerzas sociales existentes depende el "alcance de la revolución"? ¿Han pensado en ello, señores? Dejemos a un lado las fuerzas de la política exterior y de las combinaciones internacionales, que se vuelven ahora por completo a nuestro favor, pero de las cuales hacemos caso omiso en nuestro examen, y con razón sobrada, pues de lo que se trata es de las fuerzas interiores de Rusia. Examinen estas fuerzas sociales interiores. Contra la revolución se lanzan la autocracia, la corte, la policía, los funcionarios, el ejército y los cuatro gatos de la alta aristocracia. Cuanto más profunda es la indignación en el pueblo, menos seguro es el ejército, mayor la vacilación entre los funcionarios. Por otra parte, la burguesía, en su conjunto, está ahora en pro de la revolución y prueba su celo pronunciando discursos sobre la libertad, hablando más a menudo cada vez en nombre del pueblo e incluso de la revolución*. Pero todos nosotros, los marxistas, sabemos por la teoría y observamos cada día y a cada hora en el ejemplo de nuestros liberales, de la gente de los zemstvos y de los adeptos de *Osvobozhdenie*, que la burguesía está en pro de la revolución de una manera inconsecuente, egoísta y cobarde. La burguesía se pasará inevitablemente en su mayoría al bando de la contrarrevolución, al bando de la autocracia contra la revolución, contra el pueblo, en cuanto se

* En este sentido es interesante la carta abierta del señor Struve a Jaures, publicada recientemente por este último en *L'Humanité*[53] y por el señor Struve en *Osvobozhdenie*, núm. 42.

satisfagan sus intereses estrechos y egoístas, en cuanto "vuelva la espalda" a la democracia consecuente (*¡y ahora ya comienza a volver la espalda*!). Queda "el pueblo", es decir, el proletariado y los campesinos: sólo el proletariado es capaz de ir seguro hasta el fin, pues va mucho más allá de la revolución democrática. Por eso el proletariado lucha en vanguardia por la república, rechazando desdeñoso los consejos, necios e indignos de él, de quienes le dicen que tenga cuidado de no asustar a la burguesía. Entre los campesinos hay, al lado de los elementos pequeñoburgueses, una masa de elementos semiproletarios. Esto les hace ser también inestables, obligando al proletariado a fundirse en un partido estricto de clase. Pero la inestabilidad de los campesinos es distinta por completo de la inestabilidad de la burguesía; pues, en este momento concreto, los campesinos están menos interesados en que se mantenga indemne la propiedad privada que en arrebatar a los latifundistas sus tierras, que son una de las principales formas de dicha propiedad. Sin convertirse por ello en socialistas ni dejar de ser pequeños burgueses, los campesinos pueden actuar como los más perfectos y radicales partidarios de la revolución democrática. Los campesinos procederán así siempre y cuando la marcha de los acontecimientos revolucionarios que los alecciona no se interrumpa demasiado pronto por la traición de la burguesía y la derrota del proletariado. Con esa condición, los campesinos se convertirán siempre en un baluarte de la revolución y de la república, ya que sólo una revolución plenamente victoriosa puede entregar al campesino *todo* en materia de reformas agrarias, *todo lo que* el campesino quiere, con lo que sueña y lo que necesita realmente (no para destruir el capitalismo, como se figuran los "socialistas-revolucionarios", sino) para salir de la abyección de la semiservidumbre, de las tinieblas, del embrutecimiento y del servilismo, para mejorar sus condiciones de existencia, en la medida en que esto es posible en el marco de la economía mercantil.

Más aún. Los campesinos se hallan vinculados a la revolución no sólo por la transformación agraria radical, sino, además, por todos sus intereses generales y permanentes. Incluso en la lucha contra el proletariado tiene el campesino necesidad de la democracia, pues sólo el régimen democrático es capaz de expresar con exactitud sus intereses y de darle la preponderancia como masa, como mayoría. Cuanto más instruido esté el campesino (y desde la guerra con el Japón[54] se instruye con una rapidez que muchos no sospechan siquiera, habituados a medir la instrucción únicamente con el rasero escolar), con tanto mayores consecuencia y decisión se pondrá a favor de la revolución democrática completa, porque no tiene miedo, como la burguesía, a la soberanía del pueblo; por el contrario, ve en ella una ventaja. La república democrática se convertirá en su ideal en cuanto comience a librarse de su monarquismo ingenuo, pues el monarquismo consciente de la burguesía traficante (con su Cámara alta, etc.) promete al campesino la misma privación de derechos, el mismo embrutecimiento, la misma ignorancia ligeramente teñidos de un barniz constitucional a la europea.

He ahí por qué la burguesía, como clase, tiende natural e inevitablemente a esconderse bajo el ala del partido liberal monárquico, mientras los campesinos, como masa, tienden a colocarse bajo la dirección del partido revolucionario y republicano. He ahí por qué la burguesía no es capaz de llevar la revolución democrática hasta el fin, mientras que los campesinos son capaces de llevar la revolución hasta el fin, y nosotros debemos ayudarles con todas nuestras fuerzas en eso.

Se me objetará: no hay necesidad de probado; es el abecé: todos los socialdemócratas lo comprenden perfectamente. No, no lo comprenden los que son capaces de hablar de la "disminución del alcance" de la revolución en el caso de que la burguesía se aparte de ella. Esas gentes repiten frases de nuestro programa agrario, aprendidas de memoria, pero sin comprender su sentido; pues, de otro modo, no temerían la idea de la dictadura democrática revolucionaria del proletariado y los campesinos que se desprende necesariamente de toda la concepción marxista y de nuestro programa; de otro modo, no limitarían el alcance de la gran revolución rusa al que puede darle la burguesía. Esas gentes refutan sus frases marxistas revolucionarias abstractas con sus resoluciones antimarxistas y antirrevolucionarias concretas.

Quien comprenda verdaderamente cuál es el papel de los campesinos en la revolución rusa victoriosa será incapaz de decir que el alcance de la revolución se reduce si la burguesía le vuelve la espalda; pues, en realidad, la revolución rusa no comenzará a adquirir su verdadero alcance, no comenzará a cobrar realmente el mayor empuje posible en la época de la revolución democrática burguesa hasta que la burguesía no le vuelva la espalda, y la masa campesina actúe como activa fuerza revolucionaria junto al proletariado. Para ser llevada consecuentemente hasta su término, nuestra revolución democrática debe apoyarse en fuerzas capaces de contrarrestar la inevitable inconsecuencia de la burguesía (es decir, capaces precisamente de "obligarle a volver la espalda", lo que temen, en su simplicidad, los partidarios caucasianos de *Iskra*).

*El proletariado debe llevar a su término la revolución democrática, atrayéndose a las masas*

*campesinas, para aplastar por la fuerza la resistencia de la autocracia y paralizar la inestabilidad de la burguesía. El proletariado debe llevar a cabo la revolución socialista, atrayéndose a la masa de elementos semiproletarios de la población, para romper por la fuerza la resistencia de la burguesía y paralizar la inestabilidad de los campesinos y de la pequeña burguesía*. Tales son las tareas del proletariado que los partidarios de la nueva *Iskra* conciben de un modo tan estrecho en todos sus razonamientos y resoluciones sobre el alcance de la revolución.

No hay que olvidar sólo una circunstancia que se pierde frecuentemente de vista cuando se discurre sobre este "alcance". No hay que olvidar que no hablamos aquí de las dificultades del problema, sino de la vía en la cual hay que buscar y procurar su solución. No se trata de que sea fácil o difícil hacer que el alcance de la revolución sea potente e invencible, sino de cómo hay que proceder para que su alcance sea mayor. El desacuerdo se refiere precisamente al carácter fundamental de la actividad, a su orientación misma. Lo subrayamos porque gentes negligentes y de pocos escrúpulos confunden con harta frecuencia dos cuestiones diferentes: la cuestión del camino a seguir, es decir, de la elección entre dos caminos diferentes, y la cuestión de la facilidad o de la proximidad del fin que se ha de alcanzar por el camino emprendido.

No nos hemos referido en absoluto a esta última cuestión en la exposición precedente porque dicha cuestión no haya suscitado desavenencias ni discrepancias en el seno de nuestro partido. Pero, claro está, la cuestión es de por sí muy importante y digna de la mayor atención de todos los socialdemócratas. Sería un optimismo imperdonable olvidar las dificultades que supone el incorporar al movimiento no sólo a la masa de la clase obrera, sino también a la masa campesina. Contra estas dificultades precisamente se han estrellado más de una vez los esfuerzos hechos para llevar hasta el fin la revolución democrática, con la particularidad de que en la mayoría de los casos triunfaba la burguesía más inconsecuente y más egoísta, la cual "amasaba capital" defensivo de la monarquía contra el pueblo y, al mismo tiempo, "conservaba la virginidad" del liberalismo... o de la tendencia de *Osvobozhdenie*. Pero dificultad no supone imposibilidad de realización. Lo que importa es estar seguros de haber elegido el buen camino, y esta seguridad centuplica la energía revolucionaria y el entusiasmo revolucionario, que son capaces de hacer milagros.

El grado de profundidad de la discrepancia existente entre los socialdemócratas de nuestros días respecto a la elección del camino que se debe seguir aparece instantáneamente con evidencia cuando se compara la resolución de los neoiskristas caucasianos con la del III Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia. Esta segunda declara: la burguesía es inconsecuente, tratará sin falta de arrebatarnos las conquistas de la revolución. Por lo tanto, preparaos con más energía para la lucha, camaradas obreros, armaos, atraed a vuestro lado a los campesinos. No entregaremos sin combate a la burguesía egoísta nuestras conquistas revolucionarias. La resolución de los neoiskristas caucasianos dice: la burguesía es inconsecuente, puede volver la espalda a la revolución. Por eso, camaradas obreros, tened la bondad de no pensar en participar en el gobierno provisional; porque, en ese caso, es probable que la burguesía vuelva la espalda, ¡y el alcance de la revolución será menor, por tanto!

Unos dicen: impulsad la revolución adelante, hasta el fin, a pesar de la resistencia o de la pasividad de la burguesía inconsecuente.

Otros dicen: no penséis en llevar la revolución hasta el fin por vuestra cuenta; pues, entonces, la burguesía inconsecuente le volverá la espalda.

¿Es que no son dos derroteros diametralmente opuestos? ¿No es evidente que una táctica excluye por completo a la otra y que la primera es la única táctica acertada de la socialdemocracia revolucionaria, mientras que la segunda es, en el fondo, una táctica puramente peculiar al estilo de *Osvobozhdenie*?

### 13. Conclusión. ¿Tenemos derecho a vencer?

Los que conocen superficialmente el estado de cosas reinante en la socialdemocracia de Rusia o lo juzgan desde fuera y desconocen la historia de toda la lucha interna desplegada en nuestro partido desde la época del "economismo", se desentienden muy a menudo también de las divergencias tácticas que se han definido ahora, sobre todo después del III Congreso, aludiendo simplemente a dos tendencias naturales, inevitables, completamente conciliables, de todo movimiento socialdemócrata. Por una parte, según ellos, se subraya vivamente la labor corriente, cotidiana, habitual, la necesidad de desarrollar la propaganda y la agitación, de preparar las fuerzas, de profundizar el movimiento, etc. Por otra parte, se subrayan las tareas de combate, las tareas políticas de orden general y las tareas revolucionarias del movimiento, se indica la necesidad de la insurrección armada y se lanzan las consignas de dictadura democrática revolucionaria y de gobierno provisional revolucionario. No se debe exagerar ni una parte ni otra; ni allí ni aquí (como, en general, en ninguna parte del mundo) los extremismos son buenos, etc., etc.

Las baratas verdades de sabiduría práctica (y "política" entre comillas) que hay sin duda en semejantes razonamientos encubren, sin embargo,

con demasiada frecuencia la incomprensión de las necesidades vitales, candentes, del partido. Fíjense en las actuales divergencias tácticas que hay entre los socialdemócratas rusos. Naturalmente, el hecho de que en los razonamientos neoiskristas sobre la táctica se subraye de un modo acentuado el aspecto cotidiano, habitual, del trabajo, aún no podría representar de por sí ningún peligro ni provocar divergencia alguna en las consignas tácticas. Pero basta comparar las resoluciones del III Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia con las resoluciones de la conferencia para que dicha divergencia salte a la vista.

¿De qué se trata? Primero, de que no basta una simple indicación general, abstracta, de las dos corrientes existentes en el movimiento y de lo perniciosos que son los extremismos. Hay que saber concretamente de qué adolece el movimiento actual en el momento presente, dónde está ahora el peligro político real para el partido. Segundo, hay que saber a qué fuerzas políticas reales hacen el juego estas o las otras consignas tácticas o quizá tal o cual ausencia de consignas. Si escuchan a los neoiskristas, llegarán a la conclusión de que el partido de la socialdemocracia se ve amenazado del peligro de arrojar por la borda la propaganda y la agitación, la lucha económica y la crítica de la democracia burguesa, de dejarse seducir desmesuradamente por la preparación militar, por los ataques armados, por la toma del poder, etc. Pero, en realidad, el verdadero peligro que amenaza al partido proviene de otro lado completamente distinto. Quien conozca algo de cerca la situación del movimiento y quien, de un modo reflexivo, esté atento a su curso, no puede menos de ver cuán ridículos son los temores neoiskristas. Toda la labor del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia ha cristalizado ya en un marco sólido e invariable que garantiza de manera absoluta la colocación del centro de gravedad en la propaganda y la agitación, en los mítines relámpago y reuniones de masas, en la difusión de octavillas y folletos, en la contribución a la lucha económica y en el apoyo a sus consignas. No hay ni un solo comité de partido, ni un solo comité distrital, ni una sola reunión central, ni un solo grupo fabril donde el noventa y nueve por ciento de la atención, de las fuerzas y del tiempo no se dedique siempre y de un modo constante a todas estas funciones, afianzadas ya desde la segunda mitad de la década del 90. Esto lo ignoran sólo quienes desconocen por completo el movimiento. Sólo gente muy ingenua o desinformada puede tomar en serio la repetición neoiskrista de cosas trilladas cuando esto se hace con empaque.

El hecho es que entre nosotros, lejos de dejarse sentir de un modo desmesurado las tareas de la insurrección, las consignas políticas generales y la dirección de toda la revolución popular, lo que salta a la vista en este sentido y constituye el lado más vulnerable, un peligro real para el movimiento que puede degenerar, y degenera ya en algunos sitios, de revolucionario de hecho en revolucionario de palabra, es precisamente *el atraso*. De los muchos centenares de organizaciones, grupos y círculos que desempeñan labor de partido no encontrarán ni uno solo en el cual no se haya llevado a cabo desde su nacimiento esa labor cotidiana, de la que hablan los Sénecas de la nueva *Iskra*, dándose el tono de gentes que han descubierto nuevas verdades, y, por el contrario, encontrarán un porcentaje insignificante de grupos y círculos que conozcan las tareas de la insurrección armada, que hayan abordado el cumplimiento de las mismas y que se den cuenta de la necesidad de dirigir toda la revolución popular contra el zarismo, de la necesidad de propugnar para ello estas consignas de vanguardia precisamente, y no otras.

Llevamos un atraso increíble con respecto a las tareas de vanguardia y revolucionarias de verdad, en infinidad de casos aún no las conocemos y, debido a nuestro atraso en este sentido, hemos dejado de fortalecer en muchos sitios la democracia burguesa revolucionaria. Y los que escriben en la nueva *Iskra*, dando la espalda a la marcha de los acontecimientos y a las exigencias del momento, repiten tozudos: ¡No olvidéis lo viejo! ¡No os dejéis llevar por lo nuevo! Este es el tono fundamental e invariable de todas las resoluciones sustanciales de la conferencia, mientras que en las resoluciones del congreso también se podrá leer siempre lo siguiente: al mismo tiempo que confirmamos lo viejo (y sin detenernos a repetirlo con machaconería, precisamente porque es algo viejo, ya resuelto y estampado en las publicaciones, en las resoluciones y en las experiencias), planteamos una tarea nueva, llamamos la atención sobre la misma, lanzamos una consigna nueva y exigimos de los socialdemócratas realmente revolucionarios una labor inmediata para ponerla en práctica.

He aquí cómo está, en realidad, planteada la cuestión de las dos tendencias en la táctica de la socialdemocracia. La época revolucionaria ha promovido nuevas tareas que sólo gentes ciegas por completo pueden no ver. Y estas tareas las aceptan con denuedo unos socialdemócratas y las ponen a la orden del día: la insurrección armada es inaplazable, preparaos para la misma inmediata y enérgicamente, acordaos de que es imprescindible para la victoria decisiva, plantead las consignas de república, gobierno provisional y dictadura democrática revolucionaria del proletariado y los campesinos. Otros socialdemócratas, en cambio, retroceden, no se mueven del sitio; en vez de dar consignas, escriben prólogos; en lugar de indicar lo nuevo al paso que confirman lo viejo, repiten con

machaconería incansable y aburrimiento lo viejo, inventan pretextos para desentenderse de lo nuevo, sin saber definir las condiciones de la victoria decisiva ni presentar las únicas consignas adecuadas a la aspiración de conseguir la victoria completa.

Tenemos delante el resultado político de este seguidismo. El cuento del acercamiento de la "mayoría" del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia a la democracia burguesa revolucionaria no pasa de ser un cuento sin confirmar por un solo hecho político, por una sola resolución importante de los "bolcheviques", por un solo acto del III Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia. Mientras tanto, la burguesía oportunista, monárquica, personificada en *Osvobozhdenie*, aplaude desde hace tiempo las tendencias "de principio" del neoiskrismo y ahora, sencillamente, hace ya mover su molino con el agua de las mismas, hace suyos todos los términos e "ideúchas" contra la "clandestinidad" y el "motín", contra las exageraciones del aspecto "técnico" de la revolución, contra la presentación directa de la consigna de la insurrección armada, contra el "revolucionarismo" de las reivindicaciones extremas, etc., etc. La resolución de toda una conferencia de los socialdemócratas "mencheviques" del Cáucaso y la aprobación de dicho acuerdo por la redacción de la nueva *Iskra* ofrecen un resumen político inequívoco de todo esto: ¡que la burguesía no vuelva la espalda en caso de que el proletariado participe en la dictadura democrática revolucionaria! Con esto está dicho todo. Con esto se consagra definitivamente la transformación del proletariado en apéndice de la burguesía monárquica. Con esto queda demostrada en la práctica y no mediante la declaración casual de una persona, sino de una resolución especialmente aprobada por toda una tendencia, *la significación política* del seguidismo neoiskrista.

Quien reflexione en estos hechos comprenderá la verdadera significación de las alusiones en boga a los dos aspectos y a las dos tendencias del movimiento socialdemócrata. Tomen el bernsteinianismo para estudiar dichas tendencias a gran escala. Los bernsteinianos afirmaban y afirman, exactamente igual, que son ellos precisamente los que comprenden las verdaderas demandas del proletariado, las tareas de acrecentar sus fuerzas, ampliar todo el trabajo, preparar los elementos de la nueva sociedad y desplegar la propaganda y la agitación. ¡Exigimos el reconocimiento abierto de lo que existe! -dice Bernstein, consagrando con esto el "movimiento" *sin* "objetivo final", consagrando sólo la táctica defensiva, predicando la táctica del miedo "a que la burguesía vuelva la espalda". También los bernsteinianos gritaban a propósito del "jacobinismo" de los socialdemócratas revolucionarios, de los "literatos" que no comprenden la "iniciativa obrera", etc., etc. En realidad, como todo el mundo sabe, los socialdemócratas revolucionarios no han pensado siquiera en abandonar la labor cotidiana, la labor menuda, la preparación de fuerzas, etc., etc. Lo único que exigían era la conciencia clara del objetivo final, el planteamiento claro de las tareas revolucionarias, querían elevar a los sectores semiproletarios y semipequeñoburgueses al nivel revolucionario del proletariado y no hacer descender este nivel hasta las consideraciones oportunistas de que "no vuelva la espalda la burguesía". Quizá la expresión más elocuente de esta disensión entre el ala oportunista intelectual y el ala revolucionaria proletaria del partido fuese la pregunta: *dür fen wir siegen?*, "¿tenemos derecho a vencer?", ¿nos está permitido vencer?, ¿no es peligroso vencer?, ¿conviene que venzamos? Por extraño que parezca a primera vista, esta pregunta fue, sin embargo, formulada, y debía serlo, pues los oportunistas temían la victoria, intimidaban al proletariado con la perspectiva de la misma, pronosticaban toda clase de calamidades como consecuencia de ella, ridiculizaban las consignas que incitaban directamente a conquistarla.

Esta misma división fundamental en tendencia oportunista intelectual y tendencia revolucionaria proletaria existe también entre nosotros, con la sola diferencia, muy sustancial, de que no se trata de la revolución socialista, sino de la revolución democrática. Entre nosotros se ha formulado también la pregunta, absurda a primera vista: "¿tenemos derecho a vencer?" Esta pregunta ha sido formulada por Martínov en sus *Dos dictaduras*, donde vaticina toda clase de calamidades si preparamos muy bien y llevamos a cabo con pleno éxito la insurrección. Ha sido formulada por todas las publicaciones de los neoiskristas consagradas al problema del gobierno provisional revolucionario, con la particularidad de que se ha intentado constantemente con celo, pero sin éxito, confundir la participación de Millerand en el gobierno oportunista burgués con la participación de Varlin[55] en el gobierno revolucionario pequeñoburgués. La cuestión ha quedado recogida en la resolución con las palabras de temor a que "la burguesía vuelva la espalda". Y si bien Kautsky, por ejemplo, intenta ahora ironizar, diciendo que nuestras discusiones sobre el gobierno provisional revolucionario se parecen al reparto de la piel del oso antes de matarlo, esta ironía no demuestra otra cosa sino que incluso socialdemócratas inteligentes y revolucionarios se descarrían cuando hablan de lo que conocen sólo de oídas. La socialdemocracia alemana aún no se encuentra muy cerca del momento en que pueda matar el oso (hacer la

revolución socialista), pero la discusión en torno a si "tenemos derecho" a matarlo ha tenido inmensa importancia desde el punto de vista de los principios y desde el punto de vista político práctico. Los socialdemócratas rusos aún no tendrán tan pronto las fuerzas suficientes para "matar a su oso" (hacer la revolución democrática), pero es de suma importancia para todo el porvenir de Rusia y para el porvenir de la socialdemocracia rusa saber si "tenemos derecho" a matarlo. No se puede ni hablar de un reclutamiento enérgico y eficaz de un ejército, ni del mando del mismo, sin estar seguros de que "tenemos derecho" a vencer.

Fíjense en nuestros viejos "economistas". También gritaban que sus adversarios eran unos conspiradores, unos jacobinos (véase *Rabócheie Dielo*, sobre todo el número 10, y el discurso de Martínov en los debates del II Congreso sobre el programa) que, enfrascados en la política, se separaban de las masas, olvidaban las bases del movimiento obrero, no tenían en cuenta la iniciativa obrera, etc., etc. Pero, en realidad, esos partidarios de la "iniciativa obrera" eran unos intelectuales oportunistas que imponían a los obreros su concepción estrecha y filistea de las tareas del proletariado. En realidad, los adversarios del "economismo", como puede verlo cualquiera por la vieja *Iskra*, no abandonaban ni relegaban a último término ni uno solo de los aspectos de la labor socialdemócrata, no olvidaban en lo más mínimo la lucha económica y, al mismo tiempo, sabían plantear con toda amplitud las tareas políticas urgentes e inmediatas, oponiéndose a la transformación del partido obrero en un apéndice "económico" de la burguesía liberal.

Los economistas se habían aprendido de memoria que la base de la política es la economía y "entendían" esto como la necesidad de hacer descender la lucha política al nivel de la económica. Los neoiskristas se han aprendido de memoria que la base económica de la revolución democrática es la revolución burguesa y han "entendido" esto como la necesidad de hacer descender las tareas democráticas del proletariado al nivel de la moderación burguesa, al límite en que, si es rebasado, "la burguesía volverá la espalda". So pretexto de profundizar el trabajo, so pretexto de la iniciativa obrera y de la política puramente de clase, los economistas entregaban en la práctica la clase obrera a manos de los políticos liberales burgueses, es decir, conducían el partido por un camino cuya significación objetiva era precisamente ésta. Los neoiskristas, con los mismos pretextos, traicionan en la práctica los intereses del proletariado en la revolución democrática a favor de la burguesía, es decir, conducen el partido por el camino cuya significación objetiva es precisamente ésta. A los "economistas" les parecía que la hegemonía en la lucha política no era cosa de los socialdemócratas, sino propiamente cosa de los liberales. A los neoiskristas les parece que la realización activa de la revolución democrática no es cosa de los socialdemócratas, sino propiamente cosa de la burguesía democrática, pues la dirección y la participación del proletariado en primera línea "mermará la amplitud" de la revolución.

En pocas palabras, los neoiskristas son unos epígonos del "economismo" no sólo porque su origen viene del II Congreso del partido, sino también por su modo actual de plantear las tareas tácticas del proletariado en la revolución democrática. Son también un ala oportunista intelectual del partido. En materia de organización, comenzaron por el individualismo anarquista, propio de los intelectuales, y han terminado en la "desorganización-proceso", consagrando en los "estatutos"[56] aprobados por la conferencia la falta de ligazón de las publicaciones con la organización del partido, las elecciones indirectas, casi en cuatro etapas, el sistema de plebiscitos bonapartistas en vez de representación democrática y, finalmente, el principio del "acuerdo" entre la parte y el todo. En la táctica del partido se deslizaban por la misma pendiente. En el "plan de campaña de los zemstvos"[57] declararon como "tipo superior de manifestación" las acciones ante la gente de los zemstvos, no viendo en la escena política más que dos fuerzas activas (¡esto en vísperas del 9 de enero!): el gobierno y la democracia burguesa. "Profundizaron" la tarea urgente de armarse, sustituyendo la consigna práctica directa por un llamamiento a armar al pueblo del deseo ardiente de armarse por su mano. Las tareas de la insurrección armada, del gobierno provisional, de la dictadura democrática revolucionaria han sido ahora deformadas y embotadas en sus resoluciones oficiales. "Que la burguesía no vuelva la espalda" - este acorde final de la última de sus resoluciones- proyecta viva luz sobre la cuestión de saber adónde conduce al partido el camino que ellos preconizan.

La revolución democrática en Rusia es una revolución burguesa por su fondo social y económico. No basta con repetir sencillamente esta tesis marxista justa. Hay que saberla comprender y aplicar a las consignas políticas. Toda la libertad política en general, basada en las relaciones de producción actuales, esto es, capitalistas, es una libertad burguesa. La reivindicación de libertad expresa, ante todo, los intereses de la burguesía. Sus representantes fueron los primeros en presentar esta reivindicación. Sus partidarios han aprovechado en todas partes como dueños y señores la libertad obtenida, ajustándola al rasero de la moderación y la escrupulosidad burguesas, combinándola con la represión del proletariado revolucionario, más refinada en tiempo de paz y de

una crueldad feroz durante las tempestades.

Pero únicamente los populistas rebeldes, los anarquistas y los "economistas" podían deducir de esto la negación o el menoscabo de la lucha por la libertad. Se ha conseguido imponer al proletariado estas doctrinas de intelectuales filisteos únicamente de un modo temporal, a pesar de su resistencia. El proletariado se ha dado cuenta, por instinto, de que necesita la libertad política, de que la necesita él más que nadie, a pesar de que ésta refuerce y organice directamente a la burguesía. El proletariado no espera su salvación de la renuncia a la lucha de clases, sino del desarrollo de ésta, del aumento de la amplitud, la conciencia, la organización y la energía de ésta. Quien menoscabe las tareas de la lucha política convierte al socialdemócrata, de tribuno popular, en secretario de tradeunión. Quien menoscabe las tareas proletarias en la revolución democrática burguesa convierte al socialdemócrata, de jefe de la revolución popular, en líder de un sindicato obrero libre.

Sí, de la revolución *popular*. La socialdemocracia ha luchado y lucha con pleno derecho contra el abuso democrático burgués de la palabra "pueblo". Exige que con esta palabra no se encubra la incomprensión de los antagonismos de clase en el seno del pueblo. Insiste absolutamente en que el partido del proletariado necesita completa independencia de clase. Pero divide al "pueblo" en "clases", y no para que la clase de vanguardia se encierre en sí misma, se limite con una medida estrecha, castre su actividad con consideraciones como la de que no vuelvan la espalda los magnates de la economía del mundo, sino para que la clase de vanguardia, sin adolecer de las vacilaciones, la inconstancia y la indecisión de las clases intermedias, luche con la mayor energía y el mayor entusiasmo por la causa de todo el pueblo, al frente de todo el pueblo.

¡He ahí lo que no comprenden tan a menudo los neoiskristas actuales que sustituyen las consignas políticas activas de la revolución democrática con la repetición casuística de la palabra "clase" en todos los géneros y casos!

La revolución democrática es burguesa. La consigna de "reparto negro" o de "tierra y libertad" -esta consigna difundidísima entre la masa campesina, ignorante y oprimida, pero que busca apasionadamente la luz y la felicidad- es burguesa. Pero nosotros, marxistas, debemos saber que no hay ni puede haber otro camino hacia la verdadera libertad del proletariado y de los campesinos que el camino de la libertad burguesa y del progreso burgués. No debemos olvidar que en estos momentos no hay ni puede haber otro medio de acercar el socialismo que la libertad política completa, la república democrática, la dictadura democrática revolucionaria del proletariado y los campesinos. Como representantes de la clase de vanguardia, de la única clase revolucionaria sin reservas, sin dudas, sin volver la vista atrás, debemos plantear ante todo el pueblo, del modo más amplio, con las mayores osadía e iniciativa posibles, las tareas de la revolución democrática. El menoscabo de dichas tareas es en teoría una caricatura de marxismo y una adulteración filistea del mismo, y en la práctica política significa entregar la causa de la revolución a manos de la burguesía, la cual dejará inevitablemente de ser consecuente para hacer la revolución. Las dificultades que se alzan en el camino hacia la victoria completa de la revolución son muy grandes. Nadie podrá censurar a los representantes del proletariado si hacen todos los esfuerzos posibles, y estos esfuerzos quedan frustrados ante la resistencia de la reacción, la traición de la burguesía y la ignorancia de las masas. Pero todo el mundo -sobre todo el proletariado consciente- condenará a la socialdemocracia si ésta cercena la energía revolucionaria de la revolución democrática, si cercena el entusiasmo revolucionario con el miedo a vencer, con consideraciones encauzadas a que la burguesía no vuelva la espalda.

Las revoluciones son las locomotoras de la historia, decía Marx[58]. Las revoluciones son la fiesta de los oprimidos y explotados. La masa del pueblo nunca es capaz de ser un creador tan activo de nuevos regímenes sociales como durante la revolución. En tales períodos, el pueblo es capaz de hacer milagros, desde el punto de vista del rasero estrecho y pequeñoburgués del progreso paulatino. Pero es necesario que también los dirigentes de los partidos revolucionarios planteen sus tareas de un modo más amplio y audaz en tales períodos, que sus consignas se adelanten siempre a la iniciativa revolucionaria de las masas, sirviendo de faro a las mismas, mostrando en toda su grandeza y en toda su magnificencia nuestro ideal democrático y socialista, indicando el camino más corto y más directo hacia la victoria completa, incondicional y decisiva. Reservamos a los oportunistas de la burguesía de *Osvobozhdenie* la búsqueda, por miedo a la revolución y por miedo al camino directo, de sendas indirectas, de rodeo, de componenda. Si se nos obliga por la fuerza a arrastrarnos por dichas sendas, sabremos cumplir con nuestro deber aun en la labor cotidiana menuda. Pero que sea la lucha sin cuartel la que decida primero la elección del camino. Seremos unos felones y unos traidores a la revolución si no aprovechamos esta energía de las masas en fiesta y su entusiasmo revolucionario para la lucha implacable y abnegada por el camino directo y decidido. Que los oportunistas de la burguesía tiemblen de pensar en la reacción futura. A los

obreros no les asusta la idea de que la reacción se proponga ser terrible ni que la burguesía se disponga a volver la espalda. Los obreros no esperan componendas, no imploran dádivas; aspiran a aplastar sin piedad a las fuerzas reaccionarias, es decir, aspiran *a la dictadura democrática revolucionaria del proletariado y los campesinos*.

Ni que decir tiene que en los períodos tempestuosos la nave de nuestro partido se ve amenazada por mayores peligros que durante la "navegación" tranquila del progreso liberal, que significa la extracción dolorosa y lenta de los jugos de la clase obrera por sus explotadores. Ni que decir tiene que las tareas de la dictadura democrática revolucionaria son mil veces más difíciles y complejas que las tareas de la "oposición extrema" y de la lucha parlamentaria exclusiva. Pero vale más que, quien es capaz, en el momento revolucionario actual, de preferir conscientemente la navegación tranquila y el camino de la "oposición" sin riesgos, se aparte temporalmente de la labor socialdemócrata, espere el fin de la revolución, espere que termine la fiesta y retorne la labor cotidiana, espere que su habitual y estrecho rasero no sea una disonancia tan repelente y una deformación tan monstruosa de las tareas de la clase de vanguardia.

¡A la cabeza de todo el pueblo y, en particular, de los campesinos, por la libertad total, por la revolución democrática consecuente, por la república! ¡A la cabeza de todos los trabajadores y explotados, por el socialismo! Esta debe ser, en la práctica, la política del proletariado revolucionario, ésta es la consigna de clase que debe presidir y determinar la solución de todos los problemas tácticos, de todos los pasos prácticos del partido obrero durante la revolución.

**Epilogo**

Otra vez la tendencia de *Osvobozhdenie*, otra vez el neoiskrismo

Los números 71-72 de *Osvobozhdenie* y 102-103 de *Iskra* nos aportan nuevos datos de extraordinaria riqueza sobre la cuestión a que dedicamos el capítulo 8 de nuestro folleto. Como no tenemos posibilidad alguna de utilizar aquí todos estos ricos datos, nos detendremos solamente en lo más esencial. Primero, en la clase de "realismo" de la socialdemocracia que *Osvobozhdenie* elogia y por qué debe elogiarlo; segundo, en la correlación de los conceptos de revolución y dictadura.

**I. ¿Por qué elogian los realistas liberales burgueses a los "realistas" socialdemócratas?**

Los artículos *La escisión en la socialdemocracia rusa* y *El triunfo del sentido común* (*Osvobozhdenie*, núm. 72) constituyen un juicio de la burguesía liberal sobre la socialdemocracia, valiosísimo para los proletarios conscientes. Por mucho que se recomiende a todos los socialdemócratas que lean enteros estos artículos y *mediten* en cada una de sus frases, nunca se exagerará la nota. Reproduciremos, ante todo, las tesis principales de los dos:

> "Desde fuera -dice *Osvobozhdenie*- es bastante difícil captar el sentido político real de la discrepancia que ha dividido al partido socialdemócrata en dos fracciones. Calificar la fracción de la "mayoría" de más radical y franca a diferencia de la "minoría", que admite, en bien de la causa, algunos compromisos, no es totalmente exacto y, en todo caso, no es una definición concluyente. La fracción de la minoría acata al menos los dogmas tradicionales de la ortodoxia marxista tal vez con más celo aún que la fracción de Lenin. Nos parece más exacta la siguiente definición. El espíritu político fundamental de la "mayoría" es un revolucionarismo abstracto, un espíritu de rebeldía, el afán de levantar por todos los medios una insurrección de la masa del pueblo y tomar inmediatamente el poder en su nombre; esto aproxima en cierto grado a "leninistas" y socialistas-revolucionarios y eclipsa en su conciencia la idea de la lucha de clases con la idea de una revolución de todo el pueblo ruso; por otra parte, los "leninistas" desechan en la práctica muchas de las limitaciones de la doctrina socialdemócrata, pero están impregnados de la estrechez del revolucionarismo, renuncian a todo trabajo práctico que no sea la preparación de la insurrección inmediata y, leales a sus principios, hacen caso omiso de todas las formas de agitación legal y semilegal y de toda clase de compromisos útiles en la práctica con otras tendencias oposicionistas. Por el contrario, la minoría, muy adicta a los dogmas del marxismo, conserva a la vez los elementos realistas de la concepción marxista del mundo. La idea fundamental de esta fracción es la oposición de los intereses del "proletariado" a los intereses de la burguesía. Pero, por otra parte, mira la lucha del proletariado -naturalmente, dentro de ciertos límites dictados por los dogmas inmutables de la socialdemocracia- con sensatez realista, con una noción clara de todas las condiciones y tareas concretas de esta lucha. Ambas fracciones aplican su punto de vista fundamental de un modo no del todo consecuente, pues las atan en su obra creadora ideológica y política las fórmulas estrictas del catecismo socialdemócrata, que impiden a los "leninistas" convertirse en amotinadores declarados, a la manera, por lo menos, de algunos socialistas-

revolucionarios, y a los "iskristas" convertirse en dirigentes prácticos del movimiento político real de la clase obrera".

Y, exponiendo más adelante el contenido de las principales resoluciones, el que escribe en Osvobozhdmie aclara sus "pensamientos" generales con algunas advertencias concretas respecto a ellas. En comparación con el III Congreso, dice él, "la conferencia de la minoría mantiene una actitud distinta por completo ante la insurrección armada". "En relación con la actitud ante la insurrección armada" aparece la disensión de las resoluciones sobre el gobierno provisional. "Igual divergencia se manifiesta en la actitud ante los sindicatos obreros. Los "leninistas" no han dicho en sus resoluciones una sola palabra sobre este importantísimo punto de partida de la educación política y de la organización de la clase obrera. La minoría, por el contrario, ha elaborado una resolución muy seria". En cuanto a la actitud ante los liberales, ambas fracciones están de acuerdo, según dicho autor, pero el III Congreso "repite casi textualmente la resolución de Plejánov sobre la actitud con los liberales, adoptada en el II Congreso, y rechaza la resolución de Starovier, más favorable para los liberales, adoptada en el mismo congreso". Siendo en general análogas las resoluciones del congreso y de la conferencia en lo tocante al movimiento campesino, la "mayoría" hace más hincapié en la idea de la confiscación revolucionaria de las tierras de los terratenientes, etc., mientras que la "minoría" quiere hacer de la reivindicación de reformas democráticas estatales y administrativas la base de su agitación".

Finalmente, *Osvobozhdenie* cita una resolución menchevique, publicada en el número 100 de *Iskra*, cuyo punto principal dice: "Puesto que, actualmente, el trabajo clandestino por sí solo no asegura a las masas una participación suficiente en la vida del partido y lleva, en parte, a oponer las masas como tales al partido como organización ilegal, este último necesita tomar en sus manos la lucha sindical de los obreros en el terreno legal, coordinando estrechamente esta lucha con las tareas socialdemócratas". Respecto a esta resolución, *Osvobozhdenie* exclama: "Nosotros aplaudimos efusivamente esta resolución como un triunfo del sentido común como un momento de lucidez de una parte del Partido Socialdemócrata en el terreno de la táctica".

Ahora el lector conoce ya todas las apreciaciones esenciales de *Osvobozhdenie*. Sería un grandísimo error, naturalmente, considerar acertadas estas opiniones en el sentido de su concordancia con la verdad objetiva. Todo socialdemócrata descubrirá fácilmente a cada paso errores en ellas. Sería una ingenuidad olvidar que todas estas opiniones están impregnadas totalmente de los intereses y el punto de vista de la burguesía liberal y que son parciales y tendenciosas del comienzo al fin en este sentido. Reflejan las ideas de la socialdemocracia igual que un espejo cóncavo o convexo los objetos. Pero sería un error mayor aún olvidar que estos juicios deformados a gusto de la burguesía reflejan, a fin de cuentas, los intereses reales de la burguesía, la cual, como clase, comprende perfectamente, sin duda alguna, qué tendencias de la socialdemocracia le convienen, le son próximas, afines, simpáticas, y cuáles le son nocivas, ajenas, extrañas, antipáticas. Un filósofo burgués o un publicista burgués jamás comprenderá con acierto a la socialdemocracia, ni a la menchevique ni a la bolchevique. Pero si es un publicista algo inteligente, no le engañará su instinto de clase y captará siempre bien en el fondo la significación que para la burguesía tenga tal o cual tendencia dentro de la socialdemocracia, aunque la deforme al exponerla. El instinto de clase de nuestro enemigo y el juicio de clase que emita merecen siempre, por eso, la atención más seria de todo proletario consciente.

¿Qué nos dice, por boca de los partidarios de *Osvobozhdenie*, el instinto de clase de la burguesía de Rusia?

Expresa de una manera evidente la satisfacción que le producen las tendencias del neoiskrismo, alabándolo por su realismo, por su sensatez, por el triunfo del sentido común, por la seriedad de las resoluciones, por su clara visión táctica, por su practicismo, etc., y expresa su descontento por las tendencias del III Congreso, censurándolo por la estrechez, el revolucionarismo, el espíritu de rebeldía, la negación de los compromisos útiles en la práctica, etc. El instinto de clase sugiere a la burguesía precisamente lo que ha sido demostrado multitud de veces en nuestras publicaciones con los datos más exactos, a saber: que los neoiskristas son el ala oportunista de la actual socialdemocracia rusa, y sus adversarios, el ala revolucionaria. Los liberales no pueden menos de tener simpatías por las tendencias de la primera de dichas alas, no pueden menos de censurar las tendencias de la segunda. Los liberales, como ideólogos de la burguesía, comprenden perfectamente que a la burguesía le conviene "el practicismo, la sensatez, la seriedad" de la clase obrera, es decir, la limitación en la práctica del campo de su actividad al marco del capitalismo, de las reformas, de la lucha sindical, etc. Para la burguesía es peligrosa y temible "la limitación revolucionaria" del proletariado y su aspiración a conseguir, en nombre de sus tareas de clase, un papel dirigente en la revolución del pueblo ruso.

Que éste es, efectivamente, el sentido de la palabra "realismo" en la interpretación de *Osvobozhdenie* se puede ver, entre otras cosas, en el empleo que de ella han hecho con anterioridad *Osvobozhdenie* y el señor Struve. La misma *Iskra* no ha podido menos de reconocer esa significación del "realismo" de *Osvobozhdenie*. Recuerden, por ejemplo, el artículo titulado *¡Ya es hora!*, publicado en el suplemento al número 73-74 de *Iskra*. El autor del artículo (consecuente paladín de las concepciones de la "charca" en el II Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia) ha expresado francamente su opinión de que "Akímov ha desempeñado en el congreso más bien el papel de espectro del oportunismo que el de verdadero representante suyo". Y la redacción de *Iskra* se ha visto obligada inmediatamente a rectificar al autor del artículo *¡Ya es hora!*, declarando en una nota:

> "No se puede estar de acuerdo con esta opinión. Los puntos de vista programáticos del camarada Akímov llevan bien marcado el sello del oportunismo, cosa que reconoce también el crítico de *Osvobozhdenie* en uno de sus últimos números, señalando que el camarada Akímov pertenece a la tendencia "realista" (léase revisionista)".

Así pues, la *Iskra* misma sabe perfectamente que el "realismo" de *Osvobozhdenie* no es ni más ni menos que oportunismo. Si ahora, al atacar el "realismo liberal" (núm. 102 de *Iskra*), *Iskra* silencia que *los liberales la alabaron* por su realismo, este silencio se explica por el hecho de que tales alabanzas son peores que cualquier censura. Tales alabanzas (que ni son casuales ni es la primera vez que las hace *Osvobozhdenie*) demuestran en la práctica el parentesco del realismo liberal con estas tendencias del "realismo" (léase oportunismo) socialdemócrata que se traslucen en cada resolución de los neoiskristas debido a la falsedad de toda su posición táctica.

En efecto, la burguesía de Rusia ha manifestado ya plenamente su inconsecuencia y su egoísmo en la revolución "del pueblo", lo ha manifestado tanto por las reflexiones del señor Struve como por el tono y el contenido de gran número de periódicos liberales y por el carácter de los actos políticos de gran número de funcionarios de los zemstvos, de gran número de intelectuales, en general, de todo género de partidarios de los señores Trubetskói, Petrunkévich, Ródichev y Cía. Desde luego, la burguesía no siempre comprende con plena claridad, pero su intuición de clase le hace darse perfecta cuenta, en general, de que, por una parte, el proletariado y el "pueblo" son útiles para su revolución como carne de cañón, como ariete contra el absolutismo, pero que, por otra parte, el proletariado y los campesinos revolucionarios son peligrosísimos para ella en el caso de que consigan la "victoria decisiva sobre el zarismo" y lleven hasta el fin la revolución democrática. Por eso la burguesía procura por todos los medios que el proletariado se conforme con desempeñar un papel "modesto" en la revolución, que sea más moderado, más práctico, más realista, que su actividad esté determinada por el principio: "que la burguesía no vuelva la espalda".

Los burgueses instruidos saben perfectamente que ellos no podrán desembarazarse del movimiento obrero. Por eso no impugnan en absoluto el movimiento obrero ni la lucha de clase del proletariado; no, incluso hacen todo tipo de reverencias a la libertad de huelga, a la lucha de clases civilizada, comprendiendo el movimiento obrero y la lucha de clases a la manera de Brentano o de los sindicatos de Hirsch y Duncker. Dicho de otra manera, están dispuestos por completo a "conceder" a los obreros la libertad de huelga y de asociación (casi conquistada ya de hecho por los mismos obreros) con tal de que éstos renuncien al "espíritu de rebeldía", al "revolucionarismo estrecho", a la hostilidad a los "compromisos útiles en la práctica", a la pretensión y al deseo de imprimir "a la revolución popular rusa" el sello de *su* lucha de clase, el sello de la perseverancia proletaria, de la decisión proletaria, del "jacobinismo plebeyo". Los burgueses instruidos de toda Rusia procuran por eso con todas sus fuerzas, por mil medios y caminos -libros*, conferencias, discursos, charlas, etc., etc.-, inculcar a los obreros las ideas de la sensatez (burguesa), del practicismo (liberal), del realismo (oportunista), de la lucha de clases (a la manera de Brentano)[59], de los sindicatos (como los de Hirsch y Duncker)[6O], etc. Las dos últimas consignas son cómodas en particular para los burgueses del partido "demócrata constitucionalista" o de *Osvobozhdenie*, ya que coinciden en apariencia con las consignas marxistas; ya que, silenciando algunas cosas y tergiversando ligeramente las consignas mismas, es facilísimo confundirlas con las socialdemócratas y, a veces, incluso hacerlas pasar por socialdemócratas. Así, por ejemplo, el periódico liberal *Rassviet*[61], que se publica legalmente (y del cual procuraremos hablar algún día con más detenimiento con los lectores de *Proletari*), dice a menudo cosas tan "atrevidas" sobre la lucha de clases, sobre la posibilidad de que la burguesía engañe al proletariado, sobre el movimiento obrero, sobre la iniciativa del proletariado, etc., etc., que el lector poco atento y el obrero poco desarrollado tomarán fácilmente su "espíritu socialdemócrata" por oro de ley. Pero, de hecho, esto es una falsificación burguesa de la socialdemocracia, una deformación y una tergiversación oportunistas del

* Compárese Prokopóvich. *La cuestión obrera en Rusia*.

concepto de la lucha de clases.

Toda esta gigantesca falsificación burguesa (gigantesca por la amplitud de su impacto en las masas) se basa en la tendencia a reducir el movimiento obrero a un movimiento principalmente sindical, a mantenerlo lo más alejado posible de una política independiente (es decir, revolucionaria y orientada a la dictadura democrática), a "eclipsar en la conciencia de los obreros la idea de la revolución de todo el pueblo ruso con la idea de la lucha de las clases".

Cómo ve el lector, hemos dado la vuelta de pies a cabeza a la fórmula de *Osvobozhdenie*. Excelente fórmula que expresa perfectamente dos puntos de vista sobre el papel del proletariado en la revolución democrática, el punto de vista burgués y el punto de vista socialdemócrata. La burguesía quiere constreñir el proletariado al solo movimiento sindical y, de esta manera, "eclipsar en su conciencia la idea de la revolución de todo el pueblo ruso con la idea de la lucha de clases" (*a la manera de Brentano*), exactamente igual que los autores bernsteinianos del *Credo*, los cuales eclipsaban en la conciencia de los obreros la idea de la lucha política con la idea del movimiento "puramente obrero". La socialdemocracia quiere, por el contrario, desarrollar la lucha de clase del proletariado hasta hacerle asumir en la revolución de todo el pueblo ruso un papel dirigente, es decir, llevar esta revolución hasta la dictadura democrática del proletariado y los campesinos.

Nuestra revolución es una revolución de todo el pueblo, dice la burguesía al proletariado. Por eso tú, como clase peculiar, debes limitarte a tu lucha de clase; en aras del "sentido común", debes dirigir tu atención principal a los sindicatos y a su legalización; debes considerar precisamente esos sindicatos "el punto de partida más importante para tu educación política y para tu organización"; en los momentos revolucionarios debes redactar, sobre todo, resoluciones "serias", parecidas a la de los neoiskristas; debes ser circunspecto con las resoluciones "más benignas para los liberales"; debes preferir a dirigentes que tiendan a convertirse en "dirigentes prácticos del movimiento político real de la clase obrera"; debes "conservar los elementos realistas de la concepción marxista del mundo" (si, por desgracia, ya te has contagiado de las "fórmulas rígidas" de este catecismo "no científico").

Nuestra revolución es una revolución de todo el pueblo, dice la socialdemocracia al proletariado. Por eso, como eres la clase más avanzada y la única revolucionaria hasta el fin, debes aspirar no sólo a participar en la revolución de la manera más enérgica, sino a desempeñar un papel dirigente en ella. Por eso no debes encerrarte en el marco de la lucha de clase concebido con estrechez, sobre todo en el sentido del movimiento sindical, sino, por el contrario, tratar de ampliar el marco y el contenido de tu lucha de clase *hasta abarcar* con él no sólo *todas* las tareas de la actual revolución democrática del pueblo ruso, sino también las tareas de la revolución socialista que ha de seguir. Por eso, sin desentenderse del movimiento sindical y sin dejar de aprovechar hasta el más pequeño resquicio de legalidad, en la época de la revolución se deben colocar en primer plano las tareas de la insurrección armada y de formar un ejército revolucionario y un gobierno revolucionario como únicos caminos hacia la victoria completa del pueblo sobre el zarismo, hacia la conquista de la república democrática y de la verdadera libertad política.

Huelga hablar de la ambigüedad e inconsecuencia, como es natural gratas para la burguesía, de que adolecen en esta cuestión las resoluciones neoiskristas, gracias a su "línea" errónea.

### II. Nueva "profundización" del problema por el camarada Martinov

Pasemos a los artículos de Martínov en los números 102 y 103 de *Iskra*. De suyo se entiende que no contestaremos a los intentos de Martínov de probar la falsedad de nuestra interpretación de una serie de citas de Engels y Marx y la justedad de la suya. Estas tentativas son tan poco serias, los subterfugios empleados tan evidentes, y la cuestión tan clara que no tendría ningún interés detenerse en ellas una vez más. A cualquier lector que piense le será fácil discernir los ingenuos ardides de Martínov en su retirada en toda la línea, sobre todo cuando sean publicadas las traducciones completas de los folletos *Los bakuninistas en acción*, de Engels, y *Mensaje del Comité Central a la Liga de los Comunistas* -marzo de 1850-, de Marx, preparados por un grupo de colaboradores de *Proletari*. Bastará una sola cita del artículo de Martínov para que el lector vea claramente su retirada.

*Iskra* "reconoce" -dice Martínov en el número 103- "que uno de los caminos posibles y convenientes para el desarrollo de la revolución es formar un gobierno provisional y niega la conveniencia de que los socialdemócratas participen en un gobierno provisional *burgués*, precisamente para apoderarse después de toda la máquina del Estado con el fin de hacer la revolución socialista". Dicho con otras palabras: *Iskra* ha reconocido ahora lo absurdo de los temores que le inspiraba la responsabilidad del gobierno revolucionario por el Tesoro y los bancos, del miedo de que fuese peligroso e imposible tomar en sus manos las "cárceles", etc. Pero *Iskra* continúa embrollando las cosas, como antes, al confundir la dictadura democrática con la dictadura

socialista. La confusión es inevitable para cubrir la retirada.

Martínov descuella entre los confusionistas de la nueva *Iskra* como confusionista de primera clase, como confusionista de talento, valga la expresión. Embrollando el problema en sus esfuerzos por "profundizarlo", llega casi siempre a "forjarse" nuevos enunciados que revelan a maravilla toda la falsedad de la posición ocupada por él. Recuerden cómo "profundizaba" en la época del "economismo" a Plejánov e ideó fecundo la fórmula: "lucha económica contra los patronos y el gobierno". Sería difícil encontrar en todas las publicaciones de los "economistas" una expresión más feliz de toda la falsedad de esta tendencia. Y lo mismo ocurre hoy: Martínov sirve con tesón a la nueva *Iskra* y, casi siempre que toma la palabra, nos ofrece nuevos y excelentes datos para apreciar la falsa posición neoiskrista. En el número 102 dice que Lenin "ha trastrocado de una manera imperceptible los conceptos de revolución y dictadura" (pág. 3, col. 2).

A esta acusación se reducen, en esencia, todas las acusaciones de los neoiskristas contra nosotros. ¡Cuán agradecidos le estamos a Martínov por esta acusación! ¡Qué servicio inapreciable nos presta en la lucha contra el neoiskrismo, formulando la acusación de esa manera! En verdad, vamos a tener que pedir a la redacción de *Iskra* que lance más a menudo a Martínov contra nosotros, encargándole "ahondar" los ataques a *Proletari* y formularlos "desde el punto de vista de los principios puros". Pues cuanto más se esfuerza Martínov por argumentar desde el punto de vista de los principios, tanto peor lo hace y tanto más evidente resulta la prueba de las deficiencias del neoiskrismo, con tanto mayor éxito hace consigo mismo y con sus amigos la útil operación pedagógica de *reductio ad absurdum* (de reducir al absurdo los principios de la nueva *Iskra*).

*Vperiod* y *Proletari* "trastruecan" los conceptos de revolución y dictadura. A *Iskra* no le gusta este "trastrueque". ¡Eso es, honorabilísimo camarada Martínov! Usted ha dicho, sin habérselo propuesto, una gran verdad. Usted ha confirmado con una fórmula *nueva* nuestra afirmación de que *Iskra* va a la zaga de la revolución y se desvía hacia un planteamiento de las tareas de la revolución a lo *Osvobozhdenie*, mientras que *Vperiod* y *Proletari* dan consignas que impulsan adelante la revolución democrática.

¿No lo comprende usted, camarada Martínov? En vista de la importancia de la cuestión, trataremos de explicárselo con detenimiento.

El carácter burgués de la revolución democrática se refleja, entre otras cosas, en el hecho de que toda una serie de clases, grupos y sectores sociales, que se mantienen por completo en el terreno del reconocimiento de la propiedad privada y de la economía mercantil y son incapaces de salirse de él, llegan, por la fuerza de las cosas, a reconocer que la autocracia y todo el régimen de servidumbre en general son inservibles y se adhieren a la reclamación de libertad. Cabe señalar que cada vez está más claro el carácter burgués de esta libertad, exigida por la "sociedad" y defendida con un torrente de palabras (¡solamente de palabras!) de los terratenientes y capitalistas. Al mismo tiempo resulta más evidente cada día la diferencia radical que hay entre lucha obrera y lucha burguesa por la libertad, entre democracia proletaria y democracia liberal. La clase obrera y sus representantes conscientes avanzan e impulsan adelante esta lucha, no sólo sin temor a llevarla hasta el fin, sino tratando de ir mucho más allá de los más lejanos límites de la revolución democrática. La burguesía es inconsecuente y egoísta, y no acepta las consignas de libertad más que de un modo incompleto e hipócrita. Todo intento de marcar con una línea peculiar, con "puntos" elaborados especialmente (como los puntos de la resolución de Starovier o de la de los conferencistas), los límites desde los cuales comienza esa hipocresía de los amigos burgueses de la libertad o, si se quiere, esa traición a la libertad por sus amigos burgueses, está infaliblemente condenado al fracaso, pues la burguesía, colocada entre dos fuegos (la autocracia y el proletariado), es capaz de cambiar por mil caminos y medios su posición y sus consignas, adaptándose un poco a la derecha y otro poco a la izquierda, tirando, aflojando y trapicheando siempre. La tarea de la democracia proletaria no consiste en inventar estos "puntos" muertos, sino en hacer una crítica continua de la situación política cambiante, en desenmascarar las nuevas inconsecuencias y traiciones imprevistas de la burguesía.

Recuerden la historia de los escritos políticos del señor Struve en las publicaciones ilegales y de la guerra que le hizo la socialdemocracia y verán de manera palmaria cómo cumplió estas tareas la socialdemocracia, campeona de la democracia proletaria. El señor Struve comenzó por lanzar una consigna, puramente a lo Shípov; "¡derechos y poder para los zemstvos!" (véase mi artículo en *Zariá*[62]: *Los perseguidores de los zemstvos y los Aníbales del liberalismo*). La socialdemocracia lo desenmascaraba y lo empujaba hacia un programa netamente constitucionalista. Cuando estos "empujones" surtieron efecto, gracias a la marcha particularmente rápida de los acontecimientos revolucionarios, la lucha se orientó hacia *la siguiente* cuestión de la democracia: no sólo una Constitución en general, sino sin falta sufragio universal igual, directo y secreto. Cuando "ocupamos" al "adversario" esta nueva posición (la

adopción del sufragio universal por la Unión de Liberación), seguimos presionando, demostrando la hipocresía y la falsedad del sistema bicameral, el reconocimiento incompleto del sufragio universal por los adeptos de *Osvobozhdenie*, señalando en su *monarquismo* el carácter mercantilista de su democracia o, dicho con otras palabras, *la malversación* de los intereses de la gran revolución rusa por los elementos de *Osvobozhdenie*, estos héroes de la bolsa de oro.

En fin, la brutal terquedad de la autocracia, el progreso gigantesco de la guerra civil y el atolladero en que habían metido a Rusia los monárquicos empezaron a influir hasta en las mentes más rutinarias. La revolución se convertía en un *hecho*. Para aceptar la revolución ya no hacía falta ser un revolucionario. El gobierno autocrático se descomponía en realidad y sigue descomponiéndose a la vista de todos. Como ha señalado con razón un liberal (el señor Gredeskul) en la prensa legal, se ha creado de hecho un estado de insubordinación al gobierno existente. A pesar de toda su aparente fuerza, la autocracia ha resultado ser impotente, los acontecimientos de la revolución en desarrollo han empezado simplemente a arrinconar este organismo parasitario que se descompone en vida. Obligados a respaldar su actividad (o, más exactamente, sus trapicheos políticos) con las relaciones concretas que se están estableciendo de hecho, los burgueses liberales *han empezado a ver la necesidad de aceptar la revolución*. Y lo hacen no porque sean revolucionarios, sino a pesar de que no son revolucionarios. Lo hacen por necesidad y en contra de su voluntad, viendo irritados los éxitos de la revolución, acusando de revolucionaria a la autocracia, que no quiere componendas, sino la lucha a vida o muerte. Negociantes por naturaleza, odian la lucha y la revolución, pero las circunstancias los obligan a pisar el terreno de la revolución, puesto que no hay otro terreno bajo los pies.

Asistimos a un espectáculo muy aleccionador y cómico. Las prostitutas del liberalismo burgués intentan cubrirse con la toga revolucionaria. Los de *Osvobozhdenie -risum teneatis, amici!*[*] ¡los de *Osvobozhdenie* empiezan a hablar en nombre de la revolución! ¡¡¡Los de *Osvobozhdenie* empiezan a asegurar que "no temen la revolución" (el señor Struve, en el núm. 72 de *Osvobozhdenie*)!!! ¡¡¡Los de *Osvobozhdenie* tienen la pretensión de "ponerse a la cabeza de la revolución"!!!

Este es un fenómeno muy significativo que caracteriza no sólo el progreso del liberalismo burgués, sino, más aún, el progreso de los éxitos reales del movimiento revolucionario que *obligó* a que lo reconocieran. Hasta la burguesía comienza a darse cuenta de que es más conveniente pisar el terreno de la revolución -hasta tal punto se tambalea la autocracia-. Mas, por otra parte, este fenómeno, que testimonia el ascenso de todo el movimiento a un escalón nuevo, superior, nos plantea tareas también nuevas, también de orden superior. La burguesía no puede admitir la revolución con sinceridad, independientemente de la honestidad personal de tal o cual ideólogo de la burguesía. La burguesía no puede menos de aportar también a esta fase superior del movimiento su egoísmo y su inconsecuencia, su trapicheo y sus mezquinos estratagemas reaccionarios. Debemos formular ahora *de otra manera* las tareas *concretas* e inmediatas de la revolución en nombre de nuestro programa y para el desarrollo de nuestro programa. Lo que ayer era bastante, *hoy es insuficiente*. Es posible que ayer fuera bastante exigir, como consigna democrática de vanguardia, el reconocimiento de la revolución. Ahora esto es poco. La revolución ha obligado hasta al señor Struve a admitirla. Ahora se exige de la clase de vanguardia que determine exactamente *el contenido mismo* de las tareas inmediatas e inaplazables de esta revolución. Al aceptar la revolución los señores Struve enseñan una y otra vez la punta de sus orejas asnales, entonando de nuevo la vieja cantinela de la posibilidad de un desenlace pacífico, de que Nicolás llame al poder a los señores de *Osvobozhdenie*, etc., etc. Los señores de *Osvobozhdenie* aceptan la revolución con el fin de escamoteada, de traicionarla con menos riesgo para ellos. Nos incumbe ahora indicar al proletariado y al pueblo entero la insuficiencia de la consigna "revolución", mostrar la necesidad de una definición clara e inequívoca, consecuente y decidida del *contenido mismo* de la revolución. Y esta definición constituye la única consigna capaz de expresar con tino la "victoria decisiva" de la revolución, la consigna: dictadura democrática revolucionaria del proletariado y los campesinos.

Abusar del sentido de las palabras es un fenómeno corrientísimo en política. Por ejemplo, en más de una ocasión se llamaron "socialistas" los partidarios del liberalismo burgués de Inglaterra ("ahora todos somos socialistas" - "*We all are socialists now*", dijo Harcourt), los partidarios de Bismarck y los amigos del Papa León XIII. La palabra "revolución" también sirve perfectamente para que se abuse de ella y, en determinada fase del desarrollo del movimiento, ese abuso es inevitable. Cuando el señor Struve se puso a hablar en nombre de la revolución, no pudimos menos de evocar a Thiers. Pocos días antes de la revolución de febrero, aquel enano monstruoso, prototipo de la venalidad política de la burguesía, barruntaba la inminencia de la tempestad popular. ¡Y declaró

[*] ¡Contened la risa, amigos!

desde la tribuna parlamentaria que *él pertenecía al partido de la revolución*! (Véase *La guerra civil en Francia*, de Marx). La significación política del paso de *Osvobozhdenie* al partido de la revolución es *absolutamente idéntica* a este "paso" de Thiers. Cuando los Thiers rusos se ponen a hablar de su pertenencia al partido de la revolución, eso quiere decir que la consigna de revolución es ya insuficiente, que no dice nada, que no plantea ninguna tarea, pues la revolución es un hecho, y se suman a ella los elementos más heterogéneos.

En efecto, ¿qué es la revolución desde el punto de vista del marxismo? La destrucción violenta de la superestructura política caduca, cuya contradicción con las nuevas relaciones de producción ha dado lugar en determinado instante a su hundimiento. La contradicción entre la autocracia y todo el régimen de la Rusia capitalista, entre la autocracia y todas las demandas del desarrollo democrático burgués del país da lugar ahora a una bancarrota tanto mayor cuanto más tiempo se ha mantenido artificiosamente esa contradicción. La superestructura se desgarra por todas sus costuras, cede a la presión, se debilita. El pueblo se ve precisado a crear él mismo, por medio de los representantes de las más distintas clases y grupos, una nueva superestructura. En un momento determinado del desarrollo, la inutilidad de la vieja superestructura se hace evidente para todos. Todos aceptan la revolución. La tarea consiste ahora en determinar *qué* clases precisamente y *cómo precisamente* deben construir la nueva superestructura. ¡Sin esa definición, la consigna de revolución en el momento actual es una consigna vacía y sin sentido, pues la debilidad de la autocracia hace "revolucionarios" incluso a los grandes príncipes y a *Moskóvskie Viédomosti*[63]! Sin esa definición no se puede ni hablar de las tareas democráticas avanzadas de la clase de vanguardia. Y esa definición es concretamente la consigna de dictadura democrática del proletariado y los campesinos. Esta consigna define tanto a las clases en que pueden y deben apoyarse los nuevos "constructores" de la nueva superestructura como su carácter (dictadura "democrática" a diferencia de la socialista) y el método de construir (dictadura, esto es, aplastamiento por la violencia de la resistencia violenta, armamento de las clases revolucionarias del pueblo). Quien no admita ahora esta consigna de dictadura democrática revolucionaria, la consigna de ejército revolucionario, de gobierno revolucionario, de comités campesinos revolucionarios o no comprende en absoluto las tareas de la revolución, no sabe determinar sus nuevas y supremas tareas planteadas por el momento actual, o engaña al pueblo, traiciona la revolución abusando de la consigna de "revolución".

El primer caso es el del camarada Martínov y sus amigos. El segundo es el del señor Struve y de todo el partido "demócrata constitucionalista" de los zemstvos.

¡El camarada Martínov ha sido tan perspicaz e ingenioso que ha lanzado la acusación de que "se trastruecan" los conceptos de revolución y de dictadura precisamente cuando el desarrollo de la revolución exige que se definan sus tareas con la consigna de dictadura! En realidad, el camarada Martínov ha tenido otra vez la desgracia de quedarse a la zaga, de tropezar en el penúltimo escalón, *de situarse al nivel de la tendencia de "Osvobozhdenie"*, pues admitir (de palabra) la "revolución" y rechazar la dictadura democrática del proletariado y los campesinos (es decir, la revolución en la práctica) corresponde ahora precisamente a la posición política de *Osvobozhdenie*, esto es, a los intereses de la burguesía monárquica liberal. La burguesía liberal dice ahora, por boca del señor Struve, que está en pro de la revolución. El proletariado consciente exige, por boca de los socialdemócratas revolucionarios, la dictadura del proletariado y los campesinos. Y aquí tercia en la polémica el sabihondo de la nueva *Iskra*, gritando: ¡no oséis "trastrocar" los conceptos de revolución y dictadura! Pues bien, ¿acaso no es verdad que la falsa posición de los neoiskristas los condena a ir constantemente a la zaga de la tendencia de *Osvobozhdenie*?

Hemos demostrado que los elementos de *Osvobozhdenie* suben peldaño por peldaño (no sin la influencia de los empujones estimulantes de la socialdemocracia) la escalera que conduce al reconocimiento de la democracia. Al principio el objeto de nuestra discusión con ellos era: ¿táctica a lo Shípov (conceder derechos e investir de poder a los zemstvos) o constitucionalismo? Después: ¿elecciones limitadas o sufragio universal? Después: ¿reconocimiento de la revolución o trapicheo con la autocracia? Por último, ahora, ¿reconocimiento de la revolución sin dictadura del proletariado y los campesinos o reconocimiento de la reivindicación de dictadura de estas clases en la revolución democrática? Es posible y probable que los señores de *Osvobozhdenie* (los de ahora o sus sucesores en el ala izquierda de la democracia burguesa, es igual) asciendan un escalón más, es decir, admitan también, con el tiempo (tal vez cuando el camarada Martínov suba otro escalón), la consigna de dictadura. Y es incluso inevitable que así sea si la revolución rusa avanza con éxito y alcanza la victoria decisiva. ¿Cuál será entonces la posición de la socialdemocracia? La victoria completa de la revolución actual será el fin de la revolución democrática y el comienzo de la lucha enérgica por la revolución socialista. La

satisfacción de las reivindicaciones de los campesinos de nuestros días, el aplastamiento completo de la reacción, la conquista de la república democrática marcarán el fin completo del espíritu revolucionario de la burguesía e incluso de la pequeña burguesía, será el comienzo de la verdadera lucha del proletariado por el socialismo. Cuanto más completa sea la revolución democrática tanto más rápida y amplia, tanto más neta y denodada será esta nueva lucha. La consigna de dictadura "democrática" expresa precisamente el carácter histórico limitado de la actual revolución y la necesidad de una nueva lucha basada en un nuevo orden de cosas, por la liberación total de la clase obrera de todo yugo y de toda explotación. Dicho de otra manera, cuando la burguesía democrática o la pequeña burguesía ascienda un escalón más, cuando sea un hecho no sólo la revolución, sino la victoria completa de la revolución, "trastrocaremos" (quizá en medio de los gritos de horror de los nuevos Martínov futuros) la consigna de dictadura democrática y la consigna de dictadura socialista del proletariado, es decir, de revolución socialista completa.

### III. La vulgar exposición burguesa de la dictadura y el concepto que Marx tenia de ella

Mehring relata en las notas dedicadas a la edición -publicada por él- de los artículos de Marx, insertos en la *Nueva Gaceta del Rin* en 1848, que las publicaciones burguesas hacían, entre otras cosas, a dicho periódico el reproche de que exigía, al parecer, "la instauración inmediata de la dictadura como único medio para poner en práctica la democracia" (*Marx'Nachlass*, t. III, pág. 53)[64]. Desde el punto de vista vulgar de la burguesía, el concepto de dictadura y el concepto de democracia se excluyen mutuamente. Al no comprender la teoría de la lucha de clases y estar acostumbrado a ver en la liza política únicamente los pequeños altercados de los diversos grupos y facciones de la burguesía, el burgués entiende por dictadura la anulación de todas las libertades y garantías democráticas, entiende por dictadura toda arbitrariedad, todo abuso de poder en provecho personal del dictador. En el fondo, precisamente este vulgar punto de vista burgués se trasluce también en nuestro Martínov que, como conclusión de su "nueva campaña" en la nueva *Iskra*, explica el apasionamiento de *Vperiod* y de *Proletari* por la consigna de dictadura, diciendo que Lenin "desea apasionadamente probar suerte" (*Iskra*, núm. 103, pág. 3, col. 2). Esta deliciosa explicación se encuentra por entero al mismo nivel que las acusaciones burguesas a la *Nueva Gaceta del Rin* de que preconizaba la dictadura. Por consiguiente, Marx fue acusado también -¡aunque no por los "socialdemócratas", sino por los liberales burgueses!- de "trastrocar" los conceptos de revolución y dictadura. Para aclarar a Martínov el concepto de dictadura de una clase, a diferencia de dictadura de un individuo, y las tareas de la dictadura democrática, a diferencia de las que se plantean a la dictadura socialista, será útil que nos detengamos a examinar las ideas de la *Nueva Gaceta del Rin*.

"Toda estructura provisional del Estado -escribía la *Nueva Gaceta del Rin* el 14 de septiembre de 1848-, después de una revolución, exige una dictadura, y una dictadura enérgica. Nosotros hemos reprochado desde el principio a Camphausen (presidente del Consejo de Ministros después del 18 de marzo de 1848) el que no obrara de manera dictatorial, el que no destruyera y barriera en seguida los restos de las viejas instituciones. Y mientras el señor Camphausen se entregaba a sus ilusiones constitucionales, el partido vencido (es decir, el partido de la reacción) consolidaba sus posiciones en la burocracia y en el ejército y hasta comenzaba a atreverse en distintos lugares a la lucha al descubierto"[65].

Estas palabras -dice con razón Mehring- resumen en unas cuantas tesis la idea expuesta con prolijidad en largos artículos de la *Nueva Gaceta del Rin*, sobre el gobierno Camphausen. ¿Y qué nos dicen estas palabras de Marx? Nos dicen que el gobierno provisional revolucionario debe actuar de manera dictatorial (tesis que *Iskra* en modo alguno ha podido comprender por su temor a la consigna de dictadura); que una tarea de esta dictadura es destruir los restos de las viejas instituciones (precisamente lo que se indica con claridad en la resolución del III Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia sobre la lucha frente a la contrarrevolución y se omite en la resolución de la conferencia, como hemos señalado más arriba). En tercer y último lugar, de estas palabras se desprende que Marx fustigaba a los demócratas burgueses por sus "ilusiones constitucionales" en una época de revolución y de guerra civil declarada. El sentido de estas palabras está clarísimo en el artículo de la *Nueva Gaceta del Rin* del 6 de junio de 1848. "La Asamblea Nacional Constituyente -escribía Marx- debe ser, ante todo, una asamblea activa, activa a lo revolucionario. Pero la Asamblea de Fráncfort se entrega a ejercicios escolares de parlamentarismo y deja al gobierno que obre. Supongamos que este sabio concilio llegue, tras maduro debate, a componer el mejor orden del día y la mejor de las Constituciones. ¿Para qué servirán el mejor orden del día y la mejor de las Constituciones si, mientras tanto, los gobiernos alemanes han puesto ya la bayoneta a la orden del día ?[66]

He aquí el sentido de la consigna de dictadura. De ello se desprende cuál sería la actitud de Marx ante unas resoluciones que llaman victoria decisiva

al "acuerdo de organizar la Asamblea Constituyente" o que invitan ¡"a seguir siendo el partido de oposición revolucionaria extrema"!

Los grandes problemas de la vida de los pueblos se resuelven solamente por la fuerza. Las propias clases reaccionarias son generalmente las primeras en recurrir a la violencia, a la guerra civil, y "ponen la bayoneta a la orden del día", como lo ha hecho la autocracia rusa y continúa haciéndolo, sistemática y constantemente por todas partes, desde el 9 de enero. Y una vez creada esta situación, una vez que la bayoneta encabeza realmente el orden político del día, una vez que la insurrección ha resultado imprescindible e inaplazable, las ilusiones constitucionales y los ejercicios escolares de parlamentarismo no sirven más que para encubrir la traición de la burguesía a la revolución, para en cubrir el hecho de que la burguesía "vuelve la espalda" a la revolución. La clase verdaderamente revolucionaria debe lanzar en este preciso caso la consigna de dictadura.

Respecto a las tareas de la dictadura, Marx escribía ya en la *Nueva Gaceta del Rin*: "La Asamblea Nacional debo haber actuado de manera dictatorial contra las intentonas reaccionarias de los gobiernos caducos, y así hubiera adquirido tal fuerza en la opinión popular que todas las bayonetas se habrían roto contra ella... Y esta Asamblea fatiga al pueblo alemán con discursos aburridos en lugar de atraerlo o de ser atraída por él"[67]. A juicio de Marx, la Asamblea Nacional debió "haber eliminado del régimen existente en Alemania todo lo que estuviera en pugna con el principio de la soberanía del pueblo"; después "consolidar la base revolucionaria en que descansaba y asegurar, contra todos los ataques, la soberanía del pueblo conquistada por la revolución"[68].

Así pues, las tareas que Marx asignaba en 1848 al gobierno revolucionario o a la dictadura se reducían, ante todo, por su contenido, a la revolución *democrática*: defensa frente a la contrarrevolución y eliminación efectiva de todo lo que estuviera en pugna con la soberanía del pueblo. Esto no es otra cosa que una dictadura democrática revolucionaria.

Veamos ahora qué clases podían y debían, a juicio de Marx, cumplir esta tarea (aplicar hasta el fin en la práctica el principio de la soberanía del pueblo y rechazar los ataques de la contrarrevolución). Marx habla de "pueblo". Pero sabemos que luchó siempre sin piedad contra las ilusiones pequeñoburguesas de unidad del "pueblo", de ausencia de lucha de clases en el seno del pueblo. Al emplear la palabra "pueblo", Marx no velaba con ella la diferencia de las clases, sino que unificaba determinados elementos capaces de llevar la revolución hasta el fin.

Después del triunfo del proletariado de Berlín el 18 de marzo -escribía la *Nueva Gaceta del Rin*-, la revolución ha tenido resultados de dos tipos: "Por una parte, el armamento del pueblo, el derecho de asociación, la soberanía del pueblo conquistada en la práctica; por otra parte, el mantenimiento de la monarquía y el ministerio Camphausen-Hansemann, es decir, un gobierno de representantes de la gran burguesía. De esta manera, la revolución ha tenido resultados de dos tipos que debían abocar inevitablemente en la ruptura. El pueblo ha vencido; ha conquistado libertades de carácter decididamente democrático, pero el poder inmediato no ha pasado a sus manos, sino a manos de la gran burguesía. En suma, la revolución no ha sido llevada hasta el fin. El pueblo ha permitido a los representantes de la gran burguesía formar un ministerio, y estos representantes de la gran burguesía han demostrado inmediatamente sus aspiraciones, proponiendo una alianza a la vieja nobleza prusiana y a la burocracia. En el ministerio han entrado Arnim, Kanitz y Schwerin.

"*La gran burguesía, antirrevolucionaria desde el comienzo mismo, ha concertado una alianza defensiva y ofensiva con la reacción por miedo al pueblo, es decir, a los obreros y a la burguesía democrática*" (subrayado por nosotros)[69].

Así pues, para conseguir el triunfo decisivo de la revolución no sólo es insuficiente aún "el acuerdo de organizar la Asamblea Constituyente", sino hasta ¡su propia convocatoria! Incluso después del triunfo parcial en la lucha armada (triunfo de los obreros berlineses sobre las tropas el 18 de marzo de 1848) es posible una revolución "incompleta", "no llevada hasta el fin". ¿De qué depende, pues, el que sea llevada hasta el fin? De las manos a que pase la dominación efectiva: de que pase a manos de los Petrunkévich y los Ródichev, es decir, de los Camphausen y los Hansemann, o a manos del pueblo, es decir, de los obreros y de la burguesía democrática. En el primer caso, la burguesía tendrá el poder, y el proletariado, la "libertad de crítica", la libertad para "seguir siendo el partido de la oposición revolucionaria extrema". Inmediatamente después del triunfo, la burguesía concertará una alianza con la reacción (esto también ocurriría inevitablemente en Rusia si los obreros de San Petersburgo, por ejemplo, consiguieran un triunfo sólo parcial en los combates contra las tropas en la calle y dejaran formar gobierno a los señores Petrunkévich y Cía.). En el segundo caso, sería posible la dictadura democrática revolucionaria, es decir, el triunfo completo de la revolución.

Queda por determinar con mayor exactitud qué entendía propiamente Marx por "burguesía democrática" (*demokratische Bürgerschaft*), a la cual, sumada a los obreros, él llamaba pueblo en contraposición a la gran burguesía.

El siguiente pasaje de un artículo de la *Nueva Gaceta del Rin*, publicado el 29 de julio de 1848, da una respuesta clara: "...La revolución alemana de 1848 no es sino una parodia de la revolución francesa de 1789.

"El 4 de agosto de 1789, tres semanas después de la toma de la Bastilla, el pueblo francés arrolló en un solo día todas las cargas tributarias feudales.

"El 11 de julio de 1848, cuatro meses después de las barricadas de marzo, las cargas tributarias feudales arrollaron al pueblo alemán. *Teste Gierke cum Hansemanno*[*].

"La burguesía francesa de 1789 no abandonó ni un minuto a sus aliados, los campesinos. Sabía que su dominación se basaba en la liquidación del feudalismo en el campo, en la creación de una clase de campesinos propietarios (*grundbesitzenden*) libres.

"La burguesía alemana de 1848 traiciona sin ningún escrúpulo a los campesinos, sus aliados más naturales, que son carne de su carne y sin los cuales no puede nada contra la nobleza.

"El mantenimiento de los derechos feudales, sancionados bajo la apariencia del rescate (ilusorio): he aquí el resultado de la revolución alemana de 1848. El parto de los montes"[70].

Este es un pasaje muy aleccionador que nos ofrece cuatro tesis importantes: 1) La revolución alemana incompleta se diferencia de la francesa, llevada hasta su fin, en que la 'burguesía traicionó a la democracia en general y a los campesinos en particular. 2) La base de la realización completa de la revolución democrática está en la creación de una clase de campesinos libres. 3) La creación de una clase tal está en la supresión de las cargas tributarias feudales, en la destrucción del feudalismo, pero esto en modo alguno es aún la revolución socialista. 4) Los campesinos son los aliados "más naturales" de la burguesía, y precisando, de la burguesía democrática, sin los cuales esta última "no puede nada" contra la reacción.

Todas estas tesis, modificadas conforme a las particularidades nacionales concretas, poniendo régimen de servidumbre en lugar de feudalismo, pueden ser también aplicadas, en su totalidad, a la Rusia de 1905. No cabe duda de que, si sacamos las enseñanzas de la experiencia de Alemania, explicada por Marx, no podemos llegar a otra consigna, para el triunfo decisivo de la revolución, que a la de dictadura democrática revolucionaria del proletariado y los campesinos. No cabe duda de que el proletariado y los campesinos son las partes integrantes principales de ese "pueblo" que Marx contraponía en 1848 a la reacción que resistía y a la burguesía que traicionaba. No cabe duda de que también en Rusia la burguesía liberal y los señores de *Osvobozhdenie* traicionan y traicionarán a los campesinos, o sea, saldrán del paso con una seudorreforma y se colocarán al lado de los terratenientes en la lucha decidida entre éstos y los campesinos. Únicamente el proletariado es capaz de apoyar a los campesinos hasta el fin en esta lucha. No cabe duda, por último, de que, en Rusia, el éxito de la lucha campesina, es decir, el paso de todas las tierras a poder de los campesinos significará también una revolución democrática completa, pues ésta es la base social de la revolución llevada hasta el fin, pero en modo alguno será una revolución socialista ni la "socialización" de que hablan los ideólogos de la pequeña burguesía, los socialistas-revolucionarios. El éxito de la insurrección campesina, la victoria de la revolución democrática, no hará sino desbrozar el camino para una lucha decidida y verdadera por el socialismo, que tenga por base la república democrática. Los campesinos, como clase poseedora de tierras, desempeñarán en esta lucha el mismo papel traidor e inconsecuente que ahora desempeña la burguesía en la lucha por la democracia. Olvidar esto es olvidar el socialismo, engañarse a sí mismo y engañar a los demás respecto a los verdaderos intereses y tareas del proletariado.

Para no dejar ninguna laguna en la exposición de las ideas que Marx tenía en 1848 es necesario destacar una diferencia esencial entre la socialdemocracia alemana de entonces (o partido comunista del proletariado, hablando en el lenguaje de entonces) y la actual socialdemocracia rusa. Concedamos la palabra a Mehring:

"La *Nueva Gaceta del Rin* apareció en la liza política como "órgano de la democracia". No se puede menos de ver la orientación general de todos sus artículos. Pero, de modo directo, defendía más los intereses de la revolución burguesa frente al absolutismo y el feudalismo que los intereses del proletariado frente a los de la burguesía. Pocos datos encontrarán en sus columnas sobre el movimiento obrero específico durante la revolución, aunque no se debe olvidar que, al mismo tiempo, se publicaba dos veces por semana, bajo la dirección de Moll y Schapper, el órgano especial de la Unión Obrera de Colonia[71]. De todos

[*] "Testigos: el señor Gierke y el señor Hansemann". Hanseman era el ministro del partido de la gran burguesía (en ruso, Trubetskólo Ródichev, etc.). Gierke, ministro de Agricultura del gobierno Hansemann, redactó un "atrevido" proyecto de presunta "abolición sin indemnización de las cargas tributarias feudales" y, en realidad, de abolición de las pequeñas y sin importancia, pero de conservación de las más esenciales o su rescate mediante pago. El señor Gierke es algo así como en Rusia los señores Kablukov, Manuílov, Guertsenstéin y otros liberales burgueses semejantes, amigos del mujik, que quieren una "ampliación de la propiedad agraria campesina", pero sin lesionar a los terratenientes.

modos, la escasa atención que la *Nueva Gaceta del Rin*[72] dedicaba al movimiento obrero alemán de entonces salta a la vista del lector contemporáneo, pese a que su activista más capaz, Stephan Born, había sido discípulo de Marx y Engels en París y Bruselas y, en 1848, corresponsal del periódico de ellos en Berlín. Born cuenta en sus *Memorias* que Marx y Engels nunca le expresaron una sola palabra de desaprobación de su agitación obrera. Pero las declaraciones posteriores de Engels permiten suponer que ellos estaban descontentos, por lo menos, de los métodos de esta agitación. Este descontento era fundado, ya que Born se veía obligado a hacer muchas concesiones a la conciencia de clase del proletariado, no desarrollada aún en la mayor parte de Alemania, concesiones que estaban por debajo de toda crítica desde el punto de vista del *Manifiesto Comunista*. Su descontento no era fundado, por cuanto, a pesar de todo, Born supo mantener la agitación, dirigida por él, a un nivel relativamente alto... Sin duda alguna, Marx y Engels tenían razón en el plano histórico y político cuando veían el interés fundamental de la clase obrera, ante todo, en impulsar al máximo la revolución burguesa... Pese a ello, una prueba notable de cómo el instinto elemental del movimiento obrero sabe corregir las concepciones de los pensadores más geniales es el hecho de que éstos se pronunciaran, en abril de 1849, a favor de una organización específicamente obrera y decidieran participar en el congreso obrero, que preparaba principalmente el proletariado del Este del Elba (Prusia Oriental)".

De modo que ¡sólo en abril de 1849, casi un año después de la aparición del periódico revolucionario (la *Nueva Gaceta del Rin* empezó a salir el 1 de junio de 1848), Marx y Engels se pronunciaron a favor de una organización obrera independiente! ¡Hasta entonces dirigían simplemente un "órgano de la democracia" no ligado con ningún lazo orgánico a un partido obrero independiente! Este hecho, monstruoso e increíble desde nuestro punto de vista actual, nos demuestra con claridad qué diferencia tan enorme hay entre la socialdemocracia alemana de entonces y el actual Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia. Este hecho nos muestra cuánto más débiles eran los rasgos proletarios del movimiento, su corriente proletaria, en la revolución democrática alemana (debido al atraso de Alemania en 1848, tanto en el sentido económico como en el político: su fraccionamiento estatal). Esto no se debe olvidar (como lo olvida, por ejemplo, Plejánov) al apreciar las numerosas declaraciones que hizo Marx en esta época y en otra algo posterior sobre la necesidad de que el proletariado organizase su propio partido. Marx, al cabo de casi un año, basándose únicamente en la experiencia de la revolución democrática, sacó en la práctica esa conclusión: hasta tal punto era entonces filisteo y pequeñoburgués todo el ambiente de Alemania. Para nosotros, esta conclusión es ya una adquisición vieja y sólida de la experiencia de medio siglo de la socialdemocracia internacional, adquisición con la cual *hemos comenzado* a organizar el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia. Entre nosotros, por ejemplo, no puede darse el caso de que los periódicos revolucionarios del proletariado estén al margen del Partido Socialdemócrata del proletariado o de que actúen un solo instante como simples "órganos de la democracia".

Pero el contraste, que no hacía más que perfilarse entre Marx y Stephan Born, existe en nuestro país, tanto más desarrollado cuanto más potente es la corriente proletaria en el torrente democrático de nuestra revolución. Refiriéndose al probable descontento de Marx y Engels por la agitación de Stephan Born, Mehring se expresa de una forma demasiado suave y evasiva. He aquí lo que escribía Engels sobre Born en 1885 (prólogo a *Enthüllungen über den Kommunistenprozess zu Köln*. Zúrich. 1885*):

Los miembros de la Liga de los Comunistas[73] estaban en todas partes a la cabeza del movimiento democrático más extremo, demostrando con esto que la Liga era una excelente escuela de actividad revolucionaria. "El cajista Stephan Born, militante activo de la Liga en Bruselas y París, fundó en Berlín una "Hermandad Obrera" (*Arbeiterverbrüderung*) que adquirió considerable extensión y se mantuvo hasta 1850. Born, joven de talento, se precipitó, sin embargo, a actuar como político. Con tal de reunir gente a su alrededor, "alternaba" con un montón de elementos de lo más dispares (*Kreti und Plethi*). No era, ni mucho menos, una de esas personas capaces de unir tendencias contradictorias, de proyectar luz en el caos. Por este motivo, en las publicaciones oficiales de su Hermandad se confundían y entremezclaban constantemente los puntos de vista del *Manifiesto Comunista* con reminiscencias y aspiraciones gremiales, con retazos de ideas de Luis Blanc y Proudhon, con la defensa del proteccionismo, etc.; en pocas palabras, esta gente quería contentar a todo el mundo (*Allen alles sein*). *Se ocupaban particularmente de organizar huelgas, sindicatos, cooperativas de producción, olvidando que la tarea consistía, ante todo, en conquistar, por medio de la victoria política, primero el único terreno* sobre el cual se podrían realizar, sólida y firmemente, cosas como éstas (subrayado por nosotros). Y cuando las victorias de la reacción obligaron a los líderes de

* *Revelaciones sobre el proceso de los comunistas de Colonia*, Zúrich, 1885. (*N. de la Edit.*)

esta Hermandad a sentir la necesidad de participar directamente en la lucha revolucionaria, como es natural, la masa atrasada que estaba agrupada a su alrededor los abandonó. Born tomó parte en la insurrección de Dresde en mayo de 1849 y se salvó por una feliz casualidad. La Hermandad Obrera se mantuvo al margen del gran movimiento político del proletariado como una asociación aislada que más bien existía sólo sobre el papel, desempeñando una función tan secundaria que la reacción no consideró preciso prohibida hasta 1850, y sus secciones filiales no fueron disueltas hasta muchos años después. Born, cuyo auténtico nombre es Buttermilch[*], no consiguió ser político y terminó siendo un pequeño profesor suizo que ahora, en vez de traducir a Marx al idioma gremial, traduce en un alemán dulzón al buenazo de Renan"[75].

¡Así es cómo apreciaba Engels las dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática!

Nuestros neoiskristas tienden también hacia el "economismo" con más celo que inteligencia, haciéndose acreedores de las alabanzas de la burguesía monárquica por su "sensatez". También reúnen a su alrededor a los elementos más dispares, adulando" a los "economistas", seduciendo demagógicamente a la masa atrasada con las consignas de "iniciativa", "democracia", "autonomía", etc., etc. Sus asociaciones obreras existen también, muy a menudo, sólo en las páginas de la nueva *Iskra* a lo Jlestakov[76]. Sus consignas y resoluciones ponen de manifiesto la misma incomprensión de las tareas del "gran movimiento político del proletariado".

*Escrito en junio-julio de 1905. Publicado en libro aparte en julio de 1905, por el CC del POSDR, en Ginebra.*

*T. 11, págs. 1-131.*

---

[*] Al traducir a Engels, yo cometí un error en este punto en la primera edición, tomando la palabra *Buttermilch* (suero de leche. *N. de la Edit.*) por apodo y no por nombre propio. Este error ha causado, naturalmente, extraordinaria satisfacción a los mencheviques. Koltsov ha escrito que yo "había profundizado a Engels" (publicado en la recopilación *En dos años*); Plejánov, incluso ahora, recuerda este error en *Továrisch*[74]; en pocas palabras, se ha encontrado *un excelente pretexto para echar tierra a la cuestión de las dos tendencias en el movimiento obrero* de 1848 en Alemania: la tendencia de Born (afín a nuestros "economistas") y la tendencia marxista. Aprovechar los errores del adversario, aunque sólo sea en lo del nombre de Born, es más que natural. Pero echar tierra a la esencia del problema en las dos tácticas con enmiendas a la traducción es tanto como darse por vencido en lo esencial de la discusión. (Nota de Lenin a la edición de 1907. *N. de la Edit.*)

## LA REVOLUCIÓN ENSEÑA.

Las divergencias existentes en el seno de los partidos políticos y entre ellos suelen superarse no sólo discutiendo con argumentos fieles a los principios, sino también por efecto del curso de la propia vida política, y sería más exacto decir que no tanto de la primera forma como de la segunda. Sobre todo las divergencias en cuanto a la táctica del partido, o sea, a su conducta política, se zanjan a menudo con el paso efectivo de quienes están equivocados al camino certero de la lucha bajo el influjo de las enseñanzas de la vida, bajo la presión del propio curso de los acontecimientos, que obliga a seguir ese camino acertado y desecha simple y llanamente los razonamientos equivocados, los deja sin base ni contenido, abatidos y faltos de interés. Eso no significa, desde luego, que las divergencias de principio en problemas de táctica carezcan de gran importancia y no exijan aclaraciones fundamentales de la cuestión, pues tales aclaraciones son las únicas que pueden mantener al partido a la altura de sus convicciones teóricas. No. Eso sólo significa que es necesario comprobar con la mayor frecuencia posible, a la luz de los nuevos acontecimientos políticos, las decisiones tácticas adoptadas antes. Tal comprobación es necesaria en teoría y en la práctica: en teoría, para que la realidad de los hechos nos convenzan de si son acertadas, y en qué medida lo son, las decisiones tomadas y qué correctivos obligan a introducir en ellas los acontecimientos políticos ocurridos después de que fueron adoptadas; en la práctica, para aprender a guiarnos con tino por esas decisiones, para aprender a considerarlas directrices que deben ser aplicadas de inmediato.

La época revolucionaria es la que ofrece más datos que cualquier otra para tal comprobación, merced a la enorme rapidez del desarrollo político y al enconamiento de los choques políticos que se avecinan, estallan y se deciden. La vieja "superestructura" se derrumba en la época revolucionaria, y la nueva es creada a la vista de todos por la acción voluntaria de las más diferentes fuerzas sociales, que muestran con hechos su verdadera naturaleza.

Así también la revolución rusa nos ofrece, poco menos que cada semana, datos políticos de sorprendente riqueza que permiten comprobar nuestros acuerdos sobre táctica adoptados antes y aprovechar las enseñanzas más instructivas para toda nuestra actividad práctica. Tomemos los acontecimientos de Odessa[77]. Un conato de insurrección frustrada. Un destacamento del ejército revolucionario sufrió una derrota que, si bien no dio al enemigo la oportunidad de que lo aniquilase, le permitió arrinconarlo en un territorio neutral (lo mismo que los alemanes obligaron a un ejército francés a que se replegara a Suiza, durante la guerra de 1870-1871), donde fue desarmado por el Estado neutral. Doloroso fracaso, dura derrota. Pero ¡qué abismo media entre este fracaso sufrido en la lucha y los continuos fracasos que llueven sobre los trapicheos de los Shípbv, Trubetskói, Petrunkévich, Struve y todos esos lacayos burgueses del zar! Engels dijo una vez que los ejércitos derrotados aprenden extraordinariamente[78]. Estas magníficas palabras son más aplicables, sin ningún grado de comparación, a los ejércitos revolucionarios engrosados por las clases avanzadas que a los ejércitos de una u otra nación. Mientras no sea barrida la vieja superestructura que contamina a todo el pueblo con su podredumbre, cada nueva derrota dará lugar a la formación de nuevos ejércitos de combatientes, los pondrá en juego, los aleccionará con la experiencia de sus camaradas y los instruirá en los métodos nuevos y superiores de batallar. Por supuesto, existe una experiencia colectiva mucho más amplia, de la humanidad, inscrita en la historia de la democracia y la socialdemocracia internacionales y reafirmada por los representantes de vanguardia del pensamiento revolucionario. De esa experiencia se surte nuestro partido para la propaganda y la agitación cotidianas. Pero mientras la sociedad se base en la opresión y explotación de millones de trabajadores, sólo unos pocos pueden aprender directamente de esa experiencia. Las masas deben aprender, sobre todo, en sus costillas, pagando con duros sacrificios cada lección, cada nuevo avance hacia la emancipación. Dura ha sido la lección del 9 de enero[79], pero ha revolucionado el estado de ánimo del proletariado de toda Rusia. Dura es la lección de la insurrección de Odessa; mas, como obra en un estado de ánimo ya revolucionario, ahora enseñará al proletariado revolucionario no sólo a luchar, sino también a vencer. Con motivo de los acontecimientos de Odessa decimos: el ejército revolucionario ha sido vencido, ¡viva el ejército revolucionario!

En el núm. 7 de nuestro periódico hemos hablado ya de cómo la insurrección de Odessa ha proyectado nueva luz sobre nuestras consignas de

ejército revolucionario y gobierno revolucionario*. En el número anterior hablamos (en el artículo del camarada V. S.) de las enseñanzas militares de la insurrección[80]. En el presente número volvemos a referimos a algunas de sus enseñanzas políticas (en el artículo *La revolución en la ciudad*). Ahora debemos detenemos, además, a comprobar nuestros recientes acuerdos sobre táctica en el doble sentido de su acierto teórico y de su conveniencia práctica, de lo cual ya hemos hablado antes.

Las cuestiones políticas esenciales del momento actual son la insurrección y el gobierno revolucionario. De ellas es de lo que más han hablado y discutido entre sí los socialdemócratas. A ellas estuvieron dedicadas las resoluciones más importantes del III Congreso del POSDR y de la conferencia de los que se han separado del partido. En torno a estas cuestiones giran las principales divergencias tácticas en el seno de la socialdemocracia rusa. Y ahora cabe preguntar: ¿bajo qué luz se presentan esas divergencias *después* de la insurrección de Odessa? Todo el que se tome la molestia de releer las opiniones y los artículos sobre esa insurrección, por una parte, y las cuatro resoluciones que a los problemas de la insurrección y del gobierno provisional dedicaron el congreso del partido y la conferencia de los neoiskristas, por la otra, notará inmediatamente cómo estos últimos, influidos por los acontecimientos, comenzaron a pasarse *de hecho* al bando de sus contrincantes, es decir, a obrar de acuerdo con las resoluciones del III Congreso, y no con las suyas. No hay mejor crítico de una doctrina errónea que el curso de los acontecimientos revolucionarios.

Bajo la influencia de estos acontecimientos, la redacción de *Iskra* publicó la hoja volante *La primera victoria de la revolución*, dirigida a los "ciudadanos, obreros y campesinos de Rusia", cuya parte esencial dice:

> "Ha llegado el momento de actuar con valentía y apoyar con todas las fuerzas la intrépida insurrección de los soldados. ¡Ahora vencerá la valentía!
>
> "¡Convocad, pues, a asambleas públicas del pueblo y llevadle la noticia del hundimiento del baluarte militar del zarismo! ¡Apoderaos, donde sea posible, de las instituciones urbanas para convertidas en bastiones de la autogestión revolucionaria del pueblo! Expulsad a los funcionarios zaristas y convocad a elecciones populares para las instituciones de autogestión revolucionaria, a las que encomendaréis la dirección provisional de los asuntos públicos hasta el triunfo definitivo sobre el gobierno zarista y el establecimiento de un nuevo orden estatal. ¡Apoderaos de las sucursales del Banco del Estado, de los arsenales y armad a todo el pueblo! ¡Entablad comunicación entre las ciudades y entre éstas y el campo, para que los ciudadanos armados se apresuren a ayudarse los unos a los otros dondequiera que haga falta! ¡Tomad las cárceles y poned en libertad a los combatientes presos de nuestra causa: con ellos fortaleceréis vuestras filas! ¡Proclamad en todas partes el derrocamiento de la monarquía zarista y su sustitución por una república democrática libre! ¡En pie, ciudadanos! ¡Ha sonado la hora de la emancipación! ¡Viva la revolución! ¡Viva la república democrática! ¡Viva el ejército revolucionario! ¡Abajo la autocracia!"

Se trata, pues, de un llamamiento enérgico, explícito y claro a la insurrección armada de todo el pueblo. Se trata asimismo de un llamamiento enérgico a formar un gobierno provisional revolucionario, si bien lamentamos que en este punto esté redactado de manera velada y reticente. Analicemos primero el problema de la insurrección.

¿Existe alguna diferencia de principio entre las resoluciones que sobre este problema adoptaron el III Congreso y la conferencia? Sin duda. Ya hemos hablado de eso en el núm. 6 de *Proletari* (*Tercer paso atrás*) y ahora volveremos a referirnos al instructivo testimonio de *Osvobozhdenie*[81], en cuyo número 72 leemos que la "mayoría" cae en un "revolucionarismo abstracto, un espíritu de rebeldía, el afán de levantar por todos los medios una insurrección de la masa del pueblo y tomar inmediatamente el poder en su nombre"."Por el contrario, la minoría, muy adicta a los dogmas del marxismo, conserva a la vez los elementos realistas de la concepción marxista del mundo". Este juicio de liberales que han pasado la escuela preparatoria del marxismo y el bernsteinianismo es sumamente valioso. Los burgueses liberales han reprochado siempre al ala revolucionaria de la socialdemocracia el "revolucionarismo abstracto y el amotinamiento" y elogiado siempre al ala oportunista su enfoque "realista" del problema. La propia *Iskra* ha tenido que reconocer (véase el núm. 73, nota a propósito de la aprobación del "realismo" del folleto del camarada Akímov) por el señor Struve que, en boca de los adeptos de *Osvobozhdenie*, "realista" significa "*oportunista*". Los señores de *Osvobozhdenie* no conocen otro realismo que el reptante; les es ajena por completo la dialéctica revolucionaria del realismo marxista, que hace resaltar los objetivos de lucha de la clase avanzada y revela en lo existente los elementos que lo destruirán. Por eso la caracterización que da *Osvobozhdenie* de las dos tendencias de la socialdemocracia confirma una vez más el hecho, probado por nuestras publicaciones, de que la

* Véase V. I. Lenin. *Ejército revolucionario y gobierno revolucionario*. (*N. de la Edit.*)

"mayoría" es el ala revolucionaria, y la "minoría", el ala oportunista de la socialdemocracia rusa.

*Osvobozhdenie* reconoce sin reservas que, en comparación con el congreso, "la conferencia de la minoría tiene una actitud totalmente distinta ante la insurrección armada". En efecto, la resolución de la conferencia, primero, se contradice, pues tan pronto niega como admite la posibilidad de una insurrección llevada a cabo con orden (pág. 1, punto d); y, segundo, se limita a enumerar las condiciones *generales* de los "preparativos de la insurrección", o sea: a) ampliar la agitación, b) consolidar los vínculos con el movimiento de las masas, c) desarrollar la conciencia revolucionaria, d) establecer una ligazón entre las distintas regiones, e) atraer a grupos no proletarios a apoyar al proletariado. La resolución del congreso, por el contrario, plantea abiertamente consignas positivas al afirmar que el movimiento *ha hecho ya* necesaria la insurrección y al exhortar a organizar al proletariado para una lucha inmediata, a adoptar las medidas más enérgicas para armarlo y a explicar en la propaganda y en la agitación "no sólo el significado político" de la insurrección (a eso se reduce, en realidad, la resolución de la conferencia), sino también sus aspectos práctico y de organización.

Para ver más clara la diferencia existente entre uno y otro modo de abordar el problema, recordaremos la evolución que han seguido las ideas socialdemócratas sobre la insurrección desde el surgimiento del movimiento obrero de masas. Primera etapa. Año de 1897. En *Las tareas de los socialdemócratas rusos*, de Lenin, se lee que "hablar de antemano de cuál será el medio a que recurrirá la socialdemocracia para el derrocamiento directo de la autocracia, de si preferirá, por ejemplo, la insurrección o la huelga política de masas u otra forma de ataque, sería lo mismo que si unos generales se reuniesen en consejo militar antes de haber reclutado tropas"*. Aquí, como vemos, ni siquiera se habla de preparar una insurrección, sino únicamente de reunir un ejército, es decir, de la propaganda, de la agitación y de la organización en general.

Segunda etapa. Año de 1902. En *¿Qué hacer?*, de Lenin, leemos:

"...Imagínense una insurrección popular. Ahora (febrero de 1902) es probable que todo el mundo esté de acuerdo en que debemos pensar en ella y preparamos para ella. Pero *¿cómo* prepararnos? ¡No se querrá que el Comité Central nombre agentes en todas las localidades para preparar la insurrección! Aunque tuviésemos un Comité Central, éste no lograría absolutamente nada con designarlos, dadas las actuales condiciones rusas. Por el contrario, una red de agentes que se forme por sí misma en el trabajo de organización y difusión de un periódico central no tendría que "aguardar con los brazos cruzados" la consigna de la insurrección, sino que desplegaría justamente esa labor regular que le garantizase, en caso de insurrección, las mayores probabilidades de éxito. Esa misma labor es la que reforzaría los lazos de unión tanto con las más grandes masas obreras como con todos los sectores descontentos de la autocracia, lo cual tiene suma importancia para la insurrección. En esa labor precisamente se formaría la capacidad de enjuiciar con tino la situación política general y, por tanto, la capacidad de elegir el momento adecuado para la insurrección. Esa misma labor es la que acostumbraría a todas las organizaciones locales a hacerse unísono eco de los problemas, casos y sucesos políticos que agitan a toda Rusia, responder a estos "sucesos" con la mayor energía posible, de la manera más uniforme y conveniente posible; y la insurrección es, en el fondo, la "respuesta" más enérgica, más uniforme y más conveniente de todo el pueblo al gobierno. Esa misma labor es la que acostumbraría, por último, a *todas* las organizaciones revolucionarias, en todos los confines de Rusia, a mantener las relaciones más constantes, y conspirativas a la vez, que crearían la unidad *efectiva* del partido; sin estas relaciones es imposible discutir colectivamente un plan de insurrección ni adoptar las medidas preparatorias indispensables en vísperas de ésta, medidas que deben guardarse en el secreto más riguroso"**.

¿Qué tesis sobre la insurrección expone este razonamiento? 1) Que la idea de "preparar" la insurrección designando agentes especiales que habrían de "aguardar con los brazos cruzados" es absurda. 2) Que son necesarios los lazos de unión, *surgidos del trabajo común*, entre las personas y organizaciones que despliegan una labor regular. 3) Que es preciso reforzar en esta labor los lazos de unión entre los sectores proletarios (obreros) y no proletarios (todos los descontentos). 4) Que es necesario formar en común la capacidad de enjuiciar con tino la situación política y hacerse "unísono eco", de la manera más conveniente, a los sucesos políticos. 5) Que se precisa la unidad efectiva de todas las organizaciones revolucionarias locales.

Vemos, por consiguiente, formulada ya con claridad la consigna de *preparar la insurrección*, pero aún falta el llamamiento directo a comenzarla, no se reconoce aún que el movimiento "ha conducido ya a la necesidad de la insurrección", que es preciso armarse inmediatamente, organizar grupos de combate, etc. Vemos precisamente el análisis de esas mismas condiciones de preparación

* Véase la presente edición, tomo 1. (*N. de la Edit.*)

** Véase la presente edición, tomo 2. (*N. de la Edit.*)

de la insurrección que se *repiten casi textualmente* en la resolución de la conferencia (¡¡en 1905!!).

Tercera etapa. Año de 1905. En el periódico *Vperiod*[82] y luego, en la resolución del III Congreso se da otro paso adelante: *además* de la preparación política general de la insurrección, se plantea la consigna directa de organizarse y armarse inmediatamente para ella y formar grupos especiales (de combate), pues el movimiento "ha conducido ya a la necesidad de la insurrección armada" (punto 2 de la resolución del congreso).

Esta breve referencia de historia nos induce a sacar tres deducciones indiscutibles: 1) La afirmación de los burgueses liberales, adeptos de *Osvobozhdenie*, de que nosotros caemos en "el revolucionarismo *abstracto*, en el afán de amotinar" es una patente falta a la verdad. Nosotros planteamos y hemos planteado siempre este problema precisamente *en el terreno concreto*, y no de un modo "abstracto", abordándolo de distintas maneras en 1897, 1902 y 1905. La acusación de afán de amotinar es una frase oportunista de los señores burgueses liberales, que se disponen a traicionar los intereses de la revolución y dejarla en la estacada en los momentos de la lucha decisiva contra la autocracia. 2) La conferencia de los neoiskristas se ha detenido en la segunda etapa de desarrollo del problema de la insurrección, limitándose en 1905 a repetir lo que valía sólo en 1902. Se ha quedado *atrasada* del desarrollo revolucionario tres años. 3) Bajo el impacto de las enseñanzas de la vida, en concreto, de la insurrección de Odessa, los neoiskristas han reconocido de hecho que es preciso actuar tal y como estipulan las resoluciones del congreso y no las de su propia conferencia, es decir, han reconocido que es impostergable la tarea de la insurrección y de absoluta necesidad hacer sin demora llamamientos inmediatos a organizar directamente la insurrección y armarse.

La revolución ha descartado en seguida la atrasada doctrina socialdemócrata. Tenemos, pues, un obstáculo menos para la unidad práctica en el trabajo común con los neoiskristas, sin que eso signifique, todavía, la desaparición total de las divergencias de principio. No podemos contentarnos con que nuestras consignas tácticas vayan renqueando a la zaga de los acontecimientos, adaptándose a ellos una vez consumados. Debemos procurar que estas consignas nos lleven adelante, nos alumbren el camino que nos queda y nos eleven por encima de las tareas inmediatas del momento. Para desplegar una lucha consecuente y tesonera, el partido del proletariado no puede determinar su táctica de cuando en cuando. Debe reunir en sus decisiones tácticas la fidelidad a los principios del marxismo y la evaluación exacta de los objetivos avanzados de la clase revolucionaria.

Otro problema político esencial es el del gobierno provisional revolucionario. Aquí vemos tal vez con mayor claridad aún que la redacción de *Iskra* rompe virtualmente en su hoja volante con las consignas de la conferencia y se adhiere a las consignas tácticas del III Congreso. La absurda teoría de que la socialdemocracia "no se debe proponer el fin de conquistar" (para una revolución democrática) "ni compartir el poder en el gobierno provisional" ha sido arrojada por la borda, pues la hoja volante exhorta francamente a "apoderarse de las instituciones urbanas" y a "organizar la gestión provisional de los asuntos públicos". La absurda consigna de "seguir siendo el partido de la oposición revolucionaria extrema" (absurda en un período de revolución, aunque muy acertada en el de controversia exclusivamente parlamentaria) ha sido archivada, en realidad, porque los acontecimientos de Odessa han obligado a *Iskra* a comprender que durante una insurrección es ridículo limitarse a esta consigna, que es necesario llamar activamente a la insurrección, a llevarla a cabo con toda energía y utilizar el poder revolucionario. También ha sido desechada la absurda consigna de las "comunas revolucionarias", pues los acontecimientos de Odessa han obligado a *Iskra* a comprender que esa consigna sólo propicia la confusión de la revolución democrática con la revolución socialista. Y confundir estas dos cosas tan diferentes no sería más que aventurerismo evidenciador de una falta absoluta de claridad de pensamiento teórico y capaz de entorpecer el cumplimiento de las medidas prácticas esenciales que faciliten a la clase obrera la lucha por el socialismo en la república democrática.

Recordemos la polémica de la nueva *Iskra* con *Vperiod*, su táctica de actuar "sólo desde abajo", en oposición a la de *Vperiod* de obrar "desde abajo y desde arriba", y veremos que *Iskra* ha adoptado nuestra solución del problema, pues ahora ella misma exhorta sin tapujos a la acción desde arriba. Recordemos los recelos de *Iskra* ante el peligro de que nos desacreditáramos, al asumir la responsabilidad por el Tesoro del Estado, la Hacienda Pública, etc. Y veremos que aunque nuestros argumentos no la convencieron, los propios hechos la han convencido de la razón que asiste a estos argumentos, ya que en la mencionada hoja volante *Iskra* recomienda sin ambages "apoderarse de las sucursales del Banco del Estado". La absurda teoría de que la dictadura democrática revolucionaria del proletariado y los campesinos y la participación conjunta de los mismos en un gobierno provisional revolucionario es "una traición al proletariado", o "un vulgar jauresismo (millerandismo)"[83], ha sido lisa y llanamente olvidada por los neoiskristas, quienes ahora exhortan precisamente a los obreros y

campesinos a apoderarse de las instituciones urbanas, las sucursales del Banco del Estado y los arsenales, a "armar a todo el pueblo" (por lo visto, ahora se trata de armarlo con armas, y no sólo con el "fervoroso deseo de armarse"), a proclamar el derrocamiento de la monarquía zarista, etc.; en pocas palabras, a actuar por entero conforme al programa que se ofrece en las resoluciones del III Congreso, a actuar como pide la consigna de dictadura democrática revolucionaria y gobierno provisional revolucionario.

Es cierto que *Iskra* no alude en su hoja volante ni a una ni a otra consigna. Enumera y describe todas las acciones típicas, en conjunto, de un gobierno provisional revolucionario, pero rehúye mencionado. Mal hecho. En realidad, ha adoptado por sí sola esta consigna. Pero la falta del término claro puede sólo inducir a vacilar, sembrar la indecisión y la confusión en las mentes de los luchadores. El temor a los términos "gobierno revolucionario" y "poder revolucionario" es un temor puramente anarquista, impropio de un marxista. Para "apoderarse" de instituciones y bancos, "convocar a elecciones", encomendar "la gestión provisional de los asuntos", "proclamar el derrocamiento de la monarquía", para todo eso es absolutamente necesario formar y proclamar, primero, un gobierno provisional revolucionario que una y dirija hacia un mismo fin toda la actividad militar y política del pueblo revolucionario. Sin esa unidad, sin el acatamiento general del gobierno provisional por el pueblo revolucionario, sin el paso de todo el poder a manos del gobierno provisional, ese "apoderarse" de instituciones y toda "proclamación" de la república no serán más que un simple y vano disparate de amotinadores. Si la energía revolucionaria del pueblo no está concentrada en un gobierno revolucionario, se desarticula después del primer éxito de la insurrección, se dispersa en minucias, pierde la amplitud nacional y no puede cumplir la misión de mantener lo conquistado y realizar lo proclamado.

"Repetimos: de hecho, en la práctica, la marcha de los acontecimientos obliga a los socialdemócratas que no aceptan las resoluciones del III Congreso del POSDR a actuar justamente conforme a las consignas lanzadas por este congreso y arrojar por la borda las de su conferencia. La revolución enseña. ¡Nuestro deber consiste en aprovechar al máximo las enseñanzas de la revolución, en coordinar nuestras consignas tácticas con nuestra conducta y con nuestras tareas inmediatas, en difundir entre las masas la comprensión certera de esas tareas inmediatas, en empezar con la mayor amplitud a organizar a los obreros en todas partes para alcanzar los objetivos de combate de la insurrección, para crear un ejército revolucionario y para formar un gobierno provisional revolucionario!

*Publicado el 13 (26) de julio de 1905 en el núm. 9 de "Proletari".*
*T. 11, págs. 133-143.*

# LA ACTITUD DE LA SOCIALDEMOCRACIA ANTE EL PROBLEMA CAMPESINO.

La enorme importancia del movimiento campesino en la revolución democrática por que atraviesa Rusia ha sido explicada ya multitud de veces por toda la prensa socialdemócrata. El III Congreso del POSDR aprobó, como es sabido, una resolución especial sobre esta cuestión para determinar con mayor exactitud y unificar la labor de todo el partido del proletariado consciente en lo que se refiere, precisamente, al actual movimiento campesino. A pesar de que esta resolución había sido preparada con anterioridad (el primer proyecto apareció en el número 11 de *Vperiod* el 10 (23) de marzo de este año*) y de que fue cuidadosamente redactada por el congreso del partido, que trató de formular los puntos de vista ya sentados de toda la socialdemocracia de Rusia, a pesar de eso, la resolución ha causado perplejidad entre diversos camaradas que actúan en Rusia. El comité de Sarátov ha considerado por unanimidad que esta resolución es inaceptable (véase el núm. 10 de *Proletari*). Por desgracia, el deseo expresado ya entonces por nosotros de que nos aclarasen este veredicto no ha sido satisfecho hasta ahora. Lo único que sabemos es que el comité de Sarátov ha declarado también inaceptable la resolución agraria de la conferencia neoiskrista. Por consiguiente lo que no le satisface es lo que hay de común en ambas resoluciones y no lo que las diferencia.

Un nuevo documento acerca de esta cuestión es la carta que nos han enviado de un camarada de Moscú (editada en multicopista), cuyo texto íntegro reproducimos:

> **Carta abierta al Comité Central y a los camaradas que trabajan en el campo**
>
> Camaradas:
>
> La organización regional del comité de Moscú ha emprendido de plano el trabajo entre los campesinos. La falta de experiencia en la organización de una labor de este género, las condiciones especiales del campo en nuestra zona central, la insuficiente claridad de las directrices contenidas en las resoluciones del III Congreso relativas a esta cuestión y la ausencia casi total de literatura, tanto en las publicaciones periódicas como en general, acerca del trabajo entre los campesinos, nos obligan a rogar al Comité Central que nos envíe directrices detalladas de principio y de carácter práctico y a pediros a vosotros, compañeros de trabajo, que nos facilitéis los datos prácticos que os ha proporcionado vuestra experiencia.
>
> Estimamos necesario daros a conocer las dudas que nos han surgido al leer la resolución del III Congreso "sobre la actitud ante el movimiento campesino", así como el plan de organización que ya hemos empezado a aplicar en los pueblos de nuestra región.
>
> "§ a) Propagar entre los grandes sectores del pueblo que la socialdemocracia se fija la tarea de apoyar con la mayor energía todas las medidas revolucionarias del campesinado capaces de mejorar su situación, llegando incluso a la confiscación de las tierras de los terratenientes, del fisco, de la Iglesia, de los monasterios y de la Corona" (fragmento de la resolución del III Congreso del POSDR).
>
> Lo primero que no está claro en este apartado es de qué manera efectuarán y deben efectuar la propaganda las organizaciones del partido. La propaganda exige, ante todo, una organización muy cercana a quienes está destinada. Sigue en pie la cuestión de si esta organización tomará la forma de comités del proletariado agrícola o si serán posibles también otros medios de organización para la propaganda oral y escrita.
>
> Lo mismo puede afirmarse de la promesa de un apoyo enérgico. Apoyar, y además con energía, sólo es posible también cuando existe una organización local. La cuestión del "apoyo enérgico" nos parece, en general, extremadamente vaga. ¿Es que puede la socialdemocracia apoyar la expropiación de las tierras de los terratenientes sometidos al laboreo más intensivo, con el empleo de máquinas, cultivos superiores, etc.? La transferencia de estas tierras a propietarios pequeñoburgueses, por muy importante que sea mejorar su situación, es un paso atrás desde el punto de vista del desarrollo capitalista de semejante hacienda. Y nosotros, sin dejar de ser socialdemócratas, deberíamos, a nuestro juicio, hacer la siguiente salvedad en este punto relativo al "apoyo": "siempre que la expropiación de estas tierras y su transformación en propiedad campesina (pequeñoburguesa) implique una forma superior de desarrollo de dicha hacienda en dichas tierras".
>
> Más adelante:
>
> "§ d) Tender a la organización independiente del proletariado agrícola, a su fusión con el proletariado urbano bajo la bandera del Partido

* Véase el presente volumen. (*N. de la Edit.*)

Socialdemócrata y a tener representantes suyos en los comités campesinos".

Surgen dudas respecto a la última parte de este punto, pues las organizaciones democráticas burguesas, como la Unión Campesina[84], y las utópicas reaccionarias al estilo de los socialistas-revolucionarios organizan bajo sus banderas tanto a los elementos burgueses del campesinado como a los proletarios. Al hacer que representantes nuestros de las organizaciones del proletariado agrícola formen parte de esos comités "campesinos", estaremos en contradicción con nosotros mismos, con nuestros puntos de vista sobre el bloque, etc.

También en este caso, a nuestro parecer, son necesarias enmiendas, y muy serias.

Tales son algunas de las observaciones generales a las resoluciones del III Congreso. Es de desear que se analicen cuanto antes y con el mayor detenimiento posible".

Por lo que se refiere al plan de organización "rural" dentro de nuestra organización regional, tenemos que actuar en unas condiciones de las que las resoluciones del III Congreso no dicen nada en absoluto. Es necesario señalar, primero, que la zona donde desarrollamos nuestra actividad -la provincia de Moscú y los distritos de las provincias colindantes con ella- es sobre todo industrial, con unas industrias de oficios relativamente poco desarrolladas y una parte muy insignificante de población dedicada *exclusivamente* a la agricultura. Grandes manufacturas de 10.000 a 15.000 obreros se alternan con pequeñas fábricas de 500 a 1.000 trabajadores diseminadas por pueblos y aldeas remotas. Podría parecer que, en tales condiciones, la socialdemocracia encontraría aquí un terreno muy propicio, pero la realidad ha demostrado que tales augurios hechos a la ligera están por debajo de toda crítica. A pesar de que algunas fábricas existen desde hace cuarenta o cincuenta años, la inmensa mayoría de nuestro proletariado aún no se ha desprendido de la tierra. El "campo" se le ha adherido con tal fuerza que ninguna de las premisas sicológicas y de distinto género que se crean en el proletariado "puro" en el proceso del trabajo colectivo se desarrollan en nuestro proletariado. La hacienda agrícola de nuestros "proletarios" es deforme. El tejedor de una fábrica contrata a un bracero para que trabaje su pequeña parcela. En esa parcela trabajan su mujer (si es que no está en la fábrica), los hijos, los viejos y los inválidos, y él mismo trabajará en ella cuando envejezca, cuando quede mutilado o sea despedido por su conducta turbulenta o sospechosa. Es difícil llamar proletarios a estos "proletarios". Por su situación económica son elementos depauperados; por su ideología, pequeños burgueses. Son ignorantes y conservadores. Entre ellos se recluta a los elementos de las centurias negras. Pero últimamente también comienza a despertar en ellos la conciencia. A través de sus lazos con el proletariado "puro", despertamos de su sueño secular a esta masa atrasada, y no sin éxito. Esos lazos aumentan, se fortalecen en algunos lugares, los elementos depauperados se supeditan a nuestra influencia y van asimilando nuestra ideología tanto en la fábrica como en el campo. Y no creemos que sea heterodoxia fomentar las organizaciones en un medio no "puramente" proletario. No contamos con otro medio, y si nos aferramos a la ortodoxia, a organizar exclusivamente al "proletariado" agrícola, tendremos que disolver nuestra organización y las organizaciones vecinas. Sabemos que nos será difícil luchar contra el ansia de expropiación de las tierras cultivables y otros terrenos abandonados por los terratenientes o de las tierras que los padres de capa y sotana no supieron explotar como es debido. Sabemos que la democracia burguesa, desde la fracción "democrático-monárquica" (existe una fracción así en el distrito de Ruza) hasta la Unión Campesina, luchará contra nosotros por influir en los "depauperados"; pero nosotros armaremos a los últimos contra los primeros. Utilizaremos todas las fuerzas socialdemócratas de la región, tanto las intelectuales como las obreras proletarias, para organizar y consolidar nuestros comités socialdemócratas de "depauperados". Y lo haremos de acuerdo con el siguiente plan. En cada cabeza de distrito o centro industrial importante organizaremos comités distritales de los grupos de la organización regional. El comité de distrito organizará, además de las fábricas de su zona, comités "campesinos". Por razones de conspiración, estos comités no deben ser numerosos y su composición será determinada por los campesinos depauperados de mayor espíritu revolucionario y más capaces. Allí donde existan fábricas y campesinos, habrá que organizados en un comité de subgrupo.

Ante todo, dicho comité debe orientarse clara y exactamente en las condiciones que le rodean: A) Relaciones agrarias: 1) lotes comunales en usufructo, arriendos, formas de propiedad (comunal, individual, etc.); 2) tierras colindantes: a) a quién pertenecen; b) cantidad de tierra; c) relación de los campesinos con esas tierras; d) condiciones en que son usufructuadas; 1) pago en trabajo, 2) rentas excesivas por los "recortes", etc.; e) deudas a los kulaks, terratenientes, etc. B) Tributos, impuestos, volumen de las contribuciones sobre las tierras

de los campesinos y de los terratenientes. C) Ocupaciones fuera de la hacienda propia, industrias de oficio, pasaportes, contratos de invierno[85], etc. D) Fábricas locales: condiciones de trabajo: 1) salarios, 2) jornada de trabajo, 3) trato de la administración, 4) condiciones de vivienda, etc. E) Administración: jefes de los zemstvos[86], alcalde, escribano, jueces subdistritales, guardias, cura. F) Zemstvos[87]: representantes de los campesinos, empleados de los zemstvos: maestro de escuela, médico, biblioteca, escuelas, salas de té. G) Asambleas subdistritales: composición y modo de tratar los asuntos. H) Organizaciones: Unión Campesina, socialistas-revolucionarios, socialdemócratas.

Una vez conocidos todos estos datos, el comité campesino socialdemócrata tiene el deber de conseguir que las asambleas adopten los acuerdos que se desprendan de tal o cual estado anormal de cosas. Además de eso, dicho comité lleva a cabo entre las masas una intensa labor de propaganda y agitación de las ideas de la socialdemocracia, organiza círculos, mítines relámpago y grandes reuniones clandestinas al aire libre, difunde proclamas y publicaciones, colecta dinero para la caja del partido y mantiene relaciones con la organización regional a través del grupo del distrito.

Si conseguimos organizar toda una serie de comités de este tipo, el éxito de la socialdemocracia estará asegurado.

Un organizador comarcal.

Ni que decir tiene que no asumimos la tarea de elaborar las directrices prácticas detalladas de que habla el camarada: eso compete a los militantes locales y al Centro de Dirección Práctica del interior de Rusia. Nuestro propósito es aprovechar la sustanciosa carta del camarada de Moscú para explicar i las resoluciones del III Congreso y las tareas actuales del partido en general. Por la carta se ve que las incomprensiones que ha suscitado la resolución del III Congreso sólo en parte son producto de dudas teóricas. Otra fuente de origen es la cuestión nueva, no surgida antes, sobre las relaciones entre los "comités campesinos revolucionarios" y los "*comités socialdemócratas*" que trabajan en el seno del campesinado. El propio planteamiento de esta última cuestión prueba que la labor socialdemócrata entre los campesinos ha dado un considerable paso adelante. Las necesidades prácticas de la agitación "en el campo", que ha empezado a afianzarse y a revestir formas sólidas y permanentes, colocan a la orden del día cuestiones relativamente de detalle. Y el autor de la carta olvida reiteradamente que, al acusar de falta de claridad a la resolución del congreso, busca, en el fondo, solución a un problema que el congreso del partido no ha planteado ni podía plantear.

Por ejemplo, no es del todo acertada la opinión del autor de que la propaganda de nuestras ideas y el apoyo al movimiento campesino "sólo" son posibles cuando existe una organización local. Estas organizaciones, como es lógico, son deseables y, cuando el trabajo se amplía, necesarias; pero la labor indicada es posible y necesaria hasta en los lugares donde no hay tales organizaciones. En toda nuestra actividad, incluso entre el proletariado urbano nada más, debemos tener presente el problema campesino y difundir la declaración que ha hecho *todo el partido del proletariado consciente* representado por el III Congreso: apoyamos la insurrección campesina. Los campesinos deben conocer esto a través de las publicaciones, de los obreros, de organizaciones especiales, etc. Los campesinos deben saber que, al prestar ese apoyo, el proletariado socialdemócrata *no se detendrá* ante ninguna confiscación de la tierra (es decir, ante la expropiación sin indemnizar a los propietarios).

El autor de la carta plantea en este sentido un problema teórico: si sería conveniente limitar con una salvedad especial la expropiación de las grandes haciendas y su transformación en "propiedad campesina pequeñoburguesa". Mas, al proponer esa salvedad, el autor restringe arbitrariamente el sentido de la resolución del III Congreso. En la resolución *no se dice ni una palabra* de que el Partido Socialdemócrata se comprometa a apoyar el paso de las tierras confiscadas precisamente a manos de los propietarios pequeñoburgueses. La resolución dice que apoyamos "hasta la confiscación", es decir, hasta la expropiación sin indemnización, pero en modo alguno decide la cuestión de a quién entregar lo expropiado. No es casual que se haya dejado en pie esta cuestión: los artículos del periódico *Vperiod* (números 11[*], 12[**] y 15[***]) muestran que se consideraba insensato decidir de antemano este problema. Allí se indicaba, por ejemplo, que en la república democrática, la socialdemocracia no puede comprometerse ni atarse las manos en lo que se refiere a la nacionalización de la tierra.

En efecto, a diferencia de los socialistas-revolucionarios pequeñoburgueses, el centro de gravedad para nosotros es ahora el aspecto democrático revolucionario de las insurrecciones campesinas y la organización especial del proletariado agrícola en un partido de clase. El fondo de la cuestión no reside actualmente en los proyectos fantásticos de "reparto negro" o de

[*] Véase el presente volumen. (*N. de la Edit.*)

[**] Véase V. I. Lenin. *Acerca de nuestro programa agrario*. (*N. de la Edit.*)

[***] Véase V. I. Lenin. *El programa agrario de los liberales*. (*N. de la Edit.*)

nacionalización, sino en que el campesinado comprenda y realice la destrucción revolucionaria del viejo régimen. Por eso, los socialistas-revolucionarios hacen hincapié en la "socialización", etc., y nosotros en *los comités campesinos revolucionarios*: sin ellos, decimos, ninguna transformación significará nada. Con ellos, y apoyándose en ellos, es posible *la victoria de la insurrección campesina*.

Debemos ayudar a la insurrección campesina por todos los medios, llegando hasta la confiscación de las tierras, *pero no, desde luego, hasta todo género de fantásticos proyectos pequeñoburgueses*. Apoyamos el movimiento campesino por cuanto es un movimiento democrático revolucionario. Nos preparamos (ahora mismo, inmediatamente) para luchar contra él cuando comience a actuar como un movimiento reaccionario, antiproletario. Toda la esencia del marxismo está en esta doble tarea que sólo quienes no comprenden el marxismo pueden simplificar o reducir a una sola y simple tarea.

Tomemos un ejemplo concreto. Supongamos que la insurrección campesina ha triunfado. Los comités revolucionarios de campesinos y el gobierno provisional revolucionario (que se apoya, en parte, precisamente en esos comités) pueden efectuar cualquier confiscación de la gran propiedad. Nosotros somos partidarios de la confiscación, como ya hemos declarado. Pero, ¿a quién aconsejamos entregar las tierras confiscadas? En esta cuestión no nos hemos atado las manos ni nos las ataremos nunca con declaraciones parecidas a las que propone imprudentemente el autor de la carta. Este ha olvidado que en esa misma resolución del III Congreso se habla, en primer lugar, de "*depurar de todo aditamento reaccionario el contenido democrático revolucionario del movimiento campesino*" y, en segundo lugar, de la necesidad, "*en todos los casos y en todas las circunstancias, de la organización independiente del proletariado agrícola*". Tales son nuestras directrices. En el movimiento campesino habrá siempre aditamentos reaccionarios y nosotros les declaramos la guerra de antemano. El antagonismo de clase entre el proletariado agrícola y la burguesía campesina es inevitable, y nosotros lo ponemos al descubierto con antelación, lo explicamos y *nos preparamos para luchar sobre ese terreno*. Uno de los motivos de esta lucha puede ser muy bien la cuestión de a quién y cómo entregar las tierras confiscadas. Y nosotros no velamos esta cuestión, no prometemos el reparto igualitario, la "socialización", etc., sino que decimos: entonces lucharemos otra vez, volveremos a luchar, lucharemos en un nuevo terreno y con otros aliados: entonces estaremos incondicionalmente al lado del proletariado agrícola, de toda la clase obrera contra la burguesía campesina. En la práctica, esto puede significar; el paso de la tierra a manos de la clase de pequeños propietarios campesinos, allí donde predomine la gran propiedad opresora, de la servidumbre, y no existan aún las condiciones materiales para la gran producción socialista; la nacionalización, a condición del triunfo completo de la revolución democrática, y la entrega de las grandes haciendas capitalistas *a asociaciones de obreros*, pues de la revolución democrática comenzaremos a pasar en seguida, y precisamente en la medida de nuestras fuerzas, de las fuerzas del proletariado consciente y organizado, a la revolución socialista. Somos partidarios de la revolución ininterrumpida. No nos quedaremos a mitad de camino. Si no prometemos desde ahora e inmediatamente toda clase de "socializaciones", es precisamente porque conocemos las verdaderas condiciones de esta tarea y, lejos de velar la nueva lucha de clases que madura en el seno del campesinado, la ponemos al descubierto.

Al principio apoyaremos hasta el fin, por todos los medios, hasta la confiscación, al campesino en general contra el terrateniente; después (e incluso no después, sino al mismo tiempo) apoyaremos al proletariado contra el campesino en general. Predecir *ahora* la combinación de fuerzas en el seno del campesinado "al día siguiente" de la revolución (democrática) es una utopía vana. Sin caer en el aventurerismo, sin traicionar nuestra conciencia científica, sin buscar popularidad barata, podemos decir y decimos *solamente una cosa*: ayudaremos con todas nuestras fuerzas a todo el campesinado a hacer la revolución democrática *para que* a nosotros, al partido del proletariado, nos sea *más fácil* pasar lo antes posible a una tarea nueva y superior: a la revolución socialista. No prometemos ninguna armonía, ningún igualitarismo, ninguna "socialización" con la victoria de la insurrección campesina *actual*; por el contrario, "prometemos" una nueva lucha, una nueva desigualdad, una nueva revolución, a la cual aspiramos. Nuestra doctrina es menos "dulce" que los cuentos de los socialistas-revolucionarios; pero quienes deseen que les *ofrezcan* sólo cosas dulces, que acudan a los socialistas-revolucionarios; nosotros les diremos: ¡buen provecho!

Este punto de vista marxista resuelve también, a nuestro modo de ver, la cuestión de los comités. A nuestro juicio, *no debe haber* comités *campesinos socialdemócratas*: si son socialdemócratas, eso significa que no son sólo campesinos, si son campesinos, significa que no son puramente proletarios, que no son socialdemócratas. Hay multitud de personas aficionadas a confundir estas dos cosas, pero nosotros no figuramos entre ellas. Dondequiera que sea posible, tenderemos a organizar *nuestros comités*, comités del *Partido*

*Obrero Socialdemócrata*. De ellos formarán parte los campesinos, los elementos depauperados, los intelectuales, las prostitutas (un obrero nos preguntaba hace poco en una carta si no sería conveniente que hiciéramos agitación entre las prostitutas), los soldados, los maestros, los obreros; en una palabra, *todos los socialdemócratas y nadie más que los socialdemócratas*. Estos comités llevarán a cabo íntegramente, en toda su amplitud, la labor socialdemócrata, procurando, no obstante, organizar de manera especial y aparte al proletariado agrícola, pues la socialdemocracia es el partido de clase del proletariado. *Es un gravísimo error* tener por "heterodoxo" el organizar al proletariado que no se ha depurado por completo de los diversos vestigios del pasado y quisiéramos creer que el pasaje de la carta referente a este punto se basa en una simple incomprensión. El proletariado urbano e industrial constituirá indefectiblemente el núcleo fundamental de nuestro Partido Obrero Socialdemócrata, mas nosotros debemos ganar para el partido, educar y organizar a todos los trabajadores y explotados, como dice nuestro programa, a todos sin excepción: a los artesanos y a los elementos depauperados, a los mendigos y a las sirvientas, a los vagabundos y a las prostitutas, con la condición indispensable y obligatoria, naturalmente, de que sean ellos quienes se adhieran a la socialdemocracia y no a la inversa, de que sean ellos quienes adopten el punto de vista del proletariado y no éste el de ellos.

¿Para qué, pues, los comités campesinos revolucionarios?, preguntará el lector. ¿Es que no hacen falta? Sí, hacen falta. Nuestro ideal es: en el campo, comités puramente socialdemócratas por doquier y, después, un acuerdo de éstos con *todos* los elementos, grupos y círculos democráticos revolucionarios del campesinado para formar comités campesinos revolucionarios. Hay en esta cuestión una analogía completa con la independencia del Partido Obrero Socialdemócrata en las ciudades y su alianza con todos los demócratas revolucionarios con vistas a la insurrección. Somos partidarios de la insurrección de los campesinos. Estamos decididamente contra la mezcolanza y la fusión de elementos heterogéneos de clase y de partidos heterogéneos. Somos partidarios de que, con vistas a la insurrección, la socialdemocracia impulse a toda la democracia revolucionaria, ayude a *toda* ella a organizarse, *marche junto* con ella, pero sin fundirse, a las barricadas en la ciudad y contra los terratenientes y la policía en el campo.

¡Viva la insurrección de la ciudad y el campo contra la autocracia! ¡Viva la socialdemocracia revolucionaria como destacamento de vanguardia de toda la democracia revolucionaria en la presente revolución!

*Publicado el 14 (1) de septiembre de 1905 en el núm. 16 de "Proletari".*
*T. 11, págs. 215-224.*

## EL SOCIALISMO Y EL CAMPESINADO.

La Revolución que está viviendo Rusia es una revolución de todo el pueblo. Los intereses de todo el pueblo han entrado en contradicción inconciliable con los del puñado de personas que forman el gobierno autocrático y lo apoyan. La propia existencia de la sociedad contemporánea, basada en la economía mercantil, con diferencias y contradicciones inmensas de los intereses de las distintas clases y grupos de la población, exige el aniquilamiento de la autocracia, la libertad política, la expresión pública y directa de los intereses de las clases dominantes en la estructura y la administración del Estado. La revolución democrática, burguesa por su esencia social y económica, no puede dejar de expresar las necesidades de toda la sociedad burguesa.

Pero esta misma sociedad, que parece hoy unida e íntegra en la lucha contra la autocracia, está dividida irrevocablemente por el abismo entre el capital y el trabajo. El pueblo que se ha alzado contra la autocracia no forma un todo único. Propietarios y obreros asalariados, un número insignificante de ricachos ("los diez mil de arriba") y decenas de millones de desposeídos y trabajadores son, en verdad, "dos naciones", como dijera un inglés perspicaz en la primera mitad del siglo XIX[88]. La lucha entre el proletariado y la burguesía está a la orden del día en toda Europa. Esta lucha se ha extendido también a Rusia hace ya mucho. En la Rusia de nuestros días no son dos fuerzas en lucha las que constituyen el contenido de la revolución, sino guerras sociales diferentes y de natural distinta: una en las entrañas del régimen autocrático y feudal contemporáneo; la otra, en las entrañas del futuro régimen democrático burgués, que está naciendo ya ante nuestros ojos. Una es la lucha de todo el pueblo por la libertad (por la libertad de la sociedad burguesa), por la democracia, es decir, por el poder soberano del pueblo; la otra es la lucha de clase del proletariado contra la burguesía, por la organización socialista de la sociedad.

Sobre los socialistas recae, pues, una tarea dura y difícil: sostener al mismo tiempo dos guerras completamente distintas por su carácter, por sus objetivos y por la composición de las fuerzas sociales capaces de participar con decisión en una u otra guerra. La socialdemocracia ha planteado con claridad esta difícil tarea y la ha cumplido con firmeza gracias a que ha basado todo su programa en el socialismo científico, es decir, en el marxismo; gracias a que se ha incorporado como un destacamento más al ejército de la socialdemocracia mundial, la cual ha comprobado, confirmado, explicado y desarrollado con mayor detalle las tesis del marxismo en la experiencia de una larga serie de movimientos democráticos y socialistas de los países europeos más diversos.

La socialdemocracia revolucionaria ha procurado mostrar desde hace mucho, y ha mostrado, el carácter burgués de la democracia rusa, desde la populista liberal hasta la formula de *Osvobozhdenie*. Ha mostrado siempre la inevitable inconsecuencia, limitación y estrechez de la democracia burguesa. Ha señalado al proletariado socialista en la época de la revolución democrática la tarea de ganarse a la masa del campesinado y, paralizando la inestabilidad de la burguesía, vencer y aplastar a la autocracia. La victoria decisiva de la revolución democrática es posible únicamente como dictadura democrática revolucionaria del proletariado y del campesinado. Pero cuanto más rápida y completa sea esta victoria, con tanta mayor rapidez y profundidad se desarrollarán las nuevas contradicciones y la nueva lucha de clases en el terreno de un régimen burgués plenamente democratizado. Cuanto más amplitud demos a la revolución democrática, tanto más cerca nos encontraremos cara a cara con las tareas de la revolución socialista, tanto más áspera y enconada será la lucha del proletariado contra las bases mismas de la sociedad burguesa.

La socialdemocracia debe luchar con firmeza contra toda desviación de este planteamiento de las tareas democráticas revolucionarias y socialistas del proletariado. Es absurdo hacer caso omiso del carácter democrático, es decir, burgués en el fondo, de la revolución actual; es absurdo, por ello, lanzar consignas como la creación de comunas revolucionarias. Es absurdo y reaccionario minimizar las tareas de la participación -y, por cierto, participación dirigente- del proletariado en la revolución democrática, sustrayéndose, aunque sólo sea, a la consigna de dictadura democrática revolucionaria del proletariado y del campesinado. Es absurdo confundir las tareas y las condiciones de la revolución democrática y de la revolución socialista, que son heterogéneas, lo repetimos, tanto por su carácter como por la composición de las fuerzas sociales que participan en ellas.

Es este último error el que nos proponemos analizar ahora con detenimiento. El desarrollo insuficiente de las contradicciones de clase entre el pueblo en general, y entre el campesinado en

particular, es un fenómeno inevitable en la época de la revolución democrática, que crea por vez primera las bases para un desenvolvimiento verdaderamente amplio del capitalismo. Y este desarrollo insuficiente de la economía suscita la supervivencia y el resurgimiento, en un aspecto u otro, de las formas atrasadas de socialismo, que es un socialismo pequeñoburgués, pues idealiza transformaciones que no rebasan los límites de las relaciones pequeñoburguesas. La masa campesina no es consciente, ni puede serlo, de que la "libertad" más completa y la distribución más "equitativa" incluso de toda la tierra, lejos de acabar con el capitalismo, creará, por el contrario, condiciones para que se desarrolle con amplitud y fuerza singulares. Pero mientras la socialdemocracia destaca y apoya únicamente el contenido democrático revolucionario de estas aspiraciones campesinas, el socialismo pequeñoburgués erige en teoría la inconsciencia campesina, mezclando o confundiendo en un todo las condiciones y las tareas de la revolución democrática verdadera y de la revolución socialista imaginaria.

La manifestación más evidente de esta confusa ideología pequeñoburguesa es el programa -más exactamente, el proyecto de programa- de los "socialistas-revolucionarios", los cuales se han apresurado a proclamarse partido con una rapidez inversamente proporcional al grado de desarrollo de las formas y premisas de un partido existente entre ellos. Al analizar su proyecto de programa (véase *Vperiod*, núm. 3)[*] hemos tenido ya la oportunidad de mostrar que la raíz de las concepciones de los socialistas-revolucionarios está en el viejo populismo ruso[89]. Pero como todo el desarrollo económico de Rusia y toda la marcha de la revolución rusa socavan implacable y despiadadamente, cada día y cada hora, el terreno bajo los puntales del populismo puro, las concepciones de los socialistas-revolucionarios se hacen eclécticas de manera inevitable. Tratan de remendar los desgarrones del populismo como la "crítica" oportunista, hoy de moda, del marxismo; pero las vetustas vestiduras no son por ello más resistentes. En resumen, su programa es una cosa absolutamente inerte, llena de contradicciones internas, que en la historia del socialismo ruso expresa únicamente una de las etapas en el camino de la Rusia de la servidumbre a la Rusia burguesa, en el camino "del populismo al marxismo". Esta definición típica de toda una serie de corrientes más o menos minúsculas del pensamiento revolucionario contemporáneo puede aplicarse también al novísimo provecto de programa agrario del Partido Socialista Polaco (PSP)[90], publicado en el número 6-8 de *Przedswit*[91].

El proyecto divide el programa agrario en dos partes. La parte primera expone las "reformas para cuya realización han madurado ya las condiciones sociales"; la parte segunda "formula el coronamiento y la integración de las reformas agrarias expuestas en la parte primera". A su vez, la parte primera se subdivide en tres secciones: A) protección del trabajo: reivindicaciones en beneficio del proletariado agrícola; B) reformas agrarias (en el sentido estricto, o, por decirlo así, reivindicaciones campesinas) y C) protección de la población rural (administración autónoma, etc.).

En este programa es un paso hacia el marxismo el intento de separar del programa máximo algo parecido a un programa mínimo; luego, el planteamiento completamente independiente de reivindicaciones de puro carácter proletario; más adelante, el reconocimiento, en la argumentación del programa, de que para un socialista es inadmisible en absoluto "halagar los instintos de propietario de las masas campesinas". En realidad, si se meditase a fondo la verdad que encierra este último planteamiento y se la desarrollase consecuentemente hasta el fin, resultaría de manera inevitable un estricto programa marxista. Pero la desgracia está precisamente en que el PSP no es un partido firmemente proletario y extrae sus ideas con el mismo agrado del pozo de la crítica oportunista del marxismo. "Como consecuencia de la tendencia, no probada, de la propiedad agraria a la concentración -leemos en la argumentación del programa-, carece de sentido defender con plena sinceridad y seguridad esta forma de hacienda y convencer al campesino de que las pequeñas haciendas desaparecerán sin remedio".

Esto no es más que un eco de la economía política burguesa. Los economistas burgueses tratan con todas sus fuerza de inculcar al pequeño campesino la idea de que el capitalismo es compatible con el bienestar del pequeño propietario agrícola. Por eso ocultan el problema general de la economía mercantil, de la opresión del capital, de la decadencia y disminución de la pequeña hacienda campesina con el problema parcial de la concentración de la propiedad agraria. Cierran los ojos ante el hecho de que la gran producción en las ramas mercantiles especiales de la agricultura se desarrolla también en la propiedad agraria pequeña y mediana, de que esta propiedad se disgrega como consecuencia del crecimiento de la renta, del yugo de las hipotecas y de la presión de la usura. Dejan a oscuras el hecho indiscutible de la superioridad técnica de la gran hacienda en la agricultura y el empeoramiento de las condiciones de vida del campesino en su lucha contra el capitalismo. En las palabras del PSP no hay nada más que una

---

[*] Véase V. I. Lenin. *Del populismo al marxismo*. (*N. de la Edit.*)

repetición de estos prejuicios burgueses, resucitados por los David contemporáneos.

La falta de firmeza de las opiniones teóricas se manifiesta asimismo en el programa práctico. Tomen la parte primera: las reformas agrarias en el sentido estricto. De una parte, leerán: punto 5) "Abolición de todas las restricciones en la compra de tierras parcelarias"[92] y 6) abolición de los szarwarki[93] y de los carros (prestaciones en especie). Todo eso son reivindicaciones mínimas puramente marxistas. Al presentarlas (sobre todo el punto 5), el PSP da un paso adelante en comparación con nuestros socialistas-revolucionarios[94], quienes sienten debilidad, conjuntamente con *Moskóvskie Viédomosti*"[95], por la famosa "inalienabilidad de las parcelas". Al presentarlas, el PSP se acerca de lleno a la idea marxista de la lucha contra los vestigios de la servidumbre como base y contenido del actual movimiento campesino. Pero aunque se acerca a esta idea, el PSP está lejos de aceptarla de manera plena y consciente.

Los puntos principales del programa mínimo que analizamos dicen: "1) nacionalización, mediante confiscación, de las fincas de la Corona, del Estado y del clero; 2) nacionalización de la gran propiedad agraria cuando no existan herederos directos; 3) nacionalización de los bosques, los ríos y los lagos". Estas reivindicaciones adolecen de todos los defectos del programa que presenta en primer plano en el momento actual la nacionalización de la tierra. Mientras no existan la libertad política completa y el poder soberano del pueblo, mientras no exista la república democrática, es prematuro e irrazonable reivindicar la nacionalización, pues nacionalización significa paso a manos del Estado, y el Estado actual es policiaco y clasista, y el de mañana será, en todo caso, clasista. De otra parte, como consigna que haga avanzar hacia la democratización, esta demanda es singularmente inadecuada, pues no traslada el centro de gravedad a las relaciones de los campesinos con los terratenientes (los campesinos se apoderan de las tierras de los terratenientes), sino a las relaciones de los terratenientes con el Estado. Este planteamiento de la cuestión es falso de raíz en un momento en que los campesinos despliegan una lucha revolucionaria por la tierra tanto contra los terratenientes como contra el Estado de los terratenientes. Comités campesinos revolucionarios para la confiscación, como instrumento de la confiscación: tal es la única consigna que corresponde a este momento y que hace avanzar la lucha de clase contra los terratenientes en ligazón indisoluble con la destrucción revolucionaria del Estado terrateniente.

Los demás puntos del programa mínimo agrario del proyecto del PSP son los siguientes: "4) limitación del derecho de propiedad, por cuanto se convierte en un obstáculo para todo mejoramiento de los terrenos, si este mejoramiento es considerado necesario por la mayoría de los interesados; ...7) nacionalización del seguro de cereales contra incendios y granizadas, y del ganado contra las epizootias; 8) ayuda legislativa por parte del Estado a la formación de arteles y cooperativas agrícolas; 9) escuelas de agronomía".

Estos puntos están concebidos plenamente en el espíritu de los socialistas-revolucionarios o (lo que es lo mismo) en el espíritu del reformismo burgués. No tienen nada de revolucionario. Son, desde luego, progresistas, eso es indiscutible; pero progresistas en provecho de los propietarios. Y el que los presente un socialista significa precisamente dar pábulo a los instintos de propietario. Presentarlos es lo mismo que exigir la ayuda del Estado a los trusts, cártels, consorcios y sociedades industriales, que no son menos "progresistas" que las cooperativas, los seguros. etc., en la agricultura. Todo eso es progreso capitalista. Y no es cosa nuestra, sino de los amos, de los propietarios, preocuparse de él. El socialismo proletario, a diferencia del socialismo pequeñoburgués, deja a los condes de Rocquigny, a los terratenientes de los zemstvos, etc., la preocupación por las cooperativas de los amos y pequeños propietarios, y se preocupa íntegra y exclusivamente de las cooperativas de los obreros asalariados para luchar contra los amos.

Veamos ahora la parte segunda del programa. Consta de un solo punto, el siguiente: "Nacionalización mediante confiscación de la gran propiedad agraria. Las tierras de labor y los prados adquiridos de este modo por el pueblo deberán ser divididos en parcelas y entregados en arriendo garantizado a largo plazo a los campesinos sin tierra o que poseen poca tierra".

¡En efecto, bonito "coronamiento"! Un partido que se llama socialista propone, como "coronamiento e integración de las reformas agrarias", no una organización socialista de la sociedad, ni mucho menos, sino una absurda utopía pequeñoburguesa. Nos encontramos ante el ejemplo más patente de completa confusión de las revoluciones democrática y socialista, de completa incomprensión de sus diferentes objetivos. El paso de la tierra de los terratenientes a los campesinos puede ser -y ha sido en toda Europa- parte integrante de la revolución democrática, una de las etapas de la revolución burguesa; pero únicamente los radicales burgueses pueden calificar eso de coronamiento o ultimación. La redistribución de la tierra entre unas u otras categorías de propietarios, entre unas y otras clases de amos puede ser beneficiosa y necesaria para que triunfe la democracia, para extirpar de raíz los vestigios de la

servidumbre, para elevar el nivel de vida de las masas, para acelerar el desarrollo del capitalismo, etc.; el apoyo más decidido a semejante medida puede ser obligatorio para el proletariado socialista en la época de la revolución democrática; pero “el coronamiento y la ultimación” puede ser únicamente la producción *socialista*, y no la pequeña producción campesina. La “garantía” de los pequeños arriendos campesinos, perdurando la economía mercantil y el capitalismo, no es más que una reaccionaria utopía pequeñoburguesa.

Vemos ahora que el error fundamental del PSP no es exclusivo de él, no es único, no es casual. Expresa en forma más dama y precisa (más clara y precisa que la decantada “socialización” de los socialistas-revolucionarios, que ni ellos mismos entienden) el error *cardinal* de todo el populismo ruso, de todo el liberalismo y el radicalismo burgueses rusos es el problema agrario, incluso del que se ha manifestado en los debates del último congreso (de septiembre), celebrado en Moscú, de la gente de los zemstvos.

Este error cardinal puede formularse como sigue:

*En el planteamiento de los objetivos inmediatos, el programa del PSP no es revolucionario. En sus objetivos finales, no es socialista*.

O dicho de otro modo: la incomprensión de la diferencia que existe entre la revolución democrática y la revolución socialista conduce a que, en las tareas democráticas, no se manifieste su aspecto verdaderamente revolucionario y a que, en las tareas socialistas, se introduzca toda la confusión de la concepción democrática burguesa. Resulta una consigna insuficientemente revolucionaria para el demócrata e imperdonablemente confusa para el socialista.

Por el contrario, el programa de la socialdemocracia corresponde a todas las exigencias de apoyar a la democracia verdaderamente revolucionaria y de presentar un claro objetivo socialista. En el movimiento campesino actual vemos una lucha contra la servidumbre, una lucha contra los terratenientes y el Estado terrateniente. Apoyamos esta lucha hasta el fin. Y la única consigna justa para este apoyo es la confiscación por medio de los comités campesinos revolucionarios. Qué hacer con las tierras confiscadas es un problema secundario. No seremos nosotros quienes lo resolvamos sino los campesinos. Al emprender su solución se iniciará precisamente la lucha entre el proletariado y la burguesía en el seno del campesinado. Esa es la razón de que dejemos pendiente la cuestión (cosa que tanto disgusta a los utopistas pequeñoburgueses) o nos limitemos a señalar *el comienzo* del camino en forma de confiscación de los recortes (en lo cual las personas poco reflexivas ven un obstáculo al movimiento, pese a las numerosas aclaraciones de la socialdemocracia).

Existe un solo medio de que la reforma agraria, inevitable en la Rusia de hoy, desempeñe un papel democrático revolucionario: efectuarla mediante la iniciativa revolucionaria de los propios campesinos, a pesar de los terratenientes y la burocracia, a pesar del Estado, es decir, por vía revolucionaria. Después de *semejante* transformación, la peor distribución de la tierra será, desde todos los puntos de vista, mejor que la actual. Y señalamos este camino, colocando en primer plano la reivindicación de los comités campesinos revolucionarios.

Pero, al mismo tiempo, decimos al proletariado agrícola: “La victoria más radical de los campesinos, a la que debes contribuir ahora con todas tus fuerzas, no te librará de la miseria. Para lograr ese objetivo no hay más que un medio: el triunfo de todo el proletariado -del industrial y del agrícola- sobre toda la burguesía, la organización de la sociedad socialista”.

Junto con los campesinos proletarios contra los terratenientes y el Estado terrateniente; junto con el proletariado urbano contra toda la burguesía y todos los campesinos propietarios. Tal es la consigna del proletariado agrícola consciente. Y si esta consigna no es aceptada en el acto o incluso no es aceptada en absoluto por los pequeños propietarios, se convertirá, en cambio, en la consigna de los obreros, será confirmada inevitablemente por toda la revolución, nos desembarazará de las ilusiones pequeñoburguesas, nos señalará con claridad y precisión nuestro objetivo socialista.

*Publicado el 10 de octubre (27 de septiembre) de 1905 en el núm. 20 de “Proletari”.*
*T. 11, págs. 282-291.*

## SOCIALISMO PEQUEÑOBURGUÉS Y SOCIALISMO PROLETARIO.

El marxismo es, entre las distintas doctrinas del socialismo, la que ha adquirido hoy predominio completo en Europa; y la lucha por la implantación del régimen socialista se despliega casi íntegramente como una lucha de la clase obrera, dirigida por los partidos socialdemócratas. Mas este predominio completo del socialismo proletario, que se basa en la doctrina del marxismo, no se ha consolidado de golpe, sino después de una larga lucha contra todas las doctrinas atrasadas, contra el socialismo pequeñoburgués, el anarquismo, etc. Hace unos treinta años, el marxismo no predominaba todavía ni siquiera en Alemania, donde prevalecían, hablando con propiedad, opiniones de transición mixtas, eclécticas entre el socialismo pequeñoburgués y el socialismo proletario. Y en los países latinos, en Francia, España, Bélgica, las doctrinas más difundidas entre los obreros avanzados fueron el proudhonismo[96], el blanquismo[97] y el anarquismo, que expresaban claramente el punto de vista del pequeño burgués y no del proletario.

¿A qué se debe esta rápida y completa victoria del marxismo precisamente en los últimos decenios? Todo el desarrollo tanto económico como político de las sociedades contemporáneas y toda la experiencia del movimiento revolucionario y de la lucha de las clases oprimidas han confirmado cada día más la justedad de las ideas marxistas. La decadencia de la pequeña burguesía había de acarrear ineluctablemente, tarde o temprano, la desaparición de todo prejuicio pequeñoburgués. El desarrollo del capitalismo y el enconamiento de la lucha de clases en el seno de la sociedad capitalista fueron la mejor agitación en pro de las ideas del socialismo proletario.

El atraso de Rusia explica, lógicamente, la gran consistencia que tienen en nuestro país diversas doctrinas atrasadas del socialismo. Toda la historia del pensamiento revolucionario ruso durante el cuarto de siglo último es la historia de la lucha del marxismo contra el socialismo populista pequeñoburgués. Y si el rápido crecimiento y los sorprendentes éxitos del movimiento obrero ruso han dado ya al marxismo la victoria en Rusia también, por otro lado el desarrollo de un movimiento campesino indudablemente revolucionario -sobre todo después de los célebres levantamientos campesinos de 1902 en Ucrania- ha reanimado hasta cierto punto el populismo, senil y decrépito. El viejo populismo, remozado con el oportunismo europeo de moda (el revisionismo, el bernsteinianismo y la crítica de la teoría de Marx) constituye todo el bagaje ideológico original de los llamados socialistas-revolucionarios. De ahí que la cuestión campesina ocupe el lugar central en las disputas de los marxistas tanto con los populistas puros como con los socialistas-revolucionarios.

El populismo fue, hasta cierto grado, una doctrina íntegra y consecuente. Se negaba el dominio del capitalismo en Rusia; se negaba el papel de los obreros fabriles como luchadores avanzados de todo el proletariado; se negaba la importancia de la revolución política y de la libertad política burguesa; se pregonaba la inmediata revolución socialista, basada en la comunidad campesina[98] con su pequeña hacienda. De toda esta doctrina íntegra hoy no quedan más que retazos; mas para comprender conscientemente las disputas presentes e impedir que se conviertan en un altercado es necesario tener siempre en cuenta *las bases* populistas generales y fundamentales de los extravíos de nuestros socialistas-revolucionarios.

El hombre del futuro en Rusia es el mujik, pensaban los populistas, y esta opinión se desprendía inevitablemente de la confianza en el carácter socialista de la comunidad rural y de la desconfianza en los destinos del capitalismo. El hombre del futuro en Rusia es el obrero, pensaban los marxistas, y el desarrollo del capitalismo ruso tanto en la agricultura como en la industria confirma más y más sus opiniones. El movimiento obrero en Rusia ha hecho ahora que se le reconozca; por lo que se refiere al movimiento campesino, todo el abismo existente entre el populismo y el marxismo sigue manifestándose hasta hoy en la distinta *comprensión* de este movimiento. Para el populista, precisamente el movimiento campesino refuta el marxismo, es un movimiento a favor de la revolución socialista inmediata, no reconoce ninguna libertad política burguesa, y parte de la pequeña hacienda, y no de la grande. Para el populista, en suma, el movimiento campesino es un movimiento verdaderamente socialista, auténtica y directamente socialista. La fe populista en la comunidad rural y el anarquismo populista explican por completo la ineluctabilidad de estas conclusiones.

Para el marxista, el movimiento campesino es precisamente un movimiento no socialista, sino democrático. Es en Rusia, lo mismo que ocurrió en otros países, un acompañante indispensable de la revolución democrática, burguesa por su contenido

socioeconómico. Ese movimiento no se orienta lo más mínimo contra las bases del régimen burgués, contra la economía mercantil, contra el capital. Por el contrario, se orienta contra las viejas relaciones de servidumbre, precapitalistas, en el campo y contra la propiedad agraria terrateniente como principal punto de apoyo de todas las supervivencias del régimen de la servidumbre. Por ello, la victoria completa de este movimiento campesino no eliminará el capitalismo; antes bien creará una base más amplia para su desenvolvimiento, acelerará y agudizará el desarrollo puramente capitalista. La victoria completa de una insurrección campesina sólo puede crear un baluarte de la república democrática burguesa en la que se desplegará precisamente por vez primera, en toda su pureza, la lucha del proletariado contra la burguesía.

Esas son, pues, las dos opiniones antagónicas que debe comprender con claridad quien desee orientarse en el abismo que separa en el terreno de los principios a socialistas-revolucionarios y socialdemócratas. Según una opinión, el movimiento campesino es socialista; según la otra, es un movimiento democrático burgués. Por esto puede verse la gran ignorancia de que dan prueba nuestros socialistas-revolucionarios al repetir por centésima vez (comparemos, por ejemplo, el núm. 75 de *Revolutsiónnaya Rossía*)[99] que, en alguna ocasión, los marxistas ortodoxos han "hecho caso omiso" (no han querido saber nada) de la cuestión campesina. Hay un solo medio de luchar contra semejante ignorancia supina: repetir el abecé, exponer las viejas ideas consecuentemente populistas, indicar por centésima y milésima vez que la diferencia verdadera no consiste en el deseo o en la falta de deseo de tener en cuenta la cuestión campesina, en su reconocimiento u omisión, sino en la *distinta apreciación* del presente movimiento campesino y de la actual cuestión campesina en Rusia. Quien habla de que los marxistas han "hecho caso omiso" de la cuestión campesina en Rusia es, en primer lugar, un ignorante de tomo y lomo, pues las obras principales de los marxistas rusos, empezando por el libro de Plejánov *Nuestras discrepancias* (aparecido hace más de veinte años), han estado dedicadas primordialmente a explicar el carácter erróneo de las ideas populistas en la cuestión campesina rusa. En segundo lugar, quien dice que los marxistas han "hecho caso omiso" de la cuestión campesina demuestra su tendencia a esquivar la apreciación completa de la discrepancia verdaderamente de principio: ¿es o no democrático burgués el actual movimiento campesino?, ¿está o no orientado, por su alcance objetivo, contra los restos del régimen de la servidumbre?

Los socialistas-revolucionarios no han dado nunca, ni pueden dar, una respuesta clara y exacta a esta pregunta, pues se embrollan irremisiblemente entre la vieja opinión populista y la actual opinión marxista sobre el problema campesino en Rusia. Los marxistas dicen que los socialistas-revolucionarios mantienen el punto de vista de la pequeña burguesía (y los denominan ideólogos de la pequeña burguesía) precisamente porque éstos no pueden desembarazarse de las ilusiones pequeñoburguesas, de las fantasías del populismo en la apreciación del movimiento campesino.

He ahí por qué nos vemos obligados a repetir: la *b* y la *a* se leen *ba*. -¿Qué se propone el actual movimiento campesino en Rusia? Conquistar la tierra y la libertad. -¿Qué alcance tendrá la victoria completa de este movimiento? Al conseguir la libertad, acabará con el dominio de los terratenientes y de los funcionarios en la administración del Estado. Al conseguir la tierra, entregará a los campesinos las tierras de los terratenientes. La libertad más completa y la expropiación más completa de los terratenientes (confiscación de sus tierras) ¿acabarán con la economía mercantil? No, no acabarán con ella. -La libertad más completa y la expropiación más completa de los terratenientes ¿acabarán con las haciendas campesinas individuales en la tierra comunal o en la tierra "socializada"? No, no acabarán con ellas. -La libertad más completa y la expropiación más completa de los terratenientes ¿acabarán con el profundo abismo existente entre el campesino rico, propietario de muchos caballos y vacas, y el bracero, el jornalero, es decir, entre la burguesía rural y el proletariado agrícola? No, no acabará con él. Al contrario, cuanto más completa sea la derrota y la liquidación del *sector* superior (terrateniente), más profunda será la discordia de clase entre la burguesía y el proletariado. -¿Qué importancia tendrá la victoria completa de la insurrección campesina por su alcance objetivo? Esta victoria barrerá íntegramente todos los restos del régimen de la servidumbre, pero no acabará con el régimen burgués de economía, no acabará con el capitalismo, con la división de la sociedad en clases, en ricos y pobres, en burguesía y proletariado. -¿Por qué el actual movimiento campesino es un movimiento democrático burgués? Porque, al acabar con el poder de los funcionarios y de los terratenientes, crea un régimen democrático de la sociedad, sin modificar la base burguesa de esta sociedad democrática, sin poner fin al dominio del capital. -¿Cuál debe ser la actitud del obrero consciente, del socialista, ante el actual movimiento campesino? Debe apoyar este movimiento, ayudar con la mayor energía a los campesinos, ayudarles hasta el fin a desembarazarse tanto del poder de los funcionarios como del de los terratenientes. Mas, al mismo tiempo, debe explicar a los campesinos que no basta desembarazarse del poder de los

funcionarios y de los terratenientes. Al hacer esto es necesario, al mismo tiempo, prepararse para destruir el poder del capital, el poder de la burguesía. Y a este fin hay que propagar sin tardanza la doctrina plenamente socialista, es decir, marxista, y unir, cohesionar y organizar a los proletarios agrícolas para la lucha contra la burguesía campesina y contra toda la burguesía de Rusia. -¿Puede el obrero consciente olvidar la lucha democrática en aras de la lucha socialista, o viceversa? No, el obrero consciente se llama socialdemócrata precisamente porque ha comprendido la relación que existe entre una y otra lucha. Sabe que el único camino para llegar al socialismo pasa por la democracia, por la libertad política. Por eso tiende a la plasmación completa y consecuente de la democracia a fin de alcanzar el objetivo final, el socialismo. - ¿Por qué no son iguales las condiciones de la lucha democrática y de la lucha socialista? Porque en una y otra lucha los obreros tendrán infaliblemente aliados distintos. Despliegan la lucha democrática aliado de una parte de la burguesía, sobre todo de la pequeña burguesía. Sostienen la lucha socialista contra toda la burguesía. La lucha contra los funcionarios y los terratenientes puede y debe llevarse al lado de todos los campesinos, incluso los ricos y los medios. Mientras que la lucha contra la burguesía, por tanto, contra los campesinos ricos, sólo puede mantenerse con la mayor seguridad en compañía del proletariado agrícola.

Si recordamos todas estas verdades elementales del marxismo, cuyo análisis prefieren siempre rehuir los socialistas-revolucionarios, nos será fácil apreciar sus siguientes objeciones "contemporáneas" al marxismo.

"Sólo Alá sabe -exclama *Revolutsiónnaya Rossía* (núm. 75)- para qué hacía falta apoyar en un principio al campesino en general contra el terrateniente y después (es decir, al mismo tiempo) al proletariado contra el campesino en general, en lugar de apoyar de una vez al proletariado contra el terrateniente, y qué tiene que ver el marxismo con todo eso".

Esto constituye el punto de vista del anarquismo más primitivo y pueril por lo ingenuo. La humanidad sueña desde hace muchos siglos, incluso muchos milenios, con destruir "de una vez" toda explotación. Pero esos sueños siguieron siendo sueños hasta que millones de explotados comenzaron a unirse en todo el mundo a fin de sostener una lucha consecuente, firme y múltiple para transformar la sociedad capitalista en la dirección del propio desarrollo de esta sociedad. Los sueños socialistas se transformaron en lucha socialista de millones de seres únicamente cuando el socialismo científico de Marx vinculó las aspiraciones transformadoras a la lucha de una clase determinada. Fuera de la lucha de clases, el socialismo es una frase vacía o un sueño ingenuo. Y en Rusia tenemos delante dos luchas distintas de dos fuerzas sociales diferentes. El proletariado lucha contra la burguesía en todas partes donde existen relaciones de producción capitalistas (y esas relaciones existen -dicho sea para conocimiento de nuestros socialistas-revolucionarios- incluso en la comunidad campesina, es decir, en la tierra más "socializada", desde su punto de vista). El campesinado, como sector de pequeños propietarios de la tierra, de pequeños burgueses, lucha contra todos los restos del régimen de la servidumbre, contra los funcionarios y los terratenientes. Sólo gentes que desconocen por completo la economía política y la historia de las revoluciones en el mundo entero pueden dejar de ver estas dos guerras sociales, distintas y de naturaleza diferente. Cerrar los ojos ante la diferencia de estas dos guerras, recurriendo a las palabras "de una vez", significa esconder la cabeza debajo del ala y renunciar a todo análisis de la realidad.

Carentes de la integridad de opiniones del viejo populismo, los socialistas-revolucionarios han olvidado incluso muchas cosas de la doctrina de los propios populistas. "Al ayudar al campesinado a expropiar a los terratenientes -escribe *Revolutsiónnaya Rossía* en el mismo artículo-, el señor Lenin contribuye inconscientemente a colocar la economía pequeñoburguesa sobre las ruinas de formas ya más o menos desarrolladas de economía agrícola capitalista. ¿No es esto un paso atrás desde el punto de vista del marxismo ortodoxo?"

¡Avergüéncense, señores! ¡Han olvidado ustedes a su propio señor V. V.! Consulten su obra *Los destinos del capitalismo*, los *Ensayos* del señor Nikolái.-on, y otros trabajos, que constituyen la fuente de la sabiduría de ustedes. Entonces recordarán que la hacienda terrateniente en Rusia reúne rasgos de capitalismo y del régimen de la servidumbre. Sabrán entonces que existe el sistema de pago en trabajo[100], esta reminiscencia evidente de la prestación personal. Si por añadidura ojean ustedes un libro marxista tan ortodoxo como el tercer tomo de *El Capital*, de Marx, se enterarán de que el desarrollo de la hacienda basada en la prestación personal y su transformación en capitalista[101] no se efectuó en ningún sitio ni podía efectuarse de otro modo que a través de la hacienda campesina pequeñoburguesa. Para denigrar el marxismo, proceden ustedes de una manera sencilla en extremo y hace demasiado tiempo desenmascarada: ¡atribuyen al marxismo la opinión simplista y caricaturesca de la sustitución directa de la gran hacienda basada en la prestación personal por la gran hacienda capitalista! Ustedes razonan así: las cosechas de los terratenientes son mayores que las de los campesinos; por tanto, la

expropiación de los terratenientes supone un paso atrás. Este razonamiento es digno de un estudiante de cuarto curso de bachillerato. Piensen ustedes, señores ¿no habrá constituido "un paso atrás" separar la tierra campesina, de poco rendimiento, de la de los terratenientes, de gran rendimiento, durante la caída del régimen de la servidumbre?

La hacienda terrateniente moderna en Rusia une rasgos de capitalismo y de régimen de la servidumbre. La lucha actual de los campesinos contra los terratenientes es, por su significación objetiva, una lucha contra los restos del régimen de la servidumbre. Mas intentar contar todos los casos aislados y sopesar cada uno de ellos, determinar con la precisión de un peso de boticario dónde termina exactamente el régimen de la servidumbre y dónde empieza el capitalismo puro significa atribuir a los marxistas la pedantería propia. No podemos saber qué parte del precio de los artículos comprados a un pequeño tendero constituye el valor creado por el trabajo y qué parte la estafa, etc. ¿Significa esto, señores, que deba arrojarse por la borda la teoría del valor producto del trabajo?

La hacienda terrateniente moderna une rasgos de capitalismo y de régimen de la servidumbre. Únicamente los pedantes pueden sacar de aquí la conclusión de que nuestro deber consiste en sopesar, contar y registrar cada rasgo en cada caso aislado según su carácter social. Únicamente los utopistas pueden sacar de aquí la conclusión de que "no hay ninguna razón" para que diferenciemos las dos guerras sociales distintas. Lo que se desprende de aquí, en realidad, es la conclusión -y únicamente ella- de que tanto en nuestro programa como en nuestra táctica debemos unir la lucha puramente proletaria contra el capitalismo a la lucha democrática general (y campesina general) contra la servidumbre.

Cuanto más desarrollados estén los rasgos capitalistas en la moderna hacienda terrateniente de semiservidumbre más imperiosa será la necesidad de agrupar hoy mismo en una organización independiente al proletariado agrícola, pues mayor será la rapidez con que aparecerá en escena, durante cualquier confiscación, el antagonismo puramente capitalista o puramente proletario. Cuanto más acusados sean los rasgos capitalistas en la hacienda terrateniente tanto antes empujará la confiscación democrática hacia la verdadera lucha por el socialismo y, por tanto, más peligrosa resultará la falsa idealización de la revolución democrática efectuada con la palabreja de "socialización". He ahí la conclusión que se desprende del entrelazamiento del capitalismo y del régimen de la servidumbre en la hacienda terrateniente.

Así pues, hay que unir la lucha puramente proletaria con la lucha campesina general, pero sin confundidas. Hay que apoyar la lucha democrática general y la lucha campesina general, mas sin fundirse, en modo alguno, con esta lucha no clasista, sin idealizarla con palabrejas falaces como socialización, sin olvidarse un solo instante de organizar al proletariado urbano *y al agrícola* en un partido socialdemócrata de clase completamente independiente. Al apoyar hasta el fin la democracia más decidida, este partido no se dejará apartar del camino revolucionario con sueños reaccionarios y experimentos de "igualitarismo" en la economía mercantil. La lucha de los campesinos contra los terratenientes es hoy revolucionaria; la confiscación de las tierras de los terratenientes, en el momento actual de evolución económica y política, es revolucionaria en todos los sentidos, y nosotros apoyamos esta medida democrática revolucionaria. Mas denominar "socialización" a esta medida, engañarse a sí mismo y engañar al pueblo con la posibilidad del usufructo "igualitario" del suelo en la economía mercantil constituye una utopía reaccionaria pequeñoburguesa que dejamos a los socialistas reaccionarios.

*Publicado el 7 de noviembre (25 de octubre) de 1905 en el núm. 24 de "Proletari".*
*T. 12, págs. 39-48.*

## EL PROLETARIADO Y EL CAMPESINADO.

El Congreso de la Unión Campesina[102] que se celebra actualmente en Moscú vuelve a poner sobre el tapete la cuestión palpitante de la actitud de la socialdemocracia ante el movimiento campesino. Esta cuestión ha sitio siempre vital para los marxistas rusos al determinar su programa y su táctica. En el primer provecto de programa de los socialdemócratas rusos, editado en 1854 en el extranjero por el grupo Emancipación del Trabajo[103], se dedicó ya gran atención al problema campesino.

No puede mencionarse ni una sola obra importante de los marxistas dedicada a problemas generales, ni un solo órgano de prensa socialdemócrata que, a partir de entonces, no haya repetido, desarrollado y aplicado a los distintos casos las opiniones y consignas marxistas.

La cuestión del movimiento campesino ha pasado a ser vital ahora no sólo por su significación teórica, sino también por su propia importancia práctica inmediata. Ahora hay que transformar nuestras consignas generales en llamamientos concretos del proletariado revolucionario al campesinado revolucionario. Ha llegado el momento en que el campesinado actúa como creador consciente de un nuevo régimen de la vida rusa. Y del grado en que se eleve su conciencia depende, en gran medida, la marcha y el desenlace de la gran revolución rusa.

¿Qué quiere de la revolución el campesinado? ¿Qué puede dar la revolución al campesinado? He aquí dos preguntas a las que debe contestar todo político y, en particular, todo obrero consciente, que es un político en el sentido mejor, no vulgarizado por la politiquería burguesa, de esta palabra.

El campesinado quiere tierra y libertad. Sobre esto no puede haber discrepancias. Todos los obreros conscientes apoyan con todas sus fuerzas al campesinado revolucionario. Todos los obreros conscientes quieren y tratan de conseguir que el campesinado reciba toda la tierra y toda la libertad. Toda la tierra significa no considerarse satisfecho con ninguna clase de limosna o concesiones parciales, significa orientarse no al acuerdo de los campesinos con los terratenientes, sino a la liquidación de la propiedad feudal de la tierra. Y el partido del proletariado consciente, la socialdemocracia, se ha pronunciado en este sentido con la mayor decisión: en su III Congreso, celebrado en mayo de este año, el POSDR aprobó una resolución en la que se hablaba claramente del apoyo a las reivindicaciones campesinas revolucionarias *incluida la confiscación de todas* las tierras de propiedad particular. Esta resolución nuestra con claridad que el partido de los obreros conscientes apoya la reivindicaciones campesina de toda la tierra. Y en *este* sentido, la resolución adoptada en la conferencia de la otra mitad de nuestro partido coincide en absoluto, por su contenido, con la del III Congreso del POSDR.

"Toda la libertad" significa elegibilidad de los funcionarios y dignatarios que dirigen los asuntos públicos y sociales. 'Toda la libertad" significa la destrucción completa de un poder estatal que no dependa integra y exclusivamente del pueblo, que no sea de elección popular, que no dé al pueblo cuenta de su gestión ni sea revocable por él. "Toda la libertad" significa que no es el pueblo quien debe someterse a los funcionarios, sino los funcionarios quienes deben someterse al pueblo.

Claro que no todos los campesinos que luchan por la tierra y la libertad tienen plena conciencia de esta lucha y llegan a la reivindicación de la República. Mas la orientación democrática de las reivindicaciones campesinas está fuera de toda duda. Por eso el campesinado tiene asegurado el apoyo del proletariado a estas reivindicaciones. Los campesinos deben saber que la bandera roja izada en las ciudades es la bandera de lucha por las reivindicaciones inmediatas y vitales no sólo de los obreros industriales y agrícolas, sino también de millones y decenas de millones de pequeños agricultores.

Los restos del régimen de la servidumbre, en todas y cada una de sus formas y variedades, siguen oprimiendo despiadadamente hasta hoy a toda la masa campesina, y el proletariado, bajo la bandera roja, ha declarado la guerra a esa opresión.

Mas la bandera roja no simboliza únicamente el apoyo del proletariado a las reivindicaciones campesinas. Simboliza, además, las reivindicaciones independientes del proletariado. Simboliza la lucha no sólo por la tierra y la libertad, sino también contra toda explotación del hombre por el hombre, contra la miseria de las masas populares contra la dominación del capital. Y ante nosotros surge la segunda pregunta: ¿qué puede dar la revolución al campesinado? Muchos amigos sinceros de los campesinos (incluidos, por ejemplo, los socialistas-revolucionarios) no tienen en cuenta esta cuestión, no ven su importancia. Piensan que basta formular y contestar a la pregunta de qué desean los campesinos y recibir la respuesta: tierra

y libertad. Esto es un gran error. La libertad completa y la elegibilidad completa de todos los funcionarios, hasta del jefe del Estado, no eliminarán el dominio del capital, no acabarán con la riqueza de unos pocos y la miseria de las masas. La liquidación completa de la propiedad privada sobre la tierra no acabará tampoco ni con el dominio del capital ni con la miseria de las masas. En la tierra perteneciente a todo el pueblo organizará también de manera independiente su hacienda sólo quien posea capital, aperos, ganado, máquinas, reservas de semillas, recursos pecuniarios en general, etc. Y quien no tenga nada más que sus brazos seguirá siendo siempre un esclavo del capital, incluso en la república democrática, incluso perteneciendo la tierra a todo el pueblo. La idea de "socialización" de la tierra sin socialización del capital, la idea de que es posible el usufructo igualitario del suelo, existiendo el capital y la economía mercantil, es un error. El socialismo ha conocido en casi todos los países de Europa tiempos en que la mayoría compartía este y otros errores semejantes. La experiencia de la lucha de la clase obrera en todos los países ha mostrado en la práctica todo el peligro que encierra semejante error, del que se han desembarazado ahora por completo los proletarios socialistas de Europa y América.

Así pues, la bandera roja de los obreros conscientes significa, primero, que apoyamos con todas nuestras fuerzas la lucha campesina por toda la libertad y por toda la tierra; segundo, que no nos detenemos ahí y vamos más lejos. Además de luchar por la libertad y la tierra, luchamos por el socialismo. La lucha por el socialismo es la lucha contra la dominación del capital. Esta lucha la sostienen, ante todo, los obreros asalariados, que dependen directa y plenamente del capital. Por lo que se refiere a los pequeños patronos, tienen en parte capital y, con frecuencia, explotan ellos mismos a obreros. Por eso no todos los pequeños campesinos engrosan las filas de los luchadores por el socialismo, sino únicamente los que se colocan resuelta y conscientemente al lado de los obreros contra el capital, al lado de la propiedad social contra la propiedad privada.

He ahí por qué los socialdemócratas dicen que luchan al lado de todo el campesinado contra los terratenientes y los funcionarios y que, además, ellos, los proletarios de la ciudad, luchan al lado de los proletarios agrícolas contra el capital. La lucha por la tierra y la libertad es una lucha democrática. La lucha por destruir la dominación del capital es una lucha socialista.

Enviemos, pues, un caluroso saludo a la Unión Campesina, que ha tomado el acuerdo de luchar con unidad y firmeza, abnegadamente y sin vacilaciones, por la libertad completa y por toda la tierra. Estos campesinos son demócratas auténticos. Debemos explicarles sus errores en la comprensión de las tareas de la democracia y del socialismo de manera paciente y comedida, como a aliados a quienes nos une la gran lucha común. Estos campesinos son auténticos demócratas revolucionarios con quienes debemos marchar y marcharemos a la lucha por la victoria completa de la revolución actual. Sentimos la mayor simpatía, una simpatía absoluta, por el plan de huelga general y por la decisión de alzarse la próxima vez unidos, de mancomún, los obreros de la ciudad y todos los pobres del campo. Todos los obreros conscientes harán los máximos esfuerzos para cooperar a la realización de este plan. Pero ninguna alianza, ni siquiera con los demócratas revolucionarios más honrados y resueltos, hará que los proletarios olviden su objetivo, aún más grande e importante: la lucha por el socialismo, por destruir íntegramente la dominación del capital, por liberar de cualquier explotación a todos los trabajadores. ¡Adelante, obreros y campesinos a la lucha común por la tierra y la libertad! ¡Adelante proletarios, unidos por la socialdemocracia internacional, a la lucha por el socialismo!

*Publicado el 12 de noviembre de 1905 en el número 11 de "Nóvaya Zhizn".*
*T. 12, págs. 94-98.*

# LA ORGANIZACIÓN DEL PARTIDO Y LAS PUBLICACIONES DEL PARTIDO.

Las nuevas condiciones en que se desenvuelve la actividad socialdemócrata en Rusia después de la Revolución de Octubre[104] han puesto a la orden del día el problema de las publicaciones del partido. Comienza a desaparecer la diferencia entre prensa clandestina y prensa legal, triste herencia de la época de la Rusia feudal y autocrática. Esta diferencia no ha desaparecido aún, ni mucho menos. El hipócrita gobierno de nuestro primer ministro llega a tal extremo en sus atropellos que *Izvestia Sovieta Rabóchij Deputátov*[105] se publica "clandestinamente", pero el gobierno sólo cosecha nuevos bochornos y nuevos golpes morales con sus torpes intentos de "prohibir" lo que no puede impedir que aparezca.

Cuando existía una diferencia entre la prensa clandestina y la prensa legal, el problema de la prensa del partido y de la que no era del partido se resolvía de manera simple, falsa y monstruosa en extremo. Toda la prensa ilegal era del partido, se editaba y estaba dirigida por organizaciones y grupos vinculados de una u otra manera a grupos de camaradas que realizaban trabajo práctico de partido. La prensa legal, en su conjunto, no pertenecía a ningún partido, pues estaba prohibida la expresión de las diversas tendencias políticas; pero "se inclinaba" hacia tal o cual partido. Eran inevitables las alianzas deformes, las "convivencias" anormales y los ropajes falsos; a las forzadas reticencias de quienes deseaban dar a conocer opiniones de partido se unían la incomprensión o la cobardía intelectual de los que no habían llegado a compenetrarse con esas opiniones y de los que, en realidad, no eran hombres de partido.

¡Maldita época de discursos esópicos, de bajeza literaria, de lenguaje servil y de feudalismo ideológico! El proletariado ha puesto fin a esta infamia, bajo cuyo peso se asfixiaba en Rusia todo lo vivo y todo lo nuevo. Pero el proletariado aún no ha conquistado para Rusia más que una libertad a medias.

La revolución no ha terminado todavía. El zarismo *ya no* tiene fuerza para vencer a la revolución, pero la revolución *no es aun* lo bastante fuerte para vencer al zarismo. Atravesamos unos momentos en que se manifiesta por doquier y en todos los aspectos esta anormal conjugación del partidismo abierto, honesto, directo y consecuente y la ''legalidad'' clandestina, velada, "diplomática", envuelta en evasivas. Esta anormal conjugación repercute asimismo en nuestro periódico; por mucho que ironice el señor Guchkov a propósito de la tiranía socialdemócrata, que prohíbe la publicación de periódico burgueses liberales y moderados, continua siendo un hecho que *Proletari*, Órgano Central del Partido Socialdemócrata de Rusia, no está autorizado en la Rusia *autocrática* y policíaca.

Lo cierto es que lo ya conseguido en esta primera mitad de la revolución nos obliga a todos nosotros a reorganizar inmediatamente este asunto. La literatura puede ser en el noventa por ciento de los casos, incluso "legalmente", una literatura de partido. La literatura debe adquirir un carácter partidista. En oposición a los hábitos burgueses, en oposición a la prensa burguesa mercantil, de empresa, en oposición al arribismo y al individualismo literario burgués, al "anarquismo señorial" y al afán de lucro, el proletariado socialista debe proclamar el principio de *la literatura del partido*, desarrollar este principio y aplicarlo en la forma más completa e íntegra posible.

¿En qué consiste este principio de la literatura del partido? No consiste solamente en que la literatura no puede ser para el proletariado socialista un medio de lucro de individuos o grupos ni, en general, obra individual, independiente de la causa proletaria común. ¡Abajo los literatos apolíticos! ¡Abajo los literatos superhombres! La literatura debe ser *una parte* de la causa proletaria, debe ser "rueda y tornillo" de un solo y gran mecanismos socialdemócrata, puesto en movimiento por toda la vanguardia consciente de toda la clase obrera. La labor literaria debe pasar a ser una parte integrante del trabajo organizado, coordinado y unificado del partido socialdemócrata.

"Toda comparación cojea", dice un proverbio alemán. También cojea mi comparación de la literatura con un tornillo y de un movimiento vivo con un mecanismo. Hasta es posible que salgan por ahí intelectuales histéricos que alboroten a propósito de esta comparación, de la cual dirán que degrada, paraliza y "burocratiza" la libre lucha ideológica, la libertad de crítica, la libertad de creación literaria, etc., etc. En realidad, semejantes vociferaciones no serían sino la expresión del individualismo intelectual burgués. Sin duda, la labor literaria es la que menos se presta a la igualación mecánica, a la nivelación, al dominio de la mayoría sobre la minoría. Sin duda, en esta labor es absolutamente necesario asegurar mayor campo a la iniciativa personal, a las inclinaciones

individuales, al pensamiento y a la imaginación, a la forma y al fondo. Todo esto es indudable, pero sólo demuestra que la función literaria del partido del proletariado no puede ser identificada mecánicamente con sus demás funciones. Esto en modo alguno desmiente la tesis, extraña y peregrina para la burguesía y para la democracia burguesa, de que la labor literaria debe, de manera indefectible y obligatoria, estar indisolublemente ligada a los otros aspectos de la actividad del partido socialdemócrata. Los periódicos deben ser órganos de las diversas organizaciones del partido. Los literatos deben formar parte, sin falta, de las organizaciones del partido. Las editoriales y sus depósitos, las librerías, salas de lectura, bibliotecas y distribuidoras de publicaciones deben ser del partido y rendir cuentas ante él. El proletariado socialista organizado debe seguir atento esta labor, controlarla, introducir en toda ella, sin excepción alguna, el vivo raudal de la viva actividad proletaria, haciendo que desaparezca así toda base para el viejo principio ruso semioblomoviano[106] y semimercantilista de que el escritor escribe cuando le parece y el lector lee cuando le viene en gana.

Ni que decir tiene, claro es, que no puede verificarse de golpe esta transformación de la labor literaria, emporcada por una censura asiática y por una burguesía europea. Nada más lejos de nosotros que la idea de preconizar un sistema uniforme o una solución del problema mediante unas cuantas disposiciones reglamentarias. Lo que menos cabe a este respecto es el esquematismo. De lo que se trata es de que todo nuestro partido, todo el proletariado socialdemócrata consciente de Rusia entera tome conciencia de esta nueva tarea, se la plantee con claridad y emprenda en todas partes su cumplimiento. Liberados de la censura feudal, no queremos caer y no caeremos en los lazos mercantilistas de las relaciones literarias burguesas. Querernos crear y crearemos una prensa que sea libre, no ya con respecto a la policía, sino con respecto al capital, una prensa exenta de arribismo; es más, exenta también del individualismo anárquico burgués.

Estas últimas palabras parecerán acaso una paradoja o una burla de que queremos hacer objeto a los lectores. ¿Cómo?, exclamará, tal vez, algún intelectual, ardiente partidario de la libertad. ¿Cómo? ¡Pretenden supeditar a la colectividad algo tan delicado e individual como la creación literaria! ¡Pretenden que los obreros resuelvan por mayoría de votos las cuestiones de la ciencia, de la filosofía y de la estética! ¡Niegan la libertad absoluta de la creación ideológica absolutamente individual!

¡Tranquilícense, señores! En primer lugar, se trata de las publicaciones del partido y de su subordinación al control del partido. Cada cual es libre de escribir y de hablar cuanto quiera, sin la menor cortapisa. Pero toda asociación libre (incluido todo partido) es también libre para arrojar de su seno a aquellos de sus miembros que utilicen el nombre de ésta para propugnar puntos de vista contrarios a ella. La libertad de palabra de prensa debe ser completa. Pero también debe serlo la libertad de asociación. Yo tengo la obligación de concederte, en nombre de la libertad de palabra, pleno derecho a gritar, mentir y escribir todo lo que desees. Pero tú tienes la obligación de concederme a mí, en nombre de la libertad de asociación, el derecho a concertar o anular una alianza con quienes se expresan de tal o cual manera. El partido es una unión voluntaria cuya disgregación, primero ideológica y luego material, sería inevitable si no se desembarazase de los miembros que sostienen opiniones opuestas a las del partido. Pues bien, para determinar los límites entre lo que es del partido y lo que es contrario al partido está el programa del mismo, están sus resoluciones sobre táctica y sus estatutos y está, por último, toda la experiencia de la socialdemocracia internacional, de las asociaciones voluntarias internacionales del proletariado, que da constantemente entrada en sus partidos a distintos elementos o tendencias no del todo consecuentes, no del todo marxistas puros, no del todo justos, pero que también lleva siempre periódicamente a cabo "depuraciones" de su partido. Así ocurrirá, señores partidarios de la "libertad de crítica" burguesa, entre nosotros, *dentro* de nuestro partido: ahora nuestro partido se está transformando de golpe en un partido de masas; ahora estamos atravesando un período de brusco tránsito a la organización abierta; ahora acudirán indefectiblemente a nuestras filas muchos elementos inconsecuentes (desde el punto de vista marxista), inclusive algunos cristianos y hasta quizás místicos. Tenernos un estómago resistente, somos marxistas firmes como la roca. Digeriremos a estos elementos inconsecuentes. La libertad de pensamiento y la libertad de crítica en el seno del partido jamás nos harán olvidar la libertad de agrupación en asociaciones libres que se denominan partidos.

En segundo lugar, señores individualistas burgueses, debemos deciros que vuestras peroraciones sobre la libertad absoluta son pura hipocresía. No puede haber "libertad" real y efectiva en una sociedad fundada sobre el poder del dinero, en una sociedad en la que las masas trabajadoras viven en la miseria mientras un puñado de potentados vegeta en el parasitismo. ¿Acaso usted, señor escritor, no depende de su editor burgués y de su público burgués, que le exige pornografía en novelas y estampas y prostitución como "suplemento" del "sagrado" arte escénico? Esta libertad absoluta es una frase burguesa o anarquista (pues el anarquismo, como concepción

del mundo, es la ideología burguesa vuelta del revés). Es imposible vivir en la sociedad y no depender de ella. La libertad del escritor, del pintor y de la actriz burgueses no es sino la dependencia embozada (o que se trata de embozar hipócritamente) respecto de la bolsa de oro, del soborno y el condumio.

Los socialistas desenmascaramos esa hipocresía y arrancamos falsos rótulos, y no para conseguir una literatura y un arte independientes de las clases sociales (esto será posible únicamente en la sociedad socialista sin clases), sino para oponer a la literatura hipócritamente libre, pero de hecho vinculada a la burguesía, una literatura libre en realidad y ligada *abiertamente* al proletariado.

Será una literatura libre porque no han de ser el afán de lucro y el arribismo, sino la idea del socialismo y la simpatía por los trabajadores las que incorporen a sus filas nuevas fuerzas. Será una literatura libre porque servirá no a damiselas hastiadas de todo, no a los "diez mil de arriba", cargados de aburrimiento y de grasa, sino a millones y decenas de millones de trabajadores que son la flor y nata del país, su fuerza, su futuro. Será una literatura libre que fecunde la última palabra del pensamiento revolucionario de la humanidad con la experiencia y la actividad viva del proletariado socialista, una literatura que haga efectiva la relación recíproca y constante entre la experiencia del pasado (el socialismo científico, coronación del desarrollo del socialismo desde sus formas primitivas, utópicas) y la experiencia del presente (la lucha actual de los camaradas obreros).

¡Manos a la obra, camaradas! Tenemos por delante una tarea nueva y difícil, pero grande y fecunda: organizar una vasta, multiforme y variada labor literaria en ligazón estrecha e indisoluble con el movimiento obrero socialdemócrata. Todas las publicaciones socialdemócratas deben ser publicaciones del partido. Todos los periódicos, revistas, editoriales, etc. deben emprender inmediatamente el trabajo de reorganización, hacer las cosas de manera que se incorporen por entero, de una u otra forma, a tal o cual organización del partido. Sólo entonces la literatura "socialdemócrata" merecerá realmente este nombre; sólo entonces podrá cumplir con su deber; sólo entonces podrá, incluso dentro de la sociedad burguesa, sustraerse a la esclavitud de la burguesía y fundirse con el movimiento de la clase verdaderamente avanzada y revolucionaria hasta el fin.

*Publicado el 13 de noviembre de 1905 en el núm. 12 de "Nóvaya Zhizn".*
*T. 12, págs. 99-105.*

## LAS FUERZAS ARMADAS Y LA REVOLUCIÓN.

La insurrección de Sebastopol se extiende cada vez más[107]. El desenlace se aproxima. Los marinos y soldados que combaten por la libertad destituyen a sus jefes. El orden está asegurado por completo. El gobierno no consigue repetir la infame treta de Cronstadt ni provocar ningún pogromo[108]. La escuadra se ha negado a levar anclas y amenaza a la ciudad si se intenta reprimir a los insurrectos. El teniente retirado Shmidtt, que obtuvo el retiro por su "insolente" discurso sobre la defensa, con las armas, de las libertades prometidas en el manifiesto del 17 de octubre[109], ha tomado el mando del Ochákov. Hoy, 15, debe expirar, según comunica *Rus*[110], el plazo fijado a los marinos para rendirse.

Estamos, por consiguiente, en vísperas de un momento decisivo. En los próximos días -tal vez en las próximas horas- se verá si los insurrectos logran una victoria completa, si son derrotados, o si se llega a alguna transacción. En todo caso, los acontecimientos de Sebastopol evidencian la quiebra total del viejo régimen de esclavitud en las fuerzas armadas, régimen que convertía a los soldados en máquinas con fusil, en instrumentos de represión del mínimo anhelo de libertad.

Se fueron para no volver los tiempos en que el ejército ruso -como sucedió en 1849- marchaba a reprimir la revolución más allá de las fronteras de Rusia[111]. Ahora el ejército se ha separado definitivamente de la autocracia. No todo el ejército es ya revolucionario. La conciencia política de los soldados y marinos está todavía a un nivel muy bajo. Pero lo importante es que ya ha despertado la conciencia, que los soldados han comenzado su movimiento, que el aire de la libertad ha penetrado en los cuarteles por doquier. El cuartel era en Rusia, por lo general, peor que cualquier cárcel: en ninguna otra parte el individuo estaba tan oprimido y vejado como en el cuartel; en ninguna otra parte proliferaban tanto los castigos, los golpes, los ultrajes al ser humano. Y ese cuartel se está convirtiendo en un foco de la revolución.

Los sucesos de Sebastopol no son hechos aislados ni casuales. No hablaremos de las anteriores tentativas de insurrección manifiesta en la marina y en el ejército. Comparemos el incendio de Sebastopol con las chispas de San Petersburgo. Recordemos las reivindicaciones de los soldados que se formulan ahora en las distintas unidades militares de San Petersburgo (publicadas en el número de ayer de nuestro periódico). ¡Qué extraordinario documento es esa lista de reivindicaciones! Con cuánta claridad nos muestra que el ejército esclavo se está transformando en ejército revolucionario. ¿Qué fuerza podrá frenar ahora la propagación de tales reivindicaciones en toda la marina y en todo el ejército?

Los soldados de San Petersburgo quieren mejor rancho, mejor vestuario y mejor alojamiento, reclaman aumento de los haberes y reducción del plazo de servicio y de las horas de ejercicios diarios. Pero entre sus reivindicaciones ocupan mucho más lugar otras, que sólo puede reclamar el soldado ciudadano. El derecho a asistir de uniforme a todas las reuniones, "al igual que todos los paisanos", el derecho a leer y tener en el cuartel periódicos de *toda* índole, la libertad de conciencia, la igualdad de derechos para todas las nacionalidades, la completa abolición de toda subordinación al grado militar fuera del cuartel, la eliminación del servicio de los ordenanzas, la supresión de los consejos de guerra y la transferencia de todos los encartamientos militares a los tribunales civiles, el derecho de elevar quejas colectivas y el de defenderse ante cualquier ademán de un superior de sentar la mano. Tales son las principales reivindicaciones de los soldados de San Petersburgo.

Estas reivindicaciones muestran que la inmensa mayoría del ejército se solidariza ya con los sublevados por la libertad en Sebastopol.

Estas reivindicaciones muestran que los falaces discursos de los lacayos de la autocracia para encomiar la neutralidad del ejército, la necesidad de mantenerlo al margen de la política, etc., no despertarán la menor simpatía entre los soldados.

El ejército no puede ni debe ser neutral. No inmiscuir al ejército en la política es la consigna de los hipócritas lacayos de la burguesía y del zarismo que, en realidad, siempre han inmiscuido al ejército en la política reaccionaria, han convertido a los soldados rusos en servidores de las centurias negras, en ayudantes de la policía. No es posible permanecer al margen de la lucha de todo el pueblo por la libertad. Quien muestra indiferencia ante esta lucha, apoya de hecho los desmanes del gobierno policiaco que ha prometido la libertad sólo para escarnecerla.

Las reivindicaciones de los soldados-ciudadanos son las reivindicaciones de la socialdemocracia, las reivindicaciones de todos los partidos revolucionarios, de todos los obreros que tienen conciencia de clase. El sumarse a las filas de los partidarios de la libertad, el pasarse al lado del pueblo asegurará el triunfo de la causa de la libertad

y la conquista de las reivindicaciones de los soldados.

Mas para ver satisfechas en realidad, por completo y para largo, estas reivindicaciones es preciso dar otro pequeño paso adelante. Hay que reunir en un manojo, en un todo único, las demandas particulares de los soldados atormentados por el maldito régimen presidiario del cuartel. Esas reivindicaciones conjuntas implicarán: supresión del ejército regular y sustitución del mismo por el armamento de todo el pueblo.

En todos los países del mundo el ejército regular sirve no tanto contra el enemigo exterior como contra el enemigo interior. El ejército regular se ha convertido en todas partes en instrumento de la reacción, en asistente del capital en su lucha contra el trabajo, en verdugo de la libertad del pueblo. No nos limitemos, pues, en nuestra gran revolución liberadora a las reivindicaciones particulares. Arranquemos el mal de cuajo. Suprimamos por completo el ejército regular. Que el ejército se funda con el pueblo armado, que los soldados lleven al pueblo sus conocimientos militares, que desaparezcan los cuarteles y sean remplazados por una escuela militar libre. No habrá fuerza en el mundo que se atreva a atentar contra la libre Rusia si el baluarte de esa libertad es el pueblo armado que ha eliminado a la casta militar, que ha convertido en paisanos a todos los soldados y en soldados a todos lo paisanos capaces de empuñar las armas.

La experiencia de Europa Occidental ha mostrado hasta qué punto es reaccionario el ejército regular. La ciencia militar ha demostrado que la milicia popular es viable por completo, y puede ponerse a la altura de las misiones militares no sólo en una guerra defensiva, sino también en una guerra ofensiva.

Dejemos que la burguesía hipócrita o sentimental sueñe con el desarme. Mientras haya en el mundo oprimidos y explotados, debemos procurar no el desarme, sino el armamento de todo el pueblo, lo único que puede asegurar plenamente la libertad, lo único que puede barrer por completo a la reacción. Sólo si se realiza esta transformación disfrutarán la libertad en la práctica los millones de trabajadores y no sólo el puñado de explotadores.

*Escrito el 15 (28) de noviembre de 1905. Publicado el 16 de noviembre de 1905 en el núm. 14 de "Nóvaya Zhizn".*

*T. 12, págs. 111-114.*

## SOCIALISMO Y ANARQUISMO.

El Comité Ejecutivo del Soviet de diputados obreros acordó ayer, 28 de noviembre, rechazar la petición de los anarquistas de que fueran admitidos representantes suyos en el Comité Ejecutivo y en el Soviet de diputados obreros. Los motivos de este acuerdo han sido expuestos por el propio Comité Ejecutivo del siguiente modo: "1) en toda la práctica internacional, en los congresos y conferencias socialistas no hay representantes de los anarquistas, ya que no reconocen la lucha política como medio de conseguir sus ideales; 2) puede haber representación de un partido, pero los anarquistas no son un partido".

Consideramos que el acuerdo del Comité Ejecutivo es un paso justo en grado sumo, de magna importancia en el aspecto de los principios y de la actividad política práctica. Naturalmente, si se considerara al Soviet de diputados obreros como un parlamento de obreros o como un órgano de autogestión del proletariado, la negativa a admitir a los anarquistas sería una equivocación. Por pequeña que sea (afortunadamente) la influencia de los anarquistas en nuestros medios obreros, cierto número de obreros está, sin duda, a su lado. El que los anarquistas constituyan un partido, o una organización, o un grupo, o una unión libre de correligionarios es una cuestión formal que no tiene gran importancia de principios. Por último, si los anarquistas, que niegan la lucha política, solicitan ellos mismos la entrada en una organización que sostiene esa lucha, tan escandalosa inconsecuencia muestra una vez más, claro está, toda la inconsecuencia de las concepciones de la táctica de los anarquistas. Pero, como es natural, no se puede expulsar de un "parlamento" o de un "órgano de autogestión" por falta de consistencia.

Nos parece que el acuerdo del Comité Ejecutivo es completamente justo y no está en la menor pugna con las tareas de esta institución, su carácter y su composición. El Soviet de diputados obreros no es un parlamento obrero ni un órgano de autogestión proletaria, no es, en general, un órgano de autogestión, sino una organización de combate para lograr fines concretos.

De esta organización de combate forman parte, basándose en un acuerdo temporal y no formalizado de lucha, representantes del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (partido del socialismo proletario), del partido de los "socialistas-revolucionarios" (representantes del socialismo pequeño-burgués, o extrema izquierda de la democracia burguesa revolucionaria), y, finalmente, numerosos obreros "sin partido". Estos últimos, sin embargo, no son en general "sin partido", sino sólo revolucionarios no adheridos a ningún partido, pues sus simpatías están por entero con la revolución, por cuya victoria luchan con entusiasmo, energía y abnegación ilimitadas. Por eso será completamente natural incluir también en el Comité Ejecutivo a representantes del campesinado revolucionario.

En el fondo, el Soviet de diputados obreros es una amplia alianza de combate, no formalizada, de socialistas y demócratas revolucionarios; aunque, como es lógico, el "revolucionarismo sin partido" encubre toda una serie de grados de transición entre unos y otros. Es evidente la necesidad de semejante alianza para sostener huelgas políticas y otras formas más activas de lucha por las reivindicaciones democráticas vitales, que reconoce y aprueba la mayoría gigantesca de la población. En esa alianza, los anarquistas no serán un factor positivo, sino negativo; llevarán a ella solamente la desorganización, con lo cual debilitarán la fuerza del embate general; todavía "podrán discutir" acerca de la urgencia e importancia de las transformaciones políticas. La exclusión de los anarquistas de una alianza de combate que realiza, digámoslo así, nuestra revolución democrática es absolutamente indispensable también desde el punto de vista de los intereses de esta revolución. En la alianza de combate hay lugar únicamente para quienes luchan por el objetivo de esta alianza. Y si, por ejemplo, los "demócratas constitucionalistas" o el "Partido del Orden Jurídico"[112] reclutaran incluso a varios centenares de obreros para sus organizaciones de San Petersburgo, no es probable que el Comité Ejecutivo del Soviet de Diputados Obreros abriera sus puertas a los representantes de tales organizaciones.

Al explicar su decisión, el Comité Ejecutivo se remite a la práctica de los congresos socialistas internacionales. Aplaudimos calurosamente esta declaración, este reconocimiento de la dirección ideológica de la socialdemocracia internacional por el órgano del Soviet de Diputados obreros de San Petersburgo. La revolución rusa ha adquirido ya significación internacional. Los enemigos de la revolución en Rusia traman ya conspiraciones con Guillermo I con todos los oscurantistas, verdugos, espadones y explotadores de Europa contra la Rusia libre. No olvidemos tampoco que la victoria completa de nuestra revolución requiere la alianza del proletariado revolucionario de Rusia con los obreros socialistas de todos los países.

Los congresos socialistas internacionales no acordaron en vano cerrar sus puertas a los anarquistas. Entre el socialismo y el anarquismo media todo un abismo que en vano intentan declarar inexistente los agentes provocadores de la policía secreta o los lacayos periodísticos de los gobiernos reaccionarios. La concepción del mundo de los anarquistas es la concepción burguesa vuelta del revés. Sus teorías individualistas y su ideal individualista están en oposición diametral con el socialismo. Sus opiniones no expresan el futuro del régimen burgués, que marcha con fuerza incontenible hacia la socialización del trabajo, sino el presente e incluso el pasado de ese régimen, el dominio de la ciega casualidad sobre el pequeño productor aislado y solitario. Su táctica, que se reduce a negar la lucha política, desune a los proletarios y los transforma de hecho en participantes pasivos de una u otra política burguesa, pues para los obreros es imposible e irrealizable apartarse de verdad de la política.

En la actual revolución en Rusia se destaca a primer plano de manera imperiosa en extremo la tarea de cohesionar las fuerzas del proletariado, de organizarlo, de instruir y educar políticamente a la clase obrera. Cuantas más atrocidades cometa el gobierno ultrarreaccionario, cuanto más celo pongan sus agentes provocadores para atizar las malas pasiones de las masas ignorantes, cuanto más desesperadamente se aferren los defensores de la autocracia, podrida en vida, a los intentos de desacreditar la revolución, organizando asaltos, pogromos y asesinatos por la espalda y emborrachando a los descamisados; cuantas más cosas de éstas ocurran, tanta más importancia tendrá la tarea de organizar, que recae en primer término sobre el partido del proletariado socialista. Y por eso emplearemos todos los medios de lucha ideológica para que la influencia de los anarquistas en los obreros rusos siga siendo tan insignificante como hasta ahora.

*Escrito el 24 de noviembre (7 de diciembre) de 1905. Publicado el 25 de noviembre de 1905 en el núm. 21 del periódico "Nóvaya Zhizn".*

*T. 12, págs. 129-132.*

## EL PARTIDO SOCIALISTA Y EL REVOLUCIONARISMO SIN PARTIDO.

I

Al abarcar rápidamente nuevos y nuevos sectores de la población el movimiento revolucionario de Rusia está creando toda una serie de organizaciones sin partido. La necesidad de unión se manifiesta con tanta mayor fuerza cuanto más tiempo ha sido contenida y perseguida. Las organizaciones surgen sin cesar de una u otra forma, a menudo sin cristalizar aún, y su carácter es muy original. Aquí no hay marcos bien delimitados, como los de las organizaciones europeas. Los sindicatos adquieren carácter político. La lucha política se funde con la económica -por ejemplo, en forma de huelgas-, creando formas unidas de organizaciones temporales o más o menos permanentes.

¿Cuál es el significado de este fenómeno? ¿Cuál debe ser la actitud de la socialdemocracia ante él?

El partidismo riguroso es secuela y resultado de una lucha de clases muy desarrollada. Y, al contrario, en beneficio de una amplia y abierta lucha de clases es necesario fomentar un riguroso partidismo. Por eso el partido del proletariado consciente, la socialdemocracia, combate siempre con plena razón el sin partidismo y se esfuerza invariablemente por crear un partido obrero socialista fiel a los principios y bien cohesionado. Esta labor tiene éxito entre las masas en la medida que el desarrollo del capitalismo escinde a todo el pueblo cada vez más profundamente en clases, agudizando las contradicciones entre ellas.

Es muy comprensible que la presente revolución en Rusia haya engendrado y engendre tantas organizaciones sin partido. Por su contenido socioeconómico, esta revolución es democrática, o sea, burguesa. Esta revolución derroca el régimen autocrático-feudal, abriendo campo libre al régimen burgués, dando así satisfacción a las demandas de todas las clases de la sociedad burguesa, siendo en este sentido una revolución de todo el pueblo. Esto no significa, claro es, que nuestra revolución no tenga un carácter de clase; naturalmente que no significa eso. Pero esta revolución va dirigida contra las clases y castas que han caducado y están caducando desde el punto de vista de la sociedad burguesa, clases y castas extrañas a esta sociedad y que impiden su desarrollo. Y como toda la vida económica del país es ya burguesa en todos sus rasgos fundamentales, como la inmensa mayoría de la población vive ya de hecho en unas condiciones burguesas de existencia, los elementos contrarrevolucionarios son, desde luego, insignificantes en número, son en realidad "un puñado" en comparación con "el pueblo". El carácter de clase de la revolución burguesa se manifiesta, pues, inevitablemente en el carácter "popular" y, a primera vista, no de clase de la lucha de todas las clases de la sociedad burguesa contra la autocracia y la servidumbre.

La época de la revolución burguesa se distingue, tanto en Rusia como en otros países, por un desarrollo relativamente incompleto de las contradicciones de clase de la sociedad capitalista. Es cierto que en Rusia el capitalismo está hoy mucho más desarrollado que en la Alemania de 1848, sin hablar ya de la Francia de 1789; pero no cabe duda de que las contradicciones puramente capitalistas son veladas aún en grado muy acusado en nuestro país por las contradicciones entre la "cultura" y el asiatisino, el europeísmo y el tartarismo, el capitalismo y el régimen de servidumbre, es decir, se presentan en primer plano reivindicaciones cuya satisfacción impulsará el desarrollo del capitalismo, lo depurará de la escoria del feudalismo y mejorará las condiciones de vida y de lucha tanto del proletariado como de la burguesía.

En efecto, si examinamos el infinito número de reivindicaciones, demandas y *dolénces** que hoy se formulan en Rusia en cada fábrica u oficina, en cada regimiento, puesto de la guardia municipal, parroquia, centro de enseñanza, etc.. etc., comprobaremos fácilmente que la inmensa mayoría de ellas son, si cabe expresarse así, reivindicaciones de estricto carácter "cultural". Quiero decir que no son, propiamente hablando, reivindicaciones específicas de clase, sino demandas de un elemental sentido jurídico, demandas que lejos de destruir el capitalismo, lo encajan en el marco del europeísmo y liberan al capitalismo de la barbarie, del salvajismo, del soborno y de las demás supervivencias "rusas" del régimen de servidumbre. En realidad, también las reivindicaciones proletarias se limitan en la mayoría de los casos a exigir transformaciones plenamente realizables en el marco del capitalismo. El proletariado de Rusia reclama hoy, de manera inmediata, no lo que socava el capitalismo, sino lo que lo depura y lo que acelera e impulsa su desarrollo.

Naturalmente, la situación especial del proletariado en la sociedad capitalista hace que la inclinación de los obreros hacia el socialismo, la

* Quejas. (*N. de la Edit.*)

unión de los obreros con el partido socialista se abra paso con fuerza espontánea en las fases más iniciales del movimiento. Pero las reivindicaciones netamente socialistas son aún cosa del futuro, y en el orden del día figuran las reivindicaciones democráticas de los obreros en política y las reivindicaciones económicas dentro de los límites del capitalismo en el dominio de la economía. Incluso el proletariado hace la revolución, por decirlo así, dentro de los límites del programa mínimo y no del programa máximo[113]. No hay ni que hablar del campesinado, de esta gigantesca masa de la población, aplastante por su número. Su "programa máximo", sus objetivos finales no van más allá de las fronteras del capitalismos el cual se desarrollaría con más amplitud y pujanza al pasar toda la tierra a manos de todo el campesinado y de todo el pueblo. La revolución campesina es en los momentos actuales una revolución burguesa, por mucho que "ofendan" estas palabras el oído sentimental de los sentimentales caballeros de nuestro socialismo pequeñoburgués.

El carácter bien delimitado de la revolución en desarrollo da origen de un modo completamente natural a organizaciones sin partido. Todo el movimiento en su conjunto adquiere de manera inevitable la impronta del sin partidismo externo, una apariencia de sin partidismo; pero, claro está, sólo una apariencia. La necesidad de una vida "humana" y culta, de la unión, de la defensa de la propia dignidad y de los derechos del hombre y del ciudadano abarca a todo y a todos, agrupa a todas las clases, rebasa con gigantesco ímpetu todo partidismo, pone en movimiento a las gentes que todavía están muy lejos de poder elevarse hasta el partidismo. La urgencia de la conquista de derechos y reformas inmediatas, elementalmente necesarias, relega, por decirlo así, a un segundo plano toda idea y todo pensamiento acerca de lo que vendrá más tarde. El apasionamiento por la lucha presente, apasionamiento necesario y legítimo sin el cual es imposible el éxito en la lucha, obliga a idealizar estos objetivos inmediatos y elementales, los pinta de color de rosa e incluso los envuelve a veces en un ropaje fantástico; la simple democracia, la adocenada democracia burguesa, se toma por socialismo y es clasificada como socialismo. Todo es, al parecer, "sin partido"; todo se funde, por decirlo así, en un solo movimiento "liberador" (que, en realidad, libera a toda la sociedad burguesa); todo adquiere una capa ligera y superficial de "socialismo", principalmente merced al papel de vanguardia del proletariado socialista en la lucha democrática.

La idea del sin partidismo no puede menos de alcanzar en tales condiciones, determinadas victorias pasajeras. El sin partidismo no puede menos de pasar a ser una consigna de moda, pues la moda se aferra impotente a la zaga de los acontecimientos y, como fenómeno "habitual" de la superficie política, aparece precisamente una organización sin partido, democracia sin partido, movimiento huelguístico sin partido, revolucionarismo sin partido.

Cabe preguntar: ¿qué actitud *deben* adoptar ante esta imparcialidad y ante esta idea del sin partidismo los partidarios y representantes de las distintas clases? No en el sentido subjetivo, sino objetivo, es decir, no en el sentido de cuál debe ser la actitud ante este hecho, sino en el sentido de qué actitud se impone inevitablemente según sean los intereses y los puntos de vista de las diferentes clases.

**II**

Como ya hemos mostrado, el sin partidismo es un producto o, si se quiere, una expresión del carácter burgués de nuestra revolución. La burguesía no puede menos de tender a él, pues la ausencia de partidos entre los que luchan por la libertad de la sociedad burguesa significa la ausencia de una nueva lucha contra esta misma sociedad burguesa. Quien despliega una lucha "sin partido" por la libertad, o no comprende el carácter burgués de ésta, o canoniza dicho régimen burgués, o aplaza hasta las calendas griegas la lucha contra él, el "perfeccionamiento" de dicho régimen. Y al contrario, quien consciente o inconscientemente se mantiene al lado del orden de cosas burgués, no puede menos de sentirse atraído por la idea del sin partidismo.

La lucha entre las clases hostiles en una sociedad dividida en clases se convierte de manera indefectible, al llegar a una fase determinada de su desarrollo, en lucha política. La lucha entre los partidos es la expresión íntegra, completa y acabada de la lucha política entre las clases. El sin partidismo significa indiferencia ante la lucha de los partidos. Pero esta indiferencia no equivale a neutralidad, a abstención en la lucha, pues en la lucha de clases no puede haber neutrales; en la sociedad capitalista no es posible "abstenerse" de participar en el intercambio de productos o de fuerza de trabajo. Y este intercambio engendra inexorablemente la lucha económica y tras ésta, la lucha política. Por eso, la indiferencia ante la lucha no es en realidad inhibición de la lucha, abstención de ella o neutralidad. La indiferencia es el apoyo tácito al fuerte, al que domina. Quien mostraba en Rusia indiferencia por la autocracia antes de que ésta cayera, al estallar la Revolución de Octubre[114], apoyaba tácitamente a la autocracia. Quien es indiferente en la Europa contemporánea a la dominación de la burguesía, apoya tácitamente a la burguesía. Quien muestra indiferencia por la idea del carácter burgués de la lucha en aras de la

libertad, apoya tácitamente el dominio de la burguesía en esta lucha, el dominio de la burguesía en la naciente Rusia libre. La indiferencia política no es otra cosa que saciedad política. El que está harto es "indiferente" e "insensible" ante el problema del pan de cada día; pero el hambriento será siempre un hombre "de partido" en esta cuestión. La "indiferencia y la impasibilidad" de una persona ante el problema del pan de cada día no significa que no necesite pan, sino que lo tiene siempre asegurado, que no carece de él nunca, que se ha acomodado bien en el "partido" de los ahítos. El sin partidismo en la sociedad burguesa no es sino un expresión hipócrita, encubierta y pasiva de pertenencia al partido de los ahítos, al partido de los que dominan, al partido de los explotadores.

El sin partidismo es una idea burguesa. El partidismo es una idea socialista. Esta tesis, en general, es aplicable a toda la sociedad burguesa. Naturalmente, hay que saber aplicar esta verdad general a las distintas cuestiones y casos parciales. Pero olvidar esta verdad en unos momentos en que la sociedad burguesa en su conjunto se alza contra la servidumbre y la autocracia significa renunciar de hecho y por completo a la crítica socialista de la sociedad burguesa.

La revolución rusa, a pesar de que aún se encuentra en la fase inicial de su desarrollo, proporciona ya no pocos datos para corroborar las consideraciones generales arriba expuestas. El riguroso partidismo ha sido y es defendido desde siempre exclusivamente por la socialdemocracia, por el partido del proletariado consciente. Nuestros liberales, representantes de los puntos de vista de la burguesía, no pueden transigir con el partidismo socialista ni quieren oír hablar de lucha de clases; recuérdense aunque sólo sean los recientes discursos del señor Ródichev, que ha repetido por enésima vez lo que dijeran con machaconería tanto *Osvobozhdenie*[115], editada en el extranjero, como los innumerables y avasallados órganos del liberalismo ruso. Por último, la ideología de la clase intermedia, de la pequeña burguesía, ha tenido clara expresión en los puntos de vista de los "radicales" rusos de distintos matices, comenzando por *Nasha Zhizn*, los "radicales demócratas"[116], y terminando por los "socialistas-revolucionarios". Donde estos últimos han confirmado con la mayor nitidez su mezcolanza de socialismo y democracia es en la cuestión agraria, concretamente en la consigna de "socialización" (de la tierra sin socialización del capital). Es sabido también que transigen con el radicalismo burgués, pero no transigen con la idea del partidismo socialdemócrata.

No es tema nuestro examinar cómo se reflejan los intereses de las distintas clases en el programa y la táctica de los liberales y radicales rusos de todos los matices. Aquí hemos abordado sólo de paso este interesante problema y debemos pasar ahora a las conclusiones políticas prácticas sobre la actitud de nuestro partido ante las organizaciones sin partido.

¿Es admisible la participación de los socialistas en organizaciones sin Partido? Si lo es ¿en qué condiciones? ¿Qué táctica hay que seguir en esas organizaciones?

A la primera pregunta no se puede contestar con un no rotundo, basado en consideraciones de principio. Sería erróneo afirmar que no es admisible en ningún caso y en ninguna circunstancia la participación de los socialistas en organizaciones sin partido (es decir, burguesas más o menos consciente o inconscientemente). En la época de la revolución democrática, la renuncia a participar en organizaciones sin partido equivaldría en ciertos casos a renunciar a participar en la revolución democrática. Pero es indudable que los socialistas deben circunscribirse estrictamente a estos "ciertos casos" y que sólo pueden admitir esta participación en condiciones determinadas y limitadas de un modo riguroso. Pues si las organizaciones sin partido son debidas, como ya hemos dicho, a un nivel relativamente bajo de desarrollo de la lucha de clases, por otra parte, el riguroso partidismo es una de las condiciones que transforman la lucha de clases en una lucha consciente, clara, precisa y fiel a los principios.

La salvaguardia de la independencia ideológica y política del partido del proletariado es una obligación constante, invariable e incondicional de los socialistas. Quien no cumple con esta obligación deja *de hecho* de ser socialista, por muy sinceras que sean sus convicciones "socialistas" (socialistas de palabra). Un socialista puede permitirse participar en organizaciones sin partido sólo como excepción. Y los propios fines de esta participación, su carácter, las condiciones de la misma, etc., deben subordinarse por entero a la tarea fundamental: preparar y organizar al proletariado socialista para la dirección consciente de la revolución socialista.

Las circunstancias pueden obligarnos a participar en organizaciones sin partido, sobre todo en la época de la revolución democrática, y, en particular, de una revolución democrática en la que el proletariado desempeñe un papel relevante. Una tal participación puede ser necesaria, por ejemplo, para propagar el socialismo entre un auditorio democrático no definido o en beneficio de la lucha conjunta de socialistas y demócratas revolucionarios frente a la contrarrevolución. En el primer caso, esta participación será un medio de difundir nuestros puntos de vista; en el segundo, un pacto de lucha en aras de la consecución de determinados objetivos revolucionarios. En ambos casos, la participación sólo puede ser temporal. En ambos casos, esa participación sólo es admisible a

condición de que se guarde por completo la independencia del partido obrero y a condición de que todo el partido en su conjunto controle y dirija obligatoriamente a sus miembros y grupos “delegados” a las asociaciones o consejos sin partido.

Cuando la actividad de nuestro partido era secreta, la realización de ese control y de esa dirección ofrecía dificultades gigantescas, a veces casi insuperables. Ahora, cuando la actividad del partido es cada vez más abierta, este control y esta dirección pueden y deben ser efectuados con la mayor amplitud, e inexcusablemente no ya sólo por la “cúspide, sino también por la “base” del partido, por todos los obreros organizados que integran el partido. Los informes sobre la actuación de los socialdemócratas en las asociaciones o consejos sin partido y sobre las condiciones y los objetivos de la misma, así como las resoluciones de cualquier tipo de organizaciones del partido a propósito de dicha actuación deben entrar sin falta a formar parte de la labor práctica del partido obrero. Sólo una tal participación real del partido en su conjunto, una participación en la *orientación* de todas las actividades de ese carácter puede contraponer de hecho el trabajo verdaderamente socialista al trabajo democrático general.

¿Qué táctica debemos aplicar en las asociaciones sin partido? En primer término, aprovechar toda posibilidad de establecer nuestros propios vínculos y de propagar nuestro programa socialista íntegro. En segundo término, determinar las tareas políticas inmediatas del momento desde el punto de vista de la realización más plena y decidida de la revolución democrática, dar consignas políticas en la revolución democrática, formular el “programa” de las transformaciones que debe llevar a cabo la democracia revolucionaria en lucha a diferencia de la chalanesca democracia liberal.

Sólo con un tal planteamiento del problema puede ser admisible y fecunda la participación de los miembros de nuestro partido en las organizaciones revolucionarias sin partido creadas hoy por los obreros, mañana por los campesinos, mañana por los soldados, etc. Sólo con un tal planteamiento del problema estaremos en condiciones de cumplir la doble tarea del partido obrero en la revolución burguesa: llevar hasta el fin la revolución democrática, ampliar y reforzar los efectivos del proletariado socialista que necesita la libertad para desplegar una lucha despiadada por el derrocamiento del dominio del capital.

*Publicado el 26 de noviembre y el 2 de diciembre de 1905 en los núms. 22 y 27 de “Nóvaya Zhizn”.*

*T. 12, págs. 133-141.*

## EL SOCIALISMO Y LA RELIGIÓN.

Toda la sociedad moderna se sienta en la explotación de masas inmensas de la clase obrera por una minoría insignificante de la población, perteneciente a las clases de los propietarios agrícolas y de los capitalistas. En una sociedad esclavista, pues los obreros "libres", que trabajan toda la vida para los capitalistas, "tienen derecho" únicamente a los medios de existencia indispensables para que se puedan mantener los esclavos que producen ganancias, para asegurar y perpetuar la esclavitud capitalista.

La opresión económica de los obreros suscita y engendra inevitablemente todo género de opresión política, de humillación social, de embrutecimiento y embotamiento de la vida espiritual y moral de las masas. Los obreros pueden conseguir una mayor o menor libertad política para luchar por su emancipación económica, pero ninguna libertad les emancipará de la miseria, el paro forzoso y la opresión mientras no sea derrocado el poder del capital. La religión es uno de los tipos de opresión espiritual que cae en todas partes sobre las masas populares, aplastadas por el trabajo eterno para otros, por la pobreza y la soledad. La impotencia de las clases explotadas en la lucha contra los explotadores da origen también inevitablemente a la fe en una mejor vida de ultratumba, del mismo modo que la impotencia de los salvajes en la lucha contra la Naturaleza hace nacer la fe en los dioses, demonios, milagros, etc. La religión enseña resignación y paciencia en la vida terrenal a quienes trabajan y pasan necesidades toda la vida, consolándolos con la esperanza de recibir la recompensa en el cielo. Y a quienes viven del trabajo ajeno, les enseña caridad en la vida terrenal, ofreciéndoles una absolución muy barata de su existencia de explotadores y vendiéndoles a precios módicos pasajes al bienestar celestial. La religión es el opio del pueblo. La religión es una especie de aguardiente espiritual de mala calidad en el que los esclavos del capital ahogan su fisonomía humana, hunden sus reivindicaciones de una vida digna del hombre.

Pero el esclavo que adquiere conciencia de su esclavitud y se alza a la lucha por su manumisión ya no es más que semiesclavo. El obrero consciente de nuestros días, educado por la gran industria fabril e instruido por la vida urbana, se sacude con desprecio los prejuicios religiosos, deja el cielo a los curas y mojigatos burgueses y lucha por conquistar para sí una vida mejor aquí, en la tierra. El proletariado moderno se coloca al lado del socialismo, que incorpora la ciencia a la lucha contra la niebla religiosa y libera al obrero de la fe en la vida de ultratumba, al unirlo para la verdadera lucha por una vida mejor en la tierra.

La religión debe ser declarada asunto privado: es costumbre expresar corrientemente con estas palabras la actitud de los socialistas ante la religión. Pero hay que determinar con exactitud el significado de estas palabras para que no puedan dar origen a ninguna confusión. Reclamamos que la religión sea un asunto privado con respecto al Estado, mas en modo alguno podemos considerar la religión asunto privado con respecto a nuestro propio partido. El Estado no debe tener nada que ver con la religión; las asociaciones religiosas no deben estar vinculadas al poder del Estado. Cada cual debe tener plena libertad de profesar la religión que prefiera o de no confesar ninguna, es decir, de ser ateo, como lo es habitualmente todo socialista. Es intolerable por completo cualquier diferencia de derechos entre los ciudadanos según sus creencias religiosas. En los documentos oficiales debe ser suprimida por completo hasta la menor alusión a una u otra religión de los ciudadanos. No debe existir ningún pago del Estado a la Iglesia, ninguna entrega de sumas del Estado a las asociaciones eclesiásticas y religiosas, las cuales han de ser asociaciones completamente libres, independientes del poder, de ciudadanos unidos por la comunidad de creencias. Únicamente la satisfacción íntegra de estas reivindicaciones puede poner fin al vergonzoso y maldito pasado, cuando la Iglesia se encontraba en dependencia feudal del Estado, y los ciudadanos rusos se hallaban en dependencia feudal de la Iglesia oficial; cuando existían y se aplicaban leyes medievales, inquisitoriales (existentes hasta ahora en nuestros códigos y reglamento penales), que perseguían por sustentar determinadas creencias o por no tener ninguna, violentaban la conciencia del hombre y vinculaban los puestecillos oficiales y los ingresos fiscales al reparto de uno u otro mejunje eclesiástico-estatal. Separación completa de la Iglesia y del Estado: tal es la reivindicación que presenta el proletariado socialista al Estado contemporáneo y a la Iglesia contemporánea.

La revolución rusa debe hacer realidad esta reivindicación como parte integrante e indispensable de la libertad política. En este terreno, la revolución rusa se halla en condiciones singularmente favorables, pues la repugnante burocracia de la autocracia policiaco-feudal ha

provocado el descontento, la efervescencia y la indignación incluso entre el clero. Por muy embrutecido que esté y muy ignorante que sea el clero ortodoxo ruso, incluso él ha sido despertado ahora por el trueno de la caída del viejo régimen medieval en Rusia. Hasta él se suma a la reclamación de libertad, protesta contra la burocracia y la arbitrariedad de los funcionarios, contra la vigilancia policíaca impuesta a los "servidores de Dios". Los socialistas debemos apoyar este movimiento, llevando hasta el fin las reivindicaciones de los hombres honrados y sinceros que forman parte del clero, tomarles por la palabra de libertad y exigirles que rompan resueltamente todos los vínculos entre la religión y la policía. Si son ustedes sinceros, deben propugnar que la Iglesia y el Estado, así como la escuela y la Iglesia, se separen por completo, que la religión sea declarada de modo pleno y absoluto asunto privado. Pero si no aceptan ustedes estas reivindicaciones consecuentes de la libertad, eso significará que siguen prisioneros de las tradiciones inquisitoriales, que continúan apegados a los puestecillos oficiales y a los ingresos fiscales; significará que no creen en la fuerza espiritual de su arma, que siguen dejándose sobornar por el poder del Estado; y entonces los obreros conscientes de toda Rusia les declararán una guerra sin cuartel.

La religión no es asunto privado con respecto al partido del proletariado socialista. Nuestro partido es la unión de luchadores conscientes y avanzados por la emancipación de la clase obrera. Esta unión no puede ni debe permanecer indiferente ante la inconsciencia, la ignorancia o el oscurantismo bajo la forma de creencias religiosas. Exigimos la completa separación de la Iglesia y el Estado para luchar contra el oscurantismo religioso con un arma puramente ideológica y solamente ideológica, con nuestra prensa y nuestra palabra. Pero hemos fundado nuestra unión, el POSDR, entre otras cosas, para sostener precisamente esa lucha contra todo embaucamiento religioso de los obreros. Para nosotros, la lucha ideológica no es asunto privado, sino asunto de todo el partido, de todo el proletariado.

Si esto es así, ¿por qué no declaramos en nuestro programa que somos ateos?, ¿por qué no prohibimos a los cristianos y creyentes que ingresen en nuestro partido?

La respuesta a estas preguntas debe aclarar una diferencia muy importante que existe entre el planteamiento democrático burgués del problema religioso y el planteamiento socialdemócrata.

Nuestro programa se basa en una concepción científica del mundo, precisamente en la concepción materialista. Por eso, la explicación de nuestro programa comprende también, de modo necesario, la explicación de las verdaderas raíces históricas económicas de la niebla religiosa. Nuestra propaganda incluye obligatoriamente la propaganda del ateísmo, y una de las ramas de nuestra labor de partido debe consistir hoy en editar las correspondientes publicaciones científicas que con tanto rigor ha prohibido y perseguido hasta ahora el poder autocrático feudal del Estado. Quizás debamos seguir el consejo que dio Engels en cierta ocasión a los socialistas alemanes: traducir y difundir profusamente los libios ateos de la Ilustración francesa del siglo XVIII[117].

Pero, al hacer eso, no debemos caer de ninguna manera en el planteamiento abstracto, idealista, del problema religioso "a partir de la razón", al margen de la lucha de clases, como hacen con frecuencia los demócratas radicales pertenecientes a la burguesía. Sería absurdo pensar que en una sociedad basada en la opresión y el embrutecimiento infinitos de las masas obreras se puedan disipar los prejuicios religiosos por medio de la prédica escueta. Sería estrechez burguesa olvidar que la opresión religiosa sobre el género humano es sólo producto y reflejo de la opresión económica en el seno de la sociedad. No hay libros ni prédicas capaces de ilustrar al proletariado si no le ilustra su propia lucha contra las fuerzas tenebrosas del capitalismo. La unidad de esta verdadera lucha revolucionaria de la clase oprimida por crear el paraíso en la tierra tiene para nosotros más importancia que la unidad de criterio de los proletarios acerca del paraíso en el cielo.

He ahí por qué no proclamamos ni debemos proclamar nuestro ateísmo en nuestro programa; he ahí por qué no prohibimos ni debemos prohibir el acercamiento a nuestro partido a los proletarios que conservan todavía unos u otros vestigios de los viejos prejuicios. Propagaremos siempre nuestra concepción científica del mundo, necesitamos luchar contra la inconsecuencia de unos u otros "cristianos"; pero esto en modo alguno significa que debamos colocar el problema religioso en un primer plano que está muy lejos de corresponderle; que debamos admitir la división de las fuerzas de la lucha verdaderamente revolucionaria, económica y política, en aras de opiniones o desvaríos de tercer orden, que pierden rápidamente toda importancia política y son arrojados con no menos rapidez al desván de los trastos viejos por la propia marcha del desarrollo económico.

La burguesía reaccionaria se ha preocupado en todas partes, y empieza a preocuparse ahora en nuestro país, de azuzar la enemistad religiosa para desviar en esa dirección la atención de las masas y apartarlas de los problemas económicos y políticos auténticamente importantes y cardinales que está resolviendo ahora de modo práctico el proletariado de toda Rusia, uniéndose en su lucha revolucionaria. Esta política reaccionaria de

desmembración de las fuerzas proletarias, que se manifiesta hoy, principalmente, en los pogromos de las centurias negras, puede llegar a concebir mañana otras formas más sutiles. En todo caso, le opondremos la prédica de la solidaridad proletaria y de la concepción científica del mundo, una prédica serena, firme y paciente, ajena a toda instigación de discordias secundarias.

El proletariado revolucionario conseguirá que la religión sea en realidad un asunto privado con respecto al Estado. Y en este régimen político, limpio del moho medieval, el proletariado desplegará una lucha amplia y abierta para suprimir la esclavitud económica, auténtica fuente del embaucamiento religioso de la humanidad.

*Publicado el 3 de diciembre de 1905 en el núm. 28 de "Nóvaya Zhizn".*
*T. 12, págs. 142-147.*

## REVISIÓN DEL PROGRAMA AGRARIO DEL PARTIDO OBRERO[118].

Todos reconocen hoy la necesidad de revisar el programa agrario del partido obrero. La última conferencia de la "mayoría" (diciembre de 1905) planteó formalmente este problema en sazón, que figura ya en el orden del día del Congreso de Unificación.

Nos proponemos hacer al comienzo una brevísima exposición del planteamiento de la cuestión agraria en la historia de la socialdemocracia rusa, comentar después los diversos proyectos de programa propuestos hoy por los socialdemócratas y, finalmente, esbozar el proyecto que defendemos nosotros.

### I. Exposición sumaria del desarrollo histórico de los puntos de vista de la socialdemocracia rusa en la cuestión agraria

Desde el momento mismo de su surgimiento, la socialdemocracia rusa reconoció la enorme importancia del problema agrario y de la cuestión campesina especial en Rusia, incluyendo el análisis independiente de esta cuestión en todos sus planteamientos programáticos.

La opinión opuesta, difundida frecuentemente por los populistas y los socialistas-revolucionarios[119], se basa en una ignorancia supina o en una tergiversación premeditada de la cuestión.

En el primer proyecto de programa de los socialdemócratas rusos, publicado por el grupo Emancipación del Trabajo[120] en 1884, figuraba ya la reivindicación de "revisión radical de las relaciones agrarias" y de liquidación de todas las relaciones de servidumbre en el campo (por no tener a mano las viejas publicaciones socialdemócratas publicadas en el extranjero, nos vemos obligados a citar de memoria, respondiendo de la idea general, pero no del propio texto de las citas).

Más tarde, en la revista *Sotsial-Demokrat*[121] (postrimerías de la década del 80) y en los folletos *La ruina nacional en Rusia* y *Las tareas de los socialistas en la lucha contra el hambre en Rusia* (1891-1892), Plejánov destacó repetidas veces y con las frases *más enérgicas* la enorme importancia de la cuestión campesina en Rusia, señalando incluso que era posible también el "reparto negro"[122] durante la próxima revolución democrática y que la socialdemocracia no temía ni eludía estas perspectivas. A pesar de que en modo alguno era una medida socialista, el "reparto negro" debería dar un gran impulso al desarrollo del capitalismo, al crecimiento del mercado interior, a la elevación del bienestar del campesinado, a la descomposición de la comunidad[123], al desarrollo de las contradicciones de clase en el campo y a la liquidación de todos los vestigios de la vieja Rusia de la servidumbre y el vasallaje.

Esta indicación de Plejánov sobre el "reparto negro" tiene para nosotros singular importancia histórica. Muestra con elocuencia que los socialdemócratas hicieron desde el primer instante precisamente el planteamiento teórico del problema agrario en Rusia que vienen manteniendo de modo invariable hasta nuestros días.

Los socialdemócratas rusos han defendido siempre, desde el surgimiento de su partido hasta nuestros días, las tres tesis siguientes. *Primera*. La revolución agraria formará inevitablemente parte de la revolución democrática en Rusia. El contenido de esta revolución será liberar al campo de las relaciones de servidumbre y vasallaje. *Segunda*. La futura revolución agraria será, por su significación social y económica, una revolución democrática burguesa; no debilitará, sino que intensificará el desarrollo del capitalismo y de las contradicciones capitalistas de clase. *Tercera*. La socialdemocracia tiene sobrado fundamento para apoyar esta revolución del modo más decidido, señalando unas u otras tareas inmediatas, pero sin atarse las manos ni renunciar lo más mínimo a respaldar incluso el "reparto negro".

Quien ignora estas tres tesis, quien no las ha leído en *toda* la literatura socialdemócrata sobre la cuestión agraria en Rusia, o desconoce el problema o da de lado su esencia (como hacen constantemente los socialistas-revolucionarios).

Retornando al desarrollo histórico de los puntos de vista de la socialdemocracia en la cuestión campesina, señalaremos entre las publicaciones de finales de la década del 90 *Las tareas de los socialdemócratas rusos* (1897), donde se refuta enérgicamente la opinión de que los socialdemócratas tienen una actitud de "indiferencia" por el campesinado y se repiten las opiniones generales de la socialdemocracia. Señalemos también el periódico *Iskra*, en cuyo número 3, aparecido en la *primavera* (marzo y abril) *de 1901*, es decir, *un año antes* del primer gran levantamiento campesino en Rusia, se publicó un artículo de fondo titulado *El partido obrero y el campesinado*, que subrayaba una vez más la importancia de la cuestión campesina y planteaba, entre otras reivindicaciones, la devolución de los recortes[124].

Este artículo puede ser considerado primer

esbozo de programa agrario del POSDR, publicado en el verano de 1902 en nombre de la redacción de *Iskra* y de *Zariá*[125], y se convirtió en programa oficial de nuestro partido en su II Congreso (agosto de 1903).

En este programa, *toda* la lucha contra la autocracia se considera una lucha del régimen burgués contra la servidumbre; el punto de vista de principio del marxismo aparece en él con la mayor claridad en la tesis fundamental de su parte agraria: "a fin de acabar con los restos del régimen de servidumbre, que pesan como un yugo abrumador sobre los campesinos, y en bien del libre desarrollo de la lucha de clases en el campo, el partido exige..."

Casi todos los críticos del programa socialdemócrata pasan por alto esta tesis fundamental: no ven lo de bulto.

Además de las reivindicaciones indiscutibles (anulación de los tributos sectoriales, rebaja de los arrendamientos, libertad de los campesinos de disponer de sus tierras), algunos puntos del programa agrario, aprobado en el II Congreso, contenían también la reivindicación de que fueran devueltos los rescates[126] y creados comités campesinos para restituir los recortes y acabar con los restos de las relaciones del régimen de servidumbre.

El último punto, el de los recortes, es el que suscitó mayores críticas en las filas socialdemócratas. Este punto fue criticado también por el grupo socialdemócrata *Borbá*[127] que proponía (si la memoria no me falla) la expropiación de toda la tierra de los terratenientes, y por el camarada Equis (su crítica y mi réplica[*] fueron publicadas en un folleto de Ginebra durante el verano de 1903, en vísperas del II Congreso, siendo entregado a sus delegados). En lugar de los recortes y de la devolución de los rescates, el camarada Equis proponía: 1) confiscación de las tierras de la Iglesia, de los monasterios y de la Corona y su transferencia "en posesión al Estado democrático"; 2) "implantación de un impuesto progresivo sobre la renta agraria de los grandes propietarios agrícolas a fin de que esta forma de ingresos pase a manos del Estado democrático para atender las necesidades del pueblo", y 3) transferencia de una parte de las tierras de propiedad particular (de los grandes propietarios) y, a ser posible, de todas las tierras a grandes organizaciones sociales de administración autónoma local (zemstvos)" .

Yo critiqué este programa, denominándolo "formulación empeorada y contradictoria de la reivindicación de nacionalización de la tierra", y destaqué que los comités de campesinos tienen importancia como consigna de lucha que pone en pie a un estamento oprimido; que la socialdemocracia no debe atarse las manos prometiendo, aunque sólo sea, oponerse a la "venta" de las tierras confiscadas; que la devolución de los recortes *no limita*, ni mucho menos, las *aspiraciones* de la socialdemocracia, sino únicamente la posibilidad de que el proletariado agrícola y la burguesía rural presenten las tareas comunes. Subrayé que "si la reivindicación de toda la tierra significa la reivindicación de nacionalización o de entrega de la tierra a los campesinos propietarios actuales, apreciaremos esta reivindicación desde el punto de vista de los intereses del proletariado, *teniendo en cuenta todas las circunstancias de la cuestión* (el subrayado es nuestro); no podemos decir de antemano, por ejemplo, si nuestros campesinos propietarios, cuando la revolución los despierte a la vida política, actuarán como partido democrático revolucionario o como partido del orden" (págs. 35-36 del folleto. citado[***]).

Esa misma idea de que los recortes no limitan la amplitud del movimiento campesino ni nuestro apoyo al mismo, si va más lejos, fue desarrollada también por mí en el 'folleto *A los pobres del campo* (publicado en 1903, antes del II Congreso), donde a los "recortes" no se les denomina "tope", sino "puerta"[****], y la idea del paso de *toda la tierra* al campesinado no es rechazada, ni muchos menos, sino incluso aplaudida en determinada situación política.

Por lo que se refiere al reparto negro, en agosto de 1902 escribía yo (*Zariá*, núm. 4, pág. 176), al defender el proyecto de programa agrario:

"En la reivindicación del reparto negro es reaccionaria la utopía de querer socializar y perpetuar la pequeña producción campesina, pero en ella hay también (además de la utopía de que el "campesinado" puede ser portador de la revolución *socialista*) un aspecto revolucionario, a saber: el deseo de barrer con una insurrección campesina todos los vestigios del régimen de la servidumbre"[*****].

Por tanto, los datos de las publicaciones de 1902-1903 demuestran irrefutablemente que los autores de este punto no vieron jamás en la reivindicación de los recortes una limitación de la amplitud del movimiento campesino ni de nuestro apoyo al mismo. No obstante, la marcha de los acontecimientos mostraba que este punto del programa era insatisfactorio, pues el movimiento

[*] Véase V. I. Lenin. *Respuesta a la crítica de nuestro proyecto de programa*. (*N. de la Edit.*)

[***] Véase V. I. Lenin. *Respuesta a la crítica de nuestro proyecto de programa*. (*N. de la Edit.*)

[****] Véase V. I. Lenin. *A los pobres del campo*, tomo 2 de la presente edición.

[*****] Véase V. I. Lenin. *El programa agrario de la socialdemocracia rusa*. (*N. de la Edit.*)

campesino crece con enorme rapidez en amplitud y profundidad, y nuestro programa suscita confusión entre las grandes masas. Y el partido de la clase obrera debe tener en cuenta a las grandes masas y no puede limitarse a aludir a unos comentarios, que explican el programa obligatorio para todos con argumentos no obligatorios para el partido.

Maduraba la necesidad de revisar el programa agrario. A comienzos de 1905, en un número del periódico socialdemócrata "bolchevique" *Vperiod* (que se publicaba semanalmente en Ginebra entre enero y mayo de 1905) fue expuesto el proyecto de modificaciones del programa agrario, en virtud del cual se eliminaba el punto de los recortes, sustituyéndose por "el apoyo a las reivindicaciones campesinas, incluida la confiscación de todas las tierras de los terratenientes"[*].

Pero en el III Congreso del POSDR (mayo de 1905) y en la "conferencia" simultánea de la "minoría" no se planteó la cuestión de revisar el propio programa. La cuestión se limitó a elaborar una resolución *táctica*. Ambas mitades del partido coincidieron en el apoyo al movimiento campesino, *incluida la confiscación de todas las tierras de los terratenientes*.

Hablando con propiedad, estas resoluciones predeterminaron la revisión del programa agrario del POSDR. En la última conferencia de la "mayoría" (diciembre de 1905) se aceptó mi propuesta de expresar el deseo de que fueran eliminados los puntos relativos a los recortes y a la devolución de los rescates, sustituyendo dichos puntos por una indicación sobre el apoyo al movimiento campesino, incluida la confiscación de todas las tierras de los terratenientes[**] .

Y con esto damos por terminada nuestra exposición sumaria del desarrollo histórico de los puntos de vista del POSDR en la cuestión agraria.

## II. Cuatro corrientes en la socialdemocracia sobre el programa agrario

Además de la mencionada resolución de la conferencia "bolchevique", sobre esta cuestión tenemos en la actualidad dos proyectos acabados de programa agrario -los de los camaradas Máslov y Rozhkov- y las observaciones y consideraciones incompletas, es decir, que no dan un proyecto terminado de programa, de los camaradas Finn, Plejánov y Kautsky.

Expongamos brevemente las opiniones de estos autores.

El camarada Máslov propone el proyecto del camarada Equis un tanto modificado, o sea, suprime de él la implantación del impuesto progresivo sobre la renta agraria y enmienda la reivindicación de transferencia de las tierras de particulares a los zemstvos. La enmienda de Máslov consiste, en primer lugar, en que suprime las palabras de Equis "y, a ser posible, de todas las tierras" (es decir, que todas las tierras pasen a posesión de los zemstvos)[129]; en segundo lugar, Máslov suprime en absoluto la mención de los "zemstvos" que figura en el texto de Equis, diciendo "grandes organizaciones regionales" en vez de "grandes organizaciones sociales: los zemstvos". Todo el punto correspondiente dice así, como lo ha redactado Máslov:

"Transferencia de las tierras de propiedad particular (gran propiedad agraria) a grandes organizaciones regionales autónomas. Las dimensiones mínimas de las parcelas de tierra que deben ser enajenadas serán determinadas por un organismo popular regional". Por consiguiente, Máslov renuncia decididamente a la nacionalización completa, admitida condicionalmente por Equis, y exige la "municipalización" o, más exactamente, la "provincialización". Máslov presenta tres argumentos contra la nacionalización: 1) la nacionalización constituiría un atentado a la autodeterminación de las naciones; 2) los campesinos, sobre todo los campesinos con hacienda, no accederán a la nacionalización de sus tierras; 3) la nacionalización reforzará la burocracia, inevitable en el Estado clasista, democrático burgués.

Máslov critica el reparto ("división") de las tierras de los terratenientes únicamente como una utopía seudosocialista de los socialistas-revolucionarios, sin apreciar esta medida en comparación con la "nacionalización".

Por lo que se refiere a Rozhkov, éste no quiere ni el reparto ni la nacionalización, exigiendo sólo que se sustituya el punto sobre los recortes por otro que diga más o menos: "Entrega sin rescate a los campesinos de todas las tierras que sirven de instrumento para su esclavización económica" (véase la recopilación *El momento actual*, pág. 6 del artículo del camarada N. Rozhkov), Reclama la confiscación de las tierras de la Iglesia y otras, sin indicar "su transferencia en posesión del Estado democrático" (como quiere el camarada Máslov).

Prosigamos. El camarada Finn, en su artículo inacabado (*Mir Bozhi*[130], 1906), rechaza la nacionalización y se muestra partidario, al parecer, del reparto de las tierras de los terratenientes entre los campesinos como propiedad privada.

El camarada Plejánov, en el núm. 5 de *Dnevnik*[131], no dice tampoco una sola palabra acerca de determinadas modificaciones en nuestro programa agrario. Al criticar a Máslov, se limita a

[*] Véase el presente volumen. (*N. de la Edit.*)

[**] La resolución fue publicada en *Rus*, *Nasha Zhizn* y *Pravda*[128]. (Véase V. I. Lenin. *Resolución sobre la cuestión agraria aprobada por la Conferencia de la "mayoría" en Tammerfors*. *N. de la Edit.*)

defender la "táctica flexible" en general, rechaza la "nacionalización" (esgrimiendo los viejos argumentos de *Zariá*) y parece inclinarse por el reparto de las tierras de los terratenientes entre los campesinos.

Por último, C. Kautsky, en su excelente trabajo *La cuestión agraria en Rusia*, expone los fundamentos generales de los puntos de vista socialdemócratas sobre el problema y expresa su plena simpatía por el reparto de las tierras de los terratenientes, admitiendo, al parecer, la nacionalización en determinadas condiciones, pero sin aludir en absoluto al viejo programa agrario del POSDR y a los proyectos de modificaciones del mismo.

Si agrupamos las opiniones manifestadas en nuestro partido sobre el programa agrario del POSDR, obtendremos los *cuatro* tipos fundamentales que siguen:

1) el programa agrario del POSDR no debe exigir ni la nacionalización ni la confiscación de las tierras de los terratenientes (esta opinión es compartida por los defensores del actual programa o de pequeñas modificaciones como las que propone el camarada Rozhkov);

2) el programa agrario del POSDR debe reivindicar la confiscación de las tierras de los terratenientes, no exigiendo la nacionalización, cualquiera que sea su forma (figuran aquí, por lo visto, el camarada Finn y, probablemente el camarada Plejánov, aunque su opinión no está clara);

3) enajenación de las tierras de los terratenientes junto a una nacionalización original y limitada ("zemstvolización" y "provincialización" propugnadas por Equis, Máslov, Groman y otros);

4) confiscación de las tierras de los terratenientes y, *en determinadas condiciones políticas*, nacionalización de la tierra (programa propuesto por la mayoría de la comisión designada por el Comité Central Unificado de nuestro partido; este programa, que es defendido por el autor de estas líneas, figura más adelante, al final del folleto)*

Examinemos todas estas opiniones.

Los partidarios del programa actual o de un programa como el que propone el camarada Rozhkov se basan en dos opiniones: o la confiscación de las grandes fincas, que lleva a su división en pequeñas economías, no puede ser defendida de ninguna manera desde el punto de vista socialdemócrata, o en el programa en modo alguno puede caber la confiscación, ya que su lugar se halla únicamente en la resolución táctica.

Comencemos por la primera opinión. Se nos dice que las grandes fincas constituyen el tipo capitalista avanzado. Su confiscación y su reparto es una medida reaccionaria, un paso atrás hacia la pequeña hacienda. Los socialdemócratas no pueden ser partidarios de semejante medida.

Consideramos que esta opinión es equivocada.

Debemos tener en cuenta el resultado general y final del movimiento campesino contemporáneo y no hundirlo en casos y particularidades aislados. En suma, la actual hacienda terrateniente en Rusia se mantiene más por el sistema de servidumbre y vasallaje que por el sistema capitalista de economía. Quien niegue esto, no podrá explicar el amplio y profundo movimiento campesino revolucionario existente hoy en Rusia. Nuestro error, al plantear la reivindicación de devolver los recortes, consistía en que se apreciaba de modo insuficiente la amplitud y la profundidad del movimiento democrático, concretamente democrático burgués, en el campesinado. No es razonable insistir en este error ahora, cuando la revolución nos ha enseñado mucho. La confiscación de todas las tierras de los terratenientes representará para el desarrollo del capitalismo una ventaja mucho mayor que la desventaja que proporcionaría el reparto de la gran hacienda capitalista. El reparto no destruirá el capitalismo ni tirará de él hacia atrás, sino que desbrozará, igualará, ampliará y consolidará en grado inmenso el terreno para su nuevo desarrollo (del capitalismo). Hemos dicho siempre que limitar la amplitud del movimiento campesino no es, ni mucho menos, tarea de los socialdemócratas, y renunciar en la actualidad a la reivindicación de confiscar todas las tierras de los terratenientes constituiría una evidente limitación de la amplitud de un movimiento social definido.

Por eso, los camaradas que luchan hoy contra la reivindicación de confiscar todas las tierras de los terratenientes se equivocan tanto como los mineros ingleses del carbón, que tienen una jornada de menos de 8 horas y luchan contra la implantación legislativa de la jornada de 8 horas en todo el país.

Otros camaradas hacen concesiones al "espíritu de la época". En el programa -dicen-, recortes o enajenación de las tierras que sirven para el sojuzgamiento. En la resolución táctica, confiscación. No hay que mezclar, dicen, el programa con la táctica.

Respondemos a esto que el intento de marcar un límite absoluto entre el programa y la táctica conduce únicamente al escolasticismo o a la pedantería. El programa determina las posiciones generales, fundamentales, de la clase obrera ante otras clases; la táctica, las posiciones parciales y temporales. Esto, sin duda, es justo. Mas no puede olvidarse que toda nuestra lucha contra los restos del régimen de la servidumbre en el campo es una tarea parcial y temporal, en comparación con las

* Véase el presente volumen. (*N. de la Edit.*)

tareas socialistas generales del proletariado. Si el "régimen constitucional" a lo Shípov se sostiene en Rusia diez o quince años, estos restos desaparecerán, causando sufrimientos sin número a la población; mas, a pesar de todo, desaparecerán, morirán por sí solos. Entonces será imposible un movimiento campesino democrático más o menos fuerte, no se podrá defender ningún programa agrario "a fin de eliminar los restos del régimen de la servidumbre". Por tanto, la diferencia entre programa y táctica es solamente relativa. Y para un partido de masas, que actúa precisamente ahora de modo más abierto que antes, es extraordinariamente grande la desventaja que significaría incluir en el programa una reivindicación parcial, limitada y estrecha y, en una resolución táctica, una reivindicación general, amplia y universal. De todos modos, habrá que revisar de nuevo bastante pronto el programa agrario de nuestro partido; tanto si se consolida la "Constitución" de Dubásov-Shípov como si triunfa la insurrección campesina y obrera. No hay, pues, necesidad de esforzarse especialmente por construir una casa para siempre.

Pasemos al segundo tipo de opiniones. Se nos dice: confiscación y reparto de las tierras de los terratenientes, sí; pero nacionalización, en modo alguno. Se esgrime a Kautsky en defensa del reparto y se repiten los argumentos anteriores de todos los socialdemócratas (véase *Zariá*, núm. 4) contra la nacionalización. Estamos completa e incondicionalmente de acuerdo con que el reparto de las tierras de los terratenientes en la actualidad sería, en su conjunto, una medida progresista de verdad tanto en el sentido económico como en el político. Estamos de acuerdo, además, con que, en la sociedad burguesa, la clase de los pequeños propietarios es, *en determinadas condiciones*, "un baluarte más firme de la democracia que la clase de los arrendatarios, quienes dependen del Estado policiaco-clasista, aunque sea constitucional" (Lenin. *Respuesta a Equis*, pág. 27[*]).

Pero nosotros estimamos que *limitarse* a estas consideraciones en el momento actual de la revolución democrática en Rusia, limitarse a defender la vieja posición de 1902, significaría no tener en cuenta en absoluto la coyuntura socioclasista y política que ha cambiado esencialmente. *Zariá* señalaba en agosto de 1902 (vol. 4, artículo de Plejánov, pág. 36) que *Moskóvskie Viédomosti*[132] defendía en nuestro país la nacionalización y exponía la idea, indiscutiblemente correcta, de que la reivindicación de nacionalizar la tierra no es siempre, ni en todas partes, revolucionaria, ni mucho menos. Esto último, naturalmente, es justo; mas en ese mismo artículo de Plejánov (pág. 37) se señala que, "*en una época revolucionaria*" (el subrayado es de Plejánov), la expropiación de los grandes propietarios agrarios puede ser en nuestro país una necesidad y que, en determinadas circunstancias, será imprescindible plantear esta cuestión.

Es indudable que el estado de cosas ha cambiado hoy de manera esencial en comparación con 1902. La revolución subió mucho en 1905 y ahora prepara fuerzas para un nuevo embate. No se puede ni hablar de que *Moskóvskie Viédomosti* defienda la nacionalización de la tierra (en un sentido más o menos serio). Antes al contrario; salvaguardar la intangibilidad de la propiedad privada de la tierra ha pasado a ser el tema principal de los discursos de Nicolás II y de los aullidos de Gringmut y Cía. La insurrección campesina ha sacudido ya a la Rusia de la servidumbre, y la autocracia agonizante cifra ahora todas sus esperanzas sólo en el contubernio con la clase terrateniente, empavorecida por el movimiento campesino. No sólo *Moskóvskie Viédomosti*, sino incluso Slovo, órgano de los adeptos de Shípov, acosa a Witte y el proyecto "socialista" de Kútler, que no propone la nacionalización, sino únicamente *la compra* obligatoria de una parte de las tierras. Las furiosas persecuciones del gobierno contra la Unión Campesina y las feroces "dragonadas" contra los campesinos agitados muestran con claridad meridiana que se ha perfilado por entero el carácter democrático revolucionario del movimiento campesino.

Este movimiento, lo mismo que cualquier movimiento profundo del pueblo, ha despertado ya y continúa despertando en el campesinado inmensos entusiasmo y energía revolucionarios. En su lucha contra la propiedad agraria terrateniente, los campesinos llegan sin falta, y han llegado ya en la persona de sus representantes de vanguardia, a la reivindicación de que sea abolida en general toda la propiedad privada de la tierra[**].

No cabe la menor duda de que la idea de la propiedad de todo el pueblo sobre la tierra circula ahora con extraordinaria amplitud entre el campesinado. Y es indudable también que, a pesar de la ignorancia del campesinado, a pesar de los elementos utópicos reaccionarios de sus deseos, esta idea tiene, en suma, carácter democrático revolucionario[***].

---

[*] Véase V. I. Lenin. *Respuesta a la crítica de nuestro proyecto de programa*. (*N. de la Edit.*)

[**] Véase *Acuerdos de los Congresos de la Unión Campesina del 1 de agosto y del 6 de noviembre de 1905*. (San Petersburgo, 1905, pág. 6) y *Actas del Congreso de Constitución de la Unión Campesina de toda Rusia* (San Petersburgo, 1905), passim (aquí y allá. *N. de la Edit.*)

[***] En el núm. 5 de *Dnevnik*, el camarada Plejánov pone en guardia a Rusia contra la repetición de las experiencias de Van Han-shi (reformador chino del siglo

Los socialdemócratas deben depurar esta idea de sus tergiversaciones reaccionarias y socialistas pequeñoburguesas: de esto no cabe discutir. Pero los socialdemócratas cometerían un profundo error si arrojaran por la borda toda esta reivindicación sin saber destacar su aspecto democrático revolucionario. Debemos decir al campesino con toda sinceridad y energía que la nacionalización de la tierra es una medida burguesa, que es útil sólo en determinadas condiciones políticas; pero sería una política miope que nosotros, los socialistas, interviniéramos ante la masa campesina negando *sin más ni más* esta medida en general. Y no sólo una política miope, sino una deformación teórica del marxismo, el cual ha dejado sentado con toda precisión que la nacionalización de la tierra es posible y concebible también en la sociedad burguesa, que no retendrá, sino que intensificará el desarrollo del capitalismo y que constituye *el máximo* de las reformas democráticas burguesas en la esfera de las relaciones agrarias.

Mas ¿puede negar alguien que *en la actualidad* debemos defender ante el campesinado precisamente el máximo de transformaciones democráticas burguesas? ¿Acaso es posible no ver hasta ahora la ligazón existente entre el radicalismo de las reivindicaciones agrarias del campesino (abolición de la propiedad privada sobre la tierra) y el radicalismo de sus reivindicaciones políticas (república, etc.)?

No, en el momento actual, cuando se trata de llevar hasta el fin la revolución democrática, la posición de los socialdemócratas en la cuestión agraria puede ser únicamente ésta: contra la propiedad terrateniente y a favor de la propiedad campesina, si se conserva la propiedad privada de la tierra en general; contra la propiedad privada de la tierra y por la nacionalización de la tierra, *en determinadas condiciones políticas*.

Llegamos de esta forma al tercer tipo de opiniones: "zemstvolización" o "provincialización" preconizadas por Equis, Máslov y otros. Me veo obligado a repetir aquí contra Máslov parte de lo que dije contra Equis en 1903, a saber: que hace una "formulación empeorada y contradictoria de la reivindicación de nacionalización de la tierra" (Lenin. *Respuesta a Equis*, pág. 42[*]). "La entrega de la tierra -escribía yo entonces- (hablando en general) es deseable a manos del Estado democrático y no de organizaciones sociales *pequeñas* (del tipo de zemstvo presente o futuro)".

¿Qué propone Máslov? Propone una mezcla de nacionalización *más* zemstvolización *más* propiedad privada de la tierra *sin ninguna indicación* de las distintas condiciones políticas en las que uno u otro régimen agrario es beneficioso (relativamente) para el proletariado. En efecto, en el punto 3 de su proyecto, Máslov exige la "confiscación" de las tierras de la Iglesia y otras, "transfiriéndolas en posesión al Estado democrático". Es una forma pura de nacionalización. Mas surgen diversas preguntas: ¿por qué no se indican las condiciones políticas que hacen innocua la nacionalización en la sociedad burguesa? ¿Por qué no se propone aquí la zemstvolización en lugar de la nacionalización? ¿Por qué ha sido elegida una fórmula que *excluye* la venta de las tierras confiscadas?[**] Máslov no responde a ninguna de estas preguntas.

Al proponer la nacionalización de las tierras de la Iglesia, de los monasterios y de la Corona e impugnar, al mismo tiempo, la nacionalización en general, Máslov se rebate a sí mismo. Sus argumentos contra la nacionalización son, en parte, incompletos e inexactos y, en parte, absolutamente débiles. Primer argumento: la nacionalización es un atentado a la autodeterminación de las naciones. Desde San Petersburgo no se puede disponer del territorio de Transcaucasia. Esto no es un argumento, sino un absurdo completo. En primer lugar, el derecho de las naciones a la autodeterminación está reconocido en nuestro programa y, por consiguiente, Transcaucasia "tiene

---

XI que fracasó en sus intentos de nacionalización de la tierra) y pretende demostrar que el origen de la idea campesina de nacionalizar la tierra es reaccionario. El carácter artificioso de esta argumentación salta a la vista. En verdad, *qui prouve trop, ne prouve rien* (quien prueba mucho no prueba nada). Si se pudiera comparar la Rusia del siglo XX con la China del siglo XI, ni Plejánov ni yo hablaríamos, sin duda, ni del carácter democrático revolucionario del movimiento campesino en Rusia ni del capitalismo en Rusia. Por lo que se refiere al origen (o carácter) reaccionario de la idea campesina de nacionalización de la tierra, también en la idea del reparto negro existen rasgos indudables no sólo de su origen reaccionario, sino también de su carácter reaccionario en el momento actual. En todo el movimiento campesino y en toda la ideología campesina hay elementos reaccionarios, mas esto en modo alguno desmiente el carácter democrático revolucionario general de todo el movimiento en su conjunto. Por eso, Plejánov, además de no haber demostrado con nada su tesis (sobre la imposibilidad de que los socialdemócratas presenten la reivindicación de nacionalizar la tierra en determinadas condiciones políticas), hasta la ha debilitado mucho con su argumentación, artificiosa en extremo.

[*] Véase V. I. Lenin. *Respuesta a la crítica de nuestro proyecto de programa*. (*N. de la Edit.*)

[**] Cfr. Lenin. *Respuesta a Equis*, pág. 27. "Sería erróneo decir que la socialdemocracia estará siempre y en todas las condiciones contra la venta". (Véase V. I. Lenin. *Respuesta a la crítica de nuestro proyecto de programa*. *N. de la Edit.*). Creer inalienable la propiedad privada de la tierra y excluir la posibilidad de la venta es ilógico e insensato.

derecho" a autodeterminarse, separándose de San Petersburgo. ¡Máslov no se opone a las "cuatro colas"[133], basándose en que "Transcaucasia" puede no aceptarlas! En segundo lugar, *la amplia* administración autónoma, tanto local como regional, está reconocida *en general* en nuestro programa y, por tanto, ¡es absolutamente ridículo hablar de que "la burocracia de San Petersburgo dispondría de las tierras de los montañeses"! (Máslov, pág. 22). En tercer lugar, la ley de "zemstvolización" de las tierras *transcaucásicas* tendrá que promulgarla, de todos modos, la Asamblea Constituyente *petersburguesa*, ¡pues Máslov no quiere conceder a cualquier región periférica del país la libertad de conservar el régimen de propiedad agraria terrateniente! Así pues, todo el argumento de Máslov cae de su peso.

Segundo argumento: "La nacionalización de la tierra presupone la transferencia de *todas* las tierras a manos del Estado. Mas ¿acaso los campesinos, sobre todo los que tienen hacienda propia, accederán a transferir voluntariamente sus tierras a quien sea?" (Máslov, pág. 20).

En primer lugar, Máslov juega con las palabras o confunde los conceptos. Nacionalización significa transferencia del derecho de propiedad sobre la tierra, del derecho a recibir la renta, pero en modo alguno transferencia de la propia tierra. Nacionalización en modo alguno significa que todos los campesinos tengan que transferir forzosamente la tierra a nadie. Explicaremos esto a Máslov con un ejemplo. Revolución socialista significa transferencia no sólo de la propiedad de la tierra, sino de la tierra misma como objeto de economía, a toda la sociedad. ¿Quiere decir esto que los socialistas deseen despojar de la tierra a los pequeños campesinos en contra de su voluntad? No, ningún socialista sensato ha propuesto nunca semejante estupidez.

¿Hay alguien que considere necesario hacer una salvedad especial sobre esto en el programa socialista que habla de sustituir la propiedad privada de la tierra por la propiedad social? No, ningún partido socialdemócrata hace semejante salvedad. Tanto menor es el fundamento que tenemos para inventar supuestos horrores acerca de la nacionalización. La nacionalización es la transferencia de la renta al Estado. Los campesinos, en la mayoría de los casos, no reciben ninguna renta de la tierra. Por tanto, al efectuarse la nacionalización no habrá que pagarles nada, y el Estado democrático campesino (que Máslov presupone tácitamente con su zemstvolización, pero que no determina con exactitud) implantará, además, el impuesto progresivo sobre la renta y disminuirá la contribución de los pequeños propietarios. La nacionalización facilitará la circulación mercantil de la tierra, pero no significará en lo más mínimo arrancar ésta a los pequeños campesinos en contra de su voluntad.

En segundo lugar, si se argumenta contra la nacionalización desde el punto de vista de la "conformidad voluntaria" de los campesinos con hacienda propia, preguntamos a Máslov: ¿"accederán voluntariamente" los mujiks-propietarios a que el "Estado democrático", en el que los campesinos representarán una fuerza, les entregue *sólo en arriendo* las mejores tierras, es decir, las tierras de los terratenientes, de la Iglesia y de la Corona? Esto, en realidad, significa decirles: las tierras malas, parcelarias, te las entrego en propiedad; pero las buenas, las de los terratenientes, arriéndalas. Toma el pan de centeno gratis, mas paga con dinero constante y sonante el blanco. Los campesinos no accederán jamás a esto. Una de dos, camarada Máslov: o las relaciones económicas hacen necesaria la propiedad privada y ésta es ventajosa -en cuyo caso hay que hablar de reparto de las tierras de los terratenientes o de la confiscación en general-, o es posible y ventajosa la nacionalización de toda la tierra, y entonces no es de forzosa necesidad una excepción especial para los campesinos. La unión de la nacionalización con la provincialización y de esta última con la propiedad privada es sencillamente un embrollo. Se puede garantizar que, *con la victoria completa de la revolución democrática*, semejante medida jamás podría ser realizada.

### III. El error principal del camarada Máslov

Es necesario detenerse en otra consideración que se desprende de cuanto queda dicho, pero que requiere un análisis más detallado. Acabamos de decir que puede garantizarse que el programa de Máslov no se realizaría ni siquiera con la victoria completa de la revolución democrática. Hablando en general, el carácter "irrealizable" de ciertas reivindicaciones del programa en el sentido de la improbabilidad de su satisfacción en el momento actual o en un futuro próximo no puede ser considerado un argumento contra esas reivindicaciones. C. Kautsky lo ha señalado con particular relieve en su artículo contra Rosa Luxemburgo sobre la independencia de Polonia*. R. Luxemburgo hablaba del carácter "irrealizable" de esta independencia, mas C. Kautsky objetaba que la cuestión no consistía en que fuera "realizable" en el sentido indicado, sino en que determinada reivindicación correspondiera a la dirección general del desarrollo de la sociedad o a la situación económica y política general en todo el mundo civilizado. Tomen, por ejemplo, decía Kautsky, la

* En mi artículo sobre el proyecto de programa agrario, publicado en el núm. 4 de *Zariá*, se citan extractos de este artículo. (Véase V. I. Lenin. *El programa agrario de la socialdemocracia rusa*. *N. de la Edit.*)

reivindicación que figura en el programa de la socialdemocracia alemana de que todos los funcionarios sean elegidos por el pueblo. Naturalmente, esta reivindicación es "irrealizable" desde el punto de vista del actual estado de cosas en Alemania. Sin embargo, esta reivindicación es justa y necesaria por completo, pues es parte inalienable de la revolución democrática consecuente, hacia la que tiende todo el desarrollo social y que trata de conseguir la socialdemocracia como premisa del socialismo y como elemento indispensable de la superestructura política de éste.

Por eso, al hablar del carácter irrealizable del programa de Máslov, subrayamos estas palabras: con la victoria completa de la revolución democrática. En modo alguno hablamos de que el programa de Máslov sea irrealizable desde el punto de vista de las actuales relaciones y condiciones políticas. No. Afirmamos que precisamente con la revolución democrática completa y consecuente hasta el fin, es decir, precisamente dándose las condiciones políticas más diferentes de las actuales y más favorables para reformas agrarias radicales, precisamente en esas condiciones, el programa de Máslov es irrealizable, no porque sea, por decido así, demasiado grande, sino porque es demasiado pequeño desde el punto de vista de esas condiciones. Dicho de otro modo: si las cosas no llegan a la victoria completa de la revolución democrática, no podrá hablarse en serio de ninguna abolición de la propiedad agraria terrateniente, de ninguna confiscación de las tierras de la Corona y de otras tierras, de ninguna municipalización, etc. Por el contrario, si las cosas llegan a la victoria completa de la revolución democrática, ésta *no puede* limitarse a municipalizar una parte de las tierras. Una revolución que barra toda la propiedad agraria terrateniente (y una revolución así es la que presuponen Máslov y todos los partidarios del reparto o de la confiscación de las fincas de los terratenientes) requiere una energía y una amplitud revolucionaria sin precedentes en la historia. Admitir la posibilidad de semejante revolución sin confiscar la propiedad agraria terrateniente (Máslov habla en su proyecto de programa únicamente de "enajenación", y no de confiscación), sin difundir entre el "pueblo" con la mayor amplitud la idea de la nacionalización de toda la tierra, sin crear las formas políticas más avanzadas de democracia, significa admitir un disparate. Todos los aspectos de la vida social están estrechamente vinculados entre sí y sometidos por completo, en fin de cuentas, a las relaciones de producción. La medida radical de abolir la propiedad agraria terrateniente es inconcebible sin la modificación radical de las formas estatales (y esta modificación, con semejante reforma económica, sólo puede tener una orientación democrática), es inconcebible sin que el pensamiento "popular" y campesino, que exige la abolición de la más importante variedad de propiedad privada de la tierra, se alce contra la propiedad privada de la tierra en general. Con otras palabras: una transformación tan enérgica como la abolición de la propiedad agraria terrateniente dará obligatoriamente por sí misma el más poderoso impulso a todo el desarrollo social, económico y político. El socialista que ponga al orden del día el problema de una transformación de esa naturaleza debe reflexionar también en las nuevas cuestiones que de ello se desprenden, debe abordar esta transformación no sólo desde el punto de vista de su pasado, sino también de su futuro.

Y desde este punto de vista es insatisfactorio en especial el proyecto del camarada Máslov. Este proyecto formula de modo erróneo, en primer lugar, las consignas que ahora, hoy e inmediatamente deben encender, impulsar, difundir y "organizar" la revolución agraria: esas consignas sólo pueden ser *la confiscación* de todas las tierras de los terratenientes y la organización indispensable, con estos fines, de *comités campesinos*, como única forma adecuada de órganos locales de poder revolucionario ligado al pueblo y fuerte. Este proyecto es erróneo, en segundo lugar, porque no indica con precisión las condiciones políticas sin las cuales la "municipalización" no es una medida útil sin falta, sino, con toda seguridad, incluso perjudicial para el proletariado y los campesinos: no da una definición exacta e inequívoca del concepto "Estado democrático". En tercer lugar, este proyecto -y ello constituye uno de sus defectos más esenciales y con menos frecuencia observados- no aborda la actual revolución agraria desde el punto de vista de su futuro, no indica las tareas que se desprenden directamente de ella, adolece de desacuerdo entre las premisas económicas y políticas en que él mismo se basa.

En efecto analicemos con mayor atención el argumento de más peso (el tercero) para defender el proyecto de Máslov. Este argumento proclama: la nacionalización fortalecerá el poder del Estado burgués, en tanto, que los órganos municipales y, en general, locales de dicho Estado son más democráticos, no recae sobre ellos la carga de los gastos para el ejército, no desempeñan directamente las funciones de opresión policíaca del proletariado, etc., etc. Es fácil ver que este argumento prevé un Estado *no del todo democrático*, es decir, un Estado en el que precisamente el punto más importante, el poder central, conserva la mayor similitud con el viejo régimen militar burocrático; en el que las instituciones locales, teniendo un carácter secundario y subalterno, son mejores, más democráticas que las instituciones centrales; es decir, este argumento presupone *no llevar hasta su término la revolución democrática*. Presupone

tácitamente algo intermedio entre la Rusia de la época de Alejandro III, cuando los zemstvos eran mejores que las instituciones centrales, y la Francia de la época de "la república sin republicanos", cuando la burguesía *reaccionaria*, asustada por el reforzamiento del proletariado, creó una "república monárquica" antidemocrática, con instituciones centrales que eran mucho peores que las locales, menos democráticas, más impregnadas de espíritu militarista, burocrático y policiaco. En esencia, el proyecto de Máslov presupone tácitamente que las reivindicaciones de nuestro programa político mínimo no han sido satisfechas en toda su plenitud, que no está garantizado el poder soberano del pueblo, que no se ha abolido el ejército permanente ni se ha establecido la elegibilidad de los funcionarios, etc.; dicho con otras palabras, nuestra revolución democrática, lo mismo que la mayor parte de las revoluciones democráticas europeas, no ha sido llevada hasta su término; que ha sido, como todas ellas, recortada, adulterada y "retrotraída". El proyecto de Máslov está adaptado especialmente a una revolución democrática a medias, inconsecuente, incompleta y "desarmada" por la reacción*.

Es esta circunstancia, precisamente, la que hace que el proyecto de Másloy sea artificioso, mecánico e irrealizable por completo en el sentido expuesto más arriba, contradictorio en sí mismo y vacilante, de la palabra, y, por último, unilateral (pues se concibe que de la revolución democrática se pasará únicamente a la reacción burguesa antidemocrática y no a una lucha más enconada del proletariado por el socialismo).

Es intolerable en absoluto presuponer *tácitamente* que no se ha llevado hasta su término la revolución democrática que no se han realizado las reivindicaciones esenciales de nuestro programa político mínimo. Es obligatorio no silenciar semejante cosa, sino indicarla con toda exactitud. Si Máslov quisiera guardarse fidelidad a sí mismo, si quisiera eliminar todo elemento de imprecisión y de falsedad interior en su proyecto, debería decir: puesto que el Estado que surgirá en nuestro país de la revolución actual será, "probablemente", muy poco democrático, es preferible no reforzar su poder con la nacionalización, sino limitarse a la zemstvolización, pues "*hay que suponer*" que los zemstvos serán mejores y más democráticos que las instituciones públicas centrales. Esta, y no otra, es la premisa tácita del proyecto de Máslov. Por eso, cuando emplea en su proyecto (punto tercero) la expresión "Estado democrático" y, además, sin ninguna salvedad, dice el mayor embuste, se desorienta a sí mismo y desorienta al proletariado y a todo el pueblo, pues lo que hace, en realidad, es "ajustar" su proyecto precisamente a un Estado no democrático, a un Estado reaccionario, surgido de una democracia no llevada hasta el fin o "arrebatada" por la reacción.

Si esto es así -y así es, sin duda alguna-, queda claro el carácter artificioso e "inventado" del proyecto de Máslov. En efecto, si se presupone un Estado con un poder central más reaccionario que las autoridades locales, un Estado del tipo de la tercera República francesa sin republicanos, resulta absolutamente ridículo admitir la idea de que es posible abolir la propiedad agraria terrateniente en semejante Estado o, por lo menos, mantener en él la abolición de la propiedad agraria terrateniente llevada a cabo por el empuje revolucionario. Todo Estado *de este tipo*, en una parte del mundo que se llama Europa y en un siglo que se denomina XX, debería inevitablemente, en virtud de la lógica objetiva de la lucha de clases, *empezar por proteger* la propiedad agraria terrateniente o por *restablecerla*, si hubiera sido en parte abolida. Todo el sentido, el sentido objetivo, de cualquier Estado semidemocrático -y, de hecho, reaccionario- de este tipo consiste en defender los puntales *fundamentales* del poder burgués terrateniente y burocrático, sacrificando sólo las prerrogativas menos esenciales. Pues la coexistencia en dichos Estados de poder central reaccionario y de instituciones locales, zemstvos, municipios, etc. más o menos "democráticos" se explica única y exclusivamente porque estas instituciones locales se ocupan de medidas *inofensivas para el Estado burgués* -"estañadura de los lavabos", abastecimiento de agua, tranvías eléctricos, etc.- e incapaces de minar *las bases* de lo que se denomina "orden social existente". Sería una ingenuidad pueril extender a la posible "labor" de los zemstvos en la abolición de la propiedad agraria terrateniente las observaciones efectuadas sobre su labor en lo que se refiere al abastecimiento de agua y al alumbrado público. Sería lo mismo que si un ayuntamiento urbano, integrado exclusivamente por socialdemócratas, en cualquier Poshejonie[134] de Francia se propusiera "municipalizar" en todo el país la propiedad privada de la tierra ocupada por edificios particulares. La cuestión reside precisamente en que la abolición de la propiedad agraria terrateniente se diferencia un poquito, por su carácter, de medidas como la mejora del suministro de agua, del alumbrado, del saneamiento, etc. La cuestión reside precisamente en que la primera "*medida*" "afecta" de la manera más audaz a las bases fundamentales de *todo* el "orden social existente", sacude y socava estas

* Kautsky, a quien se remite Máslov, advierte especialmente en su libro *Agrarfrage* (*La cuestión campesina*. N. de la Edit.) que la nacionalización, absurda en las condiciones de Mecklemburgo, tendría otro significado en la Inglaterra o la Australia democráticas.

bases con una fuerza gigantesca y facilita, en proporciones sin igual en la historia, el empuje del proletariado contra todo el régimen burgués. Sí, en este caso, cualquier Estado burgués debe preocuparse, ante todo y sobre todo, de conservar las bases de la dominación burguesa: en cuanto se lesionen los intereses vitales del Estado burgués terrateniente serán anulados en un instante todos los derechos y privilegios en la estañadura autónoma de lavabos, toda la municipalización se irá en el acto al diablo, y será desterrada por "expediciones punitivas" toda sombra de democracia en las instituciones locales. Presuponer con aire inocente la autonomía municipal democrática, existiendo un poder central reaccionario, y extender esta "autonomía" a la abolición de la propiedad agraria terrateniente significa dar modelos inimitables de absurdos evidentes o de infinita ingenuidad política.

### IV. Las tareas de nuestro programa agrario

La cuestión del programa agrario del POSDR se aclararía considerablemente si intentáramos exponer este programa en forma de consejos sencillos y claros que debe dar la socialdemocracia al proletariado y al campesinado en la época de la revolución democrática.

El primer consejo será inevitablemente el que sigue: orientar todos los esfuerzos a la victoria completa de la insurrección campesina. Sin esta victoria es imposible siquiera hablar en serio ni de "confiscación de la tierra" de los terratenientes ni de crear un Estado verdaderamente democrático. Y la consigna que llame a los campesinos a la insurrección no puede ser más que una: confiscación de todas las tierras de los terratenientes (en modo alguno enajenación en general o expropiación en general, dejando a oscuras la cuestión del rescate), y confiscación obligatoria por los comités campesinos hasta la Asamblea Constituyente.

Cualquier otro consejo (incluidas la consigna de Máslov de "enajenación" y toda su municipalización) es un llamamiento a resolver el problema no por medio de la insurrección, sino mediante un contubernio con los terratenientes, con el poder central reaccionario; es un llamamiento a resolver el problema no por medios revolucionarios, sino burocráticos, ya que los más democráticos organismos regionales y de los zemstvos no pueden dejar de ser burocráticos en comparación con los comités revolucionarios de campesinos, que allí mismo, sobre el terreno, deben desembarazarse al punto de los terratenientes y apoderarse de los derechos a refrendar por la Asamblea Constituyente de todo el pueblo.

El segundo consejo será inevitablemente el que sigue: sin una democratización completa del régimen político, sin la república y la garantía efectiva del poder soberano del pueblo no se puede ni pensar en mantener las conquistas de la insurrección campesina ni en dar el más pequeño paso adelante. Este consejo nuestro a los obreros y campesinos debemos formularlo con singular claridad y exactitud para que sean imposibles toda duda, toda ambigüedad, toda interpretación equivocada, toda admisión tácita de un despropósito tal como la posibilidad de abolir la propiedad agraria terrateniente, existiendo el poder central reaccionario. Y por eso, al dar con insistencia nuestros consejos políticos, debemos decir al campesino: una vez has tomado la tierra, debes marchar adelante, pues en caso contrario serás derrotado y lanzado inevitablemente atrás por los terratenientes y la gran burguesía. Es imposible tomar la tierra y retenerla sin nuevas conquistas políticas, sin asestar un golpe nuevo y más denodado a toda la propiedad privada sobre la tierra en general. En política, como en toda la vida social, no avanzar significa ser lanzado atrás. O la burguesía, robustecida después de la revolución democrática (pues ésta la fortalece, naturalmente), anula todas las conquistas de los obreros y de las masas campesinas, o el proletariado y las masas campesinas se abren camino adelante. Y esto significa república y pleno poder soberano del pueblo. Esto significa: en caso de conquistarse la república, nacionalización de toda la tierra como máximo posible de la revolución democrática burguesa, como paso adelante natural y necesario de la victoria de la democracia burguesa a la iniciación de la verdadera lucha por el socialismo.

El tercer y último consejo es: organizaos en una asociación independiente, proletarios y semiproletarios de la ciudad y del campo. No creáis a ningún propietario, aunque sea pequeño, aunque sea "trabajador". No os dejéis seducir por la pequeña hacienda, si se conserva la producción mercantil. Cuanto más se aproximan las cosas a la victoria de la insurrección campesina, más cerca está el viraje de los campesinos propietarios contra el proletariado, más necesaria es una organización proletaria independiente, con mayor energía, tenacidad, decisión y fuerza debemos exhortar a la revolución socialista completa. Nosotros apoyamos el movimiento campesino hasta el fin, pero debemos recordar que es un movimiento de otra clase, *no de la clase* que puede realizar y realizará la revolución socialista. Por eso eludimos el problema de qué hacer con la tierra desde el punto de vista de su distribución como objeto de economía; en la sociedad burguesa, esta cuestión pueden resolverla y la resolverán únicamente los propietarios y los pequeños propietarios. A nosotros nos interesa enteramente (y después de la victoria de la insurrección campesina casi exclusivamente): ¿qué debe hacer el proletariado agrícola? Nos

ocupamos y nos ocuparemos, principalmente, de esta cuestión, dejando a los ideólogos del pequeño burgués el trabajo de inventar el usufructo igualitario del suelo y otras cosas por el estilo. Nosotros respondemos a esta cuestión, que es la cuestión vital de la Rusia nueva, democrática burguesa: el proletariado agrícola debe organizarse independientemente, junto con el urbano, para luchar por la revolución socialista completa.

Por consiguiente, nuestro programa agrario debe constar de tres partes fundamentales: primero, del llamamiento más enérgico al empuje campesino revolucionario contra la propiedad agraria terrateniente; segundo, de la indicación exacta del paso sucesivo que puede y debe dar el movimiento para consolidar las conquistas campesinas y para pasar de la victoria de la democracia a la lucha proletaria directa por el socialismo; tercero, de la indicación de las tareas proletarias de clase del partido, que surgen ante nosotros de modo tanto más imperativo y exigen un claro planteamiento con tanta mayor insistencia cuanto más se acerca la victoria de la insurrección campesina.

El programa de Máslov no da solución a ninguno de los problemas fundamentales que debe resolver ahora el POSDR: este programa no formula la consigna que orienta hoy ya, inmediatamente, en la época del Estado más antidemocrático, el movimiento campesino a la victoria; este programa no contiene una definición exacta de las transformaciones políticas necesarias para llevar a su término y afianzar las transformaciones agrarias; no señala las medidas necesarias en el terreno de la reforma agraria en las condiciones de completa y consecuente democracia; no define la posición proletaria de nuestro partido respecto a todas las transformaciones democráticas burguesas. Este programa no determina ni las condiciones del "primer paso" ni las tareas del "segundo paso"; las echa todas a un montón, empezando por la entrega de las tierras de la Corona al inexistente "Estado democrático" y continuando por la entrega de las tierras de los terratenientes a las municipalidades democráticas ¡por temor al carácter antidemocrático del poder central! En los momentos actuales este programa, no revolucionario por su significación práctica y basado en el supuesto de un arreglo completamente artificioso y totalmente inverosímil con un poder central semirreaccionario, no puede servir de guía al partido obrero en ninguno de los posibles e imaginables caminos de desarrollo de la revolución democrática en Rusia.

Resumamos. El único programa acertado en las condiciones de la revolución democrática será el siguiente: exigir en el acto la confiscación de las tierras de los terratenientes y la institución de comités campesinos*, sin acompañar esta reivindicación de salvedades restrictivas de ningún género. Esta reivindicación es revolucionaria y beneficiosa desde el punto de vista tanto del proletariado como del campesinado en todas las condiciones, incluso las peores. Esta reivindicación implica de modo inevitable la bancarrota del Estado policiaco y el fortalecimiento de la democracia.

Mas no es posible limitarse a la confiscación. En la época de la revolución democrática y de la insurrección campesina en modo alguno podemos rechazar de manera absoluta la nacionalización de la tierra. Lo único que hace falta es condicionar esta reivindicación, puntualizando las condiciones políticas inexcusables para que la nacionalización no perjudique al proletariado ni al campesinado.

Un programa así será completo y acabado. Dará el máximo absoluto de lo que es concebible en general en toda revolución democrática burguesa. No atará las manos a la socialdemocracia, admitiendo el reparto y la nacionalización en distintas coyunturas políticas. En modo alguno suscitará la discordia entre el campesinado y el proletariado como luchadores por la democracia**. Lanzará ahora e inmediatamente bajo el régimen político y policiaco-autocrático consignas absolutamente revolucionarias que revolucionen ese régimen, presentando también las reivindicaciones ulteriores para el caso de que triunfe por completo la revolución democrática, es decir, para el caso de que se dé una situación en la que la culminación de la revolución democrática ofrezca nuevas perspectivas y plantee nuevas tareas.

---

* A semejanza de Equis, Máslov "ve una contradicción en que exigimos la abolición de los sectores sociales y, al mismo tiempo, la institución de comités campesinos, es decir, sectoriales. En realidad, la contradicción aquí es sólo aparente: para abolir los sectores sociales es necesaria la "dictadura" del sector inferior, oprimido, de la misma manera que, para abolir las clases en general, entre ellas la de los proletarios, es necesaria la dictadura del proletariado. Todo nuestro programa agrario persigue el objetivo de abolir las tradiciones del régimen de la servidumbre y de los sectores sociales en la esfera de las relaciones agrarias y, para semejante abolición, puede apelarse únicamente al sector inferior, al sector oprimido por estos vestigios del régimen de la servidumbre". Lenin. *Respuesta a Equis*, pág. 29. (Véase V. I. Lenin. *Respuesta a la crítica de nuestro proyecto de programa*, *N. de la Edit.*)

** Para disipar toda idea de que el partido obrero quiere imponer a los campesinos cualquier proyecto quimérico de reformas, sin tener en cuenta la voluntad del campesinado y el movimiento independiente que existe en el seno de éste, se adjunta al proyecto de programa la variante A, en la que, en lugar de la reivindicación directa de nacionalización, se habla al principio de apoyo del partido a la aspiración del campesinado revolucionario a abolir la propiedad privada de la tierra.

Es absolutamente necesario señalar con exactitud en el programa nuestra posición proletaria especial en toda la revolución democrática agraria. No hay que turbarse por el hecho de que el lugar de semejante indicación esté en la resolución táctica o de que esto sea una repetición de la parte general del programa.

En aras de la claridad de nuestra posición y de su explicación a las masas merece la pena sacrificar el armonioso esquema de la división de los temas en programáticos y tácticos.

Presentamos el correspondiente proyecto de programa agrario elaborado por la mayoría de la "comisión agraria" (la "comisión agraria" fue designada por el Comité Central Unificado del POSDR para que redactara el proyecto de nuevo programa agrario).

**V. Proyecto de programa agrario**

A fin de acabar con los restos del régimen de la servidumbre, que abruman directamente con su peso a los campesinos, y en bien del libre desarrollo de la lucha de clases en el campo, el partido exige:

1) confiscación de todas las tierras de la Iglesia, de los monasterios, de la Corona, del Estado, del zar y de los terratenientes;

2) institución de comités campesinos para abolir inmediatamente todos los vestigios del poder y los privilegios de los terratenientes y para disponer de hecho de las tierras confiscadas hasta que la Asamblea Constituyente de todo el pueblo establezca el nuevo régimen agrario;

3) supresión de todos los tributos y prestaciones a que está sometido actualmente el campesinado como sector tributario;

4) derogación de todas las leyes que impiden al campesino disponer de sus tierras;

5) conceder a los tribunales populares electivos el derecho a rebajar las rentas abusivas de los arrendamientos y a declarar nulos los contratos de carácter leonino.

Si la enérgica victoria de la revolución actual en Rusia asegura por completo el poder soberano del pueblo, es decir, crea la república y un régimen estatal, plenamente democrático, el partido* propugnará la abolición de la propiedad privada de la tierra y la transferencia de todas las tierras en propiedad general de todo el pueblo.

Además, el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia se plantea la tarea, en todos los casos y cualesquiera que sean las transformaciones democráticas agrarias, de aspirar siempre a agrupar al proletariado agrícola en una organización de clase independiente, a explicarle la oposición inconciliable que hay entre sus intereses y los de la burguesía rural, prevenirle contra las ilusiones del sistema de la pequeña hacienda que, existiendo la producción mercantil, nunca está en condiciones de acabar con la miseria de las masas, y, por último, señalar la necesidad de la revolución socialista completa como único medio para abolir toda miseria y toda explotación.

*Escrito en la segunda quincena de marzo de 1906. Publicado a comienzos de abril de 1906 en folleto aparte por la Editorial petersburguesa "Nasha Mysl".*

*T. 12, págs. 239-270.*

* Variante A.
…el partido apoyará la aspiración del campesinado revolucionario a abolir la propiedad privada de la tierra y propugnará la entrega de todas las tierras en propiedad del Estado.

## LAS ENSEÑANZAS DE LA INSURRECCIÓN DE MOSCÚ.

El libro *Moscú en diciembre de 1905* (M. 1906) ha visto la luz con la mayor oportunidad. Asimilar la experiencia de la insurrección de diciembre es una tarea urgente del partido obrero. Es de lamentar que este libro sea ese poco de hiel que hace amarga mucha miel; los datos son interesantísimos, a pesar de ser incompletos, mientras que las conclusiones son increíblemente descuidadas, increíblemente vulgares. De esas conclusiones hablaremos aparte*. De momento abordaremos la cuestión política de palpitante actualidad: las enseñanzas de la insurrección de Moscú.

La forma principal del movimiento de diciembre en Moscú fue la huelga pacífica y las manifestaciones. La inmensa mayoría de la masa obrera no participó activamente más que en estas formas de lucha. Pero precisamente la acción de diciembre en Moscú demostró de un modo evidente que la huelga general, como forma independiente y principal de lucha, ha caducado, que el movimiento, con una fuerza espontánea e irresistible, se desborda de este marco estrecho y engendra la forma suprema de lucha: la insurrección.

Al declarar la huelga, todos los partidos revolucionarios y todos los sindicatos de Moscú se daban cuenta e incluso percibían que se transformaría inevitablemente en insurrección, El 6 de diciembre, el Soviet de diputados obreros acordó "tender a transformar la huelga en insurrección armada". Pero, en realidad, ninguna de las organizaciones estaba preparada para ello; incluso el Consejo coligado de los destacamentos obreros de combate[135] hablaba (*¡el 9 de diciembre!*) de la insurrección como de una cosa lejana, y es indudable que la lucha en la calle se desplegó por encima e independientemente de aquél. Las organizaciones *habían quedado rezagadas* del crecimiento y de la amplitud del movimiento.

La huelga se iba transformando en insurrección, ante todo, bajo la presión de las condiciones objetivas creadas después de octubre[136]. No era ya posible sorprender al gobierno por medio de una huelga general; éste había organizado ya una contrarrevolución presta a obrar militarmente. Tanto el curso general de la revolución rusa después de octubre como la sucesión de los acontecimientos de Moscú en las jornadas de diciembre han confirmado de un modo admirable una de las profundas tesis de Marx: la revolución avanza por el hecho de que crea una contrarrevolución fuerte y unida, es decir, obliga al enemigo a recurrir a medios de defensa cada vez más extremos y elabora, por lo mismo, medios de ataque más potentes cada día[137].

Los días 7 y 8 de diciembre: huelga pacífica, manifestaciones pacíficas de masas. El 8 por la noche: sitio del Acuario[138]. El 9, durante el día: los dragones cargan contra la muchedumbre en la plaza Strastnaya. Por la noche, devastación de la casa de Fídler[139]. Los ánimos se exaltan. La muchedumbre no organizada de la calle levanta, de modo completamente espontáneo y con vacilaciones, las primeras barricadas.

El 10, la artillería abre fuego contra las barricadas y contra la muchedumbre en las calles. Las barricadas son levantadas con seguridad y no son ya un hecho aislado, sino absolutamente a escala de masas. Toda la población está en las calles; los principales centros de la ciudad se cubren de una red de barricadas. Durante varios días se desarrolla una obstinada lucha de guerrillas entre los destacamentos de combate y la tropa, lucha que extenúa a los soldados y obliga a Dubásov a implorar refuerzos. Sólo para el 15 de diciembre la superioridad de las fuerzas gubernamentales es completa; y el 17, el regimiento Semiónovski[140] devasta la barriada de Presnia, último baluarte de la insurrección.

De la huelga y de las manifestaciones a las barricadas aisladas. De las barricadas aisladas a las barricadas levantadas en masa y a la lucha en las calles contra la tropa. Por encima de las organizaciones, la lucha proletaria de masas pasa de la huelga a la insurrección. Esta es la grandiosa conquista histórica de la revolución rusa en las jornadas de diciembre de 1905, lograda, como todas las precedentes al precio de sacrificios inmensos. El movimiento ha sido elevado de la huelga política general al grado superior, ha forzado a la reacción a ir *hasta el fin* en su resistencia, aproximando así, en proporciones gigantescas, el momento en que la revolución llegará también hasta el fin en el empleo de los medios de ofensiva. La reacción *no puede* ir más allá de cañonear las barricadas, las casas y a la muchedumbre de la calle. La revolución tiene todavía adónde ir, más allá de los destacamentos de combate de Moscú, mucho más allá tanto en extensión como en profundidad. Y la revolución ha hecho ya mucho camino después de diciembre. La base de la crisis revolucionaria se ha hecho infinitamente más amplia; ahora hay que afilar más

* Véase V. I. Lenin. *¡Fuera!* (*N. de la Edit.*)

el corte.

El cambio de las condiciones objetivas de la lucha, cambio que exigía pasar de la huelga a la insurrección, lo ha sentido el proletariado antes que sus dirigentes. La práctica, como siempre, ha precedido a la teoría. La huelga pacífica y las manifestaciones han dejado en seguida de satisfacer a los obreros, que preguntaban: ¿y después?, y que exigían acciones enérgicas. La directriz de levantar barricadas llegó a los barrios con inmenso retraso, cuando se construían ya en el centro. Los obreros se pusieron en masa a la obra, pero *esto tampoco les satisfacía*, y preguntaban: ¿y después?, y exigían acciones enérgicas. Nosotros, dirigentes del proletariado socialdemócrata, hemos hecho en diciembre como ese estratega que tenía sus regimientos dispuestos de manera tan absurda que la mayor parte de sus tropas no estaba en condiciones de participar activamente en la batalla. Las masas obreras buscaban directrices para acciones enérgicas de las masas, y no las encontraban.

Así pues, nada más miope que el punto de vista de Plejánov, que hacen suyo todos los oportunistas, de que no se debió emprender esta huelga inoportuna, que "no se debía haber empuñado las armas". Por el contrario, lo que se debió hacer fue empuñar las armas con más resolución, con más energía y mayor acometividad; lo que se debió hacer fue explicar a las masas la imposibilidad de una huelga puramente pacifica y la necesidad de una lucha armada denodada e implacable. Y hoy debemos, en fin, reconocer públicamente, y proclamar bien alto, la insuficiencia de las huelgas políticas; debemos llevar a cabo la agitación entre las más grandes masas a favor de la insurrección armada, sin disimular esta cuestión mediante ningún "grado preliminar", sin cubrirla con ningún velo. Ocultar a las masas la necesidad de una guerra encarnizada, sangrienta y exterminadora como tarea inmediata de la acción próxima es engañarse a sí mismo y engañar al pueblo.

Tal es la primera lección de los acontecimientos de diciembre. La segunda concierne al carácter de la insurrección, a la manera de hacerla, a las condiciones en las cuales las tropas se pasan al lado del pueblo. Sobre este último punto, entre el ala derecha de nuestro partido está extendidísima una opinión muy unilateral: la de que es imposible luchar contra un ejército moderno; es preciso que el ejército se haga revolucionario. De suyo se comprende que si la revolución no gana a las masas y al ejército mismo, no se puede ni pensar en una lucha seria. De suyo se comprende que el trabajo en el ejército es necesario. Pero no hay que figurarse este cambio de frente en la tropa como un acto simple, único, resultante de la persuasión, por una parte, y de la comprensión, por otra. La insurrección de Moscú demuestra con evidencia lo que esta concepción tiene de rutinaria y muerta. La vacilación de la tropa, en realidad inevitable en presencia de todo movimiento verdaderamente popular, conduce, cuando la lucha revolucionaria se hace más aguda, a una verdadera *lucha por ganarse el ejército*. La insurrección de Moscú nos muestra precisamente la lucha más implacable, más furiosa, entablada entre la reacción y la revolución, por conquistar el ejército. Dubásov mismo ha declarado que sólo 5.000 hombres, de los 15.000 de la guarnición de Moscú, eran de confianza. El gobierno retenía a los vacilantes por las medidas más diversas y más extremas: se les persuadía, se les adulaba, se les sobornaba, distribuyéndoles relojes, dinero, etc.; se les emborrachaba con aguardiente, se les engañaba, se les aterrorizaba, se les encerraba en los cuarteles, se les desarmaba, se les arrancaba por la traición y la violencia a los soldados considerados más inseguros. Y hay que tener el valor de reconocer franca y públicamente que en este aspecto el gobierno nos ha dejado atrás. No supimos utilizar las fuerzas de que disponíamos para sostener con tanta actividad, audacia, espíritu de iniciativa y de ofensiva una lucha por ganarnos el ejército vacilante, como la que el gobierno ha emprendido y realizado con éxito. Nos dedicamos y nos dedicaremos todavía con mayor tenacidad a "trabajar" ideológicamente al ejército; pero no seríamos más que unos lamentables pedantes si olvidásemos que en el momento de la insurrección es precisa también la lucha física por la conquista del ejército.

El proletariado de Moscú nos dio durante las jornadas de diciembre admirables lecciones de "preparación" ideológica de la tropa: por ejemplo, el 8 de diciembre, en la plaza Strastnaya, cuando la muchedumbre rodeó a los cosacos[141], se mezcló y fraternizó con ellos y los persuadió de que se volviesen atrás. O bien el 10, en Presnia, cuando dos jóvenes obreras, que llevaban una bandera roja entre una muchedumbre de 10.000 personas, salieron al paso de los cosacos gritando: "¡Matadnos! ¡Mientras nos quede vida no tomaréis nuestra bandera!" y los cosacos, confusos, volvieron grupas, en tanto que la muchedumbre gritaba: "¡Vivan los cosacos!" Estos modelos de audacia y de heroísmo deben quedar grabados para siempre en la conciencia del proletariado.

Pero he aquí ejemplos de nuestro retraso con respectó a Dubásov. El 9 de diciembre van soldados por la calle Bolshaya Serpujóvskaya, cantando *La Marsellesa*, a unirse a los insurrectos. Los obreros les mandan delegados. Malájov va a galope tendido hacia ellos. Los obreros llegan con retraso; Malájov llega a tiempo, pronuncia un discurso inflamado, que hace vacilar a los soldados, después de lo cual los cerca con los dragones, los conduce al cuartel y

los encierra en el mismo. Malájov supo llegar a tiempo y nosotros no, a pesar de que, en dos días, a nuestro llamamiento se habían alzado 150.000 hombres, los cuales habrían podido y debido organizar un servicio de patrullas en las calles Malájov hizo cercar a los soldados por los dragones, y nosotros no hicimos cercar a los Malájov por obreros armados de bombas. Habríamos podido y debido hacerlo; y desde hace mucho tiempo la prensa socialdemócrata (la vieja *Iskra*[142] venía señalando ya que él exterminio implacable de los jefes civiles y militares es nuestro deber en tiempo de insurrección. Lo que se produjo en la calle Bolshaya Serpujóvskaya, a lo que se ve, se repitió, a grandes rasgos, ante los cuarteles Nesvizhskie y Krútitskie, y cuando las tentativas del proletariado de “ganarse" al regimiento de Ekaterinoslav, y cuando el envío de delegados a los zapadores de Alexándrov, y cuando la reexpedición de la artillería de Rostov dirigida contra Moscú, y cuando el desarme de los zapadores en Kolomna, y así sucesivamente. Durante la insurrección no estuvimos a la altura de nuestra misión en la lucha por la conquista del ejército vacilante.

Diciembre confirmó con evidencia otra tesis profunda de Marx, olvidada por los oportunistas: la insurrección es un arte, y la principal regla de este arte es *la ofensiva*, una ofensiva sumamente intrépida y de una firmeza inquebrantable[143]. No hemos asimilado suficientemente esta verdad. Hemos estudiado y enseñado a las masas de un modo insuficiente este arte, esta regla de la ofensiva a toda costa. Ahora, nuestro deber consiste en reparar con toda energía esta falta. No basta agruparse en torno a consignas políticas: es preciso agruparse también para la insurrección armada. Quien esté en contra, quien no se prepare para ella, debe ser expulsado sin piedad de las filas de los partidarios de la revolución; echado al campo de sus adversarios, de los traidores o de los cobardes, pues se aproxima el día en que la fuerza de los acontecimientos y las circunstancias de la lucha nos obligarán a distinguir por este signo a los amigos y a los enemigos. No debemos predicar la pasividad, ni la simple "espera" del momento en que la tropa "se pase" a nuestro lado; debemos echar todas las campanas al vuelo para proclamar la necesidad de la ofensiva intrépida, del ataque a mano armada, la necesidad de exterminar a los jefes y de luchar con la mayor energía por la conquista del ejército vacilante.

La tercera gran lección que nos ha dado Moscú se refiere a la táctica y a la organización de las fuerzas para la insurrección. La táctica militar depende del nivel de la técnica militar. Engels repitió con machaconería esta verdad y se la sirvió con cuchara a los marxistas[144]. La técnica militar no es hoy lo que era a mediados del siglo XIX. Oponer la muchedumbre a la artillería y defender las barricadas a tiros de revólver sería estúpido. Y Kautsky tenía razón cuando escribía que ya es hora, después de Moscú, de revisar las conclusiones de Engels, y que Moscú ha hecho aparecer una "*nueva táctica de barricadas*". Esta táctica es la táctica de las guerrillas. La organización que dicha táctica supone son los destacamentos móviles y pequeñísimos: grupos de diez, de tres, incluso de dos. Entre nosotros se puede encontrar ahora con frecuencia a socialdemócratas que se ríen burlonamente cuando se habla de esos grupos de cinco o de tres. Pero las risas burlonas no son más que un medio barato de cerrar los ojos ante esta nueva cuestión de la táctica y de la organización reclamadas por el combate de calle, dada la técnica militar moderna. Lean atentamente el relato de la insurrección de Moscú, señores, y comprenderán la relación existente entre los "grupos de cinco" y el problema de la "nueva táctica de barricadas".

Moscú hizo aparecer esta táctica, pero está lejos de haberla desarrollado, está lejos de haberla desplegado en proporciones algo amplias, realmente de masas. Los miembros de los destacamentos eran poco numerosos; la masa obrera no había recibido la consigna de atacar con denuedo y no la puso en práctica; el carácter de los destacamentos de guerrilleros era demasiado uniforme; su armamento y sus procedimientos, insuficientes; su aptitud de dirigir a la muchedumbre, casi rudimentaria. Debemos reparar esta falta, y la repararemos estudiando la experiencia de Moscú, propagando esta experiencia entre las masas, estimulando el genio creador de las masas mismas en el sentido del desarrollo ulterior de la experiencia. Y la guerra en guerrillas, el terror masivo que casi sin interrupción se extiende por todas partes en Rusia a partir del mes de diciembre contribuirán sin duda a enseñar a las masas la táctica acertada durante la insurrección. La socialdemocracia debe admitir e incorporar a su táctica este terror ejercido por las masas, naturalmente, organizándolo y controlándolo, subordinándolo a los intereses y a las condiciones del movimiento obrero y de la lucha revolucionaria general, eliminando y cortando implacablemente esa deformación "apachesca" de la guerra de guerrillas, de la cual hicieron justicia de una manera tan maravillosa y tan implacable los moscovitas durante las jornadas de la insurrección y los letones durante las jornadas de las famosas repúblicas letonas[145].

La técnica militar hace nuevos progresos en estos últimos tiempos. La guerra japonesa[146] ha hecho aparecer la granada de mano. Las fábricas de armas han lanzado al mercado el fusil automático. La una y el otro comienzan ya a ser empleados con éxito en la revolución rusa, pero en proporciones

que están lejos de ser suficientes. Podemos y debemos aprovechar los progresos de la técnica, enseñar a los destacamentos obreros la fabricación a gran escala de bombas, ayudarles, así como a nuestros destacamentos de combate, a procurarse explosivos, detonadores y fusiles automáticos. Si la masa obrera participa en la insurrección en las ciudades, si atacamos en masa al enemigo, si luchamos de una manera diestra y decidida por conquistar al ejército, que vacila aún más después de la Duma[147], después de Sveaborg y Cronstad[148], si la participación del campo en la lucha común es asegurada, ¡la victoria será nuestra en la próxima insurrección armada de toda Rusia.

Despleguemos, pues, con mayor amplitud nuestra actividad y definamos con mayor audacia nuestras tareas, asimilando las enseñanzas de las grandes jornadas de la revolución en Rusia. Nuestra actividad se basa en una apreciación justa de los intereses de las clases y de lo que requiere el desarrollo de todo el pueblo en el momento presente. En torno a la consigna: derrocamiento del poder zarista y convocatoria de la Asamblea Constituyente por un gobierno revolucionario, agrupamos y agruparemos a una parte cada vez mayor del proletariado, de los campesinos y del ejército. Desarrollar la conciencia de las masas sigue siendo, como siempre, la base y el contenido principal de todo nuestro trabajo. Pero no olvidemos que a esta tarea general, constante, fundamental, en los momentos como el que atraviesa Rusia, se agregan tareas particulares, especiales. No nos convirtamos en pedantes y filisteos, no rehuyamos estas tareas particulares del momento, estas tareas especiales de las formas actuales de lucha, recurriendo a lugares comunes sobre nuestros deberes constantes e inmutables, cualesquiera que sean los tiempos y las circunstancias.

Recordemos que la gran lucha de masas se aproxima y que ésta será la insurrección armada, la cual debe ser, en la medida de lo posible, simultánea. Las masas deben saber que se lanzan a una lucha armada, sangrienta, sin cuartel. El desprecio a la muerte debe difundirse entre las masas y asegurar la victoria. La ofensiva contra el enemigo debe ser lo más enérgica posible; ofensiva, y no defensiva: ésta debe ser la consigna de las masas; y su tarea, exterminio implacable del enemigo; la organización de la lucha se hará móvil y ágil; los elementos vacilantes del ejército serán incorporados a la lucha activa. El partido del proletariado consciente debe cumplir con su deber en esta gran lucha.

*Publicado el 29 de agosto de 1906 en el núm. 2 de "Proletari".*
*T. 13, págs. 369-377.*

## LA GUERRA DE GUERRILLAS.

La cuestión de la guerra de guerrillas es de sumo interés para nuestro partido y para la masa obrera. La hemos tratado ya varias veces de un modo accidental y ahora nos disponemos a cumplir nuestra promesa de exponer con mayor amplitud lo que pensamos de ella*.

**I**

Vayamos por orden. ¿Qué demandas fundamentales debe presentar todo marxista al análisis de las formas de lucha? Primero, el marxismo se distingue de todas las formas primitivas del socialismo en que no vincula el movimiento a una sola forma determinada de lucha. El marxismo admite las formas más diversas de lucha; además, no las "inventa", sino que sintetiza, organiza y hace conscientes las formas de lucha de las clases revolucionarias que aparecen de por sí en el curso del movimiento. Enemigo absoluto de toda fórmula abstracta, de toda receta doctrinaria, el marxismo exige atención a la lucha de *masas* qué está empeñada, lucha que da origen a métodos de defensa y ataque más nuevos y diversos cada día en la medida que el movimiento se va extendiendo, en la medida que aumenta la conciencia de las masas y se acentúan las crisis económicas y políticas. Por eso el marxismo no rechaza de plano ninguna forma de lucha. El marxismo en ningún caso se limita a las posibles formas de lucha practicables y existentes sólo en un momento dado, admitiendo *la inevitabilidad* de que aparezcan, al cambiar la coyuntura social, formas nuevas y desconocidas de quienes actúan en el período dado. A este respecto, lejos de pretender enseñar a las masas las formas de lucha inventadas por "sistematizadores" de gabinete, *aprende*, si es lícito expresarse así, de la práctica masiva. Sabemos -decía Kautsky, por ejemplo, al examinar las formas de la revolución social- que la próxima crisis nos aportará formas nuevas de lucha que no podemos prever ahora.

Segundo, el marxismo exige que el problema de las formas de lucha se enfoque desde un ángulo absolutamente *histórico*. Plantearlo desvinculado de las circunstancias históricas concretas significa no comprender el abecé del materialismo dialéctico. En los diversos momentos de evolución económica, según sean las diferentes condiciones políticas, las costumbres, la cultura nacional, etc., salen a primer plano distintas formas de lucha que se hacen preponderantes y, en relación con ellas, se modifican a su vez las formas secundarias, accesorias. Intentar admitir o rechazar un método concreto de lucha sin examinar detenidamente la situación concreta del movimiento de que se trate, en el grado de desarrollo que haya alcanzado, significa abandonar por completo el terreno del marxismo.

Estos son los dos principios teóricos fundamentales que deben guiarnos. La historia del marxismo en Europa Ocddental nos ofrece innumerables ejemplos corroborativos de lo dicho. La socialdemocracia europea tiene en el momento actual el parlamentarismo y el movimiento sindical por las formas de lucha principales; en el pasado admitía la insurrección, y está muy dispuesta a admitirla en el porvenir si la situación cambia, pese a la opinión de los burgueses liberales como los demócratas constitucionalistas y los "sin título"[149] rusos. La socialdemocracia negaba en la década del 70 la huelga general como panacea de la sociedad, como medio para derrocar de golpe a la burguesía por vía no política, pero admite plenamente la huelga política masiva (sobre todo después de la experiencia rusa de 1905) como *uno* de los métodos de lucha, indispensable en *ciertas* condiciones. La socialdemocracia, que en la década del 40 del siglo XIX admitía la lucha de barricadas en las calles, y la rechazaba, basándose en datos concretos, a fines del siglo XIX, ha declarado que está dispuesta por completo a revisar este último criterio y admitir la conveniencia de tal lucha después de la experiencia de Moscú, que ha dado origen, según Kautsky, a una nueva táctica de barricadas.

**II**

Una vez sentadas las tesis generales del marxismo sobre este problema, pasamos a la revolución rusa. Recordemos el desarrollo histórico de las formas de lucha que ella ha hecho aparecer. Primero, las huelgas económicas de los obreros (1896-1900); después, las manifestaciones políticas de obreros y estudiantes (1901-1902), las revueltas campesinas (1902), el comienzo de las huelgas políticas masivas combinadas de distinta manera con las manifestaciones (Rostov en 1902, las huelgas del verano de 1903, el 9 de enero de 1905)[150], la huelga política en toda Rusia con casos locales de combates de barricadas (octubre de 1905), la lucha masiva de barricadas y la insurrección armada (diciembre de 1905), la lucha parlamentaria: pacífica (abril-junio de 1906), los

* Véase V. I. Lenin. *Los acontecimientos del día*. (*N. de la Edit.*)

alzamientos militares parciales (junio de 1905-julio de 1906), las sublevaciones parciales de campesinos (otoño de 1905-otoño de 1906).

Tal es el estado de cosas, en el otoño de 1906 desde el punto de vista de las formas de lucha en general. La forma de lucha con que la autocracia "contesta" son los pogromos a cargo de las centurias negras, empezando por el de Kishiniov en la primavera de 1903 y acabando con el de Siedlce en el otoño de 1906[151]. Durante todo este período, la organización de pogromos y palizas a hebreos, estudiantes, revolucionarios y obreros conscientes no deja de progresar y perfeccionarse, agregándose a la violencia de la chusma sobornada la violencia de las tropas ultrarreaccionarias, llegándose hasta el empleo de la artillería en pueblos y ciudades en combinación con expediciones punitivas, trenes de represión, etc.

Tal es el fondo esencial del cuadro. Sobre este fondo resalta -sin duda como algo particular, secundario, derivado- un fenómeno a cuyo estudio y enjuiciamiento dedicamos el presente artículo. ¿Qué fenómeno es éste? ¿Cuáles son sus formas, sus causas, la fecha de su aparición y el grado de su difusión? ¿Cuál es su trascendencia en la marcha general de la revolución? ¿Cuál su relación con la lucha de la clase obrera, lucha organizada y dirigida por la socialdemocracia? Estas son las preguntas que debemos dilucidar ahora, después de haber bosquejado el fondo general del cuadro.

El fenómeno que nos interesa es la lucha armada. Sostienen esta lucha individuos sueltos y pequeños grupos. Una parte milita en las organizaciones revolucionarias; otra parte (*la mayor* en ciertos sitios de Rusia), no está encuadrada en ninguna organización revolucionaria. La lucha armada persigue dos fines *diversos*, que es preciso distinguir *rigurosamente*: primero, se orienta a la eliminación física de algunos individuos, jefes y subalternos de la policía y del ejército; segundo, a la confiscación de los fondos pertenecientes al gobierno y a ciertos particulares. Una parte de las sumas confiscadas va al partido, otra parte se dedica especialmente al armamento y a la preparación de la insurrección, y otra, al mantenimiento de los que sostienen la lucha que explicamos. Las grandes expropiaciones (la del Cáucaso, de más de 200.000 rublos; la de Moscú, de 875.000 rublos) estaban destinadas precisamente a los partidos revolucionarios ante todo; las pequeñas expropiaciones sirven ante todo, y a veces por entero, para el mantenimiento de los "expropiadores". No cabe duda de que esta forma de lucha se ha desplegado y extendido mucho tan sólo en 1906, es decir, después de la insurrección de diciembre. El agravamiento de la crisis política hasta llegar a lucha armada y, sobre todo, el aumento de la miseria, del hambre y del paro en aldeas y ciudades son unas de las causas importantes que han dado lugar a la lucha que describimos. El hampa, el "lumpenproletariado" y los grupos anarquistas han adoptado esta forma como la principal y hasta exclusiva de lucha social. Deben conceptuarse de formas de lucha empleadas en "respuesta" por la autocracia la declaración del estado de guerra, la movilización de más tropas, el desencadenamiento de pogromos por las centurias negras (Siedlce) y la instrucción de procesos en consejo de guerra sumarísimo.

**III**

El juicio que se emite habitualmente sobre la lucha en cuestión se reduce a lo siguiente: esto es anarquismo, blanquismo[152], el antiguo terrorismo, éstos son actos de individuos sueltos, desligados de las masas, que desmoralizan a los obreros, que apartan de ellos a los amplios sectores de la población, que desorganizan el movimiento, que perjudican a la revolución. En las noticias diarias de los periódicos se encuentran sin dificultad ejemplos confirmativos de este razonamiento.

Pero ¿son convincentes esos ejemplos? Tomemos, para comprobarlo, la zona donde esa forma de lucha está *más* desarrollada: el país letón. Veamos en qué términos se lamenta, entre el 9 y el 12 de septiembre, de la actividad de la socialdemocracia letona el periódico *Nóvoie Vremia*[153]. El Partido Obrero Socialdemócrata Letón (sección del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia) publica normalmente su periódico, con una tirada de 30.000 ejemplares[154]; en la sección oficial se insertan listas de confidentes cuya supresión constituye un deber para cada persona honrada; los que ayudan a la policía son declarados "enemigos de la revolución" que deben ser ejecutados y responder, además, con sus bienes; se manda a la población que no entregue para el Partido Socialdemócrata más que contra recibo acuñado; en el último informe del partido figuran, entre los 48.000 rublos de ingreso del año, 5.600 rublos de la sección de Libava destinados a la compra de armas y procurados por expropiación. Como se puede comprender, *Nóvoie Vremia* lanza rayos y centellas contra esta "legislación revolucionaria", contra este "gobierno terrible".

Nadie se atreverá a calificar de anarquismo, ni de blanquismo, ni de terrorismo estos actos de los socialdemócratas letones. ¿Por qué? Porque en este caso, *es evidente* el nexo entre la nueva forma de lucha y la insurrección que estalló en diciembre y se avecina de nuevo. Respecto a toda Rusia, este nexo no es tan evidente, pero existe. La propagación de la lucha de "guerrillas", precisamente después de diciembre, y su nexo con la agravación de la crisis no sólo económica, sino también política, son innegables. El viejo

terrorismo ruso era obra del intelectual conspirador; ahora, quien sostiene la lucha de guerrillas es, por regla general, el obrero aguerrido o simplemente sin trabajo. Los vocablos blanquismo y anarquismo acuden con facilidad a la imaginación de los aficionados a los clisés; pero, en el ambiente insurreccional que se respira con tanta evidencia en el país letón, salta a la vista que estos remoquetes aprendidos a fuerza de repetirlos no tienen ningún valor.

El ejemplo de los letones patentiza la falsedad completa, el carácter anticientífico y antihistórico del análisis que tan a menudo se hace entre nosotros de la guerra de guerrillas desvinculada del ambiente insurreccional. Hay que tener en cuenta este ambiente, meditar en las peculiaridades de las transiciones de unos a otros actos grandes de la insurrección, comprender qué formas de lucha surgen necesariamente como consecuencia de ello, y no salir del paso con una retahíla de palabras aprendidas a fuerza de repetirlas que emplean por igual los demócratas constitucionalistas y *Nóvoie Vremia*: ¡anarquía, pillaje, hampa!

El guerrillear, se dice, desorganiza nuestra labor. Apliquemos este razonamiento a la situación que se dio después de diciembre de 1905, al período de los pogromos desatados por las centurias negras y de las declaraciones del estado de guerra. ¿Qué desorganiza más el movimiento en *tales* períodos: la falta de resistencia o la lucha organizada de los guerrilleros? Comparad la Rusia Central con sus zonas periféricas del Oeste, con Polonia y el país letón. Es indudable que la lucha de guerrillas está más extendida y desarrollada en estas zonas occidentales. Tampoco cabe duda de que el movimiento revolucionario en general, y el movimiento socialdemócrata en particular, están *más desorganizados* en la Rusia Central que en las zonas del Oeste. Por supuesto, ni siquiera se nos ocurre deducir que si los movimientos socialdemócratas polaco y letón están menos desorganizados es *gracias* a la guerra de guerrillas. No. La única conclusión que se desprende de ello es que la guerra de guerrillas no tiene que ver nada en la desorganización del movimiento obrero socialdemócrata de la Rusia de 1906.

Se invoca a menudo la peculiaridad de las condiciones nacionales; pero esto delata con singular evidencia la endeblez de la argumentación en boga. Si la causa está en las condiciones nacionales, la culpa no es del anarquismo, ni del blanquismo, ni del terrorismo -pecados comunes a toda Rusia e incluso específicamente rusos-, sino de algo diferente. ¡Analicen *en concreto* este algo diferente, señores! Y entonces verán que la opresión o el antagonismo nacionales no explican nada, pues siempre han existido en las zonas periféricas occidentales, mientras que la lucha de guerrillas es allí producto sólo del período histórico actual. Hay muchas zonas donde existen opresión y antagonismo nacionales, pero no lucha de guerrillas, que se despliega a veces sin que se dé la menor opresión nacional. Un análisis concreto de la cuestión probará que la causa no está en el yugo nacional, sino en las condiciones de la insurrección. La lucha de guerrillas es una forma inevitable de lucha cuando el movimiento de masas ha llegado ya realmente a la insurrección y cuando se dan treguas más o menos prolongadas entre las "grandes batallas" de la guerra civil.

No es el guerrillear lo que desorganiza el movimiento, sino la debilidad del partido, que no sabe *asumir* la dirección de las guerrillas. He aquí por qué los anatemas habituales entre nosotros, los rusos, contra las guerrillas coinciden con acciones secretas, accidentales, no organizadas de las mismas que, en realidad, desorganizan el partido. Incapaces de comprender las condiciones históricas que originan está lucha, somos también incapaces de contrarrestar sus aspectos negativos. Entretanto, la lucha continúa. La provocan poderosos factores económicos y políticos. No tenemos fuerza para suprimir estos factores ni evitar esta lucha. Nuestras quejas del guerrilleo son quejas contra la debilidad de nuestro partido en materia de insurrección.

Lo que hemos dicho de la desorganización se refiere igualmente a la desmoralización. No es la guerra de guerrillas lo que desmoraliza, sino *la falta de organización*, de orden y de filiación política de las guerrillas. El censurar e imprecar el guerrilleo no nos libra, ni mucho menos, de esta *innegabilísima* desmoralización, pues las censuras e imprecaciones son absolutamente impotentes para detener un fenómeno debido a causas económicas y políticas profundas. Se nos objetará que la incapacidad para detener un fenómeno anormal y desmoralizador no es razón para que *el partido* adopte procedimientos de lucha anormales y desmoralizadores. Pero tal objeción sería burguesa liberal en puridad, y no marxista, pues un marxista no puede considerar anormales y desmoralizadoras *en general* la guerra civil o la guerra de guerrillas, que es una de sus formas. El marxista pisa el terreno de la lucha de clases, y no el de la paz social. En ciertos períodos de crisis económicas y políticas graves, la lucha de clases llega en su desarrollo a transformarse en guerra civil abierta, es decir, en lucha armada entre dos partes del pueblo. En tales períodos, el marxista *está obligado* a pisar el terreno de la guerra civil. Toda condena moral de la guerra civil es inadmisible de todo punto según el criterio del marxismo.

En una época de guerra civil, el partido ideal del proletariado es *un partido beligerante*. Esto es incontrovertible en absoluto. Admitimos por entero que, según el criterio de la guerra civil, se puede

demostrar, y se demuestra en realidad, *la inconveniencia* de tales o cuales formas de guerra civil en uno u otro momento. Admitimos plenamente la crítica de las diversas formas de guerra civil desde el punto de vista de la *conveniencia militar* y estamos de acuerdo sin reservas en qué, en esta cuestión llevan la voz cantante los militantes activos socialdemócratas de cada localidad. Pero, en nombre de los principios del marxismo, exigimos absolutamente que nadie se limite en el análisis de las condiciones de la guerra civil a tópicos sobre el anarquismo, el blanquismo y el terrorismo; que de los absurdos procedimientos empleados en la guerra de guerrillas en cierto momento por cierta organización del Partido Socialista Polaco[155] no se haga un espantajo contra la participación de la socialdemocracia en la guerra de guerrillas en general.

Hay que acoger con espíritu crítico los argumentos de que la causa de la desorganización del movimiento es la guerra de guerrillas. *Toda* forma nueva de lucha, que trae aparejada nuevos peligros y nuevos sacrificios, "desorganiza" indefectiblemente las organizaciones no preparadas para esta nueva forma de lucha. El paso a la agitación desorganizó nuestros antiguos círculos de propagandistas. Más tarde, el paso a las manifestaciones desorganizó nuestros comités. En toda guerra, cualquier operación lleva cierto desorden a las filas de los beligerantes. De esto no debe deducirse que no se ha de combatir. Debe deducirse que se ha de *aprender* a combatir. Y nada más.

Cuando veo a socialdemócratas que declaran con arrogancia y suficiencia: nosotros no somos anarquistas, ni atracadores, ni malhechores; estamos por encima de todo eso, rechazamos la guerra de guerrillas, me pregunto: ¿comprenderá esa gente lo que dice? Por todo el país hay escaramuzas y refriegas armadas entre el gobierno ultrarreaccionario y la población. Es un fenómeno absolutamente inevitable en la fase actual de desarrollo de la revolución. La población reacciona ante este fenómeno de una manera espontánea, sin organizarse -y, precisamente por eso, en formas a menudo poco afortunadas y *malas*-, también mediante escaramuzas y ataques armados. Convengo en que, debido a la debilidad o a la falta de preparación de nuestra organización, podemos renunciar, en un lugar y en un momento dado, a poner esta lucha espontánea bajo la dirección del partido. Convengo en que deben resolver esta cuestión los militantes activos de tal lugar y en que la transformación de organizaciones débiles y poco preparadas no es cosa fácil. Pero cuando veo a un teórico o a un publicista de la socialdemocracia que, en vez de apenarse por esta falta de preparación, repite con arrogante suficiencia y entusiasmo narcisista las frases sobre el anarquismo, el blanquismo y el terrorismo aprendidas en su primera juventud a fuerza de repetirlas, me da mucha pena ver vejada la doctrina más revolucionaria del mundo.

Se dice que la guerra de guerrillas aproxima el proletariado consciente a la categoría de los hampones degradados y entregados a la bebida. Es cierto. Pero de aquí sólo se desprende que el partido del proletariado jamás puede considerar que la guerra de guerrillas es el único método de lucha, ni siquiera el principal; que este método debe estar subordinado a los otros, debe guardar proporción con los métodos esenciales de lucha y estar ennoblecido por la influencia ilustrativa y organizadora del socialismo. Sin *esta* última condición, *todos*, absolutamente todos los métodos de lucha empleados en la sociedad burguesa aproximan al proletariado a los diversos sectores no proletarios, situados por encima o por debajo de él, y, abandonados al curso espontáneo de los acontecimientos, se descomponen, se pervierten, se prostituyen. Las huelgas, abandonadas al capricho de los acontecimientos, degeneran en "alianzas", en transacciones entre patronos y obreros *contra* el consumidor. El Parlamento degenera en una casa de mujeres públicas en la que una banda de politicastros burgueses hace, al por mayor y al por menor, la trata de la "libertad popular", del "liberalismo", de la "democracia", del republicanismo, del anticlericalismo, del socialismo y otras tantas mercancías de fácil colocación. La prensa se transforma en alcahueta barata, en instrumento de perversión de las masas, de burdo halago de los bajos instintos de la chusma, etc., etc. La socialdemocracia no conoce métodos de lucha universales que separen al proletariado con una muralla china de los sectores situados algo más arriba o algo más abajo de él. La socialdemocracia emplea distintos métodos en los diversos períodos, adaptando siempre su aplicación a condiciones *rigurosamente* determinadas por la doctrina y la organización*.

---

* Se acusa frecuentemente a los socialdemócratas bolcheviques de frivolidad y pasión por la guerra de guerrillas. No estará de más recordar, por tanto, que en el proyecto de resolución sobre las acciones de guerrilla (*Partinie Izvestia*, núm. 2[156] e informe de Lenin acerca del congreso[157]), *el grupo* de bolcheviques que las defiende ha puesto las condiciones siguientes para su aprobación: que no haya, en absoluto, "expropiaciones" de bienes privados; que no se recomienden las "expropiaciones" de bienes del Estado y *se toleren* sólo, bajo *el control del partido*, las transferencias de fondos *para las necesidades de la insurrección*. Que *se recomienden* los actos de guerrilla en forma de terrorismo individual contra los opresores integrantes del gobierno y los elementos activos de las centurias negras, pero siempre que: 1) se tenga en cuenta el estado de

**IV**

Las formas de lucha de la revolución rusa, comparadas con las que se registraron en las revoluciones burguesas de Europa, se distinguen por su extraordinaria variedad. Kautsky lo había previsto en parte cuando decía en 1902 que la futura revolución (y agregaba: salvo, acaso, en Rusia) sería no tanto una lucha del pueblo contra el gobierno como una lucha entre dos partes del pueblo. En Rusia vemos que esta *segunda* lucha toma indudablemente más amplitud que en las revoluciones burguesas de Occidente. Los enemigos de nuestra revolución son poco numerosos entre el pueblo; pero, en la medida que la lucha se encona, ellos se organizan más y más y cuentan con el apoyo de los sectores reaccionarios de la burguesía. Es, pues, completamente natural e inevitable que en una época *semejante*, en una época de huelgas políticas de todo el pueblo, *la insurrección* no pueda revestir la antigua forma de actos sueltos limitados a un lapso muy breve y a una extensión muy reducida. Es completamente natural e inevitable que la insurrección tome formas más elevadas y complejas, las formas de guerra civil prolongada que abarque a todo el país, es decir, de una lucha armada entre dos partes del pueblo. Esta guerra no se puede concebir de otra manera que como una sucesión de pocas batallas grandes, separadas por treguas de relativa duración y jalonadas por multitud de pequeñas escaramuzas a lo largo de estas treguas. Si eso es así -y así es sin ningún género de dudas-, la socialdemocracia debe plantearse la misión de constituir organizaciones que sean lo más idóneas posible para dirigir a las masas en esas grandes batallas y, hasta donde se pueda, en estas pequeñas escaramuzas. En la época en que la lucha de clases se exacerba tanto que llega a convertirse en guerra civil, la socialdemocracia debe proponerse no sólo tomar parte en *esta guerra civil*, sino desempeñar la función dirigente en ella. Debe educar y preparar a sus organizaciones de suerte que obren efectivamente como *parte beligerante*, sin perder ocasión de causar daños a las fuerzas del adversario.

Ni que decir tiene que la tarea es difícil, que no se puede cumplir de la noche a la mañana. Para cumplirla, lo mismo que todo el pueblo se reeduca e instruye en la lucha a lo largo de la guerra civil, nuestras organizaciones deben educarse y reorganizarse con los datos obtenidos de la experiencia.

No tenemos la menor pretensión de imponer a los militantes activos una forma de lucha cualquiera inventada por nosotros, ni siquiera resolver, desde nuestro despacho la cuestión del papel que una u otra forma de guerra de guerrillas pueda desempeñar en el curso general de la guerra civil en Rusia. Nada más lejos de nosotros que la idea de ver en el enjuiciamiento concreto de una u otra acción de guerrilla un problema de *tendencia* en la socialdemocracia. Pero creemos que nuestra misión es contribuir en la medida de nuestras fuerzas a justipreciar *en teoría* las formas nuevas de lucha que da la vida; creemos que nuestra misión es combatir sin piedad la rutina y los prejuicios que impiden a los obreros conscientes plantear con tino esta nueva y difícil cuestión y abordar como es debido su solución.

*Publicado el 30 de septiembre de 1906 en el núm. 5 de "Proletari".*

*T. 14, págs. 1-12.*

---

ánimo de las grandes masas; 2) se tomen en consideración las circunstancias en que se desenvuelve el movimiento obrero local; 3) se procure no dilapidar inútilmente las fuerzas del proletariado. La diferencia práctica entre este proyecto y la resolución aprobada en el Congreso de Unificación consiste *exclusivamente* en que no se toleran las "expropiaciones" de bienes del Estado.

## PREFACIO A LA TRADUCCIÓN RUSA DE LAS CARTAS DE C. MARX A L. KUGELMANN.

Al editar en un folleto la recopilación completa de las cartas de Marx a Kugelmann, publicadas en el semanario socialdemócrata alemán *Neue Zeit*[158], nos proponemos dar a conocer más de cerca al público ruso a Marx y el marxismo. En la correspondencia de Marx ocupan un lugar destacado, como era de esperar, sus asuntos privados. Para un biógrafo, todo esto son noticias muy valiosas. Mas para el gran público en general, y para la clase obrera de Rusia en particular, son de una importancia infinitamente mayor los pasajes de las cartas que contienen datos de carácter teórico y político. En nuestro país precisamente, en la época revolucionaria que vivimos, es muy instructivo calar en los datos evidenciadores de cómo Marx se hacía eco inmediato de todos los problemas del movimiento obrero y de la política mundial. Asiste toda la razón a la redacción de Neue Zeit cuando afirma que "nos enaltece el conocer a aquellos hombres cuyas ideas y voluntad se formaron en el ambiente de las grandes revoluciones". En 1907 es doblemente necesario para los socialistas rusos el conocerlos, ya que eso les proporciona infinidad de enseñanzas valiosísimas acerca de las tareas inmediatas de los socialistas en todas las revoluciones, cualesquiera que sean las que conmuevan a su país. Rusia atraviesa precisamente en nuestros días por una "gran revolución". La política seguida por Marx en los años 60, relativamente turbulentos, debe servir con muchísima frecuencia, de modelo palmario para la política socialdemócrata en la actual revolución rusa.

Nos permitiremos señalar, pues, con la mayor brevedad los pasajes de especial importancia teórica de la correspondencia de Marx y examinar con más detenimiento su política revolucionaria de representante del proletariado.

Desde el punto de vista de la comprensión mejor y más profunda del marxismo ofrece notable interés la carta del 11 de julio de 1868. Marx expone en ella con extraordinaria claridad, en forma de polémica contra los economistas vulgares, el concepto que él tenía de la llamada teoría del valor "trabajo". Marx analiza en esta carta con sencillez, concisión y suma claridad precisamente las objeciones a su teoría del valor que acuden de la manera más natural a la mente de los lectores de *El Capital* menos preparados y que, por lo mismo, son recogidas con el mayor celo por los mediocres representantes de la "ciencia" burguesa "de cátedra". Marx explica en esta carta el camino que él tomó y es necesario tomar para comprender la ley del valor. Enseña, poniendo como ejemplos, las objeciones más corrientes que le hacen, cuál es *el método* suyo. Descubre la relación existente entre un problema tan teórico y abstracto en puridad (al parecer), como es el de la teoría del valor, y "los intereses de las clases dominantes", que exigen "*se perpetúe la confusión*". Nos resta desear que cuantos se inicien en el estudio de Marx y en la lectura de *El Capital*, lean y relean la carta aludida por nosotros y estudien al paso los primeros y más difíciles capítulos de *El Capital*.

Otros pasajes de las cartas, interesantes en especial, desde el punto de vista teórico, son las opiniones que Marx tenía de diversos autores. Cuando uno lee estos juicios de Marx, escritos con amenidad y llenos de pasión, que revelan el inmenso interés de Marx por todas las grandes tendencias ideológicas y por analizarlas, le da la impresión de que está oyendo hablar al genial pensador. Además de las opiniones exteriorizadas de paso sobre Dietzgen, merece especial atención de los lectores el juicio emitido sobre los proudhonistas[159]. La "brillante" juventud intelectual, procedente de las filas de la burguesía, que se precipita "hacia el proletariado" en los períodos de efervescencia social, pero que es incapaz de identificarse con el punto de vista de la clase obrera y de trabajar encuadrada en las organizaciones proletarias, acatando su disciplina, está pintada con unos cuantos trazos de un esplendor asombroso[160].

Contienen estas cartas la opinión que Dühring mereció a Marx[161], opinión que parece presagiar el *Anti-Dühring*, la famosa obra de Engels escrita (en colaboración con Marx) nueve años más tarde. Existe una traducción rusa de dicha obra, hecha por Tsederbaum, que, por desgracia, además de omisiones, contiene errores y es francamente mala. Hay a continuación un juicio crítico sobre Thünen que se refiere exactamente igual a la teoría de la renta de Ricardo[162]. Marx rebatía ya con denuedo por entonces, en 1868, los "errores de Ricardo" y los refutó definitivamente en el tercer tomo de *El Capital*, aparecido en 1894, errores repetidos hasta hoy día por los revisionistas, desde nuestro ultraburgués e incluso ultrarreaccionario señor Bulgákov hasta el "casi ortodoxo" Máslov.

Es interesante asimismo la opinión que Marx tenía de Büchner, del materialismo vulgar y de la "palabrería superficial" que éste copió de Lange (¡fuente usual de la filosofía burguesa "de

cátedra"!)[163].

Veamos ahora la política revolucionaria de Marx. En Rusia ha adquirido una difusión asombrosa entre los socialdemócratas cierta noción pequeñoburguesa del marxismo, según la cual el período revolucionario constituye, con sus formas especiales de lucha y con las tareas particulares del proletariado, casi una anomalía, en tanto que la "Constitución" y la "oposición extrema" son lo normal. Ningún país del mundo atraviesa ahora por una crisis revolucionaria tan profunda como Rusia, y en ningún otro país existen "marxistas" (empequeñecedores y vulgarizadores del marxismo) que sean tan escépticos y filisteos en cuanto a la revolución. ¡Del hecho de que el contenido de la revolución sea burgués, en nuestro país se saca la conclusión trivial de que la burguesía es *el motor* de la revolución, de que las tareas del proletariado en la misma son auxiliares, no independientes, y de que es imposible que el proletariado dirija la revolución!

¡Cómo denuncia Marx en sus cartas a Kugelmann esta vulgar interpretación del marxismo! He aquí la carta del 6 de abril de 1866. Marx había concluido por entonces su obra principal. Había emitido ya su opinión definitiva sobre la revolución alemana de 1848 catorce años antes de que fuese escrita esta carta[164]. Marx mismo refutó en 1850 sus ilusiones socialistas sobre la proximidad, en 1848, de la revolución socialista[165]. Y en 1866, cuando empezó a ver las nuevas crisis políticas, que se avecinaban, escribió:

"¿Comprenderán al fin nuestros filisteos (se trata de los liberales burgueses de Alemania) que sin una revolución que barra a los Habsburgo y Hohenzollern, las cosas llevar en fin de cuentas, a una nueva Guerra de los Treinta Años?... [166] [167]

Ni la más pequeña ilusión en que la revolución inmediata (que se llevó a cabo desde arriba y no desde abajo, como esperaba Marx) barriese a la burguesía y al capitalismo. La expresión más clara y precisa de que esta revolución no haría más que barrer a las monarquías prusiana y austriaca. ¡Pero qué fe en esta revolución burguesa! ¡Qué pasión revolucionaria de luchador proletario que comprendía el inmenso papel de la revolución burguesa para el avance del movimiento socialista!

Tres años más tarde, en vísperas de la bancarrota de imperio napoleónico en Francia, al señalar la existencia de un movimiento social "muy interesante", Marx dijo *con verdadero entusiasmo* que "los parisienses, en efecto, comienzan a estudiar su reciente pasado revolucionario con vistas a prepararse para la nueva lucha revolucionaria que se avecina". Y, tras descubrir la lucha entre las clases que se puso de manifiesto al enjuiciar ese pasado, Marx concluyó: "¡Hierve a todo vapor la caldera de la maga Historia! ¡Cuándo llegaremos *nosotros* (en Alemania) a ese punto!"[168]

Eso es lo que deberían aprender de Marx los intelectuales marxistas de Rusia, relajados por el escepticismo, embobecidos por la pedantería y propensos a las palabras de arrepentimiento, esos intelectuales que se cansan pronto de la revolución y sueñan en su entierro, como si fuese una fiesta, para sustituirla con la prosa constitucional. Deberían aprender del jefe y teórico de los proletarios a tener fe en la revolución, a saber llamar a la clase obrera a que defienda hasta el fin sus tareas revolucionarias inmediatas y mantenga firme el espíritu, lo que no da lugar a los lloriqueos pusilánimes ante los reveses temporales de la revolución.

Los pedantes del marxismo piensan que todo esto es verborrea ética, romanticismo, falta de sentido realista. ¡No, señores! Esto es saber unir la teoría revolucionaria con la política revolucionaria, pues sin esta unión el marxismo se convierte en brentanismo, en struvismo, en sombartismo[169]. La doctrina de Marx fundió en un todo indisoluble la teoría y la práctica de la lucha de las clases. Y no es marxista quien, para justificar el estado de cosas existente, deforma una teoría que deja serena constancia de la situación objetiva, llegando a querer amoldarse cuanto antes a cada descenso temporal de la revolución, a abandonar lo antes posible las "ilusiones revolucionarias" y dedicarse a pequeñeces "reales".

Marx sabía palpar la proximidad de la revolución y hacer comprender al proletariado sus tareas revolucionarias de vanguardia en las épocas más pacíficas, que podrían parecer, según expresión suya, "idílicas" o "de estancamiento desconsolador" (según la redacción de *Neue Zeit*). Pero nuestros intelectuales rusos, que simplifican a Marx como filisteos, ¡aconsejan al proletariado, en el período culminante de la revolución, que siga una política de inactividad, que se deje llevar dócilmente "por la corriente", que apoye con timidez a los elementos más vacilantes del partido liberal de moda!

La apreciación que Marx hace de la Comuna corona sus cartas a Kugelmann. Esta apreciación enseña mucho, sobre todo, si la comparamos con los métodos empleados por los socialdemócratas rusos del ala derecha. Plejánov, que después de diciembre de 1905 exclamó con pusilanimidad: "¡No se debía haber empuñado las armas!", tenía la modestia de compararse con Marx, afirmando que también Marx frenaba la revolución en 1870.

Sí, *también* Marx la frenaba. Pero fíjense en el abismo que hay entre Plejánov y Marx en la comparación hecha por el propio Plejánov.

En noviembre de 1905, un mes antes de que llegase a su punto culminante la primera ola revolucionaria rusa, Plejánov, lejos de prevenir

resueltamente al proletariado, afirmaba sin rodeos que era necesario *aprender a manejar las armas y armarse*. Pero cuando, pasado un mes, estalló la lucha, Plejánov se apresuró a representar el papel del intelectual arrepentido, gritando, sin hacer análisis alguno de la importancia y función de la misma en la marcha general de los acontecimientos y de su nexo con las formas anteriores de lucha: "¡No se debía haber empuñado las armas!"

En *septiembre de 1870, medio año antes* de proclamarse la Comuna, Marx advirtió expresamente a los obreros franceses, diciéndoles en el famoso llamamiento de la Internacional[170] que la insurrección sería una locura. Marx puso al descubierto *de antemano* las ilusiones nacionalistas en que el movimiento pudiera desarrollarse como en 1792. Marx supo decir muchos meses antes, *y no después de los acontecimientos*: "No se debe empuñar las armas".

Pero, ¿qué actitud mantuvo Marx cuando esta obra *desesperada*, según su propia declaración de septiembre, empezó a ponerse en práctica en marzo de 1871? ¿Acaso aprovechó estos sucesos (como hizo Plejánov con los de diciembre de 1905) únicamente en "detrimento" de sus adversarios, los proudhonistas y blanquistas que dirigían la Comuna? ¿Acaso se puso a refunfuñar como una educadora: "Ya os lo decía yo, ya os lo advertí, ahí tenéis vuestro romanticismo, ésos son vuestros delirios revolucionarios"? ¿Acaso Marx soltó a los comuneros un sermón de filisteo satisfecho de sí mismo como Plejánov a los luchadores de diciembre: "No se debía haber empuñado las armas"?

No. El 12 de abril de 1871 Marx escribió a Kugelmann una carta *llena de entusiasmo* que nosotros colgaríamos con sumo placer en la casa de todos los socialdemócratas rusos, de todos los obreros rusos que sepan leer.

Marx, que en septiembre de 1870 tildó la insurrección de locura, al ver en abril de 1871 el carácter popular y multitudinario del movimiento, le dedica la atención superlativa del participante en los grandes acontecimientos que implican un avance en el movimiento revolucionario de trascendencia histórica universal.

Esto -dijo Marx- es *un intento* de destrozar la máquina burocrática militar, y no simplemente de ponerla en otras manos. Y Marx canta una verdadera loa a los "*heroicos*" obreros de París dirigidos por proudhonistas y blanquistas. "¡Qué flexibilidad –escribe-, qué iniciativa histórica y qué capacidad de sacrificio tienen estos parisienses!"... "La historia no conoce todavía otro ejemplo de heroísmo semejante".

*La iniciativa histórica* de las masas es lo que más aprecia Marx. ¡Oh, si nuestros socialdemócratas rusos hubiesen aprendido de Marx a valorar la *iniciativa histórica* de los obreros y campesinos rusos en octubre y diciembre de 1905!

A un lado, el homenaje a la *iniciativa histórica* de las masas por parte del más profundo de los pensadores, que supo prever el fracaso con medio año de anticipación, y al otro lado, el laso, insensible y pedantesco: "¡No se debía haber empuñado las armas!" ¿No están acaso tan lejos como el cielo de la tierra?

Y en su calidad de participante en la lucha de las masas, en la que actuó con todo el entusiasmo y toda la pasión propios de él, Marx abordó desde su exilio en Londres la tarea de criticar los pasos inmediatos de los parisienses "valientes hasta la locura" y "*dispuestos a tomar el cielo por asalto*".

¡Oh, cómo se habrían mofado entonces de Marx nuestros sabios "realistas" contemporáneos de entre los marxistas que hacen trizas el romanticismo revolucionario en la Rusia de 1906 y 1907! ¡Cómo se habría burlado esta gente del *materialista*, del *economista*, del enemigo de las utopías que admira la "tentativa" de tomar *el cielo* por asalto! ¡Cuántas lagrimas, cuánta compasión o cuántas risitas condescendientes habrían prodigado todos estos hombres enfundados[171] con motivo de las tendencias amotinadora del utopismo, etc., etc., con motivo de semejante juicio sobre el movimiento presto a asaltar el cielo!

Pero Marx no alcanzó la archisabiduría de los gobios[172] que temen hablar de *la técnica* de las formas superiores de la lucha revolucionaria. Analizó precisamente estas cuestiones *técnicas* de la insurrección. ¿Defensa u ofensiva?, pregunta, como si las operaciones militares se desarrollasen a las puertas de Londres. Y responde: ofensiva sin falta, "*se debía haber emprendido inmediatamente la ofensiva contra Versalles…*"

Esto lo escribía Marx en abril de 1871, unas semanas antes del grande y sangriento mes de mayo...

Los insurrectos que se lanzaron a la "demencial" obra (septiembre de 1870) de tomar el cielo por asalto debieron haber emprendido inmediatamente la ofensiva contra Versalles".

"No se debía haber empuñado las armas" en diciembre de 1905 para repeler con fuerza las primeras tentativas de arrebatar las libertades conquistadas...

¡En efecto, Plejánov no se comparó en vano con Marx!

"El segundo error -continúa Marx su crítica de *índole técnica*- consiste en que el Comité Central" (es decir, la *dirección militar*, tomen nota, pues se trata del CC de la Guardia Nacional) "renunció *demasiado pronto* a sus poderes…"

Marx supo prevenir a *los dirigentes* contra una insurrección prematura. Pero ante el proletariado

que asaltaba el cielo, adoptó la actitud de consejero práctico, de participante en *la lucha* de las masas que elevan *todo* el movimiento a un *grado superior*, a pesar de las teorías falsas y los errores de Blanqui y Proudhon.

"Comoquiera que resulte -escribió Marx-, la insurrección de París, incluso en el caso de que la aplasten los lobos, los cerdos y los viles perros de la vieja sociedad, es la proeza más gloriosa de nuestro partido desde la época de la insurrección de junio"[173].

Y Marx, sin ocultar al proletariado *ni uno solo* de los errores de la Comuna, dedicó a esta *proeza* una obra que es *hasta hoy* la mejor guía en la lucha por conquistar el "cielo", y el espantajo más horrendo para los "*cerdos*" liberales y radicales[174].

Plejánov ha dedicado a diciembre una "obra" que se ha convertido casi en el evangelio de los demócratas constitucionalistas[175].

En efecto, Plejánov no se comparó en vano con Marx.

Por lo visto, Kugelmann expresó en su respuesta a Marx algunas dudas, alegando lo desesperado de la empresa, el realismo en oposición al romanticismo; al menos, comparó la Comuna, o sea, *la insurrección*, con la manifestación pacífica del 13 de junio de 1849 en París.

Marx dio a vuelta de correo (el 17 de abril de 1871) una severa respuesta a Kugelmann.

"*Claro, que sería comodísimo* –escribía- *hacer la historia universal si la lucha se pudiese emprender sólo con probabilidades infalibles de éxito*".

En septiembre de 1870, Marx calificaba la insurrección de locura. Pero cuando las masas se sublevan, Marx quiere marchar con ellas, aprender al lado de ellas en el curso de la lucha, y no darles instrucciones oficinescas. Comprende que las tentativas de tener en cuenta por adelantado y *con toda precisión* las probabilidades de éxito no serían más que charlatanería o vacua pedantería. Pone *por encima de todo* el que la clase obrera hace la historia universal con heroísmo, abnegación e iniciativa. Marx enfocaba esta historia desde el punto de vista de sus *creadores*, que no podía tener en cuenta por adelantado y *de modo infalible* las probabilidades de éxito, y no desde el punto de vista del filisteo intelectual que viene con la moraleja de que "era fácil prever..., no se debía haber empuñado..."

Marx sabía apreciar también que en la historia hay momentos cuando la lucha desesperada de *las masas*, incluso en defensa de una causa condenada al fracaso, *es indispensable* con el fin de que estas masas sigan aprendiendo y preparándose para la lucha *siguiente*.

Nuestros cuasimarxistas actuales, que gustan de citar vanamente a Marx para tomarle sólo su apreciación del pasado, y no para aprender de él a crear el futuro, no comprenden en absoluto, ni les cabe en la cabeza, semejante *manera de plantear* el problema. Plejánov ni siquiera pensó en tal planteamiento al emprender, después de diciembre de 1905, la tarea de "*frenar*..."

Pero Marx plantea precisamente este problema, sin olvidar lo más mínimo que, en septiembre de 1870, él mismo reconoció que la insurrección era una locura.

"Los canallas burgueses de Versalles -escribe Marx- pusieron a los parisienses ante una alternativa: o aceptar el reto o entregarse sin lucha. *La desmoralización de la clase obrera* en este último caso habría sido una desgracia mucho *mayor* que el perecimiento de cualquier número de líderes"[176].

Con esto daremos fin a nuestro breve esbozo de lecciones de política digna del proletariado, tal como nos las enseña Marx en sus cartas a Kugelmann.

La clase obrera de Rusia ha demostrado ya una vez, y lo demostrará todavía otras veces, que es capaz de "tomar el cielo por asalto".

*5 de febrero de 1907. Publicado en 1907 en un Folleto de la Editorial "Nóvaya Duma", de San Petersburgo.*

*T. 14, págs. 371-379.*

**PREFACIO A LA TRADUCCIÓN RUSA DEL LIBRO "CORRESPONDENCIA DE J. F. BECKER, J. DIETZGEN, F. ENGELS, C. MARX Y OTROS CON F. A. SORGE Y OTROS".**

La recopilación de las cartas de Marx, Engels y Dietzgen, Becker y otros dirigentes del movimiento obrero internacional del siglo pasado, que ofrecernos al público ruso, constituye un complemento indispensable a nuestras publicaciones marxistas de vanguardia.

No vamos a tratar aquí con detenimiento la importancia que estas cartas tienen para la historia del socialismo y para conocer hasta el fondo la actividad de Marx y Engels. Este aspecto del problema no requiere aclaraciones. Diremos sólo que, para comprender las cartas que publicamos, hay que conocer los principales trabajos de historia de la internacional (véase Jaeckh. *La Internacional*. Traducción rusa publicada por Znanie) y del movimiento obrero alemán y americano (véanse Franz Mehring. *Historia de la socialdemocracia alemana*, y Morris Hillquit. *Historia del socialismo en Norteamérica*), etc.

Tampoco nos proponemos hacer aquí un esbozo general del contenido de la correspondencia ni analizar los diversos períodos históricos que abarca. Mehring lo hizo perfectamente en su artículo *Der Sorgesche Briefwechsel* ("La correspondencia de Sorge" en *Neue Zeit*, año 25, números 1 y 2) que es probable adjunte el editor a esta versión o se publique en edición rusa aparte.

Las enseñazas que el proletariado en lucha debe extraer de la actividad de Marx y Engels a lo largo de casi treinta años (l867-1895), luego de haber conocido sus aspectos íntimos, ofrecen especial interés para los socialistas rusos en la época revolucionaria que atravesamos. Por lo mismo, no es de extrañar que también en nuestras publicaciones socialdemócratas se hicieran los primeros intentos de dar a conocer a los lectores las cartas de Marx y Engels a Sorge cuando se plantearon los problemas "palpitantes" de la táctica socialdemócrata en la revolución rusa (*Sovreménnaya Zhizn* de Plejánov y la recopilación menchevique *Otkliki*[177]). Nos proponernos analizar los pasajes de la correspondencia publicada que tienen una importancia singular de el punto de vista de las tareas actuales del partido obrero en Rusia y fijar la atención de los lectores en ellos.

Marx y Engels expresaban con la mayor frecuencia en sus cartas opiniones de los problemas de actualidad del movimiento obrero anglo-americano y alemán. Esto es comprensible, puesto que eran alemanes residente a la sazón en Inglaterra y se carteaban con un camarada suyo en Norteamérica. Del movimiento obrero francés, y, sobre todo, de la Comuna de París. Marx se exteriorizaba con mayor frecuencia y detenimiento en las cartas dirigidas al socialdemócrata alemán Kugelmann*.

Es aleccionador en sumo grado comparar lo que dijeron Marx y Engels sobre el movimiento obrero alemán y del anglo-norteamericano. Si se tiene en cuenta que Alemania, por un lado, e Inglaterra y Norteamérica, por otro, se encuentran en diversas fases de desarrollo capitalista y presentan distintas formas de dominación de la burguesía como clase en toda la vida política de estos países, dicha comparación adquiere una importancia de singular magnitud. Desde el punto de vista científico, observamos aquí un ejemplo de dialéctica materialista, la capacidad de sacar a primer plano y recalcar diversos puntos y aspectos del problema aplicado a las peculiaridades concretas de unas u otras condiciones políticas y económicas. Desde el punto de vista de la política práctica y de la táctica del partido obrero vemos aquí un ejemplo de cómo los autores del *Manifiesto Comunista* determinaban las tareas del proletariado en lucha conforme a las diversas etapas que atravesaba el movimiento obrero nacional de los distintos países.

Lo que Marx y Engels critican con mayor acritud en el socialismo anglo-norteamericano es su aislamiento del movimiento obrero. Lo que resalta en todos sus numerosos comentarios sobre la Federación Socialdemócrata (*Social-Democratic Federation*)[178] de Inglaterra y sobre los Socialistas norteamericanos es la acusación de que éstos habían convertido el marxismo en un dogma, en una "ortodoxia anquilosada (*starre*)", de que tenían el marxismo por un "símbolo de fe y no por *una guía para la acción*"[179], de que no sabían adaptarse al poderoso movimiento obrero de masas que marchaba a su lado, ineficaz en el terreno de la teoría, pero lleno de vida. "¿Donde habríamos ido a parar -pregunta Engels en su carta del 27 de enero de 1887- si, en el período de 1864 a 1873, hubiéramos querido marchar siempre hombro a hombro sólo con los que se declaraban abiertamente partidarios de nuestro programa?" y en la carta anterior (del 28 de diciembre de 1886),

---

* Véase *Cartas de C. Marx al Doctor Kugelmann*. Traducción al ruso redactada por N. Lenin. Prefacio de N. Lenin. San Petersburgo. 1907. (Véase el presente volumen. *N. de la Edit.*)

al referirse a la influencia de las ideas de Henry George en la clase obrera de Norteamérica, Engels escribe:

“Uno o dos millones de votos obreros, entregados en noviembre a un partido obrero auténtico (*bona fide*), son en el momento actual infinitamente más importantes que un centenar de miles de votos emitidos en pro de un programa impecable en el sentido teórico”.

Estos pasajes son muy interesantes. En nuestro país ha habido socialdemócratas que se han apresurado a aprovecharlos en defensa de la idea de un “congreso obrero”[180], algo por el estilo, del “amplio partido obrero” propuesto por Larin. ¿Y por qué no en defensa del “bloque de izquierdas”?, preguntaremos a nuestros precoces “aprovechadores” de Engels. Las cartas de las que se han tomado estas citas datan de cuando los obreros de EE.UU. votaron en las elecciones por Henry George. La señora Wischnewetzky, una norteamericana que estaba casada con un ruso y traducía las obras de Engels, pidió a éste, según se desprende de la respuesta que él le dio, que hiciera una crítica a fondo de Henry George. Engels le decía (el 28 de diciembre de 1886) que *no había llegado aún el momento* de hacerlo, puesto que más valdría que el partido obrero comenzara a formarse, con un programa no del todo ortodoxo. Los propios obreros comprenderían luego el quid del asunto, “aprenderían de sus propios errores”; mas “yo tendría por un grave error” entorpecer “la cohesión nacional del partido obrero a causa de un programa, cualquiera que este sea”

Por supuesto, Engels comprendía perfectamente, y lo señaló reiteradas veces, cuán absurdas y *reaccionarias* eran las ideas de Henry George desde el punto de vista *socialista*. En la correspondencia de Sorge hay una interesantísima carta de C. Marx fechada el 20 de junio de 1881, en la que Marx enjuicia a H. George como ideólogo de *la burguesía radical*. “En el sentido teórico, Henry George es un hombre totalmente atrasado” (*total arrieré*), escribía Marx. Sin embargo, Engels no temía ir a las elecciones al lado de este verdadero *socialista-reaccionario* con tal de que hubiera gente capaz de predecir a las masas “las consecuencias que podrían acarrear sus propios errores” (Engels, carta del 29 de noviembre de 1886).

Sobre los “Caballeros del Trabajo” (*Knights of Labor*)[181], la organización de los obreros norteamericanos de entonces, Engels escribía en la carta citada: “Su punto más flaco (literalmente: podrido, *faulste*) es *la abstención política a…*”. “Uno de los pasos primeros y más importantes de todo país que se incorpora al movimiento ha de ser la organización de un partido obrero independiente, no importa por qué camino con tal de que este partido sea verdaderamente obrero”[182].

Es evidente que de ahí no se puede inferir absolutamente nada a favor del salto de la socialdemocracia al congreso obrero sin filiación política, etc. En cambio, quien no quiera ser acusado por Engels de empequeñecer el marxismo hasta dejarlo en “dogma”, “ortodoxia”, “sectarismo”, etc., tendrá que sacar de ahí la conclusión de que algunas veces es indispensable ir a una campaña electoral unidos con los “social-reaccionarios” radicales.

Pero, desde luego, es más interesante analizar no tanto estos paralelismos norteamericano-rusos (hemos tenido que recurrir a ellos para responder a nuestros contradictores) Como los rasgos *fundamentales* del movimiento obrero anglo-norteamericano. Estos rasgos son: ningún planteamiento de tareas *democráticas* más o menos importantes, de carácter nacional, ante el proletariado; completa subordinación del proletariado a la política burguesa; aislamiento sectario de los grupitos y puñados de socialistas con relación al proletariado; ningún éxito de los socialistas entre las masas obreras en las elecciones, etc. Quien olvida estas circunstancias fundamentales y se pone a sacar conclusiones generales de los “paralelismos norteamericano-rusos” muestra extrema ligereza.

Si, en semejantes circunstancias, Engels hace tanto hincapié en las organizaciones económicas de los obreros es porque se trata de los regímenes democráticos mejor consolidados, que plantean al proletariado tareas de carácter puramente socialista.

Si Engels hace hincapié en la importancia de un partido obrero independiente, aunque tenga un mal programa, es porque se trata de países que aún no habían visto ni sombra de independencia política de los obreros y donde éstos marchaban y siguen marchando las más de las veces en política detrás de la burguesía.

Tratar de extender las conclusiones sacadas de semejantes razonamientos a países o situaciones históricas en que el proletariado ha creado ya su propio partido independiente antes que la burguesía liberal y en que el proletariado no tiene ni sombra de tradiciones de entregar sus votos a los politicastros burgueses, tratar de extender estas conclusiones a países o situaciones históricas en que a la orden del día no estén planteadas las tareas socialistas inmediatas, sino las democráticas burguesas, es mofarse del método histórico de Marx.

Nuestra idea quedará más clara aún para el lector si comparamos cómo enjuicia Engels los movimientos anglo-norteamericano y alemán.

La correspondencia publicada contiene muchísimos comentarios de éstos, y son también muy interesantes. La idea central que los preside a todos es distinta por completo: la de prevenir contra

el "ala derecha" del partido obrero, la de hacer una guerra implacable (a veces, como la de Marx en los años 1877-1879, una guerra *furiosa*) *al oportunismo* en las filas de la socialdemocracia.

Respaldaremos primero el aserto en algunos pasajes de las cartas y nos detendremos luego a evaluar este fenómeno.

Ante todo, hay que señalar cómo enjuiciaba Marx a Höchberg y Cía. Franz Mehring trata de atenuar en su artículo *Der Sorgesche Briefwechsel* las invectivas de Marx, lo mismo que las posteriores de Engels a los oportunistas y, a mi parecer, se sobrepasa un tanto. En particular, con respecto a Höchberg y Cía., Mehring abunda en la opinión de que Marx se equivocaba al enjuiciar a Lassalle y a los lassalleanos[183]. Pero lo que nos interesa por ahora, repetimos, no es la apreciación desde el punto de vista histórico de la razón o exageración de las invectivas de Marx contra determinados socialistas, sino la opinión que, *conforme a los principios*, tenía Marx de ciertas *corrientes* del socialismo en general.

Al lamentarse de los compromisos de los socialdemócratas alemanes con los lassalleanos y con Dühring (carta del 19 de octubre de 1877), Marx condena también el compromiso "con toda una pandilla de estudiantes imberbes y doctores archisabidillos" ("doctor" en Alemania es un título científico que corresponde en Rusia al de "candidato a doctor" o al de quien se "ha graduado en la Universidad con matrícula de honor"), "que se habían propuesto dar al socialismo una orientación "idealista más elevada", es decir, sustituir su base materialista (que exige un estudio objetivo para operar con ella) por una mitología nueva con sus diosas y todo: justicia, libertad, igualdad y fraternidad. Uno de los representantes de esta orientación era el editor de la revista *Zukumft*[184] doctor Höchberg, quien "se pagó" el ingreso en el partido, admito que "con las mejores intenciones", pero yo me río de toda clase de "intenciones". Rara vez salió a la luz del día algo más lamentable y con mayor "pretensión modesta" que el programa de su *Zukunft*" (carta número 70)[185].

En otra carta, escrita casi dos años más tarde (el 19 de septiembre de 1879), Marx desmiente el infundió de que él y Engels fueran los inspiradores de *J. Most* y cuenta a Sorge con lujo de pormenores cuál es su actitud frente a los oportunistas del Partido Socialdemócrata Alemán. La revista Zukunft estaba dirigida por Höchberg, Schramm y Eduardo Bernstein. Marx y Engels *se negaron* a colaborar en publicación semejante, y cuando se trató de fundar un nuevo órgano de prensa del partido con la participación y ayuda pecuniaria de Höchberg, Marx y Engels exigieron previamente, para controlar a todo aquel "batiburrillo de doctores estudiantes y socialistas de cátedra"[186], que se aceptara a Hirsch para director responsable designado por ellos; luego en una carta circular, se dirigieron directamente a Bebel, Liebknecht y otros dirigentes del Partido Socialdemócrata, advirtiéndoles que si la orientación de Höchberg, Schramm y Bernstein no cambiaba, lucharían abiertamente contra "semejante vilipendio (Verluderung vocablo *más fuerte* aún en alemán) de la teoría y del partido".

Aquél fue el período del Partido Socialdemócrata Alemán, que Mehring, en su *Historia*, tildó de *Un año de confusión* (*Ein Jahr der Verwirrung*). Después de la "ley de excepción"[187], el partido no encontró en seguida el camino acertado, cayendo primero en el anarquismo de Most y en el oportunismo de Höchberg y Cía. "Estas gentes -escribía Marx de los últimos-, que son unos ceros a la izquierda desde el punto de vista teórico y unos inútiles en el sentido práctico, tratan de hacer más moderado el socialismo (del que sólo tienen un concepto elaborado conforme a la receta universitaria) y, sobre todo, el Partido Socialdemócrata, e ilustrar a los obreros o, como dicen ellos, inculcarles "rudimentos de instrucción", sin poseer ellos mismos más que conocimientos a medias y confusos; además se proponen, ante todo, agrandar la importancia del partido a ojos de la pequeña burguesía. Pero no son ni más ni menos que unos deplorables charlatanes contrarrevolucionarios".

La "furiosa" invectiva de Marx dio lugar a que los oportunistas se replegasen y... esfumaran. En la carta del 19 de noviembre de 1879 Marx comunica que Höchberg fue retirado del consejo de redacción y que todos los líderes influyentes del partido, como Bebel, Liebknecht, Bracke y otros se retractaron de las ideas que aquél defendía. El *Sozialemokrat*[189], órgano del Partido Socialdemócrata, apareció bajo la dirección de Vollmar, quien pertenecía a la sazón al ala revolucionaria del partido. Un año más tarde (el 5 de noviembre de 1880) Marx cuenta que él y Engels combatieron sin cesar la "deplorable" orientación del *Sozialdemokrat*, teniendo que luchar a menudo *con dureza* ("*wobei's oft scharf hergeht*"). Liebknecht visitó a Marx en 1880 y le prometió "una mejoría" *en todos los sentidos*.

La paz fue restablecida, y la contienda no se exteriorizó. Höchberg se apartó, y Bernstein se hizo socialdemócrata revolucionario... al menos hasta el fallecimiento de Engels en 1895.

El 20 de junio de 1882 Engels contó a Sorge esta lucha como si fuera ya un episodio del pasado. "En general, las cosas en Alemania marchan perfectamente. Es cierto que los señores literatos del partido intentaron provocar en él un viraje reaccionario, pero fracasaron estrepitosamente. Los vejámenes a que los obreros socialdemócratas se

ven sometidos en todas partes los han hecho más revolucionarios aún de lo que eran hace tres años... Estos señores (los literatos del partido) querían a toda costa, al precio de la sumisión, la mansedumbre y el servilismo, obtener con súplicas la abolición de la ley contra los socialistas, que de modo tan poco ceremonioso les había privado de las gratificaciones literarias. Con la abolición de esta ley se hará patente, sin duda, la escisión, y los señores Viereck y Höchberg, etc., formando un ala derecha, se separarán de nosotros; con ellos se podrá entablar de vez en cuando negociaciones, hasta que, al fin, acaben por desaparecer. Expresamos esta opinión nuestra nada más promulgarse la ley contra los socialistas, cuando Höchberg y Schramm publicaron en los *Anales*[190] una crítica infame en sumo grado de las actividades del partido y exigieron de éste una conducta más decorosa, más correcta y elegante" ("*jebildetes*" en lugar de *gebildetes*, escribe Engels, aludiendo a la pronunciación berlinesa de los literatos alemanes).

La profecía de la bernsteiniada[191], hecha en 1882, se confirmó con exactitud en 1898 y en los años siguientes.

Y desde entonces, sobre todo después de la muerte de Marx, Engels no se cansa -puede afirmarse sin temor a exagerar- de "enderezar" lo que los oportunistas alemanes tuercen.

Fines de 1884. Son condenados los "prejuicios pequeñoburgueses" de los diputados socialdemócratas alemanes al Reichstag, que votan las subvenciones a las compañías navieras (*Dampfersubvention*[192] véase la *Historia* de Mehring). Engels participa a Sorge que se ve obligado a mantener sobre esto una gran correspondencia (carta del 31 de diciembre de 1884).

Año 1885. Enjuiciando toda la historia de la *Dampfersubvention*, Engels escribe (3 de junio) que "las cosas han llegado casi a la escisión". El "filisteísmo" de los diputados socialdemócratas es "*colosal*". "Una minoría parlamentaria socialista de orientación pequeñoburguesa es inevitable en un país como Alemania", dice Engels.

Año 1887. Engels contesta a Sorge, quien le había escrito que el partido se cubría de vergüenza al elegir diputados a gente de la calaña de Viereck (socialdemócrata del corte de Höchberg). ¡Qué se le va a hacer! -dice Engels justificándose-, el partido obrero no tiene de dónde sacar buenos diputados al Reichstag. "Los señores del ala derecha saben que se les tolera sólo a causa de la ley contra los socialistas y que, el primer día que el partido respire con mayor libertad, serán expulsados del mismo". Además, será mejor, en general, "que el partido esté por encima de sus héroes parlamentarios, y no al revés" (3 de marzo de 1887). Liebknecht -se queja Engels- es un conciliado y trata siempre de encubrir con frases las divergencias. Pero cuando las cosas lleguen a la escisión, en el momento decisivo, estará con nosotros.

Año 1889. Se celebran dos congresos socialdemócratas internacionales en París[193]. Los oportunistas (con los posibilistas franceses[194] a la cabeza) se separan de los socialdemócratas revolucionarios. Engels (que ha cumplido ya 68 años) se lanza al combate como un joven. Dedica una serie de cartas (desde el 12 de enero hasta el 20 de julio de 1889) a la lucha contra estos oportunistas. Arremete no sólo contra ellos, sino también contra los alemanes, contra Liebknecht, Bebel y otros, por conciliadores.

Engels escribe el 12 de enero de 1889 que los posibilistas se han vendido al gobierno. Acusa a los miembros de la Federación Socialdemócrata inglesa (FSD) de estar conchabados con los posibilistas. "El correteo y la inmensa correspondencia en torno a este maldito congreso no me dejan tiempo para otra cosa" (11 de mayo de 1889). Los posibilistas se menean, y los nuestros están dormidos, dice irritado Engels. Ahora incluso Auer y Schippel reclaman que vayamos al congreso de los posibilistas. Esto ha abierto "al fin" los ojos a Liebknecht. Engels escribe con Bernstein folletos (firmados por Bernstein; Engels los llama "nuestros folletos") contra los oportunistas.

"A excepción de la FSD, los posibilistas no tienen a su lado en toda Europa ninguna organización socialista (8 de junio de 1889); por tanto, no les queda más remedio que retornar a las tradeuniones no socialistas" (¡para que se enteren nuestros admiradores de un amplio partido obrero, de un congreso obrero, etc.!). "De América vendrá un solo delegado de los *Caballeros del Trabajo*". El adversario es el mismo que durante la lucha con los bakuninistas[195] "con la única diferencia de que la bandera de los anarquistas ha sido sustituida con la de los posibilistas; venden igualmente sus principios a la burguesía a cambio de unas concesiones al por menor y, sobre todo, a cambio de enchufes, para sus líderes (concejalías, empleos en las Bolsas de Trabajo, etc.)". Brousse (jefe de los posibilistas) e Hyndman (líder de la FSD, que se ha aliado a los posibilistas) atacan al "marxismo autoritario" y pretenden constituir "el núcleo de una nueva Internacional".

"¡No puedes imaginarte lo ingenuos que son los alemanes! Me ha costado esfuerzos colosales explicar incluso al propio Bebel de qué va en realidad" (8 de junio de 1880). Y cuando ambos congresos se han celebrado, cuando los socialdemócratas revolucionarios sobrepasan en número a los posibilistas (*agrupados con los tradeunionistas*, con la FSD, con parte de los austriacos, etc.), Engels no cabe en sí de contento

(17 de julio de 1889). Le alegra que las propuestas y planes conciliadores de Liebknecht y otros hayan fracasado (20 de julio de 1889). “Nuestra sentimental cofradía conciliadora se tiene bien merecida una burda patada en salva sea la parte por toda la efusión de su amistad”. “A ver si así se curan por algún tiempo”.

...Mehring tiene razón (en *Der Sorgesche Briefwechsel*) cuando afirma que Marx y Engels entendían poco de “buenas maneras”: “no se paraban a pensarlo mucho para asestar un golpe, pero tampoco lloriqueaban por cada uno que recibían”. “Si os creéis -escribía Engels en cierta ocasión- que vuestros alfilerazos podrán pinchar mi vieja piel, gruesa y bien curtida, os equivocáis”[196]. Marx y Engels suponían también en los demás esta templanza adquirida por ellos -escribe Mehring.

Año 1893. Ajuste de cuentas a los “fabianos”[197], que se impone de por sí... para juzgar de los bernsteinianos (por algo Bernstein ha “educado” su oportunismo en Inglaterra, en el trato con los “fabianos”). “Aquí, en Londres, los fabianos son una pandilla de arribistas que, sin embargo, tienen bastante sentido común para comprender que la revolución social es inevitable; mas, al no querer confiar esta gigantesca labor únicamente al tosco proletariado, se dignan ponerse a la cabeza de él. El temor a la revolución constituye su principio básico. Son “intelectuales” *par excellence*. Su socialismo es un socialismo municipal: el municipio y no la nación, al menos en los primeros tiempos, debe adueñarse de los medios de producción. Pintan su socialismo como una consecuencia extrema, pero ineluctable, del liberalismo burgués. De ahí su táctica: no combatir a los liberales con denuedo, como a adversarios suyos, sino llevarlos a las conclusiones socialistas, es decir, embaucarlos, “impregnar de socialismo el liberalismo”, no oponer los candidatos socialistas a los liberales, sino pasárselos de contrabando a los liberales, es decir, hacer que salgan elegidos con artimañas... Pero es claro que no comprenden que, obrando así, los engañados serán ellos mismos, o lo será el socialismo.

Los fabianos han publicado, además de distintas porquerías, algunos libros buenos de propaganda, y eso es lo mejor de cuanto han hecho los ingleses en este campo. Pero tan pronto como vuelven a su táctica peculiar, la de velar la lucha entre las clases, la cosa va mal. Por causa de la lucha de clases, los fabianos nos odian con fanatismo a Marx y a todos nosotros.

Como es natural, los fabianos cuentan con muchos partidarios burgueses, por lo que disponen de “mucho dinero”[198]…

**Apreciación clásica del oportunismo intelectual en la socialdemocracia**

Año 1894. El problema campesino. “En el continente -escribe Engels el 10 de noviembre de 1894-, conforme crece el movimiento, se agranda también el afán de éxitos mayores aún, y la caza de campesinos, en el sentido literal de la palabra, se está poniendo de moda. Primero fueron los franceses, quienes declararon en Nantes por boca de Lafargue, que no sólo no es cuestión nuestra acelerar la ruina de los pequeños campesinos -el capitalismo se encargará de hacerlo por nosotros-, sino que es necesario defender en realidad al campesino contra el fisco, contra los usureros y latifundistas. Pero, en modo alguno podemos expresar nuestra conformidad con esto. Primero, porque es necio, y segundo, porque es imposible. Luego Vollmar dice en Francfort que, *en general* propone sobornar a *los campesinos*, y el campesino a que se refiere es el de la Alta Baviera, distinto del pequeño campesino de la región del Rin, abrumado por las deudas, pues se trata del agricultor medio y rico que explota a mozos y mozas de labor y vende ganado y cereales. Esto ya no se puede admitir sin renunciar a todos los principios”.

Año 1894, 4 de diciembre: “...Los bávaros se han vuelto muy requeteoportunistas y se han transformado casi en un simple partido del pueblo (me refiero a la mayoría de los líderes y a muchos principiantes que han ingresado en el partido); en el Landtag bávaro han votado a favor de la totalidad del presupuesto, y Vollmar, sobre todo, ha organizado una agitación entre los campesinos a fin de ganarse no a los mozos de labranza sino a los agricultores ricos de la Alta Baviera, a los propietarios de parcelas de 25 a 80 acres de tierra (de 10 a 30 hectáreas), es decir, a los que de ninguna manera pueden arreglárselas sin obreros asalariados...”

De ahí se desprende que en el curso de más de un decenio Marx y Engels lucharon sistemática e incesantemente contra el oportunismo en el Partido Socialdemócrata Alemán y combatieron el espíritu filisteo intelectual y pequeñoburgués en el socialismo. Este es un hecho de suma importancia. El gran público sabe que la socialdemocracia alemana es tenida por modelo de política y táctica marxistas del proletariado, pero ignora la lucha constante que los fundadores del marxismo hubieron de sostener contra el “ala derecha” (expresión de Engels) de este partido. Y no es casual que poco después de la muerte de Engels se manifestara abiertamente esta lucha, hasta entonces latente. Era el resultado inevitable de decenios de desarrollo histórico de la socialdemocracia alemana.

Y en la actualidad resaltan ante nosotros con singulares relieve las dos trayectorias de los consejos, indicaciones, enmiendas, amenazas y moralejas de Engels (y de Marx). Los dos

exhortaron a los socialistas anglo-norteamericanos más que a nadie a que se fundiesen con el movimiento obrero y extirpasen de sus propias organizaciones el estrecho y rutinario espíritu de secta. Los dos enseñaron a los socialdemócratas alemanes, más que a nadie, a no caer en el filisteísmo en el “cretinismo parlamentario (expresión de Marx en carta del 19 de septiembre de 1879), en el oportunismo intelectual pequeñoburgués.

¿No es acaso sintomático que nuestras comadres socialdemócratas cacareen tanto sobre los consejos del primer tipo y cierren el pico respecto del segundo? ¿Acaso *semejante* apreciación unilateral de las cartas de Marx y Engels no es el mejor indicio de que nuestra socialdemocracia, la socialdemocracia de Rusia, presenta cierto... “carácter unilateral”?

Hoy, cuando el movimiento obrero internacional descubre síntomas de profunda efervescencia y vacilación, cuando los extremos del oportunismo, del “cretinismo parlamentario” y del reformismo filisteo han hecho surgir los extremos opuestos del sindicalismo revolucionario, la trayectoria general de las “enmiendas” hechas por Marx y Engels al socialismo anglo-norteamericano y alemán adquiere una importancia excepcional.

Marx y Engels enseñaban a los socialistas de los países donde *no existe* un partido obrero socialdemócrata, *ni hay* diputados socialdemócratas en los parlamentos, *ni* política socialdemócrata sistemática y consecuente en las elecciones y en la prensa, etc., a romper *a toda costa* con el sectarismo estrecho e *incorporarse* al movimiento obrero a fin de *interesar en la política* al proletariado. Pues tanto en Inglaterra como en Norteamérica, a lo largo del último tercio del siglo XIX, el proletariado no mostró *casi ninguna* independencia política. La liza política en estos países -ante la ausencia casi absoluta de tareas históricas de carácter democrático burgués- estaba ocupada *enteramente* por una burguesía triunfante y satisfecha de sí misma, igual en todo el mundo en el arte de embaucar, corromper y sobornar a los obreros.

Creer que estos consejos de Marx y Engels al movimiento obrero anglo-norteamericano pueden ser aplicados lisa y llanamente a las circunstancias de Rusia significa utilizar el marxismo para un mezquino ajuste fraccional de cuentas entre intelectuales y no para asimilar su *método* ni para *estudiar* las peculiaridades históricas concretas del movimiento obrero en países determinados.

Por el contrario, en un país donde la revolución democrática burguesa ha quedado sin terminar, donde imperaba e impera “un despotismo militar revestido de formas parlamentarias” (expresión de Marx en su *Crítica del programa de Gotha*), donde el proletariado hace ya mucho que participa en la política y aplica una política socialdemócrata, en un país así temían Marx y Engels más que nada el envilecimiento parlamentario y el empequeñecimiento filisteo de las tareas y proporciones del movimiento obrero.

Con tanto mayor motivo debemos recalcar y poner en primer plano en la época de la revolución democrática burguesa en Rusia, *este* aspecto del marxismo, porque en nuestro país hay una prensa burguesa liberal extendida, “brillante” y rica, que pregona a miles de voces ante el proletariado la “ejemplar” lealtad, la legalidad parlamentaria, la modestia y la moderación del vecino movimiento obrero alemán.

Esta patraña interesada de los traidores burgueses de la revolución rusa no es fruto de la casualidad ni de la perversidad personal de alguno que otro de los antiguos o futuros ministros del campo de los demócratas constitucionalistas. Es fruto de los profundos intereses económicos de los terratenientes y burgueses liberales de Rusia. Y en la lucha contra esta patraña, contra este “aturdimiento de las masas” (“*Massenverdummung*”, según expresión de Engels en la carta del 29 de noviembre de 1886), las cartas de Marx y Engels deben servir de arma insustituible para todos los socialistas rusos.

La patraña interesada de los burgueses liberales muestra al pueblo la “modestia” ejemplar de los socialdemócratas alemanes, cuyos jefes, los fundadores de la teoría marxista, nos dicen:

“La actuación revolucionaria de los franceses ha puesto al desnudo de manera más repelente aún la hipocresía de los oportunistas de la minoría parlamentaria socialdemócrata alemana, Viereck y Cía.” (se trata de la formación de un partido obrero en el Parlamento francés y de la huelga de Decazeville[199], que levantó una barrera entre los radicales franceses y el proletariado de Francia). “En los últimos debates sobre la ley contra los socialistas sólo han hablado Liebknecht y Bebel, y ambos muy bien. Con semejantes debates podemos presentarnos nuevamente en buena sociedad, cosa que antes, por desgracia, no siempre ocurría. En general, está bien que a los alemanes, sobre todo después de haber enviado al Reichstag un número tan crecido de filisteos (cosa que era, sin embargo, inevitable), se les dispute el papel de dirigentes del movimiento social internacional. *En períodos de calma, todo se vuelve filisteo en Alemania*, y en tales momentos, es *absolutamente indispensable* el aguijón de la competencia francesa...” (carta del 29 de abril de 1886).

Estas son las enseñanzas que mejor debería asimilar el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, que se halla bajo la influencia ideológica predominante de la socialdemocracia alemana.

Nos proporciona estas enseñanza no sólo algún que otro pasaje de la correspondencia de las dos personalidades más grandes del siglo XIX, sino el espíritu y todo el fondo de la crítica de la experiencia internacional del proletariado, crítica que ellos hicieron con franqueza de camaradas, sin la menor diplomacia o interés mezquino.

Demuestran asimismo hasta qué grado están realmente impregnadas de ese espíritu todas las cartas de Marx y Engels, los siguientes pasajes, si bien de índole relativamente privada, no por eso menos sintomáticos.

En 1889 comenzó en Inglaterra un movimiento lozano y enérgico, lleno de nuevo espíritu revolucionario, de los simples obreros no especializados ni cualificados (del gas, del puerto, etc.). Engels estaba entusiasmado de este movimiento y subrayó con admiración el papel de la hija de Marx, "Tussy", que hacía agitación entre estos obreros. "Lo que más repele aquí -escribe Engels desde Londres el 7 de diciembre de 1889- es la "*respectability*" burguesa, que se ha hecho sangre de la propia sangre de los obreros. La desarticulación de la sociedad en numerosas gradaciones, indiscutiblemente reconocidas por todos, cada una de las cuales por separado tiene su propio "honor" y está impregnadas de un sentimiento innato de respeto a los "mejores" a los "superiores", data de tiempo tan remoto y está tan arraigada que a la burguesía no le cuesta gran trabajo engañar a las masas. Yo, por ejemplo, estoy muy poco seguro de que John Burns se enorgullezca en su fuero interno de su popularidad entre los de su propia clase más que de la que goza a los ojos del cardenal Manning, del alcalde de Londres y de la burguesía en general. Y Champion, teniente retirado, venía haciendo ya muchos años ciertos negocios sucios con elementos burgueses, sobre todo conservadores, mientras predicaba en un congreso clerical el socialismo, etc. Incluso el propio Tom Mann, a quien tengo por el mejor de todos ellos, se complace en contar que va a almorzar con el alcalde de Londres. Sólo al compararlos con los franceses se convence uno de lo bien que influye en este sentido la revolución".

Los comentarios huelgan.

Un ejemplo más. En 1891 se cernía el peligro de guerra europea. Engels mantuvo correspondencia sobre esto con Bebel, y se pusieron de acuerdo los dos en que, si Rusia agredía a Alemania, los socialistas alemanes tendrían que combatir a la desesperada contra los rusos y cualesquier aliados suyos. "Si Alemania fuere estrangulada, nosotros lo seríamos con ella. Pero en el caso de que la lucha tomara un giro favorable, ésta cobraría un carácter tan encarnizado que Alemania podría sostenerse gracias sólo a medidas revolucionarias, por lo que es muy posible que nos viésemos obligados a empuñar el timón del poder y proceder al estilo del año 1793" (carta del 24 de octubre de 1891).

¡Para que se enteren los oportunistas que gritaban a voz en cuello que las perspectivas "jacobinas"[200] aparecidas en 1905 ante el partido obrero ruso nada tenían que ver con la socialdemocracia! Engels indicaba explícitamente a Bebel, la posibilidad de que los socialdemócratas hubieran de participar en un gobierno provisional.

Es muy natural que, con semejantes conceptos de las tareas de los partidos obreros socialdemócratas, Marx y Engels tuvieran la fe más halagüeña en la revolución rusa y en su gigantesca trascendencia universal. En su correspondencia vemos, durante casi veinte años, esa apasionada espera de la revolución en Rusia.

He aquí una carta de Marx del 27 de septiembre de 1877. La crisis oriental[201] despierta el entusiasmo de Marx. "Rusia hace ya mucho que se encuentra en el umbral de grandes revoluciones, para las que han madurado ya todos los elementos necesarios. La explosión se ha adelantado en muchos años gracias a los golpes asestados por los bravos turcos… La revolución comenzará *secundum artem* ("según todas las reglas del arte") por *devaneos constitucionales* y habrá una bulla de primera (*il y aura un beau tapage*). Con el beneplácito de la madre naturaleza, llegaremos a vivir hasta ese triunfo". (Marx tenía a la sazón 59 años de edad).

La madre naturaleza no dio (y tal vez no pudiera dar) a Marx el beneplácito para vivir hasta "ese triunfo". Pero él *predijo* los "devaneos constitucionales", y sus palabras parecen escritas ayer mismo, tanto sobre la primera como sobre la segunda Duma[202]. Y eso que la advertencia de los "devaneos constitucionales" que él hizo para el pueblo implica justamente "el alma viva" de la táctica del boicot, tan detestable para los liberales y los oportunistas...

He aquí la carta de Marx del 5 de noviembre de l880. Se alboroza del éxito que *El Capital* tiene en Rusia y se pone de parte de los adeptos de Libertad del Pueblo y en contra del grupo Reparto Negro[203], recién formado a la sazón. Marx captó con tino los elementos ácratas de las ideas de los populistas de Reparto Negro y, sin conocer ni tener la posibilidad de conocer entonces la futura evolución de éstos hacia la socialdemocracia, los ataca con toda la fuerza de su sarcasmo flagelador:

"Estos señores son contrarios a toda acción política revolucionaria. A juicio de ellos, Rusia debe dar un salto al milenio anarco-comunista-ateísta. Mientras tanto, preparan este salto con el más tedioso doctrinarismo. Han tomado los llamados principios de sus doctrinas del difunto Bakunin".

De ahí puede inferirse el valor que, para la Rusia

de 1905 y los años ulteriores, habría concedido Marx a la trascendencia de las "acciones políticas revolucionarias" de *la socialdemocracia*[*].

He aquí una carta de Engels, fechada el 6 de abril de 1887: "En cambio, parece que la crisis es inminente en Rusia. Los últimos atentados han provocado un gran desconcierto..." y en la carta del 9 de abril de 1887 vuelve a lo mismo. "el ejército está lleno de oficiales descontentos que conspiran" (Engels se hallaba entonces impresionado por la lucha revolucionaria de los adeptos de Libertad del Pueblo y cifraba esperanzas en los oficiales, sin poder ver aún el espíritu revolucionario de los soldados y marinos rusos que se dio a conocer con tanto esplendor dieciocho años más tarde...). "...No creo que el estado actual de cosas perdure ni siquiera un año. Y cuando en Rusia estalle la revolución ("*losgeht*"), entonces ¡hurra!"

La carta de 23 de abril de 1887 dice: "En Alemania se suceden las persecuciones (de los socialistas). Dijérase que Bismarck quiere prepararlo todo para que, en el momento que la revolución estalle en Rusia, y eso es cuestión de meses, Alemania pueda seguir al punto su ejemplo" ("*losgeschlagen werden*").

Los meses se hicieron larguísimos. Sin duda alguna habrá filisteos que, frunciendo la frente y torciendo el gesto, condenaran con rigor el "revolucionarismo" de Engels o se reirán condescendientes de las viejas utopías del viejo emigrado revolucionario.

Sí, Marx y Engels se equivocaron mucho y a menudo en cuanto a la proximidad de la revolución, en cuanto a las esperanzas cifradas en la victoria de la revolución (por ejemplo, en 1848 en Alemania) y en cuanto a la creencia de que la "república" alemana estaba próxima ("morir por la república", escribía Engels sobre aquella época, recordando su estado de ánimo como participante en la campaña militar a favor de la Constitución imperial en 1848-1849[205]). También se equivocaron en 1871, cuando se empeñaron en la empresa de "alzar el sur de Francia, para lo cual (Becker escribe en primera persona de plural, refiriéndose a sí mismo y a sus amigos más cercanos, en la carta núm. 14 del 21 de julio de 1871) sacrificaban y arriesgaban todo lo que les era humanamente posible..." y en la misma carta: "Si en los meses de marzo y abril hubiéramos tenido más dinero, habríamos podido levantar todo el sur de Francia y salvar la Comuna de París". Pero *semejantes* errores de los gigantes del pensamiento revolucionario que trataban de elevar y supieron elevar al proletariado del mundo entero por encima de las tareas pequeñas, habituales, de tres al cuarto, son mil veces más nobles, más majestuosos, *más valiosos y próximos a la verdad en el plano histórico* que la impúdica sapiencia del liberalismo oficial que canta, pregona, invoca y proclama la vanidad de las vanidades revolucionarias, la inutilidad de la lucha revolucionaria y el encanto de los delirios "constitucionales" contrarrevolucionarios...

Con sus acciones revolucionarias llenas de errores, la clase obrera rusa conquistará su libertad e impulsará a Europa; y que los desaprensivos sigan envaneciéndose de la infalibilidad de su inacción revolucionaria.

*6 de abril de 1907. Publicado en 1907 en el libro editado por P. Daug en San Petersburgo.*

*T. 15, págs. 229-249*

---

[*] A propósito sea dicho. Si no me falla la memoria, entre 1900 y 1903 me contó, no sé si Plejanov o Vera Zasúlich, que existía una carta de Engels a Pléjanov sobre *Nuestras discrepancias* y sobre el carácter de la revolución inminente en Rusia. Sería interesante saber con exactitud si ha existido tal carta, si se ha conservado y si no es hora ya de publicarla[204].

## A PROPÓSITO DE LA REVOLUCIÓN DE TODA LA NACIÓN.

En cierto sentido, sólo una revolución de toda la nación puede ser victoriosa. Esto es cierto en el sentido de que, para el triunfo de una revolución, es necesario unir a la inmensa mayoría de la población en la lucha por las reivindicaciones de esa revolución. Esta inmensa mayoría debe estar integrada por una clase o por las distintas clases que tengan algunos objetivos comunes. En cuanto a la actual revolución rusa, también es cierto, por supuesto, que sólo puede vencer como revolución de toda la nación *en el sentido* de que, para su triunfo, es preciso que la inmensa mayoría de la población participe conscientemente en la lucha.

Y a eso queda reducida la certeza convencional de la expresión en boga revolución "de toda la nación". De este concepto no se puede sacar ninguna conclusión más, excepto la mencionada que, en realidad, es una perogrullada (sólo una inmensa mayoría puede vencer a la minoría organizada y dominante). En consecuencia, resulta profundamente erróneo y antimarxista aplicar este concepto como fórmula general, como esquema, como criterio táctico. El concepto de "revolución de toda la nación" debe indicar a un marxista la necesidad de analizar con precisión los diferentes intereses de *las diferentes* clases, que coinciden en ciertos objetivos comunes, concretos y limitados. En ningún caso debe servir para velar u ocultar el estudio de la lucha de clases en la marcha de la revolución, sea cual fuere. Semejante empleo del concepto "revolución de toda la nación" sería renunciar totalmente al marxismo y retornar a la fraseología vulgar de los demócratas pequeñoburgueses o de los socialistas pequeñoburgueses.

Nuestros socialdemócratas del ala derecha olvidan con frecuencia esta verdad. Olvidan con mayor frecuencia aún que *con el progreso de la revolución se modifica en ella la correlación de las clases*. Todo verdadero progreso de la revolución significa incorporar al movimiento mayores masas y, por lo tanto, mayor conciencia de los intereses de clase, mayor definición de los agrupamientos políticos, de los partidos, y un trazo más claro de la fisonomía de clase de los diferentes partidos; significa, por tanto, una sustitución creciente de las reivindicaciones políticas y económicas generales, abstractas, poco claras y vagas en su abstracción, con *las diferentes* reivindicaciones concretas y definidas con precisión de las distintas clases.

La revolución burguesa rusa, por ejemplo, lo mismo que toda revolución burguesa, comienza inevitablemente con las consignas generales de "libertad política" e "intereses del pueblo", pero el significado concreto de estas consignas va quedando claro para las masas y clases sólo en el curso de la lucha y sólo en la medida en que se emprende la plasmación práctica de esa "libertad", en que se pone un contenido *concreto* en una palabra tan vacía como "democracia". En vísperas y a comienzos de la revolución burguesa todos actúan en nombre de la democracia: el proletariado, los campesinos sumados a los elementos pequeñoburgueses de las ciudades y los burgueses liberales de consuno con los terratenientes liberales. Sólo en el curso de la lucha de las clases, sólo durante el desarrollo histórico más o menos prolongado de la revolución se descubre la diferente interpretación que las distintas clases dan a esa "democracia". Es más, se descubre el profundo abismo que media entre los intereses de las distintas clases, las cuales exigen *diferentes* medidas económicas y políticas en nombre de una misma y única "democracia".

Sólo en el curso de la lucha, sólo en el proceso de desarrollo de la revolución se aclara que una clase o sector "democrático" no quiere o no puede ir tan lejos como otro; que, al cumplirse las tareas "comunes" (supuestamente comunes), se producen enconados choques en torno al modo de cumplirlas; por ejemplo, a propósito del grado, extensión y plenitud de la libertad o del poder del pueblo, de la forma de entrega de la tierra a los campesinos, etc.

Nos hemos visto forzados a recordar todas estas verdades olvidadas para aclarar al lector la reciente controversia abierta entre dos periódicos. He aquí lo que uno de ellos, *Naródnaya Gazeta*, escribía contra el otro, *Nashe Ejo*[206]:

> "El agrupamiento de la población en partidos -escribe *Nashe Ejo*-, esta importantísima enseñanza política y adquisición política primordial de la revolución durante las elecciones a la II Duma, ha evidenciado de manera fehaciente con hechos de escala nacional este viraje a la derecha de vastos sectores de terratenientes y burguesía". Esta es una gran verdad; pero el estado de ánimo y los poderes que los diputados "izquierdistas" -eseristas, trudoviques y enesistas[207]- traían de provincias también "han mostrado con evidencia a escala nacional" que "el pueblo", en los momentos actuales, está imbuido en no poca medida de las "ilusiones constitucionales" de los demócratas constitucionalistas, que "el pueblo" cifra

excesivas esperanzas en que la Duma se valdrá por sí sola, que "el pueblo" se preocupa demasiado por la "conservación" de la Duma. Los que escriben en el periódico *Nashe Ejo* no han visto lo principal. Han visto a quién ha enviado el pueblo a la Duma, pero no para qué los ha enviado. Pero, en este caso, ¿admitiría *Nashe Ejo* que, al invitar al proletariado a que se desentienda de las tareas de "toda la nación", lo invita a que se aísle no sólo de la "sociedad" burguesa, sino también del "pueblo" pequeñoburgués?"

En una parrafada instructiva y notable en sumo grado que revela tres grandes errores del oportunismo: primero, al resultado de las elecciones se contrapone el estado de ánimo de los diputados; eso significa sustituir el ánimo del pueblo con el ánimo de los diputados, abandonar lo más profundo, amplio y primordial para recurrir a lo más somero, estrecho y derivado*. Segundo, se sustituye el factor firmeza y consecuencia de la política y la táctica del proletariado con la toma en consideración de tal o cual "estado de ánimo". Tercero -*y esto es lo principal*-, en nombre del vulgar fetiche democrático de "revolución de toda la nación" se quiere intimidar al proletariado, diciéndole que se va a "aislar" del "pueblo pequeñoburgués".

Examinemos con la mayor brevedad posible los dos primeros errores. Las elecciones importaban a las masas y patentizaron, a la par que el estado de ánimo momentáneo de éstas, *sus profundos intereses*. En modo alguno era de marxistas volver la espalda a los intereses de clase (reflejados en el agrupamiento de los partidos durante las elecciones) para recurrir a un estado de ánimo momentáneo. El ánimo de los diputados puede estar decaído, pero los intereses económicos de las masas pueden provocar una lucha de masas. Por eso puede ser necesario tener en cuenta el "estado de ánimo" para determinar *el momento* propicio de tal o cual acción, paso, llamamiento, etc.; mas en modo alguno para determinar *la táctica* del proletariado. Razonar de otro modo equivale a sustituir la táctica proletaria consecuente con la supeditación, disconforme de todo principio, a los "estados de ánimo". Y en esas circunstancias se trataba precisamente del *rumbo táctico* y no del "momento". Que el proletariado se haya recobrado ahora o no (como cree *Naródnaya Gazeta*), importa para deducir *"el momento" de acción*, pero no para fijar *el rumbo táctico de acción* de la clase obrera.

El tercer error es el más profundo e importante: el temor de "aislar" a los socialdemócratas, o al proletariado (que es lo mismo), del pueblo pequeñoburgués. Ese sí que es un temor de lo más indecoroso.

Puesto que los eseristas, los trudoviques y los enesistas siguen realmente los pasos a los demócratas constitucionalistas -cosa que ocurre y ha ocurrido con mucha frecuencia, empezando por la votación a favor de Golovín y siguiendo con la famosa táctica del silencio sepulcral, etc.-, la socialdemocracia *se ve obligada* a aislarse del pueblo pequeñoburgués. Una de dos: o las vacilaciones del pueblo pequeñoburgués ponen al desnudo la naturaleza vacilante en general de los pequeños burgueses y el penoso y difícil desarrollo de la revolución, sin implicar por ello que ésta toque a su fin ni que sus fuerzas estén agotadas (así pensamos nosotros), y en este caso, al aislarse de todas las vacilaciones e inconsecuencias del pueblo pequeñoburgués, el proletariado socialdemócrata *educa* a ese pueblo para la lucha, lo prepara para ella, desarrolla su conciencia, su decisión, su firmeza, etc., o las vacilaciones del pueblo pequeñoburgués implican el fin absoluto de la revolución burguesa actual (nosotros creemos que esta concepción es *errónea*, y ningún socialdemócrata la ha sostenido clara y abiertamente, aunque no cabe duda de que los socialdemócratas de extrema derecha se inclinan por ella). Entonces el proletariado socialdemócrata *también está obligado* a aislarse de las vacilaciones (o de la traición) de la pequeña burguesía para educar la conciencia de clase de las masas obreras y prepararlas para la participación más regular, más firme y enérgica en la revolución siguiente.

En ambos casos, en todos los casos, el proletariado socialdemócrata tiene la obligación incuestionable de aislarse del pueblo pequeñoburgués, *imbuido de ilusiones demócratas constitucionalistas*. En todos los casos debe aplicar la firme y consecuente política de una clase revolucionaria de verdad sin dejarse desconcertar por cuentos reaccionarios o pequeñoburgueses de ningún género sobre las tareas de toda la nación en general o la revolución de toda la nación.

Puede ocurrir, si se da tal o cual combinación de fuerzas y circunstancias adversas, que una gran mayoría de los sectores burgueses y pequeñoburgueses se contamine por algún tiempo de servilismo, adulación rastrera o miedo. Esto sería cobardía "de toda la nación", y el proletariado socialdemócrata se aísla de ella en aras de los intereses de todo el movimiento obrero.

*Publicado el 2 de mayo de 1907 en el núm. 16 de "Proletari".*
*T. 15, págs. 276-280.*

* En cuanto a los "poderes", rechazamos de plano este argumento, ¿Quién lleva la cuenta de los poderes y preceptos revolucionarios y oportunistas? ¿Quién ignora la de periódicos que han sido clausurados por publicar preceptos revolucionarios?

# EL CONGRESO SOCIALISTA INTERNACIONAL DE STUTTGART[208].

El congreso recién clausurado en Stuttgart ha sido el duodécimo de la Internacional proletaria. Los cinco primeros datan de la época de la Primera Internacional (1866-1872), que dirigió Marx, procurando, según la atinada expresión de Bebel, formar desde arriba la unidad internacional del proletariado en lucha. Este intento no podía llevar a feliz término mientras no se cohesionaran y robustecieran los partidos socialistas nacionales; pero la actividad de la Primera Internacional prestó grandes servicios al movimiento obrero de todos los países y ha dejado huellas indelebles.

La Segunda Internacional empezó en el Congreso Socialista Internacional de París en 1889. En los siguientes congresos, celebrados en Bruselas (1891), Zúrich (1893), Londres (1896), París (1900) y Ámsterdam (1904), esta nueva Internacional apoyada en vigorosos partidos nacionales se afianzó definitivamente. Al de Stuttgart han asistido 884 delegados de 25 pueblos de Europa, Asia (el Japón y parte de la India), América, Australia y África (un delegado de Sudáfrica).

El gran alcance del Congreso Socialista Internacional de Stuttgart estriba precisamente en que ha implicado un fortalecimiento definitivo de la Segunda Internacional y la transformación de los congresos internacionales en asambleas prácticas que ejercen la mayor influencia en el carácter y orientación de la actividad socialista en todo el orbe. Formalmente, los acuerdos de los congresos internacionales no son obligatorios para cada país por separado; mas su importancia moral es tanta que, el no cumplirlos de hecho, es una excepción acaso más rara que el incumplimiento por algunos partidos de los acuerdos de sus propios congresos. El Congreso de Ámsterdam consiguió unir a los socialistas franceses, y su resolución contra el ministerialismo expresó realmente la voluntad del proletariado consciente de todo el mundo, determinando la política de los partidos obreros.

El Congreso de Stuttgart ha dado un gran paso adelante en la misma dirección y ha sido, con respecto a varias cuestiones importantes, la instancia suprema para determinar la línea política del socialismo. Ha definido esta línea política con más firmeza aún que el de Ámsterdam en el sentido de la socialdemocracia revolucionaria contra el oportunismo. *Die Gleichheit*[209], órgano de las trabajadoras socialdemócratas alemanas, redactado por Clara Zetkin, escribe con razón a este respecto: "Las distintas desviaciones de algunos partidos socialistas hacia el oportunismo en todas las cuestiones fueron corregidas en el sentido revolucionario gracias a la colaboración de los socialistas de todos los países".

Por cierto, un fenómeno digno de señalar y deplorar ha sido que la socialdemocracia alemana, siempre defensora hasta aquí del punto de vista revolucionario en el marxismo, se ha mostrado inestable o ha ocupado una posición oportunista. El Congreso de Stuttgart ha confirmado una profunda observación que Engels hiciera del movimiento obrero alemán. El 29 de abril de 1886 escribió a Sorge, veterano de la Primera Internacional: "En general, está bien que a los alemanes, sobre todo después de haber mandado al Reichstag a un número tan considerable de filisteos (lo que era, no obstante, inevitable), se les dispute el papel de dirigentes del movimiento socialista internacional. En períodos de calma todo se vuelve filisteo en Alemania, y en tales momentos es absolutamente indispensable el aguijón de la competencia francesa, de la que no habrá falta".

En Stuttgart no ha faltado el aguijón de la competencia francesa, y este aguijón ha sido muy necesario, pues los alemanes han mostrado mucho filisteísmo. Los socialdemócratas rusos deben tenerlo muy presente, pues nuestros liberales (y no sólo los liberales) hacen los imposibles por presentar como un modelo digno de imitación precisamente los aspectos menos esplendorosos de la socialdemocracia alemana. Los adalides del pensamiento más insignes y reflexivos de los socialdemócratas alemanes han señalado esta circunstancia y, tras desprenderse de toda falsa sensación de bochorno, la han señalado resueltamente como una advertencia. "En Ámsterdam -se dice en el órgano de Clara Zetkin- el tema revolucionario principal de todos los debates en el parlamento del proletariado mundial fue la resolución de Dresde; en el Congreso de Stuttgart han sido desagradables disonancias los discursos oportunistas de Vollmar, en la comisión de cuestiones de militarismo, de Päplow, en la comisión de problemas de emigración, y de David (y Bernstein asimismo, agregamos nosotros), en la comisión de problemas coloniales. Los representantes alemanes han sido esta vez, en la mayoría de las comisiones, y con relación a la mayoría de los problemas, los cabecillas del oportunismo". C. Kautsky escribe, enjuiciando el Congreso de Stuttgart: "Esta vez no se ha manifestado en nada el papel dirigente desempeñado realmente hasta hoy por la

socialdemocracia alemana en la Segunda Internacional".

Pasemos a examinar algunas cuestiones debatidas en el congreso. Sobre el problema de las colonias no se ha logrado vencer las discrepancias en la comisión respectiva. Ha resuelto la disputa entre oportunistas y revolucionarios el propio congreso, y la ha resuelto a favor de los revolucionarios por mayoría de 127 votos contra 108 y 10 abstenciones. A propósito, señalaremos aquí el grato fenómeno de que todos los socialistas de Rusia han votado unánimemente con espíritu revolucionario en todas las cuestiones (Rusia tiene 20 votos, 10 de los cuales se han concedido al POSDR, excluidos los polacos, 7 a los eseristas y 3 a los representantes de los sindicatos. Luego, Polonia cuenta con 10 votos, repartidos así: 4 los socialdemócratas polacos y 6, el PSP[210] y las zonas no rusas de Polonia. Finalmente, los dos representantes de Finlandia tienen 8 votos).

En torno a la cuestión colonial se formó en la comisión una mayoría oportunista, y en el proyecto de resolución apareció una frase monstruosa que versaba: "El congreso no condena en principio y para todos los tiempos toda política colonial, que puede desempeñar una función civilizadora en un régimen socialista". De hecho, esta tesis equivalía a una regresión directa a la política burguesa y a la concepción burguesa, que justifica las guerras y atrocidades colonialistas. Esto es una regresión hacia Roosevelt, dijo un delegado americano. Las tentativas de justificar esta regresión con las tareas de la "política colonial socialista" y de llevar a cabo reformas positivas en las colonias fueron desafortunadas hasta lo imposible. El socialismo jamás ha renunciado ni renuncia a defender que se hagan reformas en las colonias también, pero esto no tiene ni debe tener nada de común con el debilitamiento de nuestra posición de principios contra las conquistas, el sometimiento de otros pueblos, la violencia y el saqueo, que constituyen la "política colonial". El programa mínimo de todos los partidos socialistas se refiere a las metrópolis y a las colonias. El propio concepto de "política colonial socialista" es un embrollo sin pies ni cabeza. El congreso ha obrado muy bien al quitar de la resolución las susodichas palabras y sustituirlas por una condena más enérgica todavía de la política colonial que en resoluciones anteriores.

La resolución sobre la actitud de los partidos socialistas con respecto a los sindicatos tiene una importancia de singular magnitud para nosotros, los rusos. Esta cuestión se nos plantea a la orden del día. El Congreso de Estocolmo la resolvió a favor de los sindicatos *sin partido*, es decir, ratificó la posición de nuestros adeptos de *la neutralidad*, encabezados por Plejánov. El Congreso de Londres dio un paso hacia los sindicatos *partidistas*, *en contra* de la neutralidad. Como se sabe, la resolución de Londres despertó grandes discusiones y el descontento en una parte de los sindicatos y, sobre todo, en la prensa democrática burguesa.

En Stuttgart esta cuestión se ha planteado, en el fondo, así: ¿Neutralidad o aproximación, cada día más estrecha, de los sindicatos al partido? y el Congreso Socialista Internacional, como el lector puede convencerse por la resolución de dicho congreso, se ha pronunciado por que los sindicatos estén más próximos al partido. Ni siquiera se menciona en ella la neutralidad ni la no filiación de los sindicatos al partido. Kautsky, defensor en la socialdemocracia alemana del acercamiento de los sindicatos al partido, contra la neutralidad de Bebel, ha tenido por eso pleno derecho a proclamar en su informe sobre el Congreso de Stuttgart ante los obreros de Leipzig (*Vorwärts*[211], 1907, núm. 209, suplemento):

"La resolución del Congreso de Stuttgart dice todo lo que nos hace falta. *Pone fin para siempre a la neutralidad*". Clara Zetkin escribe: "En principio, nadie ha impugnado ya (en Stuttgart) la tendencia histórica fundamental de la lucha proletaria de clase: a coligar la lucha política con la económica, a agrupar unas y otras organizaciones lo más estrechamente posible en una fuerza única de la clase obrera socialista. Sólo el representante de los socialdemócratas rusos, camarada Plejánov" (ha debido decir: el representante de los mencheviques[212] que enviaron a Plejánov a la comisión como defensor de la "neutralidad"), "y la mayoría de la delegación francesa han intentado justificar con argumentos bastante desafortunados cierta restricción de este principio, remitiéndose a las particularidades de sus países. La inmensa mayoría del congreso se ha puesto al lado de la política resuelta de unidad de la socialdemocracia con los sindicatos..."

Es preciso señalar que el argumento de Plejánov, desafortunado según el acertado parecer de Zetkin, ha recorrido los periódicos legales rusos tal y como está expuesto a continuación. Plejánov ha argüido en la comisión del Congreso de Stuttgart que "en Rusia hay once partidos revolucionarios"; "¿con cuál de ellos deben unirse los sindicatos?" (citamos por el *Vorwärts*, núm. 196, 1. suplemento). Esta referencia de Plejánov no es cierta ni de hecho ni por principio. De hecho, en cada nacionalidad de Rusia luchan no más de dos partidos por la influencia en el proletariado socialista; los socialdemócratas y los eseristas, los socialdemócratas polacos y los adeptos del PSP, los socialdemócratas letones y los eseristas letones (la llamada Unión Socialdemócrata Letona), los socialdemócratas armenios y los dashnaktsutiunes[213] y así sucesivamente. La

delegación de Rusia en Stuttgart también se escindió en seguida en dos. El número de 11 partidos es totalmente arbitrario y confunde a los obreros. Y por principio, no lleva razón Plejánov, porque la lucha entre el socialismo proletario y el socialismo pequeñoburgués en Rusia es inevitable en todas partes, incluidos los sindicatos. A los ingleses, por ejemplo, no se les ha ocurrido sublevarse contra la resolución, pese a que en su país también hay dos partidos socialistas en pugna, el socialdemócrata (SDF[214]) y los "independientes" (ILP[215]).

En el ejemplo de Alemania se ve con particular claridad que la idea de la neutralidad de los sindicatos, rechazada en Stuttgart, ha inferido ya mucho daño al movimiento obrero. En Alemania es donde más propaganda se ha hecho de la neutralidad y donde más se ha llevado ésta a la práctica. El resultado ha sido una desviación tan patente de los sindicatos alemanes hacia el oportunismo que la ha reconocido abiertamente hasta Kautsky, tan prudente en esta cuestión. En su informe a los obreros de Leipzig dice sin ambages que el "conservadurismo" revelado por la delegación alemana en Stuttgart "se llega a comprender si se fija uno en la composición de esta delegación. La mitad eran representantes de los sindicatos, de suerte que el "ala derecha" de nuestro partido se ha visto con más fuerzas de las que tiene realmente en el partido".

La resolución del Congreso de Stuttgart debe acelerar, sin duda, la ruptura enérgica de la socialdemocracia rusa con la idea de la neutralidad, tan dilecta de nuestros liberales. Debemos trabajar permanentemente en los sindicatos, observando la prudencia necesaria y avanzando todo lo poco a poco que sea preciso, sin dar pasos bruscos ni torpes, en el espíritu de aproximar los sindicatos más al partido socialdemócrata.

Luego, en el problema de emigración e inmigración, planteado en la comisión respectiva del Congreso de Stuttgart, ha surgido una discrepancia muy definida entre oportunistas y revolucionarios. Los primeros estaban obsesos con la idea de *restringir* el derecho de desplazamiento de los obreros atrasados, poco desarrollados, sobre todo japoneses y chinos. En ellos podía más el espíritu gremial cerrado, estrecho y de exclusivismo tradeunionista que el conocimiento de las tareas socialistas: instruir y organizar a las capas proletarias no incorporadas todavía al movimiento obrero. El congreso ha rechazado todas las tentativas hechas en este sentido. Hasta en la comisión han sonado muy solas las voces emitidas en pro de restringir la libertad de desplazamiento, y la resolución del Congreso Internacional rebosa de reconocimiento de la lucha de clase solidaria de los obreros de todos los países.

La resolución sobre el derecho femenino al sufragio ha sido también aprobada por unanimidad. Sólo una inglesa de la semiburguesa Sociedad Fabiana[216] ha sostenido que es admisible la lucha por un sufragio femenino restringido, a favor de las pudientes, y no de todas las mujeres. El congreso lo ha rechazado rotundamente y se ha pronunciado en pro de que las obreras luchen por el sufragio femenino al lado de los partidos de clase del proletariado y no de las adictas burguesas de la igualdad de derechos de la mujer. El congreso ha reconocido que en la campaña por el sufragio femenino es necesario defender plenamente los principios del socialismo y la igualdad de derechos entre el hombre y la mujer, sin desvirtuar estos principios por razón alguna de conveniencia.

Sobre este punto ha surgido una interesante disparidad de opiniones en la comisión. Los austriacos (Víctor Adler y Adelheid Popp) han justificado su táctica en la lucha por el sufragio universal masculino: en aras de la conquista de este derecho estimaban conveniente no sacar al primer plano de la agitación la reivindicación de derechos electorales también para la mujer. Los socialdemócratas alemanes, sobre todo Zetkin, protestaron ya contra esto cuando los austriacos desplegaron su campaña por el sufragio universal. Zetkin declaró en la prensa que en modo alguno se debía posponer la reivindicación del sufragio femenino; que los austriacos sacrificaban de modo oportunista los principios por consideraciones de conveniencia y que, lejos de debilitar el alcance de la agitación y el empuje del movimiento popular, lo vigorizarían si defendían también con la misma energía el derecho electoral femenino. Zitz, otra destacada socialdemócrata alemana, se ha adherido plenamente a Zetkin en la comisión. La enmienda de Adler, que justificaba indirectamente la táctica austriaca (en esta enmienda sólo se dice que no haya intermitencias en la lucha por el sufragio realmente para todos los ciudadanos y no que la lucha por el sufragio gire siempre en torno a la reivindicación de la igualdad de derechos para el hombre y la mujer), ha sido *rechazada* por doce votos contra nueve. Como mejor se puede expresar el punto de vista de la comisión y del congreso es con las siguientes palabras de la mencionada Zitz, tomadas de su discurso pronunciado en la Conferencia Internacional de Mujeres Socialistas (esta conferencia se ha celebrado en Stuttgart al mismo tiempo que el congreso): "Tenemos que exigir por principio todo lo que consideramos justo –dice Zitz-, y sólo cuando las fuerzas para la lucha son insuficientes aceptamos lo que podemos conseguir. Esta ha sido siempre la táctica de la socialdemocracia. Cuanto más modestas sean nuestras reivindicaciones, tanto más modestas serán también las concesiones del gobierno..." Por esta

discusión entre las socialdemócratas austríacas y alemanas podrá ver el lector cuán severa es la actitud de los mejores marxistas ante las menores desviaciones de una táctica revolucionaria consecuente de principios.

El último día del congreso ha estado dedicado a la cuestión del militarismo, la que más interesaba a todos. El tristemente famoso Hervé ha defendido un punto de vista inconsistente en grado sumo al no haber sabido ligar las guerras con el sistema capitalista en general y la agitación antiinilitarista con toda la labor del socialismo. El proyecto de Hervé de "responder" a cualquier guerra con la huelga y la insurrección ha revelado una incomprensión completa de que el empleo de uno u otro medio de lucha no depende de la decisión previa de los revolucionarios, sino de las condiciones objetivas de la crisis, tanto económica como política, que provoque la guerra.

Pero si Hervé ha mostrado, indudablemente, ligereza, superficialidad y apego a las frases rimbombantes, habría sido una miopía suprema contraponerle nada más una exposición dogmática de verdades generales del socialismo. En este error (del que no han estado totalmente exentos Bebel y Guesde) ha incurrido Vollmar, sobre todo. Le ha hecho a Hervé una crítica arrolladora con la inusitada autosuficiencia de quien está seducido por el parlamentarismo estereotipado, sin advertir que su propia estrechez y rigidez oportunistas *obligan* a reconocer un hilo de vida en el herveísmo, *a pesar* de lo absurdo y disparatado, desde el punto de vista teórico, del planteamiento de la cuestión por el propio Hervé. Suele acontecer, por cierto, que disparates teóricos encubran cierta verdad práctica cuando en el movimiento se opera un nuevo viraje. Y este aspecto de la cuestión, consistente en exhortar a que se aprecien no sólo los métodos parlamentarios de lucha, en exhortar a que se obre según sean las condiciones que se den en la guerra futura y en las crisis futuras, lo han subrayado los socialdemócratas revolucionarios, especialmente Rosa Luxemburgo en su discurso. Rosa Luxemburgo ha propuesto con los delegados socialdemócratas rusos (Lenin y Mártov; los dos se han solidarizado con esto) varias enmiendas a la resolución de Bebel, enmiendas en las que se ha recalcado la necesidad de desplegar agitación entre la juventud, la necesidad de aprovechar la crisis provocada por la guerra para acelerar la caída de la burguesía, la necesidad de tener presente que variarían ineludiblemente los métodos y medios de combate a medida que se acentuase la lucha de clases y cambiase la situación política. De la resolución de Bebel, dogmática y unilateral, muerta, que admitía la interpretación dada por Vollmar, ha resultado, pues, en fin de cuentas, otra completamente distinta. En ella se repiten todas las verdades teóricas para instrucción de los herveístas, capaces de olvidarse del socialismo en aras del antimilitarismo. Mas estas verdades no son un preámbulo para justificar el cretinismo parlamentario, ni para bendecir los medios de lucha pacíficos nada más, ni para que se adore la situación dada, relativamente pacífica y tranquila, sino para que se reconozcan todos los medios de lucha, para que se tenga en cuenta la experiencia de la revolución de Rusia, para que se despliegue el aspecto eficaz y creador del movimiento.

El órgano de Zetkin, que ya hemos mencionado varias veces, recoge con perfecta exactitud este rasgo precisamente, el más destacado e importante de la resolución del congreso sobre el antimilitarismo. "En esta resolución -dice Zetkin de la relativa al antimilitarismo- ha triunfado también a fin de cuentas la energía revolucionaria (*Tatkrajt*) y la valiente fe de la clase obrera en su capacidad de lucha; ha vencido al evangelio pesimista de la impotencia y al afán rutinario de limitarse a los viejos procedimientos de lucha, exclusivamente parlamentarios, por un lado, y al simplón deporte antimilitarista, de los semianarquistas franceses del tipo de Hervé, por otro. La resolución, aprobada en última instancia por unanimidad, tanto en la comisión como por los casi novecientos delegados de todos los países, expresa con enérgicas palabras el ascenso gigantesco experimentado por el movimiento obrero revolucionario desde el último Congreso Internacional; destaca como principio de la táctica proletaria su flexibilidad, su capacidad para desarrollarse, su *acentuación* (*Zuspitzung*) en la medida que maduran las condiciones para ello".

El herveísmo ha sido rebatido, mas no a favor del oportunismo ni desde el punto de vista del dogmatismo y de la pasividad. El proletariado internacional ha reconocido plenamente la aspiración viva a métodos de lucha más resueltos y nuevos cada vez y la ha vinculado con todo el exacerbamiento de las contradicciones económicas, con todas las condiciones de las crisis que origina el capitalismo.

El alcance de la resolución del Congreso Socialista Internacional de Stuttgart sobre el militarismo estriba en que expresa no una vacua amenaza herveísta, sino una clara conciencia de que la revolución social es inevitable, una decisión firme de luchar hasta el fin, una disposición a recurrir a los medios de lucha más revolucionarios.

El ejército proletario se robustece en todos los países. Su conciencia, su cohesión y su decisión aumentan rápidamente. Y el capitalismo se encarga, con buenos resultados, de hacer más frecuentes las crisis que este ejército aprovechará para dar al traste con él.

*Escrito en septiembre de 1907. Publicado en*

*octubre de 1907 en "El calendario de 1908 para todos".*

*T. 16, págs. 79-89.*

## LA PROPAGANDA ANTIMILITARISTA Y LAS ORGANIZACIONES DE LA JUVENTUD SOCIALISTA OBRERA.

Como se sabe, en el Congreso Socialista Internacional de Stuttgart se ha discutido el problema del militarismo y, en relación con él, la cuestión de la propaganda antimilitarista. En la resolución aprobada con este motivo se dice, entre otras cosas, que el congreso considera una obligación de las clases trabajadoras "contribuir a que la juventud obrera se eduque en el espíritu de la fraternidad de los pueblos y del socialismo y tenga conciencia de clase". El congreso ve en ello una garantía de que el ejército deje de ser un instrumento ciego en manos de las clases gobernantes, las cuales disponen de él a su antojo y pueden lanzarlo contra el pueblo en cualquier momento.

Hacer propaganda entre los soldados en servicio activo es dificilísimo y, a veces, casi imposible. La vida cuartelera, la estrecha vigilancia y los escasos permisos dificultan en extremo la comunicación con el mundo exterior; la disciplina militar y el absurdo amaestramiento a cumplir como autómatas las voces de mando atemorizan a los soldados; los jefes militares no escatiman esfuerzos para extirpar de los "brutos ignorantes" todo pensamiento vivo, todo sentimiento humano e inculcarle obediencia ciega, odio absurdo y atroz a los enemigos "exteriores" e "interiores"... Ganarse la confianza del soldado arrancado del medio habitual, que está solo y atemorizado, que no sabe nada y tiene metidas en la cabeza las ideas más monstruosas de todo lo que le rodea es mucho más difícil que ganarse la de los jóvenes en edad de reemplazo, que viven en familia, tienen amigos y están estrechamente ligados con ellos por una comunidad de intereses. La propaganda antimilitarista entre la juventud obrera da en todas partes resultados magníficos. Y eso es de una importancia inmensa. El obrero que se incorpora a filas convertido en un socialdemócrata consciente es mal puntal para los poderosos.

En todos los países europeos existen organizaciones de la juventud socialista obrera. En algunos, como Bélgica, Austria y Suecia, son grandes agrupaciones que realizan una importante labor de partido. Naturalmente, el fin principal de las organizaciones juveniles es la autodidaxia, la adquisición de una concepción socialista del mundo clara y sin deformar. Mas, a la vez, realizan también una labor práctica. Luchan por mejorar la situación de los aprendices y procuran defenderlos de la desmedida explotación por los patronos. Las organizaciones de la juventud socialista obrera aún dedican más tiempo y atención a la propaganda antimilitarista.

Tratan, para ello, de entablar estrechos vínculos con los jóvenes soldados. Y lo consiguen del modo siguiente. Mientras el joven obrero no ha sido llamado a filas, es miembro de la organización y paga sus cuotas. Cuando sienta plaza, la organización sigue manteniendo con él contacto permanente, le envía periódicamente una pequeña ayuda en metálico ("el sou del soldado", como la denominan en Francia), que, por pequeña que sea, tiene para él una importancia sustancial. Por su parte, él se compromete a informar con regularidad a la organización de cuanto se hace en el cuartel, a comunicarle por escrito sus impresiones. De este modo, aun haciendo el servicio, el soldado no pierde el contacto con la organización a que pertenecía.

Las autoridades procuran siempre enviar al soldado a sentar plaza lo más lejos posible del lugar en que viva, a fin de que no esté ligado con la población local por ningún interés, a fin de que se sienta ajeno a ella. Entonces es más fácil obligarle a que obedezca la orden de disparar contra la multitud. Las organizaciones de la juventud obrera se esfuerzan por impedir este aislamiento del soldado respecto de la población local. Las organizaciones juveniles están relacionadas entre ellas. Al aparecer en una nueva ciudad el soldado que pertenecía a la agrupación juvenil de su lugar de residencia es recibido como un huésped grato por la organización correspondiente, la cual lo pone en el acto al corriente de los intereses locales y le ayuda en la medida de sus posibilidades. El soldado deja de ser un extraño, un forastero. Sabe también que si le ocurre algo, tendrá ayuda y apoyo. El saberlo le infunde valentía, y él se mueve con más atrevimiento en el cuartel y defiende con más audacia sus derechos y su dignidad humana.

Los estrechos vínculos de las organizaciones juveniles con los jóvenes soldados permiten a aquéllas desplegar entre éstos una vasta propaganda antimilitarista. Esto se logra en lo fundamental mediante las publicaciones antimilitaristas que dichas organizaciones editan y difunden en gran cantidad, sobre todo en Francia y Bélgica, y también en Suiza, Suecia, etc. El contenido de estas publicaciones es de lo más diverso: postales con dibujos antimilitaristas, coplas soldadescas de carácter antimilitarista (muchas de las cuales son

muy populares entre los soldados), el "catecismo del soldado" (en Francia se han distribuido más de 100.000 ejemplares), folletos, proclamas y hojas de todo género; periódicos y revistas semanales, quincenales y mensuales para los soldados, algunos de ellos ilustrados. Han alcanzado gran difusión publicaciones como *El Cuartel*, *El Recluta*, *El Joven Soldado*, *Pioupiou* (apodo cariñoso del bisoño) y *Adelante*. En Bélgica, por ejemplo, los periódicos *El Cuartel* y *El Recluta* tienen una tirada de 60.000 ejemplares cada uno. Aparecen muchas revistas, sobre todo, durante las levas. Se envían a domicilio a todos los reclutas números especiales de los periódicos del soldado. Las publicaciones antimilitaristas les llegan a los soldados en los cuarteles, éstos las reciben en la calle, las encuentran en los cafés, en las tabernas, en todos los lugares que frecuentan.

Se dedica una atención especial a los reclutas, a los que se organizan despedidas solemnes. Durante los apellidamientos hay cabalgatas en las ciudades. En Austria, por ejemplo, los reclutas, vestidos de luto, cruzan de punta a punta las ciudades al compás de marchas fúnebres. Delante va una carroza guarnecida de rojo. En las paredes se fijan por doquier carteles colorados con el siguiente lema de grandes trazos: "¡Vosotros no dispararéis contra el pueblo!" En honor de los reclutas se celebran festines, en los que se pronuncian fogosos discursos antimilitaristas. En pocas palabras, se hace todo lo posible para despertar la conciencia del recluta, para preservarlo de la malsana influencia de las ideas y sentimientos que le imbuirán en el cuartel por todos los medios lícitos e ilícitos.

Y la labor de la juventud socialista da sus frutos. En Bélgica existen ya en el ejército cerca de quince organizaciones de soldados, adheridas en su mayoría al Partido Obrero Socialdemócrata y estrechamente vinculadas entre si. Hay regimientos en los que están organizadas dos terceras partes de los soldados. En Francia, el espíritu antimilitarista se ha hecho general. Durante las huelgas de Dunkerque, Creusot, Longwy y Monceau-les-Mines, los soldados enviados contra los huelguistas se solidarizaron con éstos...

En las filas del ejército crece sin cesar el número de socialdemócratas; las tropas son más inseguras cada día. ¿Al lado de quién se pondrán cuando la burguesía haya de verse las caras con la clase obrera organizada? La juventud socialista obrera pone toda la energía y todo el ardor juveniles para que las tropas se pongan al lado del pueblo.

*Publicado el 8 de octubre de 1907 en el núm. 16 de "Vperiod".*
*T. 16, págs. 114-117.*

## ENSEÑANZAS DE LA COMUNA[217].

Después del golpe de Estado que puso fin a la revolución de 1848, Francia cayó durante dieciocho años bajo el yugo del régimen napoleónico, que llevó al país no sólo a la ruina económica, sino también a una humillación nacional. Al sublevarse contra el viejo régimen, el proletariado asumió dos tareas, una nacional y la otra de clase: liberar a Francia de la invasión alemana y liberar del capitalismo a los obreros mediante el socialismo. Esta combinación de las dos tareas constituye el rasgo más peculiar de la Comuna.

La burguesía formó entonces el "gobierno de la defensa nacional", bajo cuya dirección tenía que luchar el proletariado por la independencia de toda la nación. Se trataba, en realidad, de un gobierno "de traición nacional", el cual consideraba que su misión consistía en luchar contra el proletariado parisiense. Pero el proletariado, cegado por las ilusiones patrióticas, no se daba cuenta de ello. La idea patriótica arrancaba de la Gran Revolución del siglo XVIII; esta idea se adueñó de las mentes de los socialistas de la Comuna; y Blanqui, por ejemplo, que era sin duda alguna un revolucionario y un ferviente partidario del socialismo, no halló para su periódico mejor título que el angustioso grito burgués: *"¡La patria en peligro!"*

La conjugación de estas tareas contradictorias -el patriotismo y el socialismo- constituyó el error fatal de los socialistas franceses. En el Manifiesto que la Internacional lanzó en septiembre de 1870, Marx puso ya en guardia al proletariado francés contra el peligro de dejarse llevar del entusiasmo por una falsa idea nacional[218]. Profundos cambios se habían operado desde los tiempos de la Gran Revolución; las contradicciones de clase se habían agudizado, y si entonces la lucha contra la reacción de toda Europa agrupaba a toda la nación revolucionaria, ahora el proletariado ya no podía unir sus intereses a los de las otras clases, que le eran hostiles; la burguesía debía cargar con la responsabilidad de la humillación nacional; la misión del proletariado era luchar por la emancipación socialista del trabajo sometido al yugo de la burguesía.

En efecto, no tardó en verse el trasfondo verdadero del "patriotismo" burgués. Después de concertar una paz vergonzosa con los prusianos, el gobierno de Versalles procedió a cumplir su tarea directa y la emprendió con el armamento -terrorífico para él- del proletariado parisiense. Los obreros respondieron proclamando la Comuna y declarando la guerra civil.

A pesar de que el proletariado socialista estaba dividido en numerosas sectas, la Comuna fue un ejemplo brillante de cómo el proletariado sabe cumplir unánime las tareas democráticas, que la burguesía sólo sabía proclamar. Sin ninguna legislación complicada, con toda sencillez, el proletariado, que había conquistado el poder, llevó a cabo la democratización del régimen social, suprimió la burocracia y estableció la elección de los funcionarios por el pueblo.

Pero dos errores malograron los frutos de la brillante victoria. El proletariado se detuvo a mitad de camino: en lugar de comenzar la "expropiación de los expropiadores", se puso a soñar con la entronización de la justicia suprema en un país unificado por una tarea común a toda la nación; no se apoderó de instituciones como, por ejemplo, el banco; las teorías de los proudhonistas[219] del "justo cambio", etc., dominaban aún entre los socialistas. El segundo error consistió en la excesiva magnanimidad del proletariado: en lugar de exterminar a sus enemigos, que era lo que debía haber hecho, trató de influir en la moral de ellos, menospreció la importancia que en la guerra civil tienen las acciones puramente militares y, en vez de coronar su victoria en París con una ofensiva resuelta sobre Versalles, se demoró y dio tiempo al gobierno versallés de reunir las fuerzas tenebrosas y preparase para la semana sangrienta de mayo.

Mas, pese a todos sus errores, la Comuna constituye un magno ejemplo del más importante movimiento proletario del siglo XIX. Marx concedió un gran valor al alcance histórico de la Comuna: si cuando la pandilla de Versalles emprendió la traicionera tentativa de apoderarse de las armas del proletariado parisiense, los obreros se las hubiesen dejado arrebatar sin lucha, la funesta desmoralización que semejante debilidad hubiera sembrado en las filas del movimiento proletario habría sido muchísimo más grave que el daño ocasionado por las pérdidas que sufrió la clase obrera en el combate por la defensa de sus armas[220]. Por grandes que hayan sido las pérdidas de la Comuna, la significación de ésta para la lucha general del proletariado las ha compensado: la Comuna puso en conmoción el movimiento socialista de Europa, mostró la fuerza de la guerra civil, disipó las ilusiones patrióticas y acabó con la fe ingenua en los anhelos nacionales de la burguesía. La Comuna enseñó al proletariado europeo a plantear en forma concreta las tareas de la revolución socialista.

El proletariado no olvidará la lección recibida. La clase obrera la aprovechará, como ya la aprovechó en Rusia durante la insurrección de diciembre.

La época que precedió a la revolución rusa y la preparó tiene cierta semejanza con la del yugo napoleónico en Francia. También en Rusia la camarilla autocrática llevó el país a los horrores de la ruina económica y de la humillación nacional. Pero la revolución no pudo estallar durante mucho tiempo, hasta que el desarrollo social creó las condiciones precisas para un movimiento de masas. Pese a todo su heroísmo, los ataques aislados al gobierno durante el período prerrevolucionario se estrellaban contra la indiferencia de las masas populares. Tan sólo la socialdemocracia, con un trabajo perseverante y metódico, logró educar a las masas hasta hacerlas llegar a las formas superiores de lucha: las acciones de masas y la guerra civil con las armas en la mano.

La socialdemocracia supo acabar con los errores "nacionales" y "patrióticos" del joven proletariado y, cuando se logró arrancar al zar el manifiesto del 17 de octubre[221], en lo que ella participó directamente, el proletariado comenzó a prepararse con energía para la siguiente e inevitable etapa de la revolución: la insurrección armada. Libre de las ilusiones "nacionales", fue concentrando sus fuerzas de clase en sus organizaciones de masas: los Soviets de diputados obreros y soldados, etc. Y pese a la gran diferencia que había entre los objetivos y las tareas de la revolución rusa y los de la francesa de 1871, el proletariado ruso hubo de recurrir al mismo método de lucha que la Comuna de París fue la primera en utilizar: la guerra civil. Teniendo presentes sus enseñanzas, sabía que el proletariado no debe desdeñar los medios pacíficos de lucha, que sirven a sus intereses corrientes de cada día y son indispensables en el período preparatorio de las revoluciones. Pero el proletariado jamás debe olvidar que, en determinadas condiciones, la lucha de clases adopta la forma de lucha armada y de guerra civil; hay momentos en que los intereses del proletariado exigen un exterminio implacable de los enemigos en combates al descubierto. El proletariado francés lo demostró por primera vez en la Comuna, y el proletariado ruso le dio una brillante confirmación en el alzamiento de diciembre.

No importa que estas dos magnas insurrecciones de la clase obrera fueran aplastadas. Vendrá una nueva insurrección ante la cual serán las fuerzas de los enemigos del proletariado las que flojeen. Esa insurrección dará la victoria completa al proletariado socialista.

*Publicado el 23 de marzo de 1908 en el núm. 2 de "Zagraníchnaya Gazeta"*

*T. 16, págs. 451-454.*

**MARXISMO Y REVISIONISMO.**

Un conocido aforismo dice que si los axiomas geométricos chocasen con los intereses de los hombres, seguramente habría quien los refutase. Las teorías de las ciencias naturales, que chocaban con los viejos prejuicios de la teología, provocaron y siguen provocando hasta hoy día la lucha más rabiosa. Nada tiene de extraño, pues, que la doctrina de Marx, puesta directamente al servicio de la educación y organización de la clase de vanguardia de la sociedad moderna, señale las tareas de esta clase y demuestre que es inevitable la sustitución -en virtud del desarrollo económico- del régimen actual por un nuevo orden de cosas; nada tiene de extraño que esta doctrina hubiera de conquistar en lucha cada paso dado en la senda de la vida.

Huelga hablar de la ciencia y la filosofía burguesas, enseñadas de un modo oficial por catedráticos oficiales para embrutecer a las nuevas generaciones de las clases pudientes y "amaestradas" contra los enemigos de fuera y de dentro. Esta ciencia no quiere ni oír mencionar el marxismo, al que declara refutado y destruido; contra Marx arremeten con igual celo tanto los hombres de ciencia jóvenes, que hacen carrera rebatiendo el socialismo, como los ancianos seniles, que guardan el legado de toda clase de "sistemas" caducos. Los avances del marxismo, la difusión y el arraigo de sus ideas entre la clase obrera provocan inevitablemente la reiteración y el enconamiento de esos ataques burgueses contra el marxismo, el cual sale más fortalecido, más templado, con más vida de cada una de sus "destrucciones" a manos de la ciencia oficial.

Mas tampoco entre las doctrinas vinculadas a la lucha de la clase obrera y difundidas sobre todo entre el proletariado ganó el marxismo de golpe, ni muchísimo menos, sus posiciones. Durante el primer medio siglo de su existencia (desde la década del 40 del siglo XIX), el marxismo impugnó las teorías que le eran profundamente hostiles. En la primera mitad de la década del 40, Marx y Engels saldaron cuentas con los jóvenes hegelianos radicales, que abrazaban el idealismo filosófico. A fines de esta década pasa a primer plano la lucha en el terreno de las doctrinas económicas, la lucha contra el proudhonismo[222]. Esta lucha culmina en la década del 50: crítica de los partidos y de las doctrinas que se habían dado a conocer en el turbulento año 1848. En la década del 60, la lucha se desplaza del campo de la teoría general a un terreno más cercano al movimiento obrero propiamente dicho: expulsión del bakuninismo de la Internacional[223]. A comienzos de la década del 70 descuella en Alemania, por breve tiempo, el proudhonista Mülberger; a fines de esta década, el positivista Dühring. Pero la influencia de uno y otro en el proletariado es ahora insignificante en extremo. El marxismo alcanza ya el triunfo absoluto sobre todas las demás ideologías del movimiento obrero.

Hacia la década del 90 del siglo pasado, este triunfo estaba ya consumado en sus rasgos fundamentales. Hasta en los países latinos, donde se mantenían más tiempo las tradiciones del proudhonismo, los partidos obreros estructuraron en la práctica sus programas y su táctica sobre bases marxistas. Al renovarse -en forma de congresos internacionales periódicos- la organización internacional del movimiento obrero, ésta se colocó al punto y casi sin lucha, en todo lo esencial, en el terreno del marxismo. Pero cuando el marxismo hubo desplazado a todas las doctrinas más o menos coherentes que le eran hostiles, las tendencias albergadas en ellas buscaron otros caminos. Cambiaron las formas y los motivos de la lucha, pero ésta continuó. Y el segundo medio siglo de existencia del marxismo (década del 90 del siglo pasado) comenzó por la lucha de una corriente antimarxista en el seno del propio marxismo.

Esta corriente debe su nombre al ex marxista ortodoxo Bernstein, que es quien más alborotó y ofreció la expresión más acabada de las enmiendas hechas a Marx, de la revisión de Marx, del revisionismo. Incluso en Rusia, donde el socialismo no marxista se mantuvo lógicamente el mayor tiempo la causa del atraso económico del país y del predominio de la población campesina, oprimida por los vestigios feudales, incluso en Rusia, este socialismo se convierte a ojos vistas en revisionismo. Y lo mismo en el problema agrario (programa de municipalización de toda la tierra) que en las cuestiones generales programáticas y tácticas, nuestros socialpopulistas sustituyen cada vez más con "enmiendas" a Marx los restos agonizantes y caducos del viejo sistema, coherente a su modo y profundamente hostil al marxismo.

El socialismo premarxista ha sido derrotado. Continúa la lucha, pero ya no en su propio terreno, sino en el terreno general del marxismo, a título de revisionismo. Veamos, pues, cuál es el contenido ideológico del revisionismo.

En el campo de la filosofía, el revisionismo iba a remolque de la "ciencia" académica burguesa. Los

catedráticos "retornaban a Kant", y el revisionismo seguía los pasos a los neokantianos; los catedráticos repetían, por milésima vez, las vulgaridades de los curas contra el materialismo filosófico, y los revisionistas, sonriendo con indulgencia, balbuceaban (repitiendo ce por be el último manual) que el materialismo había sido "refutado" hacía mucho tiempo. Los catedráticos trataban a Hegel de "perro muerto"[224] y, predicando ellos mismos el idealismo, sólo que mil veces más mezquino y trivial que el hegeliano, se encogían de hombros con desdén ante la dialéctica, y los revisionistas se metían tras ellos en la charca del envilecimiento filosófico de la ciencia, sustituyendo la "sutil" (y revolucionaria) dialéctica con la "simple" (y tranquila) "evolución". Los catedráticos se ganaban su sueldo del Estado acomodando sus sistemas, tanto los idealistas como los "críticos", a la "filosofía" medieval imperante (es decir, a la teología), y los revisionistas se acogían a ellos, esforzándose en hacer de la religión un "asunto privado", mas no con relación al Estado moderno, sino al partido de la clase de vanguardia.

Huelga decir cuál era la significación real clasista de semejantes "enmiendas" a Marx: la cosa es clara de por sí. Señalaremos solamente que Plejánov fue, dentro de la socialdemocracia internacional, el único marxista que hizo, desde el punto de vista del materialismo dialéctico consecuente, la crítica de aquellas increíbles vulgaridades expuestas por los revisionistas. Es tanto más necesario subrayarlo con energía que en nuestros días se hacen tentativas profundamente erróneas de dar por bueno el viejo y reaccionario fárrago filosófico so capa de criticar el oportunismo táctico de Plejánov[*].

Pasando a la economía política, debe señalarse, ante todo, que en esta esfera las "enmiendas" de los revisionistas eran muchísimo más variadas y minuciosas. Los revisionistas procuraban sugestionar al público con "nuevos datos del desarrollo económico". Decían que en la agricultura no se opera en absoluto la concentración y el desplazamiento de la pequeña producción por la grande, y que en el comercio y la industria transcurre con suma lentitud. Decían que las crisis son ahora menos frecuentes y graves y que era probable que los consorcios y los trusts diesen al capital la posibilidad de superarlas por completo. Decían que la "teoría de la bancarrota", hacia la cual marcha el capitalismo, carece de fundamento debido a la tendencia a suavizar y atenuar las contradicciones de las clases. Decían, por último, que no estaría de más enmendar también la teoría del valor de Marx conforme a Böhm-Bawerk.

La lucha contra los revisionistas en torno a estas cuestiones reavivó el pensamiento teórico del socialismo internacional con la misma fecundidad que veinte años antes había hecho la polémica de Engels con Dühring. Los argumentos de los revisionistas fueron analizados con hechos y cifras en la mano. Se demostró que los revisionistas embellecían constantemente la pequeña producción actual. La superioridad técnica y comercial de la gran *producción* sobre la pequeña no sólo en la industria, sino también en la agricultura, queda probada con datos irrefutables. Pero, en la agricultura, la producción mercantil está mucho menos desarrollada, y los estadísticos y economistas actuales no saben, por lo general, destacar las ramas (y, a veces, incluso las operaciones) especiales de la agricultura que expresan cómo ésta va siendo englobada progresivamente en *el intercambio* de la economía mundial. La pequeña producción se sostiene sobre las ruinas de la economía natural gracias al empeoramiento infinito de la alimentación, al hambre crónica, a la prolongación de la jornada de trabajo y al deterioro y peor cuidado del ganado; en suma, gracias a los mismos medios con que se sostuvo también la artesanía contra la manufactura capitalista. Cada paso adelante de la ciencia y de la técnica socava, inevitable e inexorablemente, los cimientos de la pequeña producción en la sociedad capitalista. Y la tarea de la economía política socialista consiste en investigar todas las formas de este proceso, no pocas veces complejas e intrincadas, y demostrar al pequeño productor que le será imposible sostenerse bajo el capitalismo, que la situación de las haciendas campesinas en el régimen capitalista es desesperada, y se precisa que el campesino adopte el punto de vista del proletariado. En el problema que tratamos, los revisionistas incurrieron en el pecado científico de hacer una síntesis superficial de algunos hechos entresacados unilateralmente, desvinculándolos de lodo el régimen del capitalismo, y en el pecado político de exhortar o impulsar inexorablemente al campesino, de un modo voluntario o involuntario, a adoptar el punto de vista del propietario (es decir, el punto de vista de la burguesía), en vez de impulsarle hacia el punto de vista del proletario revolucionario.

El revisionismo salió aún peor parado de la teoría de las crisis y de la teoría de la bancarrota. Sólo gentes de lo más miopes, y sólo durante un

[*] Véase el libro *Ensayos sobre la filosofía del marxismo*, de Bogdánov, Bazárov y otros. No es éste el lugar oportuno para analizarlo, y por el momento, he de limitarme a declarar que no tardaré mucho en demostrar en una serie de artículos, o en un folleto aparte, que *todo* lo dicho en el texto sobre los revisionistas neokantianos guarda también relación, en sustancia, con estos "nuevos" revisionistas neohumistas y neoberkelianos. (Véase V. I. Lenin. *Materialismo y empiriocriticismo*, en el tomo 4 de la presente edición. *N. de la Edit.*)

periodo muy breve, pudieron pensar, bajo el influjo de unos cuantos años de auge y prosperidad industrial, en revisar las bases de la doctrina de Marx. La realidad se encargó de demostrar muy pronto a los revisionistas que las crisis no habían fenecido: tras la prosperidad vino otra crisis. Cambiaron las formas, la sucesión y el cuadro de las distintas crisis, pero éstas seguían siendo parte inseparable e ineludible del régimen capitalista. Los cártels y los trusts reunían sus industrias y acentuaban a la vez, a la vista de todos, la anarquía de la producción, la inseguridad económica del proletariado y la opresión del capital, exacerbando así, en un grado nunca visto, las contradicciones de las clases. Los modernos trusts gigantescos han venido justamente a demostrar, de modo bien palpable y en proporciones muy extensas, que el capitalismo marcha hacia la bancarrota, tanto en el sentido de las crisis políticas y económicas aisladas como en el del completo hundimiento de todo el régimen capitalista. La reciente crisis financiera de Norteamérica y la espantosa agravación del paro en toda Europa, sin hablar ya de la inminente crisis industrial, de la que ya despuntan no pocos síntomas, han hecho olvidar las últimas "teorías" de los revisionistas a todo el mundo, tal vez incluso a muchos de ellos mismos. Lo que no debe olvidarse son las enseñanzas que esta veleidad de los intelectuales ha dado a la clase obrera.

En cuanto a la teoría del valor, baste decir que, aparte de alusiones y añoranzas muy vagas, por Böhm-Bawerk, los revisionistas no han aportado aquí absolutamente nada ni dejado, por tanto, ninguna huella en el desarrollo del pensamiento científico.

En el campo de la política, el revisionismo intentó revisar lo que constituye realmente la base del marxismo, o sea, la teoría de la lucha de las clases. La libertad política, la democracia y el sufragio universal destruyen la base de la lucha de las clases -nos decían los revisionistas- y desmienten la vieja tesis del *Manifiesto Comunista* de que los obreros no tienen patria. Puesto que en la democracia impera la "voluntad de la mayoría", no debemos ver en el Estado, según ellos, el órgano de dominación de una clase ni negarnos a hacer alianzas con la burguesía progresista, socialreformista, contra los reaccionarios.

Es indiscutible que estas objeciones de los revisionistas formaban un sistema bastante ordenado de concepciones, a saber: las harto conocidas concepciones liberales de la burguesía. Los liberales han dicho siempre que el parlamentarismo burgués suprime las clases y las diferencias entre ellas, ya que todos los ciudadanos sin excepción tienen derecho al voto y a la gestión pública. Toda la historia europea de la segunda mitad del siglo XIX, y toda la historia de la revolución rusa a comienzos del siglo XX enseñan de manera palpable cuán absurdas son tales concepciones. Lejos de atenuarse, las diferencias económicas se acentúan y acrecientan con las libertades del capitalismo "democrático". El parlamentarismo no suprime el fondo opresor de clase de las repúblicas burguesas más democráticas, sino que lo pone al desnudo. Ayudando a instruir y organizar a contingentes de la población incomparablemente más nutridos que los incorporados antes a la participación activa en los acontecimientos políticos, el parlamentarismo no da solución a las crisis ni a las revoluciones políticas; más bien exacerba al máximo la guerra civil durante estas revoluciones. Los acontecimientos de París en la primavera de 1871 y los de Rusia en el invierno de 1905 mostraron con meridiana claridad cuán inevitable es dicho exacerbamiento. La burguesía francesa no vaciló un instante, para aplastar el movimiento proletario, en pactar con el enemigo de toda la nación, con las tropas extranjeras que habían devastado a su patria. Quien no comprenda la ineludible dialéctica interna del parlamentarismo y de la democracia burguesa, dialéctica que lleva a zanjar el litigio por la violencia masiva con más rudeza aún que en tiempos anteriores, jamás sabrá desplegar una propaganda y una agitación consecuentes, basadas en este parlamentarismo y ajustadas a los principios, que preparen verdaderamente a las masas obreras para participar victoriosas en tales "litigios". La experiencia de las alianzas, de los convenios, de los bloques con el liberalismo socialreformista en Europa Occidental y con el reformismo liberal (demócratas constitucionalistas)[225] en la revolución rusa, muestra de manera suasoria que estos convenios no hacen sino ofuscar la conciencia de las masas, mermando el alcance real de su lucha, en vez de entenderlo, al unir a los que luchan con los elementos menos capaces de pelear, con los elementos más vacilantes y traidores. El millerandismo francés[226] -la mayor experiencia de aplicación de la táctica política revisionista a gran escala nacional de verdad- nos ha ofrecido una muestra práctica de lo que vale el revisionismo, y el proletariado del mundo entero jamás la olvidará.

El complemento natural de las tendencias económicas y políticas del revisionismo era su actitud ante el objetivo final del movimiento socialista. "El fin no es nada; el movimiento lo es todo"; esta frase proverbial de Bernstein expresa la esencia del revisionismo mejor que muchas y largas disertaciones. Determinar de cuando en cuando la conducta que se debe seguir, adaptarse a los acontecimientos del día, a los virajes de las minucias políticas, olvidar los intereses cardinales del proletariado y los rasgos fundamentales de todo

el régimen capitalista, de toda la evolución del capitalismo y sacrificar estos intereses cardinales por ventajas reales o supuestas del momento: ésa es la política revisionista. Y de su esencia misma se desprende con toda certidumbre que esta política puede adoptar formas infinitamente diversas y que cada problema un tanto "nuevo", cada viraje un tanto inesperado e imprevisto de los acontecimientos -aunque este viraje sólo altere la línea fundamental del desarrollo en proporciones mínimas y por el plazo más corto-, dará lugar siempre, ineluctablemente, a tal o cual variedad de revisionismo.

La irrevocabilidad del revisionismo se debe a su raigambre clasista en la sociedad contemporánea. El revisionismo es un fenómeno internacional. A ningún socialista algo enterado y habituado a pensar le puede caber la menor duda de que la relación entre ortodoxos y bernsteinianos[227] en Alemania, entre guesdistas y jauresistas (ahora broussistas sobre todo)[228] en Francia, entre la Federación Socialdemócrata y el Partido Laborista Independiente en Inglaterra[229], entre de Brouckère y Vandervelde en Bélgica, entre integralistas y reformistas en Italia[230] y entre bolcheviques y mencheviques en Rusia[231] es, en el fondo, la misma en todas partes, pese a la gigantesca diversidad de condiciones nacionales y factores históricos en la situación actual de todos estos países. La "divisoria" que cruza el seno del socialismo internacional contemporáneo hoy ya, en los diversos países del mundo, es, en realidad, *una misma* línea, lo cual patentiza el inmenso paso adelante que se ha dado en comparación con lo que había hace treinta o cuarenta años, cuando en los diversos países pugnaban tendencias heterogéneas dentro de un socialismo internacional único. Ese "revisionismo de izquierda" que se perfila hoy en los países latinos con el nombre de "sindicalismo revolucionario"[232] se adapta asimismo al marxismo, "enmendándolo": Labriola en Italia y Lagardelle en Francia aducen a cada paso al Marx mal comprendido para apelar al Marx bien comprendido.

No podemos detenernos a examinar aquí el contenido ideológico de *este* revisionismo, que dista mucho de estar tan desarrollado como el revisionismo oportunista y que no se ha internacionalizado, que no ha reñido ni una sola batalla práctica importante con el partido socialista de ningún país. Por eso nos limitaremos a ese "revisionismo de derecha" que hemos esbozado antes.

¿En qué estriba la irrevocabilidad de este revisionismo en la sociedad capitalista? ¿Por qué es más profundo que las diferencias dimanantes de las particularidades nacionales y del grado de desarrollo del capitalismo? Lo es porque, en todo país capitalista, existen siempre, al lado del proletariado, extensos sectores de pequeña burguesía, de pequeños propietarios. El capitalismo nació y sigue naciendo sin cesar de la pequeña producción. El capitalismo vuelve a crear indefectiblemente toda una serie de "sectores medios" (apéndices de las fábricas, trabajo a domicilio, pequeños talleres diseminados por todo el país, porque así lo exige la gran industria, por ejemplo, la de bicicletas y automóviles, etc.). Estos nuevos pequeños productores se ven arrojados también, de manera tan indefectible, a las filas del proletariado. Es completamente natural que la mentalidad pequeñoburguesa irrumpa de nuevo, una y otra vez, en las filas de los grandes partidos obreros. Es completamente natural que deba suceder así, y así sucederá siempre hasta que se llegue a las peripecias de la revolución proletaria, pues sería un craso error creer que es necesaria la proletarización "completa" de la mayoría de los habitantes para que se pueda hacer esa revolución. Lo que hoy estamos experimentando, con frecuencia en mero plano ideológico -las impugnaciones de las enmiendas teóricas hechas a Marx-; y lo que hoy sólo se manifiesta en la práctica con motivo de ciertos problemas parciales, sueltos, del movimiento obrero -como discrepancias tácticas con los revisionistas y escisiones relacionadas con.ello-, lo tendrá que experimentar sin falta la clase obrera, en proporciones incomparablemente mayores, cuando la revolución proletaria exacerbe todos los problemas en litigio y concentre todas las discrepancias en los puntos de mayor importancia para determinar la conducta de las masas, obligando a separar en el fragor del combate a los enemigos de los amigos y a prescindir de los malos aliados para asestar golpes demoledores al enemigo.

La lucha ideológica que el marxismo revolucionario llevó contra el revisionismo a fines del siglo XIX no es más que el preludio de las grandes batallas revolucionarias del proletariado, que, pese a todas las vacilaciones y debilidades de la pequeña burguesía, avanza hacia el triunfo completo de su causa.

*Escrito en la segunda quincena de marzo, no más tarde del 3 (16) de abril de 1908. Publicado entre el 25 de septiembre (8 de octubre) y el 2 (15) de octubre de 1908 en la recopilación "Carlos Marx (1818-1883)". San Petersburgo. Firmado: V. Ilín.*

*T. 17, págs. 15-26.*

# APRECIACIÓN DE LA REVOLUCIÓN RUSA[233].

En Rusia ya no hay nadie que piense en hacer la revolución como enseñaba Marx. Así o poco más o menos así lo acaba de proclamar un periódico liberal, casi democrático, casi socialdemócrata incluso: el periódico (menchevique) *Stolíchnaya Pochta*[234]. Y debemos hacer justicia a los autores de esa sentencia por haber sabido captar bien el fondo del estado de ánimo reinante en la política contemporánea y de la actitud ante las enseñanzas de nuestra revolución que sin duda predomina entre los más vastos sectores intelectuales, entre la pequeña burguesía medio instruida y tal vez entre muchos sectores de la pequeña burguesía que no tiene ninguna instrucción.

En esa sentencia se expresa no sólo aversión al marxismo en general, el cual está firmemente convencido de la misión revolucionaria del proletariado y dispuesto a apoyar sin reservas todo movimiento revolucionario de las grandes masas, a exacerbar la lucha y llevarla hasta el fin. Se expresa, además, la aversión a los métodos de lucha, a la manera de obrar y a la táctica puestos *recientemente* a prueba en *la práctica* de la revolución rusa. Todas las victorias, o semivictorias, o, para ser más exactos, cuartos de victoria de nuestra revolución se han conquistado exclusivamente gracias al empuje revolucionario directo del proletariado, que iba a la cabeza de los sectores no proletarios de la población trabajadora. Todas las derrotas se han debido al debilitamiento de ese empuje, a la táctica de eludido, tomándolo por descartado, y a veces (entre los demócratas constitucionalistas), pensando eliminado.

Ahora, cuando se han desencadenado las represiones contrarrevolucionarias, la pequeña burguesía se adapta cobarde a los nuevos amos y señores de la vida, se coloca junto a los nuevos califas momentáneos y renuncia al pasado, procura olvidarlo, persuadirse a sí misma y persuadir a los demás de que en Rusia ya no hay quien piense en hacer la revolución como enseñaba Marx, ya no hay quien piense en la "dictadura del proletariado", *etcétera*.

La victoria física del viejo régimen sobre el pueblo insurrecto también sembró siempre en las otras revoluciones burguesas el desaliento y la dispersión entre vastos sectores de la sociedad "instruida". Pero entre los partidos burgueses que luchaban en la práctica por la libertad y desempeñaban un papel más o menos visible en los acontecimientos revolucionarios de verdad siempre hubo ilusiones opuestas a las que ahora prevalecen entre la pequeña burguesía intelectual de Rusia. Eran ilusiones en el triunfo inevitable, inmediato *y* completo de "la libertad, la igualdad y la fraternidad"; eran ilusiones en una república de toda la humanidad y no de la burguesía, en una república que implantaría en la Tierra la paz y la buena voluntad entre los hombres. Eran ilusiones en la ausencia de discordias de clase en el seno del pueblo oprimido por la monarquía y el régimen medieval, en la imposibilidad de derrotar un "ideal" con la violencia, en la oposición diametral entre el feudalismo caduco y el nuevo régimen libre, democrático y republicano cuyo carácter burgués no se comprendía en absoluto o sólo se comprendía de manera confusa en extremo.

Por eso, los representantes del proletariado que en los períodos contrarrevolucionarios supieron adoptar el punto de vista del socialismo científico tuvieron que luchar (como lo hicieron, por ejemplo, Marx y Engels en 1850) contra las ilusiones de los republicanos burgueses, contra la concepción idealista de las tradiciones de la revolución y de su esencia, contra las frases superficiales pronunciadas en sustitución de una labor consecuente y seria en el medio de una clase determinada[235]. En nuestro país ocurre lo contrario. No vemos las ilusiones del republicanismo primitivo que frenen la obra vital de continuar la labor revolucionaria en las nuevas condiciones, que son ya otras. No vemos que *se exagere* la importancia de la República, que esta consigna indispensable de lucha contra el feudalismo y la monarquía se transforme en la consigna de toda lucha emancipadora de cuantos trabajan y, en general, son explotados. Los socialistas-revolucionarios[236] y los grupos afines a ellos que alimentaban ideas *semejantes* a las expuestas han quedado en cuadro, y los tres años de tempestad revolucionaria (1905-1907) les han proporcionado, en lugar de un gran entusiasmo por el republicanismo, un nuevo partido de la pequeña burguesía *oportunista*, el de los socialistas populares[237], y un nuevo recrudecimiento de la rebeldía antipolítica y del anarquismo.

Al día siguiente del primer embate de la revolución de 1848 en la Alemania pequeñoburguesa se dejaron sentir con fuerza las ilusiones dominantes entre la democracia republicana pequeñoburguesa. En la Rusia de la pequeña burguesía, al día siguiente del embate de la revolución de 1905 se dejaron sentir con fuerza, y siguen dejándose sentir, las ilusiones del oportunismo pequeñoburgués, el cual esperaba

lograr un compromiso sin lucha, temía la lucha y se apresuró, después de la primera derrota, a renunciar a su pasado, contaminando el ambiente público con el desaliento, la pusilanimidad y la apostasía.

Es evidente que tal diferencia proviene de la existente en el régimen social y en las circunstancias históricas de ambas revoluciones. Y no se trata de que la contradicción entre la masa de la población pequeñoburguesa y el viejo régimen fuese menos aguda en Rusia. Todo lo contrario. Nuestro campesinado creó ya en el primer período de la revolución rusa un movimiento agrario incomparablemente más poderoso, definido y consciente en el aspecto político que el de las precedentes revoluciones burguesas del siglo XIX. Se trata de que el sector social que formó el núcleo de la democracia revolucionaria en Europa -los artesanos organizados en gremios en las ciudades, la burguesía y la pequeña burguesía urbanas-, *hubo* de orientarse en Rusia al liberalismo contrarrevolucionario. Las circunstancias que han echado al liberalismo ruso con mucha más fuerza que al europeo en brazos de la contrarrevolución son el grado de conciencia del proletariado socialista, que marcha mano a mano con el ejército internacional de la revolución socialista en Europa, y el espíritu, revolucionario en sumo grado, del mujik, a quien el yugo secular de los señores feudales ha puesto en la situación más desesperada e impulsado a exigir la confiscación de la tierra de los terratenientes. Por eso recae con fuerza singular en la clase obrera rusa la tarea de guardar las tradiciones de la lucha revolucionaria, de la que se apresuran a abjurar los intelectuales y la pequeña burguesía; la tarea de desarrollar y afianzar esas tradiciones, de inculcarlas a las masas populares y llevarlas al próximo ascenso del inexorable movimiento democrático.

Este es el derrotero que siguen espontáneamente los propios obreros. Han vivido con demasiada pasión la gran batalla de octubre y diciembre. Han visto con demasiada claridad que su situación puede cambiar *sólo* mediante esa lucha revolucionaria directa. Ahora todos ellos hablan o, al menos, sienten como el tejedor que decía en una carta al órgano de prensa de su sindicato: los fabricantes nos han arrebatado nuestras conquistas; los capataces vuelven a hacer escarnio de nosotros como antes; *ya verán la que les espera cuando vuelva de nuevo el año 1905*.

Ya verán la que les espera cuando vuelva de nuevo el año 1905. Así piensan los obreros. Para ellos, ese año de lucha fue un modelo de *lo que hay que hacer*. Para los intelectuales y la pequeña burguesía renegada fue "un año de locura", un modelo de *lo que no hay que hacer*. Para el proletariado, el estudio crítico y la asimilación de la experiencia revolucionaria deben consistir en aprender a aplicar *con mayor éxito* los métodos de lucha *de antaño*, en hacer más amplios, más concentrados y más conscientes ese mismo batallar huelguístico de octubre y esa misma lucha armada de diciembre. Para el liberalismo contrarrevolucionario, que lleva en pos de sí a los intelectuales renegados, la asimilación de la experiencia revolucionaria debe consistir en desembarazarse para siempre del "candoroso" ímpetu de la "bárbara" lucha de las masas, sustituyéndola con una labor *constitucional* "culta y civilizada" en el terreno del "constitucionalismo" stolypiniano.

Hoy todo el mundo habla de asimilar y comprobar con criterio crítico la experiencia de la revolución. Hablan los socialistas y los liberales. Hablan los oportunistas y los socialdemócratas revolucionarios. Pero no todos comprenden que las variadísimas recetas para asimilar la experiencia revolucionaria oscilan, precisamente, entre los dos extremos *mencionados*. No todos plantean con claridad la cuestión de si debemos asimilar y ayudar a las masas a que asimilen la experiencia de la lucha revolucionaria con el objeto de sostener una lucha más firme, más tenaz y más resuelta o si debemos asimilar y transmitir a las masas la "experiencia" de la traición de los demócratas constitucionalistas a la revolución.

Carlos Kautsky abordó este problema en su planteamiento teórico fundamental. En la segunda edición de su conocida obra *La revolución social*, traducida a los principales idiomas europeos, hizo una serie de adiciones y enmiendas a la luz de la experiencia de la revolución rusa. El prefacio a la segunda edición está fechado en octubre de 1906, prueba de que el autor disponía ya de datos para analizar no sólo "el período tempestuoso" de 1905, sino también acontecimientos primordiales del "período demócrata constitucionalista" de nuestra revolución, la época de entusiasmo general (casi general) por las victorias electorales de los demócratas constitucionalistas y por la I Duma.

¿Qué problemas de la experiencia revolucionaria rusa estimó Kautsky lo bastante grandes y fundamentales o, al menos, tan importantes como para proporcionar *nuevos* elementos a un marxista que estudia *en general* las "formas y armas de la revolución social" (como versa el título del apartado séptimo de la obra de Kautsky, es decir, precisamente el que se completó a la luz de la experiencia de 1905 y 1906)?

El autor analiza dos problemas.

Primero, la composición de clase de las fuerzas capaces de vencer en la revolución rusa, haciendo de ella una revolución triunfante de verdad.

Segundo, la importancia de las formas superiores de lucha de las masas, superiores en el aspecto de la orientación de su energía

revolucionaria y del carácter ofensivo que ha dado la revolución rusa, a saber: la lucha de diciembre, es decir, la insurrección armada.

Todo socialista (sobre todo si es marxista) que medite con algo de serenidad en los acontecimientos de la revolución rusa deberá reconocer que esos dos problemas son, en efecto, los principales, los fundamentales para evaluar la revolución rusa y la táctica que "la actual situación impone al partido obrero. Si no nos damos clara y completa cuenta de qué clases *son capaces*, en virtud de las condiciones económicas objetivas, de hacer que triunfe la revolución burguesa rusa, serán palabras vanas, mera declamación democrática lo que digamos de nuestro afán por conseguir el triunfo de esa revolución y no podremos evitar que nuestra táctica en la revolución burguesa sea vacilante y no se atenga a los principios.

Por otro lado, para determinar de modo concreto la táctica de un partido revolucionario en los momentos más tempestuosos de la crisis nacional que sufre el país, es a todas luces insuficiente limitarse a señalar qué clases son capaces de *obrar* en pro del triunfo de la revolución. Los períodos revolucionarios se distinguen precisamente de los períodos del llamado desarrollo pacífico, cuando las condiciones económicas no provocan profundas crisis ni originan potentes movimientos de masas, en que, durante los primeros, *las formas* de lucha son siempre *mucho más diversas*, y la lucha revolucionaria directa de las masas predomina sobre la labor de agitación y propaganda realizada por los dirigentes en el Parlamento, en la prensa, etc. Por eso, si al evaluar los períodos revolucionarios nos limitamos a determinar *la trayectoria* de la acción de las distintas clases sin analizar sus *formas* de lucha, nuestro juicio, desde el punto de vista científico, no será ni completo ni dialéctico, y desde el punto de vista político práctico degenerará en *razonamientos muertos* (con lo que, dicho sea de paso, se contenta el camarada Plejánov en las nueve décimas partes de sus escritos sobre la táctica de los socialdemócratas en la revolución rusa).

Para evaluar la revolución con un criterio marxista de verdad, desde el punto de vista del materialismo dialéctico, hay que enjuiciarla como una lucha de fuerzas sociales vivas que han sido colocadas en determinadas condiciones objetivas, actúan de una manera determinada y aplican con más o menos éxito determinadas formas de lucha. Puesto en el terreno de este análisis y, por supuesto, sólo en él, es oportuno, más aún, es indispensable que el marxista evalúe también el aspecto *técnico* de la lucha, los problemas técnicos de la misma. Admitir determinada forma de lucha y desestimar la necesidad de aprender su técnica es lo mismo que admitir la necesidad de participar en *determinadas* elecciones, haciendo caso omiso de la ley que regula el procedimiento de *estas* elecciones.

Pasemos ahora a analizar la solución de Kautsky a los dos problemas planteados antes que, como se sabe, suscitaron largas y acaloradas discusiones entre los socialdemócratas rusos en el transcurso de todo el período de la revolución, desde la primavera de 1905, cuando el III Congreso bolchevique del POSDR, celebrado en Londres, y la conferencia menchevique, celebrada simultáneamente en Ginebra, recogieron en resoluciones concretas los principios que constituyen la base de su táctica, hasta el Congreso de Londres del POSDR unificado, que se celebró en la primavera de 1907.

Kautsky da al primer problema la siguiente solución. En Europa Occidental, dice, el proletariado constituye la gran masa de la población. Por eso la victoria de la democracia en la Europa actual significa la supremacía política del proletariado. "En Rusia, con su población predominantemente campesina, no puede esperarse lo mismo. Desde luego, la victoria de la socialdemocracia tampoco está excluida en Rusia en un futuro próximo (*absehbar* en alemán, es decir, en un futuro que se puede ver, alcanzar con la vista); pero esa victoria sólo podría ser resultado de la alianza (*Koalition*) del proletariado y el campesinado". Y Kautsky afirma incluso que esa victoria daría inexorablemente un poderoso impulso a la revolución proletaria en Europa Occidental.

Así pues, vemos que el concepto de revolución burguesa no define aún lo suficiente a las fuerzas que pueden conquistar la victoria en esa revolución. Son posibles, y ha habido revoluciones burguesas en las que la burguesía comercial, o industrial mercantil desempeñó el papel de principal fuerza motriz. La victoria de semejantes revoluciones fue posible como victoria del correspondiente sector de la burguesía sobre sus adversarios (por ejemplo, la nobleza privilegiada o la monarquía absoluta). En Rusia la situación es otra. La victoria de la revolución burguesa en nuestro país es imposible como *victoria de la burguesía*. Parece paradójico, pero es así. El predominio de la población campesina, terriblemente oprimida por la gran propiedad terrateniente semifeudal, y la energía y conciencia de clase del proletariado, organizado ya en un partido socialista, son circunstancias que imprimen un carácter *singular* a *nuestra* revolución burguesa. Esta particularidad no elimina el carácter burgués de la revolución (como intentaron demostrar Mártov y Plejánov en sus más que desafortunadas observaciones a la posición de Kautsky). No hace sino determinar el carácter contrarrevolucionario de nuestra burguesía y la necesidad de la dictadura del proletariado y el campesinado para conseguir la victoria en *esa* revolución. Porque la "coalición del proletariado y

el campesinado" que conquiste *la victoria* en la revolución burguesa no es otra cosa que la dictadura democrática revolucionaria del proletariado y el campesinado.

Esta tesis constituye el punto de partida de las discrepancias tácticas de la socialdemocracia durante la revolución. Sólo teniéndola en cuenta pueden comprenderse todas las disputas particulares (apoyo a los demócratas constitucionalistas en general, bloque de izquierdas y su carácter, etc.) y los choques en casos aislados. Sólo en esta discrepancia táctica fundamental, y no en los afanes por "entrar en pelea" o "declarar el boicot", como creen a veces los que están mal informados, se hallaba *el origen* de las divergencias entre bolcheviques y mencheviques durante el primer período de la revolución (1905-1907).

Por mucho que se insista en la necesidad de estudiar con toda atención este origen de las discrepancias, de analizar *desde este punto de vista* la experiencia de ambas Dumas y de la lucha directa del campesinado nunca será bastante. Si no realizamos esta labor ahora, no estaremos en condiciones de dar un solo paso en el terreno de la táctica, cuando comience el nuevo ascenso del movimiento, sin suscitar las viejas disputas o reproducir conflictos de grupos y la disensión en el partido. Debemos determinar la actitud de la socialdemocracia ante el liberalismo y la democracia burguesa campesina, partiendo de la experiencia de la revolución rusa. De otro modo no tendremos una táctica del proletariado que se atenga firmemente a los principios. Señalemos, de paso, que la "alianza del proletariado y el campesinado" en modo alguno debe comprenderse como fusión de clases distintas o de los partidos del proletariado y el campesinado. No sólo la fusión, sino incluso cualquier acuerdo duradero sería fatal para el partido socialista de la clase obrera y *debilitaría* la lucha democrática revolucionaria. Las vacilaciones ineludibles del campesinado entre la burguesía liberal y el proletariado son producto de su situación como clase; y nuestra revolución ha ofrecido copiosos ejemplos de ello en las más diversas esferas de la lucha (el boicot a la Duma de Witte[238], las elecciones, los trudoviques[239] en la I y II Dumas, etc.). Sólo aplicando una política absolutamente independiente, de vanguardia de la revolución, podrá el proletariado apartar al campesinado de los liberales, sustraerlo de la influencia de los mismos, llevarlo en pos de sí a lo largo de la lucha y realizar, por tanto, la "alianza" *en la práctica*, alianza que será efectiva siempre y cuando el campesinado luche con moral revolucionaria. La "alianza" del proletariado y el campesinado para *vencer* a los enemigos comunes, y no para jugar a los bloques y acuerdos, no puede realizarse coqueteando con los trudoviques, sino criticando de manera implacable sus debilidades y vacilaciones, propagando la idea de organizar el partido campesino republicano y revolucionario.

El carácter específico que hemos señalado de la revolución burguesa rusa la distingue de las otras revoluciones burguesas de los tiempos modernos, pero la asemeja a *las grandes* revoluciones burguesas de antaño, cuando el campesinado desempeñaba un destacado papel revolucionario. En este sentido merece suma atención lo escrito por Federico Engels en su artículo *Sobre el materialismo histórico*, tan profundo y rico en ideas (prólogo -traducido al alemán por el propio Engels en *Neue Zeit*, 1892-1893, año XI, vol. 1- a la edición inglesa del folleto *Del socialismo utópico al socialismo científico*). "Cosa singular -dice Engels-, en las tres grandes revoluciones burguesas" (la Reforma y la guerra campesina del siglo XVI en Alemania; la revolución inglesa del siglo XVII; la revolución francesa del siglo XVIII) "son los campesinos los que engrosan las tropas de combate, y ellos también, precisamente, la clase que, después de alcanzar el triunfo, queda arruinada infaliblemente por las consecuencias económicas de este triunfo. Cien años después de Cromwell, el *yeomanry* (campesinado) de Inglaterra casi había desaparecido. En todo caso, sin la intervención de este *yeomanry* y del elemento plebeyo de las ciudades, la burguesía nunca hubiera podido llevar la lucha hasta su final victorioso, ni a Carlos I al cadalso. Para que la burguesía pudiera recoger aunque sólo fueran los frutos del triunfo, que estaban bien maduros, fue necesario llevar la revolución bastante más allá de su meta; exactamente como habría de ocurrir en Francia en 1793 y en Alemania en 1848. En efecto, ésta parece ser una de las leyes que presiden el desarrollo de la sociedad burguesa". Y en otro pasaje del mismo artículo señala Engels que la revolución francesa fue "la primera (insurrección) que llevó realmente la batalla hasta la destrucción de uno de los dos beligerantes, la aristocracia, y el triunfo completo del otro, la burguesía".

Las dos observaciones o síntesis históricas de Engels han sido brillantemente confirmadas por la marcha de la revolución rusa. Se ha confirmado también que la intervención del campesinado y el proletariado, "del elemento plebeyo de las ciudades", es lo único que puede impulsar en serio la revolución burguesa (si en la Alemania del siglo XVI, en la Inglaterra del siglo XVII y en la Francia del siglo XVIII es posible poner en primer plano al campesinado, en la Rusia del siglo XX es absolutamente obligatorio cambiar la correlación, pues el campesinado no significa nada sin la iniciativa y sin la dirección del proletariado). Se ha confirmado también que es necesario llevar la revolución *mucho más allá* de sus metas burguesas

directas, inmediatas, ya en buena sazón, para alcanzar de verdad *esas* metas, para consolidar en forma definitiva las conquistas burguesas mínimas. Por eso es fácil imaginar el desprecio que sentiría Engels por las recetas pequeñoburguesas destinadas a encajar por adelantado la revolución en el marco burgués inmediato, en el estrecho marco burgués, "para que la burguesía no le vuelva la espalda", como decían los mencheviques del Cáucaso en su resolución de 1905, o para tener "una garantía contra la restauración", como afirmaba Plejánov en Estocolmo.

Kautsky analiza el otro problema, relacionado con el juicio que le merece la insurrección de diciembre de 1905, en el prefacio a la segunda edición de su folleto. "Ahora -escribe- ya no puedo afirmar con la misma seguridad que en 1902 que las insurrecciones armadas y los combates de barricadas no desempeñarán el papel decisivo en las próximas revoluciones. A esa afirmación se opone con demasiada claridad la experiencia de la lucha en las calles de Moscú: un puñado de hombres se mantuvo durante una semana frente a todo un ejército en la lucha de barricadas, y casi abría triunfado si el fracaso del movimiento revolucionario en otras ciudades no hubiese permitido el envío de tantos refuerzos al ejército, que le permitieron concentrar en definitiva contra los insurgentes una superioridad monstruosa de fuerzas. Desde luego, este éxito relativo de la lucha de barricadas ha sido posible sólo porque la población urbana apoyó con energía a los revolucionarios y porque las tropas estaban desmoralizadas por completo. Pero ¿quién puede afirmar con seguridad que es imposible algo semejante en la Europa Occidental?"

Así pues, al cabo de casi un año de la insurrección, cuando ya no era cosa de dejarse llevar por el deseo de elevar la moral de los insurgentes, un investigador tan prudente como Kautsky reconocía de modo categórico que la insurrección de Moscú había sido "un éxito relativo" de la lucha de las barricadas y creía necesario rectificar su conclusión general de que los combates en las calles no pueden desempeñar un papel importante en las revoluciones futuras.

La lucha de diciembre de 1905 *ha demostrado* que la insurrección armada *puede* triunfar con el actual nivel del material bélico y de la organización militar. La lucha de diciembre ha evidenciado que, desde ahora, el movimiento obrero internacional debe contar en las próximas revoluciones proletarias con la posibilidad de semejantes formas de lucha. Esas son las deducciones que se desprenden, en efecto, de la experiencia de nuestra revolución; ésas son las enseñanzas que deben asimilar las más vastas masas. ¡Cuán lejos están esas deducciones y enseñanzas del curso que Plejánov dio a los razonamientos con su opinión, famosa a lo Eróstrato, sobre la insurrección de diciembre: "No se debía haber empuñado las armas!" ¡Qué mar de comentarios de apostasía suscitó tal apreciación! ¡Qué infinidad de manos sucias de liberales se aferraron a ella para corromper a las masas obreras e imbuirles el espíritu de compromiso pequeñoburgués!

La apreciación de Plejánov no contiene ni un ápice de verdad histórica. Si Marx, que seis meses antes de la Comuna dijo que la insurrección sería una locura, supo, no obstante, apreciar esa "locura" como el más grandioso movimiento de masas del proletariado del siglo XIX, con mil veces más razón deben los socialdemócratas rusos convencer ahora a las masas de que la lucha de diciembre ha sido el movimiento proletario más necesario, más legítimo y más grande, después de la Comuna. La clase obrera de Rusia se educará precisamente en esos puntos de vista, digan lo que digan y lloren cuanto quieran tales o cuales intelectuales pertenecientes a la socialdemocracia.

Quizás debamos hacer aquí una advertencia, si tenemos presente que este artículo va destinado a los camaradas polacos. Como, por desgracia, no sé polaco, conozco sólo de oídas las condiciones de Polonia. Y podrá objetárseme con facilidad que en Polonia, todo un partido (la llamada ala derecha del PSP[240]) se rompió la crisma en una lucha de guerrillas impotente, en el terrorismo y el estrépito de las detonaciones en aras precisamente de las tradiciones de rebelión y de la lucha conjunta del proletariado y el campesinado. Es muy probable que, desde este punto de vista, las condiciones polacas se diferencien radicalmente, en efecto, de las del resto de Rusia. No soy quién para juzgar. Debo advertir, sin embargo, que en ningún sitio, excepto Polonia, hemos visto una desviación tan insensata de la táctica revolucionaria, desviación que promueve justa resistencia y oposición. Y aquí acude por sí solo este pensamiento: ¡pero si ha sido justamente en Polonia donde no hubo tal lucha armada de masas en diciembre de 1905! ¿Acaso no ha prendido precisamente en Polonia, y sólo en Polonia, la táctica adulterada e insensata del anarquismo que "hace" la revolución, porque las condiciones no permitieron que se desarrollase allí, aunque fuese por breves instantes, la lucha armada de las masas? ¿Acaso la tradición de *esa* misma lucha, la tradición de la insurrección armada de diciembre, no es a veces el único medio serio para superar las tendencias anarquistas en el seno del partido obrero, no con la moral estereotipada, filistea, pequeñoburguesa, sino pasando de la violencia sin objeto, absurda y dispersa, a la violencia orientada de las masas, ligada al vasto movimiento y a la acentuación de la lucha proletaria directa?

La evaluación de nuestra revolución está muy lejos de tener importancia sólo en teoría; tiene, además, una importancia directa, actual, desde el punto de vista práctico. Hoy día toda nuestra labor de propaganda, agitación y organización está siempre relacionada con el proceso de asimilación de las enseñanzas de estos tres grandes años por las amplias masas de la clase trabajadora y de la población semi proletaria. Ahora no podemos limitarnos a declarar sin más ni más (a tono con la resolución aprobada por el X Congreso del ala izquierda del PSP) que, con los datos que obran en nuestro poder, no estamos en condiciones de determinar si el camino que se abre ante nosotros es de explosión revolucionaria o de pertinaces, pausados y pequeños pasos adelante. Es claro que en el mundo de nuestros días no hay estadística que pueda determinar eso. Es claro que debemos realizar nuestra labor de manera que esté impregnada por entero de espíritu y contenido general *socialistas*, por duras que sean las pruebas que nos depare el futuro. Pero eso no es todo. Detenerse ahí significa no saber dar ninguna orientación efectiva al partido proletario. Debemos plantearnos de cara y decidir con energía en qué dirección vamos a encaminarnos ahora para estudiar la experiencia de los tres años de revolución. Debemos proclamar en público y a plena voz, para enseñanza de los vacilantes y los pobres de espíritu y para vergüenza de los que reniegan del socialismo y lo abandonan, que el partido obrero ve en la lucha revolucionaria directa de las masas, en la lucha de octubre y diciembre de 1905, el más grandioso movimiento del proletariado después de la Comuna de París; que sólo en el desarrollo de esas formas de lucha reside la garantía de los éxitos futuros de la revolución; que esos ejemplos de lucha deben ser para nosotros un faro en la educación de las nuevas generaciones de luchadores.

Si orientamos nuestra labor cotidiana en esa dirección y recordamos que sólo largos años de seria y firme labor preparatoria aseguraron al partido su influencia rotunda sobre el proletariado en 1905, seremos capaces de lograr que la clase obrera continúe creciendo sin cesar y se convierta en una fuerza socialdemócrata revolucionaria consciente, sean cuales fueren el curso de los acontecimientos y el ritmo de descomposición de la autocracia.

*Publicado en polaco en abril de 1908 en el núm. 2 de la revista "Przeglad Socjaldemokratyczny". Publicado en ruso el 10 (23) de mayo de 1908 en el núm. 30 del periódico "Proletari".*

*T. 17, págs. 37-51.*

## MATERIAL INFLAMABLE EN LA POLÍTICA MUNDIAL.

El movimiento revolucionario de los distintos países de Europa y Asia se ha dejado sentir de modo tan impresionante en los últimos tiempos que se dibuja ante nosotros con bastante claridad una nueva etapa de la lucha internacional del proletariado, incomparablemente superior a la precedente.

En Persia se ha producido una contrarrevolución[241] que ha unido en sí de modo original la disolución de la primera Duma en Rusia y la insurrección rusa de fines de 1905. Las tropas del zar ruso, vergonzosamente derrotadas por los japoneses, se toman el desquite, dando pruebas de celo al servicio de la contrarrevolución. Las hazañas de los ametrallamientos, de las expediciones punitivas, de los apaleamientos y del saqueo en Rusia son seguidas de las proezas de esos mismos cosacos para aplastar la revolución en Persia. Es comprensible que Nicolás Románov, al frente de los terratenientes de las centurias negras y de los capitalistas asustados por las huelgas y la guerra civil, monte en cólera contra los revolucionarios persas. No es la primera vez que se encomienda a los cristianísimos guerreros rusos el papel de verdugos internacionales. Pero es un fenómeno un tanto distinto que Inglaterra, lavándose las manos farisaicamente, mantenga una clara neutralidad amistosa con relación a los persas reaccionarios y partidarios del absolutismo. Los burgueses liberales ingleses, irritados por el desarrollo del movimiento obrero en su país y asustados por el auge de la lucha revolucionaria en la India, muestran con creciente frecuencia, franqueza y brusquedad que los "políticos" europeos más "civilizados", que han cursado la escuela suprema del constitucionalismo, se convierten en verdaderas *fieras* cuando las cosas llegan al despertar de la lucha de las masas contra el capital, contra el sistema colonial capitalista, es decir, contra el sistema de sojuzgamiento, saqueo y violencia. Difícil es la situación de los revolucionarios persas en un país que casi están ya dispuestos a repartirse los dueños de la India, por un lado, y el gobierno contrarrevolucionario ruso, por otro. Pero la tenaz lucha desplegada en Tabriz, el paso repetido de la fortuna militar a manos de los revolucionarios, que parecían derrotados por completo, muestran que los bachibozuks del sha, incluso a pesar de la ayuda de los Liájov rusos y de los diplomáticos ingleses, encuentran la más fuerte resistencia por abajo. Un movimiento revolucionario como éste, que sabe oponer resistencia militar a los intentos de restauración y que obliga a los héroes de esos intentos a pedir ayuda a los extranjeros, no puede ser aplastado y, en tales circunstancias, el triunfo más rotundo de la reacción persa no sería otra cosa que la antesala de nuevas sublevaciones populares.

En Turquía ha triunfado el movimiento revolucionario entre las tropas, dirigido por los Jóvenes Turcos[242]. Es cierto que este triunfo no es más que una semivictoria e incluso la parte menor de una victoria, pues el Nicolás II turco (sultán Abdul Hamid II) ha salido del paso, por ahora, con la promesa de restaurar la famosa Constitución de Turquía. Mas semejantes semivictorias en las revoluciones, semejantes concesiones presurosas y obligadas del viejo régimen constituyen la garantía más segura de que se registrarán nuevas peripecias de la guerra civil, mucho más decididas y más graves, que arrastrarán a masas populares más amplias. La escuela de la guerra civil no pasa en vano para los pueblos. Es una escuela difícil y sus estudios completos contienen *inevitablemente* victorias de la contrarrevolución, desenfreno de los reaccionarios enfurecidos, salvajes represalias del viejo régimen contra los insurgentes, etc. Pero únicamente los pedantes empedernidos y las momias de sesos enjutos pueden lloriquear porque los pueblos ingresen en esa escuela dolorosa; esa escuela enseña a las clases oprimidas a hacer la guerra civil, enseña a hacer triunfar la revolución, concentra en las masas de esclavos modernos todo el odio que encierran eternamente los esclavos oprimidos, obtusos e ignorantes y que les lleva a grandiosas hazañas históricas cuando adquieren conciencia del oprobio de su esclavitud.

En la India, los esclavos aborígenes de los "civilizados" capitalistas ingleses causan en los últimos tiempos una desagradable inquietud a sus "señores". No tienen fin las violencias y el saqueo, denominados sistema de administración inglesa de la India. En ningún lugar del mundo -a excepción, naturalmente, de Rusia-, existe semejante miseria de las masas, semejante hambre crónica de la población. Los políticos más liberales y radicales de la Bretaña libre, como John Morley -autoridad para los demócratas constitucionalistas, rusos y no rusos, estrella del periodismo "progresivo" (lacayuno, de hecho, ante el capital)-, se transforman como gobernantes de la India en auténticos Gengis Khan capaces de sancionar todas las medidas de "apaciguamiento" de la población que tienen encomendada e incluso de ¡*azotar* a los

protestantes políticos! El pequeño semanario de los socialdemócratas ingleses, *Justice*[243] *ha sido prohibido* en la India por esos miserables liberales y "radicales" tipo Morley. Y cuando Keir Hardie, jefe del Partido Laborista Independiente (*Independent Labour Party*) y diputado al Parlamento inglés, se atrevió a trasladarse temerariamente a la India para hablar a los aborígenes de las más elementales exigencias de la democracia, toda la prensa burguesa británica comenzó a aullar contra el "insurgente". Ahora, los más influyentes periódicos ingleses hablan, rechinando los dientes, de los "agitadores" que perturban la tranquilidad de la India; aplauden las sentencias de los jueces y las represalias administrativas, puramente rusas, a lo Pleve, contra los publicistas demócratas indios. Pero en la India, la calle comienza a salir en defensa de sus escritores y jefes políticos. La vil sentencia dictada por los chacales ingleses contra el demócrata indio Tilak -condenado a largos años de destierro por *los votos de los jurados ingleses* y en contra del criterio de los jurados indios, partidarios de la absolución, como ha puesto en claro la interpelación hecha días pasados en la Cámara de los Comunes-, este acto de venganza de los lacayos de la bolsa de oro contra un demócrata ha provocado manifestaciones y una huelga en Bombay. También en la India ha llegado ya el proletariado a la lucha política consciente de masas. Y siendo así, ¡toca a su fin el régimen anglo-ruso en la India! Con su saqueo colonial de los países asiáticos, los europeos han sabido templar a uno de ellos, al Japón, para conquistar grandes victorias militares que le han asegurado su desarrollo nacional independiente. No cabe la menor duda de que el saqueo secular de la India por los ingleses y la lucha actual de estos europeos "avanzados" contra la democracia persa e india *templarán* a millones y decenas de millones de proletarios de Asia para librar una lucha tan victoriosa (como la de los japoneses) contra los opresores. El obrero europeo consciente tiene ya camaradas asiáticos cuyo número crecerá por momentos.

En China, el movimiento revolucionario contra la Edad Media se ha dejado sentir también con fuerza singular en los últimos meses. Es cierto que todavía no puede afirmarse nada concreto de este movimiento -tan pocas son las noticias que tenemos de él y tan abundantes las que nos llegan de sublevaciones en distintos lugares de China-; mas no ofrece dudas el fuerte crecimiento del "nuevo espíritu" y de las "corrientes europeas" en China, sobre todo después de la guerra ruso-japonesa[244], y, por consiguiente, es inevitable también la transformación de las viejas revueltas chinas en un movimiento democrático consciente. La conducta de los franceses en Indochina prueba que algunos participantes del saqueo colonial han sentido inquietud esta vez: ¡*han ayudado* al "poder histórico" chino en las represalias contra los revolucionarios! Han sentido el mismo miedo por la integridad de "sus" dominios asiáticos, vecinos de China.

Pero no son los dominios asiáticos los únicos que preocupan a la burguesía francesa. Las barricadas en Villeneuve Saint-Georges, cerca de París, y el ametrallamiento de los huelguistas que las levantaron (jueves, 30 de julio) son acontecimientos que han mostrado una vez más la exacerbación de la lucha de las clases en Europa. Clemenceau, un radical que gobierna a Francia en nombre de los capitalistas, trabaja con celo inusitado para desvanecer entre el proletariado los últimos restos de las ilusiones republicanas burguesas. El ametrallamiento de los obreros por tropas a las órdenes de un gobierno "radical" se ha convertido bajo Clemenceau en un fenómeno casi más frecuente que antes. A causa de ello, los socialistas franceses han dado a Clemenceau el apodo de "Rojo". Y ahora, cuando sus agentes, gendarmes y generales han vertido de nuevo sangre obrera, los socialistas recuerdan las palabras proverbiales que este republicano burgués, el más progresista, dijo un día a unos delegados obreros: "Ustedes y nosotros nos encontramos a distintos lados de la barricada". Sí, el proletariado francés y los republicanos burgueses más radicales se sitúan ahora definitivamente a lados distintos de la barricada. La clase obrera de Francia ha derramado mucha sangre para conquistar y defender la República, y en la actualidad, consolidado por completo el régimen republicano, la lucha decidida de los propietarios y los trabajadores avanza con creciente rapidez. "No fue una simple paliza -escribe L'Humanité[245], refiriéndose al 30 de julio-, fue un fragmento de batalla". Los generales y los policías querían provocar a los obreros a toda costa y convertir una manifestación pacífica e inerme en una sarracina. Mas, al cercar y atacar a los huelguistas y manifestantes inermes, las tropas encontraron resistencia, dieron pie a que se levantaran barricadas en el acto y provocaron acontecimientos que han conmovido a toda Francia. Estas barricadas de tablas eran tan malas que daban risa, dice el mismo periódico. Pero no es eso lo importante. Lo importante es que la Tercera República había acabado con las barricadas. Ahora "Clemenceau vuelve a ponerlas en uso". Y, al proceder así, razona con la misma franqueza con que hablaban de la guerra civil "los verdugos de junio en 1848 y Galliffet en 1871".

No es sólo la prensa socialista la que recuerda estas grandes fechas históricas con motivo de los acontecimientos del 30 de julio. Los periódicos burgueses se lanzan con furia salvaje contra los

obreros, acusándolos de haberse comportado como si tuviesen la intención de empezar la revolución socialista. Uno de estos periódicos describe un episodio pequeño, pero característico, que muestra el estado de ánimo de ambos bandos en el lugar del suceso. Cuando los obreros que conducían a uno de sus camaradas herido pasaron por delante del general Virvaire, que mandaba el ataque contra los huelguistas, los manifestantes gritaron: ¡"*Saluez*"! y el general de la República burguesa saludó militarmente al enemigo herido.

La exacerbación de la lucha del proletariado contra la burguesía se observa en todos los países capitalistas avanzados, con la particularidad de que la diferencia de condiciones históricas, de sistemas políticos y de formas del movimiento obrero determina distintas manifestaciones de una misma tendencia. En Norteamérica e Inglaterra, con plena libertad política y ausencia de toda tradición revolucionaria y socialista en el proletariado -o, por lo menos, de tradición viva alguna-, esta exacerbación se manifiesta en la intensificación del movimiento contra los trusts, en el extraordinario incremento del socialismo y de la atención que le prestan las clases poseedoras, en el paso de las organizaciones obreras, a veces puramente económicas, a la lucha política proletaria independiente y metódica. En Austria y Alemania, y en parte también en los países escandinavos, la exacerbación de la lucha de las clases se manifiesta en la pugna electoral, en las relaciones entre los partidos, en el acercamiento de todos los burgueses de distinto pelaje entre ellos frente al enemigo común -el proletariado- y en la intensificación de las represiones judiciales y policíacas. Lenta, pero inflexiblemente, los dos campos hostiles incrementan sus fuerzas, fortalecen sus organizaciones, se apartan cada vez más el uno del otro en toda la vida social, como si se preparasen, en silencio y de forma concentrada, para las futuras batallas revolucionarias. En los países latinos -Italia y, sobre todo, Francia-, la exacerbación de la lucha de clases se manifiesta en explosiones particularmente impetuosas, violentas, en parte francamente revolucionarias, cuando el odio escondido del proletariado a sus opresores escapa con fuerza súbita y la situación "pacífica" de lucha parlamentaria es sustituida por escenas de verdadera guerra civil.

El movimiento revolucionario internacional del proletariado no se desarrolla ni puede desarrollarse de modo igual y en idénticas formas en los distintos países. El aprovechamiento pleno y a fondo de todas las posibilidades en las diversas esferas de actividad sólo se logra con la lucha de clase de los obreros de los distintos países. Cada país aporta al caudal común sus valiosos rasgos originales; mas, en cada país, el movimiento adolece de uno u otro aspecto unilateral, de unos u otros defectos teóricos o prácticos de los distintos partidos socialistas. En su conjunto, vemos con claridad un gigantesco paso adelante del socialismo internacional, la cohesión de los millones de combatientes que integran los ejércitos del proletariado en una serie de choques concretos con el enemigo, la proximidad de la lucha decisiva con la burguesía, de una lucha muchísimo más *preparada* por parte de la clase obrera que en los tiempos de la Comuna, última gran insurrección del proletariado.

Y este paso adelante de todo el socialismo internacional, al lado de la exacerbación de la lucha democrática revolucionaria en Asia, coloca a la revolución rusa en condiciones particulares y especialmente difíciles. La revolución rusa tiene un gran aliado internacional tanto en Europa como en Asia; mas, al mismo tiempo, y *precisamente como consecuencia de ello*, tiene un enemigo no sólo nacional, no sólo ruso, sino *internacional*. La reacción contra la lucha, cada día más intensa, del proletariado es inevitable en todos los países capitalistas, y esta reacción une estrechamente a los gobiernos burgueses del mundo entero contra todo movimiento popular, contra toda revolución en Asia y, de modo singular, en Europa. Los oportunistas de nuestro partido, a semejanza de la mayoría de los intelectuales liberales de Rusia, siguen soñando con una revolución burguesa en Rusia que "no aparte" a la burguesía, que no la asuste, no origine una reacción "excesiva", que no conduzca a la conquista del poder por las clases revolucionarias. ¡Vanas esperanzas! ¡Utopía filistea! El material inflamable aumenta con tanta rapidez en todos los países avanzados del mundo, y el incendio se extiende con tanta evidencia a la mayoría de los Estados de Asia, ayer todavía sumidos en un profundo sueño, que son absolutamente indefectibles el fortalecimiento de la reacción burguesa internacional y la exacerbación de toda revolución nacional.

La contrarrevolución en Rusia no cumple ni puede cumplir las tareas históricas de nuestra revolución. La burguesía rusa se inclina inexorablemente cada vez más hacia la corriente antiproletaria y antidemocrática internacional. No es en los aliados liberales en quienes debe confiar el proletariado ruso. Debe seguir su propio camino independiente hacia la victoria completa de la revolución apoyándose en la necesidad de que el problema agrario en Rusia sea resuelto violentamente por las propias masas campesinas, ayudándoles a acabar con el dominio de los terratenientes cavernícolas y de la autocracia ultrarreaccionaria, señalándose como tarea la dictadura democrática del proletariado y del campesinado en Rusia y recordando que su lucha y sus victorias están indisolublemente unidas al

movimiento revolucionario internacional. Menos ilusiones en torno al liberalismo de la burguesía contrarrevolucionaria (en Rusia y en todo el mundo). ¡Más atención al crecimiento del proletariado revolucionario internacional!

*Publicado el 23 de julio (5 de agosto) de 1908 en el núm. 33 de "Proletari".*
*T. 17, págs. 174-183.*

## EL MILITARISMO BELICOSO Y LA TÁCTICA ANTIMILITARISTA DE LA SOCIALDEMOCRACIA.

### I

Los diplomáticos están agitados. Llueven las "notas", los "despachos" y las "declaraciones"; los ministros cuchichean a espaldas de los maniquíes coronados que "consolidan la paz" con una copa de champaña en la mano. Mas los "súbditos" saben perfectamente que cuando acuden los cuervos, huele a carroña. El lord conservador Cromer ha declarado en la Cámara inglesa: "Vivimos una época en la que se juega a una carta los intereses nacionales (?), en la que se enardecen las pasiones y surgen el peligro y la posibilidad de colisión, por pacíficas (!) que sean las intenciones de los gobernantes".

En los últimos tiempos se ha acumulado bastante material inflamable y sigue aumentando sin cesar. La revolución en Persia amenaza con remover todas las barreras -"zonas de influencias"- colocadas allí por las potencias europeas. El movimiento constitucionalista en Turquía amenaza con arrancar este patrimonio de las garras de los buitres capitalistas europeos. Además, se alzan amenazadores los viejos "problemas", hoy agravados, de Macedonia, Asia Central, Extremo Oriente, etc., etc.

Entretanto, con la actual red de tratados, convenios, etc., públicos y secretos, basta el menor papirotazo de cualquier "potencia" para que "de la chispa nazca la llama".

Y cuanto más esgrimen las armas los gobiernos, amenazándose los unos a los otros, con mayor crueldad aplastan el movimiento antimilitarista en sus países respectivos. Las persecuciones a los antimilitaristas crecen en extensión e intensidad. El ministerio "radical socialista" de Clemeceau-Briand practica la violencia no peor que el ministerio terrateniente conservador de Bülow. La disolución de las "organizaciones juveniles" en toda Alemania en virtud de la nueva ley de asociación y reunión, que prohíbe a los menores de veinte años la asistencia a reuniones políticas, ha dificultado extraordinariamente la agitación antimilitarista en dicho país.

Como consecuencia, vuelve a reanimarse en la prensa socialdemócrata la disputa en torno a la táctica antimilitarista de los socialistas, que se había aplacado después del Congreso de Stuttgart[246].

Se produce un fenómeno extraño a primera vista: a pesar de la importancia evidente de este problema y del claro y manifiesto perjuicio que el militarismo causa al proletariado, es difícil encontrar otro que motive tantas vacilaciones y tantas discrepancias entre los socialistas occidentales como las controversias en torno a la táctica antimilitarista.

Las premisas de principio para resolver con tino este problema fueron establecidas hace mucho con toda firmeza y no suscitan discrepancias. El militarismo moderno es resultado del capitalismo. Es, en sus dos formas, una "manifestación vital" del capitalismo: como fuerza militar utilizada por los Estados capitalistas en sus choques externos ("*Militarismus nach aussen*", según dicen los alemanes) y como instrumento en manos de las clases dominantes para aplastar todo género de movimientos (económicos y políticos) del proletariado ("*Militarismus nach innen*"). Diversos congresos internacionales (el de París de 1889, el de Bruselas de 1891, el de Zurich de 1893 y, por último, el de Stuttgart de 1907) dieron en sus resoluciones una expresión acabada de este punto de vista[247]. A pesar de que el Congreso de Stuttgart, en consonancia con su orden del día (*Los conflictos internacionales*), dedicó más atención al aspecto del militarismo que los alemanes denominan "*Militarismus nach aussen*" ("externo"), su resolución es la que muestra de modo más detallado esta conexión del militarismo y el capitalismo. He aquí el pasaje correspondiente de dicha resolución: "Las guerras entre los Estados capitalistas son por lo común consecuencia de su competencia en el mercado mundial, ya que cada Estado trata no sólo de asegurarse una zona de venta, sino de conquistar nuevas zonas, desempeñando en ello el papel principal el sojuzgamiento de pueblos y países ajenos. Estas guerras son originadas, además, por los constantes armamentos bélicos a que da lugar el militarismo, instrumento principal de la dominación de clase de la burguesía y del sometimiento político de la clase obrera.

"Las guerras son propiciadas por los prejuicios nacionalistas, cultivados sistemáticamente en los países civilizados en provecho de las clases dominantes con objeto de distraer a las masas proletarias de sus propios objetivos de clase y obligarlas a olvidar el deber de la solidaridad internacional de clase.

"Por lo tanto, las guerras tienen sus raíces en la propia naturaleza del capitalismo; sólo cesarán cuando deje de existir el régimen capitalista o cuando la inmensidad de sacrificios humanos y monetarios, ocasionados por el desarrollo técnico-

militar, y la indignación popular provocada por los armamentos conduzcan a la eliminación de este sistema.

"La clase obrera, principal proveedora de soldados, sobre la cual recae también el peso fundamental de los sacrificios materiales, es, en particular, enemigo natural de las guerras, ya que éstas se hallan en pugna con sus objetivos: la instauración de un régimen económico basado en el principio socialista que haga realidad la solidaridad de los pueblos"...

**II**

Así pues, la conexión de principio entre el militarismo y el capitalismo ha sido establecida con firmeza entre los socialistas, y en este punto no hay discrepancias. Mas el reconocimiento de esta conexión no determina por sí solo de manera concreta la *táctica* antimilitarista de los socialistas ni resuelve el problema práctico de cómo luchar contra la carga que supone el militarismo y cómo impedir las guerras. Y es precisamente en las respuestas a estas interrogantes en las que se observa una considerable disparidad de opiniones entre los socialistas. En el Congreso de Stuttgart pudieron comprobarse de manera muy palpable estas discrepancias.

En un polo se hallan los socialdemócratas alemanes del tipo de Vollmar. Puesto que el militarismo es hijo del capitalismo y las guerras son un satélite inexcusable del desarrollo capitalista, razonan, no es necesaria ninguna actividad antimilitarista especial. Así mismo lo ha declarado Vollmar en el congreso del partido celebrado en Essen. En cuanto al problema de la conducta que se debe seguir en caso de declaración de guerra, la mayoría de los socialdemócratas alemanes, con Bebel y Vollmar a la cabeza, mantienen a porfía la posición de que los socialdemócratas deben defender a su patria frente a la agresión, de que están obligados a tomar parte en una guerra "defensiva". Esta tesis condujo a Vollmar a declarar en Stuttgart que "todo el amor a la humanidad no puede impedirnos ser buenos alemanes" y al diputado socialdemócrata Noske a proclamar en el Reichstag que, en caso de guerra contra Alemania, "los socialdemócratas no se quedarán atrás de los partidos burgueses y se echar el fusil al hombro". A Noske no le ha faltado más que dar otro paso para decir: "Deseamos que Alemania esté armada todo lo posible".

En el otro polo se encuentra un reducido grupo de partidarios de Hervé. El proletariado no tiene patria, razonan los herveístas. Por tanto, todas las guerras se hacen en provecho de los capitalistas; por tanto, el proletariado debe luchar contra cada guerra. El proletariado debe responder a toda declaración de guerra con la huelga militar y la insurrección. A esto debe reducirse principalmente la propagan da antimilitarista. Por eso presentó Hervé en Stuttgart el siguiente proyecto de resolución: "...El congreso invita a responder *a toda declaración de guerra, venga de donde venga*, con la huelga militar y la insurrección".

Tales son las dos posiciones "extremas" que adoptan en este problema los socialistas occidentales. En ellas se reflejan, "como el sol en una gota de agua", las dos enfermedades que siguen dañando la actividad del proletariado socialista en Occidente: las tendencias oportunistas, de un lado, y la verborrea anarquista, de otro.

Ante todo, hagamos algunas observaciones sobre el patriotismo. Es cierto que en el *Manifiesto Comunista* se dice que "los proletarios no tienen patria"; también es cierto que la posición de Vollmar, Noske y Cía. es "un guantazo" a esta tesis fundamental del socialismo *internacional*. Mas de esto aún no se desprende que sea justa la afirmación de Hervé y de sus partidarios de que al proletariado le es indiferente vivir en una patria o en otra: en la Alemania monárquica, en la Francia republicana o en la Turquía despótica. La patria, es decir, el medio político, cultural y social dado, es el factor más poderoso en la lucha de clase del proletariado. Y si Vollmar no tiene razón, al fijar cierta actitud "auténticamente alemana" del proletariado ante la "patria", tampoco tiene más Hervé con su imperdonable posición no crítica ante un factor tan importante de la lucha emancipadora del proletariado. El proletariado no puede permanecer indiferente e impasible ante las condiciones políticas, sociales y culturales de su lucha; por tanto, tampoco pueden serle indiferentes los destinos de su país. Pero los destinos del país le interesan únicamente *en lo que* atañen a su lucha de clase, y no en virtud de un "patriotismo" burgués, indecoroso por completo en boca de un socialdemócrata.

Más complejo es el otro problema: el de la actitud ante el militarismo y la guerra. A primera vista es evidente que Hervé mezcla de modo intolerable estas dos cuestiones, olvida la relación causal entre la guerra y el capitalismo; si el proletariado adoptase la táctica de Hervé, se condenaría a una labor estéril: utilizaría toda su disposición para el combate (puesto que se habla de insurrección) en luchar contra el efecto (la guerra), dejando que siguiese existiendo la causa (el capitalismo).

El método anarquista de reflexionar se revela aquí en plena medida. Son evidentes la fe ciega en la fuerza milagrosa de toda *action directe*, la desvinculación de esa "acción directa" de la coyuntura sociopolítica general sin el menor análisis de ésta; en suma, "la arbitraria comprensión mecanicista de los fenómenos sociales", según la

expresión de C. Liebknecht.

El plan de Hervé es “muy sencillo”: el día en que se declare la guerra, los soldados socialistas desertarán y los reservistas declararán la huelga, quedándose en sus casas. Sin embargo, “la huelga de reservistas no es una resistencia pasiva: la clase obrera no tardaría en pasar rápidamente a la resistencia abierta, a la insurrección, y esta última tendría mayores posibilidades aún de acabar en una victoria porque el ejército de operaciones se encontraría en las fronteras del país” (G. Hervé. *Leur patrie*[*]).

En eso consiste este “plan real, directo y práctico”; y, seguro de su éxito, Hervé propone que se responda con la huelga militar y la insurrección a toda declaración de guerra.

Como se desprende claramente, no se trata aquí de si puede el proletariado, cuando lo estime conveniente, responder con la huelga y la insurrección a la declaración de guerra. Lo que se discute es si debe imponerse al proletariado la obligación de responder con la insurrección a cada guerra. Resolver la cuestión en este último sentido significaría privar al proletariado de la iniciativa de elegir el momento del combate decisivo y cedérsela a sus enemigos; no sería el proletariado el que eligiese el momento de la lucha en consonancia con sus intereses, cuando es elevada su conciencia socialista general, fuerte su organización, favorable el pretexto, etc.; no, los gobiernos burgueses podrían provocarle a la insurrección incluso cuando las condiciones para ella fuesen desfavorables, por ejemplo, declarando una guerra muy capaz de despertar en vastos sectores de la población sentimientos patrióticos y patrioteros, una guerra que, de este modo, aislaría al proletariado insurrecto. Además, no debe perderse de vista que la burguesía -la cual persigue con tanta saña la labor antimilitarista en tiempos de paz desde la Alemania monárquica hasta la Francia republicana y la Suiza democrática- arremetería con terrible furia contra todo intento de huelga militar en caso de guerra, en el momento de vigencia de las leyes marciales, de los estados de sitio, de los consejos de guerra sumarísimos, etc.

Tiene razón Kautsky, al decir de la idea de Hervé: “La idea de la huelga militar ha nacido bajo el influjo de “buenos” motivos, es noble y está henchida de heroísmo, pero es una tontería heroica”.

El proletariado, si lo considera oportuno y conveniente, puede responder con la huelga militar a la declaración de guerra; puede recurrir también a la huelga militar entre otros medios para conseguir la revolución social. Mas no le conviene atarse las manos con esta “receta táctica”.

Así mismo respondió a esta cuestión litigiosa el Congreso Internacional de Stuttgart.

**III**

Mas si las opiniones de los herveístas son “una tontería heroica”, la posición de Vollmar, Noske y sus correligionarios del “ala derecha” es una cobardía oportunista. Puesto que el militarismo es hijo del capital y caerá con él -razonaban en Stuttgart y, sobre todo, en Essen-, no hace falta una agitación antimilitarista especial: no debe haberla. Pero, les objetaron en Stuttgart, la solución radical de los problemas obrero y femenino, por ejemplo, tampoco es posible mientras exista el régimen capitalista y, sin embargo, luchamos por la legislación obrera, por la ampliación de los derechos civiles de la mujer, etc. La propaganda antimilitarista especial debe hacerse con tanta mayor energía por cuanto cada día son más frecuentes los casos de ingerencia de la fuerza militar en la lucha del trabajo contra el capital y es cada vez más evidente la importancia del militarismo no sólo en la lucha actual del proletariado, sino también en el futuro, en el momento de la revolución social.

La propaganda antimilitarista especial se ve respaldada no sólo por pruebas acordes con los principios, sino por una importante experiencia histórica. Bélgica marcha a la cabeza de los demás países en este terreno. El Partido Obrero Belga, además de la propaganda general de las ideas antimilitaristas, ha organizado grupos de jóvenes socialistas con la denominación de “Joven Guardia” (“Jeunes Gardes”). Los grupos de un mismo distrito forman parte de la Federación distrital; a su vez, todas las federaciones distritales están unidas en la Federación nacional, dirigida por un “Consejo Central”. Los órganos periodísticos de los “jóvenes guardias” (*La jeunesse c'est l'avenir*; *De Caserne*, *De Loteling*[**], etc.) se difunden ¡en decenas de miles de ejemplares! La federación más fuerte es la de Valonia, que comprende 62 grupos locales con 10.000 militantes; en total, la “Joven Guardia” tiene en la actualidad 121 grupos locales.

Además de la propaganda escrita, se hace una intensa propaganda oral: en enero y septiembre (meses de reclutamiento), en las principales ciudades de Bélgica se celebran asambleas y manifestaciones populares; ante los ayuntamientos, al aire libre, oradores socialistas explican a los reclutas el significado del militarismo. En el “Consejo Central” de los “jóvenes guardias” se ha organizado un “Comité de reclamaciones”, encargado de reunir datos sobre las injusticias cometidas en los cuarteles. Estos datos son

---

[*] G. Hervé. *La patria de ellos*. (*N. de la Edit.*)

[**] *La juventud es el futuro*; *El cuartel*, *El recluta*. (*N. de la Edit.*)

publicados cada día en el órgano central del partido, *Le Peuple*[248] en una sección titulada *Vida del ejército*. La propaganda antimilitarista no se detiene en el umbral del cuartel, sino que los soldados socialistas forman grupos para hacer propaganda en el seno del ejército. En la actualidad existen unos quince grupos de este tipo ("uniones de soldados").

Siguiendo el ejemplo belga, aunque variando en intensidad y formas de organización, se hace propaganda antimilitarista en Francia*, Suiza, Austria y otros países.

Así pues, la actividad antimilitarista especial no es sólo necesaria en especial, sino también conveniente y fructífera en la práctica. Por eso, puesto que Vollmar se rebela contra ella, señalando que el régimen policiaco existente en Alemania la hace imposible y que hay peligro de que por su culpa sean desbaratadas las organizaciones del partido, el problema se reduce a analizar en concreto las condiciones de un país determinado; se trata de un hecho, y no de un principio. Aunque también en este caso es justa la observación de Jaurès de que la socialdemocracia alemana, que soportó en su juventud, en los duros años de las leyes de excepción contra los socialistas[249] la mano de hierro del conde de Bismarck, ahora, incomparablemente acrecida y fortalecida, podría no temer las persecuciones de los actuales gobernantes. Mas Vollmar no tiene ninguna razón cuando trata de apoyarse en el argumento de que la propaganda antimilitarista especial es inconveniente por principio.

No menos oportunista es la convicción de Vollmar y sus correligionarios de que los socialdemócratas tienen el deber de participar en una guerra defensiva. La brillante crítica de Kautsky no ha dejado piedra sobre piedra de estos puntos de vista. Kautsky ha señalado que, a veces, sobre todo en los momentos de embriaguez patriótica, es completamente imposible comprender si una guerra determinada responde a objetivos defensivos u ofensivos (Kautsky cita este ejemplo: ¿atacó o se defendió el Japón al comienzo de la guerra ruso-japonesa?). Los socialdemócratas se enredarían en la maraña de las negociaciones diplomáticas si se les ocurriese fijar su actitud ante la guerra en dependencia de este síntoma. Los socialdemócratas pueden verse incluso en una situación que les mueva a exigir guerras ofensivas. En 1848 (no estar de más que lo recuerden también los herveístas), Marx y Engels consideraban necesaria la guerra de Alemania contra Rusia. Más tarde trataron de influir en la opinión pública de Inglaterra para inclinarla a la guerra contra Rusia. Por cierto, Kautsky cita el siguiente ejemplo hipotético: "Supongamos –dice- que el movimiento revolucionario triunfa en Rusia y que la influencia de este triunfo hace que el poder pase en Francia a manos del proletariado; supongamos, por otro lado, que contra la nueva Rusia se forma una coalición de los monarcas europeos. ¿Protestará la socialdemocracia internacional si la República Francesa acude en ayuda de Rusia?" (C. Kautsky. *Nuestro punto de vista sobre el patriotismo y la guerra*).

Es evidente que, en esta cuestión (lo mismo que en el criterio acerca del "patriotismo"), no es el carácter defensivo u ofensivo de la guerra, sino los intereses de la lucha de clase del proletariado, o, mejor dicho, los intereses del movimiento internacional del proletariado, lo que constituye el único punto de vista desde el que se puede abordar y resolver el problema de la actitud de los socialdemócratas ante uno u otro fenómeno de las relaciones internacionales.

Un reciente artículo de Jaurès muestra hasta dónde es capaz de llegar el oportunismo en estas cuestiones. Al exponer su opinión sobre la situación internacional en un periódico liberal burgués de Alemania, Jaurès defiende la alianza de Francia e Inglaterra con Rusia contra las acusaciones de propósitos no pacíficos y considera esta alianza "una garantía de paz", congratulándose de que "hemos vivido para ver ahora la alianza de Inglaterra y Rusia, los dos viejos enemigos".

En la *Carta abierta* a Jaurès, publicada en el último número de *Neue Zeit*[250], Rosa Luxemburgo enjuicia de manera magnífica esa opinión y da fogosa réplica a su autor.

En primer lugar, Rosa Luxemburgo hace constancia de que hablar de alianza de "Rusia" e "Inglaterra" significa "hablar en el lenguaje de los políticos burgueses", ya que los intereses de los Estados capitalistas y los intereses del proletariado en política exterior son opuestos y no puede hablarse de armonía de intereses en la esfera de las relaciones exteriores. Si el militarismo es producto del capitalismo, eso significa que las guerras tampoco pueden ser suprimidas por las intrigas de los gobernantes y diplomáticos y que la tarea de los socialistas no consiste en despertar ilusiones en este sentido, sino, por el contrario, en denunciar permanentemente la hipocresía y la impotencia de las "gestiones pacíficas" en el terreno diplomático.

Pero el punto más importante de la "carta" es la apreciación de la alianza de Inglaterra y Francia con Rusia, alianza tan alabada por Jaurès. La burguesía europea ha dado al zarismo la posibilidad de rechazar el ataque revolucionario. "Ahora, en el

* Una peculiaridad interesante de los franceses es el llamado "sou del soldado": cada semana, el obrero entrega un sou al secretario de su sindicato; la sumas así reunidas son enviadas a los soldados "para recordarles que, incluso vestidos de uniforme, pertenecen a la clase explotada y no deben olvidarlo en ninguna circunstancia".

intento de transformar la victoria temporal sobre la revolución en victoria definitiva, el absolutismo se vale, ante todo, del probado recurso de todas las despotías que se tambalean: de los éxitos en política exterior". Todas las alianzas de Rusia implican hoy "una Santa Alianza de la burguesía de la Europa Occidental con la contrarrevolución rusa, con los opresores y verdugos de los luchadores rusos y polacos por la libertad, implican el fortalecimiento de la más sangrienta reacción no sólo dentro de Rusia, sino también en las relaciones internacionales". "Por eso, la tarea más elemental de los socialistas y los proletarios de todos los países consiste en impedir con todas sus energías la alianza con la Rusia contrarrevolucionaria".

> "¿Cómo explicarse -pregunta Rosa Luxemburgo a Jaurès- que vaya usted a esforzarse "con la mayor energía" por hacer del gobierno de los sangrientos verdugos de la revolución rusa y la insurrección persa un factor influyente de la política europea, y de las horcas rusas pilares de la paz internacional? ¿Usted, que en cierta ocasión pronunció en el Parlamento francés un brillante discurso contra el empréstito ruso? ¿Usted, que hace unas semanas publicó en su periódico *L'Humanité* un ardoroso llamamiento a la opinión pública contra la sangrienta labor de los tribunales militares en la Polonia rusa? ¿Cómo es posible conciliar sus planes de paz, basados en la alianza franco-rusa y anglo-rusa, con la reciente protesta de la minoría socialista del Parlamento francés y la Comisión Administrativa del Consejo Nacional del Partido Socialista contra el viaje del presidente Fallières a Rusia, con esa protesta firmada por usted, la cual defiende en términos fogosos los intereses de la revolución rusa? Si el Presidente de la República Francesa desea remitirse a la idea que usted tiene de la situación internacional, responderá así a su protesta: quien aprueba el fin, debe aprobar también los medios; quien ve en la alianza con la Rusia zarista la armonía de la paz internacional, debe aceptar todo lo que fortalece esa alianza y conduce a la amistad.
>
> "¡Qué habría dicho usted si en Alemania, Rusia o Inglaterra hubieran surgido en otros tiempos socialistas y revolucionarios que, "en beneficio de la paz", hubiesen recomendado la alianza con el gobierno de la restauración o con el gobierno de Thiers y Jules Favre y refrendado esa alianza con su prestigio moral!".

Esta carta habla por sí sola, y los socialdemócratas rusos no pueden sino aplaudir a la camarada Rosa Luxemburgo por su protesta y por su defensa de la revolución rusa ante el proletariado internacional.

*Publicado el 23 de julio de 1908 en el núm. 33 de "Proletari".*

*t. 17, págs. 186-196.*

## EL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL Y LA SITUACIÓN POLÍTICA ACTUAL.

En la Universidad de San Petersburgo se ha declarado una huelga estudiantil, a la que se han sumado numerosos establecimientos de enseñanza superior. El movimiento se ha extendido ya a Moscú y Járkov. A juzgar por los datos que publican los periódicos rusos y extranjeros, así como por los contenidos en cartas privadas remitidas desde Rusia, nos encontramos ante un movimiento *académico* bastante amplio[251].

¡Retorno a lo antiguo! ¡Retorno a la Rusia prerrevolucionaria!: eso es lo que prueban, ante todo, dichos acontecimientos. La reacción gubernamental sigue apretando las clavijas a las universidades. La lucha eterna en la Rusia autocrática contra las organizaciones estudiantiles ha adquirido la forma de cruzada del ministro ultrarreaccionario Shvarts -quien obra con la plena conformidad del "premier" Stolypin- contra la autonomía prometida a los estudiantes en el otoño de 1905 (¡qué no "prometería" entonces la autocracia, bajo la presión de la clase obrera revolucionaria, a los ciudadanos rusos!), contra la autonomía que disfrutaban los estudiantes cuando la autocracia "no tenía tiempo de ocuparse" de ellos y que ella, por su propia naturaleza, había de empezar a arrebatarles.

La prensa liberal -esta vez a la par que algunos octubristas[252]- se aflige y gime como antes, se afligen y gimotean los señores catedráticos, implorando al gobierno que no emprenda el camino de la reacción, que aproveche la magnífica oportunidad para "asegurar con reformas la paz y el orden" en "el país atormentado por las conmociones", y suplicando a los estudiantes que no recurran a medios ilegales de acción, capaces únicamente de hacer el juego a la reacción, etc., etc., etc. ¡Qué viejas y trilladas cantilenas! ¡Con qué vivacidad resucitan ante nosotros lo que ocurrió hará veinte años, a finales de la década del 80 del siglo pasado! La semejanza de aquellos tiempos con los de hoy parecerá sorprendente, sobre todo, si se toma el momento actual por separado, al margen de los tres años de revolución vividos, ya que la Duma[253] expresa con una pequeñísima diferencia (a primera vista) la misma correlación de fuerzas existente antes de la revolución: la dominación del terrateniente brutal que prefiere tener conocidos en la corte e influencias mediante su cofrade, el funcionario público, antes que cualquier representación; el apoyo de los comerciantes (octubristas), a ese mismo funcionario, pues no se atreven a quedarse sin padres bienhechores; la "oposición" de los intelectuales burgueses, que se preocupan, ante todo, de demostrar su lealtad y que califican de actividad política del liberalismo la invocación a los poderosos. Los diputados obreros de la Duma hacen recordar poco, demasiado poco, el papel que desempeñó no hace tanto el proletariado con su lucha declarada de masas.

Cabe preguntar: ¿podemos, en esas condiciones, conceder importancia a las viejas formas de lucha académica primitiva de los estudiantes? Si los liberales han retrocedido a la "política" de los años 80 (sólo en tono de burla puede hablarse aquí, naturalmente, de política), ¿no empequeñecerá la socialdemocracia sus tareas al considerar necesario apoyar de una u otra forma la lucha académica?

Por lo visto, esta pregunta se la hacen en algún sitio lo estudiantes socialdemócratas. Al menos, la redacción de nuestro periódico ha recibido una carta de un grupo de estudiantes socialdemócratas, en la que se dice, entre otras cosas:

> "El 13 de septiembre, la asamblea de estudiantes de la Universidad de San Petersburgo acordó llamar a la huelga general estudiantil en todo el país, motivando su llamamiento en la táctica agresiva de Shvarts; la plataforma de la huelga es académica; la asamblea aplaude incluso los "primeros pasos" de los claustros de profesores de Moscú y San Petersburgo en la lucha por la autonomía. Nos deja perplejos la plataforma académica presentada por la asamblea de San Petersburgo y la consideramos inadmisible en las circunstancias presentes e incapaz de unir a los estudiantes para una lucha enérgica y amplia. Concebimos la acción estudiantil únicamente coordinada con la lucha política general, en ningún caso aislada. No existen elementos capaces de unir al estudiantado. En vista de ello, nos pronunciamos contra la acción académica".

El error en que incurren los autores de la carta es de un alcance político mucho mayor de lo que podría su ponerse a simple vista, pues el juicio expuesto aborda, en el fondo, un tema incomparablemente más amplio e importante que la participación en esta huelga.

> "Concebimos la acción estudiantil únicamente coordinada con la lucha política general. En vista de ello, nos pronunciamos contra la acción académica".

Este juicio es profundamente erróneo. La consigna revolucionaria -hay que tender a coordinar la acción política de los estudiantes con el

proletariado, etc.- se transforma, en este caso, de guía viva para una agitación cada vez más amplia, múltiple y combativa, en un dogma muerto que se aplica maquinalmente a etapas distintas de formas diversas del movimiento. No basta con proclamar la acción política coordinada, repitiendo la "última palabra" de las enseñanzas de la revolución. Hay que *saber* agitar a favor de la acción política, *aprovechando* para ello todas las posibilidades, todas las condiciones y, ante todo y sobre todo, cualquier conflicto multitudinario de tales o cuales elementos avanzados con la autocracia. No se trata, naturalmente, de que clasifiquemos de antemano todo movimiento estudiantil por "etapas" obligatorias y observemos sin falta si atraviesa con exactitud cada etapa, temiendo desviaciones "inoportunas" hacia el terreno de la política etc. Semejante punto de vista sería una pedantería de lo más perniciosa y sólo conduciría a una política oportunista. Pero no menos pernicioso es el error inverso, cuando, en aras de una consigna mal entendida en el sentido de su rigidez, no se quieren tener en cuenta ni la situación creada en la práctica ni las condiciones del respectivo movimiento de masas: tal aplicación de una consigna degenera de modo inevitable en palabrería revolucionaria.

Son posibles condiciones en las que el movimiento académico empequeñezca o desmiembre el movimiento político o desvíe de él. En esos casos, los grupos socialdemócratas de estudiantes estarían obligados, como es natural, a concentrar su agitación contra tal movimiento. Sin embargo, todo el mundo ve que las condiciones políticas objetivas del momento son distintas: el movimiento académico es una expresión del *comienzo* del movimiento de la nueva "hornada" de jóvenes estudiantes, acostumbrados ya más o menos a una autonomía raquítica. Este movimiento se inicia cuando no existen otras formas de lucha de masas, en medio de una calma que permite a las multitudes seguir *digiriendo* -todavía en silencio, absortas y pausadas- las experiencias de tres años de revolución.

En esas condiciones, la socialdemocracia cometería un profundo error si se pronunciase "contra la acción académica". No, los grupos de estudiantes afiliados a nuestro partido deben orientar todos sus esfuerzos a apoyar, aprovechar y ampliar ese movimiento. Como todo apoyo de la socialdemocracia a las formas primitivas de movimiento, el presente apoyo debe consistir asimismo, ante todo y sobre todo, en extender nuestra influencia ideológica y orgánica a sectores más amplios, enardecidos por el conflicto y encarados a cada paso, en esta forma de conflicto, con *el primer* conflicto político. Porque la juventud estudiantil que ha ingresado en las universidades durante los dos años últimos ha vivido apartada casi por completo de la política y está educada en el espíritu de la estrecha autonomía académica no sólo por los catedráticos adictos al gobierno y por la prensa gubernamental, sino también por los catedráticos liberales y por todo el Partido Demócrata Constitucionalista. Para esta juventud, la huelga amplia (¡si sabe organizar una huelga amplia!; nosotros hemos de hacer todo lo posible para ayudarle a organizarla, aunque naturalmente, no somos los socialistas quienes respondemos de que uno u otro movimiento burgués se vea coronado por el éxito) es el comienzo de un conflicto político, así lo comprendan como no los contendientes. Nuestra tarea estriba en explicar a la masa de protestantes "académicos" el significado objetivo de este conflicto, en procurar convertirlo en un movimiento político *consciente*, en decuplicar la labor de agitación de los grupos socialdemócratas del estudiantado y en *orientar toda* esta actividad a que se asimilen las conclusiones revolucionarias de la historia de tres años, a que se comprenda la indispensabilidad de una nueva lucha revolucionaria, a que nuestras viejas consignas -que siguen siendo actuales por completo- de derrocamiento de la autocracia y de convocatoria de la Asamblea Constituyente vuelvan a ser objeto de discusión y piedra de toque de la concentración política de las generaciones lozanas de la democracia.

Los estudiantes socialdemócratas no tienen derecho a renunciar a semejante labor, cualesquiera que sean las circunstancias. Y por difícil que sea esa labor en el momento presente, por muchos fracasos que sufran unos u otros agitadores en una u otra universidad, asociación de estudiantes, asamblea, etc., les diremos: ¡llamad y os abrirán! La labor de agitación política jamás se pierde en vano. Su éxito no se mide únicamente porque hayamos logrado o no, al punto y sin demora, la mayoría o el acuerdo para la acción política coordinada. Es posible que no lo consigamos de golpe: para eso somos precisamente un partido proletario organizado, para que los reveses transitorios no nos cohíban, sino para hacer *nuestra labor* con tenacidad, con perseverancia y constancia, incluso en las condiciones más difíciles.

El llamamiento del Consejo Estudiantil de Coalición de San Petersburgo que publicamos a continuación, prueba que incluso los elementos más activos del estudiantado se aferran tenazmente al academicismo puro y siguen entonando hasta ahora la cantinela demócrata constitucionalista y octubrista. Y eso al mismo tiempo que la prensa demócrata constitucionalista y octubrista mantiene la actitud más infame ante la huelga, procurando demostrar en pleno apogeo de la lucha que ésta es perjudicial, criminal, etc. No podemos menos de aplaudir la réplica que el Comité de San

Petersburgo de nuestro partido ha tenido a bien dar al Consejo de Coalición (véase *Vida del Partido*[254]).

Por lo visto, el látigo de Shvarts no es suficiente aún para hacer de los estudiantes "académicos" de nuestros días estudiantes "políticos"; para completar la instrucción revolucionaria de los nuevos cuadros se necesita, además, el aguijón de nuevos y nuevos centuriones negros. Con esos cuadros, instruidos por toda la política stolypiniana, instruidos por cada paso de la contrarrevolución, también debemos trabajar constantemente nosotros, los socialdemócratas, que vemos clara la inexcusabilidad objetiva de nuevos conflictos democráticos burgueses a escala nacional con la autocracia, la cual ha cerrado filas con la Duma de las centurias negras y los octubristas.

Sí, a escala nacional, pues la contrarrevolución de las centurias negras, al hacer retroceder a Rusia, no sólo templa a nuevos luchadores en las filas del proletariado revolucionario, sino que levantará también de modo inevitable un nuevo movimiento de la democracia no proletaria, es decir, burguesa (comprendiendo por él, como es natural, no la participación de *toda la oposición* en la lucha, sino la amplia participación de los elementos de la burguesía y de la pequeña burguesía verdaderamente democráticos, es decir, capaces de luchar). El comienzo de la lucha estudiantil de masas en la Rusia de 1908 es un síntoma político, un síntoma de toda la situación actual, creada por la contrarrevolución. Miles y millones de hilos ligan a la juventud estudiantil con la burguesía media e inferior, con los pequeños funcionarios, con determinados grupos del campesinado, del clero, etc. Si en la primavera de 1908 se intentó resucitar la Unión de Liberación[255] más a la izquierda que la vieja unión demócrata constitucionalista, semiterrateniente, representada por Piotr Struve; si en el otoño empieza a agitarse la multitud juvenil más próxima a la burguesía democrática de Rusia; si los escritorzuelos venales vuelven a aullar con rabia decuplicada contra la revolución en las escuelas; si gimen y lloran los ruines catedráticos liberales y los jefes demócratas constitucionalistas con motivo de las huelgas inoportunas, peligrosas y funestas, indeseables para los queridos octubristas, capaces de "apartar" a los octubristas, a los octubristas dominantes, eso significa que se almacena nuevo material explosivo en los polvorines, significa que *no sólo* entre los estudiantes comienza la reacción contra los reaccionarios.

Y por débil e incipiente que sea este comienzo, el partido de la clase obrera debe aprovecharlo y lo aprovecha. Supimos trabajar años y decenios antes de la revolución, llevando nuestras consignas revolucionarias primero a los círculos obreros, después a las masas obreras, luego a la calle y más tarde a las barricadas. Debemos saber *también ahora* poner a punto, ante todo, lo que constituye la tarea del día y sin lo cual no dejarán de ser frases vacías cuanto se hable de la acción política coordinada, a saber: una fuerte organización proletaria que haga por doquier *agitación política* entre las masas a favor de sus consignas revolucionarias. También nuestros grupos universitarios deben ocuparse de esta organización en sus medios estudiantiles, de esta agitación basada en el movimiento dado.

El proletariado no se hará esperar. Cede con frecuencia a la democracia burguesa la primacía de los discursos en los banquetes, en las asociaciones legales, en las universidades, desde las tribunas de las instituciones representativas. Pero no cede ni cederá jamás la primacía en la lucha revolucionaria, seria y grande de las masas. Las condiciones para el estallido de esta lucha no maduran con tanta rapidez ni facilidad como quisiéramos unos u otros; pero estas condiciones maduran continuamente. Y el pequeño comienzo de los pequeños conflictos académicos es un gran comienzo, pues detrás irán - si no hoy, mañana; si no mañana, pasado mañana- grandes continuaciones.

*Publicado el 3 (16) de octubre de 1908 en el núm. 36 de "Proletari".*
*T. 17, págs. 214-220.*

**EN RUTA.**

Queda atrás un año de desbarajuste, de confusión ideológica y política, un año de dispersión del partido. Todas las organizaciones del partido han visto reducidos sus efectivos, y algunas -precisamente las que contaban con menor número de proletarios- se han venido abajo. Las organizaciones semilegales del partido, creadas por la revolución, han sufrido golpe tras golpe. Las cosas han llegado al punto de que algunos militantes, influidos por el ambiente de disgregación, se han preguntado si es preciso mantener el partido socialdemócrata tal como era antes, si es preciso continuar su obra, si es preciso ir de nuevo a la clandestinidad y cómo hacerlo. Los del ala de extrema derecha han respondido en el sentido de la legalización a todo trance, aun a costa de renunciar abiertamente al programa, a la táctica y a la organización del partido (la llamada corriente liquidadora)[256]. Indudablemente, no ha sido sólo una crisis en el terreno de la organización, sino también una crisis ideológica y política.

La reciente Conferencia nacional del POSDR marca la ruta al partido y, por lo visto, representa un viraje en el desarrollo del movimiento obrero ruso después de la victoria de la contrarrevolución. Los acuerdos de la conferencia, publicados en el Comunicado especial del Comité Central de nuestro partido, han sido aprobados por el CC y entran, por consiguiente, en vigor para todo el partido hasta el congreso siguiente. En estos acuerdos se ha dado una respuesta muy concreta al problema relativo a las causas y a la significación de la crisis, así como a los medios para salir de ella. Trabajando de acuerdo con las resoluciones de la conferencia y luchando por que *todos* los cuadros del partido comprendan de manera clara y plena las tareas actuales del mismo, nuestras organizaciones sabrán vigorizar y cohesionar sus fuerzas para desplegar una actividad socialdemócrata revolucionaria bien coordinada y viva.

La causa fundamental de la crisis del partido está señalada en los considerandos de la resolución sobre problemas de organización. Esta causa fundamental reside en la depuración del partido obrero de elementos intelectuales y pequeñoburgueses vacilantes que se adhirieron al movimiento obrero, principalmente, con la esperanza de un próximo triunfo de la revolución democrática burguesa y que no han podido mantenerse firmes en el período de reacción. La inestabilidad se ha manifestado también en el terreno de la teoría ("apartamiento del marxismo revolucionario": resolución sobre el momento actual), en el terreno de la táctica ("reducción de las consignas") y en el terreno de la política de organización del partido. Los obreros conscientes se han resistido a esta inestabilidad, han actuado con energía contra el liquidacionismo y han empezado a tomar en sus manos los asuntos de las organizaciones del partido y la dirección de las mismas. Si este núcleo básico de nuestro partido no pudo sobreponerse de golpe a los elementos de dispersión y crisis, ello fue debido no sólo a que era grande y difícil la tarea, dado el triunfo de la contrarrevolución, sino a que se manifestó cierta indiferencia ante el partido entre obreros de espíritu revolucionario, pero sin la suficiente conciencia socialista. A los obreros conscientes de Rusia están dirigidas precisamente en primer término las resoluciones de la conferencia, como criterio bien determinado de la socialdemocracia sobre los medios de lucha contra la dispersión y las vacilaciones.

Análisis marxista de las actuales relaciones entre las clases y de la nueva política del zarismo; indicación del objetivo inmediato de la lucha, que sigue siendo el que se marcó nuestro partido; apreciación de las enseñanzas de la revolución en el problema de una justa táctica socialdemócrata revolucionaria; explicación de las causas de la crisis del partido e indicación del papel del elemento proletario de éste en la lucha contra dicha crisis; solución del problema de la correlación entre la organización clandestina y la organización legal; reconocimiento de la necesidad de utilizar la tribuna de la Duma y elaboración de indicaciones rectoras precisas para nuestra minoría de la Duma en relación con la crítica directa de sus errores: tal es el contenido principal de los acuerdos de la conferencia, que dan una respuesta completa a la cuestión del firme camino que ha de elegir el partido de la clase obrera en los duros tiempos que vivimos. Examinemos con atención esta respuesta.

Las relaciones entre las clases en su alineamiento político siguen siendo las mismas que en el período que hemos atravesado de lucha revolucionaria directa de las masas. La inmensa mayoría del campesinado no puede menos de aspirar a una revolución agraria que destruya la propiedad semifeudal de la tierra, revolución que no es factible sin derrocar el poder zarista. El triunfo de la reacción abruma sobre todo a los elementos más democráticos del campesinado, incapaz de organizarse con solidez; pero, a pesar de

toda la opresión, a pesar de la Duma de las centurias negras, a pesar de la extremada inestabilidad de los trudoviques, el espíritu revolucionario de las masas campesinas se ha puesto claramente de relieve incluso a través de los debates en la III Duma. La posición fundamental del proletariado en lo tocante a las tareas de la revolución democrática burguesa en Rusia sigue inmutable: dirigir al campesinado democrático, arrancarlo de la influencia de los burgueses liberales, del partido demócrata constitucionalista, que, a pesar de las pequeñas discordias particulares, sigue acercándose a los octubristas y, en estos últimos tiempos, trata de crear el nacional-liberalismo y de apoyar al zarismo y a la reacción mediante una agitación patriotera. La finalidad de la lucha -se dice en la resolución- sigue siendo la destrucción total de la monarquía y la conquista del poder político por el proletariado y los campesinos revolucionarios.

La autocracia continúa siendo el enemigo principal del proletariado y de toda la democracia. Pero sería un error pensar que la autocracia es lo que era. La "Constitución" stolypiniana y la política agraria stolypiniana[257] constituyen una nueva etapa en la descomposición del viejo zarismo semipatriarcal y semifeudal, un nuevo paso en el camino de la transformación del zarismo en una monarquía burguesa. Los delegados del Cáucaso, que manifestaron el deseo de descartar por entero esta apreciación del momento actual o de poner "plutocrático" donde dice "burgués", sostuvieron un punto de vista erróneo. La autocracia era plutocrática desde hacía mucho, pero sólo después de la primera etapa de la revolución, por el impacto de sus golpes, se está haciendo burguesa en su política agraria y en la alianza directa, organizada a escala nacional, con determinados sectores de la burguesía. La autocracia venía nutriendo desde hace mucho a la burguesía; hace tiempo que la burguesía se viene abriendo paso con su dinero hacia las "alturas", hacia la influencia en la legislación y en la administración, hacia los puestos representativos al lado de la nobleza de alta alcurnia; pero la peculiaridad del momento actual consiste en que la autocracia ha tenido que crear un organismo representativo para determinados sectores de la burguesía, ha tenido que hacer equilibrios entre ellos y los señores feudales, ha tenido que organizar en la Duma la alianza de estos sectores, ha tenido que desistir de todas las esperanzas cifradas en el espíritu patriarcal del mujik y buscar apoyo contra las masas del campo en los ricachones que están arruinando a la comunidad.

La autocracia se encubre con organismos supuestamente constitucionales; pero al mismo tiempo aparece como nunca al desnudo su naturaleza de clase, gracias a la alianza del zar con los Purishkévich y los Guchkov, y sólo con ellos. La autocracia intenta acometer el cumplimiento de tareas objetivamente necesarias de la revolución burguesa: creación de un sistema representativo popular que en realidad administre los asuntos de la sociedad burguesa y depuración de las relaciones agrarias semifeudales, enmarañadas y caducas; pero justamente el resultado práctico de las nuevas medidas de la autocracia es hasta el día de hoy igual a cero, lo que no hace sino demostrar con mayor nitidez la necesidad de otras fuerzas y de otros medios para cumplir esta tarea histórica. Hasta ahora venía contraponiéndose la autocracia, en la conciencia de las masas de millones de personas no duchas en política, al sistema representativo popular en general; ahora, la lucha limita su objetivo, define de un modo más concreto su tarea como contienda por el poder del Estado, contienda que determina el carácter y el significado del propio régimen representativo. He aquí por qué la III Duma representa una etapa particular en la descomposición del viejo zarismo, en el reforzamiento de su aventurerismo, en la profundización de las viejas tareas revolucionarias y en la ampliación del campo de lucha (y del número de los que participan en la lucha) por estas tareas.

Esta etapa debe ser superada; las nuevas condiciones del momento reclaman nuevas formas de lucha; la utilización de la tribuna de la Duma es una necesidad absoluta; la labor prolongada de educación y organización de las masas del proletariado pasa a primer plano; la combinación de la organización clandestina y de la organización legal impone al partido tareas especiales; la divulgación y el esclarecimiento de la experiencia de la revolución, desacreditada por los liberales y los intelectuales liquidadores, son necesarios con fines teóricos y prácticos. Pero la línea táctica del partido, que debe saber tener en cuenta las nuevas condiciones en los métodos y medios de lucha, sigue siendo la misma. La razón de la táctica socialdemócrata revolucionaria -se dice en una de las resoluciones de la conferencia- ha sido confirmada por la experiencia de la lucha de masas de 1905-1907. La derrota de la revolución como resultado de esta primera campaña ha puesto de relieve que eran insuficientes la preparación de las fuerzas y la profundidad y amplitud de la crisis revolucionaria, y no que fuesen erróneas las tareas, no que fuesen "utópicos" los fines inmediatos, no que fuesen desatinados los medios y los métodos; ¡pero Stolypin y Cía. se esfuerzan con celo digno del mayor encomio por ahondar y ampliar esta crisis! Dejemos que los liberales y los azorados intelectuales, después de la primera batalla verdaderamente de masas por la libertad, se

amilanen y digan temerosos: no presentéis combate donde ya fuisteis derrotados; no reemprendáis ese camino fatal. El proletariado consciente les responderá: las grandes guerras de la historia, las grandes tareas de las revoluciones se decidieron únicamente porque las clases avanzadas repitieron sus embestidas, no una vez ni dos, y lograron la victoria aleccionadas por la experiencia de las derrotas. Los ejércitos derrotados aprenden bien. Las clases revolucionarias de Rusia fueron derrotadas en la primera campaña, pero sigue en pie la situación revolucionaria. La crisis revolucionaria se avecina y madura de nuevo, aunque en otras formas y por distinto camino, a veces con mucha más lentitud de lo que desearíamos. Debemos llevar a cabo una labor prolongada de preparación de masas más amplias para esa crisis, de una preparación más seria que tenga en cuenta tareas superiores y más concretas, y cuanto mayor sea la eficacia con que realicemos esa labor, tanto más segura será la victoria en la nueva lucha. El proletariado ruso puede enorgullecerse de que en 1905, bajo su dirección, una nación de esclavos se transformó por vez primera en un ejército de millones de combatientes que atacaba al zarismo, en un ejército de la revolución. Y ese mismo proletariado sabrá ahora realizar una labor consecuente, firme y paciente de educación y preparación de los nuevos cuadros de una fuerza revolucionaria más poderosa.

Como ya hemos indicado, la utilización de la tribuna de la Duma forma necesariamente parte de esta labor de educación y preparación. La resolución de la conferencia sobre la minoría de la Duma señala a nuestro partido el camino más afín -de buscar ejemplos en la historia- a la experiencia de los socialdemócratas alemanes durante la vigencia de la Ley de excepción. Un partido ilegal debe saber utilizar, debe aprender a utilizar la minoría legal de la Duma, debe educar a esta minoría, haciendo de ella una organización de partido que esté a la altura de sus tareas. La táctica más errónea, la desviación más lamentable de esta labor proletaria consecuente, dictada por las condiciones del momento que atravesamos, sería la de plantear la cuestión de la retirada de la minoría (en la conferencia hubo dos "otzovistas"[258], que no plantearon abiertamente la cuestión) o renunciar a la crítica directa y pública de los errores de dicha minoría y a la enumeración de estos errores en la resolución (cosa que pretendieron en la conferencia algunos delegados). La resolución reconoce plenamente que la minoría incurrió también en errores, de los que ella no es la única responsable y que son del todo similares a los inevitables errores de todas las organizaciones de nuestro partido. Pero hay otros errores: las desviaciones de *la línea política* del partido. Puesto que estas desviaciones tuvieron lugar y cayó en ellas una organización que actuaba abiertamente en nombre de todo el partido, el partido estaba obligado a decir con claridad y exactitud que eran desviaciones. En la historia de los partidos socialistas de Europa Occidental han existido en más de una ocasión relaciones anormales entre las minorías parlamentarias y el partido; hasta ahora, en los países latinos, estas relaciones son con frecuencia anormales, las minorías parlamentarias no están suficientemente controladas por el partido. Debemos plantear desde el primer momento de un modo distinto la tarea de crear en Rusia un parlamentarismo socialdemócrata y emprender inmediatamente una labor coordinada en este sentido para que todo diputado socialdemócrata vea realmente que está respaldado por el partido, que el partido siente inquietud por sus faltas y se preocupa de encarrilarlo por la buena senda; para que todo militante participe en la labor general del partido con relación a la Duma, aprenda de la crítica marxista concreta de cada uno de los pasos de la minoría, comprenda que su deber es ayudarla y se esfuerce por lograr que la minoría supedite su actividad específica a toda la labor de propaganda y agitación del partido.

La conferencia ha sido la primera asamblea competente de delegados de las organizaciones más importantes del partido que ha discutido la actividad desplegada por la minoría socialdemócrata de la Duma durante todo el período de las sesiones. Y la resolución de la conferencia es una clara muestra de cómo va a plantear nuestro partido su labor en la Duma, de lo mucho que se exige en este sentido a sí mismo y de lo mucho que exige a la minoría, como también del propósito firme e inalterable de nuestro partido de trabajar para forjar un verdadero parlamentarismo socialdemócrata.

La actitud ante la minoría de la Duma tiene un aspecto que atañe a la táctica y otro a la organización. En este último sentido, la resolución sobre la minoría de la Duma es una nueva aplicación a un caso particular de los principios generales de la política de organización, establecidos por la conferencia en la resolución sobre las directrices en materia de organización. En este punto, la conferencia ha hecho constar la existencia de dos tendencias fundamentales dentro del POSDR: una consistente en trasladar el centro de gravedad a la organización clandestina del partido; y otra -más o menos afín al liquidacionismo- que traslada el centro de gravedad a las organizaciones legales y semilegales. La cuestión estriba en que el momento actual se caracteriza, como ya hemos indicado, por el hecho de que cierto número de militantes, sobre todo intelectuales, pero, en parte, también obreros, abandona el partido. La tendencia liquidacionista

pregunta si son los elementos mejores y más activos los que abandonan el partido y eligen como campo de actividad las organizaciones legales, o si quienes se dan de baja son "los elementos vacilantes intelectuales y pequeñoburgueses". Ni que decir tiene que, al rechazar y condenar con energía el liquidacionismo, la conferencia ha respondido en este último sentido. Los elementos más proletarios del partido y los intelectuales más adictos a los principios y más socialdemócratas han permanecido fieles al POSDR. Los casos de abandono del partido equivalen a su depuración, equivalen a que el partido se ha desembarazado de los amigos menos firmes, de los amigos inseguros, de los "compañeros de viaje" (*Mitläufer*), que siempre se han adherido temporalmente al proletariado, procedentes de la pequeña burguesía o "desclasados", es decir, descarriados de una u otra clase social.

De esta apreciación del principio de organización del partido se desprende lógicamente la orientación de la política de organización adoptada por la conferencia. Reforzar la organización clandestina del partido, crear células del partido en todas las esferas de actividad, constituir en primer término "comités obreros puramente del partido, aunque sean poco numerosos en cada empresa industrial", concentrar las funciones rectoras en manos de dirigentes del movimiento socialdemócrata procedentes de las filas de los propios obreros: ésta es la tarea del día. Como es natural, la misión de estas células y de estos comités debe consistir en utilizar todas las organizaciones semilegales y, a ser posible, las legales, en mantener "un estrecho contacto con las masas" y en orientar el trabajo de forma que la socialdemocracia se haga eco de todas las inquietudes de las masas. Cada célula y cada comité obrero del partido deben convertirse en un "punto de apoyo para la labor de agitación, de propaganda y de organización práctica entre las masas", es decir, deben ir sin falta adonde van las masas y esforzarse a cada paso por impulsar la conciencia de las masas en dirección al socialismo, por ligar cada cuestión parcial a las tareas generales del proletariado, hacer que toda medida de organización contribuya a asegurar la cohesión *de clase* y por conquistar con su energía y con su influencia ideológica (y no con sus títulos y rangos, claro está) el papel dirigente en todas las organizaciones proletarias legales. No importa que a veces estas células y estos comités sean poco numerosos; en cambio, estarán ligados por la tradición y la organización del partido y por un programa concreto de clase; de este modo dos o tres socialdemócratas militantes del partido sabrán no diluirse en una organización legal amorfa, sino aplicar en todas las condiciones, en todas las circunstancias y en todas las situaciones su línea *de partido* e influir sobre el medio social en el espíritu de todo el partido en lugar de dejarse absorber por este medio.

Se pueden disolver las organizaciones de masas de una u otra índole, se puede acosar a los sindicatos legales, se puede malograr con impedimentos policíacos toda iniciativa abierta de los obreros bajo el régimen de la contrarrevolución; pero en el mundo no hay fuerza capaz de evitar la concentración de masas de los obreros en un país capitalista, como lo es ya Rusia. De uno u otro modo, legal o semilegalmente, en forma abierta o velada, la clase obrera encontrará unos u otros puntos de cohesión; siempre y por doquier irán delante de las masas los socialdemócratas conscientes afiliados al partido, siempre y por doquier se cohesionarán éstos para influir en las masas en el espíritu del partido. Y la socialdemocracia, que demostró en la revolución abierta que ella es el partido de la clase y que supo llevar tras de sí a millones de personas a la huelga, a la insurrección en 1905 y a las elecciones en 1906-1907, sabrá también ahora seguir siendo el partido de la clase, el partido de las masas, sabrá seguir siendo la vanguardia que, en los momentos más difíciles, no se separará de su ejército y sabrá ayudarle a remontar este período difícil, cohesionar de nuevo sus filas y preparar nuevos luchadores.

Ya pueden alborozarse y aullar los jerarcas de las centurias negras en la Duma y fuera de la Duma, en la capital y en las aldeas perdidas, ya puede agitarse en su frenesí la reacción: el sabidillo señor Stolypin no puede dar un paso sin acelerar la caída de la autocracia equilibrista, sin madejar un nuevo ovillo de sinrazones y quimeras políticas, sin sumar fuerzas nuevas y frescas a las filas del proletariado y a las filas de los elementos revolucionarios de la masa campesina. El partido, que sabrá consolidarse para desplegar una labor consecuente en ligazón con las masas, el partido de la clase avanzada, que sabrá organizar a la vanguardia de dicha clase y orientar sus fuerzas para influir en el espíritu socialdemócrata sobre cada aspecto de la vida del proletariado, este partido ha de vencer contra viento y marea.

*Publicado el 28 de enero (10 de febrero) de 1909 en el núm. 2 de "Sotsial-Demokrat".*
*T. 17, págs. 354-365.*

## ACTITUD DEL PARTIDO OBRERO ANTE LA RELIGIÓN.

El discurso del diputado Surkov en la Duma de Estado, durante la discusión del presupuesto del Sínodo[259], y los debates en nuestra minoría de la Duma, al examinarse el proyecto de este discurso -que publicamos a continuación- han planteado un problema de extraordinaria importancia y actualidad precisamente en nuestros días. Es indudable que el interés por todo lo relacionado con la religión abarca ahora a vastos círculos de la "sociedad", habiendo penetrado en las filas de los intelectuales próximos al movimiento obrero y en ciertos medios obreros. La socialdemocracia tiene el deber ineludible de exponer su actitud ante la religión.

La socialdemocracia basa toda la concepción del mundo en el socialismo científico, es decir, en el marxismo. La base filosófica del marxismo, como declararon repetidas veces Marx y Engels, es el materialismo dialéctico, que hizo suyas plenamente las tradiciones históricas del materialismo del siglo XVIII en Francia y de Feuerbach (primera mitad del siglo XIX) en Alemania, del materialismo indiscutiblemente ateo y decididamente hostil a toda religión. Recordemos que todo el *Anti-Dühring* de Engels, que Marx leyó en manuscrito, acusa al materialista y ateo Dühring de inconsecuencia en su materialismo y de haber dejado escapatorias a la religión y a la filosofía religiosa. Recordemos que, en su obra sobre Ludwid Feuerbach, Engels le reprocha haber luchado contra la religión no para aniquilarla, sino para renovarla, para crear una religión nueva, "sublime", etc. La religión es el opio del pueblo. Esta máxima de Marx constituye la piedra angular de toda la concepción marxista en la cuestión religiosa[26O]. El marxismo considera siempre que todas las religiones e iglesias modernas, todas y cada una de las organizaciones religiosas son órganos de la reacción burguesa llamados a defender la explotación y a embrutecer a la clase obrera.

Sin embargo, Engels condenó reiteradamente a la vez los intentos de quienes, deseando ser "más izquierdistas" o "más revolucionarios" que la socialdemocracia, pretendían introducir en el programa del partido obrero el reconocimiento categórico del ateísmo como declaración de guerra a la religión. Al referirse en 1874 al célebre manifiesto de los comuneros blanquistas[261] emigrados en Londres, Engels calificaba de estupidez su vocinglera declaración de guerra a la religión, afirmando que semejante actitud era el medio mejor de avivar el interés por la religión y de dificultar la verdadera extinción de la misma. Engels acusaba a los blanquistas de ser incapaces de comprender que sólo la lucha de clase de las masas obreras, al atraer ampliamente a los vastos sectores proletarios a *una actividad práctica* social consciente y revolucionaria, será capaz de librar de verdad a las masas oprimidas del yugo de la religión, en tanto que declarar como misión política del partido obrero la guerra a la religión es una frase anarquista[262]. Y en 1877, al anatematizar sin piedad en el *Anti-Dühring* las mínimas concesiones del filósofo Dühring al idealismo y a la religión, Engels condenaba con no menos energía la idea seudorrevolucionaria de aquél sobre la prohibición de la religión en la sociedad socialista. Declarar semejante guerra a la religión, decía Engels, significaría "ser más bismarckista que Bismarck", es decir, repetir la necedad de su lucha contra los clericales (la famosa "lucha por la cultura", *Kulturkampf*, o sea, la lucha sostenida por Bismarck en la década de 1870 contra el Partido Católico Alemán, el partido del "Centro", mediante persecuciones policíacas del catolicismo). Lo único que consiguió Bismarck con esta lucha fue *fortalecer* el clericalismo militante de los católicos y perjudicar a la causa de la verdadera cultura, pues colocó en primer plano las divisiones religiosas en lugar de las divisiones políticas, distrayendo así la atención de algunos sectores de la clase obrera y de la democracia de las tareas esenciales de la lucha de clase y revolucionaria para orientarlos hacia el anticlericalismo más superficial y falazmente burgués. Al acusar a Dühring, que pretendía aparecer como ultrarrevolucionario, de querer repetir en otra forma la misma necedad de Bismarck, Engels requería del partido obrero que supiese trabajar con paciencia para organizar e ilustrar al proletariado, para realizar una obra que conduce a la extinción de la religión, y no lanzarse a las aventuras de una guerra política contra la religión[263]. Este punto de vista arraigó en la socialdemocracia alemana, que se manifestó, por ejemplo, a favor de la libertad de acción de los jesuitas, a favor de su admisión en Alemania y de la abolición de todas las medidas de lucha policíaca contra una u otra religión. "Declarar la religión asunto privado": este famoso punto del Programa de Erfurt (1891) afianzó dicha táctica política de la socialdemocracia.

Esta táctica se ha convertido ya en una rutina, ha llegado a originar una nueva adulteración del

marxismo en el sentido contrario, en el sentido oportunista. La tesis del Programa de Erfurt ha comenzado a ser interpretada en el sentido de que nosotros, los socialdemócratas, nuestro partido, *considera* la religión asunto privado; que para nosotros, como socialdemócratas y como partido, la religión es asunto privado. Sin polemizar directamente con este punto de vista oportunista, Engels estimó necesario en la década del 90 del siglo XIX combatirlo con energía no en forma polémica, sino de modo positivo: en forma de una declaración en la que subrayaba adrede que la socialdemocracia tiene a la religión por asunto privado con *respecto al Estado*, pero en modo alguno con respecto a sí misma, con respecto al marxismo, con respecto al partido obrero[264].

Tal es la historia externa de las manifestaciones de Marx y Engels acerca de la religión. Para quienes tienen una opinión desordenada del marxismo, para quienes no saben o no quieren meditar, esta historia es un cúmulo de contradicciones absurdas y de vaivenes del marxismo: una especie de mezcolanza de ateísmo "consecuente" y de "condescendencias" con la religión, vacilaciones "carentes de principios" entre la guerra r-r-revolucionaria contra Dios y la aspiración cobarde de "adaptarse" a los obreros creyentes, el temor a espantarlos, etc., etc. En las publicaciones de los charlatanes anarquistas pueden hallarse no pocos ataques de esta índole al marxismo.

Pero quienes sean capaces, aunque sólo en grado mínimo, de enfocar con seriedad el marxismo, de profundizar en sus bases filosóficas y en la experiencia de la socialdemocracia internacional, verán con facilidad que la táctica del marxismo ante la religión es profundamente consecuente y que Marx y Engels la meditaron bien; verán que lo que los diletantes o ignorantes consideran vacilaciones es una conclusión directa e ineludible del materialismo dialéctico. Constituiría un craso error pensar queja aparente "moderación" del marxismo frente a la religión se explica por sedicentes razones "tácticas", por el deseo de "no espantar", etc. Al contrario: la trayectoria política del marxismo también está indisolublemente ligada a sus bases filosóficas en esta cuestión.

El marxismo es materialismo. En calidad de tal, es tan implacable enemigo de la religión como el materialismo de los enciclopedistas del siglo XVIII[265] o el materialismo de Feuerbach. Esto es indudable. Pero el materialismo dialéctico de Marx y Engels va más lejos que el de los enciclopedistas y el de Feuerbach al aplicar la filosofía materialista a la historia y a las ciencias sociales. Debemos luchar contra la religión. Este es el abecé *de todo* el materialismo y, por tanto, del marxismo. Pero el marxismo no es un materialismo que se detiene en el abecé. El marxismo va más allá. Afirma: hay que *saber* luchar contra la religión, y para ello es necesario explicar *desde el punto de vista materialista* los orígenes de la fe y de la religión entre las masas. La lucha contra la religión no puede limitarse ni reducirse a una prédica ideológica abstracta; hay que vincular esta lucha a la actividad práctica concreta del movimiento de clases, que tiende a eliminar las raíces sociales de la religión. ¿Por qué persiste la religión entre los sectores atrasados del proletariado urbano, entre las vastas capas semiproletarias y entre la masa campesina? Por la ignorancia del pueblo, responderán el progresista burgués, el radical o el materialista burgués. En consecuencia, ¡abajo la religión y viva el ateísmo!; la difusión de las concepciones ateístas es nuestra tarea principal. El marxista dice: No es cierto. Semejante opinión es una ficción culturalista superficial, burguesa, limitada. Semejante opinión no es profunda y explica las raíces de la religión de un modo no materialista, de un modo idealista. En los países capitalistas contemporáneos, estas raíces son, principalmente, *sociales*. La raíz más profunda de la religión en nuestros tiempos es la opresión social de las masas trabajadoras, su aparente impotencia total frente a las fuerzas ciegas del capitalismo, el cual causa cada día y cada hora a los trabajadores sufrimientos y martirios mil veces más horrorosos y bárbaros que cualquier acontecimiento extraordinario, como las guerras, los terremotos, etc. "El miedo creó a los dioses". El miedo a la fuerza ciega del capital -ciega porque no puede ser prevista por las masas del pueblo-, que amenaza a cada paso con aportar y aporta al proletario y al pequeño propietario la perdición, la ruina "inesperada", "repentina", "casual", convirtiéndolo en mendigo, en indigente, arrojándolo a la prostitución, acarreándole la muerte por hambre: he ahí *la raíz* de la religión contemporánea que el materialista debe tener en cuenta antes que nada, y más que nada, si no quiere quedarse en aprendiz de materialista. Ningún folleto educativo será capaz de desarraigar la religión entre las masas aplastadas por los trabajos forzados del régimen capitalista y que dependen de las fuerzas ciegas y destructivas del capitalismo, mientras dichas masas no aprendan a luchar unidas y organizadas, de modo sistemático y consciente, contra esa raíz de la religión, contra *el dominio del capital* en todas sus formas.

¿Debe inferirse de esto que el folleto educativo antirreligioso es nocivo o superfluo? No. De esto se deduce otra cosa muy distinta. Se deduce que la propaganda atea de la socialdemocracia debe estar *subordinada* a su tarea fundamental: el desarrollo de la lucha de clases de *las masas* explotadas contra los explotadores.

Es posible que quien no haya reflexionado en las

bases del materialismo dialéctico, es decir, de la filosofía de Marx y Engels, no comprenda (o, por lo menos, no comprenda en seguida) esta tesis. Se preguntará: ¿Cómo es posible subordinar la propaganda ideológica, la prédica de ciertas ideas, la lucha contra un enemigo milenario de la cultura y del progreso (es decir, contra la religión) a la lucha de las clases, es decir, a la lucha por objetivos prácticos determinados en el terreno económico y político?

Esta objeción figura entre las que se hacen corrientemente al marxismo y que testimonian la incomprensión más completa de la dialéctica de Marx. La contradicción que sume en la perplejidad a quienes objetan de este modo es una contradicción real de la vida misma, es decir, una contradicción dialéctica y no verbal ni inventada. Separar con una barrera absoluta, infranqueable, la propaganda teórica del ateísmo -es decir, la destrucción de las creencias religiosas entre ciertos sectores del proletariado- y el éxito, la marcha, las condiciones de la lucha de clase de estos sectores significa discurrir de modo no dialéctico, convertir en barrera absoluta lo que es una barrera móvil y relativa; significa desligar por medio de la violencia lo que está indisolublemente ligado en la vida real. Tomemos un ejemplo. El proletariado de determinada región y de determinada rama industrial se divide, supongamos, en un sector avanzado de socialdemócratas bastante conscientes -que, naturalmente, son ateos- y en otro de obreros bastante atrasados, vinculados todavía al campo y a los campesinos, que creen en Dios, van a la iglesia e incluso se encuentran bajo la influencia directa del cura local, quien, admitámoslo, crea una organización obrera cristiana. Supongamos, además, que la lucha económica en dicha localidad haya llevado a la huelga. El marxista tiene el deber de colocar en primer plano el éxito del movimiento huelguístico, de oponerse resueltamente en esa lucha a la división de los obreros en ateos y cristianos y de combatir esa división. En tales condiciones, la prédica ateísta puede resultar superflua y nociva, no desde el punto de vista de las consideraciones filisteas de que no se debe espantar a los sectores atrasados o perder un acta en las elecciones, etc., sino desde el punto de vista del progreso afectivo de la lucha de clases, que, en las circunstancias de la sociedad capitalista moderna, llevará a los obreros cristianos a la socialdemocracia y al ateísmo cien veces mejor que la mera propaganda atea. En tal momento y en semejante situación, el predicador del ateísmo sólo *favorecería* al cura y a los curas, quienes lo único que desean es sustituir la división de los obreros en huelguistas y no huelguistas por la división en creyentes y ateos. El anarquista, al predicar la guerra contra Dios a toda costa, ayudaría, de hecho, a los curas y a la burguesía (de la misma manera que los anarquistas ayudan siempre, *en la práctica*, a la burguesía). El marxista debe ser materialista, o sea, enemigo de la religión; pero debe ser un materialista dialéctico, es decir, debe plantear la lucha contra la religión no en el terreno abstracto, puramente teórico, de prédica siempre igual, sino de modo concreto, en el término de la lucha de clases que se despliega *en la práctica* y que educa a las masas más que nada y mejor que nada. El marxista debe saber tener en cuenta toda la situación concreta, encontrando siempre la frontera entre el anarquismo y el oportunismo (esta frontera es relativa, móvil, variable, pero existe), y no caer en el "revolucionarismo" abstracto, verbal y, en realidad, vacuo del anarquista, ni en el filisteísmo y el oportunismo del pequeñoburgués o del intelectual liberal que teme la lucha contra la religión, olvida esta tarea suya, se resigna con la fe en Dios y no se orienta por los intereses de la lucha de clase, sino por el mezquino y mísero cálculo de no ofender, no rechazar ni asustar, ateniéndose a la ultrasabia sentencia de "vive y deja vivir a los demás", etc., etc.

Desde este punto de vista hay que resolver todas las cuestiones particulares relativas a la actitud de la socialdemocracia ante la religión. Por ejemplo, se pregunta con frecuencia si un sacerdote puede ser miembro del Partido Socialdemócrata y, por lo general, se responde de modo afirmativo incondicional, invocando la experiencia de los partidos socialdemócratas europeos. Pero esta experiencia no es fruto únicamente de la aplicación de la doctrina marxista al movimiento obrero, sino también de las condiciones históricas especiales de Occidente, que no existen en Rusia (más adelante hablaremos de ellas); de modo que la respuesta afirmativa incondicional es, en este caso, errónea. No se puede declarar de una vez para siempre y para todas las situaciones que los sacerdotes no pueden ser miembros del Partido Socialdemócrata, pero tampoco se puede establecer de una vez para siempre la regla contraria. Si un sacerdote viene a nuestras filas para realizar una labor política conjunta y cumple con probidad el trabajo de partido, sin combatir el programa de éste, podemos admitirlo en las filas socialdemócratas. Porque, en tales condiciones, la contradicción entre el espíritu y las bases de nuestro programa, por un lado, y las convicciones religiosas del sacerdote, por otro, podrían seguir siendo una contradicción personal suya, que sólo a él afectase, ya que una organización política no puede examinar a sus militantes para saber si existe contradicción entre sus conceptos y el programa del partido. Pero, claro está, caso semejante podría ser una rara excepción incluso en Europa, mas en Rusia es ya casi inverosímil. Y si, por ejemplo, un sacerdote

ingresase en el Partido Socialdemócrata y empezase a realizar en él, como labor principal y casi única, la prédica activa de las concepciones religiosas, el partido por fuerza tendría que expulsarlo de sus filas. Debemos no sólo admitir, sino atraer sin falta al Partido Socialdemócrata a todos los obreros que conservan la fe en Dios; somos enemigos incondicionales de la más mínima ofensa a sus creencias religiosas, pero los atraemos para educarlos en el espíritu de nuestro programa y no para que luchen activamente contra él. Admitimos *en el seno* del partido la libertad de opinión, pero dentro de ciertos límites, determinados por la libertad de agrupación: no estamos obligados a marchar codo con codo con los predicadores activos de opiniones que rechaza la mayoría del partido.

Otro ejemplo. ¿Se puede condenar por igual y en todas las circunstancias a los militantes del Partido Socialdemócrata por declarar "el socialismo es mi religión" y por predicar opiniones en consonancia con semejante declaración? No. La desviación del marxismo (y, por consiguiente, del socialismo) es en este caso indudable; pero la significación de esta desviación, su peso relativo, por así decirlo, pueden ser diferentes en diferentes circunstancias. Una cosa es cuando el agitador, o la persona que pronuncia un discurso ante las masas obreras, habla así para que lo comprendan mejor, para empezar su exposición o subrayar con mayor claridad sus conceptos en los términos más usuales entre una masa poco culta. Pero otra cosa es cuando un escritor comienza a predicar la "construcción de Dios" o el socialismo de los constructores de Dios[266] (en el espíritu, por ejemplo, de nuestros Lunacharski y Cía.). En la misma medida en que, en el primer caso, la condenación sería injusta e incluso una limitación inadecuada de la libertad del agitador, de la libertad de influencia "pedagógica", en el segundo caso la condenación por parte del partido es indispensable y obligada. Para unos, la tesis de que "el socialismo es una religión" es una forma de pasar de la religión al socialismo; para otros, *del* socialismo a la religión.

Analicemos ahora las condiciones que han originado en Occidente la interpretación oportunista de la tesis "declarar la religión asunto privado". En ello han influido, naturalmente, las causas comunes que dan origen al oportunismo en general como sacrificio de los intereses fundamentales del movimiento obrero en aras de las ventajas momentáneas. El partido del proletariado exige *del Estado* que declare la religión asunto privado; pero no considera, ni mucho menos, "asunto privado" la lucha contra el opio del pueblo, la lucha contra las supersticiones religiosas, etc. ¡Los oportunistas tergiversan la cuestión como si el Partido *Socialdemócrata considerase* la religión asunto privado!

Pero, además de la habitual deformación oportunista (no explicada en absoluto durante los debates que sostuvo nuestra minoría de la Duma al analizarse el discurso sobre la religión), existen condiciones históricas especiales que han suscitado, si se me permite la expresión, la excesiva indiferencia actual de los socialdemócratas europeos ante la cuestión religiosa. Son condiciones de dos géneros. Primero, la tarea de la lucha contra la religión es una tarea histórica de la burguesía revolucionaria, y la democracia burguesa de Occidente, en la época de *sus* revoluciones o de sus ataques al feudalismo y al espíritu medieval, la cumplió (o cumplía) en grado considerable. Tanto en Francia como en Alemania existe la tradición de la guerra burguesa contra la religión, guerra iniciada mucho antes de aparecer el socialismo (los enciclopedistas, Feuerbach). En Rusia, de acuerdo con las condiciones de nuestra revolución democrática burguesa, esta tarea también recae casi por entero sobre las espaldas de la clase obrera. En nuestro país, la democracia pequeñoburguesa (populista) no ha hecho en este terreno muchísimo (como creen los demócratas constitucionalistas ultrarreaccionarios de nuevo cuño, o los ultrarreaccionarios demócratas constitucionalistas de *Veji*[267]), sino *poquísimo* en comparación con Europa.

Por otra parte, la tradición de la guerra burguesa contra la religión creó en Europa *una deformación* específicamente burguesa de esta guerra por parte del anarquismo, el cual, como han explicado hace ya mucho y reiteradas veces los marxistas, se sitúa en el terreno de la concepción burguesa del mundo, a pesar de toda la "furia" de sus ataques a la burguesía. Los anarquistas y los blanquistas en los países latinos, Most (que, dicho sea de paso, fue discípulo de Dühring) y Cía. en Alemania y los anarquistas de la década del 80 en Austria, llevaron hasta el *nec plus ultra* la frase revolucionaria en su lucha contra la religión. No es de extrañar que, ahora, los socialdemócratas europeos *caigan en el extremo opuesto* de los anarquistas. Esto es comprensible y, en cierto modo, legítimo; pero nosotros, los socialdemócratas rusos, no podemos olvidar las condiciones históricas especiales de Occidente.

Segundo, en Occidente, *después* de haber terminado las revoluciones burguesas nacionales, *después* de haber sido implantada la libertad de conciencia más o menos completa, la lucha democrática contra la religión quedó tan relegada históricamente a segundo plano por la lucha de la democracia burguesa contra el socialismo que los gobiernos burgueses intentaron *conscientemente* desviar la atención de las masas del socialismo, organizando una "cruzada" cuasiliberal contra el

clericalismo. Este carácter tenía también el *Kulturkampf* en Alemania y la lucha de los republicanos burgueses de Francia contra el clericalismo. El anticlericalismo burgués, como medio de desviar la atención de las masas obreras del socialismo, precedió en Occidente a la difusión entre los socialdemócratas de su actual "indiferencia" ante la lucha contra la religión. Y también esto es comprensible y legítimo, pues los socialdemócratas debían oponer al anticlericalismo burgués y bismarckiano precisamente *la subordinación* de la lucha contra la religión a la lucha por el socialismo.

En Rusia, las condiciones son completamente distintas. El proletariado es el guía de nuestra revolución democrática burguesa. Su partido debe ser el guía ideológico en la lucha contra todo lo medieval, incluidos la vieja religión oficial y todos los intentos de renovarla o fundamentarla de nuevo o sobre una base distinta, etc.

Por eso, si Engels corregía con relativa suavidad el oportunismo de los socialdemócratas alemanes -que habían sustituido la reivindicación del partido obrero de que *el Estado* declarase la religión asunto privado, *declarando ellos mismos* la religión asunto privado para los propios socialdemócratas y para el Partido Socialdemócrata-, es lógico que la aceptación de esta tergiversación alemana por los oportunistas rusos mereciera una condenación *cien veces* más dura por parte de Engels.

Al declarar desde la tribuna de la Duma que la religión es el opio del pueblo, nuestra minoría procedió de modo completamente justo, sentando con ello un precedente que deberá servir de base para todas las manifestaciones de los socialdemócratas rusos acerca de la religión. ¿Debería haberse ido más lejos, desarrollando con mayor detalle las conclusiones ateas? Creemos que no. Eso podría haber acarreado la amenaza de que el partido político del proletariado hiperbolizase la lucha antirreligiosa; eso podría haber conducido a borrar la línea divisoria entre la lucha burguesa y la lucha socialista contra la religión. La primera tarea que debía cumplir la minoría socialdemócrata en la Duma ultrarreaccionaria fue cumplida con honor.

La segunda tarea, y quizá la principal para los socialdemócratas -explicar el papel de clase que desempeñan la Iglesia y el clero al apoyar al Gobierno ultrarreaccionario y a la burguesía en su lucha contra la clase obrera-, fue cumplida también con honor. Es claro que sobre este tema podría decirse mucho más, y las intervenciones posteriores de los socialdemócratas sabrán completar el discurso del camarada Surkov; sin embargo, su discurso fue magnífico y su difusión por todas nuestras organizaciones es un deber directo del partido.

La tercera tarea consistía en explicar con toda minuciosidad el sentido *justo* de la tesis que con tanta frecuencia deforman los oportunistas alemanes: "declarar la religión asunto privado". Por desgracia, el camarada Surkov no lo hizo. Esto es tanto más de lamentar por cuanto, en la actividad anterior de la minoría, el camarada Beloúsov cometió un error en esta cuestión, que fue señalado oportunamente en *Proletari*[268]. Los debates en la minoría demuestran que la discusión en torno al ateísmo le impidió ver el problema de cómo exponer correctamente la famosa reivindicación de declarar la religión asunto privado. No acusaremos sólo al camarada Surkovde este error de toda la minoría. Más aún: reconocemos francamente que la culpa es de todo el partido por no haber explicado en grado suficiente esta cuestión, por no haber inculcado suficientemente en la conciencia de los socialdemócratas el significado de la observación de Engels a los oportunistas alemanes. Los debates en la minoría demuestran que eso fue, precisamente, una comprensión confusa de la cuestión y no falta de deseos de atenerse a la doctrina de Marx, por lo que estamos seguros de que este error será subsanado en las intervenciones subsiguientes de la minoría.

En resumidas cuentas, repetimos que el discurso del camarada Surkov es magnífico y debe ser difundido por todas las organizaciones. Al discutir el contenido de este discurso, la minoría ha demostrado que cumple a conciencia con su deber socialdemócrata. Nos resta desear que en la prensa del partido aparezcan con mayor frecuencia informaciones acerca de los debates en el seno de la minoría, a fin de aproximar ésta al partido, de darle a conocer la intensa labor que realiza la minoría y de establecer la unidad ideológica en la actuación de uno y otra.

*Publicado el 13 (26) de mayo de 1909 en el núm. 45 de "Proletari".*
*T. 17, págs. 415-426.*

## HACIA LA UNIDAD.

En febrero de 1909, hace exactamente un año, en el núm. 2 de *Sotsial-Demokrat* caracterizamos las labores de la Conferencia del POSDR, diciendo que lo pusieron a este "en ruta" luego de "un año de desbarajuste, de dispersión ideológica y política, un año de desorientación del partido" (artículo *En ruta**). Señalábamos allí que la grave crisis que atravesaba nuestro partido era, indudablemente, no sólo orgánica, sino también ideológica y política. Juzgábamos que la garantía de una lucha eficaz del organismo del partido contra las influencias disgregadoras del período contrarrevolucionario residía, ante todo, en que las decisiones tácticas de la conferencia habían resuelto con acierto el problema fundamental: la plena confirmación por el partido obrero de sus objetivos revolucionarios, comprobados en el reciente período de tempestad y empuje; de su táctica socialdemócrata revolucionaria, confirmada por la experiencia de la lucha directa de las masas; al mismo tiempo, por haber tenido en cuenta los enormes cambios económicos y político de que hemos sido testigos y los intentos de la autocracia de adaptarse a las condiciones burguesas de la época, de organizarse como monarquía burguesa y asegurar los intereses del zarismo y de los terratenientes cavernícolas, mediante una alianza abierta, amplia y realizada en forma sistemática con los sectores superiores de la burguesía del campo y con los magnates del capitalismo comercial e industrial. Señalábamos la tarea orgánica del partido, vinculada al nuevo momento histórico: la tarea del partido ilegal de utilizar todas las posibles instituciones legales, entre ellas el grupo socialdemócrata de la Duma, a fin de crear puntos de apoyo para la labor socialdemócrata revolucionaria entre las masas. Al indicar la semejanza de esta tarea de organización con la que resolvieron nuestros camaradas alemanes en la época de la ley de excepción[269], nos referíamos a "la lamentable desviación de la labor proletaria consecuente", expresada en la negación del trabajo socialdemócrata en la Duma o en la renuncia a la crítica directa y franca de *la línea* de nuestro grupo de la Duma, expresada en negar o subestimar el partido socialdemócrata ilegal, en los intentos de sustituirlo por una organización legal amorfa, mermar nuestras consignas revolucionarias, etc.

Una vez lanzada esta mirada retrospectiva, podemos apreciar mejor la significación de la reciente sesión plenaria del Comité Central de nuestro partido[270]. Los lectores hallarán en otro lugar del presente número el texto de las principales resoluciones allí aprobadas. El significado de estas resoluciones es un gran paso hacia la unidad real del partido, hacia la cohesión de todas las fuerzas del mismo, hacia el reconocimiento *unánime* de las tesis fundamentales relacionadas con la táctica y la organización del partido que determinan *el camino* de la socialdemocracia en estos tiempos difíciles. Un año atrás, este camino fue señalado *con acierto*, y ahora *todo* el partido lo comprende, *todas* las fracciones del partido se han convencido de su acierto. El año transcurrido ha sido un año de nuevas divisiones, de nueva lucha fraccionista, un año en que se ha acentuado el peligro de *desintegración* del partido. Sin embargo, las condiciones de trabajo en las diversas localidades, la difícil situación de la organización socialdemócrata y las tareas impostergables de la lucha económica y política del proletariado han venido impulsando a todas las fracciones a la unidad de las fuerzas socialdemócratas. Cuanto más fuerte, insolente y rabiosa se hacía la contrarrevolución, cuanto más se extendía en las capas liberales y democráticas pequeñoburguesas la vil actitud de repudio y abjuración de la revolución, tanto mayor era la atracción que *el partido* ejercía en todos los socialdemócratas. Es muy típico que, bajo la influencia de este cúmulo de circunstancias, en la segunda mitad de 1909, miembros del partido con posiciones tan dispares como el camarada Plejánov, menchevique, por una parte, y el grupo *Vperiod*[271] (grupo de bolcheviques que se separó del bolchevismo ortodoxo) por otra, se hayan pronunciado a favor del partidismo. El primero se manifestó resueltamente en agosto de 1909 contra la escisión y la política de escisión del partido con la consigna de "lucha por alcanzar la influencia en el partido". El segundo publicó una plataforma que, si bien al comienzo habla de una "lucha por restablecer la unidad del bolchevismo", finaliza condenando categóricamente el fraccionismo, "un partido dentro del partido", "el carácter aislado y exclusivista de las fracciones", y exige resueltamente su "disolución" en el partido, su "fusión" y la trasformación de los centros fraccionistas en centros "verdadera y exclusivamente ideológicos y literarios" (págs. 18 y 19 del folleto: *La situación actual y las tareas del partido*).

Todas las fracciones reconocen ahora en forma

* Véase el presente volumen. (*N. de la Edit.*)

unánime -desde luego, no en todos los detalles, sino en lo *fundamental*- el camino señalado claramente por la mayoría del partido. Un año de intensa lucha de fracciones ha dado lugar a que se dé un paso decidido con miras a suprimir *todas* las fracciones y *todo* fraccionismo en aras de la unidad del partido. Se ha resuelto unir todas las fuerzas en torno de las tareas impostergables de la lucha económica y política del proletariado; se ha declarado la clausura del órgano de la fracción bolchevique y se ha aprobado, por unanimidad una resolución acerca de la necesidad de cerrar *Golos Sotsial-Demokrata*[272], órgano de la fracción menchevique. Por unanimidad han sido tomadas varias resoluciones, entre las que debemos destacar especialmente, como las más importantes, las concernientes a la situación interna del partido y a la convocatoria de una próxima conferencia del partido. La primera de estas resoluciones, que es, por así decir, la plataforma de unificación de las fracciones, merece un análisis muy detenido.

Comienza por las siguientes palabras: “desarrollando las tesis fundamentales de las resoluciones de la Conferencia del partido de 1908...” Más arriba citarnos estas tesis fundamentales de las tres principales resoluciones de la Conferencia de diciembre de 1908: sobre la apreciación del momento actual y las tareas políticas del proletariado; sobre la política orgánica del partido y la actitud de éste ante la minoría socialdemócrata de la Duma. No cabe la menor duda de que en el partido no hay unanimidad en cada detalle y cada punto de las resoluciones mencionadas; que para criticarlas y reelaborarlas como indican la experiencia y las enseñanzas de la lucha económica y política cada vez más compleja, la prensa del partido debe abrir ampliamente sus puertas, que *todas* las fracciones, o mejor dicho, todas *las tendencias* del partido deben tener desde ahora este trabajo de crítica, adaptación y perfeccionamiento por asunto para definir su propia posición, para esclarecer su propia línea. Pero la labor de crítica y corrección de la línea del partido no debe entorpecer la unidad en *la actividad* del partido, la cual no debe cesar un solo instante, no debe vacilar y debe orientarse *en todo* conforme a las tesis fundamentales de las resoluciones mencionadas.

Al desarrollar estas tesis, el primer punto de la resolución del Comité Central menciona “los principios básicos” de la táctica socialdemócrata, la cual, conforme al método de toda la socialdemocracia internacional, no puede adoptarse -especialmente en una época como la que estamos viviendo- “sólo para la situación concreta del momento inmediato”, sino que debe tener en cuenta las diversas vías y todas las situaciones posibles: tanto para el caso de un “rápido viraje” como para el de “una relativa estabilidad de la situación”. Por primera vez se presenta al proletariado la posibilidad de aplicar sistemática y consecuentemente este método táctico. La táctica de nuestro partido debe hacer que “el proletariado esté dispuesto para una nueva lucha revolucionaria abierta” a un mismo tiempo, en una misma acción suya y en una misma red de células orgánicas (sin ello perderíamos el derecho a considerarnos parte de la socialdemocracia revolucionaria y no cumpliríamos nuestro principal deber, legado por la época de 1905 e impuesto por cada faceta de la situación económica y política actual), y “permitirle utilizan *en beneficio suyo* todas las contradicciones del inestable régimen de la contrarrevolución” (sin esto nuestro espíritu revolucionario se convertiría en mera frase, en *repetición* de palabras revolucionarias en lugar de *aplicar* la suma de la experiencia revolucionaria, los conocimientos y las enseñanzas de la socialdemocracia internacional a *cada* acción práctica, al aprovechamiento de *cada* contradicción y vacilación del zarismo, de sus aliados y de todos los partidos burgueses).

El segundo punto de la resolución caracteriza la crisis que atraviesa el movimiento obrero de Rusia. Unámonos y acudamos en ayuda de la nueva generación de obreros socialdemócratas para que ella pueda cumplir su tarea histórica, renovar la organización del partido e idear nuevas formas de lucha sin renunciar en lo más mínimo a “las tareas de la revolución ni a sus métodos”, sino, por el contrario, defendiéndolos y preparando una base más amplia y firme para aplicar con mayores probabilidades de vencer esos métodos en la próxima revolución.

El tercer punto de la resolución describe las condiciones que han despertado por doquier en los obreros conscientes el “anhelo de concentrar las fuerzas socialdemócratas del partido y consolidar la unidad del mismo”. La primera de estas condiciones es la vasta corriente contrarrevolucionaria. El enemigo se une y avanza. A los viejos enemigos -el zarismo, la arbitrariedad y la violencia de los funcionarios públicos, la opresión y el desvergonzado escarnio por parte de los terratenientes feudales- se agrega otro más: la burguesía, cada vez más unida por una consciente hostilidad al proletariado, una hostilidad reforzada por la propia experiencia. Se tortura, martiriza y extermina más que nunca a los revolucionarios. Se procura denigrar a la revolución, cubrirla de ignominia, borrarla de la memoria del pueblo. Pero la clase obrera jamás permitió aún en país alguno que sus enemigos le quitaran la más importante conquista de cualquier revolución digna de ese nombre: la experiencia de la lucha de masas, la convicción de millones de trabajadores y explotados de que esa lucha es imprescindible para

cualquier mejora efectiva de su situación. La clase obrera de Rusia mantendrá a través de todas las pruebas su disposición para la lucha revolucionaria, el heroísmo de las masas con el que triunfó en 1905 y que aún le permitirá triunfar otras veces.

No nos une sólo el yugo de la contrarrevolución y el desenfreno de los sentimientos contrarrevolucionarios. Nos une también cada paso del modesto trabajo práctico y cotidiano. La labor de la socialdemocracia en la Duma hace constantes progresos, librándose de sus inevitables errores del comienzo, superando el escepticismo y la indiferencia, forjando las armas, tan valiosas para todos los socialdemócratas, de la propaganda y la agitación revolucionarias, la lucha de clases organizada. Todo congreso legal en el que participan obreros, toda institución legal donde penetra el proletariado e introduce su conciencia de clase, la defensa abierta de los intereses del trabajo y de las exigencias de la democracia conduce a la unión de las fuerzas y al desarrollo del movimiento en su conjunto. Ninguna persecución por parte del gobierno, ningún ardid de sus aliados cavernícolas y burgueses podrán aniquilar las manifestaciones de lucha proletaria en las más diversas y a veces inesperadas formas, porque el propio capitalismo, a cada paso de su desarrollo, va instruyendo y uniendo a sus sepultureros, multiplicando sus filas y redoblando su cólera.

En el mismo sentido (el afán de partidismo) actúa el aislamiento de los grupos socialdemócratas y los métodos primitivos de trabajo de que tanto adolece nuestro movimiento desde hace año y medio o dos años. Resulta imposible elevar el nivel del trabajo práctico sin concentrar las fuerzas, sin crear un centro dirigente. El Comité Central ha adoptado una serie de resoluciones sobre la organización y funcionamiento de ese centro, sobre su ampliación con la inclusión de militantes prácticos, sobre la vinculación más estrecha de su trabajo con el que se realiza en las localidades, etc. Las inquietudes teóricas, que pasan inevitablemente a primer plano en los tiempos de estancamiento, requieren igualmente unión para defender el socialismo, en general, y el marxismo como único socialismo científico, en concreto, frente a la contrarrevolución burguesa que moviliza todas sus fuerzas para combatir las ideas de la socialdemocracia revolucionaria.

Finalmente, el último punto de la resolución se refiere a las tareas ideológicas y políticas del movimiento socialdemócrata. El agudo proceso interno del movimiento socialdemócrata entre 1908 y 1909 fue causa de que también se plantearan estas tareas con extremada agudeza y que se cumplieran mediante la más enconada lucha de fracciones. Esto no fue una casualidad, fue un fenómeno inevitable, en la situación de crisis y desintegración de las organizaciones del partido. Pero *fue* justamente imprescindible, y la aprobación unánime de la resolución que analizamos ha demostrado palpablemente el anhelo común de marchar adelante, de pasar de la lucha en torno de las tesis básicas en discusión a reconocerlas como indiscutibles y a emprender en común un trabajo más intenso basado en ese reconocimiento.

En la resolución se reconoce que la actual situación histórica y la influencia que la burguesía ejerce en el proletariado originan inevitablemente dos tipos de desviación del camino certero. Los rasgos característicos de una de estas desviaciones son esencialmente los siguientes: "negación del partido socialdemócrata ilegal; subestimación de su papel y significado; tentativas de restringir las tareas programáticas y tácticas, las consignas de la socialdemocracia revolucionaria, etc.". La vinculación entre estos errores dentro de la socialdemocracia y la corriente contrarrevolucionaria burguesa externa es obvia. Nada hay tan odioso para la burguesía y el zarismo como el partido socialdemócrata ilegal que, con su labor, demuestra su fidelidad a los postulados de la revolución y su indeclinable disposición de lucha sin cuartel contra las bases de la "legalidad" de Stolypin. Nada hay tan odioso para la burguesía y los lacayos del zarismo como los objetivos y las consignas revolucionarias de la socialdemocracia. Defender lo uno y lo otro es nuestra indiscutible tarea, y esa combinación del trabajo ilegal y legal requiere de nosotros, sobre todo, que luchemos contra cualquier "subestimación del papel y el significado" del partido ilegal. Y esa necesidad de defender la posición del partido dentro de los marcos legales en las cuestiones más insignificantes, y en proporciones de lo más modestas, por motivos concretos, exige una vigilancia especial para que las tareas y consignas no *se mermen*, para que la modificación de la forma de lucha no destruya su contenido, no la haga menos inconciliable, no deforme la perspectiva histórica y los objetivos históricos del proletariado, esto es, dirigir a todos los trabajadores y explotados, conducir a toda la masa del pueblo por una serie de revoluciones burguesas que conquisten una república democrática hacia la revolución proletaria que derribe al propio capitalismo.

Pero, por otra parte -y aquí pasamos a caracterizar la otra desviación-, es imposible realizar en la práctica el trabajo socialdemócrata revolucionario de cada día si no se aprende a modificar sus formas, adaptándolas a las peculiaridades de cada nuevo giro de la historia. "La negación del trabajo socialdemócrata en la Duma y de la utilización de las posibilidades legales, la incomprensión de la importancia de ambas cosas" es precisamente el tipo de desviación

que hace imposible aplicar en la práctica una política socialdemócrata de clase. La nueva etapa del desarrollo histórico de Rusia nos plantea nuevas tareas; esto no quiere decir que las viejas tareas hayan sido cumplidas, que podamos permitirnos abandonarlas. No; quiere decir que es preciso tener en cuenta estas nuevas tareas, hallar nuevas formas de lucha y preparar la táctica y la organización apropiadas.

Puesto que en el partido se ha comenzado a concertar un acuerdo con relación a estos problemas fundamentales, un acuerdo con relación a la necesidad de "*superar*" las dos desviaciones señaladas, principalmente ampliando y profundizando el trabajo socialdemócrata, lo más importante (para determinar correctamente "las tareas ideológicas y políticas del movimiento socialdemócrata") se ha logrado. Ahora es necesario aplicar sistemáticamente lo que se ha logrado, conseguir que todos los medios del partido, que todos sus funcionarios locales comprendan con absoluta claridad estas tareas, llevar hasta su conclusión lógica la explicación del peligro que representan ambas desviaciones en todas las esferas del trabajo y organizar éste de manera que *haga imposibles* las vacilaciones en uno u otro sentido. Las medidas prácticas para cumplir los acuerdos adoptados, las exigencias de la lucha económica y política misma mostrarán luego qué queda por hacer y cómo acabar de hacerlo.

Entre esas exigencias hay una que forma parte del curso habitual de la vida del partido (cuando existe ese "curso habitual"). Nos referimos a una conferencia del partido que reúna a los representantes de las organizaciones y grupos socialdemócratas de todos los confines de Rusia que están *dedicados realmente al trabajo local*. Por modesta que sea la tarea, la desorganización actual la hace dificilísima. La resolución del Comité Central tiene en cuenta las nuevas dificultades (la elección directa de delegados regionales por las células locales y no por conferencias regionales, si éstas no pueden ser convocadas) y las nuevas tareas (la participación con voz pero sin voto de los funcionarios del partido que actúan en el movimiento legal).

Las condiciones objetivas exigen que la base de la organización del partido esté compuesta de células obreras ilegales, modestas por sus dimensiones y por las formas actuales de trabajo. Pero para que aprendan a realizar una labor revolucionaria socialdemócrata sistemática, persistente y metódica en la difícil situación actual, esas células deben tener una iniciativa y una actividad independiente mucho mayores que antes, tanto más que, en los más de los casos, no podrán esperar la ayuda de camaradas viejos y experimentados. Estas células no podrán cumplir las tareas de ejercer constante influencia en las masas y realizar una acción conjunta con las masas sin entablar antes, en primer término, sólidos vínculos mutuos y, en segundo término, sin establecer puntos de apoyo, en forma de todos los tipos posibles de instituciones legales. De ahí la necesidad de una conferencia de delegados de dichas células ilegales, como cosa primera, ante todo, inmediatamente y a toda costa. De ahí la necesidad de que en dicha conferencia participen los socialdemócratas *de partido* que actúan en el movimiento legal, los representantes de "los grupos socialdemócratas en el movimiento legal que están dispuestos a entablar un vínculo *orgánico sólido* con los centros locales del partido". Únicamente en cada lugar y en el curso mismo del trabajo cotidiano ilegal se podrá determinar quiénes de nuestros socialdemócratas legales son de verdad y no sólo de palabra auténticos hombres de partido, quiénes de ellos han comprendido realmente las nuevas condiciones de trabajo señaladas más arriba y cómo combinarlas con las viejas tareas de la socialdemocracia revolucionaria; quién están sinceramente dispuestos a trabajar en el cumplimiento de estas tareas; qué grupos están realmente dispuestos a entablar un sólido vínculo orgánico con el partido.

Esperamos que en este trabajo se aglutinarán ahora todas las fuerzas de la socialdemocracia, que los funcionarios del partido del centro y de las localidades iniciarán los preparativos para la conferencia con el mayor vigor, que esta conferencia ayudará a consolidar definitivamente nuestra unidad del partido y a impulsar la labor mancomunada de crear una base proletaria más amplia, más firme y más flexible para las futuras batallas revolucionarias.

*Publicado el 13 (26) de febrero de 1910 en el núm. 11 de "Sotsial-Demokrat".*
*T. 19, págs. 192-201.*

**LA CUESTIÓN DE LAS COOPERATIVAS EN EL CONGRESO SOCIALISTA INTERNACIONAL DE COPENHAGUE[273].**

En el presente artículo me propongo limitarme a exponer el curso de los debates del congreso en torno a la cuestión enunciada en el título y a caracterizar las tendencias del pensamiento socialista que han luchado en él entre sí.

Antes del Congreso se habían publicado tres proyectos de resoluciones sobro las cooperativas. El belga (núm. 5 del *Boletín Periódico del Buró Socialista Internacional*, que sale irregularmente en las tres lenguas oficiales de los congresos internacionales) empieza previniendo a los obreros socialistas contra la doctrina de los que ven en las cooperativas algo que se basta a sí mismo, cierto remedio para resolver la cuestión social. Al reconocer luego que la clase obrera está extraordinariamente interesada en utilizar las cooperativas como instrumento de su lucha de clase, el proyecto del partido belga señala las ventajas inmediatas de las cooperativas (lucha contra la explotación comercial, mejora de las condiciones de trabajo en las empresas de los abastecedores, etc.) y expresa el deseo de que entre los partidos socialistas y las cooperativas se "entablen nexos orgánicos más estrechos cada vez".

El proyecto de la mayoría del Partido Socialista Francés está redactado en el espíritu de Jaurès. Las cooperativas se ponen por las nubes y se presentan, igual que hacen los reformistas burgueses, como elemento "imprescindible" de la "transformación social". Se pronuncian frases nebulosas sobre la conversión de las cooperativas de alianzas de individuos aislados en federaciones generales de asociaciones. Las cooperativas proletarias se confunden con las cooperativas de pequeños propietarios (en la agricultura). Se preconiza la neutralidad de las cooperativas, se describe el daño que puede ocasionar el que las cooperativas contraigan obligaciones ante el Partido Socialista.

Por último, el proyecto de la minoría socialista francesa (guesdista) declara resueltamente que las cooperativas, por sí solas, no son organizaciones de clase (como los sindicatos, por ejemplo), que la importancia de las cooperativas se determina por el empleo que se haga de ellas. Al ingresar en masa en las cooperativas, los obreros pueden sacar provecho de ellas para su lucha contra el capitalismo, pueden explicarse hasta cierto punto en la práctica lo que sería la sociedad socialista, organizada una vez suprimidas las contradicciones del régimen contemporáneo. El proyecto hace hincapié, por eso, en el alcance limitado de las cooperativas y exhorta a los partidos socialistas a que apoyen a las cooperativas proletarias, previene contra las ilusiones de cooperativismo, recomienda la cohesión de los socialistas dentro de las cooperativas a fin de explicar a las masas su tarea genuina: conquistar el poder político y convertir los medios de producción e intercambio en propiedad común.

Es evidente por completo que aquí se perfilan dos líneas fundamentales: una es la línea de la lucha de clase proletaria, del reconocimiento de que las cooperativas valen para esta lucha como instrumento de ella, como uno de sus medios auxiliares, y de la determinación de las condiciones en que las cooperativas puedan desempeñar realmente ese papel y no sean simples establecimientos comerciales. La otra línea es la pequeñoburguesa, que vela el papel de las cooperativas en la lucha de clase del proletariado, que lleva la importancia de las cooperativas más allá de los límites de esta lucha (o sea, que confunde los puntos de vista del proletariado y de los propietarios respecto a las cooperativas), que define el objetivo de las cooperativas con frases tan generales que puede aceptarlas también un reformador burgués, ideólogo de los propietarios y pequeños propietarios progresistas.

Lamentablemente, las dos líneas mencionadas sólo se *han perfilado* en los tres proyectos preparados con antelación y no se han contrapuesto con claridad, precisión y rigidez, como *dos tendencias*, cuya lucha decidiera la cuestión. Y por eso los debates del congreso han transcurrido desordenados, de manera confusa, como espontánea. Se "ha topado" a cada instante con discrepancias, pero no se han puesto en claro del todo, y, en consecuencia, ha salido una resolución que refleja confusión de pensamiento, que no da *todo* cuanto podía y debía dar una resolución de un congreso de partidos socialistas.

En la comisión para la cuestión de las cooperativas se han perfilado en seguida dos tendencias. Una, la de Jaurès y Elm. Elm ha sido uno de los cuatro delegados alemanes en la comisión de cooperativas y ha hablado en representación de los alemanes, ha hablado en un espíritu oportunista definido. La otra tendencia ha sido la belga. El intermediario y apaciguador ha sido el austriaco Karpeles, destacado dirigente del movimiento cooperativo austriaco que no ha defendido una línea de principios definida, pero

(mejor dicho: no "pero", sino precisamente por eso) que se ha inclinado mucho más a menudo al lado de los oportunistas. Y a los mismos belgas les ha movido más a discutir con Jaurès y Elm el instinto del planteamiento verdaderamente proletario del asunto de las cooperativas que una comprensión clara de la hostilidad e inconciliabilidad de los puntos de vista proletario y pequeñoburgués de la cuestión. Por eso Anseele (presidente de la comisión de cooperativas), por ejemplo, ha pronunciado fogosos y magníficos discursos en la comisión contra la neutralidad de las cooperativas, contra la exageración de su importancia, por la necesidad de que *seamos socialistas*-cooperativistas y no *cooperativistas*-socialistas, y al redactar la resolución, el mismo Anseele podía desesperar a uno por su transigencia con las formulaciones de Jaurès y Elm y por no querer penetrar en las causas de la discrepancia.

Pero volvamos a las sesiones de la comisión. Se comprenderá que, en el curso de los debates, han tenido la influencia decisiva los representantes de las naciones poseedoras de un movimiento cooperativista muy desarrollado. Con la particularidad de que se ha revelado en seguida una discrepancia entre los belgas y los alemanes, con inmensa desventaja de estos últimos. Los belgas, en todo caso, han aplicado la línea proletaria, aunque no de una manera consecuente del todo ni plenamente clara. Elm ha hablado como un oportunista de pura cepa (sobre todo en la subcomisión, de lo que trataremos más adelante). Es natural que el papel dirigente haya pertenecido a los belgas. Los austriacos se han inclinado a su favor, y al final de la labor de la comisión se ha leído una resolución *austro-belga*, mientras que Elm, que había presentado una resolución alemana, ha declarado sin rodeos que considera posible por completo concordarla con el provecto de Jaurès. Como quiera que los franceses han tenido una minoría de peso contra Jaurès (por su punto de vista se han emitido 202 votos, y por el de Guesde 142), y los alemanes de seguro hubieran reunido una minoría no menos fuerte contra Elm (si se hubiese planteado de manera clara y tajante la cuestión de los dos puntos de vista), la alianza austro-belga ha tenido la ocasión pintada para vencer. Y se ha tratado, naturalmente, no tanto de "vencer", en el sentido estricto de la palabra, como de defender el punto de vista proletario consecuente sobre las cooperativas. No se ha logrado esa consecuencia debido a las excesivas concesiones que la subcomisión ha hecho a Jaurès y Elm.

Por lo que respecta a nosotros, socialdemócratas rusos, hemos procurado apoyar en la comisión la línea austro-belga, y con ese objeto propusimos, antes aún de que se diera a conocer el proyecto conciliatorio austro-belga, nuestro proyecto de resolución, del siguiente contenido.

**"Proyecto de la delegación socialdemócrata de Rusia**

El congreso opina:

1) Que las asociaciones de consumo proletarias mejoran la situación de la clase obrera en el sentido de reducir las proporciones de la explotación por parte de intermediarios mercantiles de toda laya, influir en las condiciones de trabajo de los obreros ocupados en empresas de abastecedores y mejorar la situación de los propios empleados.

2) Que estas asociaciones pueden adquirir gran importancia para la lucha económica y política de masas del proletariado, apoyando a los obreros durante las huelgas, lockouts, persecuciones políticas, etcétera.

Por otro lado, el congreso señala:

1) que las mejoras posibles de alcanzar mediante las asociaciones de consumo pueden ser muy insignificantes en tanto los medios de producción estén en manos de la clase sin cuya expropiación será imposible realizar el socialismo;

2) que las asociaciones de consumo no son organizaciones de lucha inmediata contra el capital y existen al lado de organizaciones del mismo género de otras clases, organizaciones que pueden crear la ilusión de que son un recurso mediante el cual se puede resolver la cuestión social sin lucha de clases y sin expropiar a la burguesía.

El congreso exhorta a los obreros de todos los países:

a) a ingresar en las asociaciones de consumo proletarias y coadyuvar al máximo a que se desarrollen, defendiendo al mismo tiempo el carácter democrático de estas organizaciones;

b) a contribuir, haciendo incansablemente propaganda socialista en las asociaciones de consumo, a que se difundan entre los obreros las ideas de la lucha de clase y del socialismo;

c) a procurar, al mismo tiempo, conseguir la aproximación más completa posible de todas las formas del movimiento obrero.

El congreso señala también que las asociaciones de producción tienen importancia para la lucha de la clase obrera sólo en el caso de que formen parte integrante de las de consumo".

Todos los proyectos de resolución se han entregado a la subcomisión (las comisiones de los congresos internacionales son tan numerosas, pues cada nación envía a cuatro delegados a cada una de ellas, que no se puede ni hablar de redactar el texto de una resolución con toda la comisión reunida). Componían la subcomisión diez personas: dos belgas (Anseele y Vandervelde), un francés (Jaurès), un austriaco (Karpeles), un alemán (Elm), un holandés (el marxista Wibaut), un italiano, un

danés, un inglés y un socialdemócrata ruso (Vóinov y yo: a nuestra delegación socialdemócrata no le dio tiempo para reunirse y elegir representante, por eso hemos asistido los dos, pero ha votado uno solo).

En la subcomisión se ha realizado ya la labor puramente práctica de redactar el texto de la resolución. El texto aprobado por el congreso, excepto ciertas modificaciones insignificantes de estilo, es el que redactó la subcomisión; los lectores encontrarán el texto de la resolución del congreso en otro sitio de este número. En la subcomisión, a diferencia de la comisión, se ha centrado la lucha no en la cuestión de la actitud de las cooperativas frente al partido, sino en otra más adicta a los principios, en la cuestión de la importancia y papel de las cooperativas. Los belgas estaban por una definición, completamente justa y leal a los principios, del papel de las cooperativas como uno de los instrumentos auxiliares posibles (en determinadas condiciones) de la lucha proletaria de clase por la "*expropriation intégrale*" de la clase de los capitalistas. Elm, apoyado por Jaurès, se ha sublevado resueltamente y ha mostrado por entero todo su oportunismo. Ha dicho que no se sabe si se llegará, en general, a la expropiación, que él, personalmente, la considera de todo punto inverosímil, que esa cuestión es discutible para la "mayoría" (!), que en el programa del partido socialdemócrata alemán no figura la expropiación y que se debe decir "*Ueberwindung des Kapitalismus*", "superación del capitalismo". Las famosas palabras de Bebel, pronunciadas en Hannover al clausurar las discusiones con Beinstein, "*es bleibt bei der Expropriation*", "estamos, como antes, por la expropiación"[274], han sido echadas al olvido por uno de los dirigentes del oportunismo alemán. Con motivo de estas discusiones ha surgido la "cuestión de la socialización". Jaurès ha exigido a modo de ultimátum que figure en la definición del papel de las cooperativas: "ayudan a los obreros (como se dice en el texto de la resolución aprobada por el congreso) a preparar la democratización y la socialización de los medios de producción e intercambio".

Es una de esas frases difusas, indeterminadas, plenamente aceptables para los ideólogos del pequeño propietario y para los teóricos del reformismo burgués que tan bien le salen a Jaurès y que tanto le agradan. ¿Qué quiere decir "democratización de los medios de producción e intercambio"? (Luego, en la comisión, cuando el proyecto ha vuelto allí de la subcomisión, los franceses han sustituido el vocablo medios (*moyens*) por la palabra fuerzas (*forces*), pero la cosa no ha cambiado nada por eso). La producción campesina (he dicho yo en la subcomisión) es más "democrática" que la gran producción capitalista. ¿Significa esto que nosotros, los socialistas, queremos que se cree pequeña producción? ¿Qué es "socialización"? Por este término se puede entender la transformación en propiedad de toda la sociedad, pero se pueden entender también las medidas parciales que se quieran, las reformas que se quieran dentro del capitalismo, empezando por las asociaciones de campesinos y terminando por los baños y los urinarios municipales. Jaurès ha alegado en la subcomisión las asociaciones agrícolas danesas, opinando, por lo visto, como los economistas burgueses, que no son empresas capitalistas.

Para contrarrestar ese oportunismo, nosotros (socialdemócratas rusos y polacos) hemos intentado apelar a Wurm, corredactor del *Neue Zeit*[275] también representante de los alemanes en la comisión de cooperativas, contra Elm. Wurm no ha aprobado la frase de la "democratización y socialización", ha propuesto (a título de voto particular) varias enmiendas, ha parlamentado entre Elm y los marxistas, pero Elm ha manifestado tamaña "dureza pétrea" que Wurm no ha logrado nada. Ya después del congreso he leído en el *Leipziger Volkszeitung*[276] (núm. 201, 31 de agosto de 1910, 3. *Beilage*) que en la delegación alemana se había planteado ya el martes la cuestión de las cooperativas. "R. Fischer ha preguntado -dice el corresponsal de este periódico- si no hay discrepancias en la cuestión de las cooperativas entre los delegados alemanes". *Elm* ha contestado: "Sí las hay. De la noche a la mañana no las supera uno. Los acuerdos de los congresos siempre son acuerdos de compromiso, y, en esta cuestión, también se acabará, seguramente, por un compromiso". *Wurm*: "Mis opiniones de las cooperativas son distintas por completo (*durchaus andere*) de las de von Elm; pero, así y todo, nos pondremos de acuerdo, probablemente, en la resolución general". La delegación ha creído innecesario seguir el debate después de esto.

Este comunicado confirma el fenómeno que se esbozó ya plenamente en el Congreso Internacional de Stuttgart. La delegación alemana se compone por partes iguales de representantes del partido y de los sindicatos. De éstos salen casi siempre oportunistas, pues suelen elegir a secretarios y otros "burócratas" sindicales. En suma, que los alemanes son incapaces de mantener una línea firme de principios en los congresos internacionales, y la hegemonía en la Internacional se les escapa a veces de las manos. La impotencia de Wurm frente a Elm no ha hecho sino ilustrar una vez más la crisis de la socialdemocracia alemana, consistente en la inminencia del deslinde resuelto e ineludible con los oportunistas.

En la cuestión de la ayuda económica al partido

por parte de las cooperativas, Elm y Jaurès también han conseguido en la subcomisión una concesión excesiva de los belgas, los cuales han transigido con la formulación: "Se permite a las cooperativas de cada país decidir si han de aportar alguna ayuda, y en qué medida, directamente de sus fondos, al movimiento político y sindical".

Cuando el proyecto de la subcomisión ha vuelto a la comisión para que lo sancionaran definitivamente, hemos puesto toda la atención en estos dos puntos. Hemos propuesto con Guesde dos enmiendas (las principales): en primer término, sustituir las palabras "(las cooperativas) ayudan a los obreros a preparar la democratización y la socialización de la producción y del intercambio" por las palabras: "(las cooperativas) ayudan en cierta medida a preparar el funcionamiento de la producción y del intercambio una vez expropiada la clase de los capitalistas". El sentido de esta enmienda, formulada con un estilo no del todo acertado, no consiste en que las cooperativas *no* puedan ayudar a los obreros hoy día, sino en que el funcionamiento de los futuros producción e intercambio, *preparados* hoy ya por las cooperativas, puede empezar *sólo después* de la expropiación de los capitalistas. La segunda enmienda se ha referido al punto que trata de la actitud de las cooperativas frente al partido, hemos propuesto añadir las palabras "lo que (o sea, la ayuda a la lucha obrera), en todo caso, es deseable desde el punto de vista del socialismo" o sustituir todo ese punto por otro, que recomienda directamente a *los socialistas* de las cooperativas propagar y defender la necesidad de ayudar directamente a la lucha de clase del proletariado.

La comisión ha rechazado las dos enmiendas, que han reunido sólo unos quince votos. Los socialistas-revolucionarios[277] han votado -como siempre en los congresos internacionales- por Jaurès. Ante el público ruso están dispuestos a reprochar de oportunista hasta a Bebel, y ante el europeo ¡siguen a Jaurès y a Elm! Wurm ha intentado corregir el final de la resolución, cambiando de lugar los tres párrafos últimos. Que se diga antes que es deseable la unión de las cooperativas en una federación (segundo párrafo desde el final). Que se declare luego que depende de las cooperativas prestar ayuda directa al partido o no prestarla (tercer párrafo desde el final). Y que el último párrafo empiece con las palabras: "pero" (*pero* el congreso declara que son deseables relaciones más estrechas cada voz entre el partido, los sindicatos y las cooperativas). Entonces estará claro por el contexto *general* que el congreso *recomienda* a las cooperativas que ayuden al partido. ¡Elm ha rechazado incluso esta enmienda! Wurm la ha retirado. Entonces Wihaut la ha presentado en su nombre, nosotros hemos votado por ella, pero ha sido rechazada.

Hemos conferenciado con Guesde acerca de qué posición adoptar en el pleno del congreso. Guesde ha opinado -y su opinión la han compartido los socialdemócratas revolucionarios alemanes- que no vale la pena promover una guerra en el pleno del congreso por enmiendas parciales, que se debe votar, en general, en *pro* de la resolución. Los defectos de ésta consisten en *que se ha admitido* una frase revisionista, que no sustituye la definición del objetivo del socialismo, sino que está *al lado* de esta definición, y en una expresión *insuficientemente enérgica* de la idea de que las cooperativas obreras deben apoyar la lucha de la clase obrera. Se debería procurar corregir estos defectos, pero no ha habido fundamento para promover en el pleno una lucha por ellos. Hemos estado de acuerdo con esta opinión de Guesde, y la resolución se ha aprobado por unanimidad en el pleno del congreso.

Resumiendo la labor del congreso en torno a la cuestión de las cooperativas, debemos decir -sin ocultarnos a nosotros mismos ni a los obreros los defectos de la resolución-, que la Internacional ha dado una definición acertada, en los rasgos fundamentales, de las tareas de las cooperativas proletarias. Todo miembro del partido, todo obrero socialdemócrata, todo obrero cooperativista consciente debe regirse por la resolución aprobada y encauzar toda su actividad según el espíritu de la misma.

El Congreso de Copenhague significa la fase del desarrollo del movimiento obrero cuando éste se desenvolvía preferentemente, por así decir, en amplitud y *empezaba* a arrastrar al cauce de la lucha de clases a las cooperativas proletarias. Las discrepancias con los revisionistas se han perfilado, pero éstos aún están lejos de actuar con un programa independiente. La lucha contra el revisionismo se ha aplazado, pero vendrá ineludiblemente.

*Publicado el 25 de septiembre (8 de octubre) de 1910 en el Núm. 17 de "Sotsial-Demokrat".*

*T. 19, págs. 345-354.*

## LAS ENSEÑANZAS DE LA REVOLUCIÓN.

Han pasado cinco años desde que, en octubre de 1905, la clase obrera de Rusia asestó el primer golpe contundente al absolutismo zarista. En aquellos grandes días, el proletariado puso en pie de lucha contra sus opresores a millones de trabajadores. En unos cuantos meses de 1905 conquistó mejoras que en vano esperó decenas de años que le concedieran las "autoridades". El proletariado conquistó para todo el pueblo ruso, si bien para muy poco tiempo, la libertad de prensa, de reunión y de asociación, hasta entonces desconocidas en Rusia. Barrió de su camino la falseada Duma de Bulyguin[278], arrancó al zar el manifiesto sobre la Constitución e hizo imposible, de una vez para siempre, el gobierno de Rusia sin instituciones representativas.

Las grandes victorias del proletariado quedaron sólo en victorias a medias, ya que no fue derrocado el poder zarista. La insurrección de diciembre acabó en una derrota, y el absolutismo zarista empezó a arrebatar, una por una, las conquistas de la clase obrera conforme se iba debilitando la presión de esta última, conforme se iba debilitando la lucha de las masas. Las huelgas de los obreros, y los disturbios de los campesinos y de los soldados fueron mucho más débiles en 1906 que en 1905; pero, a pesar de todo, aún tuvieron mucha virulencia. El zar disolvió la primera Duma, durante cuya existencia empezó a propagarse de nuevo la lucha del pueblo; pero no se atrevió a modificar inmediatamente la ley electoral. En 1907, la lucha de los obreros se debilitó más aún, y el zar, al disolver la segunda Duma, dio un golpe de Estado (3 de junio de 1907)[279], violó sus promesas más solemnes de no dictar leyes sin la conformidad de la Duma y modificó la ley electoral de manera que alcanzasen la mayoría de la Duma con absoluta seguridad los terratenientes y los capitalistas, el partido de las centurias negras y sus secuaces.

Tanto las victorias como las derrotas de la revolución han ofrecido grandes enseñanzas históricas al pueblo ruso. Al conmemorar el quinto aniversario de 1905, tratemos de comprender nosotros mismos el contenido principal de estas enseñanzas.

*La enseñanza primera y fundamental* estriba en que *sólo* la lucha revolucionaria de las masas es capaz de conseguir mejoras algo serias en la vida de los obreros y en el gobierno del Estado. Ni la "simpatía" de la gente culta por los obreros ni la lucha heroica de terroristas individuales han podido minar el absolutismo zarista ni la omnipotencia de los capitalistas. Ha podido hacerlo únicamente la lucha de los mismos obreros, la lucha conjunta de millones de hombres, y cuando *esta* lucha se debilitaba, se comenzaba a arrebatar inmediatamente a los obreros lo que éstos habían conquistado. La revolución rusa ha confirmado lo que se canta en el himno internacional de los obreros.

"Ni en dioses, reyes ni tribunos,
está el supremo salvador;
nosotros mismos realicemos
el esfuerzo redentor".

*La segunda enseñanza* es que no basta minar y poner coto al poder zarista. Hay que *destruirlo*. Mientras el poder zarista no sea destruido, las concesiones del zar no serán sólidas. El zar hacía concesiones cuando el empuje de la revolución se acentuaba; y las anulaba todas cuando este empuje disminuía. Sólo la conquista de la República democrática, el derrocamiento del poder zarista y el paso del poder a manos del pueblo pueden liberar a Rusia de la violencia y de la arbitrariedad de los funcionarios, de la Duma compuesta por gente de las centurias negras y de los octubristas, de la omnipotencia de los terratenientes y de los lacayos de los terratenientes en el campo. Si las calamidades de los campesinos y de los obreros son ahora, después de la revolución, más duras que antes, ésta es la expiación por la debilidad de la revolución, por no haberse derrocado el poder zarista. El año de 1905 y, después, las dos primeras Dumas y su disolución enseñaron muchísimo al pueblo; en primer lugar, le enseñaron a luchar de mancomún por reivindicaciones políticas. Una vez despierto para la vida política, el pueblo comenzó por pedir concesiones a la autocracia: que el zar convocara la Duma, remplazase a los viejos ministros por otros y "concediera" el sufragio universal. Pero la autocracia no hacía ni podía hacer tales concesiones. A la petición de concesiones la autocracia contestó con las bayonetas. Entonces el pueblo comenzó a ver que era imprescindible *la lucha* contra el poder autocrático. Ahora puede afirmarse que Stolypin y la Duma negra, señorial, meten a machamartillo esta idea en el cerebro de los campesinos. Quieren con seguirlo y lo conseguirán.

La autocracia zarista ha sacado también enseñanzas de la revolución. Ha visto que no puede cifrar esperanzas en la fe de los campesinos en el zar. Ahora refuerza su poder mediante la alianza con los terratenientes de las centurias negras y con

los fabricantes octubristas. Para derribar a la autocracia zarista hace falta que el empuje de la lucha revolucionaria de masas sea mucho más fuerte que en 1905.

¿Es posible un empuje mucho más fuerte? La respuesta a esta pregunta nos lleva a la *tercera* enseñanza, *la más importante*, de la revolución. Esta enseñanza consiste en que hemos visto *cómo* actúan las diversas clases del pueblo ruso. Hasta 1905, a muchos les parecía que todo el pueblo aspiraba por igual a la libertad y quería la misma libertad; al menos, la inmensa mayoría carecía de una noción clara de que las distintas clases del pueblo ruso mantenía una actitud distinta frente a la lucha por la libertad y aspiraban a una libertad distinta. La revolución ha disipado la bruma. A finales de 1905 y después, durante la primera y la segunda Dumas, *todas* las clases de la sociedad rusa actuaron abiertamente. Se mostraron en la liza, pusieron de manifiesto cuáles eran sus verdaderas aspiraciones, por qué objetivos pueden luchar y con cuánta fuerza, tesón y energía son capaces de luchar.

Los obreros fabriles, el proletariado industrial sostuvo la lucha más denodada y tenaz contra la autocracia. El proletariado empezó la revolución desde la jornada del 9 de enero[280] y con huelgas masivas. El proletariado llevó la lucha hasta el fin, alzándose a la insurrección armada en diciembre de 1905, en defensa de los campesinos ametrallados, aporreados, torturados. El número de huelguistas en 1905 fue de cerca de *tres millones* (e incluyendo a los ferroviarios, a los empleados de Correos, etc., seguramente unos cuatro millones); en 1906, de un millón; y en 1907, de tres cuartos de millón. El mundo aún no había conocido un movimiento huelguístico tan pujante. El proletariado ruso demostró qué fuerzas sin aprovechar aún entrañan las masas obreras cuando madura una crisis revolucionaria de verdad. La mayor ola huelguística del mundo, la de 1905, estuvo muy lejos de agotar las fuerzas combativas del proletariado. Por ejemplo, en la región industrial de Moscú había 567.000 obreros fabriles y 540.000 huelguistas; y, en la de San Petersburgo, 300.000 obreros fabriles y un millón de huelguistas. Por consiguiente, los obreros de la región de Moscú estuvieron muy lejos de poner en la lucha el mismo tesón que los petersburgueses. Y en la provincia de Liflandia (ciudad de Riga), con 50.000 obreros hubo 250.000 huelguistas, es decir, cada obrero estuvo en huelga en 1905, por término medio, más de cinco veces. Ahora, en toda Rusia hay no menos de tres millones de obreros fabriles, mineros y ferroviarios, y esta cifra aumenta de año en año; si el movimiento tuviera la pujanza que tuvo en Riga en 1905, los obreros podrían poner en línea un ejército de *quince millones de huelguistas*.

Ante una pujanza como ésa no se habría podido sostener ningún poder zarista. Pero todo el mundo comprende que tal pujanza no se puede suscitar de manera artificiosa, por deseo de los socialistas o de los obreros de vanguardia. Dicha pujanza es sólo posible cuando la crisis, la indignación y la revolución se extienden por todo el país. Para prepararla hay que incorporar a la lucha a los sectores más atrasados de los obreros, hay que desplegar durante años y años una vasta, persistente e infatigable labor de propaganda, agitación y organización, creando asociaciones y organizaciones de toda índole del proletariado y fortaleciéndolas.

Por el vigor de la lucha, la clase obrera de Rusia aventajaba a todas las demás clases del pueblo ruso. Las condiciones mismas de vida de los obreros los hacen aptos para la lucha y los impulsan a ella. El capital reúne a los obreros en grandes masas en las grandes ciudades, los cohesiona y les enseña a actuar unidos. Dan de cara a cada paso con su enemigo principal, la clase de los capitalistas. Combatiendo a este enemigo, el obrero se hace *socialista*, comprende la necesidad de reorganizar por completo la sociedad y poner fin a toda miseria y toda opresión. Al hacerse socialistas, los obreros luchan con valentía y abnegación contra todo lo que se les opone en su camino y, ante todo, contra el poder zarista y los terratenientes feudales.

Los campesinos se alzaron asimismo en la revolución a la lucha contra los terratenientes y contra el gobierno, pero su lucha era mucho más débil. Se calcula que en la lucha revolucionaria, en las huelgas, participó la mayoría de los obreros fabriles (las tres quintas partes); pero de los campesinos participaron sin duda alguna sólo una minoría: probablemente, no más de la quinta o la cuarta parte. Los campesinos lucharon con menos tenacidad, más diseminados, de manera menos consciente, a menudo sin haber perdido aún la esperanza en la bondad del padrecito zar. En 1905-1906, los campesinos, propiamente hablando, no hicieron más que asustar al zar y a los terratenientes. Pero lo que hace falta no es asustarlos, sino *aniquilarlos*, así como también es necesario barrer de la faz de la tierra *su* gobierno, el gobierno *zarista*. Ahora, Stolypin y la Duma negra, terrateniente, se esfuerzan por hacer de los campesinos ricos nuevos terratenientes de caserío, aliados del zar y de las centurias negras[281]. Pero mientras más ayude el zar y la Duma a los campesinos ricos a arruinar a la masa de los agricultores, más consciente se hará esta masa, menor será la fe que tenga en el zar, fe de esclavos de la gleba, fe de gente subyugada e ignorante. Cada año aumenta el número de obreros agrícolas en el campo: su única salvación está en la alianza con los obreros de la ciudad para la lucha común.

Cada año aumenta en pueblos y aldeas el número de campesinos arruinados, sumidos en la más completa miseria y hambrientos; cuando el proletariado de las ciudades se alce, millones y millones de esos campesinos arruinados se lanzarán a una lucha más resuelta y aunada contra el zar y los terratenientes.

En la revolución tomó parte también la burguesía liberal, es decir, los terratenientes, los fabricantes, los abogados, los profesores, etc. liberales. Constituyen el partido de la "libertad del pueblo" (demócratas constitucionalistas). Prometieron mucho al pueblo y armaron mucho ruido en sus periódicos, hablando de libertad. Tenían la mayoría de los diputados en la primera y segunda Dumas. Prometían conseguir la libertad "por la vía pacífica" y condenaban la lucha revolucionaria de los obreros y campesinos. Los campesinos y muchos de los diputados campesinos ("trudoviques") creyeron esas promesas y fueron sumisos y obedientes tras los liberales, eludiendo la lucha revolucionaria del proletariado. Ese fue el craso error de los campesinos (y de mucha gente de la ciudad) durante la revolución. Los liberales contribuían con una mano, y eso muy rara vez, a la lucha por la libertad; la otra se la tendían siempre al zar, prometiéndole conservar y reforzar su poder, conciliar a los campesinos con los terratenientes, "apaciguar" a los obreros "revoltosos".

Cuando la revolución llegó a la lucha resuelta contra el zar, a la insurrección de diciembre de 905, todos los liberales sin excepción traicionaron de manera canallesca la libertad del pueblo, abandonaron la lucha. La autocracia zarista aprovechó esta traición de los liberales a la libertad del pueblo, aprovechó la ignorancia de los campesinos que tenían mucha fe en los liberales, y derrotó a los obreros insurrectos. Y cuando el proletariado fue derrotado, no hubo Dumas, ni discursos almibarados de los demócratas constitucionalistas, ni promesas de éstos que impidieran al zar destruir los restos de la libertad y restablecer la autocracia y la omnipotencia de los terratenientes feudales.

Los liberales se vieron engañados. Los campesinos recibieron una lección dura, pero útil. En Rusia no habrá libertad mientras las grandes masas del pueblo crean a los liberales, crean en la posibilidad de una "paz" con el poder zarista y eludan la lucha revolucionaria de los obreros. En el mundo no habrá fuerza capaz de impedir el advenimiento de la libertad en Rusia cuando la masa del proletariado urbano se alce a la lucha, aparte a los liberales vacilantes y traidores y lleve en pos de sí a los obreros agrícolas y a los campesinos arruinados.

Y que el proletariado de Rusia se alzará a una lucha como ésa, que se colocará de nuevo a la cabeza de la revolución, lo garantiza toda la situación económica de Rusia, toda la experiencia de los años revolucionarios.

Hace cinco años, el proletariado asestó el primer golpe a la autocracia rusa. Brillaron para el pueblo ruso los primeros rayos de la libertad. Hoy se ha entronizado de nuevo la autocracia zarista; vuelven a reinar y gobernar los feudales; vuelve a imperar por doquier la violencia contra los obreros y los campesinos; imperan en todas partes el despotismo asiático de las autoridades y los viles ultrajes al pueblo. Pero las duras enseñanzas no serán estériles. El pueblo ruso no es el mismo de antes de 1005. El proletariado le ha enseñado a luchar. El proletariado lo llevará a la victoria.

*Publicado el 30 de octubre (12 de noviembre) de 1910 en el núm. 1 de "Rabóchaya Gazeta".*

*T. 19, págs. 416-424.*

## LEON TOLSTÓI.

Ha muerto León Tolstói. Su importancia mundial como artista y su celebridad universal como pensador y predicador reflejan, a su modo, la trascendencia universal de la revolución rusa.

León Tolstói se reveló ya como un gran artista en los tiempos del régimen de la servidumbre. En la serie de obras geniales que escribió en los cincuenta años largos de su labor literaria, pintó principalmente a la vieja Rusia prerrevolucionaria que incluso después de 1861 siguió en estado de semiservidumbre; a la Rusia rural, a la Rusia del terrateniente y el campesino. Al pintar este período de la vida histórica de Rusia, León Tolstói supo plantear tantas cuestiones cardinales en sus escritos y alcanzó en su arte tanta fuerza que sus obras figuran entre las mejores de la literatura mundial. La época en que se preparaba la revolución en uno de los países oprimidos por los señores feudales fue, gracias a la manera genial en que Tolstói la trató, un paso adelante en el desarrollo artístico de toda la humanidad.

Tolstói es conocido como artista sólo por una minoría insignificante incluso en Rusia. Para hacer efectivamente sus grandes obras patrimonio de *todos* hay que luchar, y esta lucha debe estar encauzada contra el régimen social que ha condenado a millones y millones de seres a la ignorancia, al embrutecimiento, a un trabajo de forzados y a la miseria; hay que hacer la revolución socialista.

Tolstói no sólo escribió obras literarias que siempre serán apreciadas y leídas por las masas cuando éstas creen para sí condiciones de vida humanas, derrocando la opresión de los terratenientes y los capitalistas; supo también describir con fuerza admirable el estado de ánimo de las grandes masas sojuzgadas por el orden de cosas contemporáneo, supo pintar su situación y expresar sus sentimientos espontáneos de protesta e indignación. Tolstói, que perteneció, principalmente, a la época de 1861-1904, reflejó con asombroso realce en sus obras -como artista, como pensador y predicador- los rasgos de la especificidad histórica de toda la primera revolución rusa, su fuerza y su debilidad.

Uno de los principales rasgos distintivos de nuestra revolución consiste en que fue una revolución burguesa *campesina* en una época de gran desarrollo del capitalismo en el mundo entero y relativamente alto en Rusia. Fue una revolución burguesa, pues su tarea inmediata era derrocar la autocracia zarista, la monarquía zarista, y destruir el sistema de posesión de la tierra por los terratenientes, y no derrocar la dominación de la burguesía. El campesinado, sobre todo, no tenía conciencia de esta última tarea, no comprendía su diferencia de otros objetivos de la lucha más próximos e inmediatos. Y fue una revolución burguesa campesina porque las condiciones objetivas pusieron en primer plano la necesidad de hacer cambios en las condiciones cardinales de vida del campesinado, de destruir el viejo sistema medieval de posesión de la tierra, de "desbrozar el terreno" para el capitalismo; las condiciones objetivas llevaron a las masas campesinas al ámbito de una actividad histórica más o menos independiente.

Las obras de Tolstói expresaron la fuerza y la debilidad, la potencia y la limitación del movimiento precisamente campesino de masas. Su protesta calurosa, apasionada y muchas veces de una dureza implacable contra el Estado y la Iglesia policiaco-oficial refleja el pensar y el sentir de la primitiva democracia campesina, en la que siglos de servidumbre, de arbitrariedad y saqueo por parte de los funcionarios, de jesuitismo, de engaños y embaucamientos eclesiásticos acumularon montañas de cólera y odio. Su negación inexorable de la propiedad privada de la tierra refleja la psicología de la masa campesina en el momento histórico en que el viejo sistema medieval de posesión de la tierra -tanto de la tierra de los terratenientes como de la del Estado asignada en parcelas a los campesinos- acabó por convertirse en un estorbo insoportable para el desarrollo del país, en el momento histórico en que este viejo sistema de posesión de la tierra debía ser inevitablemente destruido del modo más violento e implacable. Su constante denuncia del capitalismo, llena del más profundo sentimiento y de la más encendida indignación, refleja todo el espanto del campesino patriarcal, sobre el que avanzaba un enemigo nuevo, invisible, incomprensible, que venía de la ciudad o del extranjero -no se sabía a ciencia cierta- y destruía todos los "puntales" de la vida del campo, trayendo consigo una ruina inaudita, la miseria, la muerte por hambre, el embrutecimiento, la prostitución, la sífilis, todas las calamidades de la "época de la acumulación originaria", agravadas cien veces al ser trasplantados al suelo ruso los modernísimos métodos de saqueo ideados por el señor Cupón[282].

Pero como fervoroso protestante, apasionado fustigador y gran crítico, puso también de

manifiesto en sus obras una incomprensión de las causas de la crisis que se cernía sobre Rusia, y de los medios para salir de ella, propia tan sólo de un campesino patriarcal e ingenuo, y no de un escritor con cultura europea. La lucha contra el Estado feudal y policiaco, contra la monarquía, se convirtió para él en negación de la política, llevó a la doctrina de la "no resistencia al mal", a mantenerse totalmente al margen de la lucha revolucionaria de las masas en 1905-1907. La lucha contra la Iglesia oficial se conjugaba con la prédica de una religión nueva, purificada, es decir, de un nuevo veneno, purificado y sutil, para las masas oprimidas. La negación de la propiedad privada sobre la tierra no llevaba a concentrar todo el fuego de la lucha contra el enemigo efectivo, contra el sistema de posesión de la tierra por los terratenientes y su instrumento político del poder, es decir, la monarquía, sino a lanzar suspiros de ensueño, vaguedad y lasitud. La denuncia del capitalismo y de las calamidades que éste originaba a las masas se conjugaba con una actitud de apatía completa frente a la lucha de liberación que sostiene en todo el mundo el proletariado socialista internacional.

Las contradicciones existentes en las ideas de Tolstói no son sólo contradicciones de su propio pensar, sino un reflejo de las condiciones, complejísimas y contradictorias en extremo, así como de las influencias sociales y tradiciones históricas que determinaba la psicología de las distintas clases y capas de la sociedad rusa en la época *posterior* a la reforma, pero *anterior* a la revolución.

Por ello sólo puede aquilatarse acertadamente a Tolstói desde el punto de vista de la clase que, con su papel político y su lucha en la revolución -primer desenlace de ese nudo de contradicciones-, demostró que está llamada a ser el jefe en la lucha por la libertad del pueblo y por liberar a las masas de la explotación; que demostró su abnegada fidelidad a la causa de la democracia y su capacidad para luchar contra la limitación y la inconsecuencia de la democracia burguesa (comprendida la campesina). Sólo puede aquilatarse acertadamente a Tolstói partiendo del punto de vista del proletariado socialdemócrata.

Fíjense en lo que dicen de Tolstói los periódicos del gobierno. Vierten lágrimas de cocodrilo, asegurando que tienen en alta estima al "gran escritor"; pero, al mismo tiempo, defienden el "santísimo" sínodo[283]. Y los santísimos padres acaban de hacer una canallada de lo más inmunda, enviando a sus popes a la cabecera del moribundo para engañar al pueblo y decir que Tolstói "se ha arrepentido". El santísimo sínodo excomulgó a Tolstói. Tanto mejor. Esa hazaña se le recordará citando el pueblo ajuste las cuentas a los funcionarios con sotanas, a los gendarmes de Cristo, a los negros inquisidores que han apoyado los pogromos contra los hebreos y otras hazañas de la ultrarreaccionaria pandilla zarista de las centurias negras.

Fíjense en lo que dicen de Tolstói los periódicos liberales. Salen del paso con esas frases hueras del lenguaje oficial que emplean los liberales, con esas frases trilladas y magisteriales sobre "la voz de la humanidad civilizada", "el eco unánime del mundo", las "ideas de la verdad y el bien", etc., etc., por las que Tolstói flagelaba con tanta fuerza -y tanta razón- a la ciencia burguesa. Los periódicos liberales *no pueden* decir clara y concretamente qué piensan de las ideas de Tolstói sobre el Estado, la Iglesia, la propiedad privada de la tierra y el capitalismo, y no porque la censura les estorbe; todo lo contrario, ¡la censura les ayuda a salir del apuro!; no pueden porque cada tesis de la crítica de Tolstói es una bofetada al liberalismo burgués; porque el valiente y franco *planteamiento* de implacable dureza de las cuestiones más candentes y malditas de nuestra época por Tolstói es *una bofetada* a las frases estereotipadas, a los trillados subterfugios y a la falsedad escurridiza, "civilizada", de nuestra prensa liberal (y liberal-populista). Los liberales se alzan unánimes en defensa de Tolstói, contra el sínodo; mas, al mismo tiempo, están por... los de *Veji*[284], con los que "se puede discutir", pero con los que "hay" que convivir en un mismo partido, con los que "hay" que trabajar conjuntamente en la literatura y en la política. Pero Antonio, el obispo de Volynia se da el pico con los de *Veji*.

Los liberales colocan en primer plano que Tolstói es "la gran conciencia". ¿Acaso no es ésta una frase huera que repiten de mil maneras *Nóvoie Vremia*[285] y todos los demás órganos de prensa semejantes? ¿Acaso no es eso eludir las cuestiones concretas de la democracia y el socialismo *planteadas* por Tolstói? ¿Acaso no pone eso en primer plano lo que expresa los prejuicios de Tolstói, y no su razón, lo que en él pertenece al pasado, y no al futuro, su negación de la política y su prédica del autoperfeccionamiento moral, y no su violenta protesta de toda dominación de clase?

Ha muerto Tolstói, y quedó en el pasado la Rusia anterior a la revolución, la Rusia cuya debilidad e impotencia se expresaron en la filosofía del genial artista y vemos reflejadas en sus obras. Pero en su herencia hay cosas que no pertenecen al pasado, sino al futuro. Esa herencia pasa a manos del proletariado de Rusia, que la está estudiando. El explicará a las masas trabajadoras y explotadas la significación de la crítica que Tolstói hizo del Estado, de la Iglesia, de la propiedad privada de la tierra; y no lo hará para que las masas se limiten a autoperfeccionarse y a suspirar por una vida santa, sino para que se alcen con el fin de asestar un

nuevo golpe a la monarquía zarista y a la posesión terrateniente, que en 1905 sólo fueron ligeramente quebrantadas y que deben ser destruidas. Explicará a las masas la crítica que Tolstói hizo del capitalismo, pero no lo hará para que las masas se limiten a maldecir el capitalismo y el poder del dinero, sino para que aprendan a apoyarse, a cada paso de su vida y de su lucha, en las conquistas técnicas y sociales del capitalismo, para que aprendan a agruparse en un ejército único de millones de luchadores socialistas que derrocarán el capitalismo y crearán una nueva sociedad sin miserias para el pueblo, sin explotación del hombre por el hombre.

*Publicado el 16 (29) de noviembre de 1910 en el núm. 18 de "Sotsial-Demokrat".*
*T. 20, págs. 19-24.*

## LAS DIVERGENCIAS EN EL MOVIMIENTO OBRERO EUROPEO.

**I**

Las divergencias tácticas fundamentales que se manifiestan en el movimiento obrero de nuestros días en Europa y en América se reducen a la lucha contra dos importantes corrientes que se desvían del marxismo, el cual es hoy, en la práctica, la teoría dominante en dicho movimiento. Estas dos corrientes son: el revisionismo (oportunismo, reformismo) y el anarquismo (el anarcosindicalismo, anarcosocialismo). Ambas desviaciones de la teoría y de la táctica marxistas, teoría y táctica dominantes en el movimiento obrero, se registran con diversas formas y distintos matices en todos los países civilizados a lo largo de la historia de más de medio siglo del movimiento obrero de masas.

Este solo hecho evidencia ya que no es posible explicar dichas desviaciones ni como casualidades ni como equivocaciones de tales o cuales personas o grupos, ni siquiera por la influencia de las peculiaridades o tradiciones nacionales, etc. Tiene que haber causas cardinales, inherentes al régimen económico y al carácter del desarrollo de todos los países capitalistas, que originan constantemente estas desviaciones. Un librito del marxista holandés Anton Panneckoek, aparecido el año pasado con el título de *Las divergencias tácticas en el movimiento obrero* (*Die taktitchen Differenzen in der Arbeiterbewegung*, Hamburg, Erdmann Dubber, 1909), es un intento interesante de analizar científicamente dichas causas. En la exposición que sigue daremos a conocer al lector las conclusiones a que ha llegado Panneckoek, conclusiones que no se puede menos de reconocer atinadas por completo.

Una de las causas más profundas que originan periódicamente divergencias en la táctica es el propio hecho de que el movimiento obrero crece. Si no lo medimos con el rasero de algún ideal fantástico, si lo examinamos como un movimiento práctico de hombres corrientes, quedará claro que la incorporación de más y más "reclutas" y la inclusión de nuevos sectores de las masas trabajadoras deben ir acompañadas inexorablemente de vacilaciones en el terreno de la teoría y de la táctica, de la repetición de viejos errores, de la vuelta temporal a conceptos y métodos anticuados, etc. El movimiento obrero de cada país emplea periódicamente más o menos energía, atención y tiempo para "instruir" a los reclutas.

Además, el desarrollo del capitalismo no es igual de rápido en los diversos países y en las distintas ramas de la economía nacional. La clase obrera y sus ideólogos asimilan el marxismo con mayores facilidad, prontitud, extensión y solidez allí donde más desarrollada está la gran industria. Las relaciones económicas atrasadas o que van a la zaga en su desarrollo conducen siempre a la aparición de partidarios del movimiento obrero que asimilan sólo algunos aspectos del marxismo, sólo partes separadas de la nueva concepción del mundo o consignas y reivindicaciones sueltas, sin sentirse capaces de romper resueltamente con todas las tradiciones de la concepción burguesa en general y de la democrática burguesa en particular.

Además, el carácter dialéctico del desarrollo social, que transcurre entre contradicciones y mediante contradicciones, constituye una fuente permanente de discrepancias. El capitalismo es un factor de progreso porque destruye los viejos modos de producción y desarrolla las fuerzas productivas; pero, al llegar a cierto grado de desarrollo, frena al paso el incremento de las fuerzas productivas. El capitalismo desarrolla, organiza, disciplina a los obreros, pero también aplasta, oprime, causa la degeneración, la miseria, etc. El propio capitalismo crea a su sepulturero, él mismo crea los elementos del nuevo régimen; pero, al propio tiempo, si no se produce un "salto", estos elementos sueltos en nada cambian el estado general de cosas, no lesionan el dominio del capital. El marxismo, como teoría del materialismo dialéctico, sabe explicar estas contradicciones de la vida real, de la historia palpitante del capitalismo y del movimiento obrero. Ahora bien, se comprende de por sí que las masas aprenden de la vida, y no de los libros, por lo que algunas personas o grupos suelen exagerar y erigir siempre en teoría unilateral, en sistema táctico unilateral tal o cual rasgo del desarrollo capitalista, tal o cual "enseñanza" derivada de este desarrollo.

Los ideólogos, los liberales y los demócratas burgueses que no comprenden el marxismo ni el movimiento obrero moderno, pasan constantemente de un extremo de impotencia a otro. Tan pronto pretenden explicarlo todo, diciendo que gentes malvadas "azuzan" a una clase contra otra, como se consuelan creyendo que el partido obrero es "un partido pacífico de reformas". Deben tenerse por producto directo de esta concepción burguesa y de su influencia el anarcosindicalismo y el reformismo, que se aferran a *un solo* aspecto del movimiento obrero y erigen esa unilateralidad en teoría, declarando incompatibles las tendencias o

rasgos del movimiento obrero que constituyen la peculiaridad específica de tal o cual período, de tales o cuales condiciones de actuación de la clase obrera. Pero la vida real, la historia real *implica* estas tendencias diversas de manera similar a como la vida y el desarrollo de la naturaleza implican la evolución lenta y los saltos rápidos, las interrupciones del movimiento paulatino.

Los revisionistas creen que los razonamientos en torno a los "saltos" y al antagonismo de principio entre el movimiento obrero y toda la vieja sociedad son meras palabras. Creen que las reformas son una plasmación parcial de socialismo. El anarcosindicalista rechaza la "labor menuda", sobre todo la utilización de la tribuna parlamentaria. En la práctica, esta última táctica se reduce a esperar "días grandes", y eso se hace sin saber reunir al paso las fuerzas creadoras de los grandes acontecimientos. Unos y otros frenan la obra principal y más apremiante: la de agrupar a los obreros en organizaciones nutridas y robustas que funcionen bien y sepan funcionar bien en *cualesquiera* circunstancias, en organizaciones rebosantes de espíritu de lucha de clase que tengan una visión clara de sus objetivos y estén educadas en la verdadera concepción marxista del mundo.

Aquí nos permitiremos una pequeña digresión y diremos entre paréntesis, a fin de evitar posibles malentendidos, que Panneckoek ilustra su análisis con ejemplos tomados *exclusivamente* de la historia de Europa Occidental, sobre todo de Alemania y Francia, *sin tener* en cuenta *para nada* a Rusia. Si alguna vez parece que alude a Rusia, eso se debe sólo a que las tendencias principales originadas por ciertas desviaciones de la táctica marxista se manifiestan asimismo en nuestro país, a pesar de las enormes diferencias de cultura, modo de vida y tipo histórico de economía que hay entre Rusia y Occidente.

Por último, una causa muy importante de discrepancia entre los participantes en el movimiento obrero reside en los cambios de táctica de las clases gobernantes, en general, y de la burguesía, en particular. Si la táctica de la burguesía fuera siempre similar o, al menos, homogénea, la clase obrera no tardaría en aprender a responder a ella con una táctica igual de similar y homogénea. Pero, en la práctica, la burguesía de todos los países pone en juego inexorablemente dos sistemas de gobierno, dos métodos de lucha para defender sus intereses y su dominación, dos métodos que se alternan o entremezclan, formando distintas combinaciones. Se trata, en primer término, del método de la violencia, método que niega toda concesión al movimiento obrero, método que apoya todas las instituciones viejas y caducas, método que rechaza de plano las reformas. Este es el fondo de la política conservadora que, en Europa Occidental, deja de ser cada día más la política de las clases terratenientes para convertirse en una variedad de la política burguesa en general. El otro método es el del "liberalismo", el de dar pasos hacia el desarrollo de los derechos políticos, hacia las reformas, las concesiones, etc.

Cuando la burguesía pasa de un método a otro no lo hace obedeciendo a alevosas intenciones de algunos individuos, ni tampoco por mera casualidad, sino en virtud del carácter profundamente contradictorio de su propia situación. Una sociedad capitalista normal no puede desarrollarse con buen éxito sin un régimen representativo consolidado, si la población, que no puede menos de distinguirse por sus demandas "culturales" relativamente altas, no goza de ciertos derechos políticos. Estas demandas de poseer un nivel cultural mínimo son debidas a las condiciones del propio modo de producción capitalista, con su técnica elevada, su complejidad, flexibilidad, movilidad, rapidez en el desarrollo de la competencia mundial, etc. Los cambios de táctica de la burguesía y el paso de ésta del método de la violencia al de las supuestas concesiones son, por lo mismo, consustánciales de los últimos cincuenta años de historia de todos los países europeos, con la particularidad de que, en determinados períodos, unos países prefieren un método y otros otro. Por ejemplo, Inglaterra era en los años 60 y 70 del siglo XIX el país clásico de la política burguesa "liberal". Alemania, en las décadas del 70 y el 80, aplicaba el método de la violencia, etc.

Cuando en Alemania imperaba el método de la violencia, la repercusión unilateral de este sistema de gobierno burgués fue un incremento del anarcosindicalismo, o, como lo llamaban entonces, del anarquismo en el movimiento obrero ("los jóvenes" al principio de la década del 90[286], Johann Most a comienzos de la del 80). Cuando en 1890 se produjo el viraje hacia las "concesiones", éste resultó ser, como siempre, más peligroso aún para el movimiento obrero, originando una repercusión igualmente unilateral del "reformismo" burgués: el oportunismo en el movimiento obrero. "La finalidad positiva, real, de la política liberal de la burguesía –dice Panneckoek- es desorientar a los obreros, sembrar la escisión en sus filas, transformar su política en un apéndice impotente de la política de supuestas reformas, política siempre impotente y efímera".

La burguesía logra a menudo sus objetivos para cierto tiempo mediante una política "liberal" que, como indica con razón Panneckoek, es una política "más astuta". Parte de los obreros y de sus representantes se deja engañar a veces por las aparentes concesiones. Los revisionistas declaran "anticuada" la doctrina de la lucha de las clases o comienzan a aplicar una política que, de hecho,

significa una renuncia a la lucha de clase. Los zigzags de la táctica burguesa dan lugar a que se afiance el revisionismo en el movimiento obrero y hacen a menudo que las discrepancias en su seno se transformen en escisión manifiesta.

Todas las causas de ese género promueven divergencias de táctica en el movimiento obrero, en el medio proletario. Pero entre el proletariado y los sectores de la pequeña burguesía próximos a él, incluido el campesinado, no hay ni puede haber ninguna muralla china. Se entiende que el paso de algunos individuos, grupos y sectores de la pequeña burguesía a las filas del proletariado no puede menos de originar, por su parte, cambios en la táctica de éste.

La experiencia del movimiento obrero de los diversos países ayuda a comprender, con ejemplos concretos de la práctica, el fondo de la táctica marxista, contribuyendo a que otros países más jóvenes sepan distinguir con mayor claridad la verdadera significación clasista de las desviaciones del marxismo y puedan combatirlas con mayor éxito.

*Publicado el 16 de diciembre de 1910, en el núm. 1 de "Zviezdá".*
*T. 20, págs. 62-69.*

# ALGUNAS PARTICULARIDADES DEL DESARROLLO HISTÓRICO DEL MARXISMO.

Nuestra doctrina -dijo Engels en su nombre y en el de su ilustre amigo- no es un dogma, sino una guía para la acción. Esta tesis clásica subraya con notable vigor y fuerza de expresión un aspecto del marxismo que se pierde con mucha frecuencia de vista. Y al perderlo de vista, hacemos del marxismo una doctrina unilateral, deforme, muerta, le arrancamos el alma viva, socavamos sus cimientos teóricos más hondos: la dialéctica, la doctrina del desarrollo histórico multilateral y pleno de contradicciones; quebrantamos su ligazón con las tareas prácticas concretas de la época, que pueden cambiar con cada nuevo viraje de la historia.

Y precisamente en nuestros tiempos, entre quienes se interesan por los destinos del marxismo en Rusia se encuentran con particular frecuencia gentes que pierden de vista justamente ese aspecto del marxismo. Ahora bien, todos ven claro que estos últimos años Rusia ha sufrido cambios muy bruscos, que han modificado con rapidez y vigor extraordinarios la situación política y social, que es lo que determina de manera directa e inmediata las condiciones de la acción y, por consiguiente, las tareas de la acción. No me refiero, claro, a las tareas generales y fundamentales, que no cambian con los virajes de la historia si no cambia la correlación fundamental entre las clases. Es de una evidencia absoluta que esa tendencia general de la evolución económica (y no sólo económica) de Rusia no ha cambiado, digamos, en estos seis años últimos, como tampoco ha cambiado la correlación fundamental entre las distintas clases de la sociedad rusa.

Pero las tareas de la acción inmediata y directa han sufrido en este período un cambio muy profundo, puesto que ha cambiado la situación política y social concreta; *por consiguiente*, en el marxismo, como doctrina viva, *debían* de pasar también a primer plano *diversos* aspectos suyos.

Para aclarar esta idea, veamos cuáles han sido los cambios de la situación política y social concreta en los últimos seis años. Ante nosotros resaltan en seguida los dos trienios en que se divide este período: uno termina por el verano de 1907; el otro acaba en el verano de 1910. El primer trienio se distingue, desde el punto de vista puramente teórico, por rápidos cambios en los rasgos fundamentales del régimen estatal de Rusia, con la particularidad de que la marcha de estos cambios fue muy desigual, y la amplitud de las oscilaciones muy grande en ambas direcciones. La base económica y social de estos cambios de la "superestructura" fue la acción de *todas* las clases de la sociedad rusa en los terrenos *más diversos* (actividad dentro y fuera de la Duma, prensa, asociaciones, reuniones, etc.), una acción tan abierta, imponente y masiva como pocas veces registra la historia.

Por el contrario, el segundo trienio se distingue -repetimos que esta vez nos limitamos al punto de vista puramente teórico, "sociológico"- por una evolución tan lenta que casi equivale al estancamiento. Ningún cambio más o menos apreciable en el régimen estatal. Ninguna o casi ninguna acción abierta y amplia de *las clases* en la mayoría de los "campos" en que durante el período precedente se desarrollaron esas acciones.

La semejanza de ambos períodos estriba en que la evolución de Rusia ha sido en el uno y en el otro la misma de antes, una evolución capitalista. La contradicción existente entre dicha evolución económica y la pervivencia de numerosas instituciones feudales, medievales, no ha desaparecido, sigue siendo la misma, no atenuada, antes bien agravada por la penetración de cierto contenido parcial de signo burgués en unas u otras instituciones.

La diferencia entre ambos períodos estriba en que, durante el primero, en el proscenio de la acción histórica figuraba el problema de cuál sería el resultado de los rápidos y desiguales cambios mencionados. El fondo de esos cambios, en virtud del carácter capitalista de la evolución de Rusia, había de ser necesariamente burgués. Pero hay burguesía y burguesía. La burguesía media y grande, partidaria de un liberalismo más o menos moderado, temía, por su propia posición de clase, los cambios bruscos y trataba de conservar restos considerables de las viejas instituciones tanto en el régimen agrario como en la "superestructura" política. La pequeña burguesía rural, entrelazada con los campesinos que viven "de su trabajo", por fuerza debía aspirar a *otro género* de transformaciones burguesas que dejaran mucho menos sitio a las supervivencias medievales de todo tipo. Los obreros asalariados, conscientes de lo que ocurría a su alrededor, no podían menos de adoptar cierta actitud ante este choque de dos tendencias dispares que, al quedar las dos enmarcadas en el régimen burgués, determinaban las formas diferentes por completo de este régimen, la rapidez totalmente distinta de su desarrollo y la diversa amplitud de la esfera de sus influencias progresivas.

Así pues, la época del trienio pasado colocó en

el primer plano del marxismo, y no por casualidad, sino por fuerza, las cuestiones que suelen ser denominadas de táctica. Nada más erróneo que tener las discusiones y divergencias en torno a estas cuestiones por polémicas "de intelectuales", por una "lucha empeñada con el fin de lograr la influencia en el proletariado inmaduro" y por "adaptación de los intelectuales al proletariado", como piensan los partidarios de toda laya de *Veji*. Todo lo contrario, precisamente por haber adquirido madurez, esta clase no podía ver con indiferencia el choque de las dos tendencias dispares de todo el desarrollo burgués de Rusia, y los ideólogos de esta clase no podían menos de exponer las fórmulas teóricas correspondientes (de manera directa o indirecta, como reflejo directo o inverso) a dichas tendencias.

En el segundo trienio *no* estaba planteado a la orden del día el choque de las tendencias dispares del desarrollo burgués de Rusia, ya que los ultrarreaccionarios habían aplastado, pospuesto, arrinconado y amortiguado por cierto tiempo *ambas* tendencias. Los ultrarreaccionarios medievales no sólo han invadido por completo el proscenio, sino que han llenado de ánimos de Veji, de abatimiento y apostasía los corazones de los más amplios sectores de la sociedad burguesa. En vez del choque de los dos métodos de transformación de lo viejo, han quedado en la superficie la pérdida de la fe en toda transformación, el espíritu de "sumisión" y "arrepentimiento", la afición por las doctrinas antisociales, la moda del misticismo, etc.

Y este cambio de sorprendente brusquedad no ha sido ni casual ni resultado de una presión "exterior" nada más. La época anterior había agitado tan profundamente a sectores de la población apartados de los problemas políticos, ajenos a ellos durante generaciones enteras, durante siglos, que se hizo natural e inevitable "revisar todos los valores", estudiar de nuevo los problemas fundamentales y mostrar un nuevo interés por la teoría, por su abecé, por su estudio desde las primeras letras. Los millones de seres, despertados de pronto de un largo sueño y colocados de improviso ante problemas importantísimos, no podían sostenerse mucho tiempo a esa altura ni avanzar sin detenerse, sin retornar a las cuestiones elementales y sin una nueva preparación que les ayudara a "digerir" las enseñanzas de valor inaudito y a poner a una masa incomparablemente mayor en condiciones de reanudar el avance, pero ya con paso mucho más firme y seguro, con conciencia mucho mayor y de manera mucho más consecuente.

La dialéctica del desarrollo histórico ha sido tal que, en el primer período, se planteaba a la orden del día realizar transformaciones inmediatas en todos los ámbitos de la vida del país, y, en el segundo, que los más vastos sectores estudiaran la experiencia adquirida, asimilaran y penetraran, si es lícito expresarse así, en el subsuelo, en las filas atrasadas de las diferentes clases.

Precisamente porque el marxismo no es un dogma muerto ni una doctrina acabada, consumada e inmutable, sino una guía viva para la acción, no podía menos de reflejar en su organismo el cambio, de asombrosa brusquedad, operado en las condiciones de la vida social. El reflejo de este cambio ha sido una profunda disgregación, una gran dispersión, vacilaciones de todo género, en suma, una gravísima crisis *interna* del marxismo. La enérgica resistencia ofrecida a esa disgregación, la lucha resuelta y tenaz en pro de *los fundamentos* del marxismo se ha puesto de nuevo a la orden del día. Sectores de extraordinaria amplitud de las clases que no pueden prescindir del marxismo para formular sus tareas lo asimilaron de un modo unilateral y deforme en extremo en la época anterior, aprendiéndose de memoria unas u otras "consignas", tales o cuales soluciones a los problemas tácticos, pero *sin comprender* los criterios marxistas para dar con esas soluciones. La "revisión de todos los valores" en las diversas esferas de la vida social ha conducido a la "revisión" de los fundamentos filosóficos más abstractos y generales del marxismo. La influencia de los matices idealistas más diversos de la filosofía burguesa se deja sentir entre los marxistas en forma de epidemia machista. La repetición de "consignas" aprendidas de memoria, pero no comprendidas ni meditadas, ha conducido a una amplia difusión de la fraseología huera, concretada en la realidad en tendencias que no tienen nada de marxistas, en tendencias pequeñoburguesas como el "otzovismo" manifiesto o disimulado, o en el reconocimiento de esta misma tendencia en calidad de "matiz legítimo" del marxismo.

Por otra parte, el espíritu de *Veji*, el espíritu de apostasía, que abarcaba a los más amplios sectores de la burguesía, ha penetrado también en la tendencia que trata de encajar la teoría y la labor práctica marxistas en el cauce de "la moderación y el orden". Del marxismo no queda ya más que la fraseología con que se revisten esas consideraciones acerca de la "jerarquía", la "hegemonía", etc., impregnadas de espíritu liberal.

En el presente artículo no podemos proponernos, como es natural, analizar ésas consideraciones. Baste mencionarlas para ilustrar la profundidad de la crisis que atraviesa el marxismo, de la cual hablábamos antes, y la relación que tiene con toda la situación económica y social del período que vivimos. No es posible sustraerse de los problemas que esta crisis plantea. No hay nada más nocivo ni desafecto a los principios que tratar de escapar por la tangente con frases. Nada hay tan importante como la cohesión de *todos* los

marxistas, conscientes de la profundidad de la crisis y de la necesidad de combatirla, para salvaguardar las bases teóricas del marxismo y sus tesis cardinales, desfiguradas desde los lados más opuestos al extenderse la influencia burguesa entre los diversos "compañeros de viaje" del marxismo.

El trienio anterior ha elevado a la participación consciente en la vida social a sectores muy amplios, que a menudo empiezan sólo ahora a conocer debidamente el marxismo. En este sentido, la prensa burguesa da pábulo a muchos más errores que antes y los difunde con mucha mayor amplitud. La disgregación en el marxismo supone un peligro singular en estas condiciones. Por eso, la tarea de la época, en el sentido más directo y exacto de la palabra, es, para los marxistas, comprender los motivos que hacen inevitable esa disgregación en los tiempos que atravesamos y unirse para combatirla de manera consecuente.

*Publicado el 23 de diciembre de 1910 en el núm. 2 de "Zviezdá".*
*T. 20, págs. 84-89.*

## LA “REFORMA CAMPESINA” Y LA REVOLUCIÓN PROLETARIA Y CAMPESINA.

Se ha celebrado el aniversario que tanto temía la monarquía de los Románov y que despertó tan beatífico arrobamiento entre los liberales de Rusia. El gobierno zarista lo ha festejado difundiendo con profusión "entre la gente" folletos conmemorativos del Club Nacional de las centurias negras, intensificando las detenciones de todos los "sospechosos", prohibiendo las reuniones en que pudieran pronunciarse discursos con el más leve tinte democrático, multando y amordazando a los periódicos y poniendo trabas a los cinematógrafos "subversivos".

Los liberales lo han celebrado derramando lágrimas vivas sobre la necesidad de "un segundo 19 de febrero"[287], (*Viéstnik Evropi*[288]), expresando sus sentimientos de fidelidad al trono (retrato del zar en primera plana de *Riech*[289]), hablando de su abatimiento cívico, de la inestabilidad de la "Constitución" patria, de la funesta rotura de los "seculares principios agrarios" por la política de Stolypin en el campo[290], etc., etc.

En un rescripto dirigido a Stolypin, Nicolás II declaraba que la culminación de la "gran reforma" del 19 de febrero de 1861 era precisamente la política agraria de Stolypin, es decir, el abandono de las tierras de los campesinos al saqueo desenfrenado de un puñado de explotadores, de kulaks y mujiks acomodados, y el sometimiento del campo a los terratenientes feudales.

Y es preciso reconocer que Nicolás el Sanguinario, primer terrateniente de Rusia, está más cerca de la verdad histórica que nuestros beatíficos liberales. El primer terrateniente y principal señor feudal ha comprendido, mejor dicho, las lecciones recibidas del Consejo de la Nobleza Unida[291] le han hecho comprender esa verdad de la lucha de clases de que, por todo su carácter, las "reformas" realizadas por los señores feudales no pueden menos de ser reformas feudales y de ir acompañadas de un régimen de violencias de todo género. Nuestros demócratas constitucionalistas y, en general, nuestros liberales temen el movimiento revolucionario de las masas, único capaz de borrar de la faz de la tierra a los terratenientes feudales y acabar con su omnipotencia en el Estado ruso; y ese temor les impide comprender que mientras no sean derrocados los terratenientes feudales, cualquier reforma -y en particular las reformas agrarias- sólo es posible al modo feudal, con carácter feudal y aplicada con métodos feudales. Temer la revolución, soñar con las reformas y quejarse de que las "reformas" son llevadas a cabo por señores feudales y al modo feudal es el colmo de la villanía y la estupidez. Nicolás II tiene mucha más razón y abre mucho mejor los ojos al pueblo ruso cuando "ofrece" claramente a elegir entre las "reformas" feudales y la revolución popular que derriba a los terratenientes feudales.

La Reforma del 19 de febrero de 1861 fue una reforma feudal que nuestros liberales pueden embellecer y presentar como una reforma "pacífica" únicamente porque *el movimiento* revolucionario de Rusia era a la sazón de una debilidad rayana en la insignificancia y porque entre las masas oprimidas no había aparecido aún *la clase* revolucionaria. El decreto del 9 de noviembre de 1906 y la ley del 14 de junio de 1910[292] son reformas feudales del mismo contenido burgués que la de 1861; pera los liberales *no pueden* presentarla como una reforma "pacífica", no pueden embellecerla con tanta facilidad (aunque ya empiezan a hacerlo, como, por ejemplo, en *Rússkaya Mysl*), pues si bien es posible olvidar a los pocos revolucionarios aislados de 1861, no es posible olvidar la revolución de 1905. En 1905 nació en Rusia *la clase* revolucionaria, el proletariado, que supo incorporar también a la masa campesina al movimiento revolucionario. Y cuando una clase revolucionaria ha nacido en un país, no puede ser aplastada por ningún tipo de persecuciones; sólo puede perecer si perece todo el país, sólo puede morir después de haber triunfado.

- - -

Recordemos los principales rasgos de la Reforma campesina de 1861. La decantada "emancipación" fue una expoliación de lo más descarada de los campesinos, a los que se hizo objeto de una serie de violencias y de continuo escarnio. Con la "emancipación", en las provincias de tierras negras se arrebató a los campesinos *más* de la quinta parte de las tierras que poseían. En algunas provincias se les arrebató la tercera y aun las dos quintas partes. Con la "emancipación", las tierras campesinas fueron deslindadas de las de los terratenientes en tal forma que los campesinos hubieron de trasladarse a verdaderos "arenales", mientras que las tierras de los terratenientes se enclavaban en las de los campesinos para que a los nobles aristócratas les fuera más fácil someterlos y arrendarles tierras a precios de usura. Con la "emancipación" se obligó a los campesinos a "rescatar" sus propias tierras, haciéndoles pagar de paso el *doble* o el *triple* del precio real de la tierra. En suma, la "época de las reformas" de la década

del 60 dejó al campesino en la miseria, en el embrutecimiento y en la ignorancia y sometido a los terratenientes feudales en el dominio de la justicia, de la administración, de la enseñanza escolar y de los zemstvos[293].

La "gran reforma" fue una reforma feudal, y no podía dejar de serlo, pues quienes la aplicaron fueron los señores feudales. ¿Qué fuerza los obligó a emprender la reforma? La fuerza del desarrollo económico, que iba llevando a Rusia por la senda del capitalismo. Los terratenientes feudales no podían evitar el desarrollo del intercambio comercial de Rusia con Europa, no podían mantener en pie las viejas formas de economía que se venían abajo. La guerra de Crimea[294] puso al desnudo la podredumbre y la impotencia de la Rusia feudal. Las "revueltas" campesinas, que cada decenio precedente a la reforma iban en aumento, obligaron a Alejandro II, primer terrateniente, a reconocer que era preferible proceder a la emancipación *desde arriba* que esperar el derrocamiento *desde abajo*.

La "reforma campesina" fue una reforma burguesa aplicada por señores feudales. Fue un paso en la transformación de Rusia en una monarquía burguesa. Su contenido era burgués, y se exteriorizaba tanto más cuanto *menos* se recortaban las tierras campesinas, cuanto *mayor* era su separación de las tierras de los terratenientes, cuanto *menor* era el tributo (es decir, el "rescate") que tenían que pagar a los señores feudales, cuanto *más libres* de la influencia y la presión de los señores feudales quedaban los campesinos de cada lugar. *Cuando* el campesino se eximía de la potestad de los señores feudales, caía bajo el poder del dinero, se veía en las condiciones de la producción mercantil y en dependencia del naciente capital. Y después de 1861, el desarrollo del capitalismo en Rusia fue tan rápido que en varios decenios hubo transformaciones que se llevaron siglos enteros en algunos países viejos de Europa.

La conocida controversia entre los partidarios del régimen de servidumbre y los liberales, tan exagerada y embellecida por nuestros historiadores liberales y liberal-populistas, fue una lucha *en el seno* de las clases dominantes, sobre todo *entre los terratenientes*, una lucha que se empeñó *exclusivamente* en torno al grado y la forma de *las concesiones*. Los liberales, lo mismo que los defensores del régimen de servidumbre, eran partidarios de que se reconociese la propiedad y el poder de los terratenientes, y condenaban con indignación cualquier idea revolucionaria sobre *la supresión* de esa propiedad y *el total derrocamiento* de ese poder.

Estas ideas revolucionarias no podían menos de bullir en la mente de los campesinos siervos. Y si los siglos de esclavitud habían entorpecido y embrutecido a las masas campesinas hasta el punto de que durante la reforma sólo fueron capaces de sublevarse en forma aislada y dispersa, y que más bien eran "revueltas" sin la luz de ninguna conciencia política, ya entonces había en Rusia revolucionarios que estaban al lado de los campesinos, comprendían toda la estrechez y mezquindad de la célebre "reforma campesina" y todo su carácter feudal. Al frente de estos revolucionarios, cuyo número era reducidísimo, estaba N. Chernyshevski.

El 19 de febrero de 1861 marca el comienzo de una nueva Rusia, de la Rusia burguesa que surge de la época feudal. Los liberales de la década del 60 y Chernyshevski son los representantes de dos tendencias históricas, de dos fuerzas históricas que, desde entonces y hasta nuestros días, vienen determinando el desenlace de la lucha por una nueva Rusia. Por esa razón, en el cincuentenario del 19 de febrero es necesario que el proletariado con conciencia de clase se forme la idea más clara posible de cuál era la esencia de esas dos tendencias y cuáles sus relaciones recíprocas.

Los liberales querían "emancipar" a Rusia "desde arriba", sin destruir la monarquía del zar ni la propiedad de la tierra y el poder de los terratenientes, impulsando a éstos a hacer tan sólo "concesiones" en el espíritu de la época. Los liberales han sido y siguen siendo los ideólogos de la burguesía, que no puede aceptar el régimen de la servidumbre, pero que teme la revolución, teme el movimiento de las masas capaz de derrocar la monarquía y acabar con el poder de los terratenientes. Los liberales se limitan por eso a la "lucha por las reformas", a la "lucha por los derechos", es decir, a repartir el poder entre los señores feudales y la burguesía. Ante tal correlación de fuerzas *no puede* haber más "reformas" que las llevadas a cabo por los señores feudales ni más "derechos" que los limitados por la arbitrariedad de los señores feudales.

Chernyshevski fue un socialista utópico que soñaba con el paso al socialismo a través de la vieja comunidad campesina de tipo semifeudal[295] y no veía, ni podía ver en los años 60 del siglo pasado, que sólo el desarrollo del capitalismo y del proletariado es capaz de crear las condiciones materiales y la fuerza social necesarias para hacer realidad el socialismo. Pero Chernyshevski no fue sólo un socialista utópico. Fue también un demócrata revolucionario y sabía influir con espíritu revolucionario en todos los acontecimientos políticos de su época, defendiendo, a pesar de todas las barreras y obstáculos puestos por la censura, la idea de la revolución campesina, la idea de la lucha de las masas por el derrocamiento de todos los viejos poderes. La "reforma campesina" de 1861, que los liberales embellecían al comienzo y luego

llegaron incluso a glorificar, era calificada por Chernyshevski de *infamia*, pues veía con claridad su carácter feudal, veía con claridad que los señores emancipadores liberales esquilmaban por completo a los campesinos. Chernyshevski llamaba a los liberales de los años 60 "*charlatanes, fanfarrones y tontos*", pues veía con claridad su temor a la revolución, su abulia y su servilismo ante los detentadores del poder.

Estas dos tendencias históricas se han ido desarrollando en el medio siglo transcurrido desde el 19 de febrero, y han ido separándose en forma cada vez más clara, definitiva y decidida. Fueron creciendo las fuerzas de la burguesía liberal monárquica, que propugnaba circunscribirse a la labor "cultural" y rechazaba el trabajo revolucionario clandestino. Fueron creciendo las fuerzas de la democracia y el socialismo, al principio fundidas en la ideología utópica y en la lucha intelectual de los adeptos de Libertad del Pueblo y de los populistas revolucionarios[296]. Sin embargo, a partir de la década de 90 del siglo pasado comenzaron a divergir con la transición de la lucha revolucionaria de los terroristas y propagandistas aislados a la lucha de las propias clases revolucionarias.

La década prerrevoludonaria de 1895 a 1904 nos muestra ya la actuación franca y descubierta y el crecimiento incontenible de las masas proletarias, el incremento de la lucha huelguística, el aumento de la agitación, la organización y el partido obrero socialdemócratas. Siguiendo a la vanguardia socialista del proletariado, comienza a incorporarse también a la lucha de masas el campesinado democrático revolucionario, sobre todo a partir de 1902.

Las dos tendencias que en 1861 apenas se habían perfilado en la vida y en la literatura, se desarrollaron en la revolución de 1905, crecieron y hallaron su expresión en el movimiento de *las masas*, en la lucha de *los partidos* en los más diversos ámbitos: en la prensa, en los mítines, en los sindicatos, en las huelgas, en la insurrección, en las Dumas de Estado.

La burguesía liberal monárquica fundó el partido de los demócratas constitucionalistas y el de los octubristas, que trabajaron juntos al principio (hasta el verano de 1905) en el movimiento liberal de los zemstvos y después se dividieron en dos partidos, entre los que se declaró (y subsiste) una fuerte competencia, destacando uno a primer plano su "*faz*" liberal por excelencia, y el otro, la suya, monárquica por excelencia, pero siempre coincidieron en lo más esencial, en la tarea de denunciar a los revolucionarios, de mofarse de la insurrección de diciembre y honrar cómo si fuera su bandera la hoja de parra "constitucional" del absolutismo. Ambos partidos se han situado y se sitúan en un terreno "rigurosamente constitucional", es decir, se circunscriben al marco de actividad que las centurias negras del zar y de los señores feudales pudieron permitir sin entregar su poder, sin dejar escapar de las manos su autocracia y sin sacrificar ni un kopek de sus ingresos esclavistas "consagrados por los siglos", ni el más mínimo privilegio de sus "bien adquiridos" derechos.

Las tendencias democrática y socialista se separaron de la liberal y trazaron una línea de demarcación entre ellas. El proletariado se organizó y actuó en forma independiente del campesinado, agrupándose en torno a su partido obrero socialdemócrata. Durante la revolución, la organización de los campesinos fue incomparablemente más débil, sus acciones fueron mucho más dispersas y débiles, el nivel de su conciencia era mucho más bajo; las ilusiones monárquicas (y las constitucionales, indisolublemente ligadas a aquéllas) paralizaron más de una vez la energía del campesinado, haciéndolo depender de los liberales y, a veces, de los cavernícolas de las centurias negras, dando origen a varias ilusiones sobre "la tierra de Dios" en vez de estimular la ofensiva contra los terratenientes de la nobleza para suprimir por completo esta clase. No obstante, en general, el campesinado como masa luchó precisamente contra los terratenientes, actuó en forma revolucionaria, y en todas las Dumas -incluso en la tercera, cuya elección fue estropeada por una representación netamente favorable a los señores feudales- constituyó grupos trudoviques que, a pesar de sus frecuentes vacilaciones, representaban a la verdadera democracia. En el movimiento de masas de los años 1905-1907, los demócratas constitucionalistas y los trudoviques representaron en el movimiento de masas y formularon en el aspecto político, respectivamente, la posición y las tendencias de la burguesía liberal monárquica y democrática revolucionaria.

El año de 1861 engendró el de 1905. El carácter feudal de la primera "gran" reforma burguesa entorpeció el desarrollo, condenó a los campesinos a sufrir un sinfín de martirios de los peores y más amargos, pero no hizo cambiar la dirección del desarrollo ni impidió la revolución burguesa en 1905. La Reforma de 1861 retrasó el desenlace, al abrir determinadas válvulas de escape, dio cierto incremento al capitalismo, pero no evitó el desenlace ineludible que, en 1905, tuvo por escenario un terreno incomparablemente más amplio y se manifestó en la embestida de las masas contra la autocracia del zar y de los terratenientes feudales. La reforma, aplicada por los señores feudales en una época de absoluta falta de desarrollo de las masas oprimidas, engendró la revolución en cuanto maduraron los elementos

revolucionarios en estas masas.

La III Duma y la política agraria de Stolypin son la segunda reforma burguesa llevada a cabo por los defensores del régimen de servidumbre. Si el 19 de febrero de 1861 fue el primer paso *hacia* la transformación de una autocracia puramente feudal en monarquía burguesa, la época de 1908 a 1910 nos muestra el segundo paso, más serio que el primero, *por el mismo camino*. Han pasado casi cuatro años y medio desde la promulgación del ukase del 9 de noviembre de 1906 y más de tres años y medio desde el 3 de junio de 1907[297], y ahora no sólo la burguesía demócrata constitucionalista, sino también, en grado considerable, la octubrista se convencen del "fracaso" de la "Constitución" y de la política agraria del 3 de junio. El "más derechista de los demócratas constitucionalistas" -como ha sido calificado recientemente con toda justicia el semioctubrista señor Maklákov- tenía sobrada razón para decir el 25 de febrero, hablando en la Duma en nombre de los demócratas constitucionalistas y de los octubristas, que "ahora están descontentos los sectores centrales del país que más desean una paz duradera y temen una nueva explosión de la ola revolucionaria". La consigna general es una: "Todos dicen -prosiguió el señor Maklákov- que si seguimos avanzando por el camino en que nos meten, acabarán por llevarnos a una segunda revolución".

La consigna general de la burguesía demócrata constitucionalista y octubrista en la primavera de 1911 confirma que nuestro partido juzgó con acierto la situación en la resolución de su conferencia de diciembre de 1908. "Los factores fundamentales de la vida económica y política -dice la resolución- que provocaron la revolución de 1905, siguen actuando, y en tal situación económica y política madura inevitablemente una nueva crisis revolucionaria".

Ménshikov, un plumífero mercenario del gobierno cavernícola del zarismo, manifestó no hace mucho en *Nóvoie Vremia* que la reforma del 19 de febrero "ha fracasado sin pena ni gloria", pues "el año 1861 no pudo evitar el novecientos cinco". Ahora los abogados y parlamentarios a sueldo de la burguesía liberal anuncian el fracaso de las "reformas" del 9 de noviembre de 1906 y del 3 de junio de 1907, pues estas "reformas" *llevan* a una segunda revolución. Ambas declaraciones, lo mismo que toda la historia del movimiento liberal y revolucionario de 1861 a 1905, ofrecen datos muy interesantes para esclarecer el importantísimo problema de la relación entre la reforma y la revolución, del papel de los reformistas y de los revolucionarios en la lucha social.

Los adversarios de la revolución, furiosos y rechinando los dientes unos, llenos de amargura y abatimiento otros, reconocen que las "reformas" de 1861 y 1907-1910 son un fracaso, pues no evitan la revolución. La socialdemocracia, que representa a la única clase consecuentemente revolucionaria de nuestros días, contesta así a esta confesión: los revolucionarios desempeñaron un inmenso papel histórico en la lucha social y en todas las crisis sociales, *aun cuando* estas crisis no llevaron directamente más que a reformas a medias. Los revolucionarios son los guías de las fuerzas sociales que llevan a cabo todas las transformaciones; las reformas son un subproducto de la lucha revolucionaría.

Los revolucionarios de 1861 se quedaron solos y, al parecer, sufrieron una derrota total. Pero, en realidad, fueron ellos justamente las grandes figuras de aquella época, y, cuanto más nos alejamos de ella, con mayor claridad vemos su grandeza y más resaltan la mezquindad e insignificancia de los reformistas liberales de entonces.

La clase revolucionaria de 1905-1907, el proletariado socialista, sufrió, al parecer, una derrota total. Los monárquicos liberales y los liquidadores entre los marxistas de pacotilla se cansaron de gritar que el proletariado había ido "demasiado lejos"; que había llegado a cometer "excesos", que se había dejado arrastrar "por la espontánea lucha de clases", que se había dejado seducir por la perniciosa idea de la "hegemonía del proletariado", etc., etc. En realidad, la "culpa" del proletariado había sido únicamente no haber ido lo bastante lejos, pero esta "culpa" se justifica por el estado en que se encontraban entonces sus fuerzas y ha sido redimida con su incansable labor socialdemócrata revolucionaria, que no cesó ni siquiera en la época de más feroz reacción, y con su lucha inexorable contra todas las manifestaciones de reformismo y oportunismo. En realidad, todo lo que se ha arrebatado a los enemigos, todo lo que se ha conquistado y se sostiene firmemente en pie se conserva y se mantiene en la medida en que es fuerte y permanece viva la lucha revolucionaria en todos los medios de la labor proletaria. En realidad, sólo el proletariado ha defendido hasta el fin la democracia consecuente y ha desenmascarado toda la debilidad del liberalismo, arrancando a las masas campesinas de su influencia y alzándose a la insurrección armada con heroísmo.

Nadie puede predecir hasta dónde se realizarán en Rusia las transformaciones auténticamente democráticas en la época de sus revoluciones burguesas; pero no cabe la menor duda de que *sólo* la lucha revolucionaria del proletariado habrá de ser la que determine el alcance y el éxito de las transformaciones. Entre las "reformas" feudales hechas en un espíritu burgués y la revolución democrática dirigida por el proletariado no puede haber más que las impotentes y abúlicas

vacilaciones del liberalismo y del reformismo oportunista debidas a su endeblez ideológica.

Si lanzamos una mirada general a la historia de Rusia del último medio siglo, a los años 1861 y 1905, sólo podemos repetir, aún más convencidos, las palabras de la resolución de nuestro partido: "El objetivo de nuestra lucha sigue siendo el derrocamiento del zarismo y la conquista del poder político por el proletariado, apoyándose éste en las capas revolucionarias del campesinado y llevando a cabo la revolución democrática burguesa mediante la convocatoria de una asamblea constituyente de todo el pueblo y la instauración de la república democrática".

*Publicado el 19 de marzo (1 de abril) de 1911 en el núm. 21-22 de "Sotsial-Demokrat".*
*T. 20, págs. 171-180.*

## A LA MEMORIA DE LA COMUNA.

Han pasado cuarenta años desde que se proclamó la Comuna de París. Siguiendo la costumbre, el proletariado francés ha honrado con mítines y manifestaciones la memoria de los hombres de la revolución del 18 de marzo de 1871. A finales de mayo volverá a llevar coronas de flores a las tumbas de los comuneros fusilados durante la terrible "semana de mayo" y a jurar ante estas tumbas que luchará con tesón hasta lograr el triunfo completo de sus ideas, hasta dar cumplido fin a la obra por ellos legada.

¿Por qué, pues, no sólo el proletariado francés, sino el de todo el mundo rinde pleitesía a los hombres de la Comuna de París como a sus precursores? ¿Cuál es la herencia de la Comuna?

La Comuna surgió de manera espontánea, nadie la preparó de un modo consciente y sistemático. La infausta guerra con Alemania, los sufrimientos del asedio, el paro obrero y la ruina de la pequeña burguesía; la indignación de las masas contra las clases superiores y las autoridades que habían demostrado una incapacidad absoluta; la sorda efervescencia en el seno de la clase obrera, descontenta de su situación y ansiosa de un nuevo régimen social; la composición reaccionaria de la Asamblea Nacional, que hacía temer por los destinos de la República, fueron las causas que concurrieron con otras muchas a impulsar a la población parisiense a la revolución del 18 de marzo, que puso de improviso el poder en manos de la Guardia Nacional, en manos de la clase obrera y de la pequeña burguesía, que se había adherido a los obreros.

Fue un acontecimiento histórico sin precedentes. Hasta entonces, el poder había estado, por lo general, en manos de los terratenientes y de los capitalistas, es decir, de sus apoderados, que constituían el llamado gobierno. Después de la revolución del 18 de marzo, cuando el gobierno del señor Thiers huyó de París con sus tropas, su policía y sus funcionarios, el pueblo quedó dueño de la situación, y el poder pasó a manos del proletariado. Pero en la sociedad moderna, el proletariado, avasallado en lo económico por el capital, no puede dominar en la política si no rompe las cadenas que lo atan al capital. De ahí que el movimiento de la Comuna debiera adquirir inevitablemente un tinte socialista, es decir, debiera tender al derrocamiento del dominio de la burguesía, de la dominación del capital, a la destrucción de *las bases* mismas del régimen social contemporáneo.

En un principio se trató de un movimiento heterogéneo y confuso en extremo. A él se sumaron también los patriotas con la esperanza de que la Comuna reanudase la guerra contra los alemanes y la llevara a un desenlace venturoso. Lo apoyaron asimismo los pequeños tenderos, en peligro de ruina si no se aplazaba el pago de las letras vencidas y de los alquileres (aplazamiento que les negaba el gobierno, pero que la Comuna les concedió). Por último, en un comienzo también simpatizaron en cierto grado con él los republicanos burgueses, temerosos de que la reaccionaria Asamblea Nacional (el "villanaje", los brutos terratenientes) restableciese la monarquía. Pero el papel fundamental en este movimiento lo desempeñaron, naturalmente, los obreros (sobre todo, los artesanos parisienses), entre los cuales se había desplegado en los últimos años del Segundo Imperio[298] una intensa propaganda socialista, estando incluso muchos de ellos afiliados a la Internacional[299].

Únicamente los obreros guardaron fidelidad a la Comuna hasta el fin. Los republicanos burgueses y la pequeña burguesía no tardaron en apartarse de ella: unos se asustaron del carácter revolucionario socialista del movimiento, de su carácter proletario; otros se apartaron de ella cuando vieron que estaba condenada a una derrota inevitable. Únicamente los proletarios franceses apoyaron a *su* gobierno sin temor ni desmayo, sólo ellos lucharon y murieron por él, es decir, por la emancipación de la clase obrera, por un futuro mejor para todos los trabajadores.

Abandonada por sus aliados de ayer y sin contar con ningún apoyo, la Comuna tenía que ser derrotada inevitablemente. Toda la burguesía francesa, todos los terratenientes, bolsistas y fabricantes, todos los grandes y pequeños ladrones, todos los explotadores se unieron contra ella. Con la ayuda de Bismarck (que dejó en libertad a 100.000 soldados franceses, prisioneros de los alemanes, para aplastar al París revolucionario), esta coalición burguesa logró enfrentar con el proletariado parisiense a los atrasados campesinos y a la pequeña burguesía de provincias y cercar medio París con un anillo de hierro (la otra mitad había sido cercada por el ejército alemán). En algunas ciudades importantes de Francia (Marsella, Lyon, Saint-Etienne, Dijon y otras), los obreros también intentaron tomar el poder, proclamar la Comuna y acudir en auxilio de París, pero estos intentos fracasaron pronto. Y París, que había sido

el primero en enarbolar la bandera de la insurrección proletaria, quedó abandonado a sus propias fuerzas y condenado a una muerte segura.

Para que una revolución social triunfe se necesitan, por lo menos, dos condiciones: un alto desarrollo de las fuerzas productivas y un proletariado preparado para ella. Pero en 1871 no se dio ninguna de estas condiciones. El capitalismo francés se hallaba aún poco desarrollado, Francia era entonces, fundamentalmente, un país de pequeña burguesía (artesanos, campesinos, tenderos, etc.). Por otra parte, no existía un partido obrero, la clase obrera no tenía preparación ni había pasado por un largo entrenamiento y, en su masa, ni siquiera tenía una noción clara del todo de cuáles eran sus objetivos ni de cómo podía alcanzarlos. No había una organización política seria del proletariado, ni grandes sindicatos y cooperativas...

Pero lo principal que faltó a la Comuna fue tiempo, desahogo para mirar bien cómo iban las cosas y emprender la realización de su programa. Apenas puso ella manos a la obra, el gobierno, atrincherado en Versalles y apoyado por toda la burguesía, rompió las hostilidades contra París. La Comuna hubo de pensar, ante todo, en su propia defensa. Y hasta el final mismo, que sobrevino en la semana del 21 al 28 de mayo, no tuvo tiempo de pensar seriamente en otra cosa.

Por cierto, pese a esas condiciones tan desfavorables y a la brevedad de su existencia, la Comuna tuvo tiempo de aplicar algunas medidas que caracterizan bastante sus verdaderos sentido y objetivos. Sustituyó el ejército permanente instrumento ciego en manos de las clases dominantes, por el armamento de todo el pueblo; proclamó la separación de la Iglesia y el Estado; suprimió la subvención al culto (es decir, el sueldo que el Estado pagaba a los curas) y dio un carácter estrictamente laico a la instrucción pública, con lo que asestó un rudo golpe a los gendarmes de sotana. Poco fue lo que le dio tiempo a hacer en el terreno puramente social, pero ese poco muestra con suficiente claridad su carácter de gobierno popular, de gobierno obrero: quedó suprimido el trabajo nocturno en las tahonas; fue abolido el sistema de las multas, esa expoliación consagrada por la ley de que se hacía víctima a los obreros; finalmente, fue promulgado el famoso decreto de entrega de todas las fábricas y talleres abandonados o paralizados por sus dueños a las cooperativas obreras con el fin de reanudar la producción. Y para subrayar, como si dijéramos, su carácter de gobierno auténticamente democrático, proletario, la Comuna dispuso que la remuneración de todos los funcionarios administrativos y del gobierno no fuera superior al salario normal de un obrero ni pasara en ningún caso de los 6.000 francos anuales (menos de 200 rublos al mes).

Todas estas medidas mostraban con harta elocuencia que la Comuna constituía una amenaza de muerte para el viejo mundo, basado en el avasallamiento y la explotación. Esa era la causa de que la sociedad burguesa no pudiera dormir tranquila mientras en el Ayuntamiento de París ondease la bandera roja del proletariado. Y cuando la fuerza organizada del gobierno pudo, al fin, dominar a la fuerza mal organizada de la revolución, los generales bonapartistas, esos generales batidos por los alemanes y bizarros frente a sus compatriotas vencidos, esos Rennenkampf y Méller-Zakomelski franceses hicieron una matanza como jamás se había visto en París. Cerca de 30.000 parisienses fueron muertos por la soldadesca embrutecida; unos 45.000 fueron detenidos, ejecutados luego muchos y desterrados o enviados a trabajos forzados miles de ellos. En total, París perdió unos 100.000 hijos, entre los que se contaban los mejores obreros de todos los oficios.

La burguesía estaba satisfecha. "¡Ahora se ha acabado con el socialismo para mucho tiempo!", decía su sanguinario jefe, el enano Thiers, cuando él y sus generales hubieron ahogado en sangre la sublevación del proletariado de París. Mas de nada sirvieron los graznidos de esos cuervos burgueses. No habrían pasado aún seis años del aplastamiento de la Comuna, aún se hallaban muchos de sus luchadores en presidio o en el exilio, cuando en Francia se inició un nuevo movimiento obrero. La nueva generación socialista, enriquecida con la experiencia de sus predecesores y en absoluto descorazonada por la derrota que sufrieron, recogió la bandera caída de las manos de los combatientes de la Comuna y la llevó adelante con firmeza y valentía al grito de "¡Viva la revolución social! ¡Viva la Comuna!" y tres o cuatro años más tarde, un nuevo partido obrero y la agitación levantada por éste en el país obligaron a las clases dominantes a poner en libertad a los comuneros que el gobierno aún tenía presos.

Honran la memoria de los combatientes de la Comuna no sólo los obreros franceses, sino también el proletariado de todo el mundo, pues aquélla no luchó por un objetivo local o nacional estrecho, sino por la emancipación de toda la humanidad trabajadora, de todos los humillados y ofendidos. Como combatiente de vanguardia de la revolución social, la Comuna se ha granjeado la simpatía dondequiera que sufre y lucha el proletariado. El cuadro de su vida y de su muerte, el ejemplo de un gobierno obrero que conquistó y retuvo en sus manos durante más de dos meses la capital del mundo y el espectáculo de la heroica lucha del proletariado y sus padecimientos después de la derrota han levantado la moral de millones de obreros, han alentado sus esperanzas y han ganado sus simpatías para el socialismo. El tronar de los

cañones de París ha despertado de su profundo sueño a las capas más atrasadas del proletariado y ha dado en todas partes un impulso a la propaganda socialista revolucionaria. Por eso no ha muerto la causa de la Comuna, por eso sigue viviendo hasta hoy en cada uno de nosotros.

La causa de la Comuna es la causa de la revolución social, es la causa de la completa emancipación política y económica de los trabajadores, es la causa del proletariado mundial. Y en este sentido es inmortal.

*Publicado el 15 (28) de abril de 1911 en el núm. 4-5 de "Rabóchaya Gazeta".*
*T. 20, págs. 217-222.*

# LIBERALISMO Y DEMOCRACIA.

## I

La conferencia de los trudoviques[300], de la que hemos hablado nosotros y se ha informado ya en algunos periódicos (*Riech* del 28 de marzo entre ellos), ofrece singular importancia desde el punto de vista de la toma de posición de los partidos en la campaña electoral de la IV Duma. Después del bloque de los liberales moderados (demócratas constitucionalistas y "progresistas sin partido")[301] y de las resoluciones de los demócratas obreros acerca de su táctica en las elecciones, los únicos que quedaban por "definirse" para que el cuadro fuera completo eran los trudoviques.

Ahora *todas* las clases de la sociedad rusa, personificadas en todos los partidos políticos más o menos serios y dignos de atención, han determinado su posición en la campaña electoral. Si bien es cierto que para los partidos políticos burgueses, sobre todo para los que se han instalado "para largo" en el edificio del régimen del 3 de junio, las elecciones son principalmente un período de intensa publicidad, no lo es menos que para la democracia obrera, para los marxistas, la tarea primordial de dicha campaña consiste en *explicar* al pueblo cuál es *el fondo* de los distintos partidos políticos, *explicar qué ideas* se propugnan *y quiénes* las secundan, qué intereses vitales de verdad rigen la actividad de tal o cual partido, qué *clases* de la sociedad se ocultan tras uno u otro rótulo.

Desde este punto de vista tendremos que detenernos *varias veces* en la conferencia de los trudoviques y dedicar especial atención, en beneficio de la clase obrera, precisamente al problema de principio que acabamos de mencionar. Tanto los ultrarreaccionarios como *los liberales* (demócratas constitucionalistas) se limitan a silenciar este problema o a tergiversar en mil maneras diferentes su planteamiento y su solución, y no lo hacen por incomprensión o mala fe de tal o cual individuo, sino porque los intereses *de clase* de los terratenientes y de la burguesía los *obligan* a presentar deformado el fondo de los partidos campesinos y obreros.

Por su parte, los trudoviques, partido fundamentalmente campesino, no están interesados en silenciar, al menos, el problema de la diferencia existente entre el liberalismo y la democracia; pero la solución que le dan es errónea. Desde el punto de vista del campesino, es decir, del pequeño propietario, no es posible darle una solución acertada; *se le da* únicamente desde el punto de vista del obrero asalariado: prueba de ello es no sólo la teoría, la ciencia, sino también *la experiencia* de todos los países europeos, toda la historia económica y política de los partidos europeos a lo largo, sobre todo, del siglo XIX.

Fíjense aunque sólo sea en lo que dicen los liberales de los trudoviques y éstos de sí mismos. El periódico liberal *Riech*, órgano principal de los demócratas constitucionalistas, dice que los trudoviques sufrieron más que nadie el efecto de las enmiendas de la ley electoral del 3 de junio de 1907, que su táctica "no puede diferenciarse gran cosa" de la táctica de los demócratas constitucionalistas, pues éstos, fíjense, pueden "repetir", y repiten, casi todo lo dicho por los trudoviques. "Por último -se escribe en *Riech*-, los pactos electorales con los trudoviques pueden hacernos falta sólo en algún lugar aislado, y estos lugares serán poquísimos".

Medítese en esta apreciación y se verá que es la de un burgués liberal desplazado por la ley del 3 de junio de la posición dirigente (que ocupaba en virtud de la ley del 11 de diciembre de 1905[302]; pero, al paso, le concedió en la oposición un puesto respetable, *a cubierto* de la democracia. Señores trudoviques, ustedes no suponen nada de importancia para nosotros y no los tomamos en serio: tal es el verdadero sentido de la declaración de *Riech*. ¿Por qué no suponen nada importante? Porque la ley del 3 de junio los ha dejado sin fuerza para las elecciones.

Para cualquier demócrata, y sobre todo para cualquier obrero, lo que cuenta no son los partidos que tienen el monopolio o una situación privilegiada según la ley electoral en vigor, sino los que representan a las grandes masas de la población, concretamente a la población trabajadora y explotada. La ley del 3 de junio *pone a cubierto* precisamente de estas masas al burgués liberal, y por ello no suponen nada de importancia para él. Los abogados y los periodistas liberales necesitan escaños en la Duma, los burgueses liberales necesitan compartir el poder con los Purishkévich: eso es lo que necesitan; pero el desarrollo del pensamiento político independiente de las masas campesinas, el desarrollo de su iniciativa como clase es algo que el liberal no necesita, algo que constituye un verdadero peligro para él. El liberal necesita al elector, los liberales necesitan una multitud que tenga fe en ellos y los siga (para obligar a los Purishkévich a que les hagan sitio); pero el liberal teme la independencia

política de las multitudes. ¿Por qué no teme, pues, a los trudoviques, los cuales, como partido "independiente" que está muy cerca del campesinado, es decir, de la inmensa mayoría de la población, *no* representan al liberalismo, sino a la democracia burguesa? ¡Pues porque los trudoviques son demócratas independientes de los liberales en grado *insuficiente* y *no saben* luchar contra éstos por la influencia en las masas! No puede uno menos de detenerse centenares de veces en esta importantísima cuestión de la política actual de Rusia, si se toma esa política en serio, a conciencia, ateniéndose a los principios, y no en el sentido charlatanesco (o liberal) de la búsqueda de actas de diputado. Mientras la tarea histórica de nuestra época en Rusia sea la transformación política en sentido democrático, *el quid* del problema de esta transformación consistirá inexorablemente en que las *multitudinarias* masas populares, lo más multitudinarias posible, lleguen a ser demócratas conscientes, es decir, enemigas bien decididas, consecuentes y firmes de la estrechez de miras, de la limitación mental, de las medias tintas y de la cobardía liberales. No es todavía un obrero con conciencia de clase quien no ha comprendido que no se puede ser luchador consecuente por la abolición de la esclavitud asalariada *sin* comprender esta misión política de nuestra época y bregar por cumplirla.

Cuando los liberales, los demócratas constitucionalistas, dicen que su "táctica" no se diferencia "gran cosa" de la trudovique, eso refleja la ignorancia más supina o la más impúdica falta a la verdad. Cada página de la historia política del último decenio de Rusia refuta centenares y miles de veces esa falta a la verdad. La historia contemporánea de Rusia ofrece pruebas de nuestra *experiencia* rusa de que la diferencia entre el liberalismo y la democracia campesina es inconmensurablemente más profunda que cualquier problema de "táctica", pues ha salido a relucir siempre y sin excepción, por ejemplo, en los últimos ocho años, a pesar de que la marcha de los acontecimientos ha dado lugar reiteradas veces a los más bruscos virajes "tácticos"; esta diferencia es inconmensurablemente más profunda que cualquier "programa", ya que los programas sólo expresan lo que *piensan* los hombres de vanguardia de una clase sobre las tareas y la posición de esta clase. No fueron las opiniones de los hombres de vanguardia, sino las acciones de las multitudes las que nos evidenciaron la diferencia cardinal existente entre la situación económica y política *actual* de la burguesía liberal y el campesinado democrático burgués. De ahí la diferencia cardinal de *intereses* de clase con relación a las "fuerzas que mandan" en la Rusia de hoy. De ahí la diferencia cardinal en todos los puntos de partida y en toda la amplitud de la actividad política.

Tanto al liberal como al trudovique puede parecerle que profesan las mismas ideas políticas, pues ambos están "contra Purishkévich". Pero si uno se apea de estas *opiniones* de los políticos y cala un poquito más en *la posición de clase* de las masas, verá que, *en la vida*, la burguesía liberal comparte los privilegios políticos con los Purishkévich y que la discusión gira *sólo* en torno a si han de poseer los Purishkévich las dos terceras partes de dichos privilegios y el resto los Miliukov, o a la inversa. Tómese "la vida", tómese la situación económica del campesinado ruso actual como sector de pequeños propietarios en la agricultura y se verá que no se trata, ni mucho menos, del reparto de privilegios políticos, que no se trata, ni mucho menos, de los privilegios políticos, que aquí hasta la palabra "*vida*" debe entrecomillarse, pues la propia existencia de los Purishkévich significa *la muerte por hambre* de un millón de esos pequeños propietarios.

En la Rusia contemporánea hay dos burguesías. Una está constituida por un sector reducidísimo de capitalistas maduros y supermaduros, que, personificados en los octubristas y los demócratas constitucionalistas, se dedican *en la práctica* a compartir con los Purishkévich el actual poder político y los actuales privilegios políticos. El vocablo "actual" debe entenderse en un sentido bastante amplio que incluya, por ejemplo, los privilegios que guarda hoy la ley del 3 de junio de 1907 y los que ayer guardaba la ley del 11 de diciembre de 1905.

La otra burguesía está formada por un sector muy vasto de propietarios pequeños y, en parte, medianos, que no han madurado aún, ni mucho menos, pero que ponen sus energías a lograrlo. En su mayor parte son campesinos que, en la época actual de la historia rusa, tienen que afrontar *en la práctica* el problema de cómo no morir de hambre *por culpa* de los Purishkévich, y en modo alguno el de los privilegios. Y ése es el problema de la base misma del poder de los Purishkévich en general, del origen de todo poder de los Purishkévich.

Toda la historia de la emancipación política de Rusia es la historia de la lucha entre estas dos tendencias burguesas. Todo el sentido de los millares de palabras bonitas acerca de la libertad y la igualdad, del reparto "igualitario" de la tierra y del "populismo" se reduce a la lucha entre estas dos tendencias burguesas. El resultado de esta lucha será inevitablemente una Rusia plenamente burguesa, teñida por completo o en la mayor parte de uno de esos dos "colores". Ni que decir tiene que tal lucha no le es indiferente, ni mucho menos, al obrero asalariado; por el contrario, si tiene conciencia de clase, interviene en ella con la mayor energía, esforzándose por que el campesino lo siga

a él, y no al liberal.

A eso precisamente se reducen también los problemas que la conferencia de los trudoviques no pudo menos de tratar. De esos problemas hablaremos detenidamente en los siguientes artículos. Por ahora nos limitaremos a hacer un breve resumen de lo dicho. El problema de los trudoviques y de los demócratas constitucionalistas es uno de los más importantes de la emancipación política de Rusia. No hay nada más trivial que reducir este problema a la "fuerza" de unos u otros partidos en el sistema del 3 de junio, a la "conveniencia" de unos u otros pactos durante las elecciones llevadas a cabo según el mencionado sistema. Por el contrario, el problema particular de los pactos, de las segundas vueltas, etc., puede resolverse con acierto desde el punto de vista del obrero asalariado sólo en el caso de que se hayan comprendido las raíces *de clase* de ambos partidos, de los demócratas burgueses (trudoviques) y de los liberales burgueses (demócratas constitucionalistas, "progresistas", etc.).

**II**

La conferencia de los trudoviques ha planteado toda una serie de problemas políticos muy interesantes y aleccionadores. Hoy disponemos de un magnífico comentario de sus acuerdos; el artículo del señor V. Vodovózov, titulado *El programa electoral del grupo del Trabajo* y publicado en el núm. 13 del semanario petersburgués *Zaprosi Zhizni*[303], que se edita con la más estrecha participación de los señores Kovalevski y Blank. Claro está que el comentario del señor Vodovózov no es "magnífico" desde nuestro punto de vista; lo es porque expone con fidelidad las concepciones y los anhelos de los trudoviques. Cuantos se interesen por el peso de las fuerzas sociales democráticas rusas deben leer con toda atención el artículo del señor Vodovózov.

> El Grupo del Trabajo -dice- parte de la convicción de que, en el presente momento histórico, los intereses del campesinado, de la clase obrera y de la intelectualidad trabajadora, lejos de estar en contradicción, son casi idénticos; por ello un solo partido podría muy bien representar los intereses de esas tres clases sociales. Pero, en virtud de las condiciones históricas, la clase obrera encontró su representación en el Partido Socialdemócrata, y por ello, como es natural, los trudoviques tuvieron que ser, principalmente representantes políticos del campesinado. Y lo fueron.

Ahí se ve en seguida el error básico que comparten todos los populistas, incluidos los que están más a la "izquierda". Parten de una "convicción" que está en pugna con todos los postulados de la ciencia económica y toda la experiencia de los países que vivieron épocas semejantes a la que hoy atraviesa Rusia. Siguen sosteniendo esas "convicciones" incluso cuando la experiencia de la historia rusa los obliga a aceptar que en nuestro país las refuta asimismo la marcha de los acontecimientos.

La segunda frase de los trudoviques rebate la primera. Si un mismo partido pudiera representar los intereses de la clase obrera y del campesinado, ¿de dónde habría salido un partido independiente de la clase obrera? y si este partido se fundó y consolidó en un período de particular importancia y singular crisis de la historia de Rusia (1905), si incluso los trudoviques tienen que admitir que la clase obrera "encontró" su partido "en virtud de las condiciones históricas", eso significa que las "condiciones históricas" *han refutado* las "convicciones" de los trudoviques.

Si los trudoviques *han resultado ser* el partido del campesinado, aunque, según sus convicciones, debieran ser un partido no sólo del campesinado, eso quiere decir que sus convicciones son erróneas, que son una ilusión. Y esa ilusión es precisamente la misma de *todos* los partidos democráticos burgueses de Europa en el período de la lucha contra el feudalismo y el absolutismo. Predominaba en una u otra forma la idea de los "partidos al margen de las clases", y las "condiciones históricas" han refutado siempre esa idea, han destruido siempre esa ilusión. Los intentos o esfuerzos por englobar a distintas clases en "un solo partido" son propios precisamente de la democracia burguesa de la época en que ésta hubo de ver a su principal enemigo en lo pasado, y no en lo porvenir, en los señores feudales, y no en el proletariado.

La pretensión de "englobar" a distintas clases emparienta a los trudoviques con los demócratas constitucionalistas, que también quieren ser un partido *por encima de las clases*, también afirman que los intereses de la clase obrera, del campesinado y de la intelectualidad trabajadora son "casi idénticos". ¡En la intelectualidad trabajadora incluyen asimismo a señores del tipo de Maklákov! El obrero con conciencia de clase luchará siempre contra toda idea de partidos por encima de las clases, contra todo encubrimiento del abismo de clase abierto entre los obreros asalariados y los pequeños propietarios.

La semejanza de trudoviques y demócratas constitucionalistas consiste en que unos y otros comparten los prejuicios burgueses sobre la posibilidad de fusión de distintas clases, la diferencia entre ellos radica *en la clase hacia* la cual lleva la marcha de los acontecimientos a uno y otro partido, a pesar de sus deseos y, a veces, a pesar de lo que piensan algunos de sus miembros. La historia ha enseñado a los trudoviques a estar más cerca de la verdad, a decir que son un partido

campesino. Los demócratas constitucionalistas siguen denominándose demócratas, siendo en realidad liberales contrarrevolucionarios.

Por desgracia, esta última verdad está lejos de ser comprendida con claridad por los trudoviques, tan lejos que en las resoluciones oficiales de su conferencia *no se da* ninguna apreciación de los demócratas constitucionalistas. En las resoluciones oficiales se habla sólo de que debe pactarse "*primero* con los socialdemócratas *y, luego*, con los demócratas constitucionalistas". Eso es poco. El problema de los pactos electorales puede resolverse con acierto, de manera consecuente y con fidelidad a los principios *sólo* si se dilucida por completo la naturaleza de clase de los partidos que pactan y en qué consisten su divergencia principal y la coincidencia transitoria de sus intereses.

De eso no se habla más que en el comentario del señor Vodovózov. *Estos puntos precisamente* del artículo son los que *Riech* se ha preocupado de *ocultar* por completo a los lectores, al destacarlo y enjuiciarlo. Estimamos que se debe fijar sin falta la atención en ellos.

"El Grupo del Trabajo -escribe el señor Vodovózovh- a comprendido bien que el régimen actual de Rusia es un régimen absolutista y arbitrario, y por ello ha condenado con energía todas las declaraciones hechas por el partido demócrata constitucionalista con el deseo de anunciar *urbi et orbi* la existencia de un régimen constitucional en Rusia y se ha opuesto a las solemnes recepciones tributadas a los representantes de los parlamentos inglés y francés para hacer una exhibición del constitucionalismo ruso. El Grupo del Trabajo jamás dudó de que sólo una transformación radical y profunda de todo el régimen estatal y social puede llevar a Rusia al camino de un desarrollo acertado y sano; por ello simpatizó con todas las expresiones de ese convencimiento en la vida de nuestra sociedad. Precisamente ese convencimiento suponía un profundo abismo entre el Grupo del Trabajo y el partido demócrata constitucionalista"... Un poco más adelante se repite la misma idea de la "evolución pacífica de los demócratas constitucionalistas y la táctica demócrata constitucionalista creada por esa evolución", "debido a la cual los trudoviques siempre han estado más alejados de los demócratas constitucionalistas que de los socialdemócratas".

Se comprende por qué "*Riech*", órgano de los demócratas constitucionalistas, tuvo que preocuparse de ocultar a sus lectores estos devaneos, que expresan con claridad el deseo de trazar una divisoria entre la democracia y el liberalismo. Esta divisoria existe, sin duda; pero el señor Vodovózov, aunque habla de un "profundo abismo", tiene una idea muy superficial de esa divisoria. Según él, resulta que la diferencia es, hablando con propiedad, de táctica y apreciación del momento: los trudoviques están en pro de un cambio radical, y los demócratas constitucionalistas son evolucionistas pacíficos; los trudoviques estiman que el régimen en Rusia es absolutista, los demócratas constitucionalistas, que, gracias a Dios, tenemos Constitución. ¡Diferencia posible entre el ala derecha y el ala izquierda de una misma clase!

¿Se limita a esto la diferencia entre trudoviques y demócratas constitucionalistas? ¿No ha confesado el mismo señor Vodovózov que los trudoviques son un partido del campesinado? ¿No hay en la *posición de clase* del campesinado con relación a Purishkévich y al purishkevichismo, por ejemplo, rasgos que la distinguen de la posición de la burguesía liberal?

Si no los hay, la diferencia entre trudoviques y demócratas constitucionalistas es poco profunda, incluso desde el punto de vista de su actitud ante el feudalismo y el absolutismo. Si los hay, debe colocarse en primer plano precisamente la diferencia de *intereses de clase*, y no la diferencia de "opiniones" en cuanto al absolutismo y a la Constitución o la evolución pacífica.

Los trudoviques quieren ser más radicales que los demócratas constitucionalistas. Eso está muy bien. Pero su radicalismo sería más consecuente y más profundo si vieran con claridad el fondo de clase de la burguesía liberal monárquica, si hablaran explícitamente en su plataforma del liberalismo contrarrevolucionario de los demócratas constitucionalistas.

Por eso el señor Vodovózov "se justifica" en vano, invocando obstáculos exteriores, en virtud de los cuales los trudoviques "se han visto forzados a redactar una resolución cuyos puntos de mayor enjundia se ocultan tras la referencia a la plataforma del Grupo del Trabajo", que no está clara del todo ni al alcance de la mayoría de los lectores. Primero, los trudoviques no estaban obligados a circunscribirse al terreno delimitado por dichos obstáculos; al hacerlo, dejan entrever, exactamente igual que nuestros liquidadores, que no se distinguen bastante de los demócratas constitucionalistas. Segundo, han tenido todas las posibilidades de formular en cualquier otro terreno el fondo de clase y la naturaleza contrarrevolucionaria del liberalismo demócrata-constitucionalista.

Vemos, por consiguiente, que las vacilaciones de los trudoviques entre los demócratas constitucionalistas y los socialdemócratas no son casuales, sino resultado de las condiciones, muy profundas y arraigadas, en que se encuentran los campesinos. La posición intermedia, al margen de la lucha directa entre el burgués y el proletario, fomenta la ilusión en un partido que esté al margen

o por encima de las clases. Los prejuicios burgueses comunes, peculiares del grande y del pequeño propietario, aproximan a trudoviques y demócratas constitucionalistas. De ahí la insuficiente constancia de los trudoviques, como demócratas burgueses, incluso en su lucha contra los cimientos del poder de los Purishkévich.

La tarea de los obreros conscientes es contribuir a cohesionar a la democracia campesina, menos dependiente de los liberales y menos sometida a su influencia en la medida de lo posible, y más consecuente y más enérgica en la medida de lo posible. La situación de las multitudinarias masas campesinas es tal que la propensión a luchar por la "transformación radical y profunda", como la ha expresado el señor Vodovózov, tiene raíces extraordinariamente vigorosas, ramificadas y profundas.

*Publicado el 8 y el 19 de abril de 1912 en los núms. 27 (63) y 32 (68) de "Zviezdá".*

*T. 21, págs. 237-246.*

## LA DEMOCRACIA Y EL POPULISMO EN CHINA.

El artículo del Presidente interino de la República China, Sun Yat-sen, que reproducimos del periódico socialista de Bruselas *Le Peuple*[304] ofrece un interés absolutamente excepcional para nosotros, los rusos.

Un refrán dice que las cosas se ven mejor desde fuera. Sun Yat-sen es un testigo interesantísimo "desde fuera", ya que, tratándose de un hombre instruido a la europea, por lo visto, no conoce a Rusia en absoluto. Pues bien, este representante, instruido a la europea, de la combativa y victoriosa democracia china que ha conquistado la República[305] nos plantea -de modo completamente independiente de Rusia, de la experiencia rusa y de la literatura rusa- problemas puramente rusos. El demócrata avanzado chino razona exactamente igual que un ruso. Su semejanza con el populista ruso es tan grande que llega a la plena identificación de las ideas fundamentales y de toda una serie de expresiones.

Las cosas se ven mejor desde fuera. La plataforma de la gran democracia china -pues el artículo de Sun Yat-sen es precisamente esa plataforma- nos obliga y nos brinda un pretexto favorable para ello, a examinar una vez más, desde el punto de vista de los nuevos acontecimientos mundiales, la relación existente entre la democracia y el populismo en las revoluciones burguesas contemporáneas de Asia. Este es uno de los problemas más serios planteados ante Rusia en su época revolucionaria, iniciada en 1905. Y no sólo ante Rusia, sino ante toda Asia, como se ve por la plataforma del Presidente interino de la República China, sobre todo si se compara esa plataforma con el desarrollo de los acontecimientos revolucionarios en Rusia, Turquía, Persia y China. Indudablemente, Rusia es, en muchísimos y esencialísimos aspectos, un Estado asiático, uno de los Estados asiáticos más bárbaros, medievales y vergonzosamente atrasados.

La democracia burguesa rusa tiene un tinte populista, empezando por su lejano y solitario precursor, el noble Herzen, y acabando por sus representantes masivos, los miembros de la Unión Campesina en 1905[306], y los diputados trudoviques de las tres primeras Dumas de 1906 a 1912. Ahora vemos que la democracia burguesa de China está teñida de un color populista completamente análogo. Examinemos, tomando como ejemplo a Sun Yat-sen, en qué consiste la "significación social" de las ideas nacidas del profundo movimiento revolucionario de centenares de millones de seres que se incorporan ahora definitivamente al torrente de la civilización capitalista universal.

Cada línea de la plataforma de Sun Yat-sen está impregnada de un sincero y combativo espíritu democrático. Plena comprensión de que la revolución "racial" es insuficiente. Ni pizca de apoliticismo o, cuando menos, de desdén por la libertad política, de admisión de la idea de que la autocracia china sea compatible con la "reforma social" china, con las transformaciones constitucionales chinas, etc. Un espíritu democrático íntegro que reivindica la República. Un planteamiento de plano del problema de la situación de las masas, de la lucha de las masas, una calurosa simpatía por los trabajadores y explotados y fe en su razón, en su fuerza.

Nos encontramos ante una ideología verdaderamente grande de un pueblo verdaderamente grande que sabe no sólo llorar su esclavitud secular, no sólo soñar con la libertad y la igualdad, sino también *luchar* contra los opresores seculares de China.

Se impone por sí sola la comparación del Presidente interino de la República de la China salvaje, muerta y asiática, con los distintos presidentes de las repúblicas de Europa y América, de países de una cultura avanzada. Los presidentes de *allá* son sin excepción hombres de negocios, agentes o títeres en manos de la burguesía, podrida hasta la médula, cubierta de pies a cabeza de lodo y sangre, no de sangre de los padichah y bogdichán, sino de sangre de los obreros ametrallados en nombre del progreso y de la civilización por declararse en huelga. Los presidentes de allá son representantes de la burguesía que abjuró hace mucho de todos los ideales de la juventud, que se ha prostituido hasta el fin y se ha vendido por completo a los millonarios, a los multimillonarios, a los señores feudales aburguesados, etc.

El presidente de acá, el asiático Presidente interino de la República, es un demócrata revolucionario, pletórico de nobleza y heroísmo propios de una clase ascendente y no en decadencia; de una clase que no teme el porvenir, sino que cree en él y lucha por él con abnegación; de una clase que odia el pasado y sabe arrojar la hedionda podredumbre de muerte que asfixia todo lo vivo, y no aferrarse a la conservación y restauración del pasado con el fin de mantener sus privilegios.

Y bien, ¿no significará esto que se ha podrido el Occidente materialista y que la luz alumbra

únicamente desde el Oriente místico y religioso? No, todo lo contrario. Eso significa que el Oriente ha emprendido de manera definitiva la senda del Occidente, que nuevos *centenares y centenares de millones* de seres tomarán parte, desde hoy, en la lucha por los ideales que llegó a formular el Occidente. Se ha podrido la burguesía occidental, y ante ella se yergue ya su sepulturero: el proletariado. Pero en Asia existe *aún* una burguesía capaz de representar a la democracia sincera, combativa y consecuente, digna compañera de los grandes tribunos y grandes prohombres de fines del siglo XVIII en Francia.

El representante o apoyo social principal de esta burguesía asiática, capaz todavía de realizar una obra de progreso desde el punto de vista histórico, es el campesino. Junto a él existe ya la burguesía liberal, cuyos dirigentes, a semejanza de Yuan Shih-kai, son aptos más que nada para la traición: ayer temían al bogdichán, se postraban ante él; después, cuando vieron la fuerza de la democracia revolucionaria, cuando presintieron su victoria, traicionaron al bogdichán, y mañana traicionarán a los demócratas en aras de alguna componenda con cualquier bogdichán "constitucional" viejo o nuevo.

Sin el sublime y sincero entusiasmo democrático que enardece a las masas trabajadoras y las capacita para hacer milagros -y ese entusiasmo se ve en cada frase de la plataforma de Sun Yat-sen- sería imposible la verdadera liberación del pueblo chino de la esclavitud secular.

Pero esta ideología de la democracia combativa se combina en el populista chino, primero, con los sueños socialistas, con la esperanza de que China eluda la vía capitalista, de que conjure el capitalismo, y, segundo, con el plan y la prédica de una reforma agraria radical. Estas dos últimas corrientes político-ideológicas son precisamente las que constituyen el elemento formador del *populismo* en el sentido específico del concepto, es decir, a diferencia de la democracia, como adición a la democracia.

¿Cuáles son el origen y la significación de esas corrientes?

La democracia china no habría podido derrocar el viejo régimen en China y conquistar la República sin un inmenso crecimiento espiritual y revolucionario de las masas. Ese crecimiento presupone y engendra la más sincera condolencia por la situación de las masas trabajadoras, el más acérrimo odio a los opresores y explotadores. Pero en Europa y América, de las que los chinos avanzados -*todos* los chinos, por cuanto ellos han pasado ese crecimiento- tomaron sus ideas emancipadoras, está planteada ya la tarea de liberarse de la burguesía, es decir, de pasar al socialismo. De ahí se desprende ineluctablemente la simpatía de los demócratas chinos por el socialismo, su socialismo *subjetivo*.

Los demócratas chinos son socialistas subjetivamente porque están contra la explotación y la opresión de las masas. Pero las condiciones *objetivas* de China -país atrasado, agrícola, semifeudal-, plantean a la orden del día en la vida de un pueblo de casi quinientos millones de seres un solo tipo determinado, original desde el punto de vista histórico, de esa opresión y de esa explotación: el feudalismo. El feudalismo se basaba en el predominio del género de vida agrícola y de la economía natural; la fuente de la explotación feudal del campesino chino era su *adscripción*, de una otra forma, a la tierra; los exponentes políticos de esa explotación eran los señores feudales, todos juntos y cada uno por su lado, con el bogdichán a la cabeza como jefe del sistema.

Y resulta que de los pensamientos y programas subjetivamente socialistas del demócrata chino se obtiene en la práctica un programa de "modificación de todas las bases jurídicas" de la "propiedad inmueble" *nada más*, un programa de abolición de la explotación feudal *nada más*.

Ahí está *el fondo* del populismo de Sun Yat-sen, de su programa progresista, combativo y revolucionario de transformaciones agrarias democráticas burguesas y de su teoría supuestamente socialista.

Examinada desde el punto de vista de la doctrina, esta teoría es la del "socialista" reaccionario pequeñoburgués. Porque es reaccionario por completo el sueño de que en China se pueda "conjurar" el capitalismo, de que en China, como consecuencia de su atraso, sea más fácil "la revolución social", etc. Y el propio Sun Yat-sen, con una ingenuidad inimitable que puede ser calificada de virginal, hace trizas su teoría populista reaccionaria, al reconocer lo que la vida le obliga a reconocer: que "China se encuentra en vísperas de un gigantesco desarrollo industrial" (es decir, capitalista), que en China "el comercio" (es decir, el capitalismo) "se desarrollará en inmensas proporciones", que "dentro de 50 años tendremos muchos Shanghais", es decir, multitudinarios centros de riqueza capitalista y pobreza y miseria proletarias.

Pero cabe preguntar -y ahí está todo el quid de la cuestión, ahí está el punto más interesante, *ante* el que se dé tiene con frecuencia, truncado y castrado, el cuasimarxismo liberal-: ¿es que defiende Sun Yat-sen un programa agrario verdaderamente reaccionario basado en su reaccionaria teoría económica?

De eso mismo se trata, de que no lo defiende. En eso mismo consiste la dialéctica de las relaciones sociales de China, en que los demócratas chinos, que simpatizan sinceramente con el socialismo de Europa, lo han transformado en una teoría

reaccionaria y, *basándose* en esta teoría reaccionaria acerca de la "conjuración" del capitalismo, ¡propugnan un programa agrario *puramente capitalista*, un programa agrario capitalista en el máximo grado!

En efecto, ¿en qué consiste la "revolución económica" de que habla Sun Yat-sen con tanta pompa y oscuridad en el comienzo en su artículo?

En transferir la renta al Estado, es decir, en nacionalizar la tierra mediante cierto impuesto único en el espíritu de Henry George. La "revolución económica" que propone y preconiza Sun Yat-sen no tiene en absoluto ninguna otra cosa *real*.

La diferencia entre lo que vale la tierra en un rincón rural perdido y en Shanghai es la diferencia en la magnitud de la renta. El valor de la tierra es la renta capitalizada. Hacer que el "valor agregado" de la tierra sea "propiedad del pueblo" significa transferir la renta, es decir, la propiedad de la tierra, al Estado o, dicho de otro modo, nacionalizar la tierra.

¿Es posible semejante reforma en el marco del capitalismo? No sólo es posible, sino que supone el capitalismo más puro, el capitalismo más consecuente, un capitalismo de una perfección ideal. Marx lo enseñó en la *Miseria de la Filosofía*, lo demostró con pormenores en el tomo III de *El Capital* y lo desarrolló con singular evidencia en la polémica con Rodbertus en *Teorías de la plusvalía*.

La nacionalización de la tierra permite abolir la renta absoluta, manteniendo únicamente la renta diferencial. Según la doctrina de Marx, la nacionalización de la tierra significa la eliminación más completa de los monopolios medievales y de las relaciones medievales en la agricultura, la mayor libertad de circulación mercantil de la tierra, la mayor facilidad de adaptación de la agricultura al mercado. La ironía de la historia consiste en que el populismo aplica, en nombre de la "lucha contra el capitalismo" en la agricultura, un programa agrario cuya realización plena significaría el *más* rápido desarrollo del capitalismo en la agricultura.

¿Qué necesidad económica ha promovido en uno de los países campesinos más atrasados de Asia la difusión de los programas democráticos burgueses más avanzados con relación a la tierra? La necesidad de destruir el feudalismo en todas sus formas y manifestaciones.

Cuanto más se rezagaba China de Europa y del Japón, mayor era la amenaza de desmembramiento y disgregación nacional que se cernía sobre ella. Sólo podía "renovarla" el heroísmo de las masas populares revolucionarias, capaz, en el terreno político, de crear la República China y, en el terreno agrario, de asegurar el más rápido progreso capitalista mediante la nacionalización de la tierra.

Otra cosa es si se logrará eso y en qué medida. En su revolución burguesa, los distintos países han puesto en práctica diferentes grados de democracia política y agraria y, además, en las combinaciones más abigarradas. Lo decidirá la situación internacional y la correlación de las fuerzas sociales en China. Es probable que el bogdichán una a los señores feudales, la burocracia y al clero chinos y prepare la restauración. Yuan Shih-kai, representante de la burguesía que apenas ha tenido tiempo de transformarse de liberal-monárquica en liberal-republicana (¿por mucho tiempo?), aplicará una política de maniobras entre la monarquía y la revolución. La democracia burguesa revolucionaria, representada por Sun Yat-sen, busca acertadamente el camino de la "renovación" de China en el desarrollo de las mayores iniciativa, decisión y audacia de las masas campesinas en el terreno de las reformas políticas y agrarias.

Finalmente, por cuanto aumentará en China el número de Shanghais, aumentará también el proletariado chino. Es muy probable que este constituya un Partido Obrero Socialdemócrata Chino, el cual, al mismo tiempo que critique las utopías pequeñoburguesas y los puntos de vista reaccionarios de Sun Yat-sen, se preocupará sin duda por destacar, proteger y desarrollar el núcleo democrático revolucionario de su programa político y agrario.

*Publicado el 15 de julio de 1912 en el núm. 17 de "Névskaya Zviezdá".*

*T. 21, págs. 400-406.*

**DOS UTOPÍAS.**

Utopía es una palabra griega: "u" significa en griego "no", y "topos", lugar. Utopía es un lugar que no existe, una fantasía, una ficción, un cuento.

En política, utopía es un deseo que en modo alguno puede convertirse en realidad, ni en nuestros días ni en el porvenir; un deseo que no se apoya en las fuerzas sociales ni está respaldado por el crecimiento y el desarrollo de las fuerzas políticas, de las fuerzas de clase.

Cuanto menos libertad hay en un país, cuanto más parcas son las manifestaciones de la patente lucha de las clases, cuanto más bajo es el nivel de instrucción de *las masas*, con tanta mayor facilidad suelen surgir las utopías políticas y tanto más tiempo se mantienen.

En la Rusia actual existen dos tipos de utopía política que perduran con la mayor firmeza y ejercen, por su atractivo, cierta influencia en las masas. Son la utopía liberal y la utopía populista.

La utopía liberal consiste en creer que se pueden conseguir mejoras algo serias en Rusia, en su libertad política y en la situación de las masas del pueblo trabajador por una vía pacífica, por las buenas, sin molestar a nadie, sin retirar a los Purishkévich, sin una encarnizada lucha de clases llevada hasta el fin. Es la utopía de *la paz* entre la Rusia libre y los Purishkévich.

La utopía populista es el sueño del intelectual populista y del campesino trudovique en que un nuevo reparto de todas las tierras, hecho con justicia, pueda *suprimir* el poder y el dominio del capital. Suprimir la esclavitud asalariada, o el sueño en que bajo el dominio del capital, del dinero, de la producción mercantil pueda *observarse* una distribución "justa" e "igualitaria" de las tierras.

¿Cuál es el origen de estas utopías? ¿Por qué perduran con vigor suficiente en la Rusia de nuestros días?

Su origen está en los intereses de las clases que luchan contra el antiguo régimen, contra el feudalismo, contra la falta de derechos, en suma, "contra los Purishkévich", y que no mantienen una posición independiente en esta lucha. La utopía, los sueños, son fruto de esta falta de independencia, de esta *debilidad*. Los sueños son lo que el destino depara a *los débiles*.

La burguesía liberal, en general, y los intelectuales liberales de la burguesía, en particular, no pueden menos de aspirar a la libertad y a la legalidad porque, sin ellas, no es completa, ni absoluta, ni segura la dominación de la burguesía. Pero la burguesía teme *más* el movimiento de las masas que a la reacción. De ahí la sorprendente e increíble *debilidad* del liberalismo en política, su absoluta impotencia. De ahí la infinita serie de equívocos, falsedades, hipocresía y cobardes subterfugios en toda la política de los liberales, que *deben* jugar a la democracia para atraerse a las masas, pero que, al mismo tiempo, son profundamente antidemocráticos, profundamente hostiles al movimiento de las masas, a su iniciativa, a su manera de "asaltar el cielo", como dijera Marx en cierta ocasión, refiriéndose a uno de los movimientos de masas del siglo pasado en Europa[307].

La utopía del liberalismo es la utopía de la impotencia en la emancipación política de Rusia, la utopía de la egoísta bolsa de oro que quiere compartir "pacíficamente" los privilegios con los Purishkévich, presentando este noble deseo como la teoría de una victoria "pacífica" de la democracia rusa. La utopía liberal es el sueño de vencer a los Purishkévich sin derrotarlos, de quebrantarlos sin hacer les daño. Está claro que esta utopía es nociva no sólo por ser utopía, sino porque *corrompe* la conciencia democrática de las masas. Las masas que crean en esta utopía jamás conseguirán la libertad, son indignas de ella, merecen plenamente que los Purishkévich hagan escarnio de ellas.

La utopía de los populistas y de los trudoviques[308] es el sueño del pequeño patrono, que ocupa una posición intermedia entre el capitalista y el obrero asalariado, de suprimir la esclavitud asalariada sin lucha de clases. Cuando el problema de la liberación económica se plantee para Rusia tan próximo, inmediato y *actual* como es hoy el de la liberación política, la utopía de los populistas resultará *no menos* nociva que la de los liberales.

Pero Rusia se encuentra todavía en la época de su transformación burguesa, y no proletaria; no es el problema de la liberación económica del proletariado el que está maduro *por completo*, sino el de la libertad política, es decir (en el fondo), el de la plena libertad burguesa.

En lo que se refiere a este último problema, la utopía de los populistas desempeña un papel histórico peculiar. Pese a que trata de una utopía acerca de cuáles deben ser (y serán) las consecuencias económicas de un nuevo reparto de la tierra, es un acompañante *y un síntoma* del gran ascenso *democrático* de las masas campesinas, es decir, de las masas que constituyen *la mayoría* de la población en la Rusia actual, en la Rusia burguesa y feudal. (En una Rusia puramente burguesa, lo

mismo que en una Europa puramente burguesa, los campesinos no constituirán la mayoría de la población.)

La utopía de los liberales corrompe la conciencia democrática de las masas. La utopía de los populistas, aun corrompiendo la conciencia *socialista* de las masas, es un acompañante, un síntoma, en parte incluso expresión, de ascenso democrático de las mismas.

La dialéctica de la historia es tal que los populistas y los trudoviques proponen y aplican, como medio anticapitalista, la medida capitalista más consecuente y decidida en el terreno del problema agrario en Rusia. El "igualitarismo" del *nuevo* reparto de tierras es una utopía, pero la ruptura más completa con toda la antigua propiedad agraria, tanto con la feudal como con la parcelaria y la "fiscal", ruptura indispensable para *el nuevo* reparto, es la medida más necesaria, más progresista desde el punto de vista económico y más urgente en el sentido democrático burgués para un Estado como Rusia.

No olvidemos la admirable sentencia de Engels:

"Lo que es falso en el sentido económico formal puede ser verdad en el sentido histórico universal"[309].

Engels formuló esta profunda tesis, refiriéndose al socialismo utópico. Este socialismo era "falso" en el sentido económico formal. Era "falso" cuando declaraba que la plusvalía es *una injusticia* desde el punto de vista de las leyes del intercambio. Contra *este* socialismo tenían razón, en el sentido económico formal, los teóricos de la economía política burguesa, pues la plusvalía dimana de un modo absolutamente "natural", absolutamente "justo", de las leyes del intercambio.

Pero el socialismo utópico *tenía razón* en el sentido histérico universal, pues era síntoma, expresión y presagio de la clase que, nacida del capitalismo, ha crecido hasta convertirse hoy, a comienzos del siglo XX, en una fuerza de masas capaz de poner fin al capitalismo y que avanza con empuje incontenible para lograrlo.

La profunda tesis de Engels debe ser recordada al enjuiciar la actual utopía de los populistas o de los trudoviques en Rusia (quizá no sólo en Rusia, sino en toda una serie de Estados asiáticos que atraviesan en el siglo XX por revoluciones burguesas).

*La democracia* de los populistas, falsa en el sentido económico formal, es una verdad en el sentido *histórico*; falsa como utopía socialista, *esta* democracia es una *verdad* de la peculiar lucha democrática de las masas campesinas, lucha que se despliega tal y como lo determinan las circunstancias históricas, que constituye un elemento inseparable de la transformación burguesa y es condición del triunfo completo de esta transformación.

La utopía liberal desenseña a las masas campesinas de luchar. La utopía populista expresa el afán de lucha de estas masas, prometiéndoles un millón de bienaventuranzas por la victoria; en realidad, esa victoria les proporcionará solamente un centenar de ellas. Pero ¿no es natural que los millones que emprenden la lucha, después de haber vivido durante siglos en un obscurantismo inaudito, en la estrechez, la miseria, la suciedad, el abandono y el embrutecimiento, exageren en diez veces los frutos de la posible victoria?

La utopía liberal encubre el deseo egoísta de los nuevos explotadores de compartir los privilegios con los viejos explotadores. La utopía populista expresa la aspiración de millones de trabajadores de la pequeña burguesía a acabar *por completo* con los antiguos explotadores feudales y es una falsa esperanza de eliminar "a la vez" a los nuevos explotadores, a los capitalistas.

- - -

Es claro que los marxistas, enemigos de toda utopía, deben defender la independencia de la clase que puede luchar *con abnegación* contra el feudalismo precisamente porque no ha arraigado lo más mínimo en la participación de la propiedad, que hace de la burguesía un enemigo a medias y, con frecuencia, incluso un aliado de los señores feudales. Los campesinos "han echado raíces" en la pequeña producción mercantil; si la concurrencia de circunstancias históricas es propicia, *pueden* lograr la supresión más completa del feudalismo; pero *siempre* mostrarán ciertas vacilaciones -y no por casualidad, sino porque eso es inevitable- entre la burguesía y el proletariado, entre el liberalismo y el marxismo.

Claro está que los marxistas deben separar cuidadosamente de la paja de utopías populistas el grano bueno y valioso del espíritu democrático sincero, decidido y combativo de las masas campesinas.

En las viejas publicaciones marxistas de la década del 80 del siglo pasado puede observarse la tendencia sistemática a destacar este valioso grano democrático. Ya estudiarán sistemáticamente algún día esta tendencia los historiadores y analizarán qué relación guarda con lo que ha recibido el nombre de "bolchevismo" en el primer decenio del siglo XX.

*Escrito antes del 5 (18) de octubre de 1912. Publicado por vez primera en el núm. 1 de 1924 de la revista "Zhizn".*

*T. 22, págs. 117-121.*

## NOTAS.

1 Lenin escribió el libro *Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática* en junio y julio de 1905, después de terminar sus labores el III Congreso del POSDR y la conferencia de los mencheviques, celebrada al mismo tiempo en Ginebra. El libro fue editado en 1905 en Ginebra, donde vivía y trabajaba a la sazón Lenin. El mismo año fue reeditado en Rusia por el Comité Central del POSDR. Se distribuyó clandestinamente en muchas ciudades del país.

Recalcando la inmensa importancia de este libro, Lenin escribió: "En él se exponen ya de modo sistemático las discrepancias tácticas *fundamentales* con los mencheviques; las resoluciones del III Congreso (bolchevique) del POSDR, celebrado en la primavera en Londres, y de la conferencia menchevique de Ginebra dieron forma definitiva a estas discrepancias y llevaron a una divergencia *cardinal* en la apreciación de toda nuestra revolución burguesa desde el punto de vista de las tareas del proletariado" (V. I. Lenin. *Prólogo a la recopilación "12 años"*).

2 La insurrección del acorazado *Potemkin* estalló el 14 (27) de junio de 1905. El acorazado sublevado arribó a Odessa, donde se había declarado por entonces una huelga general. Pero no se aprovecharon las condiciones favorables que se daban para la acción conjunta de los obreros de Odessa y los marinos. La organización bolchevique de esta ciudad quedó debilitada a causa de las numerosas detenciones; además, estaba desunida. Por otra parte los mencheviques se oponían a la insurrección armada y sujetaban a los obreros y los marinos para que no se lanzaran a la lucha ofensiva. El gobierno zarista envió a toda la flota del mar Negro a aplastar la sublevación del *Potemkin*; pero los marinos se negaron a disparar contra la nave sublevada, y los jefes se vieron obligados a retirar de nuevo la escuadra. Luego de once días de navegar por alta mar y agotar las provisiones y el carbón, el acorazado *Potemkin* se vio obligado a retirarse a las costas de Rumania y entregarse a las autoridades rumanas. La mayoría de los marinos se quedó en el extranjero. Los que retornaron a Rusia fueron detenidos y procesados.

La sublevación del acorazado *Potemkin* acabó en un fracaso, pero el paso de la tripulación de un gran barco de guerra al lado de la revolución implicó un importante paso adelante en el desenvolvimiento de la lucha contra la autocracia.

3 "*Proletari*" ("El Proletario"): periódico semanal bolchevique clandestino, órgano central del POSDR, fundado por acuerdo del III Congreso del partido. El director fue Lenin. Este semanario se publicó en Ginebra desde mayo hasta noviembre de 1905.

4 *Populismo*: corriente pequeñoburguesa en el movimiento revolucionario ruso surgida en los años 60-70 del siglo XIX.

Los populistas propugnaban el derrocamiento de la autocracia y la entrega de la tierra de los latifundistas a los campesinos. Se consideraban socialistas, pero su socialismo era utópico. Negaban el desarrollo regular de las relaciones capitalistas en Rusia y, de conformidad con ello, consideraban que la principal fuerza revolucionaria era el campesinado, y no el proletariado; veían en la comunidad rural (véase la nota 98) un embrión de socialismo. Negaban asimismo el papel de las masas populares en el proceso histórico y afirmaban que la historia la hacen los grandes hombres, los "héroes", que ellos oponían a la multitud, inerte según el populismo. Deseosos de alzar a los campesinos a la lucha contra la autocracia, los populistas iban a las aldeas, "al pueblo" (y de ahí su denominación); pero no encontraron apoyo.

El populismo atravesó varias etapas, evolucionando de la democracia revolucionaria al liberalismo.

En los años 80-90, los populistas emprendieron el camino de la conciliación con el zarismo, expresaban los intereses de los campesinos ricos y combatían el marxismo. A comienzos del siglo XX, los socialistas-revolucionarios (eseristas), el Grupo del Trabajo (trudoviques) de la Duma de Estado y los socialistas populares (enesistas) recogieron las ideas del populismo (véanse las notas 5 y 207.).

5 *Socialistas-revolucionarios* (abreviado, eseristas): partido pequeñoburgués formado en Rusia a fines de 1901 y comienzos de 1902 como consecuencia de la unificación de diversos grupos y círculos populistas. Los eseristas se llamaban socialistas, pero su socialismo era utópico y pequeñoburgués.

El programa agrario de los eseristas contenía las reivindicaciones de poner fin a la propiedad terrateniente, abolir la propiedad privada de la tierra y entregarla toda a las comunidades campesinas, según el principio de su usufructo igualitario, por el número de bocas o de miembros de la familia aptos para el trabajo, reiterándose periódicamente el reparto (la denominada "socializacíón de la tierra"). En realidad, el "usufructo igualitario del suelo", al conservarse las relaciones de producción capitalistas, no habría significado el paso al socialismo y sólo habría conducido a suprimir las relaciones semifeudales en el campo y acelerar el desarrollo del capitalismo.

Los eseristas no veían las diferencias de clase entre el proletariado y el campesinado, velaban la disociación del campesinado en clases y las

contradicciones en su seno y rechazaban el papel dirigente del proletariado en la revolución. Su método principal de lucha contra el zarismo era el terrorismo individual.

Al ser derrotada la primera revolución rusa de 1905-1907, el partido de los socialistas-revolucionarios sufrió una crisis; sus dirigentes abjuraron prácticamente de la lucha revolucionaria contra el zarismo. Derrocado éste en febrero de 1917, los líderes de los eseristas formaron parte del Gobierno Provisional burgués, lucharon contra la clase obrera, que preparaba la revolución socialista y participaron en la represión del movimiento campesino en el verano de 1917. Después de la Revolución Socialista de Octubre lucharon activamente contra el Poder soviético.

6 "*Osvobozhdenie*" ("Liberación"): revista quincenal que se editó en el extranjero (desde 1902 hasta 1905) bajo la dirección de P. Struve. Fue órgano de la burguesía liberal rusa. El 1903 se formó en torno a esta revista (y en enero de 1904 tomó cuerpo) la Unión de Liberación, que existió hasta octubre de 1905. Posteriormente, los adeptos de *Osvobozhdenie* constituyeron el núcleo del Partido Demócrata Constitucionalista, el principal partido de la burguesía liberal monárquica de Rusia.

7 *Akimovismo*: denominación debida a V. Akímov, destacado representante del "economismo" y uno de los oportunistas más extremos.

"*Economismo*": tendencia oportunista de la socialdemocracia rusa de fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX. Los "economistas" limitaban las tareas de la clase obrera a la lucha económica por el aumento de los salarios, por la mejora de las condiciones de trabajo, etc., afirmando que la lucha política era cosa de la burguesía liberal. Negaban el papel dirigente del partido de la clase obrera y estimaban que el partido debe limitarse a contemplar el proceso espontáneo del movimiento y registrar los acontecimientos. Al rendir pleitesía al movimiento obrero espontáneo restaban importancia a la teoría revolucionaria y a la conciencia y afirmaban que la ideología socialista puede surgir del movimiento obrero espontáneo. Los "economistas" defendían la dispersión y el primitivismo en los métodos de trabajo del movimiento socialdemócrata, proclamándose contra la necesidad de crear un partido centralizado de la clase obrera.

8 *Neoiskrismo*: palabra derivada de la nueva *Iskra*.

*Iskra* ("La Chispa"): primer periódico marxista clandestino central para toda Rusia. Lo fundó Lenin en diciembre de 1900 en el extranjero, de donde era enviado clandestinamente a Rusia. *Iskra* desempeñó un magno papel en la cohesión ideológica de los socialdemócratas rusos y en los preparativos para unificar en un partido marxista revolucionario las organizaciones socialdemócratas locales, que estaban dispersas. Después de la escisión del partido en el II Congreso del POSDR (1903) en bolcheviques (revolucionarios consecuentes) y mencheviques (corriente oportunista), *Iskra* pasó a manos de los mencheviques (a partir del núm. 52, noviembre de 1903) y empezó a denominarse nueva *Iskra*, a diferencia de la vieja *Iskra* leninista. Los mencheviques convirtieron la *Iskra* en un órgano de lucha contra el marxismo, contra el partido, en una tribuna del oportunismo.

9 *Mencheviques*: partidarios de la corriente oportunista de la socialdemocracia rusa. En las elecciones de los organismos centrales del partido, en el II Congreso del POSDR, celebrado en 1903, los socialdemócratas revolucionarios, encabezados por Lenin, obtuvieron la mayoría ("bolshinstvó", y de ahí su denominación de "bolcheviques"), y los oportunistas, la minoría ("menshinstvó", y de ahí su denominación de "mencheviques"). Durante la revolución de 1905-1907, los mencheviques se pronunciaron contra la hegemonía del proletariado en la revolución y contra la alianza de la clase obrera y los campesinos; exigían el acuerdo con la burguesía liberal a la que se debía entregar, a juicio de ellos, la dirección de la revolución. Durante la reacción que siguió a la derrota de la revolución de 1905-1907, la mayoría de los mencheviques se hizo liquidadora y reclamó la liquidación del partido revolucionario ilegal de la clase obrera. Después del triunfo de la revolución democrática burguesa de febrero de 1917, los mencheviques entraron en el Gobierno Provisional burgués, apoyaron su política imperialista e impugnaban la revolución socialista que se estaba preparando.

Al triunfar la Revolución Socialista de Octubre, los mencheviques se convirtieron en un partido abiertamente contrarrevolucionario, organizador y participante de complots y levantamientos encaminados a derrocar el Poder soviético.

10 *La Comisión Bulyguin* fue instituida por decreto del zar en febrero de 1905 bajo la presidencia del ministro del Interior, A. Bulyguin. La integraron grandes terratenientes, representantes de la nobleza reaccionaria. Preparó la ley de convocatoria de la Duma de Estado y el Reglamento para las elecciones a la Duma que fueron publicados con el manifiesto del zar el 6 (19) de agosto de 1905. El sufragio para las elecciones a esta Duma se concedía sólo a los terratenientes, a los capitalistas y a un reducido número de campesinos con hacienda propia. La Duma de Estado carecía de derecho a atribuciones para adoptar leyes algunas; lo único que podía hacer era deliberar, como órgano consultivo adjunto al zar, sobre algunas cuestiones.

Los bolcheviques exhortaron a los obreros y a los campesinos a boicotear activamente la Duma de Bulyguin. Las elecciones no llegaron a celebrarse, y, por tanto, el Gobierno no logró convocar la mencionada Duma. La barrieron el ascenso creciente de la revolución y la huelga política de Octubre.

11 *Demócratas constitucionalistas*: miembros del Partido Demócrata Constitucionalista, partido principal de la burguesía liberal monárquica de Rusia, fundado en octubre de 1905 por elementos

de la burguesía, de los terratenientes y de la intelectualidad burguesa. Se atribuyeron, para engañar a las masas trabajadoras, la falsa denominación de "partido de la libertad del pueblo"; en realidad no iban más allá de reivindicar la monarquía constitucional. Durante la revolución democrática burguesa de febrero de 1917 procuraron salvar la monarquía. Desde la posición dirigente que ocupaban en el Gobierno Provisional burgués, los demócratas constitucionalistas aplicaban una política antipopular y contrarrevolucionaria. Después de la victoria de la Revolución Socialista de Octubre (1917) lucharon activamente contra el Poder soviético.

12 *Millerandismo*: corriente oportunista en la socialdemocracia que debe su nombre al socialista reformista francés A. Millerand, el cual entró en el gobierno reaccionario burgués de Francia en 1899. La entrada de Millerand en el gobierno burgués fue una expresión palmaria de la política de colaboración de los líderes oportunistas de la socialdemocracia con la burguesía, una renuncia de éstos a la lucha revolucionaria y una traición a los intereses de las clases trabajadoras.

13 *La Comuna de París de 1871*: primera experiencia conocida en la historia de dictadura del proletariado, de gobierno revolucionario de la clase obrera. Fue creada por la revolución proletaria en París y existió setenta y dos días: desde el 18 de marzo hasta el 28 de mayo de 1871.

14 El 9 de enero de 1905 fue ametrallada por orden del zar una manifestación pacífica de obreros petersburgueses que se encaminaban al Palacio de Invierno, residencia del zar, para entregarle una petición. En respuesta a la atroz matanza de los obreros inermes, comenzaron por toda Rusia huelgas y manifestaciones políticas masivas.

Los sucesos del 9 de enero, que recibieron la denominación de domingo sangriento, fueron el comienzo de la revolución de 1905-1907.

15 *Parlamento de Fráncfort*: Asamblea Nacional de toda Alemania, convocada después de la revolución de marzo de 1848 en este país. En vez de organizar a las masas para la lucha enérgica contra el absolutismo y el desmembramiento de Alemania, el Parlamento redujo toda su labor a infructuosos debates en torno a la Constitución imperial.

16 "*Nueva Gaceta del Rin*" ("Neue Rheinische Zeitung"): diario que se editó en Colonia bajo la dirección de C. Marx desde el 1 de junio de 1848 hasta el 19 de mayo de 1849. Los artículos de fondo que determinaban la postura del periódico en los problemas de mayor importancia de la revolución alemana y europea eran, por lo general, de Marx y Engels.

17 "*Sotsial-Demokrat*" ("El Socialdemócrata"): periódico menchevique que se publicó en georgiano en Tiflis entre abril y noviembre de 1905. Aparecieron en total seis números. Lo dirigía el líder de los mencheviques georgianos N. Zhordania.

El autor del artículo *El Zemski Sobar y nuestra táctica*, publicado en abril de 1905 en el número 1 de *Sotsial-Demokrat*, fue N. Zhordania.

18 *Centurias negras*: bandas de pogromistas formadas por la policía zarista para luchar contra el movimiento revolucionario. El término pasó también a ser apelativo de los ultrarreaccionarios y cavernícolas.

19 Lenin denomina *constitución a lo Shípov* el proyecto de organización estatal redactado por D. Shípov, liberal moderado que encabezaba el ala derecha de la gente de los zemstvos (véase la nota 28). Aspirando a limitar la amplitud de la revolución y lograr a la vez algunas concesiones del gobierno zarista para los zemstvos, Shípov proponía crear un órgano consultivo de representantes junto al zar. Mediante esta transacción, los liberales moderados querían engañar a las masas populares, conservar la monarquía y, al mismo tiempo, obtener algunos derechos políticos.

20 "*Marxismo legal*": deformación liberal burguesa del marxismo que surgió como corriente sociopolítica independiente en los años 90 del siglo XIX entre la intelectualidad burguesa liberal de Rusia. El marxismo había cobrado ya por entonces bastante difusión en el país, y los intelectuales burgueses comenzaron a propugnar con bandera marxista sus ideas en los periódicos y revistas legales. Por eso recibieron la denominación de "marxistas legales".

21 "*Rússkaya Stariná*" ("La Antigüedad Rusa"): revista mensual de historia que apareció en San Petersburgo desde 1870 hasta 1918.

22 Se trata del trabajo de C. Marx *Tesis sobre Feuerbach*. (Véase C. Marx y F. Engels, *Obras Escogidas* en tres tomos, ed. en español, t. I, pág. 10, Moscú, 1973.

23 *Unión de Liberación*: véase la nota 6.

24 "*Rússkie Viédomosti*" ("Noticias de Rusia"): periódico que aparecía en Moscú entre 1863 y 1918; expresaba las opiniones de la intelectualidad liberal moderada. Desde 1905 fue órgano del ala derecha del partido de los demócratas constitucionalistas.

25 "*Syn Otéchestva*" ("El Hijo de la Patria"): diario de orientación liberal que se editó en San Petersburgo desde 1856 hasta 1900 y desde 1904 hasta 1905. Fueron colaboradores del mismo los adeptos de *Osvobozhdenie* y los populistas de diversos matices.

26 "*Nasha Zhizn*" ("Nuestra Vida"): diario de orientación liberal; se publicó con intervalos en San Petersburgo entre 1904 y 1906.

"*Nashi Dni*" ("Nuestros Días"): diario de orientación liberal; se editó en San Petersburgo desde 1904 hasta 1905.

27 Véase C. Marx y F. Engels. *Manifiesto del Partido Comunista*, *Obras Escogidas* en tres tomos, t. I, pág. 140, Moscú, 1973.

28 *Zemstvo*: sedicente administración autónoma local encabezada por la nobleza en las provincias centrales de la Rusia zarista. Fue instituida en 1864. Sus atribuciones estaban limitadas a los

asuntos económicos puramente locales (construcción de hospitales y caminos, estadísticas, seguros, etc.). Controlaban su actividad los gobernadores y el Ministerio del Interior.

Entre la gente de los zemstvos había representantes de la intelectualidad y terratenientes liberales de ideas antiautocráticas. Aunque se hallaban en la oposición, temían a la vez el avance de la revolución y aplaudieron el manifiesto del zar del 17 de octubre de 1905 como comienzo de una presunta "era constitucional", en tanto que el manifiesto era en realidad una simple maniobra con el fin de apartar con falsas promesas al pueblo de la lucha revolucionaria.

29 *El hombre enfundado*: personaje del cuento homónimo de A. Chéjov. Tipo de funcionario de cortos alcances, temeroso de toda innovación e iniciativa.

30 Lenin se refiere al libro *Aus dem literarischen Nachlass van Karl Marx, Friedrich Engels und Ferdinand Lassalle. Herausgegeben von Franz Mehring*, Band III, Stuttgart, 1902, S. 211 ("De la herencia literaria de Carlos Marx, Federico Engels y Fernando Lasalle, redactado por Franz Mehring", t. III, Stuttgart, 1902, pág. 211).

31 *Girondinos y jacobinos*: dos grupos políticos de la burguesía durante la revolución burguesa de fines del siglo XVIII en Francia.

Los *girondinos* expresaban los intereses de la burguesía moderada, vacilaban entre la revolución y la contrarrevolución y siguieron la senda de las componendas con la monarquía.

Denominábase *jacobinos* a los representantes más decididos de la burguesía, clase revolucionaria a la sazón, que defendían la necesidad de acabar con el absolutismo y el feudalismo.

Lenin denominaba girondinos de la socialdemocracia a los mencheviques, corriente oportunista de la socialdemocracia rusa; jacobinos, a los socialdemócratas revolucionarios.

32 *Bachibozuks*: nombre dado en los siglos XVIII y XIX a las unidades irregulares del ejército turco que se distinguían por su indisciplina, su crueldad y su propensión al pillaje. Aquí se alude a Putiatin, coronel de la guardia imperial.

33 Se refiere a la audiencia que Nicolás II dio el 6 (19) de junio de 1905 a una delegación de los zemstvos que le entregó una petición de que se convocara a los representantes del pueblo a fin de implantar, con la venia del zar, "un régimen estatal renovado"'. La petición no reclamaba ni el sufragio universal, directo, igual y secreto ni la garantía de la libertad de las elecciones.

34 *Congresistas o partidarios de "Vperiod" y "Proletari"*: diferentes denominaciones de los bolcheviques: según el III Congreso del partido, convocado por ellos, y según los nombres de los periódicos que editaban: *Vperiod* y *Proletari*.

35 Se alude a la resolución de A. Potrésov (Starovier), adoptada en el II Congreso del POSDR (1903), sobre la actitud con los liberales.

36 Se trata de la batalla de Tsushima, cerca de la isla del mismo nombre, que se empeñó el 14 y el 15 (27-28) de mayo de 1905 durante la guerra ruso-japonesa. En esta batalla fue derrotada la flota rosa.

37 Véase la nota 10.

38 Lenin aplicaba la expresión de "*cretinismo parlamentario*" a los oportunistas que creían omnímodo el sistema parlamentario y, la actividad parlamentaria, única forma de lucha política en cualesquiera condiciones.

39 Se alude a las discrepancias durante la discusión del proyecto de programa agrario en el Congreso del Partido Socialdemócrata Alemán, celebrado en Breslau entre el 6 y el 12 de octubre de 1895. El proyecto de programa agrario contenía serios errores, particularmente se manifestó en él la tendencia a convertir el partido proletario en un partido "de todo el pueblo". Además de los oportunistas, defendían este proyecto A. Bebel y G. Liebknecht. El proyecto de programa agrario fue sometido en el congreso a dura crítica por parte de C. Kautsky, C. Zetkin y otros socialdemócratas. El congreso rechazó por mayoría de votos (158 contra 63) el proyecto de programa agrario propuesto por la comisión.

40 *Los colaboradores de "Rabócheie Dielo"* ("La Causa Obrera"): partidarios del "economismo" agrupados en torno a esta revista, que se editó en Ginebra desde abril de 1899 hasta febrero de 1902. La redacción de *Rabócheie Dielo* era el centro de los "economistas" en el extranjero. *Rabócheie Dielo* apoyaba la consigna bernsteiniana de "libertad de crítica" del marxismo y ocupaba una posición oportunista en los problemas de táctica y en las tareas orgánicas deja socialdemocracia rusa.

41 Se refiere a un artículo de *Nadiezhdin* (seudónimo de E. Zelenski) publicado en la prensa contra el plan de la *Iskra* leninista. Lenin sometió ya a crítica este artículo en 1902 en su libro *¿Qué hacer?* Véase el t. 2 de la presente edición.

42 "*Frankfurter Zeitung*" ("*Gaceta de Fráncfort*"): órgano diario de los grandes bolsistas alemanes que se publicaba en Fráncfort del Meno desde 1856.

43 Véanse las notas 12 y 38.

*Bernsteinianismo*: corriente oportunista en la socialdemocracia alemana e internacional que surgió a fines del siglo XIX en Alemania y debe su nombre al socialdemócrata alemán Eduardo Bernstein.

De 1896 a 1898 Bernstein publicó en la revista *Die Neue Zeit* ("Tiempos Nuevos"), órgano teórico de la socialdemocracia alemana, una serie de artículos con el título general de *Problemas del socialismo*. Encubriéndose con la bandera de la "libertad de crítica", intentó revisar en ellos las bases filosóficas, económicas y políticas del marxismo revolucionario y sustituirlas con teorías burguesas que propugnaban la conciliación de las contradicciones de clase y la colaboración de las clases. Las ideas de Bernstein fueron apoyadas por el ala derecha de la socialdemocracia alemana y por los oportunistas de la II Internacional.

44 *Jauresismo*: corriente derechista y reformista del

movimiento socialista francés encabezada por J. Jaurès. So pretexto de la reivindicación de "libertad de crítica", los jauresistas revisaban los postulados fundamentales del marxismo y propugnaban la colaboración del proletariado con la burguesía. En 1902 fundaron el Partido Socialista Francés, que ocupaba una posición reformista.

45 Lenin se refiere al programa publicado en 1874 por el grupo londinense de blanquistas que fueron miembros de la Comuna de París. *Los blanquistas* eran partidarios de una corriente del movimiento socialista francés encabezada por Luis Augusto Blanqui, eminente revolucionario y destacado representante del comunismo utópico francés. Los blanquistas, decía Lenin, esperaban que "la humanidad se libraría de la esclavitud asalariada por medio de un complot de una pequeña minoría de intelectuales, y no por medio de la lucha de clase del proletariado". Al sustituir la labor del partido revolucionario con las acciones de un puñado de confabulados, no tenían en cuenta la situación concreta necesaria para el triunfo de la insurrección y menospreciaban los vínculos con las masas.

46 *El programa de Erfurt del Partido Socialdemócrata Alemán* fue aprobado en el Congreso de Erfurt en octubre de 1891. Se basaba en la doctrina marxista sobre la inevitabilidad del hundimiento del modo de producción capitalista y de la sustitución de éste por el modo de producción socialista; se recalcaba en él la necesidad de que la clase obrera desplegara la lucha política e indicaba el papel del partido como dirigente de esta lucha, etc.; pero en él se hacían también serias concesiones al oportunismo. F. Engels sometió el proyecto del programa de Erfurt a extensa crítica (véase *Contribución a la crítica del programa socialdemócrata de Erfurt de 1891*) lo que, de hecho constituyó una crítica del oportunismo de toda la II Internacional, para cuyos partidos el programa de Erfurt era algo así como un modelo. Sin embargo, los dirigentes de la socialdemocracia alemana ocultaron a las masas del partido la crítica de Engels, y sus observaciones más importantes no fueron tomadas en consideración al redactarse el texto definitivo del programa. Lenin consideraba que el defecto principal del programa de Erfurt, concesión cobarde hecha al oportunismo, consistió en que silenciaba la dictadura del proletariado.

47 Véase la carta de F. Engels a F. Turati del 26 de enero de 1894.

48 *Bakuninismo*: corriente que lleva el nombre de M. Bakunin, ideólogo del anarquismo. Los bakuninistas desplegaron una lucha tenaz contra la teoría y la táctica marxistas del movimiento obrero. La tesis fundamental del bakuninismo es la negación de todo Estado, incluida la dictadura del proletariado, y la incomprensión del papel histórico universal del proletariado. Según los bakuninistas, debía dirigir los levantamientos populares una sociedad revolucionaria secreta, compuesta de "destacadas personalidades". Su táctica de conspiraciones, motines súbitos y terrorismo era aventurera y hostil a la doctrina marxista de la insurrección. Al infiltrarse en la I Internacional, Bakunin se había planteado el objetivo de apoderarse del Consejo General y emprendió la lucha contra Marx. Por su labor desorganizadora fue expulsado de la I Internacional en el Congreso de La Haya en 1872.

49 En el número 3 del periódico *Proletari* se publicó el artículo de Lenin *Sobre el gobierno provisional revolucionario* (artículo segundo), en el que cita el artículo de F. Engels *Los bakuninistas en acción. Memorias sobre el levantamiento en España en el verano de 1873*, en el que Engels criticaba la resolución de los bakuninistas que menciona Lenin.

50 "*Credo*". Con este título cobró popularidad el manifiesto publicado en 1899 por el grupo de los "economistas". Este manifiesto expresaba de la manera más palmaria el oportunismo del "economismo" ruso. Con el título de *Protesta de los socialdemócratas de Rusia* Lenin escribió una brusca protesta contra las opiniones de los "economistas", denunciándolas.

51 "*Rabóchaya Mysl*"; ("El Pensamiento Obrero"); periódico, órgano de los "economistas"; apareció desde octubre de 1897 hasta diciembre de 1902.

52 Se alude a una expresión de Marx en su trabajo *Contribución a la crítica de la filosofía hegeliana del Derecho*.

53 "*L'Humanité*": diario fundado por J. Jaurès en 1904 como órgano del Partido Socialista Francés. Desde diciembre de 1920, después de la escisión del Partido Socialista Francés en el Congreso de Tours y de la formación del Partido Comunista de Francia, el periódico pasó a ser órgano central suyo.

54 *Guerra ruso-japonesa*: guerra imperialista entre la Rusia zarista y el Japón en los años 1904-1905. El Japón asestó a las tropas zaristas varias derrotas catastróficas y ganó la guerra. En septiembre de 1905 se firmó el tratado de paz de Portsmouth (EE.UU.) entre Rusia y el Japón. El descalabro militar agravó la crisis política y aceleró el comienzo de la revolución en Rusia.

55 Se trata de la participación de Luis Eugenio Varlin, destacado dirigente del movimiento obrero francés y de la I Internacional, en el Consejo de la Comuna de París en 1871.

56 Se alude a los *Estatutos de organización* aprobados por la Conferencia menchevique de Ginebra en 1905.

57 *Plan de campaña de los zemstvos*: plan menchevique de apoyo a la burguesía liberal en la "campaña de los zemstvos": congresos, asambleas y banquetes de la gente de los zemstvos, celebrados desde el otoño de 1904 hasta enero de 1905, en los que se pronunciaban discursos y se adoptaban resoluciones en el espíritu de las reivindicaciones constitucionales moderadas.

58 Véase C. Marx. *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*.

59 "*Concepción brentaniana de la lucha de clases*", "*brentanismo*"; doctrina liberal burguesa que

predica la posibilidad de resolver el problema obrero en el marco del capitalismo mediante una legislación fabril y la organización de los obreros en sindicatos. Debe su nombre a Lujo Brentano, catedrático de Economía Política de la Universidad de Munich, y uno de los representantes principales del socialismo de cátedra.

60 *Los sindicatos de Hirsch y Duncker*, sindicatos reformistas de Alemania, fueron fundados por estos dos dirigentes del Partido Progresista burgués. Al predicar la "armonía" de intereses del trabajo y el capital, los organizadores de estos sindicatos creían posible admitir en ellos a capitalistas al lado de los obreros y negaban la conveniencia de la lucha huelguística. Afirmaban que era posible librar a los obreros del yugo del capital en el marco de la sociedad capitalista mediante la legislación del Estado burgués y con la ayuda de los sindicatos; veían la misión principal de éstos en el arbitraje entre los obreros y los patronos y en la recaudación de fondos. Su labor se limitaba fundamentalmente a las mutualidades y a las organizaciones de cultura e instrucción.

61 "*Rassviet*" ("Amanecer"): diario liberal legal que se publicó en San Petersburgo desde marzo hasta noviembre de 1905.

62 "*Zariá*" ("Aurora"): revista científica y política marxista que editó en 1901-1902 en Stuttgart la redacción de *Iskra*. En total aparecieron cuatro números (tres cuadernos). Esta revista criticaba el revisionismo internacional y ruso y defendía las bases teóricas del marxismo.

63 "*Moskóvskie Viédomosti*" ("Las noticias de Moscú"): periódico que publicaba la Universidad de Moscú desde 1756; propagaba las ideas de los sectores más reaccionarios de los terratenientes y el clero. Desde 1905 fue uno de los órganos principales de las centurias negras. Apareció hasta la Revolución Socialista de Octubre.

64 Lenin se remite a la introducción de F. Mehring al libro *Aus dem literarischen Nachlass von Karl Marx, Friedrich Engels und Ferdinand Lassalle. Herausgegeben pon Franz Mehring*. Band III, Stuttgart, 1902, S. 53 ("De la herencia literaria de Carlos Marx, Federico Engels y Fernando Lassalle, redactado por Franz Mehring, t. III, S tuttgart, 1902, ptíg. 53).

Más adelante, en las páginas 121-122 Lenin vuelve a citar esta introducción de F. Mehring.

65 Véase el artículo de C. Marx *La crisis y la contrarrevolución*.

66 Véase el artículo de C. Marx y F. Engels *Los programas del partido radical democrático de Fráncfort y la izquierda de Fráncfort.*

67 Véase la nota 66.

68 Lenin cita el artículo de F. Engels *La Asamblea de Fráncfort*.

69 Véase el artículo de F. Engels *Debates berlineses acerca de la revolución*.

70 Véase el artículo de C. Marx *El proyecto de ley sobre la abolición de las cargas feudales*.

71 El *Órgano de la Unión Obrera de Colonia* se titulaba al principio *Zeitnng des Arbeiter-Vereins zu Köln* ("Gaceta de la Unión Obrera de Colonia") con el subtítulo de "Freiheit, Brüderlichkeit, Arbeit" ("Libertad, Fraternidad, Trabajo"). Apareció desde abril hasta octubre de 1848 (40 números en total) bajo la dirección de A. Gotschalck, hasta julio de 1848, y luego de I. Moll, ambos miembros de la Liga de los Comunistas. Después de clausurarse este periódico, la Unión Obrera de Colonia reanudó el 26 de octubre su publicación con el título de *Freiheit, Brüderlichkeit, Arbeit*, que apareció hasta el 24 de junio de 1849.

72 Véase la nota 16.

73 *Liga de los Comunistas*: primera organización comunista internacional del proletariado fundada bajo la dirección de Marx y Engels a comienzos de junio de 1847 en Londres. Los principios programáticos y orgánicos de la Liga fueron elaborados con la participación directa de Marx y Engels. Ellos mismos escribieron el documento programático *Manifiesto del Partido Comunista*, publicado en febrero de 1848. La Liga de los Comunistas existió hasta noviembre de 1852 y fue la precursora de la Asociación Internacional de los Trabajadores (I Internacional). Los líderes más destacados de la Liga de los Comunistas desempeñaron posteriormente un papel dirigente en la I Internacional.

74 Se alude al artículo de J. Plejánov *¿Es posible esto?*, impreso en el periódico *Továrisch*, núm. 381 (septiembre de 1907).

"*Továrisch*" ("El camarada"): diario burgués que se publicó en San Petersburgo en 1906-1907. Formalmente no pertenecía a ningún partido; pero, en la práctica, era órgano de los demócratas constitucionalistas de izquierda. Colaboraban en él también los mencheviques.

75 Véase F. Engels. *Contribución a la historia de la Liga de los Comunistas*.

76 *Jlestakov*: personaje de la comedia de N. Gógol *El revisor*, tipo de fanfarrón sin medida y embustero.

77 Véase la nota 2.

78 Se trata del artículo de F. Engels *¿Puede Europa desarmarse?*

79 Véase la nota 14.

80 El artículo mencionado por Lenin de V. Sévertsev (V. Filátov) sobre las enseñanzas militares de la insurrección y titulado *El Príncipe Potemkin de la Táurida* está dedicado a la sublevación del acorazado *Potemkin* y se publicó en el periódico *Proletari*, núm. 8 (julio de 1905).

81 Véase la nota 6.

82 El periódico *Vperiod* ("Adelante") empezó a publicarse en Ginebra, en enero de 1905, como órgano de la fracción bolchevique del partido. De enero a mayo aparecieron 18 números. A partir del mes de mayo comenzó a publicarse *Proletari* como Órgano Central del POSDR, en lugar de *Vperiod*, de acuerdo con la resolución del III Congreso del POSDR (dicho congreso se celebró en Londres en el mes de mayo; los mencheviques no asistieron y organizaron su propia "conferencia" en Ginebra).

83 *Jauresismo* (millerandismo): véanse las notas 44 y 12.

84 *Unión Campesina* (*Unión Campesina de toda Rusia*): organización democrática revolucionaria surgida en 1905. Exigía la libertad política y la convocatoria inmediata de la Asamblea Constituyente; su programa agrario reclamaba la abolición de la propiedad privada de la tierra.
En su política, la Unión Campesina, que se hallaba bajo la influencia de los eseristas y los liberales, mostró ambigüedad, vacilaciones e indecisión pequeñoburguesas. Al reivindicar la abolición de la propiedad terrateniente, la Unión accedía a compensar en parte a los terratenientes.
Dejó de existir a comienzos de 1907.

85 Contrata de campesinos para las faenas de verano que los terratenientes y los kulaks practicaban en invierno, cuando más necesitados de dinero estaban los campesinos. Se concertaba en condiciones onerosas para éstos.

86 *Jefes de los zemstvos*: cargo administrativo instituido por el gobierno zarista en 1889 con el propósito de afianzar el poder de los terratenientes sobre los campesinos. Los Jefes de los zemstvos eran designados entre los terratenientes de la nobleza de cada lugar y gozaban de inmensas atribuciones administrativas y judiciales sobre los campesinos, incluido el derecho a detenerlos y someterlos a castigos corporales.

87 Véase la nota 28.

88 *Dos naciones*: subtítulo de la novela *Sybil*, del escritor inglés del siglo XIX Benjamin Disraeli (conde de Beaconsfield).

89 Véase la nota 4.

90 PSP (Partido Socialista Polaco): partido reformista y nacionalista fundado en 1892. Hacía propaganda separatista y nacionalista entre los obreros polacos y aspiraba a apartarlos de la lucha al lado de los obreros rusos contra la autocracia y el capitalismo.
A lo largo de toda la historia del PSP y bajo la presión de los obreros de la base, en el seno del partido surgieron grupos izquierdistas. Algunos se adhirieron posteriormente al ala revolucionaria del movimiento obrero polaco. En 1906 el PSP se dividió en PSP izquierdista y en PSP derechista y patriotero, en la sedicente "fracción revolucionaria".

91 "*Przedswit*": revista política fundada por un grupo de socialistas polacos en 1881; apareció con interrupciones hasta 1920. De 1900 a 1905 fue órgano teórico de discusión del PSP.

92 *Tierra parcelaria*: tierra dejada en usufructo a los campesinos en pago de rescate después de abolida la servidumbre en Rusia en 1861. Los campesinos no tenían derecho a vender la tierra parcelaria que, en gran parte del país, estaba en posesión comunal y se distribuía en usufructo entre los campesinos mediante repartos periódicos.

93 *Szarwarki*: tributo en trabajo y acarreo que se imponía a los campesinos en Polonia, con carácter obligatorio, para la construcción de carreteras, puentes y otros objetivos militares o de utilidad pública.

94 Véase la nota 5.

95 Véase la nota 63.

96 *Proudhonismo*: corriente del socialismo pequeñoburgués hostil al marxismo, a la que se dio el nombre de su ideólogo, el anarquista francés Pedro José Proudhon. Proudhon criticaba duramente el capitalismo, pero no veía la salida en la destrucción del modo capitalista de producción que engendra ineluctablemente la miseria, la desigualdad y la explotación de los trabajadores, sino en "perfeccionar" el capitalismo y eliminar sus defectos y abusos mediante una serie de reformas. Proudhon soñaba con eternizar la pequeña propiedad privada, proponía organizar un "banco del pueblo" y un "banco de cambio", con ayuda de los cuales podrían los obreros, según él, adquirir medios de producción propios, hacerse artesanos y asegurar la venta "equitativa" de sus productos. No comprendía la misión histórica del proletariado, adoptaba una actitud negativa ante la lucha de clases, la revolución proletaria y la dictadura del proletariado y negaba con criterio anarquista la necesidad del Estado. Marx y Engels llevaban una lucha consecuente contra las tentativas de Proudhon de imponer sus opiniones a la I Internacional. La enérgica lucha de Marx, Engels y sus partidarios contra el proudhonismo en la I Internacional acabó en la victoria completa del marxismo.

97 Véase la nota 45.

98 *Comunidad* (campesina) en Rusia: forma de usufructo mancomunado de la tierra por los campesinos que se distinguía por la rotación forzosa de los cultivos y el aprovechamiento indiviso de los bosques y los pastos. Los rasgos más importantes de la comunidad rural rusa eran la caución solidaria (responsabilidad colectiva obligatoria de los campesinos por el aprontamiento oportuno y completo de los pagos en dinero y la ejecución de las prestaciones de todo género a favor del Estado y los terratenientes), el reparto periódico de las tierras entre los miembros de la comunidad, la falta del derecho a renunciar al lote y la prohibición de la compraventa de la tierra.
El problema de la comunidad en Rusia motivó acaloradas discusiones y dio origen a multitud de escritos de economía. Dedicaban especial atención a la comunidad, sobre todo, los populistas. Barajando tendenciosamente los hechos, los populistas procuraban demostrar que la comunidad en Rusia tenía una "estabilidad" singular y protegía a los campesinos de la penetración de las relaciones capitalistas en su vida, los "salvaba" de la ruina y de la disociación en clases y, en última instancia, los llevaría al socialismo. Lenin mostró con inmensidad de datos y cifras cómo se desarrollaban las relaciones capitalistas en el campo ruso y cómo el capital, al penetrar en la comunidad campesina patriarcal, descomponía en su seno al campesinado en clases antagónicas: kulaks (campesinos ricos) y campesinos pobres.

99 "*Revolutsiónnaya Rossía*" ("La Rusia

Revolucionaria"): periódico clandestino que la Unión de Socialistas-Revolucionarios publicaba en Rusia a partir de fines de 1900; desde enero de 1902 hasta diciembre de 1905 apareció en Ginebra como órgano oficial del partido eserista.

100 *Sistema de pago en trabajo, pagos en trabajo*: reminiscencias del régimen de la servidumbre, sistema leonino de contrata de campesinos, los cuales debían trabajar con su ganado y sus aperos para los terratenientes o los campesinos ricos explotadores.

101 Véase C. Marx. *El Capital*, t. III, capítulo XLVII.

102 Véase la nota 84.

103 *Emancipación del Trabajo*: primer grupo marxista ruso fundado por J. Plejánov en Suiza en 1883. Realizó una gran labor de propaganda del marxismo en Rusia y asestó un rudo golpe al populismo. Los dos proyectos de programa de los socialdemócratas rusos, escritos por Plejánov y editados por el grupo Emancipación del Trabajo (1883 y 1885), fueron un importante paso en la preparación y creación del partido socialdemócrata de Rusia. Sin embargo, el grupo no estuvo ligado con el movimiento obrero práctico en Rusia. Lenin decía que el grupo Emancipación del Trabajo no había hecho sino "fundar la socialdemocracia en teoría y dar el primer paso al encuentro del movimiento obrero". Los miembros del grupo incurrieron en graves errores: sobrestimaban el papel de la burguesía liberal y subestimaban el papel revolucionario del campesinado y la importancia de la alianza del proletariado con los campesinos para la victoria sobre el zarismo.

En el II Congreso del POSDR, celebrado en agosto de 1903, el grupo Emancipación del Trabajo se declaró disuelto.

104 Se trata de *la huelga política general de octubre de 1905* que tuvo por resultado el "Manifiesto" del 17 de octubre del zar que "otorgaba" al pueblo las libertades civiles. Los bolcheviques utilizaron la libertad de prensa para editar legalmente sus periódicos. A fines de 1905, después del aplastamiento de la insurrección armada de diciembre, la autocracia pasó a la ofensiva contra las organizaciones y la prensa obreras.

105 “*Izvestia Sovieta Rabóchij Deputátov*" ("Noticias del Soviet de Diputados Obreros"): órgano del Soviet de Diputados Obreros de San Petersburgo; apareció de octubre a diciembre de 1905 corno boletín de información de la actividad del Soviet.

106 *Oblómov*: protagonista de la novela homónima del escritor ruso I. Goncharov. El nombre de Oblómov se ha hecho sinónimo de rutina, estancamiento y pasividad extrema.

107 *La insurrección armada en Sebastopol* comenzó el 11 (24) de noviembre de 1905 y duró cinco días. Los marinos, los soldados y los obreros revolucionarios reclamaban la convocación de la Asamblea Constituyente, la proclamación de la república democrática, la libertad de palabra, de reunión y de mítines, la implantación de la jornada laboral de ocho horas y la mejora de las condiciones de vida. A los sublevados se adhirieron los marinos del crucero *Ochákov*, del acorazado *Panteleimón* (antes *Potemkin*) y los de varios destructores y barcos de otros tipos. Encabezó la sublevación el teniente P. Shmidt. Los bolcheviques querían encauzar la acción por la vía de la lucha armada. Pero los mencheviques, que eran mayoría en el comité socialdemócrata de Sebastopol, se pronunciaron en contra de la insurrección armada, lo que sembró la discordia en las filas de los sublevados. La insurrección fue aplastada. El juicio, comenzado en febrero de 1906, contra los participantes en la insurrección, condenó al teniente Shmidt y a tres marinos a la pena de muerte y, a varios centenares, a diversos plazos de trabajos forzados y presidio. Unas mil personas fueron castigadas sin proceso. Pese a que la insurrección de Sebastopol acabó en una derrota, desempeñó un gran papel durante la revolución de 1905-1907.

108 Se trata de la insurrección armada de los marinos y los soldados de Cronstadt el 26 y 27 de octubre (8-9 de noviembre) de 1905 que fue aplastada sin piedad.

109 *El 17 (30) de octubre de 1905*, durante las jornadas de máximo ascenso de la huelga política de octubre en toda Rusia, se promulgó el manifiesto del zar que prometía las "libertades civiles" y una Duma "legislativa". El manifiesto fue una maniobra política de la autocracia cuyo sentido estribaba en ganar tiempo, dividir las fuerzas revolucionarias, frustrar la huelga y aplastar la revolución. Los bolcheviques desenmascararon el contenido verdadero del manifiesto. El 18 (31) de octubre de 1905, el CC del POSDR lanzó un llamamiento "¡Al pueblo ruso!", en el que explicaba toda la falsedad del manifiesto del zar y exhortaba a proseguir la lucha.

110 "*Rus*" ("Rusia"): diario liberal burgués próximo a los demócratas constitucionalistas durante la revolución de 1905; se publicó en San Petersburgo de diciembre de 1903 a diciembre de 1905.

111 Se trata de la participación de las tropas del zar ruso Nicolás I en el aplastamiento del movimiento revolucionario de liberación nacional en los países europeos. En 1848 el zar envió tropas a Rumania, Polonia, el litoral báltico, a la parte de Ucrania que se extiende a la derecha del Dniéper y concedió al emperador austriaco un empréstito de seis millones para aplastar el movimiento de liberación nacional de Italia. En 1849 se aplastó, con la ayuda de tropas zaristas, la revolución en Hungría.

112 Sobre los *demócratas constitucionalistas* véase la nota 11.

"*Partido del Orden Jurídico*": partido contrarrevolucionario de la gran burguesía comercial e industrial, de los terratenientes y de los altos sectores de la burocracia; se constituyó en el otoño de 1905 y cobró forma definitiva después de la publicación del manifiesto del 17 (30) de octubre. Encubriéndose con la bandera del "orden jurídico", el partido actuaba en realidad

con energía en defensa del régimen zarista. En 1907 se disolvió, sumándose parte de sus miembros a los octubristas y, otra parte, a los de las centurias negras.

113 El programa del partido, aprobado en 1903 en el II Congreso del POSDR, constaba de dos partes: el programa máximo y el programa mínimo. El programa máximo orientaba a la victoria de la revolución socialista y al establecimiento de la dictadura del proletariado para edificar la sociedad socialista. El programa mínimo incluía las reivindicaciones inmediatas del partido: derrocamiento de la autocracia, proclamación de la república democrática, introducción de la jornada laboral de 8 horas y destrucción de todos los restos del feudalismo en el campo.

114 Véase la nota 104.

115 Véase la nota 6.

116 Sobre *Nasha Zhizn* véase la nota 26.
*Radicales demócratas*: organización pequeñoburguesa que se constituyó en noviembre de 1905; ocupaba una posición intermedia entre los demócratas constitucionalistas y los mencheviques. A comienzos de 1906 esta organización se disolvió, y sus afiliados se adhirieron a los órganos de prensa *Bez Zaglavia* y *Továrisch*, de tendencia semidemócrata constitucionalista.

117 Véase el artículo de F. Engels *Publicaciones de la emigración*.

118 Lenin escribió el folleto *Revisión del programa agrario del partido obrero* en la segunda mitad de marzo de 1906. Este trabajo está dedicado a argumentar el proyecto bolchevique de solución del problema agrario presentado al IV Congreso (de Unificación) del POSDR.

119 Véanse las notas 4 y 5.

120 Véase la nota 103.

121 *Sotsial-Demokrat*: revista política y literaria no periódica del grupo Emancipación del Trabajo. Apareció un cuaderno en 1888, en Ginebra.

122 "*El reparto negro*": consigna que expresaba la aspiración de los campesinos al reparto general de la tierra.

123 Véase la nota 98.

124 *Recortes o tierras recortadas*: tierras segregadas de las parcelas de los campesinos en beneficio de los terratenientes al abolirse el régimen de servidumbre en Rusia en 1861. Eran, en lo fundamental, las mejores partes de los lotes de los campesinos -prados, bosques, pastizales y abrevaderos-, sin los cuales los campesinos no podían, en la práctica, llevar la hacienda con independencia, por lo que se veían obligados a tomarlos en arriendo a los terratenientes en condiciones onerosas.

125 Véanse las notas 8 y 62.

126 *Pagos de rescate*: cantidades que, según el Reglamento del 19 de febrero de 1861 sobre la abolición de la servidumbre en Rusia, debían pagar los campesinos a los terratenientes por las parcelas que recibían. Al concertar el trato de rescate, el gobierno abonaba a los terratenientes una suma, considerada deuda de los campesinos, que éstos debían amortizar en cuarenta y nueve años. Las partes correspondientes de dicha deuda que los campesinos desembolsaban anualmente se llamaban pagos de rescate, cuyo monto rebasaba en mucho el precio real de las parcelas. Estos pagos eran tan abrumadores y superiores a las posibilidades de los campesinos que originaban su ruina y su depauperación en masa.
El movimiento campesino durante la primera revolución rusa de 1905-1907 obligó al gobierno zarista a abolir los pagos de rescate desde enero de 1907.

127 Formaron el grupo *Borbá* en París, en el verano de 1900, D. Riazánov, Y. Steklov y E. Gurévich. El grupo adoptó la denominación de *Borbá* ("La Lucha") en mayo de 1901. Tergiversaba en sus publicaciones la teoría revolucionaria del marxismo, interpretándola en el espíritu doctrinario y escolástico, y mostraba hostilidad a los principios leninistas de organización del partido. Por sus desviaciones de las concepciones y la táctica socialdemócratas, los actos desorganizadores y la desconexión de las organizaciones socialdemócratas de Rusia, este grupo no fue admitido en el II Congreso del POSDR y fue disuelto por acuerdo del mismo.

128 "*Rus*": véase la nota 110.
"*Nasha Zhizn*": véase la nota 26.
"*Pravda*" ("La Verdad"): revista socialdemócrata mensual dedicada a problemas de arte, literatura y vida pública; aparecía en Moscú entre 1904 y 1906 principalmente con la participación de los mencheviques.

129 Véase la nota 28.

130 "*Mir Bozhi*" ("El Mundo de Dios"): revista mensual literaria y de divulgación científica de tendencia liberal; se publicó en San Petersburgo desde 1892 hasta 1906. Desde 1906 hasta 1918 apareció con el título de *Sovremenni Mir* ("El Mundo Contemporáneo").

131 "*Dnievnik Sotsial-Demokrat*a" ("El Diario del Socialdemócrata"): órgano editado sin regularidad por J. Plejánov; apareció (16 números con grandes intervalos) en Ginebra desde marzo de 1905 hasta abril de 1912. En los ocho números primeros (1905-1906) Plejánov explayó opiniones de extrema derecha, mencheviques y oportunistas en defensa del bloque de la socialdemocracia con la burguesía liberal; negaba la alianza del proletariado con el campesinado y censuraba la insurrección armada de diciembre.

132 Véase la nota 63.

133 *Las cuatro colas* ("chetiriojjvostka"): denominación abreviada que se daba a las cuatro reivindicaciones del sistema electoral democrático: sufragio universal, igual, directo y secreto.

134 *Poshejonie*: sinónimo de rincón provinciano de brutales usos y costumbres patriarcales. El vocablo entró en uso merced a la obra del satírico ruso Saltikov-Schedrín *En el antiguo Poshejonie*.

135 *Destacamentos obreros de combate*:

destacamentos armados de obreros, creados para la lucha contra el zarismo en los centros industriales de Rusia en el año revolucionario de 1905. Los destacamentos de combate participaron en la insurrección armada de Moscú y en las de otras ciudades.

Integraban el Consejo coligado de los destacamentos obreros de combate, fundado en Moscú a fines de octubre de 1905, representantes de los destacamentos de combate organizados por los partidos socialdemócrata, eserista y otros. La mayoría eserista y menchevique de este consejo desorganizaba su labor; durante la insurrección armada de diciembre, el Consejo coligado se vio a la zaga de los acontecimientos revolucionarios y no supo desempeñar su papel de Estado Mayor de operaciones de la insurrección.

136 En octubre de 1905, el proletariado revolucionario de Rusia declaró la huelga política general en toda Rusia. Suspendieron el trabajo en el inmenso país todas las fábricas, talleres y ferrocarriles. La huelga general mostró la gran fuerza de la clase obrera. El zar se vio obligado a hacer público el 17 de octubre un manifiesto en el que prometía "otorgar" una constitución y la libertad de palabra, reunión, prensa, etc. Las promesas del zar fueron un engaño y quedaron sin cumplir.

137 Lenin aduce una tesis de la obra de C. Marx *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*.

138 En la anochecida del 8 (21) de diciembre de 1905, los soldados y la policía acordonaron el jardín "Acuario", en el local de cuyo teatro transcurría a la sazón un multitudinario mitin. Se logró evitar el derramamiento de sangre merced a las abnegadas acciones de los destacamentos obreros que lo custodiaban; a los que llevaban armas se les dio la posibilidad de escapar por aberturas en la valla, pero los otros participantes en el mitin salieron por la puerta y fueron cacheados, aporreados y, muchos, detenidos.

139 El local de la escuela de Fídler era un lugar permanente de mítines y reuniones del partido.

140 *El regimiento Semiónovski* de la guardia fue enviado de San Petersburgo a Moscú en diciembre de 1905 para reprimir la insurrección de los obreros moscovitas sublevados.

141 *Cosacos*: En un principio, gente libre que se había evadido del yugo feudal (campesinos siervos y pobres de las ciudades) que se asentaba en las regiones periféricas del Estado ruso (el Don, el Yaik, Zaporozhie, etc.). En el siglo XVIII eran agricultores con franquicias obligados a prestar servicio militar en condiciones especiales. De ellos se formaban a menudo unidades militares especiales que la autocracia empleaba para combatir el movimiento revolucionario.

142 Véase la nota 8.

143 Se alude a la obra de F. Engels *Revolución y contrarrevolución en Alemania* (cap. XVII). Lenin, que escribió su artículo en 1906 aún no sabía que el autor era Engels, ya que dicha obra se publicó en 1851-1852 en *The New York Daily Tribune* en una serie de artículos firmados por Marx (a la sazón, colaborador de este periódico). Engels escribió estos artículos por encargo de Marx, quien le daba continuamente consejos.

Sólo en 1913, con motivo de la publicación de la correspondencia entre Marx y Engels, se supo que *Revolución y contrarrevolución en Alemania* era debida a la pluma de Engels.

144 Desarrolla esta tesis F. Engels en varias de sus obras, particularmente en *Anti-Dühring*.

145 En diciembre de 1905 algunas ciudades letonas pasaron a manos de los destacamentos armados de obreros, braceros y campesinos insurrectos. Empezó una guerra de guerrillas contra las tropas zaristas. Las insurrecciones de Letonia fueron sofocadas en enero de 1906 por expediciones punitivas del gobierno zarista.

146 Véase la nota 54.

147 *Duma de Estado*: organismo representativo que el gobierno zarista se vio obligado a convocar como resultado de los acontecimientos revolucionarios de 1905. Formalmente, la Duma de Estado era un órgano legislativo; pero, en realidad, carecía de todo poder real. Las elecciones a la Duma de Estado no eran ni directas, ni iguales, ni universales. Los derechos electorales de las clases trabajadoras, así como de las naciones alógenas que pueblan Rusia, estaban muy restringidos; una gran parte de obreros y campesinos se veía privada de ellos, en general.

Se trata de la *I Duma de Estado* (*denominada de Witte*), convocada en abril de 1906 según el reglamento elaborado por el presidente del Consejo de Ministros S. Witte. Las elecciones se celebraron en febrero-marzo de 1906. Los bolcheviques les declararon el boicot, y éste socavó considerablemente el prestigio de la Duma de Estado y debilitó la fe de una parte de la población en ella; pero no se logró hacer fracasar las elecciones. Al fracaso del boicot contribuyeron los planteamientos desorganizadores de los mencheviques y la existencia de fuertes ilusiones constitucionales entre los campesinos. Cuando, a pesar de todo, la Duma se reunió, Lenin planteó la tarea de utilizarla con fines de agitación y propaganda revolucionarias para desenmascararla como burda falsificación de la representatividad del pueblo. Pese a todas sus debilidades y a la ambigüedad de sus decisiones, la I Duma de Estado defraudó las esperanzas del gobierno, que la disolvió el 8 (21) de julio de 1906. Véase también la nota 302.

148 Se refiere a los levantamientos de los soldados y marinos en las fortalezas de Sveaborg (cerca de Helsingfors) y Cronstadt en julio de 1906.

149 Sobre los *demócratas constitucionalistas* véase la nota 11. Los "*sin título*": grupo semimenchevique y semidemócrata constitucionalista de los intelectuales burgueses rusos formado al comenzar el período de descenso de la revolución de 1905-1907. Tomó su nombre del semanario político *Bez Zaglavia* ("Sin título"), que se editó de enero a mayo de 1906 en San Petersburgo, luego los miembros de este grupo se reunieron en torno al periódico de los demócratas constitucionalistas de izquierda *Továrisch*.

Encubriéndose con su imparcialidad formal, los "sin título" defendían las ideas del liberalismo burgués y del oportunismo y apoyaban a los revisionistas de la socialdemocracia rusa e internacional.

150 Véase la nota 14.

151 *Pogromo de Kishiniov*: uno de los pogromos hebreos más cruentos de la Rusia zarista, organizado por el ministro del Interior V. Pleve en abril de 1903. Como resultado del pogromo hubo varios centenares de personas muertas y heridas y se destruyeron y saquearon más de mil apartamentos.

*El pogromo hebreo de Siedlce* fue organizado a fines de agosto de 1906. La ciudad fue cañoneada y ametrallada, resultando muertos y heridos centenares de personas.

152 Véase la nota 45.

153 *Nóvoie Vremia* ("Tiempos Nuevos"): diario publicado en San Petersburgo desde 1868 hasta 1917; perteneció a distintos editores y cambiaba reiteradamente de orientación política. Al principio era de tendencia liberal moderada; pero desde 1876 pasó a ser órgano de los círculos reaccionarios de la nobleza y de la burocracia. Desde 1905, órgano de las centurias negras.

154 *El Partido Obrero Socialdemócrata Letón* se fundó en junio de 1904 en el I Congreso del partido. En 1905-1907 dirigió la lucha revolucionaria de los obreros.

En el IV Congreso (de Unificación), celebrado en 1906, entró en el POSDR como organización territorial. Después del congreso empezó a llamarse Socialdemocracia del País Letón.

Se alude al periódico "*Zihna*" ("*Cina*") ("La Lucha"), órgano central de la socialdemocracia letona; se fundó en marzo de 1904. Apareció ilegalmente en Riga con grandes intervalos hasta agosto de 1909 y, luego, en el extranjero. A partir de abril de 1917, Zihna fue un periódico legal y se editaba en Petrogrado, Riga y otras ciudades; y desde agosto de 1919, luego de la victoria temporal de la contrarrevolución en Letonia, volvió a publicarse clandestinamente en Riga. Después de proclamarse el Poder soviético en Letonia en junio de 1940, pasó a ser órgano del CC del Partido Comunista de Letonia y del Soviet Supremo de la RSS de Letonia.

155 Véase la nota 90.

156 *Partinie Izvestia* ("Noticias del Partido"): periódico ilegal, órgano del CC unificado del POSDR, fundado después de la fusión del CC bolchevique y la Comisión de Organización menchevique. Se publicó en vísperas del IV Congreso (de Unificación) del partido. Salieron en total dos números (en febrero y marzo de 1906).

157 Se trata del "Informe sobre el Congreso de Unificación del POSDR (Carta a los obreros petersburgueses)".

*El IV Congreso (de Unificación) del POSDR* se celebró en Estocolmo en abril de 1906. Tenían mayoría en él los mencheviques, lo cual se explicaba porque numerosas organizaciones bolcheviques del partido que encabezaban las acciones armadas de las masas fueron derrotadas y no pudieron enviar a delegados suyos. En el congreso se desplegó una sañuda lucha en torno a los problemas debatidos entre bolcheviques y mencheviques. Lenin pronunció informes y discursos sobre el problema agrario, enjuició la situación de entonces y las tareas de clase del proletariado y habló de la actitud ante la Duma de Estado, de la insurrección armada y de otros problemas; participó en la comisión de redacción del proyecto de Estatutos del POSDR. La superioridad numérica de los mencheviques en el congreso determinó el carácter de los acuerdos del mismo. Tras tenaz lucha, el congreso aprobó las resoluciones mencheviques sobre la Duma de Estado y la insurrección armada y adoptó el programa agrario de los mencheviques.

El congreso entró en la historia del partido como el Congreso de Unificación del POSDR. Pero la unificación no dejó de ser formal. En realidad, mencheviques y bolcheviques tenían opiniones y plataformas distintas sobre problemas importantísimos de la revolución, constituyendo en la práctica dos partidos. La lucha en el congreso descubrió ante las masas del partido el contenido y la profundidad de las discrepancias de principio entre bolcheviques y mencheviques.

158 "*Die Neue Zeit*" ("Tiempos Nuevos"): revista teórica del Partido Socialdemócrata Alemán que apareció en Stuttgart de 1883 a 1923. Colaboraron en ella destacados líderes del movimiento obrero alemán e internacional de fines del siglo XIX y comienzos del XX: A. Bebel, G. Liebknecht, R. Luxemburgo, F. Mehring, C. Zetkin, P. Lafargue, J. Plejánov y otros. Desde la segunda mitad de los años noventa, después de fallecer Engels, en la revista se insertaron regularmente artículos de revisionistas, incluida una serie de artículos de E. Bernstein con el título de *Problemas del socialismo*, con la que los revisionistas inauguraron una campaña contra el marxismo.

159 Véase la nota 96.

160 Véase la carta de C. Marx a L. Kugelmann del 9 de octubre de 1866.

161 Véase la carta de C. Marx a L. Kugelmann del 6 de marzo de 1868.

162 Véase la carta de C. Marx aL. Kugelmann del 6 de marzo de 1868.

163 Véase la carta de C. Marx a L. Kugelmann del 5 de diciembre de 1868.

164 Se alude al trabajo de F. Engels *Revolución y contrarrevolución en Alemania* (Véase también la nota 143).

165 Véase C. Marx y F. Engels: *Tercer comentario internacional. De mayo a octubre*.

166 *La Guerra de los Treinta Años de 1618 a 1648*: guerra general europea. Fue debida a la exacerbación de las contradicciones entre distintos grupos de Estados europeos y adquirió la forma de lucha entre protestantes y católicos. Alemania, palestra principal de esta lucha, fue objeto de la expoliación militar y de las pretensiones anexionistas de los beligerantes. La guerra terminó en la firma de la paz de Westfalia, que

refrendó la desmembración política de Alemania.
167 Véase la carta de C. Marx aL. Kugelmann del 6 de abril de 1866.
168 Véase la carta de C. Marx aL. Kugelmann del 3 de marzo de 1869.
169 *Brentallismo*, véase la nota 59.
*Struvismo* o "marxismo legal", véase la nota 20.
"*Sombartismo*, corriente burguesa liberal que debe su nombre al economista vulgar alemán V. Sombart, uno de los ideólogos del liberalismo burgués. Lenin escribió que Sombart sustituía "el marxismo con el brentanismo empleando la terminología de Marx, remitiéndose a ciertos asertos de Marx y disfrazándose de marxismo".
170 Lenin alude a la *I Internacional* (Asociación Internacional de los Trabajadores), primera organización internacional de masas del proletariado, fundada en 1864 en una reunión de obreros de todo el mundo que se celebró en Londres, convocada por obreros franceses e ingleses. El organizador y dirigente de la I Internacional, el autor de su Manifiesto Inaugural, de sus estatutos y de otros documentos programáticos y tácticos suyos fue Marx.
El órgano dirigente central de la 1 Internacional era el Consejo General de la Asociación Internacional de los Trabajadores, miembro permanente del cual fue Marx. La 1 Internacional dirigió la lucha económica y política de los obreros de diversos países y reforzó su solidaridad internacional. Es inmenso el papel de la I Internacional en la difusión del marxismo y en la unión del socialismo con el movimiento obrero. La I Internacional existió hasta 1876.
Lenin se refiere al *Segundo llamamiento del Consejo General de Asociación Internacional de los Trabajadores sobre la guerra franco-prusiana*, escrito por Marx.
171 Véase la nota 29.
172 *El gobio sabio*: tipo de pequeño burgués medroso del cuento homónimo del satírico ruso M. Saltikov-Schedrín.
173 Véase la carta de C. Marx a L. Kugelmann del 12 de abril de 1871.
174 Lenin se refiere a la obra de C. Marx *La guerra civil en Francia*.
175 Véase la nota 11.
176 Véase la carta de C. Marx a L. Kugelmann del 17 de abril de 1871.
177 "*Sovreménnaya Zhizn*" ("La Vida Contemporánea"): revista menchevique; se publicó en Moscú desde abril de 1906 hasta marzo de 1907.
"*Otkliki*" ("Ecos"): cuadernos mencheviques publicados en San Petersburgo durante los años 1906 y 1907.
178 Se refiere a la *Federación Socialdemócrata de Inglaterra*, fundada en 1884. A la par con los reformistas (Hyndman y otros) y los anarquistas, formaba parte de la Federación Socialdemócrata de Inglaterra un grupo de socialdemócratas revolucionarios partidarios del marxismo (Harry Quelch, Tomás Mann, Edward Eveling, Eleonora Marx y otros) que constituían el ala izquierda del movimiento socialista de Inglaterra. F. Engels criticó duramente a la Federación Socialdemócrata de Inglaterra por su dogmatismo y su sectarismo, por apartarse del movimiento obrero de masas de Inglaterra y desestimar sus peculiaridades. En 1907, la Federación Socialdemócrata de Inglaterra empezó a llamarse Partido Socialdemócrata que, en 1911, formó con los elementos de izquierda del Partido Obrero Independiente el Partido Socialista Británico; en 1920, la mayoría de sus afiliados tomó parte en la fundación del Partido Comunista de la Gran Bretaña.
179 Véase la carta de F. Engels a F. Sorge del 29 de noviembre de 1886.
180 Se trata de los *liquidadores*, representantes de la corriente predominante entre los mencheviques (ala oportunista del POSDR) después de ser derrotada la revolución de 1905-1907. Uno de sus líderes fue Larin. Exigían la liquidación del partido revolucionario clandestino de la clase obrera. Exhortaban a los obreros a poner fin a la lucha revolucionaria contra el zarismo y se proponían celebrar un "congreso obrero" sin filiación política para constituir en él un "amplio partido obrero" oportunista que se dedicase exclusivamente a la actividad legal autorizada por el gobierno zarista. El liquidacionismo no era popular entre las masas obreras. La Conferencia de Praga del POSDR, celebrada el 6 de enero de 1912, expulsó del partido a los liquidadores.
181 "*Caballeros del Trabajo*", "*Noble Orden de los Caballeros del Trabajo*": organización de obreros de los EE.UU. fundada en Filadelfia en 1869. Hasta 1881 fue una organización secreta. El florecimiento de la labor de esta organización data de los años 80 cuando los Caballeros del Trabajo participaron en el vasto movimiento huelguístico. No obstante, los líderes oportunistas, que negaban la lucha revolucionaria de clase, condujeron paulatinamente a la pérdida del prestigio de esta orden entre las masas. A fines de los años 90 la labor de la organización quedó reducida a la nada, y ésta se disolvió.
182 Véase la carta de F. Engels a F. Sorge del 29 de noviembre de 1886.
183 *Lassalleanos*: partidarios y seguidores del socialista pequeñoburgués alemán F. Lassalle, miembros de la Asociación General de los Obreros Alemanes, fundada en 1863. Su primer presidente fue Lassalle, quien expuso el programa y los fundamentos de la táctica de la Asociación. La Asociación General de los Obreros Alemanes adoptó por programa político suyo la lucha en pro del sufragio universal y, por programa económico, la creación de asociaciones obreras de producción subsidiadas por el Estado. Lassalle y sus partidarios apoyaban en su labor práctica la política de nación dominante de Bismarck. Marx y Engels criticaron reiteradas veces y con dureza la teoría, la táctica y los principios de organización del lassalleanismo como corriente oportunista en el movimiento obrero alemán.
184 "*Die Zukunft*" ("El Futuro"): revista de tendencia

socialreformista editada por un grupo de miembros del Partido Socialdemócrata Alemán; apareció desde octubre de 1877 hasta noviembre de 1878 en Berlín. El editor era K. Höchberg, que intentó encauzar el partido por la vía reformista. Colaboraban en esta revista K. Schramm y E. Bernstein.

185 Véase la carta de C. Marx a F. Sorge del 19 de octubre de 1877.

186 *Socialistas de cátedra*: representantes de una tendencia de la economía política burguesa de los años 70 y 80 del siglo XIX que, so capa de socialismo, predicaban el reformismo liberal burgués desde las cátedras universitarias. Afirmaban que el Estado burgués está por encima de las clases, puede conciliar las contradicciones antagónicas e ir implantando poco a poco el "socialismo" sin lesionar los intereses de los capitalistas y teniendo en cuenta, en la medida de lo posible, las reivindicaciones de los trabajadores.

187 La *Ley de excepción contra los socialistas* fue promulgada en Alemania por el Gobierno de Bismarck en 1878 para luchar contra el movimiento obrero y socialista. Prohibía todas las organizaciones del Partido Socialdemócrata, las organizaciones obreras de masas y la prensa obrera; fueron confiscadas las publicaciones socialistas y se persiguió y expulsó a los socialdemócratas. En 1890, bajo la presión del creciente movimiento obrero de masas, la Ley de excepción contra los socialistas fue derogada.

188 Véase la carta de C. Marx a F. Sorge del 19 de septiembre de 1879.

189 "*Der Sozialdemokrat*" ("El Socialdemócrata"): órgano central del Partido Socialdemócrata Alemán durante el período de vigencia de la Ley de excepción contra los socialistas; este periódico se publicó en Zurich desde septiembre de 1879 hasta septiembre de 1888; y en Londres, desde octubre de 1888 hasta septiembre de 1890. Entre 1879 y 1880 lo dirigió Vollmar; y a partir de enero de 1881, Bernstein, que por aquellos años se hallaba bajo una fuerte influencia de Engels, cuya dirección ideológica aseguraba la orientación marxista del periódico. *Der Sozialdemokrat* dejó de editarse cuando fue derogada la Ley de excepción contra los socialistas (1890), el órgano central del partido volvió a ser el periódico *Vorwärts*.

190 "*Anales de ciencias sociales y política social*" ("Jahrbuch für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik"): revista de tendencia socialreformista; la editaba K. Hochberg en Zurich entre 1879 y 1881. Aparecieron tres cuadernos.
El artículo aludido, *Ruckblicke auf die sozialistische Bewegung in Deutschland. Kriltische Aphorismen* ("Ojeada retrospectiva al movimiento socialista en Alemania. Aforismos críticos") se publicó en el primer libro de los Anales.

191 Véase la nota 43.

192 Se trata de las discrepancias surgidas en la minoría socialdemócrata del Reichstag alemán con motivo de las subvenciones a las compañías navieras (*Dampfersubvention*). A fines de 1884, el canciller de Alemania, Bismarck, exigió al Reichstag, en aras de la política colonial de anexiones, que sancionase los subsidios para las compañías navieras a fin de organizar travesías marítimas regulares a Asia Oriental, Australia y África. El ala de izquierda de la minoría socialdemócrata, dirigida por Bebel y Liebknecht, rechazó el proyecto. Durante la discusión del problema en el Reichstag, en marzo de 1885, el ala derecha de la minoría socialdemócrata votó en pro de la apertura de las líneas de navegación asiático-oriental y australiana; condicionó su conformidad con el proyecto de Bismarck a la aceptación de algunas reclamaciones, entre otras, a la de que los nuevos barcos se construyeran en astilleros alemanes. Sólo después de haber declinado el Reichstag esa reclamación votó la minoría en pleno contra el proyecto gubernamental. La conducta del grueso de la minoría (ala derecha) motivó la crítica del periódico *Sozial-demokrat* y de las organizaciones socialdemócratas.

193 Los dos congresos socialdemócratas internacionales convocados simultáneamente en París: el I Congreso de la II Internacional, y el de los posibilistas franceses y la Federación Socialdemócrata de Inglaterra.

194 *Posibilistas* (P. Brousse, B. Malon y otros): corriente reformista pequeñoburguesa en el movimiento socialista francés que desviaba al proletariado de los métodos revolucionarios de lucha. A raíz de la escisión del Partido Obrero de Francia en 1882, los posibilistas formaron el Partido Obrero socialrevolucionario; negaban el programa y la táctica revolucionarios del proletariado, velaban las metas socialistas del movimiento obrero y proponían limitar la lucha de los obreros a lo "posible", de donde procede la denominación del partido. En 1902, los posibilistas fundaron con otros grupos reformistas el Partido Socialista Francés encabezado por J. Jaurès.

195 Véase la nota 48.

196 Véase la carta de F. Engels a F. Kelley-Wischnewetzky del 2 de mayo de 1888.

197 *Fabianos*: miembros de la Sociedad Fabiana, organización reformista inglesa fundada en 1881. Esta sociedad debe su nombre al caudillo romano del siglo III a. n. e. Fabio Cunctator (El Contemporizador), llamado así por su táctica expectante en la guerra contra Aníbal. Los miembros de la Sociedad Fabiana eran principalmente intelectuales de la burguesía: hombres de ciencia, escritores y políticos que negaban la necesidad de la lucha de clase del proletariado y de la revolución socialista y afirmaban que el paso del capitalismo al socialismo es posible sólo mediante pequeñas reformas y transformaciones paulatinas de la sociedad. En 1900, la Sociedad Fabiana ingresó en el Partido Laborista.

198 Véase la carta de F. Engels a F. Sorge del 18 de enero de 1893.

199 *Huelga de Decazeville*: huelga espontánea de dos mil mineros de la hulla de la ciudad de Decazeville (Departamento de Aveyron) en Francia. Declarada como resultado de las insufribles condiciones de trabajo y de la intensificación de la explotación de los obreros por los patronos, duró cinco meses, desde enero hasta junio de 1886. El gobierno introdujo tropas en Decazeville, lo que fue causa de gran efervescencia en Francia y de varios mítines de protesta en París y en provincias. En un mitin celebrado en la capital francesa, J. Guesde y P. Lafargue protestaron contra las acciones del gobierno y de los patronos.
Durante una acalorada discusión en torno a la huelga de Decazeville, los diputados burgueses del Parlamento francés, incluidos los radicales, a los que antes se adherían los diputados obreros, se pronunciaron en apoyo del gobierno y de las represiones contra los huelguistas, lo cual dio lugar a que los diputados obreros se apartasen de los radicales y formasen en el Parlamento francés una minoría obrera independiente.

200 Véase la nota 31.

201 Se refiere a la guerra ruso-turca de 1877-1878.

202 La *I Duma de Estado* (abril-julio de 1906) y la *II Duma de Estado* (febrero-junio de 1907) fueron disueltas por el gobierno zarista.

203 En 1879, la organización secreta de los populistas Tierra y Libertad se dividió en dos: Libertad del Pueblo y Reparto Negro.
*Los adeptos de Libertad del Pueblo* constituían una organización revolucionaria secreta de populistas terroristas, aparecida en agosto de 1879.
El objetivo inmediato de los partidarios de Libertad del Pueblo era el derrocamiento de la autocracia y la proclamación de la república democrática. Plantearon por primera vez en la historia del populismo la necesidad de la lucha política; sin embargo, la redujeron a conspiraciones y al terrorismo individual. Organizaron varios atentados a funcionarios zaristas y, el 1 de marzo de 1881, asesinaron al zar Alejandro II. Los organizadores del atentado fueron ejecutados; luego siguió una serie de procesos judiciales. En la segunda mitad de los años 80 Libertad del Pueblo fue desbaratada por completo. La teoría y la táctica erróneas y la falta de amplias relaciones con las masas populares determinaron el fracaso de esta organización, pese a la abnegación y al heroísmo de sus adictos.
*Adeptos de Reparto Negro*: miembros de una organización revolucionaria secreta que propugnaban en sus reivindicaciones programáticas, en lo fundamental, la plataforma populista de Tierra y Libertad. Tenían por fuerza revolucionaria fundamental de Rusia a los campesinos y hacían propaganda revolucionaria en varias provincias. Creían errónea la táctica del terrorismo individual. Posteriormente, una parte de los adeptos de Reparto Negro evolucionó hacia el marxismo.

204 Engels escribió a Vera Zasúlich acerca de *Nuestras discrepancias* y el carácter de la próxima revolución en Rusia en una carta con fecha del 23 de abril de 1885. Dicha carta se publicó por primera vez en 1925.

205 Lenin se refiere al ensayo *Morir por la república*, de la serie de ensayos *La campaña alemana por la Constitución imperial*.

206 "*Naródnaya Gazeta*" ("Gaceta del Pueblo"): periódico menchevique que apareció en San Petersburgo en abril de 1907. Salieron dos números.
"*Nashe Ejo*" ("Nuestro Eco"): diario legal bolchevique que se publicó en San Petersburgo desde marzo hasta abril de 1907. Estaba dirigido por Lenin.

207 Sobre los eseristas véase la nota 5.
*Trudoviques* (Grupo del Trabajo): grupo de demócratas pequeñoburgueses de las Dumas de Estado de Rusia constituido por campesinos e intelectuales de tendencia populista. Lo fundaron en abril de 1906 los diputados campesinos a la I Duma de Estado. Vacilaban en las Dumas entre los demócratas constitucionalistas y los socialdemócratas. Estas vacilaciones se debían a la naturaleza misma de clase de los campesinos, o sea, pequeños propietarios. Debido a que los trudoviques representaban, pese a todo, a las masas campesinas, los bolcheviques aplicaban en las Dumas la táctica de los acuerdos con ellos en algunos problemas para la lucha común contra la autocracia zarista y los demócratas constitucionalistas. En 1917, el Grupo del Trabajo se unió al partido de los "socialistas populares".
*Enesistas* ("socialistas populares"): miembros del Partido Socialista Popular del Trabajo, partido pequeñoburgués desgajado del ala derecha del de los socialistas-revolucionarios (eseristas) en 1906. Los socialistas populares renunciaron a la reivindicación de la república y de la entrega gratuita de toda la tierra de los terratenientes a los campesinos. Se pronunciaron en pro de la nacionalización parcial de la tierra, pagando rescate a los terratenientes y distribuyéndola entre los campesinos según la denominada norma laboral. Los socialistas populares se pronunciaban a favor de un bloque con los demócratas constitucionalistas. Después de la revolución democrática burguesa de febrero de 1917, el partido de los socialistas populares se fundió con los trudoviques y apoyó activamente la labor del Gobierno Provisional burgués, en el cual estaba representado. Después de la Revolución Socialista de Octubre, los socialistas populares participaron en complots contrarrevolucionarios y acciones armadas contra el Poder soviético. Este partido dejó de existir durante la intervención militar extranjera y la guerra civil.

208 *El Congreso Socialista Internacional de Stuttgart*, VII Congreso de la II Internacional, se celebró entre el 18 y el 24 de agosto de 1907.
*II Internacional*: organización internacional de los partidos socialistas fundada en 1889. Al empezar

la época imperialista, fueron predominando cada vez más en la II Internacional las tendencias oportunistas. Al estallar la guerra imperialista mundial de 1914-1918, los líderes oportunistas de la II Internacional se alzaron abiertamente en defensa de la política imperialista de los gobiernos burgueses de sus países, y la II Internacional se desmoronó.

209 "*Die Gleichheit*" ("La Igualdad"): revista quincenal socialdemócrata, órgano del movimiento obrero femenino de Alemania y, luego, del movimiento femenino internacional; apareció en Stuttgart entre 1890 y 1925; desde 1892 hasta 1917 estuvo dirigida por Clara Zetkin.

210 *Socialdemócratas polacos*: miembros de la Socialdemocracia del Reino Polaco y de Lituania. (SDRPL), partido revolucionario de la clase obrera polaca que apareció en 1893, primero como Socialdemocracia del Reino Polaco y, a partir de agosto de 1900, después del congreso de las organizaciones socialdemócratas del Reino Polaco y Lituania, donde se unificaron los socialdemócratas polacos con parte de los lituanos, empezó a denominarse Socialdemocracia del Reino Polaco y de Lituania. El mérito de este partido estriba en que encauzaba el movimiento obrero polaco hacia la alianza con el movimiento obrero ruso y combatía el nacionalismo.

La SDRPL aplaudió la Gran Revolución Socialista de Octubre y desplegó la lucha por el triunfo de la revolución proletaria en Polonia. En diciembre de 1918, en el Congreso de Unificación de la SDRPL y el PSP de izquierda, los dos partidos se unieron y formaron el Partido Comunista Obrero de Polonia.

Sobre el PSP véase la nota 90.

211 "*Vorwärts*" ("Adelante"): órgano central del Partido Socialdemócrata Alemán; aparecía todos los días en Berlín entre 1891 y 1933. En las páginas de este periódico batalló Engels contra todas las manifestaciones de oportunismo. Desde la segunda mitad de los años 90, después de la muerte de Engels, la redacción de *Vorwärts* se vio en manos del ala derecha del partido y publicaba con regularidad artículos de los oportunistas.

212 Véase la nota 9.

213 *Socialdemócratas armenios*: miembros de la "Organización Obrera Socialdemócrata Armenia" ("específicos"), que se formó poco después del II Congreso del POSDR (1003). De manera parecida a los bundistas, los "específicos" reclamaban la estructura federativa del partido, o sea, la división del proletariado por naciones, y se declararon únicos representantes del proletariado armenio. Para justificar su nacionalismo apelaban a las "condiciones específicas de cada nación".

*Dashnaktsutiún* (*dashnakes*): partido contrarrevolucionario nacionalista burgués. Se formó a comienzos de los años 90 del siglo XIX y luchó contra el movimiento revolucionario de los obreros y los campesinos.

En 1918-20, los dashnakes encabezaron el gobierno nacionalista burgués de Armenia. El gobierno dashnake fue derrocado en noviembre de 1920, a raíz de una sublevación armada de los trabajadores de Armenia apoyados por el Ejército Rojo.

214 Véase la nota 178.

215 *ILP* (Independent Labour Party), Partido Laborista Independiente: organización reformista fundada en 1893. En el ILP entraron los socios de las "nuevas tradeuniones" y de varios viejos sindicatos más, intelectuales y pequeños burgueses que se hallaban bajo la influencia de los fabianos. Encabezaba el partido Keir Hardie. El ILP ocupaba posiciones reformistas burguesas desde el mismo comienzo de su fundación y dedicaba la atención principal a la forma parlamentaria de lucha y a las transacciones parlamentarias con el Partido Liberal. Caracterizando al Partido Laborista Independiente, Lenin escribió que, "en realidad, era un partido oportunista siempre dependiente de la burguesía, sólo "independiente" del socialismo, pero muy dependiente del liberalismo".

216 Véase la nota 197.

217 El artículo *Enseñanzas de la Comuna*, publicado en el número 2 de *Zagraníchnaya Gazeta* del 23 de marzo de 1908, es el acta taquigráfica de un informe pronunciado por Lenin. Al publicado, la redacción del periódico dio la siguiente aclaración: "El 18 de marzo se celebró en Ginebra un mitin internacional en conmemoración de tres aniversarios del proletariado: el veinticinco de la muerte de Marx, el sesenta de la revolución de marzo de 1848 y el treinta y siete de la Comuna de París. En nombre del POSDR habló el camarada Lenin, que trató de la importancia de la Comuna".

"*Zagraníchnaya Gazeta*" ("Gaceta del Extranjero"): periódico del grupo de emigrados rusos en Ginebra; apareció en marzo y abril de 1908.

218 Véase C. Marx. *Segundo llamamiento del Consejo General de la Asociación Internacional de los Trabajadores sobre la guerra franco-Prusiana*.

219 Véase la nota 96.

220 Véase el juicio que Marx emitió de la Comuna de París, como predecesora de la nueva sociedad, en el trabajo *La guerra civil en Francia* y en las cartas a L. Kugelmann del 12 y el 17 de abril de 1871.

221 Véase la nota 109.

222 Véase la nota 96.

223 Véase la nota 48.

224 Véase C. Marx. *El Capital*, t. I, *Palabras finales a la segunda edición*.

225 Véase la nota 11.

226 Véase la nota 12.

227 *Ortodoxos*: socialdemócratas alemanes que combatían la revisión del marxismo.

Sobre el *bernsteinianismo* véase la nota 43.

228 *Guesdistas*: partidarios de la corriente marxista revolucionaria del movimiento socialista francés de fines del siglo XIX y comienzos del XX, encabezada por I. Guesde y P. Lafargue. En 1882, después de haberse escindido el Partido Obrero de Francia en el Congreso de Saint-Etienne, las

guesdistas formaron un partido independiente, conservando la vieja denominación. Se mantuvieron fieles al programa aprobado en 1880 en el Congreso de El Havre, la parte teórica del cual había sido escrita por C. Marx, y defendían la política revolucionaria independiente del proletariado.

En 1901, los partidarios de la lucha revolucionaria de las clases, encabezados por J. Guesde, se unieron en el Partido Socialista de Francia (cuyos miembros comenzaron a denominarse asimismo guesdistas). En 1905, los guesdistas se unificaron con el Partido Socialista Francés, que era reformista, constituyendo el Partido Socialista Unificado Francés.

Sobre los jauresistas véase la nota 44.

Sobre los broussistas (posibilistas) véase la nota 194.

229 Sobre la FSD véase la nota 178.

Sobre el Partido Laborista Independiente véase la nota 215.

230 *Integralistas*: partidarios del socialismo "integral", variedad de socialismo pequeñoburgués. El líder de los integralistas era Enrico Ferri. Como corriente centrista que era en el Partido Socialista Italiano, los integralistas lucharon a finales del siglo XIX y comienzos del XX en torno a una serie de problemas contra los reformistas, que ocupaban posiciones oportunistas extremas y colaboraban con la burguesía reaccionaria.

231 Véase la nota 9.

232 *Sindicalismo revolucionario*: corriente pequeñoburguesa semianarquista surgida en el movimiento obrero de diversos países de Europa Occidental a fines del siglo XIX. Los sindicalistas negaban la necesidad de la lucha política de la clase obrera, el papel dirigente del partido y la dictadura del proletariado y consideraban que los sindicatos, mediante la huelga general de los obreros, pero sin revolución, pueden derrocar el capitalismo y tomar en sus manos la dirección de la producción. Lenin señalaba que "el sindicalismo revolucionario ha sido en muchos países resultado directo e inevitable del oportunismo, del reformismo y del cretinismo parlamentario". (Véase V. I. Lenin. *Prólogo al folleto de Vúinov (A. V. Lunacharski) sobre la actitud del partido ante los sindicatos*).

233 Lenin escribió el artículo *Apreciación de la revolución rusa* en marzo de 1908 para la revista de la socialdemocracia polaca *Przeglad Socjaldemokratyczny*, que lo publicó en su segundo número, en abril de 1908.

"*Przeglad Socjaldemokratyczny*" ("Revista socialdemócrata"): la editaron en Cracovia los socialdemócratas polacos con la participación directa de R. Luxemburgo desde 1902 hasta 1904 y desde 1908 hasta 1910.

234 "*Stolíchnaya Pochta*" ("El Correo de la Capital"): diario que apareció en San Petersburgo desde octubre de 1906 hasta febrero de 1908. Al comienzo era órgano de los demócratas constitucionalistas de izquierda, y desde febrero de 1907 se hizo tribuna del Grupo del Trabajo. Fue prohibido por el gobierno zarista.

235 Véase C. Marx y F. Engels. *Tercer comentario internacional*. *De mayo a octubre*.

236 Véase la nota 5.

237 Véase la nota 207.

238 Denominábase *Duma de Vitte* la I Duma de Estado convocada el 27 de abril de 1906 según el reglamento redactado por el presidente del Consejo de Ministros S. Vitte. El 8 de julio de 1906, la I Duma de Estado fue disuelta por el gobierno zarista.

Véase también la nota 147.

239 Véase la nota 207.

240 Véase la nota 90.

241 A fines de 1905 empezó la revolución en Persia. El pueblo se alzó contra el gobierno despótico del sha, que vendía el país a los imperialistas extranjeros y llevo a las masas populares al último grado de la ruina y la miseria.

Confabulado con el sha persa, el zar ruso envió a Persia una brigada de cosacos al mando del coronel Liájov, para aplastar la revolución. En Junio de 1908, la brigada de Liajov dio un golpe contrarrevolucionario en Teherán y disolvió la Asamblea convocada por reclamación popular en octubre de 1906. Los diputados fueron asesinados atrozmente. Pero el pueblo siguió la lucha. Los destacamentos revolucionarios que irrumpieron en julio de 1909 en Teherán vencieron a la brigada de Liájov y destronaron al sha Muhammed Alí. La revolución fue aplastada por la intervención de los imperialistas extranjeros. El zar ruso y el gobierno británico, que se habían puesto de acuerdo para repartirse a Persia en zonas de influencia ocuparon en 1911 gran parte del territorio de este país, liquidaron las conquistas de la revolución y restauraron el poder del sha y de los señores feudales.

242 *Jóvenes Turcos*: denominación europea de los miembros del partido de la burguesía y los terratenientes turcos. Unión y Progreso, partido nacionalista fundado en 1889 en Estambul. Los Jóvenes Turcos aspiraban a limitar el poder absoluto del sultán, transformar el imperio feudal en una monarquía constitucional burguesa y reforzar el papel de la burguesía turca en la vida económica y política del país. Se alude a la revolución turca de 1908-1909.

Encabezaron el movimiento revolucionario contra el gobierno despótico del sultán Abdul Hamid II los adeptos de los Jóvenes Turcos. En julio de 1908 se sublevaron las tropas que se hallaban bajo el mando de oficiales afiliados a los Jóvenes Turcos. Apoyaron a los insurrectos la población de las ciudades y los campesinos. Temeroso de la propagación del movimiento revolucionario, Abdul Hamid II proclamó la Constitución de 1876, abolida de hecho en 1878, cuando, por orden del sultán, fue disuelto el Parlamento turco. El nuevo parlamento inauguró sus sesiones a fines de 1908. En abril de 1909, el sultán turco intentó dar un golpe contrarrevolucionario en Estambul. Tras dos días de combates en las calles de la ciudad, los jóvenes Turcos vencieron a los adeptos

del sultán, que fue destronado, y en Turquía se proclamó la monarquía constitucional. Se formó un gobierno de Jóvenes Turcos.

243 "*Justice*" ("Justicia"): semanario que se publicó en Londres desde enero de 1884 hasta comienzos de 1925; primero fue órgano de la Federación Socialdemócrata, y, desde 1911, órgano del Partido Socialista Británico. Desde febrero de 1925 hasta diciembre de 1933 apareció con el título de *Social-Demokrat*.

244 Véase la nota 54.

245 Véase la nota 53.

246 *El Congreso Socialista Internacional de Stuttgart* (VII Congreso de la II Internacional) se celebró del 18 al 24 de agosto de 1907. Una de las cuestiones debatidas en el Congreso fue *El militarismo y los conflictos internacionales*. Lenin participó en las labores de la comisión dedicada a dicho tema. Al discutirse el proyecto de resolución, propuesto por A. Bebel, Lenin logró con sus enmiendas, apoyadas por los representantes de la socialdemocracia polaca, cambiarlo de raíz en el espíritu del marxismo revolucionario. La enmienda más importante que modificó por principio el proyecto de resolución fue la siguiente: "En caso de que, a pesar de todo, la guerra sea desencadenada, ellos (la clase obrera de los distintos países y sus representantes en los parlamentos. *N. de la Edit.*) deben... procurar con todos los medios aprovechar la crisis económica y política provocada por la guerra para agitar a las masas populares y acelerar la caída de la dominación capitalista de clase". Esta tesis fue confirmada por el Congreso de Copenhague en 1910 y entró luego en la resolución del Congreso de Basilea celebrado en 1912.

La adopción de la resolución *El militarismo y los conflictos internacionales* fue una victoria inmensa del ala revolucionaria sobre la oportunista en el movimiento obrero internacional.

247 El problema del militarismo se discutió en todos los congresos internacionales mencionados por Lenin. El de París adoptó una resolución sobre la sustitución de los ejércitos permanentes por el armamento general del pueblo. Esta resolución reclamaba que se consolidara la paz entre los pueblos y obligaba a los socialistas a votar contra los créditos de guerra. Ligaba la lucha por la paz con la lucha por el socialismo.

En el Congreso de Bruselas pronunciaron informes sobre la actitud de la clase obrera ante el militarismo G. Liebknecht y E. Vaillant. El informe de Liebknecht dio pie a que se adoptara una resolución que llamaba a protestar contra toda tentativa de preparar la guerra y recalcaba que sólo el establecimiento de la sociedad socialista, en la que se pone fin a la explotación del hombre por el hombre, proporcionará la paz a los pueblos y pondrá fin al militarismo. Pero ni el informe ni la resolución propuesta por Liebknecht contenían medidas concretas algunas de lucha contra el militarismo y la guerra.

En el Congreso de Zurich, como resultado de la discusión del problema militar, planteado en el informe de J. Plejánov, se adoptó una resolución que repetía en el fondo las tesis generales de la resolución de Bruselas. El punto más importante y acertado en el aspecto político de la resolución aprobada fue el que obligaba a los partidos socialistas a votar contra los créditos militares. El problema del militarismo y la táctica autimilitarista se examinaron con el mayor detenimiento en el Congreso de Stuttgart.

248 "*Le Peuple*" ("El Pueblo"): órgano central del Partido Obrero Belga (reformista); se fundó en 1884 y sigue apareciendo diariamente en Bruselas.

249 Véase la nota 187.

250 Véase la nota 158.

251 Se trata del movimiento estudiantil de masas que empezó en Rusia en el otoño de 1908 en San Petersburgo. El movimiento estudiantil de entonces fue promovido por la política reaccionaria del ministro de Instrucción Pública A. Shvarts, que declaro una cruzada contra los restos de la autonomía universitaria y quería suprimir todas las libertades estudiantiles en vigor desde 1905.

252 *Octubristas*: miembros del partido del mismo nombre (o Unión del 17 de Octubre), formado en Rusia después de publicarse el manifiesto del zar del 17 (30) de octubre de 1905 (véase la nota 104). Era un partido contrarrevolucionario que representaba y defendía los intereses de la gran burguesía y los terratenientes que explotaban su hacienda a lo capitalista; encabezaban este partido el conocido industrial A. Guchkov y el gran terrateniente M. Rodzianko. Los octubristas apoyaban totalmente la política interior y exterior del gobierno zarista.

253 Véase la nota 147.

254 Se alude a la resolución del Comité de San Petersburgo del POSDR, publicada el 3 de octubre de 1908 en el número 36 del periódico *Proletari*, en la sección *Vida del Partido*. El Comité de San Petersburgo exhortaba a los grupos de estudiantes socialdemócratas a desentenderse públicamente del llamamiento hecho por el Consejo Estudiantil de Coalición y a subordinar el movimiento estudiantil a las tareas de la socialdemocracia en la lucha de todo el pueblo contra el zarismo.

255 Véase la nota 6.

256 Véase la nota 180.

257 Lenin se refiere a las leyes agrarias preparadas por Stolypin y promulgadas por el gobierno zarista: la ley del 9 (22) de noviembre de 1906 que, después de discutida y aprobada por la Duma de Estado y ratificada por el Consejo de Estado se denominó ley del 14 de junio de 1910 y decreto del 15 (28) de noviembre de 1906. Según estas leyes, a los campesinos se concedía el derecho de registro de sus parcelas en propiedad personal y de abandonar la comunidad para formar caseríos. Estos campesinos de caserío podían obtener, para comprar tierras, subsidios del Banco Campesino. El objetivo de las leyes agrarias stolypinianas era crear una clase de kulaks como apoyo de la

autocracia zarista en el campo, conservándose la propiedad agraria de los terratenientes y destruyéndose violentamente la comunidad. La política agraria de Stolypin aceleró la evolución capitalista de la agricultura por la vía "prusiana", la más penosa, conservándose el poder, la propiedad y los privilegios de los terratenientes feudales, aumentó la expropiación forzosa del grueso del campesinado y aceleró el desarrollo de la burguesía rural que obtuvo la posibilidad de comprar a bajo precio las parcelas de los campesinos pobres.

Se aprovechó del derecho a salir de las comunidades, ante todo, la burguesía rural, que obtuvo la posibilidad de afianzar de esa manera su hacienda. Abandonaban asimismo la comunidad parte de los campesinos pobres para vender sus parcelas y romper definitivamente con la aldea. Los pequeños campesinos, atosigados por las penurias, seguían en la indigencia y el atraso.

258 *Otzovistas* (de la palabra "otozvat", revocar, retirar): corriente oportunista aparecida entre una parte de los bolcheviques después de la derrota de la revolución de 1905-1907. Encubriéndose con frases revolucionarias, los otzovistas exigían que se revocara a los diputados socialdemócratas de la III Duma de Estado y se dejara de trabajar en las organizaciones legales. Declarando que, dada la reacción, el partido debe realizar únicamente labor clandestina, los otzovistas se negaban a participar en la Duma, en los sindicatos obreros, en las cooperativas y en las otras organizaciones legales y semilegales de masas; creían necesario concentrar todo el trabajo del partido en el seno de la organización ilegal. Los otzovistas ocasionaron gran daño al partido. Su política amenazaba con aislar al partido de las masas y convertirlo en una organización sectaria incapaz de reunir fuerzas cuando comenzase el nuevo ascenso revolucionario.

259 *Santo sínodo*: organismo supremo de la Iglesia ortodoxa en Rusia.

260 Véase C. Marx. *Contribución a la crítica de la filosofía hegeliana del Derecho. Introducción*.

261 Véase la nota 45.

262 Véase F. Engels. *Publicaciones de la emigración. II. El Programa de los emigrados blanquistas de la Comuna*.

263 Véase F. Engels. *Anti-Dühring*.

264 Se refiere a la *Introducción* de F. Engels al folleto de C. Marx *La guerra civil en Francia*.

265 *Enciclopedístas*: grupo de hombres de la Ilustración del siglo XVIII en Francia: filósofos, naturalistas y polígrafos agrupados para editar la *Encyclopédie ou Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers* (1751-1780) ("Enciclopedia o diccionario razonado de las ciencias, las artes y los oficios"). Su organizador y dirigente fue Dionisio Diderot, y su ayudante inmediato, Juan Le Rond d'Alembert. Participaron activamente en la Enciclopedia Enrique Holbach, Claudio Adriano Helvecio y Voltaire; en los primeros tomos colaboró asimismo Juan Jacobo Rousseau. *La Enciclopedia* reunía a un numeroso grupo de especialistas en diversos dominios del saber. Los colaboradores de la *Enciclopedia* tenían diversas opiniones tanto en ciencias como en política; no obstante, los agrupaba su oposición al feudalismo y a la arbitrariedad de la Iglesia y el odio al escolasticismo medieval. Desempeñaban el papel primordial entre los enciclopedistas los materialistas, que se pronunciaban activamente contra la filosofía idealista. Los enciclopedistas eran ideólogos de la burguesía revolucionaria y desempeñaron un papel decisivo en la preparación ideológica de la revolución burguesa de fines del siglo XVIII en Francia.

266 Lenin se refiere a la corriente religioso-filosófica, hostil al marxismo, de *los constructores de Dios*, aparecida en el período de la reacción stolypiniana entre una parte de intelectuales del partido que se habían desviado del marxismo después de la derrota de la revolución de 1905-1907. Los "constructores de Dios" (A. Lunacharski, V. Bazárov y otros) predicaban la creación de una religión nueva, "socialista", tratando de reconciliar el marxismo con la religión.

En una reunión ampliada de la redacción del periódico *Proletari* (1909) se condenó la "construcción de Dios" y, en una resolución especial, se declaró que los bolcheviques no tenían nada que ver con "tal tergiversación del socialismo científico".

267 *Los de 'Veji"*: conocidos publicistas demócratas constitucionalistas, representantes de la burguesía liberal contrarrevolucionaria: N. Berdiáiev, S. Bulgákov, M. Guershenzón, A. Izgóiev y otros, que publicaron en la primavera de 1909 en Moscú una recopilación de artículos con el título de *Veji* ("Jalones"). En estos artículos, dedicados a la intelectualidad rusa, los de *Veji* procuraban denigrar las tradiciones democráticas revolucionarias del movimiento de liberación en Rusia; se mofaron del movimiento de 1905 y dieron las gracias al gobierno zarista por haber salvado "con sus bayonetas y sus cárceles de la furia popular" a la burguesía.

268 El error del diputado T. Beloúsov consistió en que, al discutirse el presupuesto del Santo Sínodo en la sesión del 22 de marzo de 1908 de la III Duma de Estado, en la fórmula que él propuso para resolver el problema, la religión se reconocía "asunto privado de cada cual".

Lo erróneo del planteamiento de Beloúsov se señaló en el artículo de fondo del número 28 del periódico *Proletari* del 2 de abril de 1908.

269 Véase la nota 187.

270 El Pleno del CC del POSDR, conocido por el de "unificación", se celebró del 2 al 23 de enero de 1910 en París.

En las labores del Pleno de enero del CC participaron representantes de todas las fracciones y grupos, así como de las organizaciones socialdemócratas nacionales. En el Pleno tenían mayoría los conciliadores.

Lenin desplegó en el Pleno una tenaz lucha contra los oportunistas y los conciliadores, con el afán de que se condenara enérgicamente el

liquidacionismo y el otzovismo, siguiendo la trayectoria de aproximar a los bolcheviques y los mencheviques del partido. Pese a que los conciliadores y los representantes de las organizaciones nacionales accedieron, bajo la presión de los mencheviques de *Golos*, *Vperiod* y de los trotskistas, a no mencionar en las resoluciones a los liquidadores y a los otzovistas con sus nombres, la resolución del Pleno condenó el liquidacionismo y el otzovismo y reconoció el peligro de estas corrientes y la necesidad de combatirlas.

Posteriormente, Lenin, evaluando la importancia del Pleno de enero, dijo que éste había determinado definitivamente la táctica del partido en el período de la contrarrevolución al declarar que el liquidacionismo y el otzovismo son manifestaciones de la influencia burguesa en el proletariado.

Lenin condenó duramente los acuerdos conciliadores del Pleno.

271 *El grupo "Vperiod"*: grupo antipartido organizado en 1909; tenía su órgano de prensa, del mismo nombre, y lo editó en Ginebra en 1910 y 1911. El grupo *Vperiod*, que no contaba con apoyo en el movimiento obrero, se disolvió en 1913-1914.

272 "*Golos Sotsial-Demokrata*" ("La Voz del Socialdemócrata"): órgano de los mencheviques en el extranjero; apareció desde febrero de 1908 hasta diciembre de 1911, primero en Ginebra y luego en París. Desde el primer número defendió a los liquidadores, justificando la labor antipartido que hacían. Cuando salió de la redacción Plejánov, que condenaba la posición liquidadora del periódico, *Golos Sotsial-Demokrata* se definió definitivamente como centro ideológico de los liquidadores.

273 *El Congreso Socialista Internacional de Copenhague* (VIII Congreso de la II Internacional) se celebró del 28 de agosto al 3 de septiembre de 1910. Asistieron 896 delegados en representación de los países de Europa, América del Norte y del Sur, Sudáfrica y Australia.

Lenin formó parte de una de las comisiones fundamentales del congreso, la comisión para las cooperativas. Sobre las labores de la comisión y sobre la lucha que se desplegó en el congreso en torno al papel y las tareas de las cooperativas en la lucha revolucionaria del proletariado y a las relaciones entre las cooperativas y los partidos socialistas véase el presente artículo.

274 Lenin aduce las palabras de A. Bebe del informe sobre los *Ataques a las concepciones fundamentales y a la táctica del partido*, pronunciado en el Congreso de Hannover de la socialdemocracia alemana (9-14 de octubre de 1899).

275 Véase la nota 158.

276 "*Leipziger Volkszeitung*" ("Gaceta Popular de Leipzig"): órgano del ala izquierda de la socialdemocracia alemana. Salió diariamente desde 1894 hasta 1933; lo redactaron varios años F. Mehring y R. Luxemburgo. Desde 1917 hasta 1922 fue órgano de los "independientes" alemanes; luego, órgano de los socialdemócratas de derecha.

277 Véase la nota 5.

278 Véase la nota 10.

279 Lenin alude al golpe reaccionario de Estado del 3 (16) de junio de 1907 que se manifestó en la disolución de la II Duma de Estado por el gobierno y en la modificación de la ley electoral. La nueva ley electoral aumentó considerablemente la representación de los terratenientes y de la burguesía comercial e industrial en la Duma y redujo en varias veces la ya de por sí exigua de los campesinos y los obreros. Fue una burda infracción del manifiesto del 17 de octubre de 1905 y de la Ley Fundamental de 1906, según los cuales el gobierno no podía promulgar leyes sin la sanción de la Duma de Estado. La nueva ley electoral privaba del derecho al voto a la población autóctona de la Rusia asiática y dejaba en la mitad la representación de la población de Polonia y del Cáucaso. En toda Rusia se privó del derecho a votar a los que no sabían ruso. La III Duma, elegida según esta ley, y reunida el 1 de noviembre de 1907, fue por su composición ultrarreaccionária y octubrista.

Sobre la legislación agraria de Stolypin véase la nota 257.

280 Véase la nota 14.

281 Véase la nota 18.

282 "*El señor Cupón*": expresión figurada que se adoptó en la literatura de los años 80 y 90 del siglo XIX para mencionar el capital y a los capitalistas.

283 Véase la nota 259.

284 Véase la nota 267.

285 Véase la nota 153.

286 *Los jóvenes*: en la socialdemocracia alemana, grupo pequeñoburgués semianarquista formado en 1890. Constituían su núcleo fundamental literatos jóvenes y estudiantes (de ahí su denominación) que pretendían al papel de teóricos y dirigentes del partido. Esta oposición, que no comprendía las condiciones de la labor del partido después de la abolición de la Ley de excepción contra los socialistas (1878-1890), negaba la necesidad de utilizar las formas legales de lucha, se pronunciaba contra la participación de la socialdemocracia en el parlamento y acusaba al partido de oportunismo y defender los intereses de la pequeña burguesía.

287 Se trata de la "Reforma campesina", de la abolición del régimen de servidumbre en Rusia. Llevó a cabo la reforma el gobierno zarista (el 19 de febrero de 1861) de la manera que mejor asegurase los intereses de los terratenientes.

288 "*Viéstnik Evropi*" ("El Mensajero de Europa"): revista mensual política, histórica y literaria de orientación burguesa liberal; se publicó en San Petersburgo desde 1866 hasta 1918. Insertaba artículos contra los marxistas revolucionarios.

289 "*Riech*" ("La Palabra"): órgano central del partido Demócrata Constitucionalista; apareció a diario en San Petersburgo desde febrero de 1906 hasta

octubre de 1917.

290 Véase la nota 257.

291 *Consejo de la Nobleza Unida*: organización terrateniente contrarrevolucionaria fundada en mayo de 1906. Existió hasta octubre de 1917, teniendo por fin principal defender el régimen autocrático, la gran propiedad latifundista y los privilegios de la nobleza. Un número considerable de sus miembros formó parte del Consejo de Estado y de los organismos dirigentes de las asociaciones ultrarreaccionarias.

292 Véase la nota 257.

293 Véase la nota 28.

294 *Guerra de Crimea de 1853-1856*: guerra de Rusia contra la coalición integrada por Inglaterra, Francia, Turquía y Cerdeña por la preponderancia en el Próximo Oriente. La Rusia feudal y atrasada no podía oponerse a los países capitalistas más desarrollados en el sentido económico de Europa Occidental. La derrota en la guerra socavó el prestigio de Rusia y debilitó su situación política exterior. La guerra de Crimea aceleró la maduración de la situación revolucionaria de 1859-1861 en el país, producto de la cual fueron las reformas burguesas de los años 60 y 70 del siglo XIX.

295 Véase la nota 98.

296 Sobre Libertad del Pueblo véase la nota 203.
Sobre los populistas véase la nota 4.

297 Véase la nota 279.

298 El Segundo Imperio de Francia (1852-1870).

299 Véase la nota 170.

300 Véase la nota 207.

301 Sobre les demócratas constitucionalistas véase la nota 11.

*Progresistas*: grupo político de la burguesía liberal monárquica de Rusia que, en las elecciones a la Duma de Estado y en las propias Dumas procuraba agrupar bajo la bandera del "sin partidismo" a elementos de los diversos partidos y grupos burgueses y terratenientes.

En noviembre de 1912, los progresistas se agruparon en un partido político independiente con el siguiente programa: constitución muy restringida, pequeñas reformas, gabinete responsable, o sea, gobierno responsable ante la Duma, y aplastamiento del movimiento revolucionario. Lenin indicaba que, por su composición y por su ideología, los progresistas eran "una mezcla de octubristas y demócratas constitucionalistas".

Después de la revolución democrática burguesa de febrero de 1917, algunos líderes del partido de los progresistas entraron en el Gobierno Provisional burgués. Después de la victoria de la Revolución Socialista de Octubre (1917), este partido llevó una lucha activa contra el Poder soviético.

302 El 11 (24) de diciembre de 1905, el gobierno zarista promulgó una ley electoral, según la cual se celebraron las elecciones a la I Duma (abril-julio de 1906) (Véase la nota 147).

A diferencia del Reglamento sobre la Duma "consultiva" de Bulyguin, la nueva ley preveía la elección de una Duma "legislativa". A las curias antes establecidas: agrícola (terrateniente), urbana (burguesa) y campesina se agregó la curia obrera y se amplió algo el número de electores urbanos, conservándose el total de compromisarios de la curia urbana. El sufragio no era universal. Estaban privados del derecho al voto las mujeres, los obreros de las pequeñas empresas, los pueblos nómadas, los soldados y los menores de veinticinco años. Las elecciones eran desiguales: correspondía un compromisario por cada dos mil electores de la curia terrateniente, por cada siete mil de la curia urbana, por cada treinta mil de la curia campesina y por cada noventa mil de la curia obrera. Las elecciones eran indirectas, se hacían en varias etapas.

303 "*Zaprosi Zhizni*" ("Las Demandas de la Vida"): revista semanal que apareció en San Petersburgo desde 1909 hasta 1912. Colaboraban en ella los demócratas constitucionalistas.

304 Véase la nota 248.

305 En la primavera de 1911 comenzó en China la revolución que derrocó el poder de la dinastía manchú y proclamó la república. Sun Yat-sen, que encabezaba el movimiento revolucionario, fue elegido presidente interino de la República China. No obstante, se vio obligado a abandonar este puesto bajo la presión de las fuerzas contrarrevolucionarias; en su lugar subió a la presidencia el aventurero Yuan Shih-kai, quien implantó en el país un régimen de dictadura militar contrarrevolucionaria.

306 Véase la nota 84.

307 La expresión citada ha sido tomada de la carta de C. Marx a L. Kugelmann del 12 de abril de 1871, en la que se enjuicia la Comuna de París.

308 Véanse las notas 4 y 207.

309 Lenin cita el prólogo de F. Engels a la primera edición alemana del libro de C. Marx *Miseria de la Filosofía*.